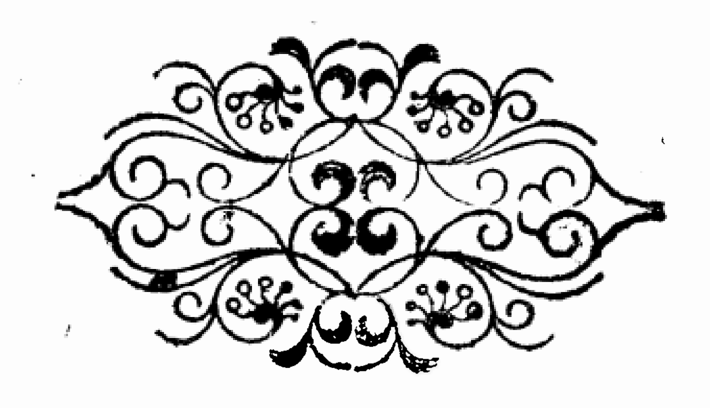
DRAMAS JUDICIALES.

CAUSAS CÉLEBRES

CRIMINALES Y CORRECCIONALES

DE TODAS LAS NACIONES DEL GLOBO.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. RAMON RODRIGUEZ DE RIVERA, Editor
CALLE DE SAN CIPRIANO, NUM. 3.

1849.

AL LECTOR.

Mucho se equivocaria el que al recorrer las páginas de esta obra, nueva en su género, creyese que abrigamos la intencion de erigir un monumento al crimen, y de presentar como héroes á los que han sido azote y oprobio de la humanidad. Nuestro objeto es mas noble y mas importante, pues la narracion de los hechos mas abominables presentados bajo el punto de vista de su causa primitiva, de sus consecuencias y de su expiacion, envuelve una muy útil enseñanza respecto á la influencia de las costumbres que exaltan ó reprimen las pasiones, y acerca de las mejoras que aconseja y reclama el estado de nuestra sociedad.

Por otra parte la relacion sucinta, pero concienzuda, dramática, pero verdadera, de los procesos célebres que han llegado á ser en cierto modo históricos, no puede menos de agradar á los que solo buscan en

la lectura una distraccion ó un alimento á su curiosidad. Para los hombres que se inauguran en la práctica del foro, para aquellos tambien que hacen un estudio, por decirlo así, anatómico de las enfermedades morales de la especie humana, estas narraciones ofrecen un interés mas vivo, un atractivo mas poderoso todavia. Tanto para unos como para otros, los anales del crimen no son únicamente un libro lleno de emociones profundas y de extrañas peripecias, sino tambien un manantial de preciosas consideraciones que se rozan con todas las grandes cuestiones filosóficas y humanitarias.

En todas épocas y en todas las naciones ha sido igual el interés y el afan con que se han escuchado ó leido los pormenores y circunstancias de los procesos célebres, ya nos remontemos á los siglos supersticiosos de la edad media, en que las causas de sortilegio y brujeria preocupaban tan profundamente á las masas, ya descendamos á nuestros tiempos contemporáneos en que tanta parte ha tomado el público en los debates judiciales, unas veces por la gravedad intrínseca del hecho que los ha producido, otras por la categoria y antecedentes de las personas que en ellos han figurado.

Creemos, pues, satisfacer una necesidad del espiritu con la publicacion de los Dramas judiciales.

El que busca en la novela situaciones llenas de interés que mantengan el ánimo en suspenso; el que sigue paso á paso los episodios por donde le place al novelista conducir al lector, ¿con cuánto mas afan y mayor interés no seguirá en los Dramas que vamos á desenvolver ante su vista las escenas no menos vivas y animadas que en ellos abundan y que llevan á la novela

la ventaja de la verdad á la fábula, de lo real á lo ficticio? El que amante por el contrario de estudios sérios y graves considera la novela como cosa indigna de ocupar su atencion, ¿cómo ha de mirar con desden una obra en que, bajo formas seductoras y sin alterar la exactitud de los hechos, se le ofrecen las lecciones mas grandes y notables que encierra la historia de la humanidad?

Pero como la imaginacion se fatigaría demasiado si solo saborease las emociones del horror y del espanto que inspiran los grandes criminales, procuraremos darle el necesario reposo intercalando otras narraciones menos lúgubres aunque no menos curiosas y entretenidas, de que suministran abundante cosecha los tribunales correccionales en los paises en donde se hallan establecidos. De este modo uniremos lo jovial á lo severo, la comedia á la tragedia, haciendo en lo posible amena, interesante é instructiva la lectura de una obra que por su importancia creemos esté destinada á figurar en toda biblioteca escogida.

DRAMAS JUDICIALES.

CAUSAS CÉLEBRES CRIMINALES Y CORRECCIONALES

DE TODAS LAS NACIONES DEL GLOBO.

LA RONCIERE (CONATO DE ESTUPRO CON VIOLENCIA).

DESDE 1834 acá apenas habrá pasado viajero por Saumur que no se haya detenido, por un momento al menos, delante de una casa construida sobre la orilla derecha del Loira al estremo del puente y formando esquina con la calle Real.

Y no es porque esa casa escite la admiracion del artista ó del anticuario por su conjunto ó por sus particularidades, pues no puede darse cosa mas sencilla ni mas vulgar que aquel edificio compuesto de dos pisos con guardillas.

Pero no es solo el amor á las artes el que tiene el privilegio de interesar y conmover; asi es que el sentimiento que alli escita una curiosidad inquieta es de igual naturaleza al que podria esperimentarse delante del lupanar en dónde fué asesinado Fualdés ó á orillas del foso de Vincennes en donde se consumó el asesinato del infortunado duque de Enghien.

En una palabra, al detenerse uno conmovido y meditabun-

do delante de aquella casa de Saumur, es porque el ánimo procura exhumar de la memoria las deplorables circunstancias del crímen de que en este momento nos hacemos historiadores.

Singular era la escena que pasaba el domingo 21 de setiembre de 1834 en la casa que acabamos de designar y que se hallaba habitada á la sazon por el general baron de Morell, comandante de la escuela de caballería, y por su familia.

Mr. de Morell daba aquella noche un concierto al general Preval encargado de la inspeccion de la escuela, y hallábase reunida una brillante sociedad, entre la que se distinguia á los jóvenes oficiales de la escuela solícitos en acudir á los salones del baron siempre que eran invitados.

Mientras que las personas graves se entretenian en conversaciones particulares, y los jóvenes arreglaban el órden del concierto, se acercó un criado á un teniente de lanceros que acababa de llegar y se mantenia algo separado del resto de la sociedad.

—El señor baron desea hablaros, le dijo.

El oficial siguió al criado, el cual le introdujo en el comedor en donde se hallaban M. de Morell y un capitan instructor llamado Jacquemin.

—¿Me habeis mandado llamar? preguntó el teniente de lanceros dirigiéndose al baron.

—Sí señor, respondió el baron con una voz firme pero triste. Por motivos particulares os ruego que no volvais á poner los pies en mi casa. Hacedme el favor de retiraros.

El teniente no mostró gran sorpresa al oir aquellas palabras, hizo una reverencia y se marchó sin proferir palabra.

Al verle el baron alejarse de aquel modo, no pudo contener su indignacion y dijo al capitan:

—Ese hombre es un miserable! Despues de admitirle á mi mesa, y de haberle espulsado de mi casa, ni siquiera me pide la menor explicacion..... Aun cuando no hubiera otras pruebas en contra suya eso bastaría á convencerme de que es el autor de esas infames cartas.

El capitan Jacquemin no respondió, pero sin duda era de la misma opinion, pues consideraba que hasta un simple criado habria reclamado contra una espulsion semejante, y no podia menos de estrañar que un oficial del ejército francés, hijo de un

teniente general, y sobrino de un par de Francia, Emilio de la Roncière, en una palabra, hubiese inclinado su frente ante una de las injurias mas crueles que pueden hacerse á un hombre.

Preciso era, pues, que se reconociese como muy culpable.

Emilio Francisco Guillermo Clemente de la Roncière tenia veintinueve años y era teniente del primer regimiento de lanceros cuando á fines de marzo de 1833 fué dado de baja en su cuerpo y marchó á Saumur para seguir los estudios de la escuela de caballería.

La vida anterior de aquel jóven habia sido fecunda en desórdenes. En vez de entrar en la escuela militar, cosa que le habria sido facil, atendida la posicion de que gozaba su padre, se enganchó á los diez y siete años como simple soldado de caballería, y en todos los regimientos por que fué pasando, obtuvo siempre las peores notas. Por último sus estravíos llegaron á un punto tal que su padre le obligó á marchar á Cayena con la esperanza de que esa especie de destierro le corrigiese; pero no sucedió asi, pues lo mismo en las colonias que en todas partes mereció las censuras de sus jefes, y cuando regresó á Francia no mejoró de conducta.

Asi fué que á poco tiempo de estar en Saumur era conocido ya por sus deudas y por el desarreglo de sus costumbres.

Vivia, por ejemplo, en una casa de huéspedes con Melania Lais con quien habia hecho conocimiento en Cambray en donde estuvo de guarnicion, y cuando sus jefes le obligaron á romper sus relaciones públicas con aquella jóven, renovó otras no menos escandalosas con dos obreras llamadas Adela Borcau y Anita Rouhault.

Mas adelante en los primeros meses de 1834 comia la Roncière en la *fonda de Europa* de que era dueño un tal Marlier: á poco tiempo circularon por la casa cartas ofensivas para la esposa de Marlier, las cuales fueron atribuidas á la Roncière y obligaron á marido y mujer á espatriarse.

Todas estas circunstancias habian contribuido á formar á la Roncière una reputacion tan desfavorable que M. Morell resolvió borrarle de la lista de sus convidados.

Entre tanto á principios de 1834 vinieron á reunirse con el general en Saumur Mad. de Morell y su hija María, jóven de diez y seis años. Dichas señoras iban acompañadas de un criado lla-

mado Samuel Gillieron y de una doncella que tenia por nombre Julia Genier. Poco tiempo despues vinieron á completar el personal de la familia del baron Miss. Allen, aya de Mlle. de Morell y Roberto de Morell, muchacho de edad de once años.

M. de Morell abrió entonces su casa á los oficiales de la escuela, y la Roncière, que parecia haber mejorado de conducta, recibió como sus camaradas diferentes invitaciones.

Un dia que fué convidado á una gran comida, se colocó al lado de Mlle. de Morell, y terminada aquella le dijo enseñándole un retrato de la madre:

—Teneis una madre encantadora, pero es una desgracia que os asemejeis tan poco á ella.

Semejante frase en boca de un oficial no dejaba de ser una locura ó una grosería. Asi fué que cuando María la puso en conocimiento de la familia, no hicieron mas que reirse de ello. No debe atribuirse á aquella estúpida salida el ostracismo á que fué condenado la Roncière. El general habia tenido para despedir de su casa al hijo de uno de sus colegas, motivos por desgracia mucho mas legítimos y que vamos á esponer.

Apenas acababa de instalarse en Saumur Mad. de Morell, cuando todas las habitaciones de su casa se vieron inundadas de cartas anónimas. Las primeras no contenian mas que declaraciones de amor á aquella señora y una de ellas terminaba del modo siguiente:

«Todo el dia de hoy estaré alrededor de vuestra casa. Si os veo salir permitidme creer que aceptais el homenage del respetuoso amor de vuestro obediente servidor.

E. DE LA R.»

Como es de suponer, Mad. de Morell no cedió á los deseos de su pretendiente; pero á la hora ordinaria de salir aquella, abrió el general las ventanas que caen en frente del Loira, y divisó á la Roncière, el cual se alejó al punto.

Desde entonces debieron principiar las sospechas en el ánimo de M. de Morell.

Sin embargo, no todas las cartas que abundaban en casa del baron tenian el carácter excusable de la que acabamos de mencionar. Otras muchas dirigidas á Miss. Alleu, al jóven Roberto

y á Mlle. de Morell prodigaban á aquella los ultrajes mas groseros.

La misma mano revelaba al general que el objeto de aquella correspondencia era introducir la alarma y la discordia en su casa, y escribia á Mlle. de Morell en un tono cada vez mas amenazador, y firmándolas con la inicial R. estas tristes profecías:

«Mas adelante tendrá mi ódio resultados que quitarán toda felicidad á la vida de María. La muerte sería para ella un gran beneficio, porque su vida será siempre miserable y llena de amargura.»

Una persona extraña á M. de Morell sirvió tambien de objeto á aquellas cartas anónimas.

Entre las personas que mas frecuentaban la casa del baron, habia un antiguo alumno de Saumur, que despues de haber dejado la escuela habia vuelto á ella para perfeccionarse en el dibujo. Llamábase M. Octavio de Estouilly, y era oficial de caballería excedente, sugeto que se recomendaba á Mr. de Morell, tanto por su caracter personal como por antiguas relaciones de familia.

Ora fuese que la benevolencia del general hácia aquel jóven oficial desagradára á la Roncière, ó que existiese una antipatía natural entre este y M. de Estouilly, ello fué que solo mediaron entre ambos relaciones muy frias.

Eso no impidió que Estouilly, segun hemos dicho, recibiese muchas cartas. El 28 de agosto enseñó una de ellas al teniente Ambert, en la que se decia:

«Quiero turbar la felicidad de la familia Morell y la vuestra.»

Algunos dias despues recibió una nueva carta que contenia esta frase:

«Escribo hoy una carta á María, en la que le digo mil cosas humillantes para su persona. Esa carta lleva la firma de Estouilly, y estoy seguro de que será entregada porque he ganado á un criado por cinco francos.»

Fácil es comprender la indignacion que debió apoderarse de M. de Estouilly al leer este último billete. Corrió á casa de Mad. de Morell, y noticioso de que la carta habia sido entregada realmente, declaró que era su intencion buscar al que así habia abusado de su nombre. Pero Mad. de Morell consiguió aplacarle y

aun logró á fuerza de instancias que quemára la carta que acababa de recibir.

El 8 de setiembre recibió M. de Estouilly una tercera carta, en la que se hallaba el siguiente párrafo:

«Varias circunstancias me hacen presumir que se lo habeis dicho todo á M. de Morell. Os doy por ello las gracias, pues es el mejor medio para atormentar á María. He logrado procurarme algunas palabras de letra suya (por medio de un amigo), cuyas palabras he copiado y os envio el resultado de mis trabajos. Vuelvo á cortar mi pluma para deciros ternezas en nombre de la pobre desconsolada.»

A esta carta iba unido un billete que llevaba la firma *María de Morell*, y parecia escrito por dicha jóven á M. de Estouilly. Ahora se verá el extraño estilo en que á Mlle. de Morell se le hacia reconvenir á M. de Estouilly por la frialdad de este para con ella.

«Qué mal procedeis en no hacer atencion en mí. ¡Si supieseis la pena que eso me cuesta! ¡Habeis hecho que el lunes me quedase sin bailar.... y tenia tantos deseos! ¡Veo que sois duro como una roca y yo soy tan tierna! Mucho mal me causais. Ruego á Dios que os cambie, pero tan sordo es él como vos. Os amo en extremo, os lo aseguro: ¡sois tan buen mozo!

MARÍA DE MORELL.»

Apurada ya la paciencia de M. de Estouilly, corrió este á casa de M. de Morell.

—¡Alguna otra de esas infames cartas! dijo M. de Morell desdoblando el papel que le entregaba M. de Estouilly.

—Sí, replicó este; y podeis ver, general, que el arte de la falsificacion no puede estar mas perfeccionado, puesto que en un primer ensayo se ha llegado á imitar bastante bien la letra de Mlle. de Morell.

—¡Ay! murmuró el general con abatimiento; ¿qué hacer ni qué partido tomar para poner un término á la inconcebible persecucion de ese monstruo?

—¡El partido de las personas de corazon! exclamó Estouilly con ardor. A pesar de tan indigno proceder todavía puede retarse á ese hombre, cuyo nombre no deja de ser ilustre.

—¡Guardaos bien de hacerlo, amigo mio! El nombre de mi

hija iría inevitablemente mezclado en ese asunto.... y mi hija, yo, toda mi familia seríamos los que padeciésemos con un duelo entre vos y *él*, cualquiera que fuese el resultado.

—¡Y qué! ¿no podré castigar la insolente arrogancia, la indigna conducta de ese miserable? ¿Tendré que encontrarle y pasar á su lado sin poder desahogar libremente mi desprecio?

—Es preciso, amigo mio, por mi honor y el de los mios.... reflexionadlo bien; vuestro general, un amigo de vuestra familia es el que os ruega que aparteis la infamia de sus cabellos blancos.... el que pone su honor bajo la salvaguardia de vuestra generosidad.....

—¡Renunciar á ese duelo! exclamó Estouilly con una vacilacion dolorosa. ¡Es el sacrificio mas duro que puede imponérseme!

—Conozco todo su valor, dijo enternecido M. de Morell; pero os creo bastante generoso para ceder á mis súplicas... Tengo vuestra palabra, ¿no es verdad?

—Os la doy, general; pero no sabeis cuánto me cuesta.

—¡Gracias, gracias! dijo M. de Morell estrechando con efusion las manos del jóven oficial: teneis un corazon noble y digno.

Trataba de retirarse M. de Estouilly para sustraerse á los testimonios de reconocimiento del baron, cuando entró Mad. de Morell.

Así que se puso al corriente de lo que acababa de ocurrir, y supo que el autor de las cartas que con tanta rapidez se sucedian, habia podido procurarse letra de la jóven María, exclamó:

—Bien me sospechaba yo que alguno de la casa nos vendia. Ahora no me cabe la menor duda.... y podria designar al culpable.

—¿Qué decís? exclamó el general.

—Digo que se han esparcido cartas por todos los cuartos de la casa.... habiéndolas introducido hasta en la alcoba de Roberto y en los libros de misa de María.... Indudablemente no puede menos de ser alguno de nuestros criados.... Pero hay mas todavía, María escribió hace ocho dias á su amiga de colegio Margarita de Grisenoy, y la carta no ha llegado á manos de ella. ¿No es natural presumir que esa carta es la misma de

que se habla en la enviada á M. de Estouilly? ¿No podria ser que la carta dirigida á Margarita, en vez de haber sido echada al correo, haya sido vendida al autor de todos nuestros suplicios, y le haya servido de modelo para imitar la letra de nuestra hija?

—¿Pero quién se la ha de haber entregado? dijo M. de Morell.

—Samuel Gillieron, replicó la baronesa; el mismo á quien María habia encargado echar la carta al correo, y que debe ser el culpable.

Dichas estas palabras por Mad. de Morell se retiró Estouilly, no sin renovar antes al general la promesa de no dar consecuencia alguna á los justos motivos de ódio que tenia contra el autor de las cartas anónimas.

Seis dias despues, el 14 de setiembre, recibia M. de Estouilly una cuarta carta, en la que se leia:

«Es preciso la muerte para saciar mi venganza: dentro de poco tiempo no será esa jóven mas que una criatura degradada. Si la quereis así os la echarán en vuestros mismos brazos. Yo la amo como un loco, esto es, á su dinero y á mi manera: habria querido poderla volver loca, pero su airecillo desdeñoso me ha impedido intentarlo. Así es que me vengaré en ella del amor que os profesa.»

Como se ve muy bien, estas amenazas podian ya hacer presagiar siniestros proyectos.

El 22 de setiembre, esto es, el dia siguiente al en que M. de Morell habia espulsado de su casa al teniente la Roncière, creyó este último que debia ir á ver al capitan Jacquemin, el cual, segun se recordará, habia sido testigo de la afrenta.

—Vengo, capitan, dijo la Roncière, á pediros explicacion sobre la escena de ayer.

—Escuso deciros, respondió M. Jacquemin, que soy enteramente extraño á ese asunto.

—Simplemente para informarme os ruego que me contesteis, replicó la Roncière.

—Entonces, repuso Jacquemin, lo que puedo deciros es lo siguiente: en una comida de las que ha dado M. de Morell, digísteis á Mlle. María una frase que era por lo menos poco conveniente.... luego la familia del general se halla afligida

hace algun tiempo con una correspondencia anónima, y le llueven cartas sobre cartas. Ahora no debo ocultaros que la voz unánime de todos os señala á vos como autor de esas cartas.

—¿Pero en qué se funda esa acusacion? preguntó la Roncière.

—¿Y cómo quereis que os lo diga? Vuestra reputacion, vuestras deudas, vuestras relaciones escandalosas con mujeres mas que livianas.... Y luego el asunto de la *fonda de Europa*.... el mal concepto en que os tienen todos vuestros camaradas.... todo se reune contra vos.

—Es una desgracia, repuso la Roncière, que tengan de mí semejantes sospechas, porque son injustas.... Soy incapaz de un proceder tan infame.

—Tanto mejor, caballero, dijo Jacquemin. Es preciso haberse uno olvidado completamente de sí mismo para rebajarse á lanzar escritos anónimos.

Y al decir esto con severo acento, M. Jacquemin despidió á la Roncière, el cual se fué á consultar á uno de sus camaradas, M. Ambert.

—¿Qué haríais en mi lugar? le dijo.

—Si sois inocente, dijo Ambert, hay un medio bien sencillo: acudid quejándoos de calumnia, y pedid la comprobacion de la letra.

—Ya pensaré en ello, dijo la Roncière separándose de su camarada.

Pero no pensaba seguir semejante consejo, y la cruel afrenta que habia recibido de M. de Morell debia costar bien cara á la pobre María.

Haciase inminente una catástrofe.

Ya hemos dicho que la casa de M. de Morell estaba situada en la orilla derecha del Loira, á la esquina de la calle Real, y se componia de una habitacion baja, dos pisos y guardillas con ventanas que daban al Loira. M. de Morell y su esposa ocupaban el piso principal, y Mlle. de Morell con Miss. Allen, su aya, tenian su habitacion en el segundo piso con vistas al muelle.

Componíase esa habitacion de tres piezas: una alcoba grande en donde dormia Miss. Allen, un gabinete contiguo en donde dormia Mlle. de Morell, y un gabinete oscuro en donde ha-

bia varios armarios y que comunicaba solamente con el gabinete de Mlle. de Morell. El cuarto de Miss. Allen tenia la salida á un corredor que conducia á la escalera de servicio. La puerta de ese corredor estaba provista de una cerradura de vuelta y media, y se hallaba al extremo de un estrecho pasadizo paralelo á uno de los lados de la alcoba, y cerrado con un simple picaporte.

En cuanto al gabinete de Mlle. de Morell, la puerta que lo separaba del cuarto de Miss. Allen no se cerraba por dentro mas que con un picaporte que no entraba bien en la nariz. El cuarto y el gabinete estaban alumbrados por ventanas á veinte pies de elevacion del suelo. Esas ventanas estaban provistas de persianas que no se cerraban nunca.

Encima del cuarto de Mlle. de Morell habia una gran guardilla que nadie ocupaba á la sazon, pero á la cual tenia Samuel un acceso facil. Era con efecto el único criado que habitaba en aquella parte de la casa, y la guardilla en que dormia comunicaba por medio de un corredor con la guardilla desocupada. Las ventanas de estas dos piezas estaban solo á distancia de catorce pies de las ventanas de Mlle. de Morell.

Llegó en esto el martes 23 de setiembre. Los señores de Morell habian pasado la noche en el teatro, á donde convidaron tambien al general Preval que les acompañó. Mlle. María Morell se habia quedado en casa con Mad. Becœur, mujer del cirujano mayor, Mlle. Becœur y Miss. Allen.

Pasóse la noche hablando sobre diferentes cosas.

Despues que se marcharon las señoras de Becœur, hizo Miss. Allen, segun costumbre, el registro de la habitacion con escrupuloso cuidado, cerró con vuelta y media la puerta del corredor, y se acostó igualmente que Mlle. de Morell.

La jóven hacia mucho tiempo que estaba durmiendo, y eran ya cerca de las dos de la madrugada.

De repente vino á dispertar á María un ruido como de vidrios que se rompen. Apartó las cortinas de su cama, y á la claridad de la luna vió pasar un brazo por el hueco que dejó el vidrio roto, y levantar la falleva de su ventana. Penetró en seguida un hombre en el cuarto, y se dirigió velozmente á la puerta de comunicacion del gabinete de Mlle. de Morell con el cuarto de su aya.

Al ver aquello María, é impulsada por un movimiento espontáneo como el pensamiento, se arrojó fuera de la cama y trató de formarse una especie de parapeto con una silla, detrás de la cual se colocó.

Entonces pudo examinar al hombre que acababa de introducirse en su cuarto. Era de estatura comun é iba vestido con un capote de paño, llevando cubierta la cabeza con una gorra de agente de policía que le pareció á la jóven estar adornada con un galon de plata. Alrededor del cuello tenia una corbata negra que le llegaba á las orejas. A pesar de todo, María reconoció al punto al teniente la Roncière.

Los que hayan tenido *miedo*, comprenderán cómo María no pudiera lanzar un grito al ver que se introducia un hombre por la ventana. Los grandes terrores nos dejan como paralizados, y en presencia de un riesgo inminente, rara vez sucede que conservemos la sangre fria necesaria para conjurarlo. A unos se les cierran los ojos como si al dejar de ver pudiesen tambien dejar de ser vistos; á otros se les quedan inertes las piernas y los brazos, á otros, en fin, y así le sucedió á Mlle. de Morell, parece que la lengua se les pega al paladar, y se niega á despegarse por grandes esfuerzos que hagan.

Entre tanto la Roncière se habia precipitado hácia donde estaba María, y fulminándole una mirada aterradora:

—¡Vengo á saciar mi venganza! le dijo.

Al mismo tiempo se arrojó sobre ella y le arroncó con violencia la silla que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

Entonces cogió á la jóven por los hombros, la tumbó en el suelo y le arrancó la camisola de dormir: en seguida le pasó un pañuelo alrededor del cuello, y se lo apretó de modo que su víctima pudiera solo exhalar débiles gemidos: luego le ató el cuerpo con una cuerda, y á fin sin duda de que no pudiese hacer el mas leve movimiento, puso sus pies sobre las piernas de aquella infortunada joven.

Luego que la tuvo sujeta de aquel modo, se inclinó hácia ella y empezó á darle fuertes golpes en el pecho y en los brazos, llevando su rabia hasta el extremo de morderle en el puño derecho.

Y al tiempo mismo que descargaba los golpes y la mordia, exclamaba:

—¡Habia jurado que habia de vengarme!... ¡Vuestro padre me ha tratado como á un lacayo y me porto como tal!

Y despues de un momento añadió:

—Y no me contento con esto, pues todavía tengo que vengarme de otra persona que ha hecho uso de cartas anónimas! ¡Nada perdera por aguardar!..

Conforme iba hablando crecia por grados su exasperacion y redoblaba los golpes.

—¡Desde que os conozco, prosiguió, he visto en vos no se qué que me ha inspirado el deseo de haceros mal!

A estas palabras no tuvo ya límites la rabia de aquel malvado, y sacando un arma que la jóven no pudo ver, pero que creyó fuese un cuchillo, le tiró dos golpes entre las piernas, ocasionándole graves contusiones en los muslos con nuevos golpes.

Pero estas heridas produjeron un efecto que la Roncière estaba sin duda muy lejos de esperar, y que salvaron á la jóven del deshonor.

El terror habia dejado sin voz á la jóven, pero dándole fuerzas el exceso mismo del dolor, lanzó gritos que no podian menos de ser oidos.

Con efecto, las quejas y lamentos de Mlle. de Morell llegaron a oidos de Miss. Alleu, su fiel aya, la cual se levantó al punto. Al oir la Roncière el ruido que aquella hacia golpeando la puerta y estremeciéndola para abrirla, juzgó que era tiempo de pensar en la fuga.

—Esta ya tiene bastante, dijo señalando á María.

Al mismo tiempo puso una carta sobre la cómoda y se escapó por la ventana que habia quedado abierta enteramente.

—Mantente firme, añadió dirigiéndose evidentemente á un cómplice suyo.

Y desapareció.

Como sucede casi siempre en semejantes ocasiones, la jóven que habia conservado el conocimiento mientras le amenazaba el peligro, perdió el sentido así que dejó de tener por qué temer; y cuando Miss. Alleu entró en el cuarto encontró a su jóven ama desmayada en el suelo.

Facil es de comprender el espanto que se apoderaría del aya al ver á María sin movimiento, sin mas ropa que una camisa, con un pañuelo sujeto al cuello con un nudo corredizo y rodeada

al cuerpo la cuerda de que hemos hablado. Su terror creció de todo punto al ver en dos ó tres sitios al lado de la víctima manchas de sangre que parecian atestiguar la ejecucion de algun crímen.

Miss. Allen acudió á socorrer á la jóven, y sus auxilios lograron hacerla volver en sí; pero en un principio no pudo obtener respuesta alguna á sus multiplicadas preguntas, pues tanta era la opresion que todavía tenia sobrecogida á María.

Mlle. de Morell pudo al fin referir la escena que acababa de pasar, y Miss. Allen dió gracias al cielo de que le hubiese permitido llegar bastante á tiempo para salvar á la jóven de un atentado mas horrible todavía que el primero, puesto que le habria arrebatado el honor.

A pesar de los ruegos de Miss. Allen, no quiso María que se dispertara á sus padres, los cuales continuaron durmiendo hasta las seis, que era ya bien de dia. Mientras que el aya fué á avisarles, se acercó María á la ventana abierta y reconoció de pie, sobre el parapeto del puente, al teniente la Roncière con su capote y gorra de agente de policía, el cual miraba riéndose hácia la ventana de Mlle. de Morell.

¡No le bastaba el crímen, sino que era preciso añadir á él la burla!

Entre tanto llegaron los señores de Morell y vieron, como Miss. Allen, el vidrio roto, las manchas de sangre, el pañuelo que habia servido para ahogar la voz de María y la cuerda con que la habian atado. Y con dolor, pero no con sorpresa, supieron que el culpable era la Roncière.

Seguramente que en su pecho debia rebosar la indignacion, y si no hubiesen escuchado mas que su primer impulso, habrían denunciado inmediatamente al autor de tanta infamia. Pero consideraciones fáciles de comprender cuando se trata de un hecho de esta naturaleza, contienen siempre á una madre, y el único afan de Mad. de Morell fué ocultar á todo el mundo aquel horrible suceso.

Preciso era que este drama tuviese otras peripecias antes de que se ocupara de él la justicia.

Ahora se verá por la carta que dejó la Roncière sobre la cómoda al escaparse del cuarto de Mlle. de Morell, que no consideraba á aquella familia como bastante castigada aun.

Véase el contenido de dicha carta fechada el miércoles á la una de la mañana, dirigida á Mad. de Morell y encontrada por Miss. Allen en el sitio que hemos indicado.

«Vos sola sabreis el verdadero motivo del crímen que voy á cometer. Es un crímen bien grande manchar lo que hay de mas puro en el mundo. Os he amado, os he adorado y me habeis contestado con el desprecio. Prefiero el ódio y quiero daros derecho para aborrecerme. Un dia os supliqué que salieseis, y ese dia permanecisteis encerrada en vuestro cuarto. El miserable ha tenido la impudencia de decírselo todo á M. de Morell, y le he escrito que en donde quiera que le encuentre marcaré su rostro con el sello de la infamia. Le aguardo sobre el terreno, pues todo el mundo sabrá en París el deshonor de vuestra hija. Voy á partir de Saumur y no tendré el placer de gozarme en vuestro dolor.»

La Roncière no perdió tiempo para poner sus amenazas en ejecucion. A las nueve de la mañana del miércoles 24 recibió M. Octavio de Estouilly una carta provocativa, cuyo tenor es como sigue:

«Sois un miserable, un cobarde. Otro que no fuera vos, despues de todas las cartas que os he escrito habría venido á pedirme satisfaccion. En vez de eso habeis preferido ir á denunciarme al general. Estoy satisfecho de Ambert, pero vos no sois mas que un cobarde. Por lo demás dia vendrá en que os marque el rostro con el sello de la infamia. Veremos lo que *hareis despues*.

EMILIO DE LA RON.....»

Con semejante provocacion no podia ya M. de Estouilly considerarse ligado por la promesa que habia hecho al general; y á pesar de su deseo de conservar la paz y guardar silencio, como se lo habia aconsejado M. de Morell, no creyó deber sufrir por mas tiempo la insolente audacia de su antagonista. Fué, en su consecuencia, á buscar á M. Ambert, y le rogó le sirviese de padrino en un duelo con la Roncière.

Habiendo por último encontrado á Berail, le dijo:

—Ha ocurrido una desgracia lamentable. M. de Estouilly sostiene que soy yo el autor de una carta anónima que ha recibido, y te juro por mi honor, por lo mas sagrado que hay en el mundo, que soy inocente.

Medio convencido Berail por el tono patético en que la Roncière pronunció estas palabras, consintió en acompañarle á casa de Estouilly.

Luego que llegaron dijo este á Berail:

—Vais á quedaros sorprendido. Mirad la carta que me ha escrito M. de la Roncière.

Y Berail debió reconocer que la carta que se le presentaba era en cuanto á la letra de una identidad completa con la de la Roncière, el cual protestó de nuevo que era enteramente extraño á lo que se le acusaba.

No pudieron entenderse y se procedió á los preparativos del duelo.

Eran tan pocas las simpatías que inspiraba la Roncière á sus camaradas, que no pudo hallar quien quisiera servirle de padrino, y fué preciso que M. Ambert y M. de Estouilly insistiesen con M. Berail para que consintiese en acompañar á la Roncière.

Luego que lograron que M. Berail se decidiese, fueron todos al sitio señalado. Allí pidió la Roncière que le enseñasen otra vez la carta, y como aparentase titubear al leerla, le dijo Estouilly con energía:

—¡Vaya! Bien conoceis vuestra letra.

Berail trató entonces de escusarse de servir de padrino; pero cediendo á las reiteradas instancias de Estouilly y Ambert, se resignó al fin á desempeñar aquel papel.

Cruzáronse los aceros; pero la suerte se declaró contra Estouilly que cayó herido de dos estocadas, una en un brazo y otra en un muslo.

Antes de aquel lance habia negado la Roncière que fuese el autor de las cartas anónimas: igual protesta debia hacer despues.

Cuando Estouilly fué herido por su adversario, quiso apelar por última vez á su honor, y le dijo:

—Confesad, y todo queda olvidado.

La Roncière replicó con frialdad:

—Nada tengo que confesar, porque nada he escrito.

—Pues bien, replicó Estouilly, veremos hasta donde llega vuestra pertinacia. *Os perseguiré ante los tribunales.*

—¿De veras? exclamó la Roncière con aire de insolente jactancia: pues bien, me alegraré infinito, y la prueba es que si

me quereis dar las cartas, me ofrezco á llevarlas yo mismo al procurador del rey.

—¡No! ¡no! exclamó M. Ambert.

Y completó su pensamiento diciendo en voz baja á M. de Estouilly:

—¿Quién os asegura que si le entregais las cartas no sean destruidas?

Pocas horas bastaron para probar que la suposicion de M. Ambert no estaba destituida de fundamento. A lo menos las apariencias fueron todas contra la Roncière, puesto que reveló su inquietud respecto de las disposiciones de M. de Estouilly, manifestando á Berail el deseo de echar tierra al asunto, y rogándole que interviniese para que las cosas no fuesen mas lejos.

Como quiera que fuese, Berail accedió á su deseo, y habló sobre el particular á M. de Estouilly; pero este exigia una confesion formal. El mediador volvió á ver á la Roncière, el cual se lamentó de la exigencia de Estouilly y de lo duro que le era reconocer como suya una correspondencia, á la que, segun continuaba asegurando, era completamente estraño.

Berail se retiró en vista de aquellas quejas, y mientras que estaba almorzando, supo que la reflexion habia cambiado de una manera singular las resoluciones de la Roncière.

Con efecto, éste despues de escribir de su puño y firmar una carta dirigida á M. de Estouilly, la enviaba por medio de una mujer á Berail suplicándole que la hiciese llegar á su destino.

Dicha carta contenia lo siguiente:

«En vista de las pruebas materiales que existen contra mí, pruebas que me confundirían ante los tribunales, si compareciese en ellos, creo que debo mirar por la tranquilidad de mi familia, cuyo honor quedaría mancillado. Me retracto de todas las expresiones que contienen las cartas que habeis recibido, y confesándome por el desgraciado autor de ellas, os ofrezco mis disculpas. Aceptadlas y sed bastante generoso para ser discreto.»

Pero Estouilly no creyó estas declaraciones suficientemente esplícitas, y de acuerdo con Ambert, contestó inmediatamente que en su situacion no aceptaba sino que dictaba condiciones:

—«Exijo, continuaba, que declare ser el autor de las cartas anónimas que han llegado á manos del general, de Mad. de Mo-

rell y de Mlle. María. Exijo además que soliciteis hoy mismo una licencia y salgais de Saumur.»

Por duras que fuesen estas condiciones, la Roncière se sometió á ellas, y rogó á Berail que solicitase una licencia para él. Entre tanto escribia la siguiente carta á Estouilly :

«Creia que mi carta de esta mañana os hubiera satisfecho, pero veo desgraciadamente que no ha sido así. En su consecuencia declaro ser yo el autor de las cartas anonimas que han llegado á manos del general, de Mad. de Morell y de Mlle. María de Morell. Declaro además haber escrito á Mlle. de Morell una carta firmada *Estouilly* y á vos, caballero, otra con firma de *María Morell*. Acabo de hacer pedir una licencia y abandono esta noche la escuela.»

Berail fué á llevar esta segunda carta á Estouilly.

—Está bien, dijo el herido, pero se me ha olvidado preguntar á M. de la Roncière el nombre del cómplice que distribuyó las cartas en casa del baron de Morell. Deseo que me diga quién es.

Berail trasmitió este nuevo deseo á la Roncière, pero este se negó á satisfacerlo.

En la noche del 25 al 26 marchó á la Fleche, y desde allí escribió á Berail pidiéndole que emplease su influencia para que Estouilly no exigiese lo que, segun decia, acabaría de perderle. Rogábale además que le contestase con direccion á París que él cuidaría de ir á la oficina de correos á recoger la carta.

Despues de aquel duelo, y especialmente despues de las revelaciones que habia originado, parecia que debian haber concluido las cartas anónimas. Pero no sucedió así, pues mientras que tenian lugar aquellos sucesos entre la Roncière y Estouilly, recibia M. de Morell por el correo un nuevo billete fechado el *miércoles 24 á las cuatro de la mañana*, en el que se trazaba del siguiente modo el odioso atentado que acababa de consumarse:

«Tenia sed de su sangre y de su honor: todo lo he obtenido. Habia tomado conocimiento de la disposicion de la casa el dia en que Mad. de Morell fué á Palenne, mientras que vuestra hija habia ido á pasear con su hermano y Mis. Allen. Ahora que no puedo menos de esperar que vuestra hija tenga una prenda de su desgracia (y abrigo la conviccion de ello) os diré

que ha sido Samuel el que ha distribuido todas las cartas al precio de cinco francos por cada una. Vereis publicada la deshonra de vuestra hija en París. Aquí nadie la sabe: temo al cariño y respeto de *esos cochinos* de Saumur y de mis camaradas que tan infames son para mí.»

En otra carta fecha del miércoles por la tarde decia á María de Morell:

«Sois la criatura mas miserable y el hombre que ha tenido la imprudencia de salir á vuestra defensa está herido gravemente. Todo eso lo he hecho yo. Mi gozo raya en frenesí: pero todavía hay otro pensamiento que me halaga, y es que ahora estais bajo mi absoluta dependencia. Un vínculo horrible para vos nos unirá y dentro de pocos meses os vereis obligada á venirme á pedir de rodillas un nombre para vos y para otro ser.»

Una tercera carta dirigida á Mad. de Morell, sin fecha, pero firmada E. de la R. contenia estas palabras:

«Estoy enterado de todo lo que pasa en vuestra casa. Los baños de pies, las sanguijuelas que se suponen ser para Miss. Allen son precauciones inútiles. Verdaderamente tuve ayer un momento de terror, pues creí haberla muerto, y no hubiera quedado satisfecho mi objeto. No os habria podido devolver todo el mal que me haceis. Vuestra hija vivirá, pero no habrá vida mas horrible que la suya.»

Los pormenores de esta carta atestiguaban hasta la evidencia que vivia un cómplice en la casa del general. Samuel, de quien concibió sospechas la baronesa desde el mes de agosto, habia sido despedido por un dia por el general, y vuelto á admitir en vista de sus protestas de inocencia. Cuando se recibieron nuevas cartas fué despedido definitivamente.

Entonces entabló relaciones con las dos queridas de la Roncière, Adela Boreau y Anita Rouhault en París. Estas circunstancias determinaron á M. de Morell á escribir inmediatamente al prefecto de policía dándole parte de la ausencia de aquellos dos individuos, y pidiéndole que los vigilase muy de cerca.

Con la ausencia de esos dos sugetos habia cesado la correspondencia anónima; pero el 12 de octubre volvió á continuar, y Mad. de Morell recibió por el correo la siguiente carta:

«Estoy en correspondencia con una persona de vuestra casa: podeis obligarme á abandonar la Francia, pero entonces mi có-

lera os perseguirá con mayor encarnizamiento. Habría, no obstante, un medio de conjurar la tempestad que os amenaza, pues consiento en casarme con vuestra hija. Temí por un momento que tuviéseis el proyecto de casarla antes del desenlace, pero despues he sabido que no se ha pensado en tal cosa. Por otra parte, hubiera debido presumir que hay cosas que una madre coqueta y un padre avaro no hacen jamas, ni aun para salvar á su hija de la deshonra.»

E. R.»

Fácilmente se comprenderá lo mucho que debia afectar esta cruel correspondencia á la familia Morell. Pero la que sufria mas que nadie era María.

Desde la noche del 24 de setiembre la salud de aquella jóven se habia alterado gravemente: primero, por efecto del terrible golpe que habia recibido durante aquella escena, y luego porque á pesar de los padecimientos físicos y de un tormento moral horrible, le habia sido preciso continuar el trato de la sociedad, á fin de evitar los comentarios calumniosos, las suposiciones injuriósas, ó, por lo menos, los dichos picantes, las alusiones malignas y las censuras inflexibles de una sociedad ávida siempre de escándalos.

Porque hay un carácter muy triste en nuestras costumbres, y es que merced á preocupaciones altamente deplorables, un atentado como el que hemos referido lega tanta deshonra á la víctima como infamia al verdugo.

Asi es que en semejantes casos hay que proceder como procedió Mad. de Morell, esto es, tratar de sepultar la desgracia en el secreto mas profundo, pues de lo contrario se corre el riesgo de que el mundo señale con el dedo á la mujer mas virtuosa como si tuviese la culpa de que un mónstruo venga á ponerse por medio, y de una vida que sin esa circunstancia sería toda orgullo y alegria, haga una existencia llena de miserias y dolores.

Por eso en la noche misma del 24 de setiembre creyó Mad. de Morell que debia llevar á su hija á una reunion á que estaba convidada la familia Morell. María, á pesar de sus heridas en las piernas, de sus contusiones en los brazos y hombros, y de su mordedura en la mano, tuvo que bailar un rigodon. Con la

muerte en el corazon le fué preciso sonreirse y responder á esas trivialidades que constituyen la conversacion en un salon. Resignóse á ello la jóven con valor, y el mundo nada notó sino un rostro al que se agolpaba la sangre, y que se teñia de púrpura como el de un apoplético.

Pero las fuerzas corporales no correspondieron á la energía moral de María, y á cosa de las once, cediendo á la fatiga y quizá a las emociones de sus recuerdos, se desmayó y la llevaron exánime á su casa.

Desde entonces quedó muy delicada su salud; sin embargo, cuando á fuerza de cuidados empezaba á irse restableciendo, un billete que encontró María en su gabinete el 21 de octubre á eso de las diez de la noche, volvió á despertar todos sus dolores, y le ocasionó una crísis violenta. En dicho billete, firmado E. R., se leia lo siguiente:

«Lo que mas amais en este mundo, vuestra madre, vuestro padre y M. de Estonilly, habrán dejado de existir dentro de pocos meses. Me habeis despreciado, y quiero vengarme primero en él.»

Cuando entraron en el gabinete de Mlle. de Morell encontraron á esta tendida en el suelo sin conocimiento, y en su mano crispada tenia asido el fatal billete.

En aquella ocasion perdió el juicio la jóven, y cuando volvió en sí empezó á gritar entre sollozos:

—Hombre rojo!... el papel!... que asesinan á mi padre.... á mi madre!...

Transportáronla á su cama y se llamó á M. Becœur, cirujano mayor de la escuela y amigo del general. Pero este halló la situacion tan grave que se llamó á otro médico, M. Piron.

En el momento en que llegó este último, se hallaba María de pie sobre su cama, y tenia tan contraidos los músculos de su rostro que casi se la desconocia.

—¿No podria hacerse que se acostára? preguntó M. Piron.

—No, respondió M. Becœur: parece que sufre mas cuando se la impone una postura á la fuerza.

Se apeló á las sanguijuelas, á la sangría: auxilio inútil! La crísis se hizo tan espantosa, que los médicos perdieron toda esperanza. Y como no pudieron ocultar bastante lo que pensaban, exclamó Mad. de Morell con voz desgarradora:

—¡Mi hija ha muerto!

Entonces pasó en aquel cuarto una de esas escenas terribles y solemnes que cada familia ha podido ver una vez por lo menos. La jóven recibió la estrema-uncion.

Y como si no fuese todavía bastante dolor para una madre el estado desesperado de su hija, recibia Mad. de Morell el 22 de octubre una carta en la que se hallaban bien al descubierto las miras interesadas del culpable.

«No he hecho mas que asesinar á vuestra hija. La he dado en ciertas partes horribles puñaladas, en la persuasion de que si ella os ha contado todo lo que habia ocurrido, no habriais dejado de creer que habia yo gozado plenamente de ella: he querido aprovecharme de vuestro error para asegurarme una fortuna que me es muy necesaria. Tenia la certeza de ver aceptadas mis proposiciones con reconocimiento, y no creo á M. de Morell tan avaro ni á vos tan coqueta que no hayais dado conocimiento de mis proposiciones á vuestra hija. Probablemente esta las habrá rehusado por amor al mónstruo, que hace se desbaraten todas mis empresas. Ahora venganza, venganza! sangre, sangre! Vuestro augusto protector, M. Gisquet, no podrá protejeros.»

No era posible ya el silencio en vista de una carta tan audaz. El general marchó á París en donde se instruyó sumaria el 27 de octubre. En ese mismo dia fué avisado Samuel de la llegada de M. Morell, y cuando se presentaron en la calle de Montmartre, fonda de los Viajeros, á donde fué á parar la Roncière, ya no vivia este allí, bien fuese desde el 25 ó desde el 27 solamente. La Roncière habia buscado un asilo en una habitacion ocupada por Melania Lair, plaza de las Victorias. Su prision, que no tuvo lugar hasta el 28 en la calle, no puso término á las cartas anónimas. En 28 de noviembre recibio M. de Estouilly, de regreso en Picardía, una carta firmada por una tal Victorina Mayert, y fechada en Saumur el miércoles 26, la cual contenia otra de la misma letra que las anteriores, fechada en París á 23 de noviembre, y con la firma E. de la Roncière. En dicha carta se leia lo siguiente:

«Desde el fondo de mi prision me he atrevido a contar todavía con vuestra compasion. Os conjuro que no trateis de acriminarme en vuestra declaracion. Entré en el cuarto de Mlle. de

Morell con auxilio de criados, con otra intencion que la de asesinarla. Pero al arrojarme sobre ella para impedirla que gritase, quise obligarla á decir que no os amaba. A pesar de mis golpes, no quiso responderme una palabra, y cegado por la cólera le dí una puñalada terrible.

»Cuando llegué á París hice pasar á su doncella, con quien estaba en relaciones durante mi permanencia en Saumur, un billete de Mlle. de Morell, en el cual hacia amenazas á vuestra vida: me han escrito que la sola vista de ese papel le causó un ataque cerebral: quemad esta carta, pues sería una prueba bien positiva contra mí, y hay ya tantas! Mi único medio de defensa es negarlo todo.»

La enfermedad de Mlle. de Morell habia tomado desde la escena del 21 de octubre un carácter mucho mas alarmante. En su consecuencia Mad. de Morell formó el proyecto de llevarla á Falaise, con la familia de su padre, antes de conducirla á París. Habiendo salido para dicho viaje en 3 de diciembre, perdió muchas veces el conocimiento en el carruaje, y cuando el 22 de diciembre tuvo que salir de Falaise para marchar á París se renovaron los mismos accidentes. El 23 entre 9 y 10 de la noche, al tiempo de dar la vuelta el carruaje en que iba recostada, desde el muelle de Orsay á la calle de Bellechasre, en donde estaba situada la casa del general, creyó sentir que le cojian con fuerza el brazo derecho que llevaba colgando fuera del carruaje, envuelto en un pañuelo de lana. La sensacion fué tan viva que no pudo menos de exclamar:

—Que me rompen el brazo.

En el mismo instante halló al lado suyo una pelota de papel y vió á una mujer que parecia alejarse del carruaje en direccion á las casas. Es de advertir que en aquella época estaba libre todavía Julia Genier.

Desenvolvióse en casa la pelota de papel, la cual estaba compuesta de dos hojas sueltas. La una decia al frente: *A Mad. de Morell, importantísimo.* La otra contenia las siguientes líneas:

»Los menos malos dicen que si hubiérais sido buena madre, en vez de entregar al desprecio el nombre de vuestra hija, habriais hecho sacrificios por casarla con su seductor, á quien quereis llamar su asesino. Los mas perversos dicen que el se-

ductor no es el hijo de un teniente general, sino simplemente vuestro criado: estos son el mayor número. En fin, los menos maliciosos dicen: si el conato de asesinato es positivo, y Mad. de Morell tiene corazon, antes de tres meses casará á su hija para acallar las infames calumnias que circulan acerca de aquella pobre jóven. Esto es lo que se dice de vos en la Babilonia moderna.»

¿Habrá necesidad de decir que el anterior billete estaba trazado por la misma mano que habia escrito las cartas precedentes?

Si se ha seguido con alguna atencion nuestra narracion, se habrá visto que todo concurría á acriminar á la Roncière: su vida anterior, sus desórdenes actuales, el acto de bajeza que cometió dejando de reclamar contra la espulsion pronunciada por el general Morell. Luego en punto á las cartas anónimas, sus propias confesiones contenidas en sus cartas á Estouilly; y por último, respecto del conato de estupro, la Roncière habia sido reconocido formalmente por María de Morell.

Pues bien, la Roncière *abrumado*, segun habia escrito él mismo, *bajo el peso de tantas pruebas materiales*, despues de haber confesado mucho, lo negó todo. Hizo mas todavía, pues de acusado se convirtió en acusador. Sostuvo que las señoras de Morell, madre é hija, Miss. Allen y Estouilly no eran estrañas á la trama urdida contra él, ni á la confeccion de las cartas anónimas. Aparentó dudar de la realidad del atentado y de las heridas, así como de la enfermedad de la jóven María. Añadió que todo le inducia á creer que Mlle. de Morell y Estouilly habian tenido por mediacion de Miss. Allen relaciones íntimas, y que la jóven habia supuesto un crímen con la esperanza de salvar su honor.

Esa idea quiso dar á entender cuando anteriormente habia escrito al capitan Jacquemin:

«No vereis en todo esto, como á mí me sucede, mas que una jóven bastante traviesa, segun lo he sabido por la criada, que habrá tenido alguna debilidad con cualquier hombre, y que viendo que existia una prueba material de ella (pues me han dicho que estaba en cinta), lo habrá confesado á sus padres, los cuales habrán creido poder salvar en cierto modo el honor de su hija, acusándome de ese doble crímen. Quizá

su prevision y sus designios iban mas lejos todavía.»

Cuando le preguntaron qué entendia por estas ultimas palabras, respondió que habiendo sido deshonrada Mlle. de Morell, la intencion de los padres al acusarle era tal vez obligarle á casarse con ella.

En este estado de cosas hubo que tomar una primera determinacion que fué la comprobacion de letras. Hízose en efecto y, contra lo que todos esperaban, esa diligencia vino á apoyar el sistema de defensa de la Ronciere, al mismo tiempo que parecia acriminar a la familia Morell.

Dos peritos declararon primero que las cartas habian sido escritas *por mano de mujer*: otros dos afirmaron que las veinte cartas sometidas á su inspeccion y exámen no eran ni en totalidad ni en parte de mano de la Roncière, que el billete á Estoully firmado *María de Morell* y la carta al mismo firmada *Victorina Mayert*, eran evidentemente de mano de María de Morell.

Pero cuando el asunto fué llevado á los tribunales (1), la

(1) Ya se habrá visto que de varios pasajes de las cartas anónimas parecia resultar la complicidad de Samuel Gillieron. En cuanto á la doncella Julia Genier, habia ciertas circunstancias que parecian comprometerla. Así en la correspondencia la vemos señalada como persona que tuvo relaciones íntimas con la Roncière, y obró de inteligencia con este. Muchas veces fué sorprendida por Mlle. de Morell y otras personas escuchando á las puertas.

La carta del 12 de octubre á Mad. de Morell contenia una alusion á un proyecto de matrimonio que habia sido objeto de una conferencia íntima entre el general y su mujer, y que solo ella podia haber oido. Desde el dia que siguió á la noche del 24 de setiembre, preguntó repetidas veces á Mlle. de Morell sobre el estado de su salud, informándose de si le habia ocurrido algo, y dando por escusa á sus preguntas que habia tenido malos sueños.

La correspondencia anónima la designaba particularmente como la portadora del billete del 21 de octubre que tan deplorable efecto causó á Mlle. de Morell. Comprobóse con efecto que el dia 21 habia ido Julia á la calle de S. Nicolás donde vivia la familia Rouhault. Con frecuencia se habia notado su presencia allí, especialmente á la hora en que solian comer sus amos. Era además la única criada que, á las diez de la noche especialmente, tuviese entrada en el gabinete de tocador donde fué hallado el billete, y pocos momentos antes habia arreglado el cuarto inmediato.

Por último, habiendo gritado Mad. de Morell en aquella ocasion: ¡*Qué horror*! ¡*tengo en mi misma casa al asesino de mi hija*! Julia, sin em-

siguiente declaracion del testigo Ambert fué un cargo terrible contra el acusado:

«Cuando fuí á buscar á M. de la Roncière, dice Ambert, para trasmitirle las quejas de M. de Estouilly, me dijo aquel que M. de Estouilly le habia denunciado al general, y que eso era una infamia. Yo le respondí: no soy juez de la conducta de M. de Estouilly, pero si hubiese recibido una carta semejante y la atribuyese á vos, habria principiado por pediros una satisfaccion inmediatamente. M. de la Roncière replicó: Teneis razon porque sois hombre de honor. *Estoy satisfecho de vos.*» Ahora bien, en la carta anónima en donde se hace alusion a estos pormenores se lee: «He visto á Ambert y estoy satisfecho de él.» ¿Cómo podia el autor de la carta anónima tener conocimiento de aquella conversacion, si no hubiese sido el mismo la Roncière?

La notable defensa de M. Odilon Barrot dá tambien un golpe terrible á la infalibilidad de las pruebas periciales. Despues de referir las circunstancias del atentado de que fué victima María de Morell; «sin embargo todavía se la acusa, dice el abogado; y se dice que es autora de las cartas anónimas, que ha urdido una trama infame, una intriga infernal: ella ha sido, segun la parte contraria, la que ha dado citas á su madre con el nombre de un oficial, la que ha hecho declaraciones algo libres á un oficial. Ella ha visto el desórden que esas cartas sembraban en la casa; el pesar, la angustia de su familia, y se ha burlado de todo eso: ella ha puesto en el caso de matarse a dos oficiales; ella ha hecho que la sangre del uno sea derramada por la mano del otro; ella ha escrito una carta que recuerda el lenguaje de un soldado habituado al desenfreno de las tabernas y de los sitios de libertinaje: ella, sin embargo de no ser mas que una jóven de diez y seis años, todo lo ha hollado, todo lo ha desconocido, todo lo ha adivinado, todo lo ha aprendido, todo lo ha inventado: ella ha sembrado pór todas partes la desesperacion, ella lo ha cubierto todo de luto, y luego despues sobre ese hacinamiento de infamias se ha levantado triunfante, y

bargo de no haber sido designada particularmente, bajó al momento y tuvo dos violentos ataques de nervios. Aquella emocion repentina chocó tanto mas, cuanto que hasta entonces se habia mostrado muy insensible, sin manifestar otro sentimiento que el de una maligna curiosidad.

en su frenética alegría ha entonado en cierto modo un himno satánico!... (Rumor prolongado en el auditorio). Esto, al decir de la parte contraria, es lo que ha hecho la mas pura é inocente de las vírgenes, aquella que entre su familia era llamada un ángel de dulzura y de pureza.»

M. Odilon Barrot cita diferentes ejemplos notables en que incurrió en error la ciencia de los peritos. Luego continúa:

«¿Os traeré á la memoria el asunto de Michez y Evrard? Dos documentos fueron sometidos á la inspeccion de los peritos; uno de ellos era verdadero y el otro falso. Consultados los peritos declararon unánimemente que el documento verdadero era falso y el falso verdadero. (Risas). Dícese que uno de los peritos murió de pesar. (Sensacion). Pero si los magistrados no hubieran sido mejor informados que los peritos ¿calculais cuáles habrian sido las consecuencias de semejante declaracion?

Os citaré todavía, continúa M. Odilon Barrot, un hecho que ha llegado hace poco á mi noticia. Un magistrado confió diferentes documentos á varios peritos, y puso una nota en uno de ellos. Pues bien, los peritos, apoderándose de la nota del magistrado, declararon falsario.... ¿á quién? al magistrado mismo. (Risas generales y prolongadas).»

El abogado lee y examina sucesivamente las cartas de la correspondencia anónima, y exclama en seguida:

«El cuerpo del delito, como lo llamamos en lenguaje forense, el cuerpo del delito está probado. ¿Osaríais decir que esa jóven se ha herido en las partes mas delicadas y secretas para procurarse medios de acusacion? ¿Pero su estado de salud es real? ¿No tenemos ahí el cuerpo del delito? Antes del 24 gozaba ella de una perfecta salud; y en la actualidad la enfermedad mas horrible la tiene postrada en cama.

»¿Pero qué digo? Todo lo habeis negado, hasta la enfermedad; y habeis insinuado esa duda en la sumaria. ¿Negareis hoy dia esa enfermedad?

»Mas hay todavía: esa jóven necesitaría cómplices y nadie la ha visto en el mundo sin ir acompañada de algun individuo de su familia. Es preciso haber calculado todo, haber combinado que su aya no llegase hasta que el hombre hubiese desaparecido: es preciso que ella lo haya adivinado, sabido y meditado todo.

«Le habeis dado á su padre y á su madre por cómplices. Pues bien; ahí teneis á ese desgraciado padre abrumado bajo el peso de su dolor y que puede apenas recobrar su energía y su valor: ¿habrá sido él quien lo haya preparado todo, quien haya sido el cómplice de su hija? Ahí teneis á esa desgraciada madre, cuya desesperacion y lágrimas han conmovido tan fuertemente al auditorio: ahí teneis á esa madre que quería huir de la justicia, que disputaba su hija al juez instructor, que le quería arrojar de su casa, ahí la teneis designada como cómplice de su hija. ¡Qué! ¡habrá sido ella la que ha preparado la violacion y la consecuencia de esa violacion! Ese medio de defensa, lo habeis reflexionado, habeis pensado en él, pero habeis renunciado á ponerlo en práctica. ¿Será que acuseis á Miss. Allen?»

M. Odilon Barrot lee una porcion de certificados que acreditan la pureza y honradez de aquella jóven. Recuerda que todos los criados han prestado homenaje á su escelente comportamiento: los jurados la han oido y pueden por su parte apreciarla.

«Ved aquí, pues, á María sin cómplices, continúa el abogado: vedla sola, obligada á proseguir y manejar por sí sola esta intriga hasta el fin. Pero no basta crear cómplices, es preciso dar algun interés al crímen. Por eso la habeis acusado de hallarse embarazada (1). Habeis dicho que ella quería obligaros á que os casáseis con ella. ¡Quería ella obligaros á que la tomáseis por mujer y no impide á su padre que os espulse! ¡y no detiene á su familia á la puerta del santuario de la justicia! ¡Pues qué! ¿no os entrega á los tribunales sino para que os caseis con ella despues que hayais perdido el honor? (Sensacion viva y prolongada).

«Todavía os queda la locura. Pero este recurso tambien está perdido para vos, pues en sus momentos lucidos goza María de la plenitud de su razon y de sus facultades.

«¡Y luego vuestras revelaciones! ¡vuestras revelaciones que os colocan entre dos infamias! ¡Quereis escapar á la justicia y sois el primero en hablar al procurador del rey!»

(1) Este alegato de preñez ha sido desmentido por una matrona, Mad Duhamel y por el doctor Lherminier que visitaron á Mlle. de Morell.

A M. Odilon Barrot sucedió M. Chaix-d'Est-Ange, el cual en un brillante discurso se esforzó en disculpar á la Roncière, representando á Mlle. de Morell como una jóven exaltada, dotada de un carácter impresionable y aficionada á lo novelesco y misterioso, y deduce de ahí que pudo muy bien haber escrito las cartas, aun cuando solo fuese con el objeto de ser tenida por heroina de novela.

«¿Quién ha escrito, pues, esas cartas? exclama M. Chaix-d'Est-Ange: ¿quién las ha mostrado?... Aquí es donde nuestra posicion se hace difícil. Un medio se nos presentaba; pero se nos cierran todos los caminos: nos declaran que este es un duelo á muerte, que es preciso que la jóven sea condenada ó lo seamos nosotros. En el proceso, señores, esta es la única cosa que puede asustarnos: así es que cuando de ese modo me apretais el cuello, os digo que soy inocente, que es imposible que sea culpable; y sin embargo es preciso que hable, porque de otro modo diríais: vos sois el autor del atentado, y si mi conviccion me engañase, si ese hombre fuese culpable ¿cómo me atrevería á perder á una jóven?

«¡Ah! señores; esa sería la desesperacion de mi vida, pues se me figura que me habria hecho cómplice de ese hombre al defenderle. Puesto que hay una necesidad que me imponeis, permitidme invocar esa voz que se ha levantado en mi favor, permitidme invocar la experiencia de los peritos que han imputado á Mlle. de Morell las cartas anónimas. Habeis dicho que se disfrazaba su estilo, como bajo la careta se desfigura la voz. Asi la jóven loca á quien se le pasa por la cabeza la idea de hacer cartas anonimas, puede cambiar su estilo, y así como la careta hace mas fuerte la voz del que se cubre con ella, así tambien la jóven puede formular algunas de esas espresiones del campo que ha podido oir en efecto: pues ¿quién hay entre nosotros que en su casa, cuando la cólera le ciega, no haya dejado escapar alguna palabra menos propia que la memoria de una jóven la mas reservada no haya dejado escapar?

Pero Mlle. de Morell ha recibido una educacion piadosa y ha aprendido á leer en la Biblia. ¡Ay! señores, yo pregunto: ¿hay una sola madre de familias que pueda afirmar que su hija no ha leido jamás novelas? Pregunto tambien, señores, si Mlle. de Morell no se ha sentido alguna vez exaltada por los síntomas

de esa enfermedad sin nombre; ese somnambulismo, esa catalepsia, ese histérico ¿no han trabajado su juvenil cabeza? Es preciso decirlo todo, señores, es preciso dar á conocer el carácter de esa jóven: ella parece resuelta; ella ha entrado en esta audiencia sin temblar; ella ha referido todo lo que pasó en su cuarto; ella está dotada de una naturaleza impresionable; ella es una jóven á quien le agrada lo novelesco y misterioso.»

Al llegar M. de Chaix á este punto de su discurso, los murmullos del auditorio obligan al presidente á imponer silencio al público.

«Hay en la causa, continúa M. de Chaix, un hecho que prueba lo que he indicado. Un dia señalado en la sumaria, M. Brugniere, subintendente militar de Saumur pasó por el muelle, y saludó á Mad. de Morell que estaba asomada á la ventana. Mad. de Morell rogó á M. Brugniere que subiese, y este, que era amigo de la casa, accedió á la invitacion. Mad. de Morell le dijo: estaba yo en la sala, cuando se acercó á mi ventana un hombre envuelto en una capa y me hizo algunas señas: retiréme al punto y poco despues mi hija vino fuera de sí á decirme que desde su cuarto habia visto á aquel hombre quitarse la capa y arrojarse en el Loira, y que unos barqueros lo habian sacado del agua. M. Brugniere tranquilizó á Mad. de Morell y le dijo: Ha sido un hombre que quería ahogarse. Al dia siguiente Mlle. de Morell hizo llamar á M. Brugniere y le dijo: Ese hombre que se ha arrojado al agua me ha escrito una carta anónima en la que me dice que habia querido ahogarse por mi causa.

«¿Ha sido eso cierto, señores? ¿Se arrojó algun hombre al agua? No: todas cuantas pesquisas se han hecho no han dado el menor resultado. ¿Quién habia visto, pues, ahogarse á ese hombre? Mlle. de Morell. Y ¿no es ese, señores, uno de los efectos de esa enfermedad moral que agita su ánimo y atormenta su cuerpo? Ahí teneis, á no dudarlo, el orígen de este proceso tan grave, y que sin embargo no carece de ejemplo.»

Cuando M. de Chaix terminó su discurso digno de mejor causa, y que duró cerca de cinco horas, M. Odilon Barrot pidió y obtuvo que se volviese á llamar al testigo Jacquemin, á quien preguntó si sabia algo de particular sobre la salud de la Roncière. El testigo hace notar que en la carta es-

crita despues del atentado del 21 de setiembre se dice: «Quise comunicarle una horrible enfermedad;» y añade:

—Estas palabras me llamaron la atencion, porque aseguro bajo mi honor que cuatro meses antes de salir M. de la Roncière de Saumur, estaba atacado de una enfermedad horrible.

(Esta declaracion produce gran sensacion en el auditorio).

M. Partarieu-Lafosse sostiene la acusacion contra la Roncière y Samuel Gilieron, pero se aparta de ella respecto de Julia Genier.

M. Berryer toma en seguida la palabra para replicar á M. de Chaix. Deplora la fatalidad que conduce al banco de los asesinos á dos padres envejecidos con gloria y distincion en nuestros ejércitos, y de los que uno de ellos tiene que salir lastimado en la persona de su hijo.

—¡Ah! ¡señores! exclama M. Berryer; hay por lo menos esta diferencia consoladora y grave en la causa; que el otro padre es desgraciado por la pérdida de su hijo, mientras que el padre que yo defiendo recuerda con sentimiento, pero con la alegría de lo íntimo de su corazon, la pureza de la vida de María de Morell.

Cuando llegó M. Berryer á las circunstancias del atentado, dijo con una emocion de que participaron todos sus oyentes:

—Se extraña, señores, el silencio que guardó Mlle. de Morell en la noche fatal del 21 de setiembre. Las dos jóvenes turbadas y en la mayor agitacion no dieron grito alguno, ¿y por eso las acusais? Pues así debia suceder, y ese silencio es precisamente una de las pruebas mas convincentes de la realidad del crímen y de la veracidad de la narracion. Si hubiese sido un ladron, un hombre que hubiese tratado de robar oro ó diamantes, comprendería vuestra reconvencion; si hubiese sido una farsa, se habria puesto toda la casa en alarma, se habrian hecho oir mil gritos, y la noche y las tinieblas harían que no se descubriese el fraude. Pero no, aquello era un atentado, y la vergüenza, el pudor es lo que contuvo á la jóven. «¿Me han visto? ¿Qué han hecho? Envuélveme, Allen....» ¡Ah! comprendo que no gritase, porque es vírgen todavía; conmovióla ese sentimiento de vergüenza, y no osaba mostrarse á su madre que tantas veces la ha hablado de pudor. Al llegar el dia, se mira y oculta su desnudez. «¡Allen! ¡Allen! anda á llamar á mi ma-

dre....» No comprendería, señores, que se sintiese atormentada por la necesidad de mostrar su humillacion á los ojos de todos, y apelo para ello á los corazones de todas las madres de familia. (Vivo asentimiento en el auditorio, y especialmente en las señoras).

El ilustre orador termina de la manera siguiente su elocuente improvisacion:

—Señores: no trato de conmoveros con mis palabras en una causa que interesa á nuestra razon y agita todos los sentimientos de nuestra alma. Señores: no habrá duda para vosotros. La Roncière en Cayenna, la Roncière, vuelto á Francia, será condenado. Pero permitidme una sola reflexion; si en semejante lucha sucumbiese el honor de María de Morell; si declaráseis culpable á María de Morell de edad de diez y seis años; si la Roncière fuese absuelto, no dudeis que se dirá con una alegría insultante y victoriosa, y las personas honradas se repetirán con desesperacion, estas palabras de una carta anónima: «¿De qué sirve amar el bien?» (Aplausos universales).

La lógica severa de M. Odilon Barrot, y la elocuencia grave y persuasiva de M. Berryer habian fijado las convicciones de todos. Así fué, que á pesar de los esfuerzos intentados por M. Chaix-D'Est-Ange en una réplica admirable, fué la Roncière declarado culpable del crímen de conato de estupro con violencia y sentenciado á diez años de reclusion, sin exposicion prévia. Además se le impusieron las costas.

Samuel Gillieron y Julia Genier fueron absueltos.

En la actualidad, Mlle. de Morell es esposa de M. de Mornay; y la Roncière, casado tambien, vive retirado en una provincia.

LOS BANDIDOS DE TALLANO.

SECUESTRACION; ROBO; INCENDIO; EXTORSION DE FIRMA; ASESINATOS, ETC.

Las peripecias de este triste y grave proceso, en cuya vista empleó el tribunal de Assises de Bastia seis audiencias, reproducen todos los sombríos elementos del drama moderno, con la sensible diferencia de que en vez de ser debidas á la fuerza de una imaginacion exaltada, son aquí por desgracia la narracion demasiado fiel de una realidad espantosa.

Esta horrible odisea que principia en noviembre de 1846 y continúa hasta agosto de 1847, no está aun en su última escena, segun es de presumir, porque el autor principal de los crímenes que van á presentarse á la vista del lector está libre todavia y desde la cumbre de la montaña de Santa María-el-Ficaniella, se atreve, despues de haber lanzado su anatema contra los testigos de cargo, á escribir á los magistrados para atestiguar la inocencia de los acusados presentes y á amenazar con sus tiros al que dude de sus palabras y no obedezca las intimaciones contenidas en las proclamas que halla medios de hacer fijar hasta en lo interior de la capital del distrito.

Por lo que ahora hace, véase la parte que hasta aquí resulta de este terrible drama.

Juan César Serra, acreedor de la familia Giacomoni por una suma de 400 francos, despues de haber obtenido del tribunal de Sartene una sentencia condenatoria, cometió la imprudencia de

ir á la alquería de los Giacomoni, acompañando en contra de lo que la ley previene, al alguacil comisionado para embargar la finca.

Era aquello á los ojos de los Giacomoni una especie de brabata y de burla que debian costar caras á Serra.

—¡Tú te arrepentirás! dijo Paulino Giacomoni, mientras que su madre murmuraba:

—¡Ah! si estuviese aquí mi hijo mayor Ignacio, no sucedería esto!

Y por la noche cuando volvió Ignacio y su madre le refirió el suceso de aquel dia, se puso aquel de codos sobre la mesa, reflexionó algunos instantes y dijo con voz serena y sombría:

—Serra no puede tardar en morir..... Madre! quedaremos vengados.

Al dia siguiente empezó á correr la voz de que la familia Giacomoni estaba pronta á pagar, y todos sus individuos se mostraron en apariencia tranquilos y dispuestos á olvidar todo resentimiento.

Pero aquellas apariencias pacíficas no eran mas que un velo, bajo el cual se procuraba ocultar intenciones criminales.

Una tarde (el 29 de noviembre de 1846) fué Paulino Giacomoni á ver á Serra á su casa.

—Ven á verte con mi hermano, le dijo. Hemos reunido la suma que te debemos y queremos pagarte.

—No, dijo Serra: has jurado que te vengarías y ese es un lazo que me tiendes. No te sigo.

—Escucha, replicó Paulino: verdad es que te amenacé en un acceso de cólera; pero debes confesar que el modo tuyo de portarte era muy propio para irritarnos.

—Aun cuando asi fuera, dijo Serra, no era motivo para proferir amenazas de muerte contra mí.

—Confieso que hice mal, repuso Paulino; pero te pido perdon y el acto de venir á tu casa prueba mi arrepentimiento.

Paulino, al hablar asi, mostraba un aire tan franco y tranquilo que Serra desechó enteramente las sospechas.

—¿Con que me prometes que nada tendré que temer de tí? preguntó.

—Te lo juro, respondió solemnemente Paulino.

Y despues de beber juntos en albricias de su reconciliacion,

se pusieron ambos en camino dirigiéndose hácia la morada de los Giacomoni.

Pero la confianza de Serra debia sufrir un cruel desengaño. Cuando llegó al sitio llamado Carpiecia, sonaron dos tiros y el desgraciado cayó herido de diferentes balazos.

Paulino é Ignacio acababan de asesinar al hombre que se habia entregado á su lealtad.

Entre tanto los asesinos, en la persuasion de que su víctima habia cesado de vivir, y temiendo ser descubiertos, se alejaron apresuradamente felicitándose por su infame accion como si hubiesen llevado á cabo una obra meritoria.

Pero Serra no habia muerto, como lo creyeron los hermanos Giacomoni. Vuelto en sí durante la noche, llegó aunque con trabajo á su casa, y pudo denunciar á su familia y á la justicia el atentado de que habia sido objeto y el nombre de los autores de aquel lazo.

Llegó á noticia de los hermanos Giacomoni el mal éxito de su tentativa y las revelaciones de su víctima, y entonces el mayor de ellos, Ignacio, formó una resolucion horrible, que fué recorrer los alrededores de la casa en donde yacia el herido, y espiar como una fiera el momento de saciar la sed de venganza que le devoraba. No tardó el infierno en favorecer su designio. Los que cuidaban á Serra fueron bastante imprudentes para dejarle solo por algunos momentos. Aprovechó Ignacio el descuido y penetrando hasta donde estaba el paciente concluyó por sí solo la obra de sangre que habia principiado en union con su hermano.

La familia Giacomoni debia quedar satisfecha por aquella vez; pues Juan César Serra habia dejado de existir.

Tal es el primer eslabon de la cadena de crímenes que va á desarrollarse ante los ojos del lector.

Cerca de siete meses habian pasado desde el suceso anterior.

El 16 de junio de 1847, un comerciante de Sartene, el señor Tavera, se fué á Propriano en donde tenia establecida una casa de comercio, y llevaba por compañeros de viaje á su mujer, á un tal Javier primo y consocio suyo, y á la señorita Fifina, hermana de este último.

Cuando llegó la tarde, subieron todos cuatro al carruaje y tomaron otra vez el camino de Sartene. Al atravesar un sitio lla-

mado el Amabuje, se les presentó un individuo disfrazado y armado con una escopeta y les mandó hacer alto.

Los viajeros, mas sorprendidos que asustados, tomaron á aquel hombre por un loco; pero sin embargo se detuvieron y le preguntaron qué quería.

—¿Quién de vosotros es el señor Tavera? dijo el desconocido.

—Yo, respondió Tavera.

—Pues bien, replicó el otro, bajad, igualmente que ese otro que os acompaña, pues hay uno aqui que tiene que hablaros.

Estas palabras y el tono en que fueron pronunciadas alarmaron á los que iban en el carruaje, los cuales ofrecieron algun dinero para ver si les dejaban continuar su camino.

En esto se presentó un segundo individuo que hasta entonces habia permanecido oculto, y obligó á la familia Tavera á apearse del carruaje. Fué preciso obedecer. Las mujeres gritaban y lloraban, temiendo por los que las acompañaban y por ellas mismas. Pero no se quería atentar contra su existencia.

Uno de los bandidos, Juan Antonio Arii se puso de rodillas y juró que nadie tenia que temer por su vida; pero con la condicion de que Mateo Tavera le siguiese y Javier y las mujeres, al regresar á Sartene guardasen el mas absoluto silencio.

—Meditadlo bien, añadió, porque de la observancia de esa condicion depende la vida de Mateo. A las primeras palabras indiscretas que se os llegen á escapar, morirá.

Despues de estas palabras del bandido, no hubo mas remedio que separarse y poner en manos de Dios la vida de Mateo Tavera. La despedida fué tristísima pero no desesperada, pues la separacion era solo momentánea, y las seguridades dadas por Arii y renovadas por su camarada probaban que solo se trataba de una cuestion de dinero.

En seguida se alejaron los bandidos llevando consigo su presa. Por espacio de seis horas hicieron caminar á Tavera por bosques y sitios agrestes, hasta que por fin despues de haber reclutado en el camino á Ignacio Giacomoni, el asesino de Serra, llegaron en la mañana del 17 á la cima de la Valle-Mala, montaña que hay mas allá de Ficaniella. Allí es donde los bandidos tienen su caverna, desde la cual bajan á los bosques y a los llanos y trasmiten sus inícuas intimaciones á las poblaciones aterradas.

Apenas llegaron los bandidos notificaron sus órdenes á Tavera.

—Habeis estrujado á los pobres del distrito con vuestra usura, le dijo Arii, y ha llegado la hora de que vomiteis el fruto de vuestras espoliaciones. Exigimos veinte mil francos por vuestro rescate.

—Matadme, si son esas vuestras exigencias, respondió Tavera, porque os digo desde luego que me es imposible satisfacerlas.

Los tres bandidos se consultaron entonces entre sí y redugeron su peticion á 12,000 francos. Deseoso Tavera de dar noticias suyas á su familia escribió pidiendo aquella suma é indicando los medios de discrecion, precaucion y prudencia necesarios para hacer que llegase á su poder el dinero sin intentar la menor cosa contra sus perseguidores que tenian su vida en rehenes.

Luego que se despachó la carta indicada, dijo Tavera á los bandidos que no debian hacerse ilusiones; que su familia no podria procurarse ni 20,000, ni 12,000, ni aun 9000 francos; y que reuniendo cuantos recursos tenia á su disposicion, podria juntar en su caja de 4,500 á 5000 francos.

Esta observacion dió lugar á un nuevo conciliábulo de los bandidos, los cuales consintieron en hacer otra rebaja, quedando fijado el precio del rescate en 9000 francos. Tavera escribió en su consecuencia otra carta que llegó por el correo á Sartene al mismo tiempo que la primera.

En ambas cartas se fijó para el pago el dia 23 de junio.

Interin llegaba aquel dia tan deseado por todos, era tratado Tavera con la mayor consideracion por los tres miserables en cuyo poder se hallaba, y mientras estos se mantenian no mas que con pan de cebada y bebian agua solamente, ofrecian todos los dias en abundancia á su prisionero pan blanco recien hecho, vino, leche, carne y huevos. Por la noche se acostaban en el duro suelo, pero á Tavera le hicieron una cama de helecho poniéndole dos capas de paño corso por colchones y otra por manta. Por último, por colmo de miramientos, como en aquella montaña hacia un frio escesivo, se colocaban los bandidos para dormir uno á la derecha y otro á la izquierda de su huesped, mientras que el tercero estaba de centinela á la parte de afuera.

Dos de aquellos bandidos tenian descubierto el rostro, pero el que estaba mas principalmente encargado de la custodia del prisionero, por el dia, tenia envuelta la cabeza con un pañuelo, los pómulos de las mejillas barnizados con carbon y una barba blanca y negra artísticamente arreglada. Todo esto estaba hecho evi-

dentemente con intencion de ocultar facciones conocidas, pero fué cosa inútil. Ciertos particulares dieron luz á Tavera; algunos cabellos que á despecho del cuidado del bandido se escapaban á veces de su pañuelo; las manchas que tenia en las manos y el color de las cejas y pestañas, todo indicaba que aquel personage era rubio. Pero lo que mas le descubria, impidiendo que pudiera confundírsele con ningun otro hombre, era un defecto de pronunciacion.

Asi fué que cuando mas adelante fué careado Paulino Giacomoni con los Tavera, todos le reconocieron por el primero que les detuvo en el camino. Tavera declaró que aquel habia sido su principal guardian.

Entre tanto llegó el dia fijado para el reseate, y Tavera que estaba en acecho no tardó en divisar, con el auxilio del anteojo de larga vista de los bandidos, á sus primos Javier y Gerónimo Serra que montados en dos caballos traian el dinero. Dió aviso á los bandidos y Paulino Giacomoni marchó para aguardarlos al pie de la montaña, provisto de un billete concebido en estos términos:

«Entregareis al dador de la presente el dinero que hayais podido recoger.»

Los parientes de Tavera traian los 9000 francos exigidos en dos porciones distribuidas en dos sacos, cada uno de los cuales contenia 4,500 francos; pero viendo Serra, despues de leido el billete, que no se fijaba en él cantidad determinada, no sacó mas que un saco de la maleta.

—¿Cuánto hay en este saco? preguntó Paulino Giacomoni.

—Cuatro mil y quinientos francos, respondió Serra.

—No puedo aceptar esa suma, replicó Paulino: no es eso lo convenido.

—Pero, objetó Serra, no hemos podido reunir mas.

—Eso no es cuenta mia, dijo Paulino. Es preciso que uno de vosotros venga conmigo allá arriba para que dé esplicaciones.

Gerónimo Serra se decidió á acompañar á Paulino, el cual le condujo al lado de sus compañeros.

Juan Antonio Arii manifestó muy mal humor al ver que la suma que le traian era la mitad de la que habia designado.

—Tomo esta cantidad á buena cuenta, dijo: pero no devolve-

ré la libertad á Tavera hasta que me hayais enviado los 4,500 que faltan para completar la suma del rescate.

—No seais tan cruel dijo Serra..... Hemos hecho todos los esfuerzos posibles para contentaros, y á mas de esos 4,500 francos, aqui teneis 200 que he podido procurarme personalmente.

Arii tomó los 200 francos.

—Me faltan todavia 4,300 francos, dijo.

Y despidió á Serra sin querer oir ninguna palabra mas.

Cuando se marchó aquel, fué Arii á buscar á Mateo Tavera y le participó lo que acababa de pasar.

—¿Qué quereis? dijo Tavera, eso es que no han podido reunir mas. Nada conseguireis con retenerme aquí mas tiempo, con que dejadme ir con mis parientes.

—No, dijeron Arii é Ignacio Giacomoni, no os marchareis antes de completar la suma convenida.

—Pues si asi es, esclamó Mateo Tavera apurada su paciencia, allá veremos! Hasta aqui habeis hecho de mí cuanto habeis querido, y os he seguido y obedecido ciegamente. Pero en adelante mudaré de conducta y para principiar os digo desde ahora que no tomaré alimento alguno ni me arrancareis otra cosa que la vida.

Estas palabras que pudieron haber perdido á Tavera fueron las que le salvaron. Conmovidos los bandoleros por el tono de resolucion desesperada de su prisionero, consintieron en devolverle la libertad, si se prestaba á suscribir una obligacion comercial por 1,300 francos que unidos á los 4,700 ya recibidos formaban un total de 6000 francos.

Tavera se tuvo por feliz con quedar libre á aquel precio, firmó la obligacion y se marchó.

Al llegar al pié de la montaña encontró á sus dos parientes que estaban esperando á que pasara algun tiempo para volver con el resto de la suma. Temiendo los tres ser perseguidos, se abrazaron apresuradamente y se alejaron de aquel sitio de horror.

Cerca de seis semanas habian pasado desde que Mateo Tavera salió del poder de los bandidos, cuando un espantoso crímen vino á aumentar el terror que inspiraban aquellos infames malvados. Véanse cuales fueron sus circunstancias.

Los crímenes que esos bandidos cometian, no eran resultado de un juramento de venganza, cuya observancia, en las costumbres corsas, es mirada como una accion honrosa. Solo la idea de

la espoliacion, el robo y la codicia era la que guiaba su conducta y les impulsaba hasta á cometer asesinatos.

Como nada hay en Córcega mas deshonroso ni que inspire mas desprecio que el robo, muchos habitantes daban informes á la justicia y prestaban auxilio á la fuerza pública en las pesquisas dirigidas contra los salteadores.

En su consecuencia resolvieron estos sembrar el espanto con un crímen sin ejemplo en aquellas comarcas.

«Los que no estan con nosotros son enemigos nuestros, dijeron: y es preciso que perezcan.»

Este propósito lo cumplieron en cuanto estuvo de su parte al pie de la letra.

A Julio Susini, hijo de Domingo, y á Santos Susini, hijo de Pedro, les mataron los bandidos Giacomoni y Arii un hermano á cada uno. Obligados los Susini á mirar por su propia vida, perseguian á los criminales y tomaban parte en algunas emboscadas que se dirigieron contra ellos. Esto fué lo bastante para determinar á los bandidos á hacer todo lo posible para deshacerse de semejantes enemigos, y juraron quemarlos en donde quiera que los encontrasen.

El 30 de julio, Santos, que habia tenido una hija natural de Colomba, hija de Santiago Susini, debia legitimar a la niña y casarse con la madre. Estaban ya hechos los preparativos, y todos los que debian asistir á la ceremonia el dia siguiente, reunidos en casa de la novia desde la noche del 29, aguardaban á que viniese el dia. Hallábanse allí Colomba, su hija, su padre, su hermano Antonio, su futuro y Julio Susini pariente de todos.

Despues de una cena de familia, se habia ido cada cual á acostar y todos estaban sumergidos en profundo sueño, cuando le dispertó á Colomba el estallido de las llamas y la claridad del incendio que invadia ya la casa.

La jóven se echó fuera de la cama y dió la voz de alarma gritando:

—¡Levantaos! somos perdidos! la casa está ardiendo!

A estos gritos se levantaron todos y trataron de ponerse en salvo; pero una inmensa hoguera impedia salir por la puerta y por una puerta ventana del lado de Oeste. Ademas un fuego bastante vivo de escopeta que venia de la esquina de la casa de uno

de los acusados les hizo ver que aquellas dos salidas eran impracticables.

El único camino de salvacion que quedaba era arrojarse por una de las ventanas del lado de Oriente. Santos, uno de los infelices encerrados en aquella casa, intentó salvarse por allí, pero apenas se presentó en la ventana fue herido en la cabeza y en el pecho por dos balas.... Al dia siguiente se encontró su cadáver casi carbonizado en medio de los escombros....

Julio Susini fué mas dichoso: su sombrero fué atravesado por una bala, pero él, aunque lastimado por el fuego, logró ponerse en salvo.

El hermano de Colomba, Antonio y su padre Santiago Susini se arrojaron de una altura de catorce varas, y como los incendiarios no atentaban contra la vida de aquellos, pudieron escapar sin accidente alguno.

Entre tanto Colomba habia tenido bastante presencia de ánimo para arrojar diferentes objetos por la ventana, entre otros un colchon, una manta y una maleta. Luego deseando antes que nada salvar á su hija, la dejó caer por la ventana sobre el colchon que estaba en el suelo. En seguida, se ocupó en buscar el cuerpo del padre de su hija, pero tuvo que renunciar á ello, y se la vió precipitarse la última en camisa y con el cuerpo medio quemado por la ventana que habia dado paso á algunos de los suyos.

Mientras que esto sucedia, Juan Antonio Arii y los hermanos Giacomoni situados en un montecillo, dirigian el incendio y contemplaban con una alegria feroz aquel horrible espectáculo. Juan Felix Arii traia leña que servia para alimentar el incendio, mientras que Juan Antonio Susini, armado con un fusil, hacia fuego del lado de las ventanas para impedir la salida á los habitantes de la casa incendiada.

El corregidor del pueblo habia salido para interponer su autoridad, pero habiéndole atravesado una bala el pantalon y rozado lijeramente la epidermis, tuvo miedo y volvió á encerrarse en casa inmediatamente. Sin embargo, los criminales no le querían hacer daño y se apresuraron á apagar el incendio en cuanto se vió amenazada de las llamas la casa de aquel funcionario que estaba contigua á la de Santiago Susini.

Despues de la perpetracion de aquel terrible crímen, nadie se atrevió a dar asilo á la infortunada Colomba, pues hasta tal

punto habia llegado el temor de desagradar á los bandidos y excitar su enojo. El terror que aquellos hombres inspiraban era tal que el procurador de la república no pudo hallar una mujer que quisiese llevar hasta la aldea vecina de Fozzano á la hija moribunda de Colomba, sin embargo de ofrecer una retribucion pecuniaria.

La pobre Colomba, antes de dejar á Loreto, quiso cumplir con un deber piadoso y recogió en una caja las cenizas de su marido. En seguida la transportaron con su hija á Fozzano, y desde allí al hospital de Ajaccio, de donde no salió sino despues de treinta dias de cruelísimos padecimientos.

La familia de Susini no debia ser la única en sufrir lo que los bandidos llamaban represalias.

Ocho dias despues del incendio de la casa de Colomba, vino á aumentar la consternacion general un asesinato. Esta vez los Giacomoni, próximos parientes de los acusados, eran los que debian ser objeto de la venganza de aquellos salteadores.

Los motivos que determinaron á estos últimos á cometer este nuevo crímen, son los mismos que les impulsaron á incendiar la casa de los Susini.

Cuando se supieron las circunstancias de la secuestracion de Mateo Tavera, la familia de Antonio Giacomoni se negó á dar el menor auxilio á los bandidos y no quiso facilitarles asilo ni provisiones. Desde entonces quedó resuelta la muerte de Antonio. Esto no era mas que asunto de tiempo; pero una cosa se habia resuelto, y era que si la ocasion no se presentaba por sí misma se haría de modo que se presentase.

Primero los bandidos, para dar una apariencia de razon al asesinato que proyectaban, se quejaron de que su primo hermano Antonio los denunciaba, y con ese pretesto proferían atroces amenazas. Su madre, encontrando un dia á Santiago Giacomoni, hermano de Antonio, le dijo:

—Vuestro hermano ha servido de guia á los gendarmes en la última emboscada: ¡que mire lo que hace!

—Sin duda os han engañado: no es cierto lo que decís.

—Podrá ser, replicó la tia: no sé nada: sin embargo, que vuestro hermano tome bien sus precauciones, porque podría suceder un dia ú otro.

—Pero, repuso Santiago, una vez que os digo que es falso

eso de que acusan á Antonio, decídselo á nuestros primos.....

—Yo no lo puedo ya impedir...... Tratad de intervenir vos mismo.

Y se marchó sin querer escuchar por mas tiempo las súplicas y excusas de su sobrino en nombre de su hermano.

Cuando Santiago refirió la anterior conversacion á Antonio, comprendió este el peligro que su vida corria, y con la esperanza de conjurarlo se fué á ver á los bandidos.

Estos últimos escucharon sus explicaciones, de las cuales mostraron quedar satisfechos, y acompañaron luego á su pariente con apariencias de la mayor cordialidad.

Así fué que cuando algunos dias despues, el 8 de agosto de 1847, se presentó Paulino Giacomoni en casa de Antonio, le hizo este una excelente acogida, y no le asaltó la menor desconfianza ni el mas mínimo recelo al saber que Paulino venia á buscarle para llevarle á Colleta, al lado de Arii, que deseaba hablarle. En su consecuencia siguió á su primo sin tomar siquiera la precaucion de llevar armas.

Aquella confianza en la lealtad de sus parientes quedó frustrada de un modo cruel. Apenas estuvo en presencia de los bandidos, á quienes dirijía de lejos algunas palabras y ademanes amistosos, los miserables hicieron fuego contra él y le dejaron muerto.

El desventurado recibió tres tiros; dos de escopeta y uno de pistola, que le atravesaron las costillas, los pulmones y los intestinos: un balin le entró además en el pecho; pero este último tiro le dispararon cuando la víctima estaba ya en el suelo.

Oyéronse tres tiros, lo cual indicó que cada uno de los tres bandidos quiso tener su parte en aquella infame emboscada.

Y cuando los salteadores desaparecieron y llegó á la aldea la noticia de aquel asesinato, no hubo un solo hombre que se atreviese á levantar ni tocar aquel cadáver, que permaneció en el mismo sitio mas de veinticuatro haras. Unas mujeres fueron las que le trasladaron á su casa.

Ya se concebirá cuál era el sentimiento que imponia á los hombres aquella odiosa reserva que hacia mirar á los infortunados que caian á los golpes de los bandidos, como otros tantos excomulgados heridos de anatema: eran mirados como apestados á

quienes no habia que tocar por miedo de que se comunicase el contagio.

Tal cúmulo de crímenes no podia menos de conmover á los magistrados, y exigia fuertes medidas de represion. Así fué que se destacaron contra los bandidos fuertes columnas encargadas de apoderarse de ellos muertos ó vivos, y en una de esas salidas se logró matar á Ignacio Giacomoni; pero Juan Antonio Arii consiguió burlar todas las pesquisas, y á fines de 1848 era todavía el azote de los desgraciados campos vecinos á la montaña de Santa María-el-Ficaniella.

Sin embargo, aun cuando no pudieron ser cojidos los dos principales foragidos, se arrestó á muchos cómplices; pues ya se conocerá que los bandidos no hubieran podido cometer por sí solos tantos crímenes si no hubiesen sido auxiliados, al menos indirectamente, por otros individuos.

Expidiéronse, pues, mandamientos de prision contra muchas personas, y el 23 de junio de 1848, el tribunal de Assises de Ajaccio tuvo que juzgar á los acusados, cuyos nombres estampamos á continuacion:

1.° Giacomoni (Paulino), de edad de 28 años, labrador, natural de Santa María-el-Ficaniella.

2.° Giacomoni (Antonio Marcos), de edad de 59 años, hermano del anterior, condenado ya á dos años de prision por robo.

3.° Susini (Juan Antonio), de edad de 35 años, antiguo adjunto de Loreto, constituido preso voluntariamente.

4.° Susini (Antonio), de 53 años, natural de Loreto, labrador.

5.° Arii (Esteban Antonio), de 52 años, natural de Loreto, padre del célebre bandido del mismo apellido.

6.° Arii (Juan Bautista), hijo del anterior, de edad de 25 años: se niega á contestar y finge ser imbécil.

7.° Arii (Juan Felix), de 28 años, labrador, hermano del bandido.

8.° Serra (Pablo Francisco), de 22 años, labrador, natural de Loreto.

9.° Serra (José), de 47 años, antiguo corregidor, y á quien los bandidos mataron un hermano.

10. Giacomoni (Juan Andrés), de 35 años, antiguo tirador en los regimientos de línea, natural de Loreto.

11. Giacomoni (Pablo), de 30 años, labrador, natural tambien de Loreto.

Relativamente á la secuestracion de Mateo Tavera, se instruyeron actuaciones, de las que resultaron pruebas contra Juan Bautista, Esteban Antonio y Juan Felix Arii, y contra Antonio Marcos Giacomoni. El primero, Juan Bautista Arii, se hallaba en Propriano el 16 de junio, y fué el que suministró á los principales culpables (Juan Antonio Arii, Ignacio y Paulino Giacomoni) los datos necesarios para llevar á cabo su empresa. Arii, el padre, habia dejado escapar dichos y amenazas que probaban una cooperacion por lo menos indirecta en aquella emboscada. Además, todos aquellos individuos, despues del robo cometido contra Tavera, se hicieron notar por el trato mas cómodo que se dieron, trato que no se les habia conocido hasta entonces, y que fué debido, sin duda, á los auxilios que prestaron á los principales autores del robo, aun cuando solo fuese el de facilitar los alimentos necesarios para el prisionero y para ellos mismos.

En cuanto al incendio de la casa Susini, ya hemos visto la cooperacion material que prestaron Juan Felix Arii, Pablo Francisco Serra y Juan Antonio Susini. Tambien fueron complicados en dicho crímen, aunque menos gravemente, José Serra, Antonio Susini, Pablo y Juan Andrés Giacomoni.

Como era de esperar, todos los acusados se excusaron con negativas; ninguno hubo, incluso el mismo Paulino Giacomoni, que no negase en parte á lo menos su participacion en los crímenes cometidos.

Paulino, por ejemplo, confesando que no habia ido á buscar á Juan César Serra con intencion de que este fuese pagado de su deuda, sostuvo que su hermano Ignacio no le habia manifestado sus intenciones cuanto le envió á buscar á su misma casa á la víctima que ambos á dos inmolaron.

Lo mismo sucedió respecto del asesinato de Antonio Giacomoni. Paulino dijo que ignoraba el funesto designio de Ignacio, y confesó al mismo tiempo que no habia ido á dar el pésame á la familia de su primo, ni se separó tampoco de los bandidos, despues de una accion tan odiosa.

Una circunstancia notable hay en esta causa, y es que Arii, el padre, recusó varios testigos apoyándose en otros crímenes cometidos por su hijo (el que se mantenia aun en las montañas amenazando desde allí á las autoridades y á los habitantes). Así decia, por ejemplo:

—La deposicion del cura Mozziconacci no debe inspirar confianza ninguna, porque *mi hijo*, *el bandido*, ha muerto á tres sobrinos suyos.

O bien decia:

—El testigo Julio Susini no merece ningun crédito, porque mi hijo mató á un hermano suyo y á un hermano de su primo.

Pero el incidente mas dramático de esta causa fué la aparicion de la pobre Colomba.

Esta desventurada, despues de prestar su declaracion, presentó un pedazo del vestido de su hija, en donde se veian todavía las señales del fuego, diciendo:

—En nombre de la inocencia vengo á pediros justicia.

Abriendo luego una caja que contenia un polvo negro, exclamó:

—Señores, en nombre de estas cenizas pido justicia y venganza.

Y estas palabras debieron ser crueles para el corazon de los jurados, porque sabian de antemano que esa justicia que se les pedia no podrían hacerla sino en parte.

Porque es cosa terrible tener que decir en un hecho de esta naturaleza que testigos y jurados obraron todos bajo la influencia del miedo, y se abrieron las cárceles á criminales que no habian llevado consigo testigos que viesen cometer el atentado.

Solo se pronunciaron cinco condenas, que fueron:

1.° Paulino Giacomoni, á trabajos forzados por toda su vida.

2.° Juan Antonio Susini, á veinte años de trabajos forzados.

3.° Pablo Francisco Serra, á igual pena.

4.° Juan Felix Arii, á quince años de trabajos forzados.

5.° Juan Bautista Arii, á cinco años de prision y diez de ser vigilado por las autoridades.

Paulino Giacomoni, despues de oir el anterior veredicto, guardó profundo silencio y pareció satisfecho de la suerte que le

habia cabido. Juan Bautista Arii se encerró en la actitud taciturna é inerte, por decirlo así, que habia observado durante el curso de la causa.

Pero Susini exclamó que se habia condenado á los inocentes por salvar á los culpables, y los jóvenes Serra y Juan Felix Arii derramaron abundantes lágrimas protestando su inocencia.

De todos modos, cuando se piensa que en vista de semejantes crímenes admitió el jurado circunstancias atenuantes en favor de todos los acusados, se pregunta uno con terror si los seis reos absueltos no verán una especie de estímulo en el hecho de haber sido puestos en libertad, y no irán de regreso á sus hogares á asociarse á la suerte del bandido, terror todavía de las montañas, y á formar bajo sus órdenes una partida que continúe sembrando el espanto y la desolacion en aquellas desgraciadas comarcas.

PROCESO DE LUIS NAPOLEON BONAPARTE.

El 20 de abril de 1808 fué un dia de fiesta para toda la Francia. De Hamburgo á Roma, de los Pirineos al Danubio, se sucedieron las salvas de artillería en toda la extension del imperio, anunciando el nacimiento de un príncipe.

Hijo el recien nacido de Luis Napoleon Bonaparte, rey de Holanda, y de Hortensia Eugenia de Beauharnais, era á la vez sobrino y nieto del héroe de Austerlitz y del San Bernardo.

Para explicarse el entusiasmo que excitó este acontecimiento en el pueblo, y la profunda alegría que causó al emperador, es menester acordarse de que la Francia estaba entonces en el apogeo de sus glorias y de su poder, y no entrando todavía el divorcio imperial en los proyectos de Napoleon, este grande hombre consideraba como continuadores de su nombre, de su génio y de su fortuna á los hijos de sus hermanos, que el plebiscito del año XII llamaba á sucederle. El jóven Carlos Luis Napoleon era pues, á sus ojos, el segundo heredero del imperio, y debian acogerle á su entrada en el mundo los honores y los regocijos públicos.

El nuevo príncipe fué el primero cuyo nombre se inscribió en el registro de familia destinado á los vástagos de la dinastía imperial que se depositó en el senado, como el gran libro de los derechos de sucesion, en el que solo el rey de Roma debia todavía ocupar un lugar.

En 1810 fué bautizado el hijo de Hortensia en el palacio de

Fontainebleau por el cardenal Fesch, siendo padrino el emperador, su tio, y madrina la célebre María Luisa, tan poco favorecida por la historia. Pusiéronsele los nombres de *Carlos-Luis-Napoleon.*

La reina Hortensia quiso que sus hijos se educasen sin molicie y del mismo modo que los hijos del pueblo. Mr. Hase fué el primer maestro que tuvo el jóven príncipe, siendo luego confiada su educacion al hijo del convencional Lebas. Siete años tenia Luis Napoleon cuando le fué forzoso condenarse al destierro. Lo mismo que el rey de Roma se resistia á abandonar la Francia. Su madre no pudo lograr consolarle, y cuando el emperador fué á abrazarle y darle el adios de despedida, hubo que arrancarle de sus brazos, pues agarrado fuertemente á su tio gritaba llorando que quería ir tambien á disparar cañonazos. El autor de las *Cartas de Lóndres* refiere acerca de esto la siguiente anécdota:

«Introdujéronme á presencia del emperador, quien parecia triste y meditabundo, á pesar de que sus palabras eran breves y acentuadas, su pensamiento claro y preciso. Escuchaba yo con la atencion mas profunda todo cuanto me decia, cuando al volver casualmente la vista advertí que la puerta por donde habia entrado el emperador habia quedado entreabierta. Iba á dar un paso para cerrarla, cuando ví súbitamente deslizarse un niño en el aposento y dirigirse al emperador. Era una hermosa criatura de siete á ocho años, de cabellos rubios y rizados, ojos azules y expresivos. En su semblante estaba pintado el dolor, y sus ademanes revelaban una emocion profunda que se esforzaba por reprimir.

Aquel niño, despues de acercarse, se arrodilló delante del emperador, puso su cabeza y sus dos manos entre las rodillas de este, y entonces sus lágrimas corrieron en abundancia.

—¿Qué tienes, Luis? exclamó el emperador con una voz que daba á conocer la contrariedad que experimentaba por haber sido interrumpido; ¿á qué vienes aquí? ¿por qué lloras?

—Señor, mi aya acaba de decirme que os vais á la guerra. ¡Oh! ¡no os marcheis! ¡no os marcheis!

—¿Y por qué no quieres que marche? añadió el emperador con voz suavizada por la tierna solicitud de su sobrino, pues no era otro que el mismo Luis Napoleon, el jóven favorito del

emperador; ¿por qué no quieres, hijo mio? le decia levantándole la cabeza y pasando la mano por su rubia cabellera. No es la primera vez que voy á la guerra; ¿por qué te aflijes? No tengas miedo; pronto volveré.

—¡Oh! repuso el jóven príncipe anegado en lágrimas; ¡oh! ¡mi querido tio! es que los pícaros aliados quieren mataros; dejadme ir, tio mio, dejadme ir con vos.

A esto el emperador no respondió palabra; la ternura de aquel niño le partia el corazon. Cojió al príncipe; le sentó sobre sus rodillas; le estrechó entre sus brazos y le besó con efusion. En tal momento, y animado por aquella interesante escena, yo no sé qué idea me vino á la cabeza, pero lo cierto es que cometí la torpeza de hablar del rey de Roma, á la sazon prisionero del Austria.

—¡Ah! exclamó el emperador; ¡quién sabe cuándo le volveré á ver!...

El emperador parecia profundamente conmovido; pero pronto recobrando la firmeza de su palabra llamó á la reina, que se apresuró á venir, y la dijo: Hortensia, llevaos á mi sobrino, y regañad severamente á su aya, que con palabras inconsideradas exalta la sensibilidad de este niño. Luego, despues de algunas palabras dulces y afectuosas al jóven príncipe para consolarle, iba á entregarle á su madre cuando, advirtiendo sin duda lo enternecido que yo estaba, me dijo con viveza:—Vamos, abrazadle. Este niño tendrá un buen corazon y una alma hermosa. Y mientras yo cubría de besos y de lágrimas al jóven príncipe, añadió:—Amigo mio, él es quizá la esperanza de mi raza (1).

Despues de los Cien dias la reina Hortensia se retiró á Baviera al lado de su hermano el príncipe Eugenio; pero á poco tiem-

(1) Debe hacerse distincion entre la familia Bonaparte y la familia imperial.

La familia imperial fué constituida por el plebiscito del año XII, que estableció la corona imperial en la descendencia legítima y masculina de *Napoleon Bonaparte*, y á falta de esta en la de *José Bonaparte*, y á falta de esta, en fin, en la de *Luis Bonaparte*. Luciano y Gerónimo Bonaparte no pertenecian á la familia *política francesa* del emperador. Luis Napoleon Bonaparte es, por consiguiente, no solo el jefe de la familia Bonaparte, sino el único representante y heredero de la corona imperial, en virtud de las constituciones del imperio y del voto popular llamado el plebiscito del año XII.

po algunas trapisondas políticas la obligaron á marchar de Augsburgo, primera residencia que tuvo en su destierro, en donde habia tomado el título de duquesa de Saint-Leu. Entonces compró y fué á habitar el palacio de Arenenberg, en el canton suizo de Turgovia. El mas jóven de sus hijos, el que es objeto de esta relacion, se aprovechó de la proximidad á Constanza para dedicarse á los ejercicios militares con el regimiento badenés de guarnicion en aquella ciudad. Algunos años despues fué al campo militar de Thun, en el canton de Berna, y siguió todas las maniobras bajo la direccion de Mr. Fournier, antiguo coronel de ingenieros en el grande ejército.

En el campo de Thun fué donde le cojió la noticia de la revolucion de julio. Sus camaradas celebraron con él la resurreccion del principio revolucionario y el próximo regreso á Francia del jóven príncipe. ¡Quién podia pensar entonces, dice Mr. Saint-Edme, que la familia popular del emperador sería de nuevo mantenida en el destierro por el gobierno nacido de la insurreccion nacional; que las venganzas de la santa alianza se ejercerían de nuevo contra la sangre del grande hombre por conducto del monarca de las barricadas; y que los infamantes tratados de 1815 pesarían sobre los parientes de Napoleon como sobre la Francia!

Engañado en su esperanza de volver á Francia, el jóven príncipe creyó encontrar una ocasion de manifestar su valor y su adhesion á una noble causa, combatiendo en las filas de los patriotas italianos que habian levantado el estandarte de la independencia. La Romania entera habia sacudido el yugo de la autoridad pontificia. Luis Napoleon, poniéndose á la cabeza de algunos valientes, corrió á apoderarse de Civita-Castellana. Tanta intrepidez asustó al ministro de la Guerra que se acababa de improvisar, y el príncipe recibió la órden de suspender el ataque. Pesaroso de este contratiempo, porque conocia todo lo que se perdia por esa falta de audacia y de voluntad, se apresuró á volver á Bolonia para dar impulso con sus palabras y su actividad á los preparativos de defensa, ya que se cometia la falta capital de no marchar adelante. Mientras tanto, los austriacos avanzaban; hubo algunas escaramuzas en que los dos hijos de la duquesa de Saint-Leu sostuvieron dignamente el honor de su nombre. Pero fué forzoso ceder y replegarse ante fuerzas demasiado considera-

bles; el mayor murió en Forli casi de repente de resultas de las fatigas de aquella campaña.

Los patriotas italianos habian efectuado su retirada sobre Ancona para no caer en poder de sus implacables enemigos; fletaron buques y buscaron un asilo en Francia y en Suiza. La duquesa de Saint-Leu habia corrido á Ancona para tratar de salvar á su postrer hijo de una enfermedad peligrosa que amenazaba su existencia. Necesitó la reina Hortensia tanta presencia de espíritu como fuerza de alma para conseguir su objeto; hizo correr el rumor de que el príncipe se habia refujiado en Grecia, y á pesar de estar viviendo sumamente cerca del comandante de las tropas austriacas, acertó á ocultar su caro enfermo á los ojos enemigos. Despues, á favor de un disfraz y de un pasaporte inglés, atravesó una gran parte de Italia, y arrostrando la ley de proscripcion que pesaba sobre ella, llegó el dia 20 de marzo á París. Fué á habitar en la calle de la Paz y dió aviso á Luis Felipe de su llegada. La duquesa pedia permiso para esperar en la capital á que su hijo estuviese completamente restablecido. Pero el tumulto zumbaba á la sazon alrededor de las Tullerías: la columna de la plaza Vendôme estaba en aquel momento cercada de ciudadanos que celebraban el aniversario del regreso de la Isla de Elba. El gobierno tuvo miedo; Casimiro Perier, primer ministro de Luis Felipe, hizo intimar á la duquesa y á su hijo la órden de salir inmediatamente de la capital. Antes de partir, Luis Napoleon escribió á Luis Felipe, como *representante de la gran nacion*, una carta en que solicitaba el honor de servir en el ejército francés; no se le dió contestacion, y Luis Napoleon, despues de pasar algun tiempo en Lóndres, estaba de vuelta en Arenemberg, en el mes de agosto de 1831.

En este retiro y en esta época fué cuando se le envió de Varsovia una diputacion secreta de polacos para proponerle ponerse á la cabeza de la nacion que habia ya tomado las armas. El triste desenlace de la insurreccion italiana habia hecho al príncipe desconfiar de la política del Palacio Real. Creyo que su nombre podria hacer sombra y decidir al gobierno francés á abandonar la Polonia á quien se afectaba hipócritamente querer protejer. Estas razones de alta política contuvieron en un principio los arrebatos del príncipe. Pronto, sin embargo, no se sintió con fuerza de resistir al deseo de derramar su sangre por la causa po-

laca; habíase sustraido á la solícita vigilancia de su madre y se habia marchado súbitamente sin despedirse de ella; habia finalmente llegado á Sajonia y estaba ya cerca de las fronteras de Polonia, cuando la noticia de la rendicion de Varsovia le restituyo al lado de la reina Hortensia.

Entonces pareció no ocuparse mas que de trabajos literarios. En el mes de mayo de 1832, publicó sus *Ilusiones políticas*, á las que sucedieron las *Consideraciones políticas y militares sobre la Suiza.* Esta obra le valió el título de ciudadano de la república helvética, *el cual no envuelve la naturalizacion y es púramente honorífico.* En el mes de junio de 1834 recibió el diploma de honorario de artillería del regimiento de Berna.

No consignaremos los numerosos actos de beneficencia del sobrino del emperador; pero los restos errantes del ejército polaco pueden atestiguar la noble hospitalidad, la generosa proteccion de los desterrados en Arenenberg.

Durante su permanencia en este retiro, ejecutó Luis Napoleon un acto de bravura tan raro en la actualidad como comun en las novelas. Iba con frecuencia á pasear á caballo por las montañas de las cercanias. Un dia, al llegar cerca de una aldea sobre la elevada meseta que domina el lago, llamaron de repente su atencion los gritos de una porcion de gentes asustadas. Dos caballos que tiraban de un ligero carruaje se habian desbocado y habian tomado á escape la direccion de un horrible precipicio. El cochero habia caido á tierra, y una señora que iba dentro sola con dos niños, lanzaba gritos desgarradores. Pero Luis Napoleon vió el peligro y al punto, espoleando á su caballo, atravesó á todo correr los campos y las zanjas para adelantarse al carruaje, al que alcanzó en el borde mismo del precipicio, y agarrando de la rienda á uno de los caballos le desvió con tan vigorosa mano que el animal se abatió y el carruaje se detuvo con grande aplauso de los que presenciaban aquel espectáculo.

Cuando el triunfo de la causa constitucional en Portugal colocó en el trono á la jóven reina doña María, y se ocupaban de escogerle un esposo, grandes personages del pais hicieron proposiciones al príncipe, cuyo carácter lleno de franqueza y de energia les ofrecia garantías seguras para la independencia y la libertad de la nacion portuguesa. Mas, lejos de ceder á las seducciones de una alianza tan brillante, Luis Napoleon puso fin á las negocia-

ciones entabladas con aquel objeto, basando su repulsa en dos motivos que rebosaban nobleza de alma y verdadera dignidad; el uno era, que él no quería una elevacion que separase su suerte de la de Francia; el otro, que estaba decidido á dejar libre acceso á su primo, el príncipe de Leuchtenberg, hijo del príncipe Eugenio. Despues de la prematura muerte de este jóven, se renovaron las proposiciones y las instancias á Luis Napoleon sin obtener mejor resultado. Los periódicos publicaron relativamente á este particular la carta siguiente, en que respiran los mas puros sentimientos de honor nacional y de amor á la Francia.

Arenenberg 14 de diciembre de 1835.

«Varios periódicos han acojido la noticia de mi marcha para Portugal, como pretendiente á la mano de la reina doña María. Por mas lisonjera que sea para mí la suposicion de una union con una reina jóven, bella y virtuosa, viuda de un primo que me era tan caro, es deber mio deshacer semejantes rumores, puesto que ningun paso que yo sepa ha podido dar lugar á ellos.

«Debo tambien añadir que á pesar del vivo interés que inspiran los destinos de un pueblo que acaba de conquistar sus libertades, yo rehusaría el honor de compartir el trono de Portugal, si la casualidad hiciese que algunas personas fijasen sus ojos en mí.

«La digna conducta de mi padre que abdicó en 1810 porque no podia ligar los intereses de la Francia con los de la Holanda, no se ha borrado de mi imaginacion. Mi padre me mostró con su ejemplo cuán preferible es la patria á un trono extranjero. Conozco, en efecto, que habituado desde mi infancia á querer á mi pais sobre todo, no podria preferir cosa alguna á los intereses franceses.

«Persuadido de que el gran nombre que llevo no será siempre un título de exclusion á los ojos de mis compatriotas, puesto que les recuerda veinte años de gloria, espero con calma en un pais hospitalario y libre, á que el pueblo llame á su seno á aquellos á quienes desterraron en 1815 millares de bayonetas extranjeras. Esta esperanza de servir un dia á la Francia como ciudadano y como soldado fortalece mi alma, y vale á mis ojos por todos los tronos del mundo.

«Recibid, etc.»

NAPOLEON-LUIS BONAPARTE.

A fines del año 1835, publicó el *Manual de artillería para la Suiza*, obra que fué objeto de muchos elogios y del exámen crítico de los periódicos científicos que á la sazon se publicaban (1). Luis Napoleon hacia frecuentes viajes á Baden, á donde le llamaban relaciones de familia. Durante su permanencia en esta ciudad, á mediados del año 1836, fué cuando vió á muchos oficiales franceses de las guarniciones de la Lorena y de la Alsacia. De este número era el coronel Vaudrey que mandaba el 4.º de artillería en Strasburgo, y á quien se va á ver representar un papel importante en el movimiento intentado el 30 de octubre del mismo año en esta última ciudad.

Es sabido que cuando la tentativa de Strasburgo, el plan de Luis Napoleon consistia en hacerse dueño de la ciudad, ayudado del pueblo y de la guarnicion, y marchar de improviso sobre París por la Vosgia, la Lorena y la Champaña, arrastrando consigo á las tropas, á la guardia nacional y al pueblo.

Gentes interesadas en formar al príncipe una reputacion de nulidad política y militar, han pretendido que ese plan era descabellado. Pero hombres de experiencia han sido de opinion contraria declarando que el proyecto no habia abortado sino por circunstancias fortuitas, y de ninguna manera por falta de cálculo y de combinacion. Por lo demás, las últimas elecciones prueban que á pesar de las malas voluntades, el nombre de Napoleon es una potencia que subsiste y subsistirá todavía largo tiempo en el corazon del pueblo. Y bajo un gobierno antipático á la Francia, como el derrocado últimamente, intentar salvar á la nacion de la humillacion y de la esclavitud en nombre del héroe que la habia levantado á tan gloriosa altura; hablar á soldados en nombre del guerrero que tantas veces les habia conducido á la victoria, era contraer compromisos de honor, de valor y de dignidad para el porvenir. Eso no era ni de un embrollon ni de un mentecato.

Fuera de que, á excepcion de los que, movidos de un interés personal, negarían hasta la luz en mitad del dia, los espíritus menos perspicaces han comprendido perfectamente que no pocos personajes que han quedado en la sombra entraban

(1) El *Spectateur militaire*, la prensa nacional de Francia, los periódicos suizos é ingleses hablaron de él como una obra maestra, como el mejor tratado de artillería que existe en Europa.

sin embargo por mucho en la tentativa del príncipe. No ha estado tan bien guardado el secreto que no se haya sabido que Luis Napoleon tenia partidarios tanto entre los generales como entre los hombres de estado, y hasta en el consejo del rey.

Para asegurarse por sí mismo el príncipe de las disposiciones del ejército, una tarde, despues de una de esas fiestas brillantes que ofrece la estancia en Baden, montó á caballo y acompañado de un amigo, salvó la distancia que le separaba de Strasburgo. Detúvose un momento á la orilla del Rhin, y á la caida de la noche entró en Strasburgo, donde en una sala bastante espaciosa habia reunido un amigo del príncipe con un pretexto simulado á veinte y cinco oficiales de todas armas en cuyo honor podia fiarse, aunque ninguna promesa de silencio se les exigiese. De improviso se les anuncia que Luis Napoleon está en Strasburgo y va á presentarse ante ellos. Todos acojen la noticia con transporte.—¡El sobrino del emperador! exclamaron: sea bien venido entre nosotros; aquí está bajo la proteccion del honor francés. ¿Qué puede temer? Nosotros todos le defenderíamos á costa de nuestra vida.—Algunos minutos despues, estaba el príncipe en medio de aquellos oficiales que le rodeaban con respetuosa porfia, reinando un silencio mas elocuente que lo hubiesen sido las mayores protextas de adhesion. Despues, cuando el príncipe hubo dominado su primera emocion, se expresó en estos términos:

«Señores, el sobrino del emperador se entrega con confianza á vuestra lealtad. Se presenta á vosotros para saber de vuestra boca vuestros sentimientos y vuestras opiniones; si el ejército se acuerda de sus grandes destinos; si siente las miserias de la patria, entonces tengo un nombre que puede serviros; es plebeyo como nuestra gloria pasada: glorioso como el pueblo. Hoy el grande hombre no existe, es verdad, pero la causa permanece la misma; el águila, ese sagrado emblema ilustrado por cien batallas, representa como en 1815 los derechos del pueblo escarnecidos y la gloria nacional comprometida.

«Señores, el destierro ha acumulado sobre mí hartos disgustos y sinsabores; pero como no es una ambicion personal la que me guia, decidme si me he equivocado acaso respecto á los sentimientos del ejército; y, si es preciso, me resignaré á vivir en tierra extranjera, aguardando un porvenir mejor.

«No, respondieron unánimemente los oficiales; no, vos no os consumireis en el destierro; nosotros os devolveremos una patria; todas nuestras simpatías hace mucho tiempo os las teníais ganadas; nosotros estamos cansados como vos de la inaccion en que se deja á nuestra juventud; estamos avergonzados del papel que se hace representar á nuestro ejército.»

¡Hé aquí cómo era acogido por el ejército Luis Napoleon!

Es un hecho no menos patente todavía, que el partido republicano no aguardaba mas que la noticia del éxito obtenido por el príncipe para sublevar el pueblo de París. En efecto, mientras se hubiera destacado una parte de la guarnicion de París para oponerse á la marcha del príncipe, los republicanos no teniendo que combatir sino con una fuerza armada relativamente mínima, hubiesen tomado las armas. Así que, el sistema de julio, acosado por tantas partes á la vez, no hubiera podido resistir un ataque tan brusco y tan formidable. En el mes de febrero último se ha visto cuán aborrecido y despreciado era el trono de 1830. ¿A dónde hubiera podido acudir en busca de defensores?

¿Se creerá en vista de esto que la tentativa de Strasburgo no era mas que una *calaverada*? ¿No parecia, al contrario, reunirse todo para hacer prever un resultado muy diferente del que tuvo?

Sentada esta observacion, haremos una rápida reseña de los hechos.

La guarnicion de Strasburgo se componia de tres regimientos de artillería; de los cuales uno era de pontoneros, tres regimientos de infantería y un batallon de ingenieros. Estas tropas ocupaban cuarteles situados á lo largo de la muralla y bastante distantes uno de otro. Uno de los regimientos de infantería, el 46 de línea, estaba acuartelado á la estremidad de un cordon de muralla, en cuya longitud debia pasar toda la accion militar, pues en este cordon se encontraban la casa de ayuntamiento, la prefectura, la division militar, la subdivision y el 3.º de artillería. El 4.º de esta arma ocupaba el cuartel de Austerlitz, sito en el centro de otra línea de muralla perpendicular á la precedente. El 16 de línea estaba alojado en la ciudadela. En cuanto al 14 de ligeros, acuartelado á un extremo de la ciudad, estaba igualmente que el batallon de operarios

de ingenieros, enteramente fuera de esta línea de operaciones y no podia desempeñar sino un papel poco activo en los sucesos que se preparaban.

Tratábase de saber ante qué regimiento se presentaría el príncipe. Despues de mucho vacilar, se decidió que fuera ante el 4.° de artillería que mandaba el coronel Vaudrey, y al cual por otra parte se ligaba un gran recuerdo; este regimiento habia sido el de Napoleon.

En resúmen se resolvió que el dia 30 de octubre á las cinco de la mañana, el coronel Vaudrey haría reunir su regimiento con armas y á pié, con un piquete de 60 caballos; que al punto que estas tropas se hallasen formadas en batalla, el príncipe seguido de un estado mayor compuesto de sus oficiales particulares y de cierto número de oficiales de la guarnicion, se presentaría delante del regimiento; y que si se lograba comprometerle, se dirijiría en seguida al 46.°; se convino tambien en enviar varios destacamentos á apoderarse del prefecto, del mariscal de campo comandante de la subdivision, del telégrafo, de una imprenta para las proclamas, etc., etc. Respecto al general Voirol, teniente general de la division militar, como su alojamiento estaba en la direccion que habia de tomarse, quedó decidido que allí se pararía un instante y que el príncipe subiría á su habitacion para incitarle á tomar parte en el movimiento. Todo hacia presumir que el general, antiguo soldado del imperio, sentiría dispertarse en él, á presencia del príncipe, el entusiasmo de otra época. Pero parece que Mr. Voirol, hombre por otra parte muy respetable, tenia obligaciones personales para con Luis Felipe.

El consejo en que estas resoluciones fueron acordadas, se celebraba el 29 de octubre á las diez de la noche, en casa de Mr. de Persigni, uno de los edecanes del príncipe, encargado mas especialmente desde seis meses antes de organizar la conspiracion: separáronse todos quedando citados para el dia siguiente á las cuatro de la madrugada. Entre tanto, el príncipe se trasladó á un cuarto alquilado la víspera, á doscientos pasos del cuartel de Austerlitz, y á donde se habian llevado uniformes, armas, etc. Luis Napoleon mandó llamar á los oficiales con quienes contaba mas particularmente en los diferentes regimientos de la guarnicion. La mayor parte estaban ya acostados. Se levantaron y llegaron sucesivamente, de manera que á cosa de las tres, el cuarto estaba lle-

no. El príncipe les enteró de sus proyectos, de sus medios de ejecucion, dió á cada uno instrucciones particulares, y en fin, leyó sus proclamas, de que se sacaron á toda prisa algunas copias y cuyo tenor era el siguiente:

PROCLAMA AL PUEBLO FRANCES

«¡Franceses! ¡os estan haciendo traicion! Vuestros intereses políticos, vuestros intereses comerciales, vuestro honor, vuestra gloria, están vendidos al extranjero.

«¿Y por quién? por hombres que se han aprovechado de vuestra hermosa revolucion, y reniegan ahora de todos sus principios. ¿Habremos, pues, combatido por espacio de cuarenta años para tener un gobierno sin palabra, sin honor, sin generosidad, unas instituciones sin fuerza, unas leyes sin libertad, una paz sin prosperidad y sin calma, y finalmente un presente sin porvenir?

«En 1830, se ha impuesto á la Francia un gobierno sin consultar ni al pueblo de París, ni al pueblo de las provincias, ni al ejército. ¡Franceses! todo cuanto se ha hecho sin vosotros, es ilegítimo.

«Solo un congreso nacional, elejido por todos los ciudadanos, puede tener el derecho de escojer lo que conviene mas á la Francia.

«Orgulloso de mi orígen popular, con la fuerza que dan cuatro millones de votos que me destinaban un trono, me presento ante vosotros como representante de la soberanía del pueblo.

«Tiempo es ya de que en medio del cáos de los partidos se haga oir una voz nacional; tiempo es ya de que á los gritos de la libertad vendida sacudais el vergonzoso yugo que pesa sobre nuestra bella Francia. ¿No veis que los hombres que disponen de nuestros destinos son todavia los traidores de 1814 y 1815, los verdugos del mariscal Ney?

«¿Podeis tener confianza en ellos?

«Ellos hacen todo por complacer á la santa alianza; por obedecerla, han abandonado á los pueblos aliados nuestros; por sostenerse, han armado al hermano contra el hermano; ellos han ensangrentado nuestras ciudades; ellos han pisoteado nuestras simpatías, nuestras voluntades, nuestros derechos.

«Los ingratos no se acuerdan de las barricadas mas que para preparar fortificaciones destacadas; desconociendo el carácter de

la gran nacion, se arrastran ante los fuertes é insultan á los débiles. Nuestra antigua bandera tricolor se indigna de estar mas tiempo entre sus manos.

«¡Franceses! ¡que la memoria del grande hombre que tanto hizo por la gloria y la prosperidad de la patria os reanime! Confiando en la santidad de mi causa, me presento á vosotros con el testamento del emperador Napoleon en una mano, y su espada de Austerlitz en la otra. Cuando en Roma, el pueblo vió los despojos ensangrentados de César, lanzó á tierra á sus hipócritas opresores. ¡Franceses! Napoleon es mas grande que César; es el emblema de la civilizacion del siglo diez y nueve.

«Fiel á las máximas del emperador, yo no conozco otros intereses que los vuestros, otra gloria que la de ser útil á la Francia y á la humanidad. Sin ódio, sin rencor, exento de todo espíritu de partido, llamo bajo el águila del imperio á todos cuantos sienten latir en su pecho un corazon francés. Yo he consagrado mi existencia al cumplimiento de una gran mision. Desde la roca de Santa Elena ha penetrado en mi alma un destello del sol moribundo. Yo sabré conservar este fuego sagrado; yo sabré vencer ó morir por la causa del pueblo.

«Hombres de 1789, hombres del 20 de marzo de 1815, hombres de 1830, levantáos; ved quien os gobierna; ved el águila, emblema de gloria, símbolo de libertad.... y escoged.

«¡Viva la Francia! ¡Viva la libertad!

Firmado: NAPOLEON.»

AL EJERCITO:

«¡Soldados! ha llegado el momento de recobrar vuestro antiguo esplendor; criados para la gloria, podeis menos que los demás soportar por mas tiempo el papel vergonzoso que se os obliga á hacer. El gobierno que vende nuestros intereses civiles, tambien querria prostituir nuestro honor militar. ¡El insensato! ¿crée por ventura que se ha estinguido la raza de los héroes de Arcole, de Austerlitz y de Wagram? mirad al leon de Waterloo de pié todavía á nuestras fronteras; mirad á Huninga privado de sus defensas; mirad los grados de 1815 desatendidos; mirad la Legion de Honor prodigada á los intrigantes y negada á los valientes; mirad nuestra bandera.... ¡ya no ondea en ninguna par-

te de las en que nuestras armas triunfáron! mirad en fin por todos lados traicion, vileza, influencias extranjeras, y gritad conmigo: «Arrojemos á los bárbaros del Capitolio.»

»¡Soldados! volved á llevar con vosotros aquellas águilas que teníamos en nuestras grandes jornadas; los enemigos de la Francia no pudieron sostener su mirada; los que os gobiernan han huido ya delante de ellos. Libertar á la patria de traidores y opresores, protejer los derechos del pueblo, defender á la Francia y á sus aliados contra la invasion: tal es la senda á que el honor os llama; tal es vuestra mision sublime.

»¡Soldados franceses! cualesquiera que sean vuestros antecedentes, venid todos á agruparos bajo la bandera tricolor regenerada, que es el emblema de nuestros intereses y de nuestra gloria. La patria dividida, la libertad á que se hace traicion, la humanidad que sufre, la gloria cubierta de luto cuentan con vosotros: vosotros estareis á la altura de los destinos que os aguardan. Soldados de la república, soldados del imperio, despierte mi nombre en vosotros vuestro antiguo ardor; y vosotros, jóvenes soldados, que habeis nacido como yo al estruendo del cañon de Wagram, acordaos de que sois los hijos de los soldados del grande ejército. El saludo de cien victorias ha iluminado nuestra cuna. Que nuestros altos hechos ó nuestra muerte sean dignos de nuestro nacimiento. Desde lo alto del cielo, la gran sombra del emperador Napoleon guiará nuestro brazo, y, contenta de nuestros esfuerzos, exclamará: ¡Eran dignos de sus padres!

»¡Viva la Francia! ¡Viva la libertad!

Firmado: NAPOLEON.»

A LOS HABITANTES DE STRASBURGO.

«¡Alsacianos! á vosotros corresponde el honor de haber los primeros derribado una autoridad que, esclava de la santa alianza, comprometia cada dia mas nuestro porvenir de pueblo civilizado. El gobierno de Luis Felipe os detestaba con especialidad, bravos strasburgenses, porque detesta todo lo que es grande, generoso, nacional. El ha ofendido vuestro honor disolviendo vuestras legiones; él ha vulnerado vuestros intereses, conservando los derechos de entrada, y permitiendo el esta-

blecimiento de aduanas extranjeras que paralizan vuestro comercio.

»¡Strasburgenses! vosotros habeis puesto el dedo en la llaga y me habeis llamado en medio de vosotros para vencer ó morir juntos por la causa del pueblo. Ayudado de vosotros y de valientes soldados, toco por fin despues de un largo destierro el suelo sagrado de la patria. ¡Gracias os sean por ello tributadas! ¡Alsacianos! mi nombre es una bandera que debe traeros á la memoria grandes recuerdos; y esa bandera, vosotros lo sabeis, inflexible ante los partidos y ante los extranjeros, solo se inclina ante la majestad del pueblo.

»Honor, patria, libertad, hé ahí nuestro móvil y nuestro objeto. París en 1830 nos ha mostrado cómo se derriba un gobierno impío; mostrémosle á nuestra vez cómo se consolidan las libertades de un gran pueblo. ¡Strasburgenses! mañana marchamos sobre París para libertar á la capital de traidores y de opresores.

»Formad de nuevo vuestros batallones nacionales que llenaban de espanto á un gobierno impopular; guardad durante nuestra ausencia vuestra ciudad, este baluarte de la independencia de la Francia, cuna hoy de su regeneracion. ¡Que el órden y la paz reinen dentro de vuestro recinto, y que el genio de la Francia vele con vosotros sobre vuestras murallas!

»¡Alsacianos! con un gran pueblo son factibles muy grandes cosas. Yo tengo una fé profunda en el pueblo francés.

»*Firmado*: NAPOLEON.»

Entre tanto, habia llegado el dia 30 de octubre. Sonaron las cinco, indicando el momento en que el coronel Vandrey debia comenzar la tentativa.

En aquel instante solemne, el pensamiento del príncipe se fijó en la reina Hortensia; Luis Napoleon pidió recado de escribir. «Mi pobre madre, decia, que tan fácilmente se apura, yo la he engañado; ella me cree de caza.... es menester que sepa por mí la suerte buena ó mala que me espera.»

Y escribió dos cartas; la una anunciando el buen éxito de su empresa. La otra en que decia: «Madre mia, he sido vencido; muero por una hermosa causa, por la causa del pueblo francés que algun dia me consagrará un recuerdo. No me lloreis; no in-

culpeis á nadie; nadie me ha incitado; he sido yo solo el que he querido restituir á la Francia su gloria y sus libertades. Al pasar el Rhin, yo estaba dispuesto á todo.»

Al entregar estas cartas, el príncipe estaba visiblemente conmovido: «Si soy bien acogido del regimiento á que voy á presentarme, dijo, el triunfo es seguro; que envien en seguida á mi madre la primera carta: si sucumbo, entonces que le lleven la segunda; será mi último adios.» Y una lágrima se deslizó de sus ojos.

Pero oyéronse los sonidos de la trompeta, y dominando la emocion que le habia causado el recuerdo de su madre, recobró la calma y la sangre fria que no le abandonaron ya un instante en aquella memorable madrugada.

«Dentro de muy poco, dijo levantándose, vamos á dar principio á una grande empresa; si salimos bien, las bendiciones del pueblo serán nuestra recompensa; pero si salimos mal, las gentes vulgares nos cubrirán de lodo. No encontrarán palabras bastante expresivas para pintar la locura, la ridiculez de nuestra empresa: este es el martirio de los tiempos modernos; nosotros le soportaremos con calma y con resignacion. Nos acordaremos de la larga agonía del emperador en Santa Elena. Los hombres de corazon sabrán apreciar nuestros esfuerzos. Moriremos víctimas de una gran causa; el pueblo francés nos llorara.»

Durante este tiempo, el coronel Vandrey, fiel á su promesa, mandó tocar *á asamblea* en el cuartel de Austerlitz, á donde no tardó en llegar el príncipe seguido de todos sus oficiales. Vestia su uniforme de oficial de artillería, casaca azul con cuello y vivos encarnados, charreteras de coronel, las insignias de la Legion de Honor, sombrero del estado mayor segun el modelo admitido en todo el ejército (1), y un sable de caballería.

Habia cesado la nieve, dice un testigo ocular, y comenzaba á ser de dia cuando el príncipe entró por la puerta principal del cuartel. Pudo entonces observarse en todo el regimiento un vivo sentimiento de curiosidad. El coronel Vandrey estaba solo en el centro del patio. Adelantóse el príncipe hácia él con aire resuelto. Todas las miradas estaban fijas en aquella inesperada

(1) Para ridiculizar al príncipe, el acta de acusacion y los periódicos ministeriales, dijeron que llevaba una casaca verde como la del emperador y el *sombrero histórico*.

escena. El coronel echando mano al sable, exclamó con voz robusta y arrogante que vibró en todos los corazones:

«Soldados del 4.º regimiento de artillería, en este momento »comienza una grande revolucion. El sobrino del emperador, el »príncipe Luis Napoleon Bonaparte, aquí presente, viene á po»nerse á vuestra cabeza. Aparece en el suelo francés para recon»quistar los derechos del pueblo y volver á la Francia su gloria »y su libertad. Se trata de vencer ó morir, por una gran causa, »por la causa del pueblo. Soldados del 4.º regimiento de artille»ría, ¿puede el sobrino del emperador Napoleon contar con vos»otros?»

—¡Sí, mi coronel! gritó cada soldado con un entusiasmo imposible de describir.

Y los gritos de *viva la libertad*, *viva el emperador*, partieron de todos los pechos y resonaron largo tiempo en el cuartel con una especie de delirio. El prestigio del nombre de Napoleon obtenia un triunfo completo (1).

Conmovido con la unanimidad de aquellas aclamaciones y con aquel entusiasmo superiores á lo que pudo esperarse, el príncipe se arrojó en los brazos del coronel Vandrey, y despues hizo señal de que quería hablar.

«¡Soldados! dijo cuando se logró restablecer el silencio; ¡sol»dados! resuelto á vencer ó morir por la libertad del pueblo »francés, vosotros sois los primeros á quienes he querido pre»sentarme, porque entre vosotros y yo existen grandes recuer»dos. En vuestro regimiento fué donde el emperador Napoleon, »mi tio, hizo sus primeros ensayos en las armas; en vuestras fi»las se señaló en el sitio de Tolon, y vuestro valiente regimien»to fué tambien el que le abrió las puertas de Grenoble á su re»greso de la isla de Elba. ¡Soldados! nuevos destinos os es»tán reservados. A vosotros toca la gloria de comenzar una gran»de empresa; á vosotros toca el honor de saludar los primeros »al águila de Austerlitz y de Wagram.»

En aquel momento cojió el príncipe la águila que llevaba uno de sus oficiales, y presentándola á los soldados, añadió:

«Ved aquí, soldados, el símbolo de la gloria francesa desti-

(1) Entonces fué cuando se mandó la primera carta del príncipe, anunciando el buen éxito de la empresa.

»nado en adelante á ser tambien el emblema de la libertad. Por »espacio de quince años ha conducido á nuestros padres á la »victoria; ha brillado en todos los campos de batalla; ha atra- »vesado todas las capitales de Europa. Soldados, agrupaos bajo »este noble estandarte; yo le confio á vuestro honor, á vuestra »bravura. Marchemos juntos contra los traidores y opresores de »la patria al grito de *¡viva la Francia! viva la libertad!*»

Es preciso, dice Mr. de Persigny en la relacion que publicó poco tiempo despues del suceso, haber sido testigo de esta escena interesante, para comprender cuán nobles pasiones puede despertar la mágia del nombre de Napoleon. Es preciso haber oido las aclamaciones de todo aquel regimiento que reconoció al sobrino del emperador, para comprender cuán poco se habia equivocado el príncipe acerca de los verdaderos sentimientos del ejército.

Despues de la corta arenga de Luis Napoleon, el regimiento con la música á la cabeza atravesó la ciudad en direccion á la Tenencia-General, dando gritos contínuos de *¡viva Napoleon! ¡viva el emperador!* Aun cuando era tan temprano, los habitantes atraidos por el ruido se reunieron en tropel á la comitiva y mezclaron sus aclamaciones con las de los soldados. *¡Viva Napoleon III! ¡viva el emperador! ¡viva el primer cónsul! ¡viva el presidente de la república!* Tales eran los gritos que resonaban por todas partes.

—Es el sobrino del emperador, decian los soldados.—Es el hijo del virtuoso rey de Holanda.—Es tambien el sobrino del príncipe Eugenio y el nieto de la emperatriz Josefina, respondia el pueblo.

Y todos cercaban al príncipe; todos se apiñaban á su alrededor, llegando hasta á separarle de la tropa. Todos querían verle, tocarle, hablarle.

—¿Qué gobierno tendremos? le preguntaban unos.—El que la nacion quiera, contestaba el príncipe.—El pueblo ha de ser quien lo decida, añadian sus oficiales.

Y los gritos redoblados de *¡viva Napoleon!* parecian probar al príncipe que habia adivinado los verdaderos sentimientos del pueblo.

Entre tanto, los oficiales de la guarnicion que formaban en un principio la comitiva de Luis Napoleon, se dirijian á sus

cuarteles para llevar la gran noticia á los demás regimientos. Los de artillería tenian órden de hacer montar á caballo al 3.º de esta arma, y de poner á los pontoneros en disposicion de marchar á la primera señal; mientras que por otro lado, los destacamentos designados para apoderarse del prefecto, del mariscal de campo, del telégrafo, de la imprenta, etc., marchaban á su destino.

Habiendo llegado el príncipe á la Tenencia-General, mandó hacer alto á su tropa, y subió al alojamiento del general Voirol con Mr. Parquin, Mr. Vandrey y algunos otros oficiales. El general retirado en su cuarto, no estaba vestido todavía.

—«General, le dijo el príncipe adelantándose hácia el, una revolucion comienza en este momento para la gloria y la libertad del pueblo francés: vengo á vos como amigo; mucho sentiré enarbolar nuestra antigua bandera tricolor sin un militar tan ¡valiente como vos. La guarnicion sublevada me sigue: hé aquí el águila imperial. Decidíos.»

Dicho esto, tendió el príncipe la mano al general, quien rehusó tomársela, y le respondió que él no podia violar su juramento prestado al rey.

Entonces el príncipe le mandó quedar arrestado y vijilado en su alojamiento por un destacamento de artilleros.

«A juzgar por la conducta del general Voirol despues de aquellos desgraciados sucesos, por las visitas que hizo al príncipe en su prision, por las lágrimas que vertió contemplando la suerte del sobrino del emperador, dice Mr. de Persigny, debió tener lugar en su alma un penoso combate. Si no hubiese habido el motivo de la gratitud que debia al rey por beneficios personales, ¿podría creerse que el sentimiento solo de sus compromisos políticos hubiera comprimido sus secretas simpatías? En tan tristes circunstancias, el general sintió despedazársele el corazon; él fué quizá mas desgraciado que nosotros.»

Al salir de casa del general, trataron de trasladarse al cuartel Finkmatt, pero por una inconcebible inadvertencia, la columna tomó la direccion del barrio de Pierre, y Luis Napoleon, persuadido de que se le conducia al camino de la muralla, siguió el impulso tan fatalmente dado. Parecia que en medio de los gritos de entusiasmo de las tropas y del gentío cada vez mas numeroso, ningun oficial pensó en dar á la cabeza de la colum-

na la direccion convenida. A más de eso, el edecan del príncipe, que era perfecto conocedor del terreno, y que sabia mejor que nadie toda la importancia que el príncipe daba á los pormenores del plan acordado, habia sido comisionado para arrestar al prefecto, y no se hallaba á la sazon al lado de su jefe.

Así, la columna, sin guia, sin direccion, continuó su marcha y fué á parar al barrio de Pierre, de donde todavia pudiera haber ido á la muralla dando la vuelta al cuartel Finkmatt; pero los ojos de todos parecian acometidos de ceguera.

Cuando el príncipe se vió en el patio del cuartel con un pequeño grupo de oficiales, comprendió al punto la falta que se habia cometido. Esta falta, en efecto, era grave: en vez de aparecer ante la infantería, á la cabeza de un regimiento pronunciado y lleno de entusiasmo, el príncipe iba á presentarse casi solo, pues á consecuencia del camino que se habia tomado, todo el cuerpo de artillería habia tenido que quedar formado en masa en una calle apartada, á gran distancia del cuartel de infantería. El tiempo, empero, urgia, y no era ya posible retroceder.

El oficial comandante de la guardia del cuartel recibió la órden de reunir el regimiento; pero opuso algunas dificultades. No viendo jefe alguno superior de su regimiento, tuvo miedo de la responsabilidad que iba á pesar sobre él.

No obstante, los soldados de infantería oyen pronunciar el nombre del emperador, y corren, rodean al príncipe y manifiestan el mas vivo entusiasmo. Agólpanse alrededor del sobrino del emperador; un veterano sargento mayor se lanza hácia él, le coje la mano y se la besa deshaciéndose en lágrimas. Exclama que él ha servido en la guardia imperial, y que aquel dia es el mas hermoso de su vida. Su ejemplo arrastra á todo el mundo; jóvenes y viejos, todos cuantos soldados van llegando muestran igual emocion, ostentan los mismos sentimientos. Los gritos de *¡viva Napoleon! ¡viva el emperador!* resuenan en todo el ámbito del cuartel.

En medio de estas manifestaciones, los oficiales del príncipe hacen formar en batalla á los soldados á medida que van bajando al patio. Ya habian formado varias compañías; un momento mas, y la causa á que se ha sacrificado el príncipe, triunfa; pe-

ro de repente estalla y toma cuerpo rápidamente una tempestad al otro extremo del patio.

Un oficial ha dicho á los soldados que el que tanto entusiasmo excita no es mas que un aventurero, un impostor, un charlatan, en una palabra, que no es el sobrino del emperador Napoleon.

—Es un sobrino del coronel Vandrey, exclama otro; yo le conozco.

Por mas absurda que sea tan miserable mentira, vuela de boca en boca, y comienza á cambiar las disposiciones de aquel regimiento, cuando mas fuertemente conmovido estaba con la presencia del príncipe. Una porcion de soldados que se creen juguete de una indigna superchería se ponen furiosos. Ante este peligro imprevisto, el príncipe se decide por la retirada, llevandose con él las compañías formadas, las cuales estaban todavía animadas de confianza. Ya está cerca de la verja; va á salir, cuando otro nuevo incidente viene á aniquilar todas las esperanzas.

Inquieto el 4.° regimiento de artillería, viéndose por tanto tiempo separado del príncipe y del coronel Vandrey, comenzó á concebir serios temores. Esparcióse el rumor entre aquellos valientes soldados de que el príncipe corria grandes peligros; precipítanse en masa á la verja del cuartel y entran en el patio prorumpiendo en gritos de furor contra la infantería, á la que atacan y acorralan en lo último del patio. Desgraciadamente el príncipe se encuentra arrastrado por el tropel y empujado hácia la parte de los soldados de infantería, que desconocen su identidad. Por dos veces los artilleros le habian arrancado de entre las bayonetas de los soldados de infantería, á quienes él se afanaba por sacar de un error funesto; en fin, fué arrestado en el momento en que hacia un postrer esfuerzo; sus oficiales, que no podian hacer ya mas en su defensa, sufrieron igual suerte; pues ya la infantería habia adquirido superioridad, y una triple fila de bayonetas hacia frente á la artillería, que no tenia mas armas que sables y carabinas. La verja fué cerrada y defendida por soldados, cuyo furor se habia redoblado con la entrada brusca del 4.° regimiento. No era posible resistencia alguna. Los sesenta caballos que habian entrado revueltos en el patio, aumentaban el desórden y no permitian movimiento algu-

no á los artilleros. Todo el regimiento, acosado en aquel callejon sin salida, cayó prisionero.

En el ínterin, el valiente Parquin, que habia sido comisionado para arrestar al general Voirol, acudió al cuartel Finkmatt; y viendo lo que pasaba, hubiera podido retirarse; pero decidido á participar de la suerte del príncipe, cualquiera que ella fuese, se lanzó en medio de los soldados enfurecidos.

En aquel momento llegó al cuartel el coronel Talandier, del 46.º, y su presencia contribuyó á evitar entre las dos armas una colision que parecia inminente y que hubiera podido ser funestísima.

Sin embargo, en aquel instante terrible que ahogaba todas las esperanzas de los conjurados, el príncipe dió pruebas de una serenidad y de una resignacion admirables.

—Coronel, dijo á Mr. Vandrey, ¿me perdonais el haberos comprometido en una empresa tan desgraciada?

Mr. Vandrey cojió la mano del príncipe y la apretó con efusion. Esto era responder noblemente á una noble pregunta.

Un momento despues, acercándose un oficial al príncipe se lastimaba de la cruel situacion del sobrino del emperador.

—Y bien, dijo Luis Napoleon, al menos no moriré en el destierro.

Mientras ocurrían estos acontecimientos, los oficiales de artillería habian logrado un éxito completo en sus tentativas con los otros dos regimientos de artillería. El 3.º de esta arma estaba todo él entero montado á caballo, acojiendo con regocijo la noticia de lo que habia pasado en el cuartel de Austerlitz. Hallábase ya formado en batalla, enganchadas las piezas, y todo dispuesto para ponerse en movimiento, cuando se supo que el príncipe y el coronel habian sido arrestados. Esta noticia abatió todos los brios, y ¡cosa extraña! á nadie le ocurrió la idea de que bastaba presentarse en el cuartel Finkmatt para cambiar el revés en triunfo.

Es triste consignarlo; pero en semejantes circunstancias, cada cual, en vez de procurar conjurar el daño, no piensa mas que en la retirada. Además, es preciso reconocer que veinte años de egoismo y de una vida social enteramente materializada habian enervado el carácter francés; y, como ha dicho muy bien Mr. de Persigny, de quien tomamos estos pormenosos, no es posible

en una hora dar temple nuevo á los caracteres. Era menester, so pena de sucumbir, que saliesen bien hasta las mas minuciosas partes del plan. Era menester por lo menos un dia entero de triunfos para llevar las cabezas al grado de exaltacion necesaria en tan grande empresa. No sorprenda, pues, que el 3.º de artillería sintiese la influencia deplorable que ejerce un golpe adverso. Los oficiales se eclipsaron; el regimiento se desbandó y se volvió al momento á su cuartel.

Otro tanto sucedió con los pontoneros, que no teniendo caballos que ensillar ni piezas que enganchar, estuvieron listos mas pronto que el 3.º

Un jóven oficial de aquel cuerpo, el valeroso teniente Laity, habia arengado á los soldados, se habia puesto á su cabeza, y los habia hecho salir de su cuartel al grito de ¡*viva Napoleon*! Hubiera bastado la presencia de aquel numeroso cuerpo en el cuartel Finkmatt para decidir del éxito de la jornada; pero el lugar de la cita era la plaza de armas. Ignorando que el príncipe estuviese en el cuartel Finkmatt, Mr. Laity esperó en vano víveres, y recorrió una parte de la ciudad con su batallon en busca del príncipe. Mas, de igual manera que en el 3.º de artillería, á las primeras vagas noticias del contratiempo del príncipe, la mayor parte de los oficiales desaparecieron, y el valiente oficial que se habia puesto á su cabeza se encontró á muy poco tiempo solo con un puñado de hombres.

La conjuracion, pues, se frustró ante un solo descalabro, siendo así que tenia á su favor un cuerpo de artillería de tres regimientos perfectamente preparados.

Cuando el edecan del príncipe, Mr. de Persigny, hubo desempeñado su comision (que era arrestar al prefecto), supo á la vez el fatal acontecimienio del cuartel Finkmatt y la desorganizacion de los otros dos regimientos de artillería. Llegó entonces á la muralla en que el pueblo continuaba profiriendo gritos de ¡*viva Napoleon*! Unos trabajadores, testigos de la refriega, habian ido á buscar cuerdas, las cuales trataban de tirar desde lo alto de la muralla al patio de la caserna, contando inducir al príncipe á asirse de ellas para subirle á donde aquellos estaban. Pero vinieron demasiado tarde; el príncipe estaba ya encerrado en la prision de la caserna con el coronel y sus oficiales. Desesperado de su impotencia, el pueblo inerme, lanzaba

piedras á la infantería, la cual no pudo disipar los grupos sino á tiros.

El cuartel presentaba á la sazon un espectáculo desolador. Dos regimientos franceses estaban á punto de matarse unos á otros. El 4.º de artillería formaba una larga línea, arrimado á la pared de la muralla, entremezclados hombres y caballos. La infantería estaba á su frente, amagando con las bayonetas los pechos de los artilleros, quienes habian cargado sus carabinas y estaban prontos á hacer fuego.

—*¡Viva el emperador! ¡viva el sobrino de Napoleon!* gritaba la artillería.

—*¡No es él! ¡No hay tal cosa!* replicaba la infantería.

En medio del tumulto, el coronel Talandier no podia hacerse obedecer. La artillería no quería retirarse sin el príncipe y su coronel. Una sola gota de sangre que se hubiese derramado habría dado márgen á una matanza espantosa. En este conflicto se recurrió al coronel Vandrey, á quien se extrajo al efecto de la prision en que habia sido encerrado. Su presencia bastó para imponer; su voz sola fué escuchada, y con aquel noble aplomo que inspira respeto y obediencia, dijo á los soldados de su regimiento:

—Retiraos, amigos mios. Obedeced por la última vez á vuestro coronel.

Al punto que se abrió la verja para dar paso á los artilleros, Mr. de Persigny y Mr. Laity que se habian juntado, corrieron en medio de ellos y trataron de hacerlos ir por los cañones para volver luego á libertar al ilustre prisionero y vengar su derrota. Pero por una fatalidad sin ejemplo, segun el plan general que se habia adoptado, se habia creido no necesitar municiones. Estas estaban en el arsenal, y el coronel, prisionero á la sazon, era el único que tenia facultad para mandarlas entregar. Hubo, pues, que renunciar á esta última esperanza; pues, una vez aprisionados los jefes, no habia resistencia posible. La autoridad real pudo, por lo tanto, retener con harta facilidad un poder que habia estado á punto de escapársele de entre las manos.

Si, á pesar de todo, se hubiese repartido las proclamas con profusion por la ciudad, el pueblo habria conocido cuales eran las nobles intenciones del príncipe, y la mayoría habria tomado contra la autoridad una actitud amenazadora que hubiese podido

producir grandes resultados. Pero el oficial encargado de hacer imprimir las proclamas, no tuvo el tiempo necesario para terminar la operacion. Asi es que el pueblo no pudo recibir comunicacion alguna acerca de aquella tentativa sino por conducto de la autoridad: lo cual hizo que la empresa, completamente desnaturalizada por el prefecto y otros, fuese mirada como un proyecto insensato. La autoridad no reparó en dar apoyo á la grosera mentira que habia engañado al soldado; antes bien repitió en el periódico que le servia de órgano que el hombre que se habia presentado á las tropas no era Luis Napoleon. ¡Asi se embauca al pueblo!

En fin, la fatalidad lo habia dispuesto de esta suerte, y no restaba ya á los amigos y adictos al príncipe sino un deber que cumplir; el de salvar sus dias en caso de condenacion. Tomáronse en breve las medidas conducentes, y no hubiera sido posible tocar ni á un solo cabello de la cabeza del sobrino del emperador.

En resúmen, no fué ni un edecan ni un coronel los que hicieron frustrarse la espedicion. Fué solo la fatalidad. El prefecto y el general estaban prisioneros. Ningun interés habia en deshacerse de ellos, y no fueron puestos en libertad hasta despues del arresto del príncipe; no pudieron de consiguiente dar órdenes algunas. El teniente coronel del 46° no pudo tampoco mandar á su regimiento que resistiese al príncipe, puesto que no se hallaba en aquellos momentos en el cuartel. Y cuando en este conflicto de circunstancias, se vió á cada uno de los que iban recuperando el poder, darse priesa á conquistar la gloria de una resistencia que no pudo tener lugar, no tuvieron nada á que combatir, mediante que un error habia destruido el prestigio que era lo único en que consistia la fuerza de los conjurados: fuerza incalculable, pero incontestable tambien, y que, bien apreciada, quita á la empresa de Strasburgo el carácter de locura con que se ha tratado de encubrir su importancia.

Aquel mismo dia 30 de octubre fueron encarcelados el príncipe y seis oficiales. Un poco mas adelante se prendió al comandante de Bruc, á quien veremos figurar en la causa.

Apenas reducido á prision, escribia el príncipe al general Voirol cargando sobre sí solo la responsabilidad de lo ocurrido, é insinuando que él era el único culpable. En seguida, escribió á

su madre una carta, en que le contaba la tentativa que acababa de frustrarse.

Diez dias pasaron sin que nada transpirase acerca de las intenciones del gobierno respecto al príncipe, el cual aguardaba con impaciencia el dia de su juicio para dar á conocer en tal circunstancia sus verdaderas opiniones. Pero el 9 de noviembre por la noche, se abrió la puerta de su prision y entraron el general Voirol y el prefecto Choppin d'Arnouville, quienes se llevaron al príncipe sin decirle á donde se le conducia.

En cuanto llegaron á la prefectura, fué puesto bajo la custodia de Mr. Cuynat, comandante de la gendarmería del Sena, que estaba acompañado del teniente Thibontot y cuatro subalternos. Dos carruajes de posta esperaban enganchados; subió el príncipe á uno y supo que se le llevaba á París. Comprendió entonces que iba á ser objeto de un favor especial y no pudiendo refrenar su dolor, dijo á los oficiales que estaban á su inmediacion cuán penosa era para su corazon la medida que le separaba de sus amigos y que iba á privarle de hacer conocer á sus compatriotas el objeto verdadero de su empresa, tan desnaturalizado por la calumnia.

Luis Napoleon llegó á París el 12 á las dos de la mañana. Se apeó en la prefectura de policía, y fué recibido por Mr. Delessert, quien le informó de que la reina Hortensia habia venido á pedir gracia al rey (1). Mr. Delessert le anunció tambien que iba á ser conducido á Lorient, de donde se le trasportaría á los Estados Unidos. Luis Napoleon reclamó vivamente contra estas medidas. El prefecto respondió:

(1) La reina Hortensia habia en efecto salido de Arenenberg á la primera noticia del arresto de su hijo. Acompañada de Madama de Salvage, se puso en camino en el coche de esta señora, escudada con el pasaporte de la misma; pero se detuvo en casa de la duquesa de Ragusa, en Viry, en donde se halló la misma noche que pasó el príncipe. De suerte que la madre y el hijo sin saberlo se encontraban á solas cinco leguas uno de otro, en el momento de separarse por algunos años á lo menos. Madama de Salvage continuó su viaje á París, donde vió á Mr. Molé, presidente del consejo, quien le aseguró que el príncipe no sería sujetado á juicio; pero que esto no se haría sin condiciones. Asi que, la reina debia obligarse á reunirse con su hijo en el lugar de su destierro. Mr. Molé concedió un mes de plazo; pero dió á entender que ni aun el suelo helvético sería una garantia para la reina, en caso de que se negase á abandonar el continente.

—El gobierno ha obrado con vos, como en otra ocasion con la duquesa de Berry. Hubiera sido una injusticia trataros de otra manera. Vuestros amigos no pueden tener la misma suerte que vos; cuando esteis en Lorient escribireis las disposiciones que creais conveniente tomar.

Entonces y á la vista del prefecto de policía escribió el príncipe á su madre una carta que no llegó á manos de la duquesa de Saint-Leu hasta el dia 18.

«Mi querida madre:

»Reconozco en el paso que habeis dado toda vuestra ternura hácia mí; habeis pensado en el riesgo que yo corria, mas no habeis pensado en mi honor, que me obliga á participar de la suerte de mis compañeros de infortunio. Ha sido para mí un dolor vivísimo abandonar á esos hombres á quienes yo he arrastrado á su perdicion, cuando mi presencia y mis declaraciones hubieran podido influir en el jurado á favor suyo. Escribo al rey para rogarle eche una mirada bondadosa sobre ellos; esta es la única gracia que puede interesarme.

»Parto para América; pero, madre mia querida, si no quereis aumentar mi dolor, os conjuro no me sigais. La idea de hacer partícipe á mi madre de mi destierro de Europa sería á los ojos del mundo una mancha indeleble para mí, y esto sería para mi corazon una amarga pesadumbre. Voy á América, como Aquiles Murat, á crearme yo mismo una existencia; me es necesario un interés nuevo para poder estar alli complacido.

»Os suplico, mi querida madre, veleis porque nada falte á los presos de Strasburgo; cuidad de los dos hijos del coronel Vandrey que están en París con su madre. Yo tomaría fácilmente mi partido, si supiera que mis demas compañeros de infortunio salvan la vida; pero tener sobre la conciencia la muerte de valientes soldados, es un dolor acerbo que jamás puede calmarse.

»Adios, querida madre: os doy gracias por todas las muestras de ternura que os debo; volvéos á Arenenberg, pero no vengais á reuniros conmigo en América; me afligiría en estremo si lo hicieseis. Adios, recibid mis afectuosos abrazos; yo os amaré siempre con todo mi corazon.

»Vuestro tierno y respetuoso hijo,

»NAPOLEON-LUIS-BONAPARTE.»

Mr. Odilon Barrot, Mr. Mauguin y Mr. Larabit se habian ofrecido para la defensa del príncipe, si este tenia que comparecer ante el jurado. Durante las pocas horas que Luis Napoleon pasó en París, escribió á Barrot una carta en que incluia un proyecto de defensa hecho por él mismo en la prision de Strasburgo y el cual vamos á transcribir:

«Señores:

»No es mi vida lo que vengo á defender ante vosotros: yo he renunciado á ella al poner el pié en territorio francés, sino mi honor y mi derecho.

»¡Sí, señores, mi derecho. Despues de 1830 he podido volver á Francia como ciudadanó, y se me ha rechazado; he pedido servir como simple soldado, y no se me ha respondido, y se me ha tratado como un pretendiente.—No creais sin embargo que yo no pretendiese mas que sentarme en una silla forrada de terciopelo; mis ideas eran mas elevadas; yo quería reponer al pueblo en sus derechos; yo quería convocar un congreso nacional, que consultando los antecedentes y las necesidades de cada uno, hubiese hecho leyes francesas sin pedir prestadas á la Inglaterra ó la América constituciones que no pueden adaptarse á nosotros.

»El emperador cumplió su mision civilizadora, preparó á los pueblos á la libertad, introduciendo en las costumbres los principios de igualdad, y haciendo del mérito la única razon para ascender..... Todos los gobiernos que se han sucedido han sido esclusivos, apoyándose los unos en la nobleza y el clero, los otros en una aristocracia ciudadana, otros, en fin, únicamente en los proletarios. El gobierno del emperador al contrario, se apoyaba en el pueblo, como un general en su ejército.

»El gobierno de Napoleon recibió cuatro veces la sancion popular. En 1804 el pueblo francés reconoció por 4.000,000 de votos el derecho hereditario en la familia imperial. Despues, no ha sido consultado mas. Como el mayor de los sobrinos del emperador, podia yo, pues, considerarme no como el representante del imperio, pues al cabo de veinte años han debido cambiar las ideas, sino como el representante de la asamblea nacional; yo he considerado siempre el águila como el emblema de los derechos del pueblo, y no como el emblema de los derechos de una familia..... Fortalecido con estas ideas y con la santidad de mi causa, esclamé: «Los príncipes que se dicen de derecho divino encuen-

tran hombres que consienten en morir por ellos para restablecer los abusos y los privilejios, y yo, cuyo nombre recuerda la gloria y la libertad, ¿he de morir solo en el destierro? No, me han respondido mis valientes compañeros de infortunio, nosotros moriremos con vos, ó venceremos juntos defendiendo la causa del pueblo francés.

»No creais que yo haya querido remedar á los últimos emperadores romanos que la soldadesca elevaba un dia sobre el pavés y derribaba al dia siguiente. Yo he querido hacer la revolucion con el ejército porque el ejército ofrecia mas probabilidades de éxito y para evitar además los desórdenes tan frecuentes en los trastornos sociales. Yo me he equivocado gravemente en la ejecucion de mi proyecto, pero esto hace todavía menos honor á veteranos militares que, al volver á ver el águila, no han sentido latirles el corazon dentro del pecho, el águila que ellos clavaron desde el Tajo hasta el Moscowa, el águila que ellos regaron con su sangre; ¡ellos la han vuelto á ver.... y la han pisoteado!!! Ellos me han hablado de sus nuevos juramentos olvidando que la presencia de un millon doscientos mil extranjeros fué quien les desató del que habian antes prestado. Ahora bien, un principio destruido por la fuerza puede ser restablecido por la fuerza. Yo he creido tener una mision que cumplir; yo sabré desempeñar hasta el fin mi papel.»

El príncipe, guiado por el pensamiento de salvar á sus amigos, único que le preocupaba, escribió al rey para rogarle que fuese clemente con ellos. En la noche del 14 al 15 á las dos de la madrugada llegó á Lorient, y fué conducido á la ciudadela, cuyos puentes levadizos se levantaron inmediatamente. Toda comunicacion con el esterior quedó vedada. Eso no obstante, pudo escribir á un abogado de París una carta en que no retrocedia ante consideracion alguna por salvar á sus amigos, llevando su abnegacion hasta el punto de hacer creer que los habia engañado, con la esperanza de que el jurado no se resolvería á condenar á unos hombres á quienes no podria considerar sino como estraviados, y cuya lealtad habia sido sorprendida. Nuestros lectores tendrán conocimiento de esta carta, de la que se consignan varios pasages en la réplica del letrado Mr. Parquin al abogado general.

El príncipe escribió tambien á su tio José Bonaparte la carta

siguiente, que fué trasmitida al conde de Survilliers por el ministro de lo Interior.

Lorient 15 de noviembre de 1836.

«Mi querido tio:

»Os habreis sorprendido al saber los acontecimientos de Strasburgo. Cuando uno no sale con la suya, se desnaturalizan sus intenciones, se le calumnia; tiene uno la seguridad de ser vituperado hasta por los suyos. Asi, yo no intentaré hoy disculparme á vuestros ojos.

»Parto mañana para América. Me hariais un favor enviándome recomendaciones para Filadelfia y Nueva-Yorck. Tened la bondad de ofrecer mis respetos á mis tios y de recibir la espresion de mi sincero afecto.

»Al abandonar la Europa, quizá para siempre, esperimento el sinsabor mas grande, cual es el pensar que aun en mi misma familia no encontraré quien lamente mi suerte.

»Adios querido tio: no dudeis jamás de mis sentimientos respecto á vos.

Vuestro afectuoso sobrino,

NAPOLEON-LUIS BONAPARTE.»

«P. S. Tened la bondad de manifestar á vuestro agente en América cuáles son las tierras que consentís en venderme.»

Esta carta hizo propagar el rumor de que el príncipe se habia comprometido á no salir de América en diez años; pero este rumor, consignado en el *Diario del Comercio* se encuentra desmentido por la posdata de la carta que sigue:

«Mi querido M...; No quiero dejar la Europa sin daros gracias por las generosas ofertas que me habeis hecho en unas circunstancias bien desgraciadas para mí. He recibido vuestra carta en la prision de Strasburgo, y no he podido contestaros hasta hoy. Marcho con el corazon despedazado por no haber podido compartir la suerte de mis compañeros de infortunio. Yo hubiera querido ser tratado como ellos. Habiéndose frustrado mi empresa, ignorándose mis intenciones, y habiendo sido mi suerte, á pesar mio, diferente de la de los hombres cuya existencia he comprometido, pasaré á los ojos de todo el mundo por loco, por un ambicioso, por un cobarde.

»Antes de poner el pie en Francia, ya aguardaba yo, en el caso de no triunfar, las dos primeras calificaciones; en cuanto á la tercera, es por demás cruel.

»Espero viento favorable para marchar con la fragata *Andromeda* á Nueva York; podeis escribirme allá. Yo sabré soportar este nuevo destierro con resignacion; mas lo que me desespera es dejar aherrojados en una carcel á hombres para quienes ha sido tan fatal la adhesion á la causa napoleónica. Yo hubiera querido ser solo víctima.

»Adios, mi caro M..... espresiones á vuestra esposa. No olvidaré jamás las pruebas tan señaladas que me habeis dado de vuestra amistad.

»Os abraza de corazon.

NAPOLEON LUIS BONAPARTE.»

«P. S. Es falso que se me haya exijido el menor juramento de no volver á Europa.»

El mal estado del mar habia retrasado el embarque; pero al fin el 21 de noviembre á la una de la tarde, se bajaron los puentes levadizos de la ciudadela. El príncipe, acompañado del subprefecto de Lorient, del comandante de plaza y de los oficiales de la gendarmería, entró en un bote que le condujo á la fragata *Andromeda*, la cual, á pesar de los vientos contrarios, salió del puerto remolcada por el barco de vapor *El Tártaro*. Al subir á bordo, el príncipe dijo al subprefecto que le manifestaba su esperanza de verle volver á Francia como ciudadano: «Yo no podré volver sino cuando el leon de Waterloo no esté ya de pié en la frontera.» ¡Nobles palabras admirablemente colocadas en la boca del sobrino del martir de Santa Elena!

Abandonaremos un momento al príncipe para ocuparnos de sus compañeros de infortunio, cuya suerte estaba en manos del jurado de Strasburgo. Pero antes de reseñar las alegaciones y el veredicto, conviene decir aqui una palabra sobre los conjurados arrestados al mismo tiempo que el príncipe.

El coronel Vandrey entró en 1802 en la escuela politécnica, en 1804 en la escuela de aplicacion, y á los veinte años de edad hizo las campañas de Nápoles y de la Calabria en 1806; cayó prisionero en 1809 en la campaña de Austria. En 1813 obtuvo la condecoracion. Cítase de él una gloriosa accion que dió delan-

te de Gronen-Haissen en que fué herido; entonces se le nombró jefe de escuadron. En 1814 asistió á todas las batallas de la campaña de Francia, y en Waterloo mandaba veinte y cuatro piezas de artillería.

Bajo la restauracion, en 1817 obtuvo, gracias á su antigüedad y á la necesidad que se tenia de sus talentos, el grado de teniente coronel. En la revolucion de julio, firmó una proclama escitando á la insurreccion á las guarniciones de las ciudades vecinas. En 1834 se le dió el mando del 4.° regimiento de artillería. El coronel Vandrey es uno de los oficiales mas distinguidos del ejército.

Dionisio Carlos Parquin, al salir del colejio, abrazó la profesion de las armas; podia inaugurarse en una escuela militar, y prefirió sin embargo empezar de simple soldado. Asi que, cada uno de sus grados fué el premio de una accion brillante, y todos fueron conquistados sobre el campo de batalla. En Ciudad-Rodrigo, en Salamanca, en Hanau, y durante la campaña de Francia, Parquin se distinguió con rasgos de una audacia poco comun. Delante de Leipsick salvó la vida al duque de Ragusa; y el duque de Reggio estaba en peligro de muerte cuando Parquin acudió y le libertó. Retirado á la vida privada, bajo la restauracion, se casó con la señorita Cochelet, que habia sido la amiga de colejio de Hortensia de Beauharnais y habia permanecido siendo su inseparable en los tiempos adversos como en los dias de prosperidad. Despues de la revolucion de julio mandó la gendarmería de Doubs, y llegó á fines de 1835, á jefe de escuadron de la guardia municipal de París.

Armando Laity es hijo de un valiente marino de Lorient que habia llegado por su bravura al grado de capitan de fragata, y que murió en su hogar doméstico, tan pobre como honrado. Armando Laity empleó sus primeros años en los estudios necesarios para ser admitido en la escuela politécnica; al salir de ésta pasó dos años en Metz y fué teniente de pontoneros.

De Querelles habia sido teniente en el 61.° de línea y se hizo uno de los amigos mas entusiastas del príncipe.

Rafael de Gricourt pertenece á una familia rica; su orígen y su educacion, debieron hacer de él un legitimista. Asi es que á la edad de diez y ocho años fué arrestado por sospechas de haber tomado parte en las tentativas de la duquesa de Berry en el Oes-

te: pero por otro lado, ligado á la familia Beauharnais, se establecieron relaciones íntimas entre él y Luis Bonaparte, de quien fué á menudo comensal en Arenenberg, castillo vendido por su madre á la reina Hortensia.

El conde de Bruc, jefe de escuadron fuera del servicio activo, nació en Nantes, en la Bretaña, de una de las mas antiguas familias de Francia, cuyos antepasados reinaron en Escocia con el nombre de Bruce. Hijo y nieto de oficiales generales, su padre le dedicó desde muy temprano á la profesion de las armas. El conde de Bruc entró en la escuela militar y salió para oficial del regimiento de húsares, en el que hizo las campañas de 1813, 1814, 1815 y luego la de 1823. El comandante de Bruc fué herido varias veces, entre otras en Breslau, en Prusia, de dos lanzadas y en Hanau de un balazo en la garganta. En la batalla de Reims mató con su propia mano á un coronel ruso, se apoderó de su caballo y de sus armas, por cuyo hecho fué condecorado. Sirvió bajo la restauracion en el 14.º regimiento de cazadores á caballo, en el 13.º como capitan, y pasó de jefe de escuadron al 2.º en 1823. En 1830 rehusó prestar juramento á Luis Felipe y el grado de teniente coronel; de cuyas resultas se le dejó á media paga. El conde de Bruc era coronel comandante de la caballería del tercer cuerpo del ejército real en 1815 en la Vendée, á la edad de diez y siete años, y gentil hombre de cámara del rey en tiempo de la restauracion. Este oficial superior cuenta catorce años con el grado de jefe de escuadron; es adicto por su familia á la opinion legitimista, y al imperio por su carácter y sus ideas militares.

En 1814, el comandante de Bruc, á la sazon teniente de húsares, fué condenado á ser fusilado por insubordinacion á un mariscal de Francia. Corrió á encontrar al emperador en Troyes, en la Champaña, le confesó su falta é imploró su perdon que le fué otorgado.

—«Andad, le dijo Napoleon, os perdono, pero que no os vuelva á suceder.»

Eleonora Brault nació en París el 6 de setiembre de 1808; su padre era un antiguo capitan de la guardia imperial que conservaba un culto religioso al hombre extraordinario á quien habia seguido en veinte campos de batalla. Eleonora tenia un carácter ardiente é impetuoso, y dió una prueba de su energía

entrando en el conservatorio contra la voluntad de su padre. Ajustada á poco tiempo en el Odeon, la quiebra de la empresa la obligó á ir á buscar fortuna á otra parte; marchó á [illegible], y volvió á París en 1834 con ajuste para el teatro italiano. Acosada por intrigas, pasó á Inglaterra, donde encontró á M. Gordon Archer que se casó con ella. En el mes de diciembre de aquel mismo año, estando paseándose por el parque de Saint-James, recibió una puñalada en la cara, y estuvo á pique de perecer á manos de un furioso. Regresó á París, de París pasó á Nápoles, en donde embromó al rey de las Dos-Sicilias en un baile de máscaras de la ópera. Fué en seguida á Roma y á Florencia; allí se separó por la última vez de su marido que murió del tifus en Vitoria á la edad de 27 años.

En el mes de agosto de 1836 llegó Mad. Gordon á Strasburgo, y el general Voirol la colmó de atenciones; en los salones de este general fué donde conoció al coronel Vandrey, y en Baden-Baden la presentaron á Napoleon-Luis.

En la mañana del 30 de octubre, despues de los acontecimientos, fué Mad. Gordon á casa de M. Persigny, á quien halló entregado á la desesperacion y derramando copiosas lágrimas. A pesar de su propia afliccion, aquella mujer trató de reanimar su valor, y en seguida echó al fuego diversos papeles. A poco rato llegaron cuatro gendarmes. Sin cuidarse de sí misma, lanzó una mirada de desesperacion y de dolor á su compañero de infortunio, que por desgracia no reparó en aquella mirada. Sin embargo, un rayo de esperanza brilló en el corazon de la jóven, la cual fingió ponerse mala y exclamó: «¡Persigny! mi frasco de esencia; yo no puedo mas.» El jóven se inclinó hácia ella acercandola unas sales; al punto ella le hizo comprender que una puerta habia quedado abierta. Desgraciadamente tenian sujeto á Persigny dos gendarmes; viendo inútil su astucia, Mad. Gordon volvió en sí, y mirando á un gendarme que habia cogido su bolsa, le gritó echandose sobre él:—¡Venga mi bolsa! ¡yo quiero mis papeles y mi dinero! Sorprendidos los gendarmes con aquel ataque brusco, no pudieron desenredarse de Mad. Gordon, y M. de Persigny tuvo tiempo para huir.

El general Voirol fué el conducto intermedio de su correspondencia con uno de sus amigos de París. Durante su deten-

cion solo el general tenia derecho de entrar á verla; un dia ella le dijo:

—General, el dia 30 de octubre por la mañana pasásteis cerca de mí por la plaza de San Esteban; yo os creia del movimiento, y á esta idea debísteis la vida.

—¡Pues cómo!

—Yo llevaba dos pistolas, y os lo juro, si hubiera sabido la verdad, habríais muerto por mi mano....

Mr. Walbert, consejero instructor, decia hablando de ella:

—«Con veinte mujeres como esta al año, de seguro perdia la cabeza.»

Tales son los siete acusados (1) que comparecieron ante el tribunal de Assisas de Strasburgo el 6 de enero de 1837.

No reproduciremos el acta de acusacion, ni los interrogatorios de los acusados. La defensa dará á conocer suficientemente los cargos que se hacian á cada uno de ellos, y que por otro lado resultan de los hechos que dejamos precedentemente consignados.

Conviene, no obstante, mencionar un incidente con que terminó la audiencia de 13 de enero. El coronel Vandrey recibió una carta del tenor siguiente:

«Amigo, tu tentativa se ha desbaratado; pero yo no erraré el golpe; despues de Meunier, me toca á mí despachar el negocio: he dicho.

»PERSIGNY (2).

»¡Viva el emperador!»

Esta infame carta revelaba por los términos mismos en que estaba concebida su innoble orígen; no tenia otro objeto que ajar á los acusados y perjudicar su causa.

Continuaron sin embargo los debates, y el 14 de enero comenzaron las defensas.

Se concedió primero la palabra al letrado Barrot, defensor de Mr. Vandrey.

Despues de haber hecho una reseña de la gloriosa carrera

(1) Los otros acusados eran: Luis Dupenhouat, Carlos-Felipe-Francisco Petri, Miguel-Juan-Francisco-Regis Gros, Andrés-Nicolás de Schaller, de Persigny, y Julio-Bartolomé Lombard. Todos seis habian logrado escaparse.

(2) Mr. Persigny escribió desde Londres, á donde se habia retirado, desmintiendo formalmente ese odioso escrito.

del coronel Vandrey, y de haber discutido el punto de derecho en cuanto á la estraccion del príncipe, Fernando Barrot continuó de esta manera:

En 1830, cuando la tierra temblaba á cada pisada, cuando el fuego se comunicaba á esta ciudad misma, el teniente coronel Vandrey firmó la proclama revolucionaria que manifestaba la voluntad de la poblacion. ¿Y en qué empleó sus primeros cuidados? en organizar la guardia nacional que el poder en su terror debia tan pronto disolver.

Se ha echado en cara al coronel Vandrey su conducta en 1830; otros observaron igual conducta: yo he visto por mí mismo á tres coroneles cuando el motin estallaba venir á ofrecer su espada á lo que no era todavía mas que motin y no revolucion. Así que es preciso concluir que los juramentos no se guardan sino cuando no se puede hacerlos violar en beneficio del pais. ¡Ah! Nosotros mismos estamos avergonzados de no tener un elogio mas noble que hacer de la teoría del juramento. El que llegado á cierta edad no haya prestado mas que un solo juramento, ¡que venga á acusar aquí al coronel Vandrey y á indignarse con toda la entereza de su conciencia; yo se lo permito! (Sensacion).

Mr. Vandrey no tardó en arrepentirse de su coopèracion á la revolucion de julio. Yo no quiero hacerme el eco de las quejas que ha proferido en su primer interrogatorio. El coronel Vandrey (y una carta de Mr. Vatout que os pondré á la vista lo probará), se lamentaba de que su regimiento tenia menos cruces que un batallon de infantería. Y añadia, ¿me veré, pues, forzado á romper mi espada?

Las opiniones del coronel eran conocidas; en las elecciones de Semur en que se habia presentado como candidato, era Mr. Vatout su competidor; 112 votos obtuvo, y solo por algunos votos dejó Mr. Vandrey de ser elegido con preferencia á un competidor tan temible.

Mr. Vandrey estaba descontento; veia al gobierno de julio apartarse cada vez mas de la senda que le habia trazado la revolucion: tales eran sus disposiciones cuando tuvo lugar en Baden su encuentro con el jóven príncipe Luis Napoleon.

Aquí el digno defensor enumera rápidamente las circunstancias de la vida del jóven Luis Napoleon. Le presenta llorando

su patria cerrada para él, anhelando despues de la revolucion de 1830 la menor esperanza de libertad, poniendo su espada y su sangre imperial al servicio de dos pueblos generosos. Hablando luego de sus escritos dice: Yo he leido las *Meditaciones políticas*, y no he encontrado en ellas los principios subversivos que la acusacion nos ha descubierto; no he encontrado en ellas que el gobierno constitucional es *esencialmente corruptor*; ninguna cosa semejante he encontrado en la obra de Luis Bonaparte; estaba reservado al ministerio fiscal emitir doctrinas de este género.

Entrando el defensor en el exámen de los hechos, insiste sobre el punto de que el coronel Vandrey fué arrastrado por las apremiantes instancias y proposiciones del príncipe; comenta la carta firmada con el pseudónimo Luisa Wernert (1); y pasa en seguida á las relaciones del coronel Vandrey con Madama Gordon. Yo no examinaré la importancia de estas, dijo;

(1) Hé aquí esta carta dirigida á Mr. Vandrey por conducto de Mr. de Persigny, y que emanaba del príncipe:

«Muy señor mio: no os he escrito *desde nuestra separacion*, porque en un principio aguardaba una carta en que me dijéseis vuestras señas, y porque despues del regreso de M. P., he creido inútil multiplicar la correspondencia; sin embargo, hoy que os ocupais todavía de mi matrimonio, no puedo dejar de dirigiros personalmente una frase de amistad. Debeis conocerme bastante para saber á qué ateneros acerca de mis sentimientos hácia vos; pero, por lo que á mí toca, experimento demasiado placer en expresároslos para que yo guarde silencio por mas tiempo, pues vos, caballero, reunís en vos solo todo cuanto puede hacer vibrar mi corazon, pasado, presente, porvenir. Antes de conoceros andaba yo errante sin guia seguro, semejante al atrevido navegante que busca otro mundo; yo, como él, no tenia mas que en mi conciencia y en mi valor, la persuasion del buen éxito; yo tenia mucha esperanza y poca certidumbre; *pero cuando os vi*, me pareció que el horizonte se despejaba y grité: ¡tierra, tierra!

»Creo de mi deber en las actuales circunstancias en que mi matrimonio depende de vos, reiteraros la expresion de mi amistad, y deciros que cualquiera que sea vuestra decision; en nada influirá sobre los sentimientos que me inspirais. Deseo que obreis enteramente segun vuestras convicciones, y que esteis seguro de que mientras viva, recordaré con enternecimiento vuestro proceder conmigo. Feliz yo, si puedo un dia daros pruebas de mi gratitud.

»Entre tanto que sé á punto fijo si me casaré ó si permaneceré soltera, os ruego conteis siempre con el sincero afecto de

LUISA WERNERT.»

yo no hablaré de esa mujer á quien se ha creido ajar en esta audiencia aplicándole con menosprecio el epíteto de cantatriz. Expresion ha sido esta bien desgraciada en boca del ministerio público, en el momento en que una ciudad inglesa disputa á los embajadores de una potencia extranjera los restos de una cantatriz ilustre. Dejo á mi digno compañero, el defensor de Mad. Gordon, el cuidado de recojer, de contestar á esa extraña calificacion. (Aprobacion en el auditorio).

El viaje á Friburgo permanece envuelto en una incertidumbre á que el defensor le abandonó. El 29 por la noche llegó el coronel á Strasburgo y dá las órdenes correspondientes para una revista al dia siguiente; acepta un convite á comer en casa del teniente coronel Tortel; allí se manifiesta, segun expresion de un testigo, á la altura de la alegría general. Al salir de este banquete fué cuando encontró á su puerta á un emisario del príncipe, y tuvo con él una entrevista en que, arrastrado por todas las seducciones del sobrino del emperador y de los recuerdos que van ligados al nombre que lleva, dió su palabra.

Se nos ha dicho que el móvil de su accion era el interés. Un rasgo ocurrió que se me ha revelado en confianza, y que yo, abusando de esta, voy á referir. El príncipe llegó decidido á atraerse al coronel:—Emprendemos una tentativa peligrosa, le dijo, en que quizá vamos á sucumbir; teneis dos hijos; hé aquí un contrato de 10,000 francos de renta para cada uno; mi madre que me ama, no desairará este testamento. El coronel cogió el contrato, y respondió: yo os doy mi vida, os doy mi sangre, no os la vendo. E hizo pedazos los papeles. (Movimiento en el auditorio).

Aquella misma noche ofrece su adhesion; empeña su palabra de honor. Tenia todo el resto de la noche para reflexionar, se ha dicho: un hombre no reflexiona despues de haber dado su palabra; lo que hace es ejecutar.

El defensor examina en seguida los acontecimientos de la madrugada del 30 de octubre.

Llego ahora, dijo, á una importante deposicion, y llego á ella con una indignacion que no pretendo disimular. Un testigo ha afirmado hechos que mi cliente ha desmentido positivamente. Voy á probar que la verdad está de parte de mi cliente.

El coronel Talandier ha dicho que él quiso arrestar al coro-

nel Vandrey, y que le habia cogido por el cuello como á un miserable. El coronel ha contestado: Eso es falso, y me veo forzado á decirlo, creo que es imposible. El coronel Vandrey tenia el sable en la mano; estaba rodeado de artilleros decididos y amenazadores. El coronel Talandier ha declarado esto mismo; la punta de un sable se dirigia á su rostro; unos soldados que comprenden mejor que otros el alcance de semejante ultraje no lo hubieran sufrido.

El presidente interrumpiendo. El defensor tendrá presente que ha hecho llamar un testigo.

Mr. F. Barrot. A eso voy, señor presidente. El teniente coronel Salleix y el capitan Petitgrand estaban presentes, y os dicen que no vieron nada del alto hecho de armas del coronel Talandier. En cuanto al testigo á que se ha aludido por el señor presidente, voy á decir cómo se ha puesto al defensor en el caso de llamarle. Una persona cercana á la infeliz esposa de mi cliente, le dijo que un oficial pedia que se le llamase, y declararía que nadie habia puesto la mano en el coronel. Este testigo le hemos hecho llamar, y ha sido precisamente el único que ha declarado en otro sentido; yo no quiero deshonrar á ese oficial, de cuyo nombre quizá se ha abusado, pero permítaseme oponerle las deposiciones contrarias de hombres de honor que han confirmado el enérgico mentís de mi cliente.

El coronel Talandier, situado en la primera fila de los asientos reservados, se levanta bruscamente á aquellas palabras y dice con voz que descubre una emocion violenta; no es permitido sin embargo insultar á un coronel que se ha conducido con honor y no ha hecho traicion á sus juramentos.

Mr. F. Barrot. Yo diré al coronel Talandier que aquí soy el órgano de mi cliente. Lo que yo digo, es de mi deber de defensor el decirlo, y no hago mas que trasladar las propias denegaciones que el coronel le ha opuesto.

El coronel Talandier. ¡Y mi honor!

Mr. F. Barrot. ¡Y el honor de mi cliente! Yo vengo aquí á defender la cabeza y el honor del coronel Vandrey. Es á la vez un derecho que ejerzo y un deber que cumplo.

El presidente. El defensor no puede discutir con un testigo.

Mr. F. Barrot. Estoy respondiendo á la interpelacion del

coronel Talandier. (Manifiéstase una viva agitacion en el auditorio. Todos espontáneamente se levantan).

Mr. F. Barrot, durante un momento de suspension promovida por este accidente, se marcha del banco de los defensores y se acerca al coronel Talandier, á quien habla con calor. El tribunal llama varias veces al órden al auditorio, y el defensor, despues de hablar algunas palabras con el presidente, prosigue en estos términos:

Obedezco las órdenes del tribunal, y no insistiré mas en este incidente. Solo que, la defensa del coronel tenia un interés positivo en prevalerse de testimonios que diesen por resultado que el coronel Vandrey cedió á un sentimiento espontáneo, y que si se rindió no fué en manera alguna á la fuerza y por una irresistible necesidad. El pueblo, Mr. Talandier os lo ha dicho, tiraba piedras al 46. Forzoso fué hacerle fuego; podíase, pues, contar con un auxilio de fuera. Doscientos cincuenta artilleros rodeaban al coronel, armados de sables y de carabinas; su posicion era seguramente tal, que le hubiera sido fácil, sacrificando la sangre de algunos hombres, forzar una verja guardada solamente por una simple guardia de policía, desprovista de cartuchos, y ganar el puente del Kehl y el pais de Baden.

Despues de algunas palabras sobre los últimos episodios del suseso de 30 de octubre, Mr. Barrot prosigue en estos términos:

«Os he referido la vida del coronel Vandrey; os he dado á conocer ese hijo glorioso del imperio; la acusacion, antes de llamarle cobarde, debiera haber descubierto su pecho, contado sus heridas, y leido su hoja de servicios....»

En seguida de Mr. Barrot, se concedió la palabra al letrado Mr. Thierriet, defensor de Laity.

...... Sabeis cuán pródiga ha sido la acusacion en escursiones en la vida privada. Sin miramiento á la desgracia, se complace en decir que los unos son de costumbres estragadas, los otros perdidos de deudas, intrigantes, vanos, ambiciosos. En fin ¡habrá cosa mas horrible! ¡uno de esos odiosos conspiradores es una cantatriz! Señores, en otro tiempo existia en Grecia una república que, merced á la austeridad de sus costumbres, bien diferentes ¡ay! de las nuestras, temia la influencia de los cantores y de los músicos como capaz de ablandar las al-

mas. Pues bien; las conducia á la frontera coronándolas de flores, pero no las infamaba.

Hasta se ha llegado á estudiar la actitud de los acusados, á espiar sus miradas, á leer en sus ojos, y el señor sustituto, reasumiendo estas observaciones, ha dicho que tenian talento de héroes.

¡Infelices acusados, cuánto os compadezco! ¡cuán dura y peligrosa es vuestra posicion! ¿Qué consejo quereis que os dé? Si os escito á que mostreis timidez y perplegidad, se os echarán al momento encima; dirán que es la voz del remordimiento y el grito de la conciencia lo que causa vuestra turbacion; si os exhorto á manteneros firmes y dignos, dirán que sois unos arrogantes, y que os la estais echando de héroes.

Es una fortuna que no todo el mundo haya visto con los mismos ojos del señor sustituto. Yo le pido me perdone si le cito un diario, pues sé que no le gusta la prensa periódica, contra la cual ha pronunciado ayer un acta de acusacion: este diario no es hostil. (Aquí lee el defensor un pasaje de la *Gaceta de los tribunales* que menciona la actitud serena, digna y propia del acusado Laity).

La acusacion, gracias á esa imparcialidad que el señor procurador general os ha dicho ser el mas bello atributo de la magistratura, nada ha olvidado; nada, á no ser todo lo que puede ser favorable á los acusados, los honrosos antecedentes de algunos de ellos, su larga carrera y las heridas del soldado veterano.

El defensor manifiesta que, á despecho de su buena voluntad, el ministerio público se ha visto forzado á respetar la vida de su cliente. Este es, dice, el niño mimado de la acusacion. La acusacion no quiere mas que su cabeza, pero por lo menos guarda las formas, y tiene derecho á todo su reconocimiento. Rechaza con indignacion la comparacion que la parte fiscal ha querido hacer entre la tentativa del príncipe Luis Napoleon y los crímenes de Fieschi y de Alibaud. Representa al jóven Laity como subyugado por el prestigio de la gloria y del nombre del emperador Napoleon. Combate con energía el acta de acusacion que pretende haberse perdido en Francia la religion de los recuerdos.

En esta ciudad, dijo, se ha visto á dos soldados afilar sus

sables en el mausoleo del mariscal de Sajonia, y hoy no pasa un buque cerca de la roca de Santa Elena sin inclinar su pabellon ante la tumba solitaria del gran Napoleon. Recorred nuestras ciudades, recorred nuestros campos, entrad en el salon del rico, bajad á la choza del pobre, penetrad en el taller del artesano, en todas partes vuestras miradas tropezarán con la estampa del gran capitan. No hay nombre alguno mas popular en Francia. Bien se nos puede, pues, conceder la religion de los recuerdos. Dueño es sin embargo el señor sustituto de llamar á todo esto fantasmagoría y venda en los ojos, pues estas palabras han herido nuestros oidos. El defensor expone cómo su cliente se ha dejado llevar por un sentimiento de honor, primero por un amigo que le hizo las primeras proposiciones, y luego por el príncipe mismo.

Hace una reseña de los sucesos del 30 de octubre y de la parte que Laity pudo tomar en ellos. Tres cargos resultan contra él, dos de los cuales son capitales, y el defensor los combate sucesivamente, fijando sobre todo el espíritu de aquella empresa que contaba con una adhesion unánime, pues estaba convenido con el príncipe que no se derramaría ni una gota de sangre.

Manifiesta que las condenas judiciales no son sino asesinatos cuando la defensa no es enteramente libre, y que aquí no lo es, puesto que se han llevado el mas precioso testigo. Haberle puesto en libertad, es haber asegurado la absolucion, pues no se encontrará un jurado concienzudo que ose tomar sobre sí la condenacion de los acusados.

El letrado Mr. Parquin toma la palabra en seguida del orador precedente.

Señores jurados, dijo con visible emocion, he venido á llenar un piadoso deber.... He venido en esta ocasion grave y solemne á prestar el auxilio de mi voz al compañero, al amigo de mi infancia, á mi hermano Carlos, que por una laudable emulacion se había propuesto cubrir de brillo en la carrera de las armas, un nombre que yo por mi parte me esforzaba en hacer digno de alguna estimacion en el foro.

A la primer noticia de la fatal conjuracion, quedé consternado, anonadado. Inmediatamente debí seguir dos inspiraciones, diferentes pero no contrarias, cuya simultaneidad com-

prenderán las almas generosas: la primera, dirigirme al soberano, deponer á los pies del trono la expresion de mi profundo dolor; la segunda, escribir á mi infeliz hermano sumido en un calabozo y decirle: ¡*Carlos*! ¿*quieres que yo te defienda*?

¡Ah! Y esa defensa en el momento en que yo la ofrecia, ni la comprendia siquiera. ¿El crimen no era flagrante? ¿no se habia levantado el estandarte de la rebelion? Parquin, exaltado por el fanatismo de los recuerdos del imperio ¿no habia desatendido sus nuevos juramentos? ¿no habia vuelto contra el gobierno de su pais el arma que le habia sido confiada para servirle?... Ninguna de estas dificultades asaltaba, señores, mi espíritu.... Parquin está acusado.... Parquin necesita un defensor.... Yo quiero, yo debo serlo. ¿A quién no penetrarán las palabras de un hermano?... ¡Un hermano!... un hermano es un defensor dado por la naturaleza.... Tal medio sería ineficaz, tal argumento sería descolorido aun en boca del hombre mas elocuente, y toma consistencia, adquiere una especie de influencia mágica en boca de un hermano.... Todo es lícito, todo se permite á un hermano.... En el fondo de mi corazon oia ya resonar estas palabras, que poco mas tarde debian salir de lábios augustos: «La defensa de un acusado es un deber sagrado: ¡cuánto mas imperioso no será este deber cuando se trata de un hermano! (1).»

Vedme aquí, pues: á mí me incumbe, señores, mostraros por qué estravío ha podido caer en el completo olvido de sus deberes uno de los mas bellos caracteres de esta época; á mí me incumbe transmitiros pormenores no faltos de interés, y que si le dejan siempre sin justificacion y sin excusa, explicarán al menos su participacion en el atentado.... Mas, para esto conviene que tome un poco arriba la vida del hombre que está ahora ante vosotros.

(Mr. Parquin hace una reseña de la vida de su hermano y despues continúa).

Desterrado y muerto Napoleon para la Francia, Parquin como todos los valientes que habian combatido bajo sus órdenes, como aquellos, sobre todo, que habian servido en la guardia, habia consagrado una especie de culto á su memoria. Per-

(1) Monitor de diciembre de 1836.

mítase á la acta de acusacion negar el poder, la religion de los recuerdos. En una época en que tantos caracteres cambian al capricho de los acontecimientos en que la adhesion se prodiga al mas afortunado, esa desconsoladora máxima del ministerio público de que no debe tenerse ya fé en las antiguas creencias, la concibo; y sin embargo, absténgase de aplicarla al comandante Parquin; pues el culto de que he hablado, ese culto que el tiempo habria enfriado quizá, una circunstancia fortuita, inesperada, vino á contribuir á darle pabulo, á enardecerlo, poniendo por decirlo así al oficial de Salamanca, de Hanau, de Vitry, en relacion contínua con su inmortal general.

Despues de hablar de la estancia de Parquin en Arenenberg, en donde vivia su esposa (la señorita de Cochelet) el orador prosigue:

El destino así lo ha querido. Por espacio de cerca de quince años, Parquin se va haciendo el amigo, casi el comensal del joven príncipe. Los términos en que la señorita Cochelet habia constantemente vivido con la madre, son los mismos en que él vivirá en adelante con el hijo. Un buen carácter se forma y se desarrolla. Parquin lo observa y se complace en ello; pero hay para seducirle algo mas que el concurso de tantas cualidades apreciables. El nombre venerado, las asombrosas maravillas de Napoleon vibran sin cesar en su oido. Este es el perpetuo asunto de sus conversaciones desde la mañana á la noche.

Jamás hablan de otra cosa que de aquellos tiempos de triunfo, de gloria, comprados tan caros por la Francia, y que un soldado antiguo no quiere mirar mas que por el lado brillante.... Señores, una gota de agua á fuerza de caer gasta la piedra mas dura; ¡fórmese una justa idea de lo que trabajaría sobre el alma de Parquin una influencia habilmente preparada y ejercida por espacio de quince años! ¡Ah! á aquel que está lejos, á aquel que permanece sereno en las circunstancias mas difíciles, que todo lo aprecia friamente, que sabe defenderse de las emociones capaces de arrastrar á los demás, le es fácil no flaquear, pero ¡cuán mal se juzgaría por la misma regla á aquel que está expuesto á la accion inmediata del hechizo! Sepamos, señores, disculpar la fragilidad humana. Ejemplos augustos, ejemplos sagrados nos convidan á ello.... Cuando, pues, el príncipe Luis se franqueó á su antiguo amigo Parquin; cuando le hizo sus re-

velaciones; cuando le impuso en el secreto de sus esperanzas; cuando con toda la autoridad que le suministraban su nombre, los recuerdos sublimes que invocaba, sus relaciones, una amistad de quince años, le ha ordenado casi seguirle.... Sí, ciertamente, es preciso vituperar, vituperar mil veces á Parquin por haber cedido.... mi voz y la del ministerio público estarán siempre de acuerdo en este punto.... al mismo tiempo que es menester felicitar al espíritu fuerte, al espíritu dueño de sí, al espíritu insensible á todas las impresiones de la gloria y del afecto, que puede afirmar que en su lugar no hubiera sucumbido!!!

Se ha pagado á la bella conducta del capitan Raindre un justo tributo de elogio. Participo yo tambien de ese mismo sentimiento: pero ¡cuánto mayor sería su mérito, si el capitan Raindre (1) para resistir, se hubiera encontrado respecto al príncipe Luis en las mismas condiciones en que se encontraba Parquin!

Parquin no tuvo lugar de reflexionar. No se le hicieron las proposiciones, no le descubrió el príncipe su secreto hasta el dia 29 de octubre. ¿Por qué? ¿cuál es el motivo de esta tardanza en la revelacion? ¿Será que el príncipe temiera que si se le daban á Parquin veinte y cuatro horas mas, recordase inflexibles deberes, y usase de su larga experiencia para tratar de alejar la ejecucion de un proyecto que tan pocas probabilidades de éxito tenia? ¿Será que creyese el príncipe que no era necesario prevenirle muy de antemano, porque era uno de esos hombres con cuya cooperacion podia contar? Parquin á la alocucion del príncipe que le decia: «En esto va mi cabeza» subyugado, cediendo al simple instinto, contestó: «Príncipe, soy vuestro á muerte ó á vida.» Pero la alocucion y la respuesta son solamente de la víspera del atentado....

Se ha querido disputar esto; y sobre este punto es permitida la duda. Los lazos íntimos de Parquin con Arenenberg, su presencia en Strasburgo á inmediacion del príncipe, el uniforme de oficial general que viste, el atrevido auxilio que presta ya para arrestar al teniente general Voirol, ya para sublevar al regimiento 46.º de línea, son acontecimientos de tal naturaleza que dan márgen á pensar que estaba largo tiem-

(1) Este capitan es el que reveló las proposiciones hechas á él por el príncipe. ¡Qué ironía en las palabras laudatorias del defensor!

po hacia afiliado en la conspiracion.... No obstante, á puras probabilidades, á conjeturas inciertas, opongo yo un punto que ha resultado irrefragable (á pesar de todas las investigaciones contrarias), á saber, que Parquin que pasó los dias 13 y 14 de octubre con todos los oficiales de la guarnicion de Haguenau, no les hizo la menor insinuacion en aquellas jornadas exclusivamente consagradas á los placeres de la caza.

El letrado Parquin añade luego:

¿Acaso se podrá sin ingratitud no tener en cuenta los sentimientos pasados de Parquin? ¿Por ventura no convendria tomar en consideracion todo el imperio que han debido ejercer sobre un veterano, sobre uno de los mas valientes soldados de la antigua guardia el entusiasmo, la exaltacion, el enagenamiento, el gran nombre de Napoleon, los destinos futuros de su hijo adoptivo, y la mágia del águila imperial y las soberbias promesas hechas al pais?... Hé hecho ver la acostumbrada lealtad del comandante Parquin.... ¿no pudo, pues, creer que caia sobre él una especie de deshonor no siguiendo al príncipe, abandonándole solo á los peligros de una tentativa tan osada?... En este estado, examinados así los hechos, considerada la causa bajo este punto de vista, yo podria, señores, confiar sin temor la suerte del acusado á vuestra indulgencia.... á vuestra indulgencia que sería tambien justicia....

Y á vuestra indulgencia que sería tambien justicia, preguntaría yo tambien si piensa no tener nada que hacer en favor de un militar cubierto de cicatrices en servicio de la patria.

Y á vuestra indulgencia que sería siempre justicia, repetiría yo lo que se ha convenido en llamar la locura, la absurdidad del atentado. Yo sacaría un argumento que no deja de tener fuerza del discurso de la corona.... En él se califica al atentado de Strasburgo de empresa *tan criminal como insensata.* ¡*Tan criminal como insensata*! Bien; pero entonces *tan insensata como criminal*.... La locura la disputaba al crímen. Ahora bien; cuando una accion puede atribuirse indiferentemente al crímen que la ley castiga, ó á la demencia que la ley no castiga, hay duda, y la duda ya sabeis que se interpreta siempre á favor del acusado. (Hilaridad).

Hé ahí, señores, lo que yo sometería á vuestra conciencia si pudiéseis pronunciar contra los acusados una condenacion

mas ó menos fuerte, segun que ellos os pareciesen mas ó menos culpables.... Pero despues de la mutilacion, despues del descalabro que una grande medida política ha hecho sufrir al proceso,... lo declaro altamente, lo que os resta que hacer, sin descender á minuciosidad alguna, ES ABSOLVER A TODOS.

Luego que el letrado Mr. Martin, defensor de Mr. de Querelles, M. Chauvin-Belliard, abogado de Mr. de Gricourt, y Mr. Liechtenberg, encargado de la defensa de Mr. de Bruc, pronunciaron discursos llenos de razon y de energia en favor de sus clientes, Mr. Liechtenberg respondió tambien á los cargos hechos por la acusacion á Mad. Gordon:

« El acta de acusacion concede á Mad. Gordon el vano don de la belleza; reconoce que posee todos los tesoros de un espíritu cultivado; hubiera podido añadir que á estos beneficios de la naturaleza y de la educacion reune el prestigio de un distinguido talento. Tales elogios, tales requiebros, dirigidos á una mujer, guardaos de creer que hayan sido dictados por un espíritu de benevolencia; no, es para convertirlos en arma, y en arma poderosa, en provecho de la acusacion y en apoyo del sistema que se ha escogido; pues en el mismo renglon en que leeis esas lisonjeras expresiones, encontrais tambien que Mad. Gordon es de costumbres equívocas, y una intrigante.

»¡Mad. Gordon una intrigante! Esta calificacion es enteramente injuriosa y felizmente no menos vana. ¿De donde habeis sacado esa cruel reconvencion? ¿En qué elemento, en qué indicio se apoya? A escepcion de la intriga política urdida en el mes de octubre y que vino á espirar en la mañana del 30, intriga en que acusais á mi cliente de haber tenido parte, y contra la cual ella protesta, ¿cuál es la que ha revelado este proceso tan minucioso como largo? ¿La hallaríais acaso en las páginas de esa correspondencia confidencial de que os habeis apoderado y que habeis escudriñado con tanta indiscrecion y complacencia? Sería tal vez en aquella frase dirigida desde Baden al hombre que posee toda la confianza de Mad. Gordon, al hombre con quien debe casarse? ¿La habreis encontrado en estas palabras: *Me lanzo á ojos cerrados en la intriga*, palabras que en una larga carta donde no hay siquiera una alusion á la política, son seguramente inofensivas y nada mas que una pura

chanza, uno de esos prontos que se escapan á la mujer mas enemiga de intrigas, y que si hubieran menester de una interpretacion, se explicarían perfectamente por las necesidades de una vida de artista? Decid; ¿es ahí donde habeis encontrado ese gran cargo, esa inculpacion bastante poderosa para autorizaros á entregar, en un pedimento fiscal, una mujer al desprecio público?

»Y ved, señores, cuál es la exactitud de la lógica empleada por el ministerio público en su acta de acusacion. Mad. Gordon es hermosa, dice; está dotada de todo los encantos de un espíritu amable y brillante; posee un talento que por sí solo debia atraer sobre ella las atenciones y los homenages. A todas estas ventajas que prestaban á quien las posee tanta facilidad para hacer fortuna, el acusador añade que, poco escrupulosa en punto á los medios, mi cliente transige fácilmente con las costumbres y que es una intrigante; y todo esto para venir á parar ¿en qué? en proclamar que es una mujer sin fortuna.»

Despues de contar la vida de su interesante cliente, refiere el defensor la llegada de Mad. Gordon á Strasburgo el 27 de octubre en compañía del coronel Vandrey, y el funesto accidente de que fué víctima pocos instantes despues de apearse del coche. Aquí el defensor lee un certificado en buena forma librado por dos doctores en cirujía, del que resulta que el 27 de octubre fueron llamados al domicilio del coronel Vandrey para operar la reduccion de una dislocacion completa del hombro izquierdo de Mad. Gordon; esta operacion, dicen los hombres del arte, fué dificil y dolorosa, y, luego de terminada, ordenaron á la enferma el mas absoluto reposo. No fué, pues, continúa el defensor, como supone la acusacion con tan poca verdad y comedimiento, sacudiendo, ó, para servirme del término mas propio empleado por Mad. Gordon en su interrogatorio, deponiendo todo pudor, sino obedeciendo á una fatal, á una irresistible necesidad, como consintió en aceptar una habitacion en el alojamiento del coronel Vandrey. Este último insulto, arrojado por la acusacion á la faz de mi cliente, es, pues, tan gratuito, tan desnudo de fundamento como los demas cuya injusticia os he demostrado. Es menos escusable todavia, puesto que era conocida la verdad; en efecto, el comisario de policía que arrestó el dia 30 de octubre á Mad. Gordon, habia reconocido, y asi

lo atestigua su declaracion, el estado de dolor y padecimiento en que aquel dia se encontraba la acusada.

Es bien sensible, dijo al terminar el defensor, que en una acusacion política haya sido fuerza luchar contra tantas insinuaciones malévolas, contra tantos amargos insultos, contra tanto olvido de los justos miramientos que eran debidos al sexo de la que defiendo, y mas todavía á la verdad y á la desgracia. Todas esas acusaciones, aunque no reproducidas en la audiencia, he debido recojerlas y refutarlas; he debido hacerlo á pesar de la conviccion que debe penetraros de que el silencio guardado durante los debates respecto á esas palabras irritantes del acta de acusacion no tenia otro motivo que la imposibilidad reconocida por el mismo ministerio público de persistir en sus ataques contra el carácter y la reputacion de mi cliente, y de sostener aquí la discusion. Porque la moderacion del señor procurador general no ha sido dictada por el deseo de guardar contemplaciones á la acusada; precisado á abandonar las crueles armas de que en el acta de acusacion se habia servido para ofenderla, ¿no le habeis oido desde la altura de su indignacion y de su menosprecio lanzar todavía el anatema á mi cliente y dirigirla con desden el epíteto de *cantatriz*? (Movimiento). ¡Ah! señores, esa palabra, si ha querido ser una invectiva, ha sido harto desgraciada. No es ni de nuestra época ni de nuestro pais; en Francia, en nuestra provincia sobre todo, se respeta á las artes, se honra á las personas que las cultivan con distincion y con buen éxito, se compadece á los que las desprecian y tratan de envilecerlas. (Sensacion profunda).

El abogado pregunta en seguida si la conducta de su cliente en casa de Mr. de Persigny no es propia de un corazon noble, y termina así: Ahora, señores, que conoceis la acusacion y la defensa, ¿entregareis la cabeza de una mujer á la acusacion que la reclama, sacrificareis su libertad á yo no se qué necesidades sociales, sacrificareis la libertad de una débil mujer á eso que no se ha tenido reparo en llamar la seguridad del poder?

El letrado Parquin fué el encargado de la réplica á las últimas objeciones del abogado general. En esta fogosa improvisacion llamó la atencion sobre todo el siguiente pasaje:

« El señor abogado general no quiere conceder que el prín-

cipe haya seducido, estraviado, arrastrado á los acusados.... ¿Y qué razon dá? El príncipe es incapaz de ejercer el menor ascendiente. Es un hombre vulgar que sus relaciones no recomendaban, digno de poco favor y de poco interés.... ¿Habeis reflexionado en ello, señor abogado general? ¿Pensais que sea lícito, que sea decoroso, estenderse como lo haceis en las flaquezas, en los defectos, en el carácter poco meritorio del príncipe, cuando este se halla ausente? ¿Han de ser los acusados los que os den, no ya lecciones, sino ejemplo de delicadeza en el modo de proceder? Y si la prensa, la inexorable prensa, que todo lo recoje, como sabeis muy bien, no dejase caer vuestras extrañas palabras; si las llevase á la parte de allá del Océano; si las trasmitiese á los oidos del príncipe ¡qué de quejas no tendria derecho á exhalar!... «Vuestro gobierno, os diría, vuestro gobierno no quiere permitir que yo comparezca ante sus »tribunales. Me estorba el acceso á ellos; y cuando cediendo á »una violencia, honrosa en su principio, pero á la que yo hubiera querido no estar sometido, me encuentro espatriado y »lejos, permite á los órganos de la ley injuriarme, difamarme. »Se me quiere perder en el espíritu de los franceses, cuya con»fianza y estimacion tengo en tan alto aprecio.... Una clemen»cia que se señala con tales caracteres, no la quiero, la recha»zo. ¡La muerte, mil veces la muerte, antes que la vida con »el oprobio!»

¡Y á qué corazon generoso no interesaría este noble lenguaje!... ¡Ah! señor abogado general, os hago la justicia de creer que á vos mismo os conmovería. (Murmullos de aprobacion en todo el auditorio).

Pero tengo la satisfaccion de poder dar á la Francia una idea mejor, una opinion mas favorable del príncipe.... A falta de su persona, aprended, señores, á conocerle por sus escritos.... Se le arrebata rápidamente de su prision; se le lleva á la capital. Allí se le permite pasar algunas horas en la prefectura de policía para reponerse de las fatigas del viaje que concluia, para prepararse á las fatigas del viaje que iba á comenzar. ¿Qué empleo hará este noble jóven de un tiempo consagrado al reposo? No habia podido olvidarse de sus coacusados á quienes deja solos, á pesar suyo, bajo el peso de una acusacion terrible. Quiere al menos que les aprovechen para su salvacion los

cortos instantes de su descanso.... Una carta hay empezada. En el encabezamiento lleva la fecha de *París* 11 *de noviembre de* 1836; al final la de *Lorient*, *noviembre*, *de* 1836. Le faltó tiempo en París para terminarla; pero no pondrá el pie en el buque que ha de llevarle lejos de las costas de Francia sin haber tomado la defensa de aquellos cuya pérdida ha causado.

París 11 de noviembre de 1836.

«A pesar de mi deseo de permanecer con mis compañeros »de infortunio y de compartir su suerte, á pesar de mis recla»maciones con este objeto, el rey, en su clemencia, ha ordena»do que yo fuese conducido á Lorient para pasar de allí a Amé»rica. Aunque vivamente agradecido á la generosidad del rey,» (aquí Mr. Parquin dijo dirigiéndose al abogado general: Ya veis que entre sus numerosos defectos no hay que contar la ingratitud). (Hilaridad), «me aflije profundamente separarme de mis »coacusados, persuadido de que mi presencia en la barra y mis »deposiciones en su favor, hubieran podido influir en el jura»do é ilustrarle sobre varios hechos importantes. Privado del »consuelo de ser útil á los hombres á quienes he arrastrado á »su perdicion, me veo obligado á confiar á un abogado lo que »no puedo decir por mí mismo ante el jurado....

».... Ciertamente somos culpables todos para con el gobier»no de haber tomado las armas contra él; pero el mas culpa»ble, soy yo, es aquel que meditando há largo tiempo una re»volucion, ha venido de repente á arrancar á unos hombres »de una honrosa posicion social para entregarlos á todos los aza»res de un movimiento popular....

».... Veis, pues, que yo he sido quien les sedujo, hablan»doles de todo lo que es capaz de mover á un corazon frances. »Ellos me hablaban de sus juramentos; yo les recordé que en 1815 »habian jurado fidelidad á Napoleon II y á su dinastía. La in»vasion extranjera, les dije, os relajó vuestros juramentos: la »fuerza puede restablecer lo que solo la fuerza ha deshecho. Pa»ra acabar de quitarles todo escrúpulo, les dije que se habla»ba de la muerte repentina del rey (1), y que la noticia parecia

(1) ¿Habremos de decir que el príncipe no usaba este lenguaje sino por salvar á toda costa á sus amigos, cargando sobre sí solo toda la responsabilidad? Nos parece que todo el mundo comprenderá el sentimiento que

»cierta. Por aquí se verá cuán culpable he sido yo con el go-»bierno. Ahora bien, el gobierno se ha mostrado generoso con-»migo; ha encontrado que mi posicion de proscripto, mi amor á »la Francia y mi parentesco con el emperador eran causas ate-»nuantes. ¿Y el jurado se quedará atrás de la marcha indica-»da por el gobierno?...»

Señores, ya lo ois: el príncipe no conviene con la opinion del señor abogado general. No juzga inútil su presencia. Cree que esta hubiese sido de importancia, y sobre todo no se explica que absuelto por el gobierno contra el cual se habia armado, puedan ser seriamente perseguidos aquellos que confiesa él haber estraviado. El lenguaje de esta parte de la carta ha sido el eco del mio.

Esto, señores, me sujiere una observacion que no es indigna de seros presentada. Entre las causas de haberse llevado al príncipe, naturalmente puede creerse haya sido una el temor de que un jurado francés no quisiese consentir jamás en degradar con una pena aflictiva é infamante al sobrino de Napoleon. En esta hipótesis, si los jurados habrian absuelto al príncipe ¿no repugna al simple buen sentido que condenasen á los cómplices? Evidentemente los acusados tambien hubieran sido absueltos. Ahora bien; estos acusados á quienes hubiérais absuelto con el príncipe, ¿serán condenados porque el príncipe ha obtenido su absolucion del gobierno y no de vosotros? Plantear la cuestion de esta manera, señores, es resolverla. (Muestras de asentimiento).

El letrado Parquin desenvuelve varias otras consideraciones accesorias, y añade:

Señores: he refutado con el poco órden que una réplica instantánea permite, y creo, no obstante, que con verdadera ventaja, las objeciones del ministerio público.... Mis deberes quedan cumplidos; ahora van á comenzar los vuestros. Grandes son estos.... La Francia entera tiene los ojos fijos en vosotros. Corresponded noblemente á su esperanza. Cuando por espacio de seis años se han abstenido vuestros predecesores con especial cuidado de toda condenacion política, no será verosímil-

hacia obrar así al príncipe; la abnegacion es hereditaria en su familia. El emperador de los franceses y el rey de Holanda habian en este punto dejado á Luis Napoleon ejemplos que no podia olvidar.

mente con esta con la que querreis comenzar. Un proceso en que se deja ver el estravío, pero no la perversidad de los acusados; un proceso en que la condenacion vendria á infamar menos á los cómplices que al principal autor del atentado; un proceso inficionado desde su orígen por la violacion del gran principio constitucional: *igualdad ante la ley*,.... un proceso semejante, señores, ¡qué triste honor para vosotros si fuese el primero que no terminase con una absolucion!

Yo no tardaré en abandonar esta bella comarca. Dentro de pocos dias habré regresado á París. Yo volveré allí con el corazon penetrado del benévolo interés que aquí se me ha manifestado. Magistratura, administracion, ejército, foro (foro en que he encontrado compañeros que la capital se enorgullecería de poseer en su seno), personajes de todas categorías, de todos matices, de todas convicciones políticas, todos han comprendido mi posicion, por todas partes he recojido preciosos sufragios, mi memoria agradecida no lo olvidará jamás.... ¡Ah! señores jurados, tened, tomad parte tambien en estos gratos recuerdos.... Haced que al lado de ellos no venga á colocarse un amargo y doloroso pesar; haced que todo sea dulce en los pensamientos que frecuentemente consagraré á la Alsacia....

Y tú, mi venerable madre, tú que á los ochenta y dos años has alcanzado dias sin reposo y noches sin sueño, tú que reconvienes á la Providencia por no haberte arrebatado mas pronto de esta tierra en que tu paso se ha señalado con la práctica de todas las virtudes; tú cuyas manos suplicantes, elevadas sin cesar al cielo, reclaman un hijo, tú esperas en mí, ya te veo; tus ojos interrogan á los mios; te oigo gritar: *Parquin, ¿que has hecho de tu hermano?*.... Madre mia, mi buena madre, está tranquila, enjuga tus lágrimas; tu hijo, tu Carlos, te será devuelto por un jurado alsaciano.»

Esta brillante improvisacion y su patética peroracion escitaron en el auditorio una impresion imposible de describir; en el estrado, en el banco de los acusados, en todo el ámbito de la sala los sollozos y las lágrimas revelaban la profunda emocion que todo el mundo sentia. En el momento de terminar Mr. Parquin, el auditorio prorrumpió en prolongados aplausos, y tal fué el efecto producido por el orador, que el presidente ni siquiera intentó contenerlos.

Cerráronse los debates el dia 17 de enero. En el instante que el jurado se levantó para salir de la sala y entrar en la de deliberaciones, estalló un violento tumulto en el centro del auditorio:

—*¡Absolvedlos! ¡absolvedlos!* gritaron muchas voces á un mismo tiempo.

—Gerdarmes, haced salir á los que interrumpen, dijo el presidente.

—Estais perjudicando á los acusados, añadió Parquin con voz conmovida volviéndose hácia el auditorio.

A las once y media se retiró el jurado en medio del movimiento de sorpresa escitado por aquel incidente.

Durante la deliberacion se suscitaron en todos los puntos de la sala animadas y ruidosas conversaciones. Los defensores estaban rodeados de individuos del foro y de personas de todas clases.

Al cabo de veinte minutos, un portero anunció el jurado. El tribunal se constituyó al punto en audiencia, y Mr. Weis de Truchtersheim, presidente del jurado, dijo en medio del mas profundo silencio:

«Ante Dios y ante los hombres, por mi alma y mi concien»cia, la declaracion del jurado sobre todas las cuestiones es: »Los ACUSADOS NO SON CULPABLES.»

E inmediatamente el presidente mandó ponerlos en libertad.

Estrepitosos aplausos resonaron entonces en la sala; el regocijo, el entusiasmo eran universales; los acusados absueltos daban gracias y abrazaban á sus defensores con visible emocion; los individuos del foro y los amigos de los dignos abogados hacian lo mismo y les felicitaban por el bello triunfo que acababa de coronar sus esfuerzos.

La multitud se retiró lentamente de la sala de audiencia para aguardar en el patio la salida de los procesados. Allí volvieron á repetirse los testimonios de satisfaccion. Cerráronse las puertas de entrada de la sala, y la multitud, no obstante, sin dejarse desanimar por el frio, esperó con impaciencia la llegada de los acusados. Su curiosidad quedó frustrada, pues se les habia hecho salir por una puerta de atrás.

Los jurados á su salida fueron saludados con *vivas*. Mucho tiempo despues de concluirse el juicio, un inmenso gentío po-

blaba todavía el patio y las avenidas del local de la audiencia.

La marcha del proceso cuyo resumen acabamos de hacer, nos ha obligado á no ocuparnos mas que de los acusados que comparecieron ante el tribunal de assises del Bajo Rhin, y hemos debido limitarnos á mencionar el nombre de los que fueron bastante afortunados para poder sustraerse á las pesquisas de la policía. La mayor parte de estos fugitivos no tuvieron en la tentativa de Strasburgo, sino un papel secundario, y por ese motivo nos abstendremos de hablar mas de ellos; pero hay uno que debe ocupar particularmente la atencion del lector: queremos hablar de Mr. de Persigny.

En medio de las miserables argucias del acta de acusacion, se lee una frase que caracteriza perfectamente á Mr. de Persigny. La frase es esta: «Consagrado desde largo tiempo á los intereses de Luis Bonaparte, activo, inteligente, hombre de cabeza y de resolucion, poseia mejor que todos el secreto de los resortes en que estribaba la conspiracion.»

Mr. Victor Fialin de Persigny debe ser mirado, en efecto, como el alma de la conspiracion de Strasburgo. Afecto como edecan al príncipe Luis Napoleon, tenia toda la confianza de este. El es quien habia ligado á todos los conjurados para la unidad de accion. El habia dirigido sus primeros ensayos de seduccion á la guarnicion de Besançon; pero habiendo sabido que el coronel Vandrey estaba en relaciones con el príncipe, concentró sus operaciones en Strasburgo y sus cercanías, y trabajó por sacar partido de varios regimientos de la guarnicion. Su celo por la causa bonapartista era infatigable: viajaba sin cesar; se le veia casi á un mismo tiempo en Baden, en Strasburgo, en Nancy, en París, cambiando frecuentemente de nombre y logrando siempre evitar ó engañar el ojo de la policía.

Las relaciones de Mr. de Persigny eran muy extensas; no solo las mantenia con la guarnicion de Strasburgo, sino tambien en Haguenan, en Metz, en Nancy, y hasta en el campo de Compiègne. Pudo por lo tanto haberse comenzado el movimiento en muchos puntos á la vez; pero ya hemos dicho que se habia decidido al fin y con razon reducirse á Strasburgo, cuya guardia nacional acababa de ser disuelta, que contaba con una guarnicion de 8000 hombres, que estaba provisto de una artillería considerable que la posicion del coronel Vandrey iba á

poner á disposicion de los conjurados, y donde finalmente la juventud de las escuelas podia reunirse á la guarnicion en su marcha á París.

Cuando Mr. de Persigny consiguió escapar de los gendarmes que habian ido á arrestarle, alquiló un cuarto en que pasó el resto del dia. Por la noche se marchó á la fonda de la Flor, en la que encontró á Carlos Thèlin, ayuda de cámara del príncipe. Quería aquel constituirse prisionero, á fin de participar de la suerte de su jefe, pero este se lo quitó de la cabeza. Entonces encargó á Thèlin que informase al príncipe de que él no se alejaba de las inmediaciones de Strasburgo y estaría pronto para todo evento. Al dia siguiente pasó el puente de Kehl á favor de un disfraz; pero las persecuciones de la policía badenesa le obligaron á ponerse en salvo en compañia de un criado. Por todos los caminos y en todas direcciones se habia enviado sus señas. Habiendo llegado por la noche á una aldea inmediata á Offenburgo, abrumado de cansancio, se hallaba metido en la cama cuando llegó á prenderle la gendarmería de los alrededores. Otra vez logró escapar; pero fueron cogidos su criado y sus caballos. Errando en seguida á la ventura, trató de ganar las montañas de la Selva Negra, en donde tenia menos que temer las pesquisas de la autoridad badenesa. En fin, despues de fatigas y de esfuerzos inauditos, llegó de noche, sin haber podido tomar alimento alguno, á Baden donde fué recibido en una casa amiga. Allí se mantuvo oculto hasta que supo la suerte del príncipe y con ello se disiparon sus inquietudes. Tranquilizado por esta parte, ganó la Suiza con ayuda de un pasaporte falso; despues de permanecer un mes en Arenenberg, tomó nuevamente el camino de Alemania, siguió la orilla del Rhin y pasó á Inglaterra.

Su primer cuidado al llegar á Londres, fué dar cuenta exacta de los acontecimientos en que acababa de tomar una parte tan activa, y publicó con este objeto un folleto de cincuenta páginas. Gracias á este escrito, la opinion pública, estraviada por las mentirosas narraciones de las autoridades y de los periódicos vendidos, pudo comenzar á ilustrarse y á comprender que la empresa no habia sido tan *loca* como los órganos del gobierno querían hacer creer, y que habia estado en muy poco el buen éxito.

Tal es el hombre que ha consagrado su vida al príncipe Luis Napoleon y á su causa esencialmente popular.

Hemos dejado al príncipe Luis Napoleon en el momento de embarcarse en la fragata *Andrómeda*. Todo el mundo estaba en la persuasion de que se hacia á la vela para Nueva-York; pero el comandante tenia órdenes en pliego cerrado que abrió á los 32 grados de latitud, las cuales le prevenian dirigirse á Rio-Janeiro, retener al príncipe prisionero á bordo de la *Andrómeda* todo el tiempo que permaneciese en rada, y no permitir comunicacion alguna con tierra firme. El comandante tenia órden además de no detenerse en el Brasil mas que el tiempo necesario para abastecerse, y tomar en seguida la ruta para los Estados Unidos. Como la fragata no llevaba comision para Rio-Janeiro, es evidente que esta disposicion que el gobierno no se atrevió á manifestar al darse á la vela, no tuvo otro objeto que imposibilitar al príncipe de deponer antes del proceso en favor de sus compañeros de infortunio.... Pero esta miserable medida á que el gobierno sometia al príncipe, sumergia en inquietudes mortales no solamente á la familia de su enemigo, sino tambien á las de toda la tripulacion, pues se estaba en la conviccion de que la fragata habia salido directamente para los Estados Unidos. Y los cuatro meses que transcurrieron sin recibir noticias, así como las tempestades que asaltaron á la fragata al partir de Lorient, habian dado márgen á siniestros presentimientos. Verdad es que se trataba de intereses personales de la dinastía de julio....

Como quiera que sea, el príncipe llegó á Norfolk el 30 de marzo. Desembarcó de la *Andrómeda* llorando, porque para él equivalia á dejar segunda vez la patria; y el dolor que por esto esperimentaba era mas fuerte que la alegria de recobrar su independencia.

El príncipe escribió una carta pocos dias despues de su llegada á Nueva-York, cuyos siguientes pasajes dan á conocer el pensamiento íntimo de Luis Napoleon acerca de los sucesos de Strasburgo:

....«Ahora os debo una explicacion de los motivos que me impulsaron á obrar. Yo tenia, es verdad, dos líneas de conducta que seguir; la una, que en cierto modo dependia de mí, la otra que dependia de los acontecimientos. Escogiendo la pri-

mera, era yo, como decís muy bien, un medio; esperando á la segunda, yo no era mas que un recurso; con arreglo á mis ideas y á mi conviccion, el primer papel me parece harto preferible al segundo. El buen éxito de mi empresa me ofrecia las ventajas siguientes: Yo hacia por un golpe de mano, en un dia, una obra de diez años; quizá saliendo bien ahorraba yo á la Francia las luchas, la perturbacion, los desórdenes de un trastorno que creo ha de llegar tarde ó temprano.» El espíritu de una revolucion, dice Mr. Thiers, se compone de pasion al objeto y de ódio á los que sirven de obstáculo. «Habiendo arrastrado al pueblo por medio del ejército, habríamos tenido las nobles pasiones sin el ódio; porque el ódio no nace sino de la lucha entre la fuerza física y la fuerza moral. En seguida, mi posicion personal en caso de buen éxito era clara, despejada, y por lo tanto fácil. Yo no debia mi triunfo mas que al pueblo, y no á un partido. Viéndome vencedor, YO DEPONIA DE BUEN GRADO Y SIN ESTAR FORZADO A ELLO MI ESPADA EN EL ARA DE LA PATRIA. Entonces se podia tener fé en mí, pues no era ya solo mi nombre, sino mi persona una garantía.»

Tales eran las ideas de ese príncipe que los partidos enemigos se han complacido en pintar como un botarate, como un loco. Y en efecto, á los ojos de un poder que no se sostenia sino por la *adhesion* de una administracion corruptora y corrompida, debia ser un botarate el hombre que todo lo esperaba del amor y del entusiasmo de los franceses; no podia ser sino un loco, el que quería someter á la SOBERANIA DEL PUEBLO el cuidado de establecer un gobierno de su eleccion.... Pero hoy que ese principio de la omnipotencia popular ha triunfado, se hará justicia á aquel que se ha sacrificado dos veces por la causa del pueblo. Hombre del sufragio universal, el sufragio universal le ha dado ya la recompensa: el pais ha pensado, como Chateaubriand, que el nombre del príncipe «*es el nombre que sienta mejor á las glorias de la Francia*», y si los afortunados de julio intentaron clavar en la roca Tarpeya el nombre del vencido en Strasburgo y en Boloña ¡quién osaría decir que la república de febrero no inscribirá en su capitolio plebeyo el nombre de Luis Napoleon!

El príncipe todavía no habia tomado una determinacion positiva, cuando supo que la salud de la duquesa de Saint-Leu

inspiraba sérias inquietudes á su familia y á sus numerosos amigos. Al punto cesó su irresolucion; corrió á Europa, desembarcó en Londres, en donde la embajada francesa le rehusó un pasaporte, y se puso en camino para Suiza. Volvió á ver á la reina Hortensia el dia 5 de agosto de 1837 y dos meses despues de su regreso á Arenenberg, el 5 de octubre, recibió los últimos suspiros de aquella madre adorada.

Apenas estaban frias las cenizas de la madre, cuando en los primeros dias de abril de 1838, se dieron pasos á efecto de alejar al hijo del territorio suizo. Mr. de Montebello, embajador francés, acudió al directorio federal, quien le respondió que no existia motivo alguno para forzar al príncipe á alejarse, pero que se le trasmitirían las palabras del plenipotenciario.

Esta primera gestion no tuvo resultados. Pero en el mes de junio, uno de los acusados de Strasburgo, el teniente Laity publicó un folleto intitulado: *Relacion histórica de los sucesos del* 30 *de octubre de* 1836. El autor de este escrito fué procesado ante el tribunal de los pares y condenado en 10 de julio á cinco años de detencion y á diez mil francos de multa. Presumiendo el gobierno que Luis Napoleon no era estraño á aquella publicacion, y temiendo la vecindad de un jóven emprendedor, activo, y que continuaba manteniendo relaciones con personas conocidas por su adhesion á la familia imperial, quiso resueltamente obligar al príncipe á salir de Suiza.

¡Y el duque de Montebello, el hijo de Lannes, de aquel digno general del emperador, fué quien tuvo valor para solicitar de las autoridades federales de la Suiza la inmediata espulsion de Luis Napoleon del territorio helvético!... Necesita uno recordar la gloria del general de Napoleon para olvidar la estupidez del embajador de Luis Felipe.... ó mas bien el padre y el hijo pueden servir para pintar dos reinados: Lannes ayudaba al emperador á hacer de la Francia la primera de las naciones; el duque de Montebello servia al egoista que puso al pais á remolque de las potencias de Europa....

A pesar de la intimacion del duque de Montebello, y por mas que en una carta de 14 de agosto obligase Mr. Molé (1) á

(1) Mr. Molé habia sido conde y ministro del imperio, y par de los cien-dias. Verdad es que despues de haber sido sumamente adicto á Luis

su embajador á decir que tenia órden de reclamar sus pasaportes en el caso de que la dieta se negase á la espulsion solicitada; la dieta se apuró muy poco por tales amenazas, y no discutió aquella grave cuestion por primera vez hasta el 3 de setiembre, aplazando luego su deliberacion para el 1.º de octubre, á fin de dar tiempo á los representantes de los cantones para recibir instrucciones especiales de los grandes consejos. En aquella sesion, muchos miembros de la dieta se ocuparon de los títulos que el príncipe tenia á la benevolencia y al apoyo de la Suiza. Independientemente de los que su madre le habia proporcionado, el príncipe era ciudadano de Thurgovia como antes dejamos dicho, y conviene reproducir aquí los documentos que lo acreditan.

«Nos, el presidente y consejo inferior del canton de Thurgovia, declaramos que habiendo la municipalidad de Sallenstein ofrecido el derecho comunal de ciudadanía al príncipe Luis Napoleon en reconocimiento á los beneficios numerosos que habia recibido de la familia de la duquesa de Saint-Leu desde su residencia en Arenenberg, y habiendo despues el gran consejo, por su decision unánime de 14 de abril, sancionado este don de la municipalidad, y decretado *por unanimidad* el derecho de ciudadanía *honoraria* del canton; deseando demostrar cuanto honra el espíritu de generosidad de esta familia, y cuanto aprecia su afecto al canton, declara que el príncipe Luis Napoleon, hijo del duque y de la duquesa de Saint-Leu, *queda reconocido como ciudadano del canton de Thurgovia.*

«En virtud de lo cual, damos la presente acta de ciudadanía, autorizada con nuestra firma y con el sello del Estado.

«*El presidente del consejo inferior,*

«ANDERWET.

«*El secretario de Estado,*

«MOERIKOFER.

«Dado en Frauenfeld á 30 de abril de 1832.»

El príncipe contestó:

Arenenberg 15 de mayo de 1832.

«Señor presidente:

«Con estraordinario placer he recibido el reconocimiento de

Felipe, acaba de hacerse nombrar representante del pueblo en nombre de sus *principios republicanos.*

ciudadanía que el canton ha tenido á bien ofrecerme. Me complazco en que nuevos lazos me unan á un pais que por espacio de diez y seis años nos ha dado una hospitalidad tan benévola.

«Mi posicion de desterrado de mi patria me hace mas apreciable esta muestra de interés de vuestra parte. Creed que en todas las circunstancias de mi vida, *como francés y como Bonaparte*, me enorgulleceré de ser ciudadano de un Estado libre. Mi madre me encarga deciros cuánto le ha conmovido el interés que me manifestais.

«Os ruego, señor presidente, comuniqueis mis sentimientos al consejo.

«Recibid las seguridades de mi perfecta estimacion.

«LUIS-NAPOLEON BONAPARTE.»

El príncipe habia establecido una escuela gratuita en el pueblo de Sallenstein, y contribuido á la creacion de varios otros establecimientos no menos útiles, y hemos visto que era autor de dos obras sobre la Suiza. Cuando en 1834 el gobierno de Berna le nombró capitan de su regimiento de artillería, Luis Napoleon dió las gracias en los siguientes términos:

«Señor presidente:

«Recibo en este momento el diploma en que veo que el consejo ejecutivo de la república de Berna me ha nombrado capitan de artillería. Me apresuro á daros las mas espresivas gracias, pues habeis llenado enteramente mis deseos. Mi patria, ó mas bien el gobierno de la Francia, me rechaza porque soy sobrino de un grande hombre. Vos sois mas justo para conmigo.

«Estoy orgulloso de contarme entre los defensores de un Estado en que *la soberanía del pueblo* es reconocida como base de la constitucion, y en que cada ciudadano está pronto á sacrificarse por la libertad y la independencia de su pais.

«Recibid, señor presidente, la seguridad de mis distinguidos sentimientos.

«LUIS-NAPOLEON BONAPARTE.»

El príncipe era además presidente de la sociedad de los carabineros de Thurgovia; varios colegios electorales le habian nombrado miembro del gran consejo. Así que, los lazos que ligaban á la Suiza con el príncipe fueron reputados por la dieta

bastante numerosos para creer que no debia obtemperar á la arrogancia de la nota de Montebello.

Segun esta nota y la carta de Molé, las quejas del gobierno francés estribaban en dos hechos: Mr. Laity habia venido á París á publicar un folleto culpable, y Arenenberg era un centro de intrigas, un foco permanente de conspiracion.

Seguramente, la cooperacion del príncipe para el folleto de Laity no podia ponerse en duda; pero se trataba, en interés de los que habian contribuido al suceso de Strasburgo, así como tambien en interés de la historia, de restablecer la verdad de todos los hechos.

Este folleto no era, pues, un acto de conspiracion.

En cuanto á la alegacion de ser Arenenberg un centro de intrigas, era una pura mentira.

Por lo demás, el príncipe mismo respondió á esta inculpacion. Hé aquí la carta que dirigió al gran consejo de Thurgovia, la cual fué leida á la asamblea por el diputado Kern, despues de la carta de Molé, y produjo una impresion profunda.

«Señores miembros del gran consejo,

«Si me determino en esta circunstancia á haceros una comunicacion, es para rectificar á vuestros ojos ciertos hechos y para daros una prueba de mi confianza y de mi estimacion.

«He vuelto de América á Suiza, hace un año, con la firme intencion de permanecer ageno á toda especie de intrigas. Mi resolucion no ha cambiado; pero tampoco he pensado jamás en comprar mi reposo á espensas de mi honor. Se me habia calumniado indignamente, se habian desnaturalizado los hechos; y he permitido á un amigo que salga á mi defensa. Hé ahí el único paso político que, con conocimiento mio, ha tenido lugar desde mi regreso. Pero el ministerio francés, para llegar al fin á que convergen sus tendencias, continúa sin cesar en sus falsas alegaciones. Pretende que la casa en que mi madre acaba de morir, y en que vivo casi solo, es un *centro de intrigas*; que lo pruebe, si puede. Por lo que á mí toca, desmiento esta acusacion de la manera mas formal, pues mi firme voluntad es permanecer tranquilo en Thurgovia y evitar todo cuanto pueda perjudicar á las relaciones amistosas de la Francia y de la Suiza. Mas para tener, señores, una nueva prueba de la falsedad de las acusaciones fulminadas contra mí, leed

los artículos recientes de los diarios ministeriales; en ellos veréis que, no contentos con perseguirme hasta en mi retiro, se trata de ponerme en ridículo á los ojos de todo el mundo inventando mentiras absurdas.

«Señores miembros del gran consejo, á vosotros me dirijo; á vosotros con quienes hasta ahora he vivido como amigo y como hermano; á vosotros os corresponde decir á los demás cantones la verdad relativamente á mí.

«La invasion extranjera que en 1815 derrocó al emperador Napoleon, acarreó el destierro de todos los individuos de su familia. Desde 1816 no tenia yo, pues, legalmente patria, cuando en 1832 me dísteis el derecho de ciudadanía del canton. Es el único que yo poseo. El gobierno francés, que mantiene la ley que me considera como muerto civilmente, no tiene necesidad de dirigirse á la Suiza para saber que solo en Thurgovia tengo derechos de ciudadano. Cuando se trata de perseguirme, el gobierno me reconoce como francés: en Strasburgo, decia por boca del procurador general que me miraba como extranjero.

«Señores, me atrevo á decirlo, he mostrado con mi conducta hace cinco años que he sabido apreciar el don que me habeis hecho; y si ahora, con gran pesar mio, constituyo una causa de compromiso para la Suiza, no es á mí á quien hay que echarlo en cara, sino á los que fundándose en aserciones falsas se empeñan en pretensiones contrarias á la justicia y al derecho de gentes.

«Recibid, etc.

«Luis-Napoleon Bonaparte.»

El gran consejo respondió por unanimidad que su diputado Mr. Kern se habia conducido en la dieta como el canton podia desearlo; que la peticion de la Francia era inadmisible, y que en manera alguna estaba probado que fuesen fundadas las quejas del gobierno francés.

No obstante, el gobierno de Luis Felipe hacia avanzar tropas. Encuéntrase la prueba en el siguiente extracto de los periódicos de la época:

«Escriben de Lyon con fecha 26 de setiembre:

«El 3.° de ligeros, el 4.° y el 41 de línea acaban de recibir órden de formar sus batallones de guerra y de estar prontos

para marchar. Los batallones constarán de seiscientos á setecientos hombres; debiendo componerse de los oficiales, subalternos y soldados mas instruidos y robustos.

«Los oficiales de los regimientos que forman sus batallones de guerra han sido reunidos al cuartel general. Los oficiales superiores de los demas cuerpos asistian á la reunion.

«El 41 de línea, que estaba en marcha para las grandes maniobras en el campo, ha recibido órden de volverse á sus cuarteles.

El general Aymard, en una órden del dia al ejército, hace saber que el rey le ha confiado el mando superior de la division que se organiza en los depósitos fronterizos de la Suiza; que los batallones, escuadrones y baterías de guerra de la 5.ª, 6.ª y 7.ª division éstan preparados: que el general Fouché va á hacer salir inmediatamente dos batallones de cada regimiento de su brigada; que dos batallones del 5.º de ligeros van á dirigirse sobre Gex y Ferney; que se organizan baterías de artillería, y que en fin se aguarda á un general en jefe de la artillería de las tres divisiones.

El general añadia que otras tropas estaban en movimiento, y que *«nuestros turbulentos* vecinos conocerían, quizá demasiado tarde, que en lugar de declamaciones y de injurias hubiera valido mas satisfacer á las justas demandas de la Francia.»

Mientras que el ministerio se mostraba determinado á obligar á todo trance al gobierno suizo á pronunciar contra Luis Napoleon un decreto de destierro, los cantones fronterizos corrieron espontáneamente á las armas. Ginebra se dispuso para defender sus muros, y se reunieron veinte mil hombres para oponerse á una invasion francesa.

Pero el príncipe no quiso que su nombre y su persona fuesen motivo de trastorno y una causa de calamidades para el suelo hospitalario en donde habia vivido. Se decidió á salir de la Suiza, y manifestó su determinacion en el siguiente documento, tan lleno de moderacion como de verdadera dignidad:

A S. E. el laudamann Anderwert, presidente del consejo inferior del canton de Thurgovia.

»Señor laudamann:

»Cuando el duque de Montebello dirijió su nota á la dieta,

no quise someterme á las exigencias del gobierno francés; pues me importaba probar, con mi resistencia á alejarme, que yo habia regresado á Suiza sin faltar á compromiso alguno, que yo tenia derecho de residir aquí, y que aquí encontraría proteccion y ayuda.

»La Suiza ha demostrado desde hace un mes, con sus enérgicas protestas, y ahora con las decisiones de los grandes consejos que se han reunido hasta aquí, que estaba pronta á hacer los mayores sacrificios por mantener su dignidad y su derecho. Ella ha sabido hacer su deber como nacion independiente; yo sabré hacer el mio y permanecer fiel á la voz del honor. Se puede perseguirme, pero no envilecerme.

»Habiendo declarado el gobierno francés que la negativa de la dieta á acceder á su exijencia sería la señal de una conflagracion de que la Suiza podría ser víctima, no me queda mas partido que salir de un pais en que mi presencia es motivo de tan injustas pretensiones y sería pretexto de tan grandes desgracias.

»Os suplico, pues, señor laudamann, anuncieis al directorio federal que partiré en el momento que haya obtenido de los embajadores de las diversas potencias los pasaportes que necesito para trasladarme á un paraje en que encuentre un asilo seguro.

»Al abandonar hoy voluntariamente el único pais de Europa en que yo habia encontrado apoyo y proteccion; al alejarme de los lugares tan caros para mí por tantos títulos, espero probar al pueblo suizo que yo era digno de las muestras de estimacion y de afecto que me ha prodigado. Jamás olvidaré la noble conducta de los cantones que se han pronunciado tan valerosamente en favor mio; y sobre todo, el recuerdo de la generosa proteccion que me ha dispensado el canton de Thurgovia, quedará profundamente grabado en mi corazon.

»Espero que esta separacion no será eterna, y que dia vendrá en que yo pueda, sin comprometer los intereses de dos naciones que deben conservarse amigas, volver al asilo en que veinte años de residencia y los derechos adquiridos me habian creado una segunda patria.

»Constituios, señor laudamann, en intérprete de mis sentimientos de gratitud hácia los consejos, y creed que el pensa-

miento de ahorrar disturbios á la Suiza es el único que puede suavizar el dolor que experimento al separarme de ella.

»Recibid la expresion de mi alta estimacion y de mis mas distinguidos sentimientos,

L. N. Bonaparte.»

»Arenenberg, 22 noviembre, 1838.»

A consecuencia de esta carta recibió el príncipe sus pasaportes y partió de Arenenberg, tomando el camino de Constanza para dirigirse desde allí á Francfort, Dusselfort y Rotterdam, en donde se embarcó para Inglaterra. El ministerio Molé juzgó probablemente que Luis Napoleon era menos temible estando entre *nuestros amigos* los ingleses que entre nuestros vecinos de los Alpes. A menos que la fuerza respectiva de las dos naciones permitiese la arrogancia con la Suiza é imperase la cobardía con Inglaterra....

Como quiera que sea, y á pesar de la *cordial intelijencia*, el príncipe, á su arribo á Inglaterra, fué objeto de atenciones y miramientos marcados.

El dia 24 de octubre llegó á Lóndres, y se alojó primero en la fonda de Feuton, cerca de Saint-James, pasando á poco tiempo á otra perteneciente al conde Ripon, en Carlton-House Gardens. Esta casa está situada en uno de los mas hermosos barrios de Lóndres, en una anchurosa plaza rodeada de jardines, entre el parque de Saint-James y la calle del Rejente, y próxima á las bellas sociedades *United-service*, *Athœneum* y *Travellers clubs*, que dan á todo aquel cuartel un aspecto monumental.

No se tardó en obsequiar al príncipe con un banquete en Leamington, y dando cuenta de lo ocurrido en él, decia el *Sun* entre otras lindezas dirigidas al sistema de julio: «Los pasos retrógrados que se han dado en Francia en la carrera de la libertad, deben disgustar al partido liberal del régimen que ha inaugurado, y en tales circunstancias el jóven príncipe pasa á ser un personaje político de la mas alta importancia; las persecuciones mismas con que se le abruma prueban hasta qué punto se le teme.»

En una comida que el club de la marina dió á Luis Napoleon, se tuvo la delicada atencion de ofrecer la presidencia al almirante Fleming, el bravo y digno marino que en 1815, ha-

biendo recibido en Plymouth la órden de conducir al emperador á Santa Elena, respondió al gobierno enviándole su dimision: «Estoy pronto á morir en servicio del rey, pero no quiero concurrir á un acto que deshonra á mi pais.»

Demás de esto, toda la sociedad inglesa le mostraba sus simpatías y le colmaba de obsequios. Y eso no era solo á causa del prestigio anejo á su nombre, sino porque el príncipe reune cualidades que le distinguen y fuerzan á estimarle, al paso que sus maneras perfectas, elevadas, y su trato benévolo exijen respeto al mismo tiempo que inspiran afecto á su persona.

Hé aquí un retrato de Luis Napoleon que todos cuantos le han visto de cerca convienen en reconocer como exacto: «El príncipe, dice el autor de las *Cartas de Lóndres*, tiene una fisonomía agradable, mediana estatura y un aire militar. Une á la distincion de toda su persona la distincion aun mas seductora de sus maneras sencillas, naturales, fáciles y de buen gusto que parecen patrimonio de las razas superiores. Al primer golpe de vista, me ha chocado su semejanza con el príncipe Eugenio y con la emperatriz Josefina, su abuela; pero no he observado igual semejanza con el emperador. Verdad es que no teniendo ni la cara ovalada, ni las mejillas llenas, ni la tez biliosa de su tio, el conjunto de su semblante carece de algunas de las particularidades que se notan en la cabeza del emperador y que bastan para dar á los retratos mas infieles y mas deformes una cierta semejanza con Napoleon. Los bigotes que lleva con una lijera perilla bajo el labio inferior, imprimen por otra parte á su fisonomía un carácter militar de una naturaleza demasiado especial para no perjudicar á su semejanza con su tio. Pero observando atentamente los rasgos esenciales, es decir, los que no dependen de la mayor ó menor robustez y de mas ó menos barba, no se tarda en descubrir que el tipo napoleónico se vé reproducido con sorprendente fidelidad. Se vé, en efecto, la misma frente elevada, ancha y recta; la misma nariz de bellas proporciones y los mismos ojos pardos, aunque de expresion mas dulce; se ven, sobre todo, los mismos contornos y la misma inclinacion de cabeza, de tal suerte propia del carácter napoleónico, que cuando el príncipe se vuelve hace estremecer a un soldado de la antigua guardia; y si el ojo se detiene en el dibujo de estas formas tan correctas, es imposible no percibir, como delante de

la cabeza del emperador, la imponente arrogancia de aquel perfil romano, cuyas líneas tan puras, tan graves, y añadiré tan solemnes, son como el sello de los grandes destinos.

»El carácter distintivo de las facciones del jóven Napoleon es la nobleza y la severidad; y sin embargo, lejos de ser dura su fisonomía, respira al contrario bondad y dulzura. Parece que el tipo materno, que se ha conservado en la parte inferior del rostro, ha venido á correjir la rijidez de las líneas imperiales, como la sangre de los Beauharnais parece haber templado en él la violencia meridional de la sangre napoleónica. Pero lo que mas que todo excita el interés, es aquella indefinible tinta de melancolía y de meditacion esparcida por toda su persona y que revela los nobles sufrimientos del destierro.

»Con arreglo á este retrato, no vaya nadie á representarse un jóven hermoso, uno de esos Adonis de novela que excitan la admiracion de las damas. Nada hay de afeminado en el jóven Napoleon. Los matices sombríos de su fisonomía indican una naturaleza enérgica; su continente firme, su mirada á la vez viva y meditabunda, todo en él demuestra una de esas naturalezas excepcionales, una de esas almas fuertes que se alimentan de la preocupacion de grandes cosas, y que son las únicas capaces de acometerlas.»

El autor de las *Cartas de Lóndres*, pasando á las ocupaciones de Luis Napoleon y al género de vida que llevaba en Lóndres, añade: «El príncipe es un hombre de trabajo y de actividad, severo consigo mismo, induljente con los demás. Desde las seis de la mañana está en su gabinete trabajando hasta las doce, hora de su almuerzo. Despues de este, que nunca dura arriba de diez minutos, lee los periódicos y hace tomar notas de lo que hay de mas importante en las noticias y en la política del dia. A las dos, recibe visitas; á las cuatro, sale á sus negocios particulares; monta á caballo á las cinco y come á las siete; luego ordinariamente encuentra todavía tiempo para trabajar algunas horas durante la noche.

»En cuanto á sus gustos y á sus costumbres, son los de un hombre que no aprecia la vida sino por su lado sério; no conoce el lujo para sí propio. Por la mañana se viste para todo el dia; de toda su casa es el mas sencillamente ataviado, aunque siempre se nota en su porte cierta elegancia militar. Desde

su mas tierna juventud despreciaba los usos de una vida afeminada y desdeñaba las futilidades del lujo. Aun cuando entonces le tenia señalada su madre una suma considerable para sus gastos, era siempre esto la última cosa en que pensaba. Todo aquel dinero se empleaba en actos de beneficencia, en fundar escuelas ó salas de asilo, en extender el círculo de sus estudios, en imprimir sus obras políticas ó militares, como su *Manual de artillería*, ó bien en experimentos científicos. Su manera de vivir ha sido siempre austera y frugal. En Arenemberg era absolutamente militar. Su cuarto, situado no en el palacio sino en un pabellon á uno de los lados, no ofrecia nada de aquel fausto y aquel gusto esquisito que se observaba en la habitacion de la reina Hortensia. Era exactamente la tienda de un soldado. No se veian allí tapices, ni sillones, ni nada de lo que puede enervar el cuerpo, sino libros de ciencias y armas de toda especie. Por lo que hace á él, al despuntar el dia, estaba ya á caballo, y antes que nadie estuviese levantado en el palacio, habia ya corrido algunas leguas cuando se ponia á trabajar en su gabinete. Habituado á los ejercicios militares, ginete de los mas diestros, no pasaban muchos dias sin dedicarse á algunos ejercicios como el del sable y la lanza á caballo, y el manejo de las armas de infantería, que ejecutaba con una habilidad y rapidez estraordinarias.»

En Lóndres fué donde el príncipe publicó aquel libro de las *Ideas napoleónicas* que todo el mundo ha leido y que se tradujo á diferentes lenguas. El efecto que esta obra produjo fué prodijioso: solo en Francia se vendieron mas de diez mil ejemplares.

Rodeado Luis Napoleon de sinceros amigos, se complacia en que estos le halagasen con la esperanza del próximo término de un penoso destierro. Todos los franceses que visitaban á Lóndres solicitaban el honor de verle, y él los recibia con aquel agasajo, con aquella alegria que constituyen el único goce del proscripto.

Cuando el motin del 12 de mayo condujo á Barbés y á los amigos de este ante el tribunal de los Pares, se insinuó que el príncipe no era estraño á aquel suceso. Al punto que tuvo semejante noticia, dirijió al *Times* la carta siguiente:

«Muy señor mio: Veo con sentimiento por vuestra correspondencia de París, que se quiere echar sobre mí la responsabilidad de la reciente insurreccion. Cuento con vuestro favor para

refutar esta insinuacion de la manera mas formal. La noticia de las sangrientas escenas que han tenido lugar me ha sorprendido y me ha afligido á la vez. Si yo fuese el alma de una conjuracion sería tambien su jefe en el dia del peligro, y no lo negaría despues de una derrota.

Recibid, etc.

«LUIS NAPOLEON BONAPARTE.»

El *Sun* decia hablando de esta carta: «Esta declaracion del jóven príncipe ha venido á tiempo útil, pues corrian rumores en París el miércoles, de que entre los papeles recojidos y depositados en el archivo de la cámara de los Pares, se encontraban ciertos documentos que tendian á mezclar su nombre en la insurreccion. No ha entrado sin duda en la mollera de ese *bobo diplomático* (1) llamado duque de Montebello, durante su administracion interina de negocios extranjeros, hacer una nueva edicion de la conjuracion de Suiza, á fin de tener un pretesto para solicitar la espulsion del príncipe Luis de nuestro territorio. El duque de Montebello es capaz, sin duda alguna, de cometer mil absurdos, pero con todo no creemos que pueda llegar hasta cometer uno tan monstruoso.»

Una circunstancia inesperada vino á cambiar su posicion y á colocarle en una disposicion particular de espíritu, en una tendencia de accion cuyos efectos debian dejarse sentir un poco mas tarde.

En 12 de mayo de 1840, presentó el ministro de lo Interior á la cámara de los diputados un proyecto de ley pidiendo *un crédito especial de un millon para la traslacion de los restos mortales de Napoleon á la iglesia de los inválidos, y para la construccion de su sepulcro.*

Nombróse para examinar la proposicion una comision compuesta del general Schneider, de Las Casas padre, el mariscal Clauzel, el general Subervie, el coronel Bacot, Mathieu de la Redorte, los generales Durrieu y Bachelet y finalmente Salvandy.

El 23 de mayo dió cuenta el mariscal Clauzel del dictámen y propuso en nombre de la comision elevar el crédito á dos millones, y la ereccion de una estátua ecuestre del emperador. (Bueno

(1) Diplomatic mad.

será notar que el general Subervie fué quien hizo que la comision adoptase la proposicion relativamente á la estátua).

Aunque Mr. Thiers aprobó la proposicion, fué esta desechada por la cámara, la cual adoptó el proyecto del gobierno.

Esta singular decision de la cámara dió lugar á vivas y mordaces críticas; y mientras el *Mensagero* convidaba al pueblo francés *á levantarse en masa para solemnizar los funerales imperiales*, varios otros periódicos, entre ellos el *Constitucional*, el *Tiempo*, el *Comercio*, el *Siglo* abrian *una suscricion nacional para los honores que se habian de tributar á la memoria del emperador Napoleon*.

Por su parte el conde de Survilliers anunciaba al mariscal Clauzel que ponia á su disposicion para el mismo objeto un millon.

Pero pronto á estos arranques de los ministros, de los diputados y de la prensa, sucedieron los chismes y las pequeñeces. El *Correo Francés* y el *Siglo* publicaron en 1.° de junio una carta de Mr. Odilon Barrot que tendia á provocar la supresion de la suscricion, atendido, decia la carta, *que el gobierno tiene voluntad y medios de satisfacer plenamente á los deseos del pais*. Por mas que esta carta pareciese incomprensible, no por eso dejó de producir el efecto que se propusieron los que comprometieron sin duda á Mr. Barrot, pues la suscricion quedó paralizada.

En el ínterin, se habia entablado una correspondencia entre el conde de Survilliers y el general Bertrand. Este último habia escrito al ex-rey José el 9 de mayo y á fin de conformarse á los deseos del príncipe: *las armas de Napoleon se entregarán al gobernador de los inválidos*. El ex-rey José, al enviar al mariscal Moncey copia de su correspondencia con el general, le habia dicho: «Ya comprendeis, mi querido general, vos á quien el emperador se complacia en llamar el caballero sin miedo y sin tacha, el sentimiento que me impide hacer en otras manos que en las vuestras este acto de donacion al pueblo francés (1).»

Sin embargo, no se tardó en saber que cediendo á exijencias incalificables, el general Bertrand habia entregado en 4 de junio al rey Luis Felipe las armas de Napoleon. Alzóse súbitamente un grito de reprobacion contra él, y conociendo la necesidad de jus-

(1) Carta de 26 de mayo.

tificarse, escribió al ex-rey José que Luis Felipe le habia declarado que ni él ni sus ministros consentirían jamás en que se entregasen las armas *á los inválidos en nombre de la familia del emperador* (1).

Desde el 6 de junio protestó el ex-rey José contra la injuria hecha á su familia, y tres dias despues envió Luis Napoleon al *Times* la carta siguiente:

Protesta del príncipe Luis Napoleon.

«Londres 9 de junio, 1840.

»Me adhiero en el fondo de mi alma á la protesta de mi tio José. El general Bertrand, entregando las armas del jefe de mi familia al rey Luis Felice, ha sido víctima de una deplorable ilusion. La espada de Austerlitz no debe estar en manos enemigas; es menester que todavía pueda blandirse en el dia del peligro para la gloria de la Francia. Prívesenos de nuestra patria; reténganse nuestros bienes; no se muestren generosos sino con los muertos: nosotros sabemos sufrir sin quejarnos en tanto que nuestro honor no sea atacado; pero privar á los herederos del emperador de la única herencia que la suerte les ha dejado; dar á un afortunado de Waterloo las armas del vencido, es hacer traicion á los deberes mas sagrados; es forzar á los oprimidos á que digan un dia á los opresores: «Restituidnos lo que nos habeis usurpado (2).»

«LUIS NAPOLEON.»

El año 1840 debia ser señalado en la vida del príncipe Luis Napoleon.

Un sordo rumor circulaba en París el dia 6 de agosto. Hablábase de un grave acontecimiento de que habia sido teatro Bou-

(1) Respecto á esto, ha pretendido el *Diario del Comercio* que el rey habia expresado así su negativa: «Un Borbon nada tiene que recibir de un Bonaparte.» Pero ¿á qué proposito habia de hablar Luis Felipe de esta manera? ¿Acaso le ha ofrecido nunca cosa alguna la familia imperial? En esta ocasion, las armas se ofrecieron no á un hombre sino a una nacion. Luis Felipe no podia equivocarse tanto.

(2) Publicada en 18 junio 1840 esta protesta por el *Correo Francés*, fué reproducida el 19 en la *Cotidiana*, y ocupa tambien un lugar en una coleccion dada á luz en París en 1830 con el título de: *Noticias históricas sobre el emperador y su familia.*

logne-Sur-Mer. Se trataba nada menos que de un desembarco á mano armada que, segun decian, habia efectuado el sobrino del emperador Napoleon, acompañado de un corto número de partidarios. Añadíase que esta tentativa, reproduccion de la de Strasburgo, se habia frustrado de la misma manera, y que los conjurados habian caido casi en su totalidad en manos de las autoridades locales.

Esperábase por tanto con impaciencia los diarios ministeriales de la tarde que debian, ó á lo menos asi se pensaba, disipar todas las incertidumbres. Salieron estos, pero guardaban silencio acerca del acontecimiento que de tal suerte habia preocupado los ánimos. Estaba ya todo el mundo dispuesto á considerar el hecho como una noticia falsa propagada adrede por especuladores interesados en obrar un movimiento en la negociacion de los efectos públicos. No obstante, se supo á poco tiempo que el ministerio habia enviado á los periódicos de la tarde dos partes telegráficos; que estos partes confirmaban el rumor que habia corrido; que á punto de ver la luz pública, se habia roto la forma, y los cajistas y empleados de los dos periódicos habian recibido órden de guardar el mas absoluto secreto sobre el contenido de la comunicacion del gobierno y hasta sobre su existencia.

Al dia siguiente, insertaba el *Monitor* estos dos partes telegráficos:

«Boloña 6 agosto á las ocho y media de la mañana.

»*El subprefecto al señor ministro de lo Interior.*

«Luis Bonaparte acaba de hacer una tentativa sobre Boloña. Se le persigue, y ya han sido aprehendidos algunos de los suyos.»

«Boloña 6 de agosto á las 9 y 3|4.

«*El subprefecto al señor ministro de lo Interior.*

«Luis Bonaparte ha sido arrestado. Acaba de llevársele al castillo, en donde quedará bien custodiado.

«La conducta de la poblacion, de la guardia nacional y de la tropa de línea ha sido admirable.»

Esta publicacion fué seguida sucesivamente de dos partes del subprefecto, de partes del corregidor, del teniente del puerto, de Mr. Col-Puigellier, capitan de una de las compañías del 42 de línea de guarnicion en Boloña, del comandante de pla-

za, y del prefecto del departamento del Paso de Calais; de un extracto del interrogatorio sufrido por el capitan del paquebot que habia desembarcado á los insurgentes; de decretos y proclamas del príncipe Luis Napoleon, y de proclamas del subprefecto y del corregidor de Boloña.

Inutil es consignar aquí el texto de los documentos suministrados por las autoridades, y que dieron del suceso de Boloña la mas falsa idea. Intentaremos solo trazar la historia de esta conjuracion tan mal apreciada hasta aquí, y sobre la cual hemos podido recoger datos positivos que la presentan bajo su verdadero punto de vista.

Examinemos primeramente cuál fué la conducta anterior del príncipe, qué fué lo que le indujo á tentar un golpe de mano sobre Boloña, y qué planes habian sido acordados para lograr los fines que se habia propuesto.

Apenas el príncipe habia puesto el pie en territorio inglés, comenzaron á circular respecto á él los rumores mas ridículos y mas necios, pero tambien los mas odiosos.

Se soltó la rienda á la calumnia.

Se representó á Luis Napoleon como un *dandy*, como un *sportman*, ocupado enteramente en intrigas pueriles y en carreras de caballos. Era un *leon*, un jóven á la moda, la flor y nata del Jockey's-Club.... Y no se paró en esto. Con ocasion de un torneo dado en Eglinton, y en que tomaron parte los mejores caballeros de los Tres Reinos, se hizo del príncipe una especie de D. Quijote; y los papeles ministeriales ribetearon este tema con una larga série de chanzas pesadas, que debieron ser pagadas espléndidamente, á juzgar por su abundancia.

No es dificil comprender la tendencia de estas burlas calumniosas. Presentando al príncipe como un hombre dado á los placeres, se le rebajaba en el concepto público bajo el punto de vista político: esperábase que ningun partido pensaría ya en tomar por jefe ó por aliado á aquel, á quien se esforzaban por crear una reputacion de locura y de frivolidad.

Mas despues de haber tratado de despojar al príncipe de su importancia personal y de su verdadero valor á los ojos de los hombres políticos, se intentó perderle en el espíritu y en el corazon del pueblo. El lápiz vino á ayudar á la pluma en aquella obra miserable, y salió una caricatura en que se pintaba al prín-

cipe empuñando el baston de *constable*. Esto era ocultar un pensamiento odiosamente pérfido bajo la apariencia de un simple dibujo burlesco. Porque sabido es que todo cuanto de cerca ó de lejos concierne á la policía es profundamente antipático á las clases populares, y el pueblo no hace diferencia entre un constable inglés y un esbirro francés.

Error deplorable, que nos proponemos combatir, siquiera sea de paso.

La institucion de los constables en Inglaterra es perfectamente idéntica á la de la guardia nacional en Francia. Todo habitante que posee, es constable en Lóndres, como es guardia nacional en París, como puede ser guardia cívico en Bruselas. La única desemejanza que hay, es que en Inglaterra se os dá un *baston*, mientras os arman de un *fusil* en Francia y en Bélgica. Hay, pues, tanta necedad y mala fé en criticar á un francés por ser constable, como habria entre nosotros en mofarse de un extranjero que forme parte de nuestra milicia ciudadana. Estos cuerpos no difieren sino en el nombre; son semejantes en cuanto á su carácter, que es la *democracia*, y en cuanto á su objeto, que es la *defensa del órden*. Es menester decir, ademas, que es falso que á Luis Napoleon se le haya visto jamás con el baston de constable. Ha figurado como propietario en las listas de constables, pero nunca ha hecho servicio.

Veamos ahora hasta qué punto eran fundadas las demas imputaciones.

En tanto que circulaban estos mil cuentos mentirosos y absurdos sobre su vida y sus costumbres, proseguia el príncipe con la confianza de un corazon leal y la perseverancia de una alma enérgica, el empeño á que se habia consagrado enteramente; el de derrocar un poder que se proponia ahogar los grandes sentimientos y los gloriosos instintos de la Francia bajo una vasta red de villanías indignas, de vergonzosas paradojas, y de corrupciones infames, que despues de haber invadido el cuerpo electoral, no debian ya encontrar barrera en parte alguna.... ni aun en el umbral de la cámara de los Pares.

El príncipe tenia presentes en su memoria aquellas palabras de Armand Carrel: «Las obras de Luis Napoleon Bonaparte anuncian una cabeza fuerte y un carácter noble; el nombre que lleva es el mas grande de los modernos tiempos, y el úni-

co que puede escitar fuertemente el interés del pueblo francés. Si él sabe comprender los nuevos intereses de la Francia, puede ser llamado á representar un gran papel.»

Para llegar á desempeñar este papel, habia mantenido el príncipe, desde su llegada á Londres, numerosas relaciones con la Francia. Eran continuadas sus correspondencias con las guarniciones de nuestras ciudades mas fuertes, y no tardó en saber que buen número de regimientos estaban dispuestos á declararse por él.

No es dudoso tampoco que el príncipe se proporcionó inteligencias secretas fuera del ejército. No pocos empleados de administracion le eran adictos, y no le faltaban amigos en la magistratura y en los dos cuerpos colegisladores. En cuanto á los republicanos, presentándose Luis Napoleon en nombre del principio democrático, claro es que se hubiesen unido á su causa. Las palabras de Carrel que hemos mencionado arriba son bajo este respecto muy significativas.

Quedaba la gente de los campos. Pero recorramos nuestras provincias, introduzcámonos en cada cabaña, interroguemos á sus habitantes, la respuesta será pronta y perentoria. El retrato del emperador pende en todas las paredes; su nombre está en todos los corazones....

Un hecho reciente habia probado ademas la inmensa popularidad del nombre de Napoleon. La proposicion hecha el 12 de mayo de 1840 para traer á Francia las cenizas del gran capitan, habia sido acogida por la cámara de diputados con un grito de entusiasmo y de alegría que eran el eco del pais.

Así, pues, el príncipe no vaciló. Fortalecido con aquel grito de amor á su familia que revelaba una reprobacion universal de la dinastía reinante, resolvió tentar fortuna por segunda vez.

Combinóse un plan.

Consistia este en desembarcar por la noche en las costas de Boloña, llevarse sin ruido las compañías de infantería que se hallaban de guarnicion en aquel punto, dirigirse inmediatamente á la parte alta de la ciudad, apoderarse del castillo, donde habia almacenados de doce á quince mil fusiles que se destinaban al pueblo, al cual se haría un llamamiento. Así que la poblacion estuviese armada, se calculaba dirigirse rápidamente á

las grandes plazas del Norte, en donde el príncipe estaba seguro de ser bien acogido y secundado.

Una vez dueño de estas plazas, y por consiguiente de una gran parte del ejército, la conjuracion tomaba proporciones colosales y el triunfo era fijo. Porque á la noticia de la empresa, los grandes centros de poblacion, tales como París, Lyon, etc., se hubieran levantado, bien á la voz de los republicanos, bien á escitacion de los amigos del príncipe. Las guarniciones de estas grandes ciudades, apenas suficientes para comprimir el movimiento popular, no hubieran podido ser enviadas al encuentro de los conjurados y oponerse á su marcha. La monarquía de julio hubiera caido como cayó en febrero, sin ser sostenida ni echada de menos por nadie. Unicamente hubiera tenido la ventaja de ahorrarse el desprecio que han acumulado los siete años últimos de su reinado.

Cuando se tuvo arreglado el plan, se deliberó acerca de los medios de ejecucion. La primera condicion para el buen éxito era llegar de noche á Boloña á fin de hacer mas fácil una sorpresa. El príncipe hizo sondear las costas de Boloña, y supo que en la época de la mas alta marea el fondeadero de Wimereux tenia bastante agua para admitir un barco de vapor.

Se determinó, pues, que el desembarque se verificaría en la noche del 4 al 5 de agosto, época del año en que la marea es mas alta. Debe notarse este punto, porque un retardo sobrevenido en el viaje, fué la primera causa, como va á verse, del mal éxito de la tentativa.

Faltaba ocuparse de los medios de transporte. Un respetable negociante de Lóndres fué encargado de arreglar con la *Compañía comercial de paquetes de vapor* de Lóndres un contrato para el fletamento de un buque. Quedó en efecto ajustado el *Edinburg-Castle*.

Entre tanto, las personas que debian tomar parte en la espedicion se habian dirigido por puntos diferentes para evitar sospechas. El 4 de agosto salió el *Edinburg-Castle* en direccion á Francia. Se recibieron algunos pasajeros en Greenwich, en Blakwal y en Gravesend, en donde se echó el ancla y se esperó hasta las cinco de la tarde, á fin de llegar de noche á las costas de Francia.

Pero ocurrió un desgraciado contratiempo al proseguir la

marcha. En Margate estaban las aguas tan bajas que el vapor tocó tierra y no pudo continuar su ruta; fué menester permanecer allí hasta las tres de la madrugada. Por fin, el barco salió del Támesis y se encaminó hácia Francia.

Como no se pudo ya pensar en desembarcar aquel dia se pasó todo en el mar. Primero se costeó la Inglaterra hasta Bye; desde allí se dirigió la proa hácia Dieppe, engañando de este modo á los que no estaban iniciados en el proyecto del príncipe, y dejando creer que aquella ciudad era el punto de su destino. Pronto, no obstante, hubo que volver hácia las costas de la Gran Bretaña, á fin de ganar tiempo y esperar la hora conveniente para volver á tomar la ruta.

La mar que hasta entonces habia estado agitada, se calmó. Aprovechando el príncipe aquel momento reunió á todo el mundo sobre cubierta y pronunció esta alocucion:

«Amigos mios, he concebido un proyecto que no podia confiaros á todos; porque en las grandes empresas, solo el secreto puede asegurar el resultado. Compañeros, á Francia es donde vamos.—Allí encontraremos amigos poderosos y decididos. El único obstáculo que se ha de vencer es Boloña; una vez tomado este punto, nuestro triunfo es seguro; numerosos auxiliares nos aguardan, y si soy secundado como se me ha dado motivo de esperar, tan cierto como el sol nos alumbra, dentro de pocos dias estaremos en París, y la historia dirá que con un puñado de valientes como vosotros es con lo que se ha dado cima á tan grande y gloriosa empresa.»

Gritos unánimes de *viva la Francia*, *viva la libertad* y *viva Napoleon*, contestaron á aquellas palábras del príncipe. Desde entonces, todo el mundo no se ocupó de otra cosa que del objeto de la expedicion.

A cosa de las seis de la tarde, se encontraron á la altura de Deal; el príncipe dió órden de distribuir efectos de vestir y armamentos encerrados en cajas, cuyo contenido nadie hasta aquel momento habia sospechado. Cada cual se puso su uniforme.

Cerrada la noche se llevó el rumbo hácia el cabo Glineo; y á las once, estando la mar baja, se echó el ancla á poca distancia de la costa de Francia, aguardando el momento fijado para el desembarque.

Sin embargo, el obstáculo encontrado en la punta de Margate fué una verdadera desgracia, pues habia hecho perder veinte y cuatro horas, y en vez de llegar á vista de Wimereux en la noche del 4 al 5, se llegaba en la noche del 5 al 6. De aquí resultó que no se pudo aprovechar aquella alta marea con que se contaba, y que no pudiendo el barco de vapor aproximarse bastante á tierra por falta de fondo, hubo necesidad de desembarcar los hombres de la expedicion en pequeños grupos con ayuda de la chalupa. Esta operacion exigió muchos viajes; las horas se pasaron; y en lugar de obrar una sorpresa sobre Boloña por la noche, se iban á presentar allí con la luz del sol.

En fin, hízose el desembarco, y el capitan del *Edinburg-Castle*, Mister Crowe, recibió órden de entrar en el puerto de Boloña cuando viese en el muelle una señal convenida.

Desde Wimereux, Luis Napoleon y sus compañeros, á quienes se habian agregado cinco ó seis personas venidas de la ciudad á una señal convenida, se encaminaron hácia Boloña siguiendo la costa, mientras el paquebot se acercaba al puerto y se colocaba á poca distancia del muelle en espectativa de los acontecimientos. El príncipe marchando á la cabeza de la columna, iba seguido del general Montholon, los coroneles Voisin, Laborde y Bouffet-Montauban, el jefe de escuadron Parquin, el comandante Mesonan, y MM. de Persigny, Bataille, Ornano, Orsi, Forestier y una cincuentena de otros oficiales y soldados. Estos últimos llevaban el uniforme del 40 de línea, de guarnicion en Calais.

La tropa, con bandera á su cabeza, llegó sin obstáculo alrededor de las cinco, hasta la caserna ocupada por dos compañías del 42 de línea. El teniente Aladenize, perteneciente á este regimiento, habia precedido á Luis Napoleon en la caserna. Habiendo hecho bajar á los soldados, los tenia formados en batalla.

No tardó en llegar el príncipe, y mientras uno de sus compañeros llamado Lombard, venia con una bandera que terminaba con el águila, á colocarse en medio de los soldados, respondieron estos á una alocucion de Luis Napoleon con los gritos mil veces repetidos de *viva la libertad*, *viva el príncipe Napoleon*.

Esta acogida prometia mejores resultados que los que debian obtenerse.

Mientras que el príncipe se disponia á salir de la caserna con las dos compañías que se habia atraido, el capitan comandante Mr. Col-Puigellier, avisado de lo que pasaba por un subalterno, llegó acompañado de los tenientes De Maussion y Ragon. El capitan que llevaba el sable en la mano fué rodeado por los amigos del príncipe que le suplicaban dejase obrar á los soldados, y procuraban atraerle tambien á su partido.

En esto tuvo lugar una escena que ha dado márgen á muchas calumnias y cuya verdad vamos á procurar esclarecer.

Mr. de Persigny, como es bien sabido, era el partidario mas acérrimo de la causa del príncipe. Viendo que un solo hombre iba á desbaratar esta empresa, se dejó llevar de una exaltacion muy natural en semejante ocasion, y se lanzó contra Mr. Col-Puigellier amenazándole con su bayoneta y gritándole que se defendiese. Uno ú otro de aquellos dos hombres iba á quedar allí sin vida, cuando el teniente Aladenize, precipitándose entre ambos, cubrió con su cuerpo á Mr. Col-Puigellier, y declaró que respondia de su vida.

Al propio tiempo, una parte de los soldados obedecia la voz del capitan Col-Puigellier, en tanto que los demas cercaban la bandera rematada en el águila y gritaban, ¡*viva el emperador*! La confusion estaba en su colmo y parecia inminente una colision funesta.

En medio de aquella tempestad, y mientras el príncipe se esforzaba con la voz y el gesto en hacer entender que quería evitar la efusion de sangre, se le disparó una pistola que tenia en la mano sin que se hubiese dado al tiro direccion alguna; pero desgraciadamente la bala fué á dar en la boca á uno de los soldados (1).

No convenia ya contar, á lo menos por el momento, con aquellas dos compañías, y era prudente retirarse; así lo hizo el prín-

(1) Fué este un accidente harto involuntario, y causó al príncipe una verdadera pesadumbre. Necesaria ha sido una cruel malevolencia para encontrar en ello un carácter de criminalidad. Aparte de que el príncipe comprometia sus intereses tirando advertidamente contra los soldados, le era materialmente imposible, en el momento de dispararse el arma, hacer puntería á objeto determinado.

cipe á estas palabras de Mr. Col-Puigellier: «Retiraos, dijo el capitan á los conjurados, y os prometo no perseguiros.»

Mas de doscientos hombres del pueblo estaban agolpados delante del cuartel, y pedian armas gritando: ¡*Al ayuntamiento*! —Luis Napoleon y su escolta se dirigieron á la carrera hácia la alta ciudad, distribuyendo por el camino proclamas al pueblo y al ejército. Pero Mr. Col-Puigellier habia hecho prevenir al comandante de la plaza; el príncipe halló cerradas las puertas, y el pueblo que le habia seguido se esforzó en vano por hacerlas pedazos á pedradas.

Durante este tiempo, se tocaba á generala en la baja ciudad. La tropa, la gendarmería, los aduaneros, la guardia nacional estaban reunidos. Se habia esparcido el absurdo rumor de que los ingleses, guiados por Luis Napoleon, querían apoderarse de la ciudad; esto fué un motivo de exasperacion para unos y un pretesto de crueldad para otros.

No ignoraba el príncipe estas amenazadoras disposiciones. Conjurábanle sus amigos á que salvase su libertad y tal vez su vida, pero él respondió:—Yo no puedo aguantar mas el destierro; quiero morir aquí.—Despues, instado de nuevo, exclamó: «¡Marchemos á la columna!»

Al llegar al pié de la columna, pidió Luis Napoleon la llave la cual no quisieron darle en un principio; pero habiendo un soldado enseñado una pistola, se obtuvo la llave, y cinco hombres á cuya cabeza iba Lombard subieron á lo alto y enarbolaron la bandera del príncipe.

Habia entonces alrededor de los conjurados trescientas personas lo menos, que segun refiere un periódico democrático del Paso de Calais, no cesaban de manifestar la mas viva simpatía. «Los gritos de ¡viva Napoleon! ¡viva la libertad! añade aquel diario, pronunciados al pié de la columna; las lágrimas de algunos soldados veteranos; la desesperacion de un jóven príncipe aferrándose al pié de la columna para hacerse matar allí, y resistiéndose á todas las súplicas, á todas las ofertas de salvacion de sus amigos y de los hombres del pueblo, darán siempre á esta malograda tentativa un color lúgubre, pero interesante y terrible.—Yo soy un desterrado, esclamaba el príncipe en su desesperacion, ¡y quiero morir en tierra francesa. Quiero permanecer aquí y hacerme clavar en la columna por bayonetas francesas.»

Mientras tenia lugar esta aflictiva escena, el pueblo clamaba por armas. Un panadero, dirijiéndose á Mr. de Persigny, le dijo:—«¿Pero cómo os habeis venido aquí sin armas? Si nosotros tuviéramos fusiles y municiones, todavía podia arreglarse el negocio.

—En el castillo hay 15.000 fusiles, contestó Mr. de Persigny. Contábamos con habernos apoderado de ellos y distribuirlos.

—¡Ah! repuso el valiente panadero. Y despues de haber hablado un instante con los que le rodeaban, se aproximó al príncipe y le rogó se volviese al mar.—Retiraos, dijo, tratad de meteros otra vez en el barco; pero no os alejeis del fondeadero y aguardad los acontecimientos.... Nosotros veremos de procurarnos los fusiles del castillo, y una vez dueños de este punto, nosotros os daremos aviso y desembarcareis de nuevo para poneros á nuestra cabeza.

Y concluyó con *vivas* que fueron repetidos por la muchedumbre.»

Entonces, el príncipe y sus amigos se determinaron á volver al mar á través de los campos. En aquel trecho, se desbandaron varios, tirando entre los trigos y la maleza sus armas y uniformes; pero la mayor parte seguian á Luis Napoleon y no se le apartaban un instante.

Los que se separaron fueron cojidos los primeros. Seis de estos fueron arrestados cerca del puerto: el general Montholon y el coronel Parquin se habian rendido á Mr. Bergeret, comisario de policía, y á un capitan de la guardia nacional, quienes los condujeron al castillo.

El príncipe llegó á la playa, á algunos centenares de pasos del establecimiento de los baños, y esperaba todavía guarecerse en el paquebot. Pero era demasiado tarde, pues las autoridades al momento que tuvieron noticia del desembarco de los conjurados, habian dado órden al capitan Pollet y al maestre del puerto Mr. Cary, de apoderarse del barco de vapor y hacerle entrar en el puerto. Estos señores desempeñaron al pié de la letra su comision (1). Y en el momento en que el príncipe apareció en la playa, el paquebot daba vuelta al muelle.

(1) La conducta de Mister Crowe, capitan del vapor, ha dado lugar á graves inculpaciones. Un periódico inglés hace sobre este particular las reflexiones siguientes: «M. Crowe, dice, se ha conducido de una manera que pro-

Entre tanto divisando los conjurados la lancha de salvamento de la *Sociedad humana*, se apoderaron de ella. Pero no habia apariencia de que pudiesen escapar todos, porque la lancha era demasiado pequeña para contenerlos, y por otra parte el capitan Pollet y algunos marinos avanzaban para cortarles la retirada. Aunque no habia la menor probabilidad de que pudiesen huir, los guardias nacionales que acudieron á la playa comenzaron entonces á tirar contra unos hombres que estaban incapacitados de oponer resistencia alguna. «No se podia menos, dice á este propósito el periódico del Paso de Calais que antes hemos citado, de admirar en aquel triste momento la adhesion de aquellos infelices, que á cada disparo se arrojaban sobre su jefe para cubrirle con sus cuerpos.» De resultas de este fuego de fusilería quedaron heridos varios de la comitiva del príncipe y muerto uno de ellos.

Todos aquellos desventurados iban á ahogarse infaliblemente: por fortuna la lancha de la *Sociedad humana* volvió á bogar montada por tres individuos de la sociedad, y maniobró con tal acierto en combinacion con otro barco, que todos se salvaron á escepcion de un oficial superior llamado Mr. Dunin, el cual se ahogó.

Estos hechos están confirmados por un corresponsal del *Nacional*, cuya narracion es tanto mas digna de interés, cuanto que provocó el mal humor de las autoridades locales, y un mentis al que el *Nacional* dió esta enérgica respuesta:

.....«El puñado de hombres que mandaba Luis Bonaparte no hizo movimiento alguno hostil á vista de aquella tropa armada: recibió, sin responder, varios tiros que se dispararon de lejos; pero al punto que los gendarmes se pusieron á cargar, el príncipe

voca singulares conjeturas. Luis Napoleon, al desembarcar, habia dado la órden de que el vapor esperase en la costa la señal convenida. El capitan echó el ancla y la volvió á levantar. Si se hubiera dirijido á Douvres, hubieran sido inútiles las pesquisas. Cuando vió que Luis Napoleon bregaba en el agua, le envió una chalupa: pero por poca actividad que hubiese desplegado la tripulacion todos se hubieran salvado. En vez de acercarse á la costa para recojer al príncipe, el capitan permaneció tranquilo al ancla, y se dejó apresar por una lancha montada por las autoridades municipales. Esto es inesplicable. Los debates permitirán sin duda apreciar tan estraordinaria conducta. Luis Napoleon hubiera podido salvarse si el capitan hubiera sido digno del nombre inglés.»

y sus compañeros buscaron su salvacion en la fuga. Luis Bonaparte y siete de sus amigos bajaron precipitadamente las rocas escarpadas para ganar la costa; pero ningun medio de retirada se habia previsto; el buque que los habia traido estaba anclado bastante lejos de la rada, y ni una embarcacion se habia hecho á la mar. Una docena de guardias nacionales se hallaban en el muelle; pero al ver á ocho hombres que debian suponer determinados, armados de fusiles y pistolas, no osaron avanzar.

»A esta sazon los fugitivos se habian apoderado de la lancha de salvamento que estaba en la playa, y tirando sus armas, se precipitaron en aquel frágil esquife que no podia salvarlos. En este momento fué cuando los guardias nacionales, viéndolos desarmados, se adelantaron. Uno de ellos se encontró pronto cerca de uno de los edecanes de Luis Bonaparte que tenia ya un pié en la barca; y aquel guardia nacional, dando dos pasos atrás, apuntó al desgraciado y le mató á boca de jarro (era Mr. Faure que en la tropa de Luis Napoleon llevaba el título de sub-intendente militar) (1). El peso del cadáver, al caer, hizo zozobrar la lancha ya demasiado cargada, y los que iban dentro cayeron al mar. Tuvo entonces lugar una escena espantosa. Los guardias nacionales se reunieron y acribillaron á balazos (2) á aquellos hombres desarmados que con agua hasta la cintura se hallaban á quince pasos de la playa, sin esperanza de salvacion, haciendo de aquella manera, como lo oí decir á uno de ellos, *una caza de patos*. La mayor parte hacian cara, y se distinguia á uno de aquellos desventurados que mientras llovian balas á su

(1) En la *Quotidienne* de 16 y 17 de agosto de 1840 se leen los siguientes pormenores estractados del *Sun*: «El infeliz que fué muerto en Boloña no habia amenazado á la guardia nacional con una pistola; no hizo resistencia alguna. La bala le hirió por detrás de la cabeza. No hacía un segundo que habia caido, cuando un muchacho de doce años se apoderó de su reloj de oro y de su bolsillo. El guardia nacional que le mató se adelantó entonces, y el muchacho le entregó ambos objetos, mediante una moneda de cinco francos. No se puede dar una idea de la irritante brutalidad con que fueron tratados los restos de aquel infortunado. Agolpábanse las gentes alrededor de los heridos y ahogados, por curiosidad mas que por humanidad; hubiérase creido que presenciaban el espectáculo mas interesante: ha habido hartos motivos de sonrojo para un pueblo civilizado.

(2) El príncipe sufrió el golpe de una bala fria, y otros dos balazos en su vestido: el coronel Voisin fué herido por tres balas; el intendente Galvani por cuatro, una de las cuales le atravesó el brazo derecho.

alrededor, descubria su pecho y parecia desafiarlas. La marea iba subiendo; Luis Bonaparte hacia infructuosos esfuerzos por alejarse de la orilla, al mismo tiempo que se oian los gritos de *socorro* que exhalaba uno de sus compañeros que habia perdido pie.

«Por fin cesó el fuego: los fugitivos volvieron á tierra y fueron llevados presos á las oficinas de la aduana. El príncipe y otro personaje, cubiertos con capas, montaron con el prefecto y el corregidor en una góndola destinada al transporte de los bañistas, y se les condujo al castillo. Un hombre fué sacado ahogado.

«Esta última escena os parecerá grave y dolorosa; se han cometido actos de crueldad contra aquellos insensatos que estaban desarmados; y muchos ciudadanos que estaban en el muelle, entre los cuales me hallaba yo, manifestaban á gritos la indignacion que sentian. En este momento se encuentran cuarenta y siete presos en poder de la autoridad. Todos, en el momento de su arresto, parecian mas fatigados que desanimados. Esta fatiga se explica fácilmente recordando que aquellos hombres han pasado cerca de 40 horas en el mar en un estado de sobreescitacion probable, y que casi todos estaban indispuestos de resultas de la travesía.

«Luis Bonaparte habia prohibido espresamente á sus compañeros hacer fuego; no se quemó ni un solo cebete.»

Nada se ha respondido á la carta del *Nacional.*

El príncipe y la mayor parte de sus consortes, arrestados unos tras otros, fueron conducidos y sentados en el libro de entradas del castillo: despues, Mr. Bergeret, comisario de policía, recibió la órden de efectuar la aprehension del barco de vapor *Edinburgh-Castle*, que habia transportado á Luis Napoleon y los suyos. Este buque fué objeto de una minuciosa pesquisa. Suponíase que contenia muchas armas y municiones de guerra; pero solo se encontraron cinco espadas, dos sables, tres pistolas, un baston de estoque y tres clases de botones fabricados en Lóndres.

Inmediatamente que el gobierno recibió noticia del suceso de Boloña, mandó órden de trasladar á Luis Napoleon al fuerte de Ham, y de tener incomunicado á cada uno de los presos (1).

(1) Fueron arrestadas unas 60 personas, pero á la mayor parte se les pu-

Despues, temiendo que el jurado pronunciase un veredicto de absolucion, como el de Strasburgo, se sometió el asunto al tribunal de los Pares que en 6 de octubre de 1840 pronunció las siguientes condenas: 1.º Al príncipe Carlos-Luis-Napoleon Bonaparte á prision perpetua en una fortaleza situada dentro del territorio continental del reino: 2.º á Juan Bautista Carlos Aladenize á la pena de deportacion; á Carlos Tristan, conde de Montholon, á Dionisio Carlos Parquin, á Julio Bartolome Lombard, Juan Gilberto Victor Fialin de Persigny, á veinte años de detencion cada uno; 3.º á Severino Luis Le Duff de Mesonan á quince años de detencion; á Juan Bautista Voisin, á Juan Bautista Teodoro Forestier, á Napoleon Ornano, á diez años de detencion; á Hipolito Francisco Athal Sebastian Bouffet-Montauban, á Marcial Eugenio Bataille, á José Orsi, á cinco años de detencion; 4.º á Enrique Conneau á cinco años de prision, y á Esteban Laborde á dos años de igual pena.

Cuatro acusados salieron absueltos, que fueron Próspero Alejandro llamado *Desjardins*, Mateo Galvani, Alfredo d'Almbert, y Pedro Francisco Bure.

No hemos podido hacer una reseña de las defensas hechas por los abogados por la falta de espacio. Demas de que, siendo la causa una misma, hubiera habido que reproducir los mismos medios de defensa empleados ante el jurado de Strasburgo, y la naturaleza de nuestra publicacion nos exije evitar repeticiones. Terminaremos, pues, con dos palabras acerca de la evasion del príncipe.

Mas de seis años hacia que Luis Napoleon estaba encerrado en Ham. Habiendo sabido que su padre se hallaba muy malo y deseaba verle, pidió al rey autorizacion para trasladarse al lado del enfermo, comprometiéndose bajo su palabra de honor de volver á constituirse en prision. Esta autorizacion le fué negada y entonces le ocurrió la idea de evasion. Hé aqui como ha referido el doctor Conneau esta fuga, ante el tribunal correccional de

so en libertad antes del juicio. La acusacion se sostuvo solamente contra Carlos-Luis Bonaparte, el general Montholon, el coronel Voisin, Le Duff de Mesonan, Parquin, Bouffet-Montauban, Laborde, Lombard, Conneau, Fialin de Persigny, D'Almbert, Orsi, Alejandro llamado *Desjardins*, Galvani, Ornano, Forestier, Bataille, Aladenize, Bachon, Burc, y de Querelles (ausente).

Perona que le condenó á tres meses de prision por haber ayudado al príncipe en su proyecto:

El 14 ó 15 de mayo me dijo el príncipe: «Conneau, estoy decidido á salir de aquí.» Hícele las objeciones que me sugerían mi adhesion y mi amistad, pero todas las destruyó.

El 25 de mayo, á las cinco, estábamos levantados; los operarios que se ocupaban en hacer algunas reparaciones fueron llegando; á las seis y media el príncipe se vistió, se afeitó el bigote y las patillas y se puso un disfraz que le hacia desconocido, y le daba las apariencias de un trabajador. Thelin convidó á los otros á beber aguardiente en el comedor. El príncipe bajó la escalera: yo me puse á la ventana, y ví á los carceleros en la puerta de golpe. Tuve idea de tocar la campanilla en el cuarto del general Montholon para llamarlos; pero me ocurrió que comprometería al general. Entré en el corredor de la puerta y ví allí al príncipe. No pude menos de decirle: «Príncipe, no temais.» Yo mismo no le hubiera conocido. Echó andar. Los trabajadores llegaron al mismo instante; uno de ellos me saludó, vió al príncipe por detrás, y no le conoció. Yo estaba a la ventana.... temblé un instante cuando el príncipe pasó delante del centinela, quien me pareció dudar un poco. Por fin, llegó el príncipe á la cantina.... Allí habia un teniente de la guarnicion; afortunadamente leia una carta. De repente veo salir de la bóveda de entrada, frente al príncipe, al guardia de ingenieros, Mr. Leclère. Tuve un espanto terrible. Leclère que venia á trabajar todos los dias al pabellon, podia reconocer al príncipe. Felizmente aquellos dos señores estaban ocupados en leer papeles que tenian en la mano. Toda la guardia vió pasar al supuesto trabajador; el tambor le miró particularmente y con aire burlon. Yo no puedo decir si el príncipe se descubrió á la puerta de la guardia; pero el subalterno y el sargento de planton abrieron la puerta del castillo.

Cuando el príncipe hubo salido, tomé todas las medidas para que su evasion fuese advertida lo mas tarde posible. A las nueve el comandante mandó á preguntar si el príncipe estaba visible; yo respondí que no, que estaba malo. Despues, temiendo que el comandante volviese mas tarde, bajé á verle y le dije que el príncipe acababa de tomar una medicina. Al cabo de un rato envié á un demandadero llamado Delaplace á buscar aceite de ricino.

A las doce ó la una, vino de nuevo el comandante. Díjele que el príncipe estaba descansando; él me ofreció su criado en ausencias de Thelin, y le dí las gracias. Cuando el cuarto estuvo arreglado, Delaplace salió por la puerta del gabinete que daba al corredor; yo habia cerrado la puerta que daba al interior del cuarto. Entonces fué cuando con la esperanza de engañar al comandante hasta la mañana del dia siguiente, hice un maniquí con una capa que habia en el gabinete del príncipe, y le formé la cabeza á la que até el pañuelo que se ataba él habitualmente por las noches. Pero esta precaucion no produjo los resultados que yo deseaba. Cuando el comandante volvió por tercera vez, á cosa de las siete de la tarde, mostraba un aire inquieto, y me dijo: «No se ha visto al príncipe en todo el dia. Si está malo, poned el parte. Yo quiero ver al príncipe.» Yo entonces fuí á su alcoba, me aproximé á la cama y volví diciendo al comandante: «El príncipe duerme, y no me ha respondido.» El comandante sentado en la sala no cesaba de mirar á la cama, y me dijo:» ¿Cómo? ¿Thelin no ha vuelto todavía? todas las diligencias de San Quintin han llegado ya.—Ha tomado un cabriolé, le respondí.»

El comandante parecia cada vez mas inquieto. Dejóse oir el tambor. «Ese ruido va á dispertar al príncipe, dijo el comandante; creo que ya se revuelve en la cama.» Acercóse entonces al maniquí y me dijo en voz baja: «Me parece que no le oigo respirar.» Yo puse el dedo en la boca como quien dice: Dejadle dormir. El comandante fuera de sí, puso entonces la mano en la cama y advirtió que lo que en ella habia no era mas que un maniqui. —«¡Se ha fugado!—Si señor, esta mañana á las siete.»

Así se escapó el príncipe de poder de sus carceleros. La Francia aplaudió aquella evasion como habia aplaudido el fallo de Strasburgo. Por lo que á nosotros toca, creemos haber llenado un deber, rectificando unos hechos desnaturalizados hasta la presente, y poniendo á nuestros conciudadanos en estado de conocer al hombre que, como ha dicho Carrel, «puede ser llamado á hacer gran papel en nuestra historia.»

FRANCISCO ZUELA.

ODIO HEREDITARIO; ASESINATO; DOBLE SUICIDIO.

Si las fechas no viniesen á mostrar lo contrario, creeríase que los hechos que siguen pertenecen á alguna sombría historia de la edad media; y al recorrer el lúgubre drama que va á desarrollarse ante sus ojos, mas de una vez tendrán nuestros lectores en sus lábios los nombres de los Capuletos y Monteagudos; mas de una vez tambien estas tristes aventuras les traerán á la memoria los trágicos amores del Cid y doña Jimena.

Y sin embargo el proceso de que vamos á dar cuenta es muy reciente; y sus causas así como su desenlace, constituyen á estas horas el asunto de todas las conversaciones en la gran ciudad napolitana como igualmente en toda la Calabria.

I.

Dos familias nobles, los Zuelas y los Morelis, se aborrecían de tiempo inmemorial. Alternativamente sorda ó abierta, la pugna nunca habia cesado entre ellas; únicamente, con los cambios de costumbres, habia sufrido transformaciones; y cuando los caballeros, abandonando por fin sus almenadas torres y las rocas inaccesibles, bajaron á las ciudades y dejaron la celada y la cota de malla para adoptar el birrete y la ropilla, el ódio implacable de los Zuelas y Morelis bajó con ellos tambien. No hubo alteracion mas que en las armas con que se combatieron. A la

lanza y á la espada sustituyó la pluma; los tribunales de justicia fueron el palenque en que volvieron á venir á las manos, y creció todavía su animosidad, merced á los fraudes de los procedimientos y al abuso de ciertas formas judiciales.

En el momento en que comienza el drama que vamos á referir, las dos familias enemigas tenian por jefes, la una á Francisco Zuela, y la otra á Luis Moreli. Este último era casado y padre de una jóven encantadora; el otro, soltero todavía, habia confiado la direccion de su casa á una hermana de edad ya adelantada, y de la cual jamás se habia separado.

Los Zuelas y los Morelis habitaban en la ciudad de Misura en la Calabria, y siendo la misma su posicion social, no podian dejar de encontrarse. A cada encuentro se lanzaban palabras agrias y mordaces; nuevos venenos derramados en llagas siempre abiertas.

Una noche, se hallaban las dos familias en casa del señor Breccini. Zuela jugaba al ecarté, y Moreli estaba arrimado á su silla, conversando con otras personas.

En un principio Moreli, no puso atencion en el juego; pero, poco á poco sus ojos siguieron maquinalmente las cartas. Zuela estaba de malísimo naipe y no hacia mas que perder.

Sabidas son las ideas supersticiosas que se meten en la cabeza á los jugadores con mala suerte. Al volverse Zuela, habia visto á Moreli y al punto atribuyó sus pérdidas á la presencia de su enemigo.

—Moreli, basta que esteis aquí para que me vaya pésimamente, le dijo con aspereza.

—¿De veras? respondió Moreli en tono burlon.

—Sí, replicó Zuela. Y me hareis un favor mudando de sitio.

Como cualquiera conoce, Moreli no hizo caso alguno de aquella insinuacion. Presentábase una ocasion de contrariar á su enemigo, y no quiso desperdiciarla; en lugar de alejarse se apoyó con afectacion en el respaldo de la silla que ocupaba Zuela, á quien miró sin responder, con aire desdeñoso.

Este desdén aumentó el mal humor de Zuela, el cual dijo con voz colérica.

—Por lo visto estais sordo, señor Moreli.... He tenido el honor de manifestaros que vuestra proximidad me era incómoda.... .....Me estais estorbando.... aqui como en todas partes.

—¡Pardiez! dijo Moreli con risa fisgona, si mi proximidad os importuna, podeis consolaros con que segun espero, lo mismo será de aqui á veinte años.... por lo menos.

—¡Lo creeis así! repuso Zuela cuya sangre empezaba á calentarse.

Y mirando entonces fijamente á su adversario, añadió en tono amenazador:

—¿Y si yo encontrase medio de acortar ese plazo?

—¡Probadlo! señor Zuela, respondió el otro á manera de desafío.

—Probaré, dijo friamente Zuela. Probaré, y ¡ay de vos!

Moreli iba á contestar á esta amenaza, y Dios sabe el fin que hubiera tenido la disputa, si las personas que allí estaban no se hubieran interpuesto, quedando en tal estado las cosas por aquella noche.

Unicamente los que hubiesen reparado las miradas que se lanzaron los adversarios al separarse, hubieran comprendido que aquel altercado debia tener funestas consecuencias.

II.

Al dia siguiente de su encuentro en casa del señor Breccini, es decir el 15 de junio del año pasado, don Luis Moreli se dirijia á caballo á sus tierras de Moncenis situadas á dos leguas de la ciudad. El camino, á cuyos lados se veian paredes bajas, y que rodeaba un bosque de aloes, serpenteaba por la pendiente de una colina. En aquella época del año, y á aquella hora del dia (eran las doce) ningun ser humano se encuentra en aquellos parajes abrasados por los ardores del sol, y solo el agudo canto de la cigarra interrumpia el silencio de la naturaleza.

Absorbido en sus reflexiones, oprimido por un calor sofocante, Moreli dejaba flotar las riendas de su cabalgadura que caminaba lentamente. El oir pronunciar su nombre, le sacó repentinamente de su meditacion. Alzó la cabeza y vió delante de él á algunos pasos de distancia á un hombre de luenga y poblada barba, de aspecto feroz, y con un sombrero puntiagudo adornado de plumas.

Aquel hombre, colocado detrás de la pared, apuntaba al cami-

nante con un arma de fuego. Moreli era valiente, y su primer pensamiento fué echar mano á la carabina sin la que ningun calabrés se aventura á salir al campo. Pero al momento gritaron varias voces á la vez.

—¡Abajo la carabina! decia uno.

—¡No hagais fuego inútilmente! añadia otro.

—¡Nosotros somos diez! gritaba un tercero.

Y como para confirmar estas palabras, salieron de detrás de los aloes y de las piedras, una docena de bandidos, armados de pies á cabeza, y cercaron al viajero.

Este echó una ojeada sobre los forajidos, y deliberó algunos segundos acerca de si haría bien en descargar de pronto su carabina, volver las riendas y buscar su salvacion en la fuga, pero antes de que hubiese tenido tiempo de tomar un partido, el jefe de la banda escaló la pared, se echó su carabina á la espalda y se apoderó de las riendas del caballo que montaba Moreli.

—Sed razonable, señor Moreli, le dijo; apeáos, dejad vuestra arma y no tengais miedo. Somos *galanti uomini.*

Moreli comprendió que la fuga era imposible, y que la obediencia era allí una obligacion. Cedió, pues, á las órdenes de los bandidos.

—Te conozco mucho, dijo al jefe.

—No es facil, dijo este en tono zumbon.

—Te llamas Valentin, replicó Moreli, y te han puesto el sobrenombre de *Monocolo* (1) por el defecto que tienes.

—¡Pues, voto á sanes, que es verdad! esclamó Monocolo con el mismo aire truhanesco.

—Estabas ya hace algunos años preso en la cárcel de Misura, de resultas de un robo á mano armada, continuó Moreli.

—Puesto que me conoceis tan perfectamente, dijo Monocolo con gravedad, debeis saber que un hombre como yo es demasiado soberbio para negar lo que ha hecho.

Moreli no respondió; pero volviéndose hácia el bandido le dirijió la palabra diciéndole:

—Y tu eres Marco Domolo, condenado á trabajos forzados perpetuos por.....

—Basta de cháchara, caballero, interrumpió bruscamente Mo-

(1) Tuerto.

nocolo. Aquí no sois juez (1); y nosotros no estamos ahora en un tribunal.... Si no quereis seguirnos por buenas, nos valdremos de la fuerza.

—Yo os seguiré á donde querais, dijo Moreli. Pero respondedme á una pregunta si os acomoda.

—Me acomoda, dijo el jefe de los bandidos. Hablad.

—Es Francisco Zuela quien os paga este servicio ¿no es verdad?

—¡Diantre! esclamó Monocolo, habeis conocido el pájaro por el canto. A fé mia, que sois todo un buen cazador.

—¿Con que ha sido él? repitió Moreli. ¿No respondes?

—El ha sido, dijo con gravedad Monocolo.

—¿Y qué suma os ha ofrecido por mi captura? preguntó Moreli.

—Poca cosa.... ¡Una miseria!

—¿Cuánto?

—¡Lástima dá decirlo! se ha estimado vuestra captura en doscientos ducados.... Verdad es que no valeis un *quaterno* mas, si os he de hablar con franqueza.

—Pues bien, esclamó Moreli, yo os ofrezco un doble por mi libertad.

Esta proposicion escitó un murmullo de indignacion y dió lugar á palabras amenazadoras contra su autor por parte de todos los de la cuadrilla. Pero Monocolo impuso silencio á aquella gente, y dijo á Moreli con una espresion de dignidad asaz estraña en semejante miserable.

—Lo que acabais de decir huele á tribunal de justicia, *signor*; y os olvidais de que somos hombres incapaces de faltar á la palabra dada. No hablemos mas, y dejaos vendar los ojos.

No habia nada que replicar á esto. Moreli dejó que hiciesen con él lo que quisieran; y cuando tuvo los ojos vendados, dos de los bandidos le agarraron cada uno de un brazo y se lo llevaron, seguidos de los demas compañeros.

Despues de haber subido penosamente por espacio de una hora y media, la pequeña caravana llegó al fin al lugar de su destino.

(1) Moreli habia sido síndico de la ciudad de Misura, y Monocolo hacia alusion á aquel cargo, ejercido en otro tiempo por su interlocutor.

Era una caverna espaciosa. Cuando quitaron la venda á Moreli, vió este con estupor mujeres, niñas y niños, plantificados alrededor de una brillante hoguera, sobre la cual pendia un inmenso caldero. En el fondo de aquella cueva dormian casi ocultos detrás de un monton de hojas secas otra media docena de bandidos.

Mientras las mujeres y niños miraban al prisionero con una curiosidad estúpida, un viejo macilento, huesudo, pero de fisonomía dura y vigorosa corpulencia, salió de un ángulo en que tenia su cama, y se aproximó á Moreli haciendo saludos.

—Parece que no tengo el honor de que su señoría me conozca.

—En efecto, contestó Moreli. No os conozco.

—Pues no será porque mi nombre no es bien conocido por estas tierras, repuso el viejo.

Y despues de un instante de silencio, añadió con un singular acento de orgullo rencoroso y terrible:

—¿Quién hay entre Nápoles y Reggio que ignore el nombre de *Trenta-Tré?*

Seguramente Moreli no era ninguna damisela, y no tenia nervios muy delicados. Pero al oir pronunciar el nombre de Trenta-Tré, y al sentir su mano apretada por la mano de hierro del bandido no pudo contener un profundo estremecimiento y sus facciones se contrajeron súbitamente.

No era de estrañar este espanto: Trenta-Tré era el bandido mas cruel y mas temido de los Abruzos, y debia su nombre á treinta y tres asesinatos cometidos con circunstancias atroces.

El forajido advirtió el efecto que acababa de producir, quedando por ello muy lisonjeado su amor propio. Mas quiso tranquilizar á su prisionero.

—No temais, señor Moreli, le dijo. No se os hará mal alguno sin necesidad.... Disponed de mí, de los mios y de todos los objetos que aquí veis: sois el amo en *mi casa.*

III.

Hay en el carácter del bandido napolitano una inconcebible mezcla de grosería y de delicadeza, de bajeza y de amor propio. Allá en su pensamiento, el oficio que ejerce, lejos de envolver

infamia, no es mas que una guerra honrosa que el oprimido hace al opresor, una lucha enérgica y legítima de la miseria contra la opulencia. Su conviccion sobre este punto le conduce á afectar apariencias caballerescas; si despoja al rico, se muestra constantemente generoso con el pobre, y siempre hospitalario con sus prisioneros. En fin, como lo dice él mismo, es ladron y asesino, pero sin dejar de ser *galant uomo*.

Así, desde que estuvo en poder de ellos, Moreli se vió rodeado de las mas delicadas atenciones, de los cuidados mas esmerados, del respeto mas profundo. Hubiérasele tomado por un monarca visitando á sus vasallos; y con tal que no hablara de escaparse, podia apetecerlo todo: sus menores deseos hubieran sido satisfechos.

Ciertamente, entre las clases mas cultas de nuestra sociedad no se hubiera visto una observancia mas estricta de los miramientos debidos, pues aquellos hombres, conociendo bien que su presencia no podia menos de ser penosa para su prisionero, le abandonaron la caverna, y dejando solamente dos hombres para guardar las salidas esteriores, se fueron á una pradera á alguna distancia á celebrar con libaciones y danzas el buen éxito de su empresa.

El prisionero quedó solo. Inclinó su cabeza entre sus manos, y reflexionó dolorosamente sobre su situacion. Su pensamiento se dirigió á su mujer y á su hija a quienes amaba hasta la adoracion.

—Ya no las volveré á ver, decia él entre sí. No hay que pensar en corromper á Trenta-Trè ni á los suyos.... Y menos todavía en escapar de Zuela.... Porque si él estuviese en mi lugar y yo en el suyo.... haría yo lo que él hará....: no saldria vivo de esta cueva....

Algunas horas, que debieron parecerle siglos, habian transcurrido desde su llegada á la gruta, cuando un hombre embozado en una capa y cubierta la cabeza con un ancho sombrero, se paró delante de él con los brazos cruzados y los ojos centelleantes: era, como se deja adivinar, Francisco Zuela.

Moreli alzó la cabeza, lanzó á su enemigo una mirada llena de un ódio desdeñoso, luego se puso á mirar con aire indiferente algunos tizones que ardian todavía en el fogon, y que arrojaban tristes y vacilantes resplandores sobre aquellos dos hom-

bres que, frente á frente uno de otro, buscaban en su imaginacion las palabras que pudiesen pintar mejor el ódio implacable y furioso que mútuamente se profesaban.

Zuela debia ser, y fué en efecto, quien rompió primero el silencio.

—Estais en mi poder, Moreli, le dijo. La hora que toda mi vida he estado deseando, ha llegado por fin.... Puedo arrancaros el alma y reducir á polvo vuestra persona. Puedo hacerlo, y lo haré.

—No os creo, contestó Moreli con desden. Es menester algun valor para osar deshacerse de un hombre.... y vos no sois mas que un cobarde.

—Una injuria se perdona á los vencidos, dijo irónicamente Zuela. Pero no afecteis olvidar que soy dueño de vuestra vida.... Una palabra mas y Trenta-Trè podrá llamarse *Trenta-Quatro*....

—¡Sin duda! respondió Moreli. Y eso prueba solo una cosa.... y es que me habeis tomado la delantera.

—Es decir, insinuó Zuela, que si yo fuera vuestro prisionero....

—No viviríais una hora, interrumpió Moreli.

Zuela hizo un brusco movimiento de cólera; pero se contuvo y prosiguió friamente.

—Escuchadme bien, Moreli. No estamos aquí para echarnos bravatas ridículas y para regañar como chicos corajudos. Me consta que sois valiente, y vos no podeis tampoco poner en duda mi valor. Hablemos, pues, como hombres, si quereis.

—Corriente. Ya os escucho.

—Pues bien,.... hé aquí lo que tengo que deciros. Nosotros nos detestamos uno á otro de todo corazon.... hasta la muerte ¿no es verdad?

—Así es.

—No podemos vivir juntos, y uno de nosotros ha de ceder el lugar al otro ¿no es verdad?

—Asi mismo es.

—Nos entendemos admirablemente, continuó Zuela. Y puesto que os mostrais tan razonable, quiero recompensaros. ¿Convendreis, Moreli, en que vuestra vida está en mis manos?

—Convenido.

—Pues bien, os perdono la vida.

—Os comprendo, Zuela.... ¿Tendríais á dicha dejarme vivir con la humillante idea de que debo la vida á vuestra generosidad?

—Lo habeis adivinado, Moreli. Pero no es ese el único suplicio que quiero imponeros.

—¡De veras! dijo Moreli. Pues difícil es inventar otro mas cruel.

—Si consiento en daros libertad, es á condicion de que me cedais vuestras tierras de Moncenis.

A esta insultante propuesta, subió la sangre al rostro de Moreli, y abrió la boca para responder con otra injuria equivalente; pero Zuela exclamó sin darle tiempo:

—Callad, y escuchad hasta el fin; despues respondereis..... Digo, pues, que me cedereis vuestras tierras de Moncenis por medio de una venta figurada ante el tribunal. Al mismo tiempo vendereis vuestras propiedades de Misura. Y en seguida, abandonareis el pais, jurándome bajo palabra de honor no volver á presentaros en él.... Ahora, contestad. ¿Os acomodan estas condiciones?

Por toda respuesta, Moreli echó á su adversario una mirada de aversion y de desprecio, y una amarga sonrisa se dibujó en su semblante pálido y contraido por la rabia.

Zuela comprendió muy bien el pensamiento de Moreli.

—Ya esperaba yo vuestra negativa, le dijo. Pero de aquí a una semana, pensareis de otra manera. Por eso os doy ese plazo para reflexionar. Con que, señor Moreli, hasta dentro de ocho dias.

Y Zuela se marchó dichas estas palabras, dejando á su enemigo entregado á crueles presentimientos.

IV.

Tres dias hacia que Moreli habia desaparecido, y á pesar de infinitas diligencias, ninguna noticia suya habia llegado á su familia, cuya consternacion crecia de hora en hora. Porque su esposa sabia el ódio hereditario que existia entre la familia de su marido y la de Zuela; la habian ademas informado de que se habia suscitado una disputa entre los dos últimos jefes de aquellas familias, y no podia ella ignorar á quién debia la des-

aparicion de su esposo. Fácil le hubiera sido, de consiguiente, designar á las autoridades el culpable; pero conocia demasiado las costumbres napolitanas para no comprender que una queja suya á la justicia sería la señal de la muerte del prisionero, cuya salvacion pendia únicamente de la voluntad de Zuela.

Por esta razon, aunque no abrigaba esperanza alguna de ablandar al enemigo de los Morelis, creyó no obstante que debia por lo menos hacer una tentativa. No atreviéndose sin embargo á presentarse á Zuela, resolvió dirigirse primeramente á la hermana de este.

Vistióse un traje de luto é hizo vestir á su hija otro traje semejante, y hecho esto, se encaminaron ambas á la habitacion de Zuela y penetraron en el cuarto de Marina, á cuyas rodillas se echaron llorando.

Marina Zuela participaba de los sentimientos hostiles de su hermano contra los Morelis, y su primer pensamiento fué de triunfo al ver á aquellas dos mujeres á sus pies implorando de ella misericordia. Pero pronto la naturaleza tierna y bondadosa de la mujer se sobrepuso, y la compasion sustituyó al ódio en el corazon de Marina; conmoviéronle las lágrimas y el dolor de las infelices que venian á pedirle, la una por un esposo, la otra por un padre.

—Levantaos, dijo con emocion.... hablad. ¿Qué motivo tan poderoso puede conduciros en ademan suplicante á presencia de una hija de los Zuelas?

Pero las dos mujeres sollozaban sin poder articular otras palabras que estas:

—¡Gracia! ¡misericordia!

—¿Pero gracia de qué? preguntó Marina esforzándose por infundir aliento á la señora de Moreli. Decidme al menos en qué puedo seros útil.

—¡Ah! dijo la esposa de Moreli señalando á su hija, interceded por su padre á quien tiene prisionero vuestro hermano. En nombre de los dolores de la Madona ¡haced que mi hija no se vea huérfana.... salvad á mi marido de la muerte!

Marina, que habia estado presente á la disputa de su hermano y de Moreli, comprendió con estas palabras la relacion que podia existir entre aquella disputa y la desaparicion miste-

riosa del enemigo de su familia. Con todo, no podia creer la culpabilidad de Zuela.

—Señora, dijo con voz trémula, habeis concebido una sospecha horrible..... Yo podria comprender que mi hermano hubiese dado muerte á Moreli en un desafio.... pero entonces lo hubiese confesado en alta voz.

—¡Ay! replicó la señora de Moreli, vos no sabeis á qué estravíos puede arrastrar á los hombres el ódio. Por piedad, señora, preguntad á Zuela.

—Lo haré como deseais, dijo la escelente Marina. Aguardadme un instante. Voy ahora mismo á ver á mi hermano.... Es menester que venga á justificarse á vuestra presencia.... él se lo debe á sí propio, se lo debe á vos y á mí.

Dichas estas palabras, Marina salió del cuarto; mas cuando volvió pocos minutos despues, cubria su rostro una palidez mortal, y no tuvo fuerzas para pronunciar una palabra. La señora de Moreli y su hija adivinaron que eran perdidas todas sus esperanzas, y se deshicieron en lágrimas. Marina lloró con ellas; pero no osó decirles que esperasen.

Y es que ella misma desesperaba. Pues su hermano la habia recibido con palabras duras, vituperando su intervencion en favor de una familia que se habia mostrado siempre enemiga de los Zuelas. Verdad es que habia negado rotundamente tener parte alguna en la desaparicion de Moreli; mas su resistencia á repetir esta declaracion ante las dos angustiadas mujeres, habia sido para Marina una prueba del crímen de su hermano.

Una hora se pasó, durante la cual no se oyó en el cuarto de Marina otro ruido que el de los sollozos que exhalaban las tres mujeres. De repente se levantó Marina, cojió de la mano á la señora de Moreli y se la llevó á otra pieza.

A poco tiempo volvieron ambas al lado de la señorita de Moreli.

—Violante, la dijo su madre, solo tú eres quien puede salvar á tu padre.

—¡Yo! dijo la jóven con sorpresa ¿Y cómo?

—La señora Marina vá á decírtelo, hija mia; escúchala, y piensa en que debes la vida á tu padre.... Es para tí un deber sacrificársela.

—Estoy pronta á dar mi vida por aquel á quien se la debo, dijo Violante; hablad.

Marina meditó un instante, y luego comenzó de esta manera:

—No teneis mas que diez y ocho años, Violante, y sin embargo hace ya cuatro que mi hermano os ama....

—¡Me ama! dijo Violante con voz turbada. ¿Estais segura?

—Tan segura como de la bondad de Dios, replicó Marina. Su pasion por vos es de la que no puede prescindir.... Y si nunca os ha hablado de ella; si en las fiestas en donde os habeis encontrado, no os ha dirijido nunca la palabra.... es porque yo le he dicho mil veces que vos le teniais toda la aversion de los Morelis á los Zuelas.

Mientras así hablaba Marina, Violante resbalando de la silla en que estaba sentada, se habia dejado caer de rodillas. Cuando Marina concluyó de hablar, la jóven juntó sus manos, levantó los ojos al cielo y murmuró con voz débil:

—¡Señor! ¡Señor! ¡es posible!

—¡Ah! dijo la señora de Moreli. Ya me lo temia: la pobre niña no podrá resolverse á una union semejante.... Ese matrimonio será su muerte.

—No, madre mia, dijo Violante con dulzura, antes bien será mi vida.

—Sí, respondió la señora de Moreli con amargura: será tu vida...... una vida de sufrimiento, de abnegacion, de pesares, de dolores.... será.....

—Os equivocais, mi querida madre, interrumpió Violante. Será una vida de alegría y de felicidad.

—¡Qué dice! esclamaron á la vez Marina y la de Moreli.

—Digo, contestó Violante, que si Francisco Zuela me ama hace cuatro años, hace dos que yo me esfuerzo por vencer los sentimientos que me habia inspirado.

—¡Le amabais! ¡amabais á mi hermano! dijo Marina.

—¿Y lo sabia él? preguntó la señora de Moreli.

—No, dijo Violante. Yo conocia la enemistad que existe entre nuestras familias. Debia creerme aborrecida. Mi amor era un secreto entre mí y Dios.

—¡El cielo sea loado! esclamó Marina. El ódio implacable que dividia siglos ha nuestras dos familias, va pues á estinguirse en el amor de Francisco y Violante....

Y aquellas tres mujeres que momentos antes estaban sumerjidas en una desesperacion mortal, se pusieron á porfia á fabricar proyectos de porvenir y de dicha, sin pensar ¡ay! que casi siempre es con una sonrisa con lo que el destino destruye nuestras esperanzas y se dispone á descargar los golpes mas terribles.

V.

Francisco Zuela estaba solo en su gabinete, pensando en la súplica que acababa de dirijirle su hermana, y preguntándose á sí mismo si no habria mas gloria para él en mostrarse generoso y en restituir á Moreli á su familia, que satisfaccion le resultaría de saciar su ódio en la sangre de su enemigo.

Como para estimularle á la clemencia, veia cernerse sobre él una adorable imágen de mujer.

Era una graciosa niña de diez y ocho años con una larga cabellera negra y lustrosa, que caia sobre unos hombros de una admirable blancura; sus ojos grandes y negros y de una dulzura angelical estaban fijos en los de él, y parecian implorar su compasion; sus manos finas y blanquísimas estaban juntas en ademan de súplica. Ella se arrodilló delante de él, y de sus frescos y rosados lábios se deslizaron estas dos palabras que le penetraron hasta el corazon.

—¡Piedad! ¡Francisco! decia la seductora vision.

A este punto Francisco Zuela se estremeció violentamente; de su hinchado seno se escapó un hondo suspiro; se frotó los ojos como quien se dispierta; luego que aquellos ojos miraron, se levantó de un salto y dió un grito.

Y es que lo que él habia tomado por un sueño era una realidad. No era una fantasma; era la misma Violante Moreli la que arrodillada delante de él y dirijiéndole una mirada suplicante impregnada á la vez de lágrimas y de ternura, decia con voz argentina y melodiosa,

—¡Piedad! ¡Francisco!...

—¡Vos aquí, Violante! exclamó Francisco.

Y para asegurarse de que no soñaba, cogió con trémula mano otra mano que temblaba mas todavía.

—¡No es posible! proseguia. ¡Vos!... ¡vos, una Moreli!... ¡de rodillas delante de un Zuela!... ¡Imposible!... No puede

haber mas que ódio y venganza entre nuestras dos familias....

—Dios quiere que esos rencores hereditarios se estingan por fin, dijo Violante mezclando á sus lágrimas una suave sonrisa. Por eso ha puesto en vuestro corazon el amor que sentís por mí.

—¡El amor que yo siento por vos! exclamó Francisco que creyó ver un lazo en las palabras de Violante. ¿Y quién os ha dicho que yo os amo, niña presuntuosa?

—¡Quién me lo ha dicho, Francisco! Mi corazon que os pertenece hace mucho tiempo..... Mi amor que es igual al vuestro.

—¡Ah! dijo Francisco que no osaba dar crédito á sus oidos. Tratais de enternecerme.... me engañais, Violante.

—Francisco, replicó la jóven con nobleza poniéndose en pie, ¿dónde habeis oido nunca decir que la mentira haya manchado la boca de los Morelis?

A estas palabras pronunciadas con suma dignidad, Francisco ya no dudó.... y cayó á los pies de la jóven.

Y entonces se dirigieron uno á otro palabras de aquellas que solo los amantes encuentran cuando se ven y se hablan despues de haber creido en una separacion eterna. Despues, cuando se hubieron repetido cien veces las mismas cosas; cuando dispusieron de su vida como si fuesen los únicos árbitros de ella, hubo una especie de suspension en su enagenamiento. Del mundo de las ilusiones en que acababan de estraviarse con tanta alegría, los pensamientos de Francisco descendieron á la tierra, del cielo de los amores á donde se habian remontado, cayeron pesadamente en la caverna de Trenta-Trè.

Preguntóse á sí propio Francisco, si el hombre que por medio de una traicion se hallaba en su poder, consentiría en dar su hija á un enemigo, rescatando así su vida con una bajeza. Esta interrogacion muda anubló sus facciones, é hizo nacer en su corazon horribles presentimientos.

Pero toda aquella tristeza, todos aquellos crueles recelos desaparecieron á la voz de Violante. La jóven veia todo á través del prisma de su amor. No le parecia posible que su padre rehusase dar su consentimiento á una union que hacia la felicidad de ella y que su madre aprobaba.

—Andad, Francisco, andad, decia Violante; y dejad libre

á mi padre, á fin de que nuestro enlace se verifique sin tardanza. Yo voy á encontrar á mi madre y á decirle que pronto estrechará en sus brazos á su esposo.... Me dais vuestra palabra ¿no es verdad, Francisco?

—Sí, Violante. Y Dios quiera que todo termine segun vuestros deseos.

Y se separaron despues que Francisco reiteró la promesa de traer á Moreli aquella misma noche, ó lo mas tarde al dia siguiente.

VI.

Cuando Francisco Zuela llegó á la caverna de Trenta-Trè, Moreli estaba dormido. Aproximóse Francisco á la cama y le dispertó.

—¿Qué me quereis? preguntó Moreli al reconocer á su enemigo. ¿Venís á repetirme otra vez vuestras villanas proposiciones?

—No, dijo Francisco, vengo á vos con intenciones de paz y de cordialidad.

—Hablad claro, pues.

—Moreli, yo amo á vuestra hija.

—Tanto mejor, Francisco. Esa será mi venganza.... Porque yo he educado á Violante en el ódio del nombre de Zuela.

—Moreli, continuó Francisco, vengo á pediros la mano de Violante.

—Francisco, acabo de deciros que mi hija participaba de mi odio á vos y á los vuestros.... ¿Me creeis capaz de sacrificarla al enemigo de mi raza?

—Moreli, no la impondríais por eso un sacrificio. Violante me ama.

—Mientes.

—Violante me ha dado su palabra y yo le he dado la mia, os lo juro, Moreli.

—Mientes, repitió Moreli.

—Yo os digo que el corazon de Violante es mio, como el mio es tambien de ella.... Y os añado que este amor ha merecido la aprobacion de vuestra esposa.

—Y yo, dijo Moreli con un frio desden, os digo, Zuela, que sois un villano, un infame.... y os repito que mentís.

—¡Moreli! gritó Francisco.

—Gritad cuanto querais, repuso Moreli.

—Mirad, continuó Francisco, yo no quiero enfadarme con vos.... Comprendo que dudeis de mi palabra, por mas que sepais que soy un hombre de honor.

—¡Oh! ¡sí! dijo amargamente Moreli, un hombre de honor que hace traidoramente robar á su enemigo por unos bandidos, en vez de presentarse á él, solo y cara á cara.

—¿No me habeis dicho que no hice mas que tomaros la delantera? dijo Zuela.

Moreli nada respondió á esto. Francisco prosiguió:

—Otra vez, Moreli, os pido á Violante en matrimonio.

—Otra vez os la rehuso, contestó Moreli, y me avergüenzo por vos de vuestra insistencia. ¿No sabeis que antes daría mi hija al mas depravado de los bandidos.... al mismo Trenta-Tré... que unirla á un Zuela?

—¿Y si yo os trajese una carta que confirmase la certeza del amor de Violante hácia mí.... si pusiese en vuestras manos al mismo tiempo el consentimiento por escrito de vuestra esposa?

—Pensaría y diría que os habíais proporcionado esos documentos por sorpresa: que habíais compelido á dos pobres mujeres á firmar aquello, prometiéndoles mi vida por premio de su debilidad.

—¡Oh! dijo Francisco, ¡es posible oir tales injurias y callar!... Violante, Violante, bien puedes decir que te amo.

Luego prosiguió en alta voz:

—¿Y si yo hiciese venir aquí á Violante y á su madre, y repitiesen delante de vos lo que habian escrito?

—Creería que les habíais dicho que una retractacion suya sería la señal de mi muerte.

—¿Pero si ellas, dijo Francisco que á duras penas podia ya contener su cólera, si ellas os suplicasen de rodillas que consintiéseis en este matrimonio.... Si Violante os dijese con su voz de ángel como me lo ha dicho á mí: «Jamás la mentira ha manchado la boca de los Morelis. Pues bien, yo, vuestra hija Violante, os juro que amo á Francisco Zuela?»

Moreli miró atentamente á Francisco, en cuyos ojos parecia querer penetrar; y convencido tal vez de que su enemigo

le decia la verdad, respondió lentamente con una desesperacion concentrada:

—Si fuera posible que mi hija se olvidase hasta ese punto.... Si pudiese ella persuadirme de que verdaderamente os ama....

—¡Qué! dijo Zuela con ansiedad.

—¡Entonces.... la mataría! replicó Moreli con una voz sosegada y sombría, mas horrible mil veces que los mas terribles arrebatos de furor, porque aquella sangre fria probaba una resolucion irrevocable.

Hubo un largo intervalo de silencio, que al fin rompió Francisco diciendo:

—¿Con que es decir que nada puede moveros? ¿Ni mi amor á Violante, ni los sentimientos de ella hácia mí?

—Si ese doble amor fuese positivo, respondió Moreli, no haría mas que aumentar mi odio.... ¡Perezcan mas bien esposa é hija que la enemistad de mi raza contra la vuestra!

—Sois bien cruel, Moreli.

—Y vos bien vil y bien cobarde.

—¡Ah! ¡no apureis mi paciencia! exclamó Francisco con cólera.

—¡Bah! ¡bah! repuso desdeñosamente Moreli. Muchos ultrages se necesitan para *apuraros la paciencia*.

Y al pronunciar estas palabras, se adelantó hácia Zuela, le miró irónicamente de hito en hito, y en seguida, retrocediendo un paso, le escupió en la cara.

A esta odiosa afrenta, la sangre se heló en las venas de Zuela. Hubo un momento de vértigo, y le pareció que todos los objetos giraban á su alrededor. Despues, obedeciendo al ciego furor que se apoderó de él, se lanzó sobre Moreli, y en dos segundos le tiró á tierra. Con pocos minutos mas, el padre de Violante hubiera muerto ahogado por la mano vigorosa y crispada de Zuela.

Pero Trenta-Trè y algunos de los suyos penetraron en la caverna á los primeros instantes de la lucha y arrancaron á Moreli de las manos de su adversario.

—¡Está eso bueno! dijo Trenta-Trè. ¡Qué diablo! Si quereis casaros con Violante, mal medio es matar, por vos mismo, á vuestro suegro, señor Zuela.

—¡Miserable! exclamó Francisco. ¿Es así como respetas la fé de los tratados? ¿Te has vendido á mi enemigo?

—¡No tal! ¡no tal! contestó tranquilamente el bandido. Vos me habeis pagado, y soy vuestro solamente.

—¿Por qué, pues, has venido á intervenir entre nosotros? dijo Francisco forcejeando y procurando desasirse de los bandidos que le tenian agarrado. Yo te digo que eres un traidor.... que te has vendido á este infame Moreli.

—¡Dios y la Madona me libren de tal cosa! dijo Trenta-Tré. Yo soy un *galant uomo* y cumplo mis palabras. Vos sois el que no respeta las suyas, señor Zuela. Vos me habeis prometido 400 ducados mas para el caso en que hubiese que *deshacerse* del señor Moreli..... Y si vos le matais por vos mismo, me birlais los 400 ducados.... Dejadme, pues, hacer mi negocio, y no usurpeis mis derechos especiales.

Los bandidos acojieron aquella atroz bufonada de su jefe con innobles risotadas.

Durante este tiempo, Moreli, sofocado un momento por la presion de las manos de Zuela, habia vuelto en sí. Divisando á su enemigo, le llenó de nuevas injurias y le dirijió las palabras mas ultrajantes.

Esto era ya demasiado para Zuela. La sangre napolitana que bullia en sus venas no le permitió reflexionar en las consecuencias de su accion; olvidóse de que Moreli era el padre de la que amaba. Un solo pensamiento podia en aquel instante tener acceso en su espíritu, en su corazon, y era el de la venganza.

—Acaba, pues, tu obra, dijo á Trenta-Trè, y ¡que su sangre caiga sobre él!.... Despacha pronto, y que no quede rastro alguno del crímen.

—No tengais cuidado, dijo el bandido. Todo se hará en regla; y Diávolo mismo se vería apurado para dar con los restos de vuestro enemigo.

Francisco no oyó estas palabras. Habia salido de la caverna con la cabeza abrasada, el corazon palpitante de rabia, y el espíritu turbado por el vértigo. Corrió por la montaña saltando de roca en roca como un corzo y sin saber á donde iba. Por fin, agotadas sus fuerzas, se detuvo, se tendió en medio de unas malezas, y se quedó dormido con ese sueño pesado y agitado que

resulta de una extremada fatiga junta con las agitaciones del espíritu.

Cuando despertó, el sol estaba en su zénith. Así, pues, habia pasado unas diez y ocho horas tendido en aquellas malezas, y desde la víspera no habia tomado alimento alguno. Su primer sensacion fué, por lo tanto, de hambre. Se levantó y buscó á su alrededor alguna habitacion en donde pudiese encontrar algun alimento, aunque no fuese sino pan y agua. Pero en toda la extension á que su vista podia alcanzar, no se divisaba la menor cabaña. Entonces trató de orientarse. Mas á medida que iba recapacitando, recobraba al mismo tiempo el recuerdo de lo que babia pasado entre él y Moreli, y se estremeció al traer á la memoria la órden que habia dejado á Trenta-Trè. ¿Cómo se atrevería á presentarse á Violante, cuando acababa de ordenar el asesinato de su padre? Una sola esperanza, aunque débil, le quedaba, y era detener el brazo de los asesinos, si era tiempo todavía.

Desde aquel momento no tuvo mas que una idea, un objeto fijo; el de ir en busca de Trenta-Trè é impedir la ejecucion del crímen. Despues de consultar los cuatro puntos cardinales, tomó la direccion que debia conducirle á la caverna, y se puso á correr con una especie de furor.

Hacia ya largo rato que corria, y comenzaba á faltarle la respiracion, cuando su nombre, pronunciado á algunos pasos de distancia, le hizo detener su carrera. Miró alrededor, y vió al bandido Monocolo sentado á la sombra de una roca.

—¡Ah! dijo para sí Zuela, este quizá podrá informarme.

Y se adelantó hácia el bandido, pero temblando interrogarle, por temor de obtener por respuesta la noticia de la muerte de Moreli.

Monocolo le ahorró el embarazo de las preguntas.

—Hé, hé, señor, dijo, correis ni mas ni menos que si os persiguiese el señor Moreli..... Y á la verdad no hay peligro de que tal suceda... A menos que sea su sombra....

—¿Qué quieres decir? preguntó Francisco palideciendo.

—¡Pché! ¡poca cosa! nada mas sino que no teneis que temer á vuestro enemigo...

—¡Cómo! balbuceó Francisco. Moreli...

—Está desde ayer en la region de los muertos, dijo Monocolo en tono declamatorio.

—¡Gran Dios! murmuró Francisco.

Y cayó sin sentido á los pies del facineroso.

—¡Lo que puede la alegría! exclamó el bandido con una risa espantosa.

Y añadió despues mirando á Francisco con lástima:

—¡Vaya una marica!... No puede oir una buena noticia sin que le dé un soponcio como á una señorita francesa.....

Y acercándose á Zuela, que seguia desmayado, le alivió *artísticamente* de su bolsa y de una rica cadena de oro que llevaba al cuello; hecho lo cual, dió un paso para alejarse.

Sin embargo, sintió un remordimiento. Abrió la bolsa, sacó de ella dos ducados y los metió en la faltriquera de Francisco.

—¡Qué diantre! Yo soy un *galant uomo*... Es menester que este señor pueda tomar unos macarrones y volverse á su casa en *corricolo*, si le acomoda..... Por mi patron San Valentin que sería yo un perro, indigno de mi oficio, si expusiese á morir de hambre á este buen señor que me presta su cadena y su bolsa.....

Despues de estas honradas reflexiones, Monocolo se marchó con la conciencia tan aliviada y el corazon tan alegre como si hubiese ejecutado la accion mas honrosa del mundo.

VII.

Al cabo de tres dias que Francisco habia salido de Misura para ir á encontrar á su enemigo, iba creciendo la ansiedad de las tres mujeres que hemos dejado en aquella pequeña ciudad. En vano se esforzaban por tranquilizarse una á otra; representábanse á su espíritu las mas crueles imágenes; y Violante misma, á pesar de su juventud y de su amor, no osaba ya dejarse llevar de las caras ilusiones que habia alimentado su corazon.

La mañana del cuarto dia, al dirijirse á misa segun su costumbre, aproximóse á ella un lazzarone y le entregó un papel doblado en forma de carta.

—¿Qué es esto? preguntó la jóven.

—Un billete que me han encargado poner en vuestras manos.

—Yo no recibo cartas sin saber el nombre de quien las envia, dijo con altivez Violante.

—Son noticias de vuestro padre, señora, dijo el lazzarone.

—¡Ah! exclamó Violante profundamente conmovida. Dádmela, dádmela.

Y despues de haber gratificado con algunas monedas al mensajero, la jóven, en lugar de irse á la iglesia, volvió al instante á su casa y leyó la carta siguiente:

«Es inútil forcejear contra el destino, Violante, y los orientales son mas cuerdos que nosotros, cuando, á cada desgracia que les sucede, se contentan con decir: «¡Estaba escrito!» sin blasfemar jamás contra el cielo.

»En efecto, Violante, todos los acontecimientos de nuestra vida, prósperos ó adversos, están escritos de antemano en el libro del destino, y son harto locos los que intentan alterar lo mas mínimo.

»¡Cuán locos éramos nosotros, Violante, cuando fuimos bastante presuntuosos para creer que el ódio que separa nuestras dos familias se extinguiría en nuestro amor!

»Escúchame bien, Violante, y verás que Dios no quiere que nos unamos.

»Cuando te dejé para ir á ver á tu padre, sentia hácia él en mi corazon toda la ternura y todo el respeto de un hijo. Yo iba resuelto á todos los sacrificios para ablandarle, y hubiera aceptado todas las condiciones que me hubiese impuesto, por duras que hubieran sido. Pero á mis ruegos contestó con sarcasmos; á mis súplicas correspondió con la afrenta mas ignominiosa que un hombre puede hacer á otro hombre..... ¡Violante!.... ¡al recuerdo de este odioso ultraje mi sangre hierve todavía!.... ¡tu padre osó escupirme á la cara!... Tú eres mujer, Violante, pero eres noble y altiva, y debes comprender lo que por mí pasaría. Me lancé sobre Moreli y le derribé á tierra... Hubiera yo derribado á diez.... pues me sentia con fuerza para desafiar á una tempestad..... ¿Qué mas he de decirte? Los bandidos á quienes tenia confiada la custodia de tu padre, nos separaron..... Moreli me llenó nuevamente de insultos los mas insufribles..... y yo entonces me marché medio loco, dejando á tu padre á merced de Trenta-Trè y sus miserables satélites.....

»Tú te estremeces, Violante, y te horrorizas de mí, ¿no es

verdad?..... y sin embargo, si supieses lo que he sufrido..... lo que sufro aun..... quizá en tu alma indignada harías lugar á un poco de compasion.....

»Escucha, Violante; no he concluido todavía.....

»Yo huí como un loco y caí quebrantado por la fatiga y por el dolor al pie de una roca..... Cuando disperté, ó cuando recobré mis sentidos (pues ignoro si estuve dormido ó desmayado)... Cuando recuperé, por fin, mis fuerzas..... la conciencia de lo pasado hirió mi memoria..... lancé un grito, y corrí á través de las rocas, á fin de salvar á tu padre.....

»Violante, ¡maldíceme!.... Ya no era tiempo. ¡Mis órdenes habian sido obedecidas!..... Moreli habia sido asesinado.

»Adios, Violante.... Yo no imploro tu perdon.... No le hay para un crímen como el mio..... Pero está segura de una cosa, y es, que cuando rinda á Dios esta alma que he recibido de él y que he manchado con un parricidio..... todos sus pensamientos se resumirán en el pesar por mi infame accion y en el recuerdo de mi amor á Violante.

»Adios, otra vez. La fatalidad nos ha separado en la tierra. ¡Ojalá mi arrepentimiento sea bastante meritorio para que no me digas al encontrarnos en un mundo mejor: Francisco Zuela, ¿qué has hecho de mi padre?

»No me queda que decirte mas que una palabra, Violante. Me voy á la sombra de un claustro. Si alguna vez te acuerdas de mí, dirás: El llora y está arrepentido.

FRANCISCO ZUELA.»

Cuando Violante hubo acabado la lectura de este billete, estaba pálida y fria como una estátua de mármol, sin que á sus ojos asomase una lágrima. Arrodillóse ante una imágen de la Vírgen, y dijo con voz firme, pero triste como el eco de una tumba:

—Santa Madona, tengo que cumplir dos grandes deberes. ¡Dadme fuerzas y valor para ser á un mismo tiempo digna hija de los Morelis y la fiel prometida de Francisco Zuela!

VIII.

La mañana siguiente á la última entrevista de Francisco Zuela y de Luis Moreli, el marqués de Santa-Spina, uno de los mas

ricos propietarios de Misura, habia salido á caza. Su jauria estaba ya suelta y recorría el bosque, cuando oyó el marqués á uno de sus perros ahullar de una manera lúgubre. Presumiendo que el animal habría tropezado con alguno de los muchos javalíes de que estaba infestada aquella montaña y habría sido herido, mandó á sus cazadores estar prevenidos; atravesó las malezas y llegó, guiado por los ladridos del perro, á una pequeña pradera.

El perro estaba parado delante de un monton de cenizas humeantes todavía. Al punto que divisó á su amo, corrió á él, le atrajo hácia el monton, y continuó sus quejumbrosos ahullidos. El marqués vió con espanto huesos humanos; el cráneo, entero todavía, no dejaba lugar á la duda.

Sospechando que se hubiese cometido un crímen horrible, hizo á su gente explorar cuidadosamente la pradera. Encontróse una llavecita sobre las cenizas, y el marqués la recojió.

A su regreso á la poblacion, se apresuró á dar parte á la autoridad poniendo en sus manos la llave que se habia encontrado.

La desaparicion de Moreli habia hecho algun ruido en la ciudad. Presentada á su esposa la llave recogida por el marqués, la reconoció inmediatamente como de pertenencia de Don Luis, y abrió sin dificultad la gabeta á que correspondia.

Desde aquel momento, no se dudó ya que habian asesinado á Moreli y quemado su cadáver.

La viuda, no habiendo vuelto á ver á D. Francisco Zuela, le acusó formalmente, si no de haber cometido el crímen, al menos de haber sido el instigador.

La justicia puso en juego á sus agentes, y á poco tiempo fué preso Zuela, á quien se formó causa inmediatamente.

Pocos dias despues de su prision, se presentó espontáneamente como testigo un pastor de las montañas y declaró los hechos siguientes:

Habia visto muchas veces en aquellos últimos dias á D. Francisco andar por la montaña, y en una ocasion hablar animadamente con Trenta-Trè.

Además, al principiar el dia en que el marqués habia hecho su descubrimiento, aquel pastor, conduciendo sus cabras, habia pasado cerca de la pradera designada, que está cercana á un bosque. Vió en la pradera á unos cuantos hombres sentados

alrededor de una grande hoguera, de la que salia un olor sofocante. Al querer aproximarse á aquel sitio, dos de los hombres á quienes conoció por individuos de la partida de Trenta-Trè, se levantaron amenazándole con su fusil si no se alejaba pronto.

El gobernador de Misura tomó entonces medidas enérgicas. Fué convocada la guardia cívica, y se cercó la montaña, resultando apresados dos bandidos, que eran Valentin, alias Monocolo, y Marco Domolo.

Monocolo confesó sin titubear que Trenta-Trè recibió órden de D. Francisco Zuela para apoderarse de Moreli á la primera ocasion. Refirió además todo lo que ya sabemos de las conversaciones de Zuela con su enemigo y Trenta-Trè. En seguida añadió:

—Despues de la última visita de D. Francisco, Trenta-Trè anunció al prisionero que estaba resuelta su muerte. Le concedió dos horas para reconciliarse con Dios, y aun le dió su mismo rosario. Al cabo de las dos horas le mató. Trasportamos en seguida el cadáver á la pradera, le echamos sobre un monton de ramas secas y le quemamos. Yo fuí quien amenacé con mi fusil al pastor demasiado curioso, y quien le intimó la órden de seguir por su camino.

El interrogatorio de Marco Domolo confirmó las revelaciones de Monocolo. Este contó además las circunstancias de su encuentro con Francisco Zuela despues de ejecutado el crímen, y puso de manifiesto la cadena y el bolsillo que le habia robado en aquella ocasion.

Careado Zuela con los dos bandidos, ni negó ni confesó cosa alguna, encerrándose en un obstinado silencio.

A estos cargos vinieron á agregarse las manifestaciones de la viuda de Moreli y de su hija Violante.

Seguramente eran numerosas las pruebas contra él, y la opinion pública le condenaba. Pero como se va á ver las leyes napolitanas le eran favorables.

Cuando se presentó al rey un informe sobre esta causa, ordenó que conociera de ella un tribunal especial, el cual debería decidir de la vida ó la muerte, sin apelacion; pero con la condicion expresa de que fuese necesaria la mayoría para decidir en pro ó en contra.

D. Francisco Zuela fué trasladado á Nápoles y comenzaron los debates.

El abogado encargado de su defensa sostuvo en su alegacion que las deposiciones de dos parientes no merecian fé alguna; que las de dos miserables como Monocolo y Marco Domolo no podian tener el menor valor; y que en cuanto al testimonio del pastor, único valedero, era insuficiente en un proceso de tanta gravedad.

Añadió que la llave de Moreli habia debido ser puesta de intento en el monton de cenizas despues del lance por los propios parientes de la víctima, y la prueba es, dijo, «que la llave se ha encontrado *encima* y no *entre* las cenizas.»

Por pobres que fuesen tales argucias, la defensa produjo un efecto inmenso, y era ya segura la absolucion de Francisco Zuela, cuando de súbito una mujer vestida de negro, situada en el banco de los testigos, se levantó, y echando atrás el velo que la cubria el rostro, dijo con una voz lenta y lúgubre:

—Francisco Zuela, Dios no quiere que un crímen como el vuestro quede impune. Es necesario que la muerte de mi padre sea vengada.

Pronunciadas estas palabras, Violante, pues era ella misma, sacó del pecho un papel que desdobló por sí propia.

—Francisco Zuela, dijo, en nombre de vuestro amor, os conjuro que respondais con verdad á la pregunta que voy á dirigiros. ¿Lo prometeis?

Lo prometo, dijo Francisco con calma.

—Francisco Zuela, prosiguió Violante mostrándole el papel, ¿reconoceis esta carta como escrita de vuestro puño?

—Sí, respondió Francisco.

—¿Y confesais ser ciertos los hechos que revela?

Francisco vaciló un instante.

—Os conjuro en nombre de vuestro amor que respondais, dijo Violante con dulzura.

—Pues bien, dijo solemnemente Zuela, declaro por cuanto hay de mas sagrado que esa carta es de mi letra, y que todos los hechos que contiene son exactos.

—¡Gracias, Francisco! dijo Violante con una mirada que penetró hasta el corazon del acusado.

Y en seguida entregó la carta al presidente del tribunal.

Cuando este leyó el billete de que ya tenemos conocimento, invitó á los jueces á pasar á la sala de deliberaciones en donde les comunicó su contenido.

No cabia ya duda. La culpabilidad de Zuela resultaba de su carta con demasiada evidencia para que fuese posible la absolucion.

Volvieron los jueces á la sala de audiencia, y el presidente, despues de haber leido públicamente el documento acusador, hizo saber el fallo del tribunal.

Francisco Zuela, convicto del crímen de homicidio, fué condenado á la pena capital.

El acusado oyó con calma la sentencia y no hizo la menor observacion; pero su abogado creyó deber apelar.

IX.

Estaba Zuela encerrado en un estrecho calabozo, y no esperando nada de la apelacion interpuesta por su abogado, habia hecho llamar un sacerdote con quien se confesó, el cual con presencia del profundo arrepentimiento que manifestaba, le infundió esperanzas de que Dios le perdonaría su accion abominable.

Despues que se hubo retirado el sacerdote, estaba Francisco arrodillado y orando, de tal manera absorbido que no oyó abrir la puerta de su calabozo.

De repente sintió una mano que se apoyaba en su hombro y una voz dulce que murmuraba á su oido:

—¡Bien, Francisco, bien!... Dios tiene tesoros de misericordia para los corazones arrepentidos.

El preso se levantó sobresaltado.

—¡Vos! ¡vos aquí, Violante!... ¿Venís á echarme en cara mi crímen del que me han quedado tantos remordimientos?

—No, Francisco. He llenado el deber de hija haciendo condenar al asesino de mi padre.... Ahora vengo á cumplir con vos los deberes de prometida.

—¿Y cuáles son vuestros deberes respecto á mí, pobre niña! preguntó Francisco. ¿No soy yo quien ha marchitado vuestra vida? ¿quien os ha privado de un padre? ¿quien os ha condenado á las lágrimas?

—Francisco, dijo Violante, si fuéseis mi marido, ¿pensais que os dejaría morir en un cadalso?... La deshonra del suplicio ¿no caería de rechazo sobre mí?

—Pero vos nos sois mi esposa, felizmente para vos.

—La prometida de un hombre es su mujer á los ojos de Dios.... Yo me debó á vos como si fuéseis realmente mi marido, dijo Violante.

—¿Qué quereis, pues, hacer? preguntó Francisco.

—Quiero evitaros la infamia de morir por mano del verdugo, respondió ella.

Y sacó del pecho un puñal que presentó al reo.

—Os comprendo, dijo Francisco cogiendo el puñal.... Teneis razon; un Zuela no debe morir del mismo ignoble género de muerte que un bandido.... Vuestras intenciones quedarán cumplidas.

—Es menester que lo sean ahora mismo, Francisco.

—¡Cómo! Violante.... A vuestra vista....

—A mis ojos, Francisco. Al instante.

—Sea, pues, como lo quereis.

Y diciendo estas palabras, Francisco se desabrochó el pecho, y afianzó el puñal en la mano.

—Antes de descargar el golpe, abrazad, Francisco, á vuestra prometida.

Echáronse entonces en los brazos uno de otro y unieron sus dos almas en un prolongado y amoroso beso.

Luego se apartó Violante.

—Ha llegado ya la hora, Francisco, es preciso morir.

Apenas habia ella pronunciado estas palabras, cayó Zuela á sus pies revolcándose en sangre.

—¡Violante! balbuceó con voz entrecortada. Violante.... esposa mia.... ya ves que te he obedecido.... Dime.... que me perdonas.... la muerte de tu padre.

—Dios te perdone como yo te perdono, dijo Violante.

Bebió entonces ella unas gotas de un licor que contenia un frasquito que llevaba suspendido al cuello con una cadena. Despues dijo á Francisco:

—Para tí el hierro.... para mí el veneno. Nuestros destinos debian unirse en la tierra.... tambien lo serán en la eternidad.

Los ojos casi extinguidos de Francisco recobraron por un momento su brillo. Su cuerpo ya helado por la proximidad de la muerte hizo un movimiento. Sus brazos parecieron probar á levantarse; los lábios se agitaron pero sin poder producir sonido alguno.

Evidentemente el moribundo quería oponerse al designio de Violante; no quería que ella muriese. Pero sus esfuerzos fueron infructuosos y gastaron la poca vida que le quedaba. Todo su cuerpo se puso rígido, y entregó su alma á Dios.

Violante le dió un postrer beso, y aguardó, al lado del inanimado cadáver de su amante, á que la muerte viniese á su vez á desatar los lazos que la unian á la tierra....

. . . .

. . . .

Una hora despues, cuando entraron los carceleros en el calabozo, no encontraron ya mas que dos cadáveres.

La noticia de esta catástrofe se difundió rápidamente por la pequeña ciudad de Misura. La señora Moreli al oirla cayó acometida de un accidente apoplético.... Y ocho dias despues, un espléndido cortejo conducia á su última morada á la señora Marina, hermana de Francisco Zuela.

Así, pues, no era en el amor en donde debia extinguirse el ódio de las dos familias rivales, sino en la muerte.

ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

CONATO DE HOMICIDIO.

Comenzaba apenas el alba á colorear el horizonte, cuando el dia 2 de abril de 1848 una pareja árabe salió de su vivienda y se alejó del pueblecillo de Guerouau.

Eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su mujer la jóven Fathma, que apenas frisaba en los 16 años, aunque estaba casada desde 1844. Pero ya se sabe que en la Argelia, como en la mayor parte de las regiones orientales, las mujeres son núbiles á los nueve ó diez años y viejas á los veinticinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al pueblo de Halouya, distante algunas leguas de Guerouau. La víspera habia obtenido Ben-Salah de su suegra que Fathma le acompañase á una visita que pensaba hacer á una de sus parientas que habitaba en Halouya, y á la cual quería, segun decia, pedir algun socorro, pues los esposos estaban en tal miseria, que hacia diez dias que Fathma no se alimentaba mas que de alcachofas silvestres.

Unos tres cuartos de hora haría que caminaban siguiendo el camino que conduce á Halouya, cuando Ben-Salah tomó una senda apartada, y obligó á su mujer á que le siguiese. A poco rato se sentaron ambos al pie de un zarzal.

Ben-Salah es un hombre de veinte y ocho años y presenta el tipo árabe en toda su pureza y energía.

Fathma que, como hemos dicho, ha entrado apenas en los

diez y seis años, no es bonita, y sin embargo, hay en su fisonomía cierta cosa que agrada y atrae. Sus ojos negros son pequeños, pero vivos, llenos de fuego y sombreados por cejas negras bien arqueadas; su boca un poco grande, termina en labios demasiado gruesos, pero al entreabrirse estos, dejan divisar una doble fila de dientes admirables; su elevada frente denota inteligencia; su tez es de un moreno oscuro; y sus brazos perfectamente modelados están pintados de azul por encima de las muñecas.

En cuanto entrambos esposos estuvieron sentados, tomó la palabra Ben-Salah.

—Tú sabes, Fathma, dijo, que todo nos falta. Nada nos queda, ni siquiera un techo para guarecernos, pues he vendido ya mi cabaña.

—Dios y el profeta tendrán piedad de nosotros, dijo dulcemente Fathma.

—Así lo espero, replicó Ben-Salah..... pero lo cierto es que nos vemos ahora forzados á llevar una vida errante....

—¿Qué quieres decir? preguntó Fathma con recelo.

—Quiero decir que me voy al Oeste á donde deseo que me acompañes.

—Eso es imposible, repuso Fathma.

—Es preciso, dijo su marido con sombría resolucion.

—Yo no puedo separarme de mi madre, murmuró Fathma.

—Te digo que es preciso que partamos, repitió Ben-Salah.

—Márchate tu si quieres.... eres libre de hacerlo: pero yo no quiero alejarme de mi madre.... Yo quiero quedarme en Guerouau.

—Te olvidas que estás hablando á tu señor, exclamó Ben-Salah encolerizado. Tú me seguirás, Fathma.

—Nunca, dijo ella.

—Te digo que me acompañarás, replicó el marido. Si no me sigues por buenas.... me seguirás por fuerza, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, respondió la jóven. Pero si te empeñas en llevarme á la fuerza, te prevengo que me pondré bajo la proteccion del primer francés que encontremos.

A estas palabras de su mujer, Ben-Salah se levantó agitado de furor.

—¡Con que así es como tú quieres cumplir con tus deberes

de esposa y de musulmana! exclamó. Ya hace mucho tiempo que tenia yo sospechas de tus intrigas.... Ya hace mucho tiempo que sé que prefieres los franceses á mí.... Pero es menester que se acabe todo de una vez.

A medida que hablaba iba creciendo su exasperacion, hasta que por fin con una mano cogió á su mujer por la garganta mientras con la otra empuñaba un ancho puñal.

Al ver esta arma la infeliz Fathma se puso á temblar.

—¡Perdon! balbuceó llorando.

—No, replicó Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente y sin duda alguna infiel....

—Déjame por lo menos hacer mi última oracion, dijo suspirando la pobre mujer.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fathma, y la hirió con la mas odiosa barbarie. Del primer golpe que le descargó sobre la cabeza la dejó tendida á sus pies: despues la pegó en la nuca: finalmente, su rabia no tuvo límites, y repitió multiplicados golpes á la infortunada que trataba de pararlos con sus manos, las cuales quedaron mutiladas.

No obstante, Fathma en tan críticas circunstancias conservó una rara presencia de espíritu. Comprendiendo que su verdugo no cesaría de golpearla hasta que la creyese muerta, se abstuvo de hacer movimiento alguno y dejó de parar los golpes.

Entonces el asesino sumergió el cuchillo en la garganta de su mujer.... Brotó la sangre con abundancia de esta última herida, y creyendo Ben-Salah que no quedaban ya restos de vida en aquel cuerpo ensangrentado, le quitó los vestidos y le arrojó entre las zarzas.

Enjugó en seguida su puñal, cubrió con malezas el cuerpo enteramente desnudo de su víctima á fin de ocultarlo á la vista de los pasajeros, y llevándose consigo las ropas de Fathma, se alejó el miserable, persuadido de que su mujer habia espirado, y de que no habiendo habido otro testigo que Dios, su crímen quedaría impune en la tierra.

No debia empero suceder así, pues no solamente no habia muerto Fathma, sino que ni siquiera por un instante habia perdido el conocimiento.

Aguardó á que su marido estuviese bastante lejos para poder, sin ser vista de él, desembazarse de las malezas que la

cubrian y salir del zarzal á donde habia sido arrojada. Luego se fué arrastrando, con ayuda de los pies y de las manos, hasta llegar al camino; y aunque sumamente debilitada por la sangre que corria en abundancia de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para llamar en su auxilio á un europeo que transitaba.

Divisó este á la pobre criatura; pero bien porque su vista le horrorizase, ó bien porque sospechase que se le tendia un lazo, pasó sin hacer caso.

Pocos minutos despues se dejó ver por el camino un árabe, el cual acudió á los gritos de Fathma. La embozó en su albornoz y la llevó á su madre, á quien ella contó cuanto acababa de ocurrir.

La justicia no tardó en tener conocimiento de esta espantosa escena; y al punto mandó practicar diligencias que dieron por resultado la prision de Ben-Salah, y su comparecencia ante el tribunal de alzada de Argel el dia 14 de julio de 1848.

El delincuente trató de disculpar su crímen con los celos. Supuso que la víspera del atentado habia sorprendido una conversacion entre su mujer y la madre de esta, de la que resultaba que Fathma tenia un amante; que entonces él tomó la resolucion, no de matar á la desgraciada, sino solamente de imponerla una buena correccion, de darla una *leccion* que no fuera para olvidada.

Fathma, presente en la audiencia, desmintió enérgicamente las aseveraciones de su marido. La jóven árabe conmovió al auditorio contando minuciosamente los hechos cuya reseña acabamos de hacer, y se apoderó de toda la asamblea un estremecimiento doloroso cuando la infeliz, levantando el jaique con que estaba cubierta y los pañuelos que llevaba atados á la cabeza, enseñó las horribles cicatrices que en número de diez y ocho, surcan en todos sentidos su cabeza y sus manos. Un grito de horror escapó de todos los lábios cuando puso de manifiesto la última herida ancha y profunda, que desde la oreja derecha le llega hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para dar lugar á largos debates. Por tanto fué por unanimidad declarado culpable de haber sin premeditacion intentado dar muerte á su mujer; pero admitiendo circunstan-

cias atenuantes, no se le condenó mas que á veinte años de trabajos forzados.

El acusado por su parte oyó pronunciar la sentencia sin mostrar la menor emocion. Esta indiferencia con respecto á acontecimientos nefastos, es uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

MATEO BARTHAS.

ASESINATO.

I.

La calle de las Ratas, situada á inmediaciones de la *Montaña de Santa Genoveva*, llevaba antiguamente el nombre de calle de la Fuente de Brunehaut.

En la última mitad del siglo XIV, vivia en esta calle un hombre de importancia llamado Mateo Barthas á quien se daba el título de *médico del rey*.

Mateo Barthas era un personaje famoso por su ciencia tanto como por su elocuencia y por su ardiente caridad. Admirában-le los hombres doctos á causa de sus conocimientos profundos y de su elocuente palabra. Los pobres le veneraban y le amaban, porque los curaba con preferencia á los ricos, y empleaba en socorrerlos los crecidos honorarios que le pagaban los grandes señores, los príncipes y el mismo rey Carlos V.

Frente á la habitacion del respetable Barthas habia una miserable casucha ocupada por un pergaminero de estremada pobreza, por cuya razon conocia al célebre médico y era conocido de él.

El viernes santo del año 1364, á la caida de la noche, maese Joulu el pergaminero estaba sentado á la ventana de su chiribitil, esperando que volviese su aprendiz Saturnino, al que

habia enviado á cobrar algunos dineros que le debian, los cuales habian de servir para proporcionarse uno y otro alimento para aquella noche. No hay como esperar y esperar con la duda de si habrá ó no con que matar el hambre, para que se agolpen multitud de pensamientos á la imaginacion; y maese Joulu despues de haber pensado en cien mil cosas, reflexionaba sentidamente acerca de su triste estado.

—¡Válgame Dios! exclamaba, ¡qué existencia tan halagüeña la mia! ¿no sería mejor que el bendito San Pacomio, mi patron, me llevase de este pícaro mundo antes de morirme de necesidad?... Y por cierto que no está lejos que esto suceda, si el buen Saturnino no trae algo con que buscarnos un pedazo de pan....

Cuando mas entregado estaba maese Joulu á tan desagradables meditaciones, divisó al otro lado de la calle al doctor Barthas que entraba en su casa acompañado de un peregrino, como fácilmente se conocia por su traje y por el inevitable bordon.

—¡Ay! dijo Joulu exhalando un hondo suspiro; ese peregrino ha encontrado pitanza para esta noche; ¡cuánta envidia tengo de su suerte!... El doctor Barthas es tan bueno y tan generoso que estoy seguro va á obsequiar á su convidado con una mesa de canonigo.... ¡y mientras tanto yo en ayunas todavía y sin tener nada que manducar.... como no sea algunos trozos de pergamino!

Estas reflexiones aumentaron la tristeza de Joulu, mayormente viendo que Saturnino no venia, y sintiendo en su estómago el pobre pergaminero un descaecimiento que le recordaba sin cesar el vacío en que se encontraba.

Largo rato hacia que continuaba á la ventana reflexionando y renegando como hemos dicho, cuando á eso de las diez de la noche vinieron á sacarle de su abatimiento unos ayes lastimeros á que siguieron unos gemidos y suspiros entrecortados.

Su atencion alarmada se concentró entonces enteramente en la casa de Mateo Barthas, de donde procedia aquel rumor singular que habia interrumpido sus lacrimosas meditaciones.

Sin poder comprender las palabras que llegaron hasta él, distinguió sin embargo el artesano dos voces diferentes, la una suplicante y congojosa, la otra cortada, febril, delirante. A po-

co cesó todo ruido, y la casa del doctor quedó sumida en su habitual silencio,.... silencio tan sabido y tan respetado de los que vivian en aquel paraje, que cuando alguno de ellos pasaba delante de aquel laboratorio científico interrumpia la conversacion mas animada y se callaba súbitamente :—Era esto un doble homenage tributado al hábil profesor que curaba enfermedades tenidas por incurables, y al hombre que invertia su fortuna en obras caritativas.

II.

Joulu no osaba hacer el mas leve movimiento; permanecia á la ventana con el rostro lívido, herizados los cabellos y la frente humedecida de un sudor frio. Santigüábase mil veces y se encomendaba con mas fervor que nunca á San Pacomio su patron.

—¡Ah! ¡San Pacomio bendito! decia mentalmente Joulu. Te he pedido antes que no me dejases morir de hambre, y veo que me has oido, pues de seguro voy á morirme de miedo.

En aquel instante oyó un ruido tras de sí, y estremecióse el buen pergaminero, se le anublaron los ojos, y le faltó poco para desmayarse.

Este ruido era causado por el aprendiz Saturnino que acababa de llegar y estudiaba un cuento para disculpar su larga ausencia por la que, en otras circunstancias, maese Joulu le hubiera echado una buena reprimenda.

Al ver á su maestro pálido, trémulo, sosteniéndose en pié á duras penas, y sin que le regañase como tan fundadamente esperaba, Saturnino no sabia qué pensar; pero al fin se decidió á romper el silencio.

—Maestro, dijo enseñándole una moneda; aquí tenemos esta libra parisí que me ha dado el capiscol de la Santa Capilla por nuestros trabajos del mes pasado.

Joulu no respondió una palabra, pero cogió la moneda y se la guardó.

—Maestro, prosiguió el aprendiz cada vez mas sorprendido, ¿no os parece bien que vaya á casa del panadero á buscar un buen pan de centeno y cebada? ya sabeis que hoy todavía estamos *per istam*.

—¡Buenos estamos ahora para comer! murmuró Joulu con voz temblona. ¿No me ves demudado y fuera de mí?

—Bien lo veo, dijo Saturnino.

Y añadió luego para su interior:

—Verdad es que debe haber ocurrido algo, porque en otro caso maese Joulu me hubiera echado una soberbia peluca, sin contar media docena de cachetes.... Y á fé de Saturnino, bien merezco una buena felpa por esta maldita aficion á jugar que no puedo vencer por mas oraciones que hago á la Virgen y á todos los santos del paraiso.

Mientras Saturnino se condenaba de esta manera á sí propio, maese Joulu habia recobrado un poco de calma.

—Escucha, hijo mio, dijo entonces á Saturnino; indudablemente ha pasado algun suceso tenebroso en casa del digno doctor Mateo Barthas.... Le han asesinado; lo juraría por mi vida y por mi alma.

—¡Jesus! exclamó Saturnino, eso no es posible.

—¡Ay, hijo mio! continuó Joulu; es harto posible y aun sospecho con fundamento quién ha sido el homicida.

—¡Hola! dijo el aprendiz. ¿Y quién ha podido ser?

—Mira, Saturnino, dijo el pergaminero; yo he visto al doctor Barthas entrar en su casa ya muy de noche, y traia en su compañia á un peregrino. Bajo el devoto trage de este se ocultaba el corazon de un asesino. No puede ser otra cosa. ¿á tí que te parece?

—Lo mismo que á vos, dijo Saturnino. Pero ¿qué hemos de hacer?

—¿Qué hemos de hacer? Ir en seguida á dar aviso al ilustre Juan de Plaimpré, preboste de París, de que el sábio médico del rey Carlos V acaba de morir de mala muerte por la mano traidora de un peregrino.

—Voy al instante, dijo el aprendiz.

—Yo bien hubiera querido ir en persona, prosiguió Joulu; pero conozco que el miedo ha puesto plomo en mis piernas. Y además no podria ir tan ligero como tu; vé, pues, y date priesa, hijo mio.

—No teneis que advertírmelo, respondió el aprendiz; iré con mas celeridad que el mejor caballo de la corte.

—Aguarda, Saturnino; toma la cuchilla, porque si el asesi-

no te encuentra, podria emprender tambien contigo.

—Gracias, maestro, gracias; mi garrote me basta contra ese malvado peregrino y cualquier otro; ademas que la cuchilla puede serviros á vos, pues nuestra casa está tan mal cerrada, que viéndose descubierto el asesino podria tratar de refugiarse aquí.

A estas palabras salió Saturnino para evacuar su comision.

III.

Con el arrojo y la frescura que han sido siempre peculiares á los hijos de París, atravesó Saturnino las calles que le separaban de la Prebostia, que á la sazon estaba aneja al palacio de Justicia y ocupaba el sitio en que despues se ha abierto la calle de Jerusalen. Y no era ciertamente poco valor el que mostraba el aprendiz, pues en aquella época los vendimiadores de bolsas eran casi dueños de la ciudad, apenas se tocaba á la queda.

Luego que Saturnino llegó á la Prebostia y fué presentado al ilustre Juan de Plaimpré, explicó á este en breves palabras los motivos que le llevaban allí á tales horas. Los hechos referidos por el aprendiz hubieran bastado para determinar al preboste á partir inmediatamente; pero el nombre de Mateo Barthas le hizo redoblar todavía su actividad ordinaria.

Al cabo de algunos minutos, el ilustre Juan de Plaimpré montado á caballo y escoltado por seis ginetes y doce arqueros de á pié, se encaminaba, guiado por el intrépido Saturnino, á la calle de la Fuente de Brunehaut.

IV.

Cuando llegó aquella tropa á la entrada de la calle, salió á su encuentro maese Joulu para dar al preboste las explicaciones que se creyesen convenientes.

Cuando el preboste hubo oido al pergaminero, mandó llamar á la puerta del célebre doctor. Nadie respondió de la parte de adentro.

—¡Por las benditas ánimas! ya os lo habia dicho, señor este hombre generoso ha sido asesinado.

—Ya sabremos lo que haya, dijo Juan de Plaimpré.

Y mandó llamar de nuevo.

Obedeciósele al punto, y resonaron en la puerta fuertes golpes dados con los mangos de las partesanas. Viendo que continuaba el silencio, gritó el preboste á los arqueros:

—Abajo esa puerta.

Se disponian los soldados á obedecer, cuando se percibió rumor de pasos detrás de la puerta, y gritó una voz:

—¿Quién llama?

Al oir estas palabras, el preboste, el pergaminero, y los vecinos atraidos por el ruido, se miraron unos á otros estupefactos: acababan de reconocer la voz de Mateo Barthas.

—¡Loados sean Dios y los ángeles! balbuceó maese Joulu; el digno sabio está vivo y yo me he engañado.

—¡Engañado! ¡engañado! murmuró el preboste,.... eso es lo que vamos á ver.

Y gritó con voz sonora:

—En nombre de monseñor el rey y la justicia, abrid.

La puerta se abrió á esta intimacion, y el ilustre Juan de Plaimpré penetró en el patio seguido de sus arqueros y de los curiosos.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita? preguntó Barthas al preboste.

Este recorria rápidamente con sus miradas todo el patio.

—A lo que debeis mi venida, doctor Barthas, contestó el preboste, es á que esta noche habia dos seres vivientes en esta casa; al uno ya le veo; pero ¿dónde está el otro? Responded, señor Barthas.

—No sé lo que quereis decir, señor preboste, replicó el doctor.

Pero su voz al hablar así era trémula, y su rostro se cubria de una palidez extraordinaria.

Juan Plaimpré advirtió la emocion del médico y adivinó que se le ocultaba la verdad.

—Vamos, dijo, á mí me gusta que sean francos conmigo, y deseo que respondais á mis preguntas. ¿Dónde está el hombre que habeis traido á vuestra casa esta noche?

—Os repito que estais en un error, repuso Mateo Barthas; yo habito aquí solo hace quince años, y en mi casa no se han

visto jamás otras personas que los pobres enfermos á quienes curo todas las mañanas, y los criados de monseñor el rey ó de los nobles señores que vienen á buscarme cuando me necesitan.

—¡Por la muerte de Cristo! exclamó el preboste, yo no creia que un hombre de saber como vos, doctor Barthas, pudiera rebajarse hasta el punto de mentir como un vil charlatan.

Y llamó en seguida á maese Joulu, el pergaminero.

—Ea, le dijo, desembuchad lo que sabeis, y pronto porque estoy de priesa.

Joulu, que habia oido á Barthas negar haber recibido en su casa al peregrino, no osaba decir una palabra por temor de desagradar al doctor, cuya generosidad tantas veces habia esperimentado. Pero el preboste no era hombre á quien se engañaba fácilmente.

—Amigo, dijo á Joulu, si no hablas pronto como te he dicho, te mando ahorcar en el acto.

Maese Joulu bien hubiera querido escurrirse entre la gente; pero al querer hacerlo por la derecha se encontró cara á cara con los arqueros de caballería, y al dirigirse hácia la izquierda topó con los de á pie. No habiendo medio de escapar, habló, y afirmó haber visto á un peregrino entrar con Mateo Barthas en casa de este aquella misma noche á hora algo adelantada.

—Y mirad, doctor, dijo el preboste luego que Joulu cesó de hablar; mirad allí arrimado al pozo el bordon de ese peregrino.... Decid ahora dónde está el hombre que llevaba ese bordon.

Mateo Barthas pareció quedar aterrado; levantó los ojos al cielo con expresion de dolor, y dos gruesas lágrimas asomaron al extremo de sus largas pestañas.

—*Fiat voluntas tua*, murmuró.

Y colocándose en medio de los soldados, dijo al preboste:

—El culpable se entrega, llevadme.

—Ya dimos con el culpable.... Está bien, dijo el preboste. Pero ahora es menester que yo me informe de las circunstancias del crímen.

Y habiendo dejado al doctor custodiado por dos arqueros, comenzó con el resto de su gente una pesquisa en toda regla.

V.

Algunas horas antes de entrar en su casa con el peregrino, habia salido el doctor Barthas de su domicilio con intencion de asistir á las tinieblas en la iglesia de Santa Genoveva. Fué allá en efecto, como lo aseguraron gran número de testigos que le habian visto. De allí fué, segun su costumbre, á dar un paseo por los bulevares contiguos á la poterna de San Victor, en donde varias personas atestiguaron haberle saludado.

Cuando Barthas volvió á la ciudad, parecia experimentar una viva agitacion. Sin duda una de esas ideas que devoran el cerebro de los hombres de genio habia asaltado su espíritu; pues gesticulaba y hablaba solo, se paraba y volvia á proseguir su marcha, alternativamente rápida ó lenta, pero como violentada á cada instante por bruscas interrupciones.

Llegó así hasta el átrio de San Juan de Letran, en que habia una porcion de peregrinos que venian de todas las poblaciones de Francia, y algunas veces de los confines de la Europa. Estos devotos viajeros aguardaban de pie, con el bordon en la mano y apoyados contra los pilares del pórtico, á que alguna persona caritativa viniese á brindarles con su cama y su mesa.

En general estos peregrinos pertenecian á las clases menos acomodadas; pero á las veces se encontraban entre ellos algunos que, en cumplimiento de algun voto ó por espíritu de penitencia, abandonaban momentaneamente su posicion brillante, y emprendian su peregrinacion animados de un espíritu de abnegacion y de humildad.

Mateo Barthas se paseó algunos instantes en medio de aquellos grupos, mirando con suma atencion todas aquellas caras macilentas y consumidas por la fatiga ó por las pesadumbres, todas aquellas fisonomías en que podia leerse la inquietud en que estaba cada cual acerca del alimento y del lecho que les depararía la suerte para aquella noche.

Por fin, el médico de Carlos V se detuvo ante un hombre de unos treinta años, de alta estatura y de bellas y correctas facciones.

—Hermano, le dijo, las noches son frias, y no hace prove-

cho estar espuesto con el estómago vacío á las nieblas de la Semana Santa. ¿Quereis aceptar la hospitalidad bajo mi techo por tres dias?

El peregrino hizo la señal de la cruz y se inclinó con gratitud ante el doctor; esto era manifestar que aceptaba la invitacion que se le hacia.

Un momento despues Barthas y su convidado se encaminaban á la calle de la Fuente Brunehaut.

Sabemos ya que era de noche cuando ambos llegaron á la morada del ilustre doctor. Este, pues, no habiendo encontrado á persona alguna en el camino, pudo creer que la horrible accion que meditaba quedaría envuelta en un profundo misterio.

VI.

Las pesquisas de Juan de Plaimpré habian sido infructuosas en un principio; pero el preboste tenia la conviccion de que se habia cometido un crímen, y quería encontrar las pruebas de ello. Continuó, pues, con perseverancia sus indagaciones, y despues de no pocas diligencias, concluyó por descubrir en lo último de un sótano, el cadáver del infeliz peregrino.

Tenia una ancha incision en la region del corazon que se estendia hasta los pulmones. Observando la contraccion de sus facciones, el estado de los músculos y arterias, los cordeles medio rotos que sujetaban sus miembros, se podia juzgar que despues de haber sumergido Barthas al peregrino en un sueño letárgico, le habia sometido vivo á esperimentos quirúrgicos.

Como debe presumirse, este descubrimiento escitó un horror profundo y dió márgen á prorumpir en gritos de indignacion y de venganza contra el asesino; y la multitud que pocas horas antes se inclinaba ante Barthas á quien consideraba como su bienhechor, se mostraba decidida á apedrear al sabio doctor.

Pero el preboste, despues de haber mandado colocar el cadáver en un carro, hizo atar á Barthas entre dos caballos á fin de sustraerle al furor del pueblo y asegurar al mismo tiempo su persona.

En seguida, fué conducido el culpable á la Conserjería y metido en un oscuro calabozo.

VII.

El proceso se instruyó prontamente.

Llovian de todas partes recomendaciones, súplicas, instancias para salvar al menos la vida del doctor, y no podia ser de otra manera siendo Barthas, como era, estimado de todas las notabilidades de la corte y de la ciudad, comenzando por el mismo rey Carlos V.

Pero aunque el médico tenia amigos poderosos, habian concurrido en su crímen circunstancias tan atroces, y la impunidad pudiera haber sido tan peligrosa en aquellos difíciles tiempos, que el tribunal del parlamento no creyó posible tomar en consideracion los ruegos de los infinitos intercesores.

Ademas, el peregrino no era un pobre cualquiera sin casa ni hogar, sino que pertenecia á la familia de Montauban que se habia mostrado parte en la causa.

Los jueces, pues, no pudieron hacer mas en favor del culpable, que darle por abogado una de las lumbreras del foro parisiense, Pedro Gaudoy, que no obstante ser jóven, habia ya ganado gran reputacion por su ciencia y por su probidad.

Pedro Gaudoy aceptó la mision que se le habia confiado, y se apresuró á bajar á las sombrías bóvedas de la Conserjería, á fin de ponerse de acuerdo con su cliente para preparar la defensa.

A fuer de hombre superior, Pedro Gaudoy debia comprender perfectamente á Barthas y simpatizar con él. En efecto, el abogado se hallaba tan bien al lado del médico, que muchas veces pasaba dias enteros con el preso. Y cuando sus colegas le bromeaban por semejante asiduidad, Pedro Gaudoy les contestaba:

—Amigos, no tomeis á risa una materia tan grave. Yo daría mi vida por salvar la de Barthas, no porque él no sea criminal, sino porque solo el genio es culpable en él. No debe su crímen sino á su fanatismo por la ciencia, á su amor por la humanidad.

Abriéronse por fin los debates.

Barthas compareció ante sus jueces con la resignacion de un filósofo. Oyó con sangre fria las declaraciones mas conclu-

yentes en contra suya y el discurso del procurador general que terminó pidiendo una muerte infamante; pero cada vez que se pronunciaba la palabra asesino, levantaba los ojos al cielo y exclamaba:

—¡Dios sabe si yo he derramado la sangre de un hombre por el bárbaro placer de darle muerte!

El abogado Pedro Gaudoy estaba mas conmovido y mas consternado que su cliente. Llegó sin embargo el caso de que tomára la palabra, y en un brillante discurso, lleno de elocuencia, de fuego y de erudicion, se esforzó por probar que un fanatismo por la ciencia habia únicamente impulsado á Barthas á cometer el odioso crímen que le sometia á la accion de la justicia.

—«¿Quién de vosotros, exclamó, podria hacer cargos á un sabio cuya vida entera está sembrada de actos de humanidad, por querer estender los límites del dominio de la sabiduría? Barthas pretende que la sangre humana circula en el cuerpo humano (1) como corren los arroyos en las praderas; y ha querido adquirir certeza de ello, porque si la presuncion se convierte en realidad, resultarán á la humanidad beneficios inmensos. Si ha encontrado la verdad por medio de un crímen, este crímen no puede ser irremisible á los ojos de Dios; ¿y será imperdonable á los ojos de los hombres?»

Cita luego Pedro Gaudoy á Empedocles que se arrojó en las llamas del Etna por sorprender los misterios de sus fuegos subterráneos; pero el procurador general le hace observar que el filósofo de la antigüedad no hizo daño mas que á sí propio, y cometió solamente un suicidio, crímen cuyas consecuencias ignoraba en su calidad de pagano;.... al paso que Barthas ha arrancado la vida traidoramente á otro, poniéndole en peligro de perder su alma.

—«Mi comparacion es mala, convengo, respondió Gaudoy; pero ved otra que os parecerá quizá mas exacta. ¿Quién de vosotros, señores, negaría el derecho á un capitan de hacer matar algunos hombres la víspera de una batalla, si la victoria del

(1) Ignorábanse todavía en aquella época las leyes de la circulacion de la sangre, y los que hablaban de ella eran tenidos por visionarios. Hasta el reinado de Francisco I, las autopsias y disecciones anatómicas éran desconocidas y prohibidas como prácticas sacrílegas y diabólicas.

dia siguiente era el precio de la sangre oscura vertida la víspera sin motivo aparente? ¿Quién osaría en semejante caso disputar la gloria del triunfador? ¿Pensais por ventura que nuestro ilustre Duguesclin no tiene que echarse en cara alguna sangre derramada en circunstancias parecidas? ¡Y no obstante, nadie ha soñado siquiera en tacharle de feroz, ni en fulminar contra él acusaciones infamantes!.... Pues bien: ¿negareis al sabio lo que se concede al guerrero? ¿será deshonrado y castigado el victorioso adalid de Minerva por lo que el de Belona recibiría una recompensa? ¿Levantareis al uno arcos de triunfos y al otro un cadalso?.... ¿En dónde estamos?... ¿Una victoria en las ciencias que debe engradecerlas é ilustrarlas, será menor que una victoria brutal que no produce mas que la posesion siempre disputada de un territorio, de una ciudad ó de una provincia?... Oh, señores, no podeis juzgar así, vosotros, que sois los padres de la sociedad, pero tambien los patronos de la gloria científica de la Francia.»

Este discurso produjo un grande efecto, sobre todo en una interesante peroracion, en que Gaudoy invocó alternativamente la piedad y la religion de los jueces. Pero á pesar de los esfuerzos del célebre abogado, el crímen era demasiado flagrante, demasiado odioso para que fuese permitido absolver al culpable.

Mateo Barthas fué condenado por unanimidad de votos á ser enrodado vivo y luego descuartizado, como convicto de sacrilegio, homicidio y traicion.

Oyó el sabio su sentencia sin palidecer; pero el abogado no pudo soportar aquel golpe: cayó desmayado, y fué preciso sacarle fuera de la sala.

VIII.

La ejecucion de la sentencia se fijó para el dia siguiente, pues en aquel tiempo no habia, como hoy, grados de apelacion.

Vuelto en sí de su desmayo Pedro Gaudoy, pidió permiso al procurador general del parlamento para pasar al lado del reo las pocas horas que le quedasen despues de cumplir sus deberes religiosos. Este permiso le fué otorgado, y en su virtud se trasladó á la Conserjería á las tres de la tarde.

A las siete se le vió salir muy embozado en su toga, pues el viento era fresco y los corredores de la Conserjería muy húmedos.

El dia siguiente fué el preboste á la cárcel acompañado de sus arqueros y del macero del parlamento, así como de los delegados del tribunal, del confesor, del verdugo y de sus cuatro criados.

Pero al penetrar en el calabozo todos estos personajes, quedaron atónitos al encontrar en lugar de Mateo Barthas al abogado Pedro Gaudoy.

—¡Pardiez! señor Gaudoy, dijo Juan de Plaimpré, no puede menos que tengais el diablo en el cuerpo para venirnos ahora con este papel de comedia.

—Señor preboste, dijo Gaudoy, cada uno obra como le parece.

—Claro es que sí, replicó el preboste; pero las cabezas mejor organizadas se dejan á veces llevar de muy singulares....... estravagancias.

Y señalando con la mano al verdugo, añadió Juan de Plaimpré:

—¿No sabeis, señor Gaudoy, que al compadre le importa poco la calidad del reo? Abogado ó médico, lo mismo le dá: lo que él necesita es un cuerpo en que lucir su habilidad.

—Sé bien lo que me espera, repuso Gaudoy. Llevadme, pues, señor preboste; estoy dispuesto.

—¡Diantre! exclamó el preboste; ¡qué priesa teneis porque os rompan los huesos, señor Gaudoy!

—Mas vale sufrir que aguardar, dijo el abogado.

—¡Oiga¡ dijo el preboste, ¿es esa vuestra opinion? Pues por mi parte, mejor quiero estar aguardando veinte años que enrodado diez minutos.... Pero, vamos á ver, en conciencia ¿qué demonio encarnado os ha sugerido esta calaverada?.... ¿Es Barthas pariente vuestro? ¿Le debeis algun favor especial?.... Mas ¡por las barbas de San Pedro, que es pagar demasiado caro el parentesco ó las deudas de gratitud!

—Os equivocais en vuestras conjeturas dijo Gaudoy. Yo no conocia á Barthas mas que de nombre hasta que me encargué de su defensa. Pero he visto que es un genio que ha hecho y puede hacer todavía grandes servicios á la humanidad. Por eso

me he convencido de que valia mas que fuese él quien viviera.

Y despues de un momento de silencio, Pedro Gaudoy añadió con una triste sonrisa pero con voz firme y resuelta:

—Ea, pues, llevadme y cumplid vuestro deber.

—¡Oh! ¡oh! dijo el preboste reflexionando. Que Barthas sea un grande hombre y un hombre muy de bien, quiero concederlo; pero, por las parrillas de San Lorenzo, no le quedais vos en zaga en cuanto á grandeza de alma, señor Gaudoy.

—Señor preboste, dijo el abogado, vamos cuando gusteis.

—¡Pues, señor! ¡vamos! contestó el preboste retorciéndose los bigotes. ¡Ya que lo tomais así!... pero, por la cruz de Cristo, que en mi vida he visto un hombre tan impaciente porque le descuarticen!

El preboste estaba conmovido y comprimia á duras penas una lágrima que amenazaba humedecer su rostro marcial. Quedóse largo rato pensativo. Sin duda alguna pensaba sériamente en el hecho estraño que presenciaba.

Pedro Gaudoy le sacó de su meditacion.

—Señor preboste, dijo, estoy esperando á que tengais á bien mandar que nos pongamos en marcha.... Reflexionad que para el hombre que debe morir el aguardar es mil veces mas cruel que el mismo suplicio.

El preboste miró á Pedro Gaudoy con el ademan de un hombre estupefacto y murmuró luego en voz baja:

—¡Está endemoniado este maldito!

Y refrenando un poco su emocion, añadió:

—¡Por San Bartolomé! Tiempo hay para llevaros al suplicio; yo voy ahora mismo á contar al rey nuestro señor vuestra rara travesura.

En seguida Juan de Plaimpré se marchó á grandes pasos á fin de ocultar su enternecimiento á las gentes que le rodeaban, pues conocia que á pesar de sus contorsiones, no podia ya contener por mas tiempo las lágrimas que le arrancaba el sublime sacrificio de Gaudoy. Habiendo, pues, dado órden á sus arqueros de que esperasen su vuelta, corrió á informar á Carlos V de lo que pasaba. El monarca que comprendia las bellas acciones y las almas nobles, ordenó poner incontinenti en libertad al abogado, que fué luego uno de los magistrados mas distinguidos de Francia.

Bueno es añadir que el rey, lo mismo que cuantos habian conocido á Barthas, se alegró de su evasion y se felicitó de la buena accion de Pedro Gaudoy.

. . . .

. . . .

. . . .

El médico Mateo Barthas se refugió primero en Hungría; pero de allí se trasladó luego á Constantinopla. Mas adelante, concluyó por unirse á los cenobitas del monte Líbano. Allí expió con una vida de arrepentimiento, de estudio y de oracion, el crímen á que le habia conducido un amor demasiado grande á la ciencia.

TRIBUNALES CORRECCIONALES.

UN PORTERO ULTRAJADO.

El Sr. Bernabé Sorey tiene el insigne honor de abrir la puerta, tirando de una cuerda *ad hoc*, en una casa sita en la calle de San Luis, no lejos de la plaza llamada antes Real.

El Sr. Bernabé es un hombrecillo seco y estenuado, muy irritable y muy rabioso, como es achaque de todos los bípedos humanos que no han podido pasar de cuatro pies y diez pulgadas.

El Sr. Bernabé ha hecho citar á Mr. Emilio Perret, acusándole ante el tribunal de injurias de palabra y obra, y reclama la módica suma de 50,000 francos por via de indemnizacion.

El presidente. El demandante tiene la palabra.

Bernabe. Mi queja está dicha en dos paletas. El señor me ha pegado; el señor me ha hecho medir la tierra con mis espaldas; el señor me ha herido de gravedad.

El presidente. ¿En qué circunstancias han tenido lugar esas violencias?

Bernabe. Por la noche.... El señor ha dado en retirarse á horas que no son regulares.

El presidente. No es eso lo que se os pregunta. Lo que se os pregunta es por qué razon os ha pegado el señor.

Bernabe. ¡Por qué razon! A mí nadie tiene razon para pegarme.

Viendo que del querellante no puede sacarse nada en limpio, el presidente toma el partido de preguntar al acusado.

Este es un jóven de veinte á veintidos años de edad, bastante buena figura, y de un exterior decente. Parece que le inspira muy poco cuidado su comparecencia ante el tribunal, y conversa con otros jóvenes que están entre el auditorio.

El presidente. Mr. Perret, cuando os parezca hora de concluir vuestra conversacion, respondereis á mis preguntas.

Mr. Perret. Mil perdones, señor presidente, disimulad mi distraccion, y mandad cuanto gusteis.

El presidente. Tened la bondad de explicarnos cómo vos, que pareceis una persona bien educada, habeis podido propasaros á maltratar á este hombre.

Mr. Perret. No tengo inconveniente en contaros toda la historia de pe á pa.

El presidente. Ya os escucho.

Mr. Perret. Yo ocupo un cuartito de la casa en que Bernabé es portero.

Bernabe. Conserje, caballerito.

Mr. Perret. Sea conserje, enhorabuena. Al principio de mi instalacion allí, estaba yo muy satisfecho de mi domicilio. La casa es tranquila, el portero tenia buenos modos y me entregaba con puntualidad las cartas que venian para mí. De consiguiente me iba muy bien.

Bernabe. Y a todos lo mismo. El señor tenia buena conducta; no salia mas que para almorzar y comer; á las ocho ya estaba metidito en casa todas las noches.... Así, estábamos en la gloria....

Mr. Perret. Pero pronto las maneras del portero.... quiero decir, del conserje, sufrieron una transformacion completa. Ya no me avisaba cuando alguno habia venido á verme estando yo fuera,.... y si respondia á mis preguntas era para dar pares de coces.

Bernabe. Sr. presidente, yo no puedo consentir que se me trate de caballo.

Mr. Perret. Tambien dan coces los jumentos; veo que no entendeis de metáforas. Digo, pues, que el señor conserje se hizo un hombre muy grosero.

Bernabe. Yo no puedo disimular. Me daba grima ver á ese

caballerito recibir mujeres en su casa.... y recojerse á las mil y quinientas.... y....

Mr. Perret. Las groserías del portero me importaban a mi dos caracoles; pero se permitia hacerme esperar tres cuartos de hora á la puerta de la calle.... y eso comenzó á impacientarme.

Bernabe. Pues ni por esas escarmentaba el señorito.

Mr. Perret. Y no solo esto. Si venia una carta, en lugar de subírmela como solia hacer antes, el maldito portero se contentaba con gritar desde abajo: ¡Mr. Perret!... ¡una carta!... ¡tres sueldos!... Ya comprendereis, señor presidente, que todo esto me incomodaba mucho.... En fin, no queriendo entrar en contestaciones con ese cancerbero, me determiné á aguantar hasta concluir el mes que tenia pagado en la casa. Pero no parece sino que el Sr. Bernabé se habia propuesto sofocarme.

Bernabe. Mas habeis querido sofocarme vos, pues no sé cómo no he muerto ahogado en vuestras manos.

Mr. Perret. Todas las noches, como he dicho, me tenia ese hombre á la puerta treinta ó cuarenta minutos; y mientras iba yo subiendo la escalera, se quedaba gruñendo y refunfuñando, diciendo pestes de mi persona.

Bernabe. ¿Por qué no os retirábais cuando todo el mundo? y no que me hacíais levantar de la cama para ir á abrir.

Mr. Perret. ¿Y por qué os acostábais?

Bernabe. ¡Bueno fuera estar esperando en vela hasta que os diese la gana de venir!

El presidente, á Perret. ¿Erais, pues, vos siempre el último que se recogia?

Mr. Perret. Sí señor.

El presidente. Y os retirarías muy tarde.... puesto que este pobre hombre tenia que levantarse de la cama.

Mr. Perret. Permitid, señor presidente. En la casa de que se trata, todos los inquilinos se acuestan á las siete en invierno y á las nueve en verano. Esta es regla constante. De suerte, que cuando yo me retiraba á las diez, Bernabé llevaba sesenta minutos de cama.... Además, la dueña de la casa tiene un miedo cerval á los ladrones, y quiere que á la entrada de la noche se echen los cerrojos y aldabas de la puerta, lo cual es causa de que Bernabé no pueda abrir tirando de la cuerda del picaporte, sino que tiene que descorrer los cerrojos cada vez

que un inquilino ó una visita quiere entrar despues del crepúsculo.

El presidente. ¿Son ciertos estos pormenores, Bernabé?

Bernabe, restregándose las manos. ¡Oh! sí, señor; sí, señor;.... La casa está en un pie respetable, aunque me esté mal el decirlo.

Mr. Perret. Como Bernabé se mete indefectiblemente en la cama al dar las nueve, resulta que despues de esta hora ha de salir á abrir en camisa y gorro blanco.

El presidente. Todo eso no explica las vias de hecho á que os habeis propasado.

Mr. Perret, sonriéndose. Estas vias de hecho se reducen á poca cosa. Una noche que me retiré á las once, Bernabé me abrió echo una furia, y juró que en adelante me dejaría pasar la noche en la calle.... Fastidiado de majaderías tan tercas, concebí la idea de una pequeña venganza.... Ya os he dicho el traje con que sale á abrir;... pues bien, le arrimé tres ó cuatro lapos en... como se hace con los chicos cuando no son buenos.... Esta pequeña correccion redobló el furor de Bernabé que se vino hácia mí gritando que era menester que le pagase con la vida el ultraje que habia recibido.... Yo le dí un empujon y se cayó sobre el rasca-barro que hay en el portal.... Ahí está todo mi delito.

Habiendo reconocido Bernabé la verdad de los hechos, el tribunal no encuentra materia de condenacion y absuelve al acusado.

Bernabe. ¿Y mis 50,000 francos de indemnizacion?

El presidente. ¿Os han producido las heridas una incapacidad para el trabajo?

Bernabe. Me han puesto en la incapacidad de sentarme. (Risas).

El presidente. No ha lugar á vuestra demanda.

Bernabe levantando las manos al cielo y marchándose. ¡Oh república! ¡hé aquí cómo se hace justicia en tu *nueva era*!... Se niega una indemnizacion á las heridas de un hombre hecho y derecho, y se condecora á los monigotes de la movilizada!

PEDRO COIGNARD (el supuesto conde de Santa Elena.)

USURPACION DE NOMBRES Y DE TITULOS; ROBOS, ESTAFAS, TENTATIVA DE HOMICIDIO.

I.

UNA hermosa mañana del mes de mayo de 1818, se agolpaba una numerosa muchedumbre á las avenidas de la plaza de Vendôme, donde pasaban revista las tropas de la guarnicion de París.

Mientras todo el mundo contemplaba el buen porte y aire marcial de los soldados y el brillo y variedad de los uniformes, un hombre situado en primera fila entre los curiosos, miraba y remiraba con singular atencion á uno de los oficiales superiores que mandaban las maniobras militares.

Aquel hombre era un presidiario llamado Dario, que hacia poco tiempo habia cumplido su condena en Tolon, á cuyo presidio fué destinado por veinte años de resultas de una falsificacion.

El oficial á quien miraba tan fijamente era el teniente coronel de la 72.ª legion (esto es, la del Sena) conocido con el título de conde de Pontis de Santa Elena.

Dario parecia estar asombrado y de tiempo en tiempo prorumpia en estas ó semejantes exclamaciones:

—¡Él! ¡es posible! ¡él, á la cabeza de un regimiento francés.... con mas cruces que un calvario! ¡él, en medio de ese brillante estado-mayor!... ¡Ca! no puede ser!... Pero, señor, ¿tendré telarañas en los ojos? La misma estatura, el mismo aire, la misma mirada; es él, no me cabe duda.

Por espacio de algunos minutos, Dario estuvo indeciso sin acabar de dar crédito á su vista. De repente se le oyó gritar:

—¡Por vida de mi abuela, es el mismo! No se me ha despintado.

Sus dudas se habian convertido en una conviccion. Habia reconocido de una manera inequívoca al teniente coronel por un gesto nervioso que alejaba toda incertidumbre.

Informóse del nombre del oficial, no le perdió de vista un instante, y en cuanto terminó la revista le fué siguiendo de lejos hasta su casa, en donde entró casi al mismo tiempo que él.

II.

Seguramente, cualquiera que hubiese visto al presidiario Dario introducirse en casa del teniente coronel de la legion del Sena, hubiera estado bien distante de sospechar la clase de relaciones que podian existir entre aquellos dos individuos, recien salido de galeras el uno, y perteneciente el otro á una elevada categoría.

Porque ya que hemos dicho lo que era Dario, debemos decir ahora lo que era, al menos en la apariencia, nuestro segundo personaje.

Cuando estaba Mina en Estremadura, le fué á visitar un dia un hombre que se presentó á él como conde de Pontis de Santa Elena, acompañado de una mujer bastante bien parecida que dijo ser su esposa. El general le admitió con el título de oficial en uno de los regimientos que tenia á sus órdenes.

El nuevo oficial se distinguió en diferentes ocasiones, y fué agraciado á poco tiempo con la cruz de Alcántara y otras en recompensa de su valor.

Esto no era mas que el preludio de una carrera que debia ser harto mas brillante todavía.

Nadie ignora los acontecimientos que produjeron la guerra entre el imperio francés y la nacion española. El hombre de

que vamos hablando, que pocos meses antes habia dejado el ejército de Mina, se presentó entonces al mariscal Soult, le enseñó las hojas de servicios del conde de Santa Elena, tanto en América como en España, y le pidió ingresar en el ejército francés. Seducido el mariscal por el lenguaje de aquel hombre, engañado con los papeles que le presentaba, y pensando con mucha razon que podria serle muy útil un oficial que tenia un conocimiento profundo del pais y del ejército enemigo, le recibió con gran distincion, y le confirió en los términos mas honrosos el grado de jefe de batallon. No desmereció nuestro hombre en su nueva posicion; se hizo apreciar de sus jefes, y no cesó de gozar de la consideracion y de los honores que eran debidos al conde y á la condesa de Santa Elena.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1815 y la primera restauracion; y el pretendido conde de Santa Elena aprovechó aquella coyuntura para volver á Francia con María, confiando en que en medio de los trastornos que iban á tener lugar, un hombre como él no podia dejar de encontrar nuevos elementos de fortuna y de prosperidad. Vamos á ver que no se engañaba.

Apenas llegó á París, su primera diligencia fué solicitar una audiencia particular del rey Luis XVIII. Obtuvo esta audiencia, habló con calor de su familia y de sus antepasados, pintó con los mas vivos y patéticos colores los reveses que habia experimentado, las pérdidas que habia sufrido; ofreció su brazo y su sangre á la familia de los Borbones, y pidió provisionalmente un socorro pecuniario de que tenia gran necesidad.

El rey le recibió con efusion; le dijo que se congratulaba de ver al último vástago de los condes de Pontis de Santa Elena; le concedió lo que pedia, y le prometió solemnemente su alta proteccion. Todo el mundo, en la corte, participaba del entusiasmo del rey por aquel hombre.

Seguian su marcha los sucesos, y con ellos tambien la fortuna del conde de Santa Elena. Napoleon se habia fugado de la isla de Elba, y avanzaba de triunfo en triunfo hasta París. Incapacitado el rey de luchar con tan formidable enemigo, habia emigrado de nuevo, refugiándose en Gante, seguido solamente de algunos de sus mas fieles servidores, entre los cuales se contaba el héroe del drama singular que nos ocupa.

La desgracia engendra confianza con los que rodean á uno y

parecen identificarse con su suerte; así es que el conde de Santa Elena fué ganando de dia en dia el favor del rey y de las personas de su corte. Veíasele por todas partes al lado del monarca; parecia multiplicarse para atender á su servicio y corresponder así á las bondades de que habia sido objeto. Su crédito aumentaba por momentos, y como era el mas desdichado de los servidores del rey, y contra quien mas se habia encarnizado la suerte, pues suponia haber sido despojado de todos sus bienes, se le daban á cada instante socorros y gratificaciones para él y para la condesa, que habia quedado en París, prometiéndosele además mayores cosas para cuando volviese el rey á ocupar el trono.

En efecto, pasaron los Cien Dias; el emperador, despues de su última y magnífica campaña, abandonó para siempre la Francia para ir á morir sublimemente en una desierta roca. Volvieron los Borbones y todos sus servidores, en cuyo número estaba el famoso conde de Santa Elena. Apenas puso el pie el nuevo rey en las Tullerías, cercáronle los cortesanos y los pretendientes de todo género; y como ordinariamente acontece, los mas merecedores, los que habian dado pruebas de una verdadera adhesion, fueron los últimos á presentarse. Por lo que hace al conde de Santa Elena, no se hizo aguardar, y fué de los primeros á reclamar el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho, acompañando su demanda con nuevas y mas numerosas protestas de adhesion y de lealtad. Sonrióle, como antes, la fortuna, y con arreglo al formal deseo manifestado por el rey, el ministro de la Guerra le nombró teniente coronel de la 72.ª legion, de guarnicion en París.

Disfrutó entonces grandemente de su nueva posicion; tomó una casa suntuosa; compró magníficos trenes, y se introdujo en las sociedades mas selectas, en las cuales presentó á la que pasaba por su mujer, engreida mas que nunca con el fastuoso título de condesa de Santa Elena.

El favor del conde crecia á medida que aumentaba su audacia; fué nombrado miembro de la Legion de Honor; despues oficial; luego caballero de San Luis; y personas bien informadas afirman que estuvo á punto de ser designado para edecan del duque de Angulema.

Los periódicos ministeriales de la época, los cuales recibie-

ron órden de ocuparse lo menos posible de este asunto, no hicieron mencion alguna de aquella última circunstancia, que, á la verdad, no perjudica en nada al rey Luis XVIII, quien, como hombre de talento, no se retraia de hablar y dar pormenores sobre la farsa de que habia sido objeto. Sabida es la destreza con que Coignard habia logrado excitar y mantener la compasion de sus nobles protectores.

Es imposible prever hasta dónde hubiera remontado la fortuna á aquel hombre audaz, si la circunstancia fortuita de su encuentro con Dario no le hubiese cortado las alas cuando menos podia esperarlo.

III.

Luego que Dario fué introducido á presencia del conde, exclamó en tono franco y alegre:

—¡Adios, Pedro! ¿No me conoces?

Volvióse el conde, y dijo con aire desdeñoso:

—¿Quién es este hombre?

—Soy Dario, tu antiguo compañero de cadena. ¿No te acuerdas ya de mí?

El teniente coronel se levantó; alargó la mano al cordon de campanilla inmediato á la chimenea, y respondió tranquilamente:

—El conde de Santa Elena no tiene que ver nada con un miserable como tú. Si no sales al instante, mando á mis criados que te echen rodando por la escalera.

—Si hay aquí algun miserable, eres tú, replicó Dario... Tú no eres conde de Santa Elena; eres Coignard, ¿entiendes? á mí no me la pegas. Pedro Coignard, condenado á galeras por robo....

Por toda respuesta, el titulado conde de Santa Elena tiró de la campanilla.

—Mal haces, por vida mia, dijo Dario. Yo no te quería mal, y no te hubiera denunciado...... Venia solo á interesar tu corazon por un antiguo camarada que se vé falto de recursos.... Tú me rechazas; pues bien, ya te arrepentirás de tu dureza.

En este momento entró un lacayo, que despues se supo ser Alejandro Coignard, y, á una señal del conde, puso á Dario en la puerta.

Este desdichado, con el corazon lleno de rábia, se dirigió en seguida al ministerio, y solicitó hablar al duque de Decazes, á la sazon ministro de lo Interior. Como indicó que se trataba de un negocio de suma urgencia, fué admitido sin demora en el despacho del ministro. Allí descubrió toda la verdad; manifestó que el conde de Santa Elena era un presidiario escapado de Tolon, llamado Pedro Coignard, y ofreció las pruebas necesarias en apoyo de su aserto.

M. Decazes quedó atónito con aquella revelacion; comprendió el escándalo que iba á producir; calculó que él podia desembarazarse de aquel desagradable negocio, sometiéndolo al conocimiento de la autoridad militar á quien mas propiamente correspondia, y dijo por lo tanto á Dario, que fuese á ver de su parte al general Despinoy, jefe de la division militar, y le contase minuciosamente cuanto acababa de referir.

Satisfecho Dario de aquel primer paso de su venganza, se trasladó al punto al alojamiento del general, y le repitió todo lo que habia declarado al ministro y lo que este le habia contestado.

Al escuchar aquella revelacion, el general, que era un antiguo soldado de la república y del imperio, un modelo de honor y de probidad, sintió arrebatársele la sangre al rostro, y exclamó con viveza:

—¿Qué pruebas podeis darme de esta horrible verdad?

—Mi general, contestó Dario, retenedme aquí; ordenad á Coignard que comparezca á vuestra presencia, y careadme con él; pero antes, tened la bondad de mandar que me den algo de comer, pues estoy todavía en ayunas.

El general condescendió; le hizo entrar en una pieza; mandó disponerle un refrigerio, y en seguida envió un ordenanza de caballería al teniente coronel de la 72.ª legion, con la órden de que se presentase, sin perder un minuto y dejando cualquiera ocupacion que tuviese, en el cuartel general de la primera division.

No tardó en llegar Coignard de gran gala y con el pecho cubierto de condecoraciones. Al verle entrar, le dijo el general en un tono mezclado de ironía y de indignacion:

—El señor conde de Pontis de Santa Elena no engañará por

mas tiempo al gobierno y á mí. Ya sé que sois Coignard, fugado de un presidio.

El miserable pareció no desconcertarse, á pesar de tan vehemente apóstrofe.

—Os doy gracias, mi general, exclamó con sangre fria, por el excelente concepto que os merezco. Voy á volver á mi casa y á traeros documentos que os probarán quién soy.

—No, no, repuso el general, no ireis solo; voy á hacer que os acompañen un oficial y dos gendarmes. Pero antes quiero practicar una diligencia.

Hizo entonces introducir á Dario, á cuya vista no pudo Coignard reprimir una ligera emocion, que no se escapó á los ojos del general. Repitió Dario todas sus anteriores manifestaciones, ampliando mas todavía algunas de ellas, y Coignard le contestó con violentas invectivas. El general, por último, llamó á un oficial de su estado mayor, y le ordenó que acompañase al coronel á su domicilio, calle baja de San Dionisio, con dos gendarmes, previniéndole expresamente no apartarse de él un momento, y haciéndole responsable del cumplimiento de sus órdenes.

El oficial, por consideracion al uniforme é insignias de Coignard, obligó á los gendarmes á mantenerse á cierta distancia. Conversando con el oficial por el camino, se quejó Coignard de la conducta *infame* que con él se observaba, y manifestó que pronto lograría confundir á la calumnia y á los calumniadores, con la simple exhibicion de sus papeles, á lo que el oficial contestó estar bien persuadido de ello. Luego que llegaron á la calle baja de San Dionisio, quedaron en el portal de la casa los dos gendarmes, y Coignard subió acompañado del oficial, á quien quiso obsequiar con una botella de vino de Alicante.

Al ver entrar aquella gente en la casa, la pretendida condesa de Santa Elena se turbó en gran manera. Coignard, para tranquilizarla, la contó lo que acababa de pasar, y el oficial añadió con galantería:

—Estoy seguro de que el señor conde se justificará fácilmente, y confundirá á los que le calumnian.

—Respondo de ello, replicó el conde.

Llenó en seguida el vaso del oficial, quien encontró delicioso aquel vino, y despues le pidió permiso para pasar á la pieza in-

mediata á buscar sus papeles, manifestando sería operacion de un momento, y que en el entre tanto su mujer le haría compañía. El oficial no puso reparo alguno.

Hizo entonces una seña á un criado vestido de librea, y salieron los dos juntos. Inmediatamente se enjaretó la casaca, el pantalon y la gorra de aquel criado, que, como pronto veremos, era su propio hermano, y el mismo que echó de la casa á Darío. Disfrazado de aquel modo, cogió el conde un plumero en la mano y una servilleta bajo el brazo; enteró en breves palabras á su hermano de lo que se trataba; bajó por una escalera secreta; atravesó el portal por en medio de los dos gendarmes, que no le conocieron, y fué á refugiarse á la calle de San Mauro, barrera de las Tres Coronas, en casa de un sujeto llamado Lexcellent.

Mientras tanto, el oficial estuvo entretenido en hablar con la condesa, y en saborear el vino de Alicante, doble circunstancia que impedia que le pareciese largo el tiempo; y como habia servido en España, la conversacion recayó sobre este hermoso pais, sobre sus poéticos monumentos, sobre lo pintoresco de su naturaleza, sobre la amabilidad de sus mujeres, y con tales recuerdos su imaginacion se enardecia mas y mas. En fin, al cabo de una hora de semejantes excursiones por lejanas tierras, pensó en volver á París, en dónde habia dejado á su prisionero; insinuó á la condesa que su marido tardaba demasiado, y habiéndole parecido que aquella mujer se quedó cortada, se levantó, llamó á la puerta, la abrió y recorrió el aposento en todos sentidos, pero no encontró mas que á algunos criados, que parecian evitar el verle y hablarle. Vió, sin embargo, á uno mas descarado que los demás, y le preguntó dónde estaba su amo.

—Se marchó hace mas de una hora, respondió el criado, y en este instante está ya algo lejos.

Esta respuesta dejó petrificado al oficial, quien salió precipitadamente sin despedirse de la condesa; se reunió con los dos gendarmes, y volvió con ellos á casa del general, al que contó sencillamente y con aire desesperado lo que acababa de suceder. Reprendióle el general severamente, y le envió con los dos gendarmes á las prisiones de la Abadía, en donde permanecieron arrestados ocho días.

IV.

Para que el lector comprenda cómo el presidiario Coignard habia podido llegar á usurpar el nombre de conde de Pontis de Santa Elena, conviene retroceder á una época anterior.

En 18 de octubre de 1800, un hombre de una inteligencia y de una audacia poco comunes, era condenado por el tribunal criminal del departamento del Sena; á catorce años de trabajos forzados por varios robos cometidos en diferentes casas con fractura y uso de llaves falsas. Este hombre se llamaba Luis-Pedro Coignard.

Era hijo de un cultivador de Langeais, y estuvo en un principio dedicado al oficio de sombrerero. Pero los movimientos militares que tenian lugar entonces en Francia, le llamaron á formar parte de las legiones que la república organizaba á toda prie sa; entró con el grado de cabo en los granaderos de la Convencion; mas olvidando muy pronto lo que el decoro de la noble profesion de las armas exije, se ligó con algunos miserables, cuyas perversas inclinaciones no encontraban freno en la vida agitada de un campamento mal organizado; y unas cuantas estafas y robos le valieron la condena de que antes hemos hecho mencion.

Al cabo de cinco años, á pesar de la vigilancia mas activa, aquel mismo hombre se escapó del presidio de Tolon, al que habia sido destinado.

La noche siguiente á su evasion, se embarcó en un pequeño buque español, que se daba á la vela para Cataluña, á donde arribó al poco tiempo. Condújole su estrella á un pueblo cercano á la costa, y allí contrajo relaciones con la jóven María Rosa, que habia estado sirviendo al conde de Pontís de Santa Elena, francés emigrado, que hacia poco tiempo habia muerto.

Era el conde de una antigua y noble familia de las inmediaciones de Soissons; habia en su juventud abandonado la Francia para ir á servir en los ejércitos del rey de España, y fué enviado á la América meridional, habiéndose distinguido particularmente en los sucesos de Buenos-Aires. Tenia las mas brillantes hojas de servicio, y gozaba de una gran reputacion de valiente y pundonoroso. Por razon de su salud tuvo que regresar

á España, y pedir su ingreso en un cuerpo sedentario; pero la muerte le sorprendió lejos de su pais y de su familia, habiendo perdido todos sus bienes, y sin poseer mas fortuna que su espada.

Durante su enfermedad, y hasta exhalar su postrer suspiro, fué asistido con esmerado celo por María, á la que en agradecimiento dejó lo poco que todavía le quedaba.

Recogió María los objetos que componian su pequeña herencia, y los vendió para atender por algun tiempo con su producto á su frugal existencia; pero sus débiles recursos se habian agotado, y no le restaba mas que una cajita que contenia unos pergaminos antiguos, y la cual habia el conde recomendado á su solicitud, como lo mas precioso que dejaba en la tierra.

Tal era la situacion de esta jóven, cuando Coignard la conoció, y logró, á fuerza de destreza y de perseverancia, hacerse dueño de su espíritu, no contaminado todavía.

Sin recursos entrambos, acabaron por confiarse el uno al otro lo precario de su posicion; hicieron juntos su inventario, y se encontraron con nada; y como la necesidad apremiaba, convinieron en vender la preciosa cajita á un judío, que tenia grandes ganas de ella hacia mucho tiempo; pero antes de entregársela, la abrió Coignard, y vió que los pergaminos que encerraba eran los títulos auténticos de nobleza del conde, y sus hojas de servicio.

Apoderóse inmediatamente de su espíritu una idea, comprendiendo en un instante el partido que podría sacar de aquel importante descubrimiento en un pais como España, donde los títulos de nobleza han ejercido en todo tiempo un prestigio indestructible.

Al dia siguiente, María y él abandonaron el pueblo; salieron de Cataluña para dirigirse á Extremadura, y tomaron, para usarlos siempre en adelante, los nombres de conde y condesa de Pontis de Santa Elena.

Sus primeros pasos fueron felices, y ya hemos visto cómo Coignard se presentó, bajo su nuevo nombre, al general Mina y luego al mariscal Soult.

V.

Pedro Coignard, que no habia sabido aprovecharse de la

fortuna para hacer olvidar sus antecedentes y adoptar un género de vida y unos sentimientos mejores, no supo tampoco aprovecharse de su libertad. Echóse él mismo en manos de la justicia. Dos dias despues de su evasion partió para Tolosa, con Lexcellent, que habia sido compañero suyo de presidio, y en cuya casa se habia refugiado, y con dos italianos llamados Saffieri y Carretti. Permanecieron ausentes quince dias, y regresaron luego á París. Tres dias despues de su llegada, tomaron un coche de alquiler, y se presentaron en la Caja de Poissy; subió Coignard solo al aposento del cajero, y pidió una letra sobre Tolosa. Al mismo tiempo que ponia sobre la mesa dos mil francos en oro, se apoderó de la llave de la caja: asustado el cajero de su ademan osado, le preguntó de parte de quién venia, á lo que respondió que no venia de parte de nadie, y que si no le querían darle la letra, se marchaba; al propio tiempo recogió el dinero y bajó precipitadamente la escalera.

El cajero se puso á gritar: ¡ladrones! ¡socorro! Bajaron al punto y se apoderaron del coche; pero Saffieri y Carretti, armados de pistolas, obligaron á los que les detenian á dejar el campo libre, y solo Lexcellent, menos listo que los otros, quedó preso.

Entre tanto, Coignard juzgó conveniente ir por sí mismo á la calle de San Mauro, en donde habitaba, y preguntó si habian visto á Lexcellent. Rosa Marcen contestó negativamente, lo cual hizo concebir á Coignard vivas inquietudes, y manifestó que lo mejor que podia hacerse era dejar cuanto antes el cuarto.

Mientras arreglaban diferentes lios, se divisó al comisario de policía. Coignard no tuvo á bien aguardar; saltó por una ventana que daba al callejon de Fernando, y se escapó.

El comisario, despues de haber encontrado alguna dificultad en hacer abrir la puerta, entró, por fin, y dirigiéndose á Rosa Marcen, la preguntó si conocia á *Carelle* (sobrenombre que habia tomado Coignard). Rosa Marcen declaró no conocer á semejante hombre, y puso en las nubes el nombre del conde de Pontis de Santa Elena, su esposo. Pero no fué necesario mas para robustecer las dudas de la policía, pues ya se recordará cómo se le habia escapado el titulado Pontis de Santa Elena.

Procedióse al registro de la casa de Lexcellent, cuya dili-

gencia dió un resultado mas importante de lo que se esperaba. Allí se encontraron puñales, pistolas, mascarillas de cobre fundido, patillas y bigotes postizos; en una palabra, el equipaje completo de una cuadrilla de asesinos y ladrones.

No tardaron en arrepentirse de no haber arrestado desde luego á *Madama de Santa Elena*, la cual se dió buena priesa á huir; sospechóse sin embargo que no estaría lejos, y se hicieron pesquisas en las inmediaciones. Su gorro, que se divisó entre una empalizada, fué causa de que se la descubriera. Pero esta prision no significaba nada. Faltaba apoderarse de Coignard y de los demás cómplices. Se calculó con razon, que el supuesto conde de Santa Elena, inquieto acerca de la suerte de Rosa Marcen y de sus demas afiliados, vendria por la noche á rondar la casa. Diéronse las órdenes oportunas para preparar una emboscada, y fueron apostados varios agentes en el callejon de Fernando.

A las once de la noche, uno de aquellos agentes, llamado Fouché, se encontró manos á boca con Coignard, que iba á entrar; le agarró del cuello y le intimó que se diera preso en nombre del rey. Coignard respondió á esta intimacion con un pistoletazo que atravesó la mano y el hombro de Fouché. Este, á pesar de verse herido, contestó con otro pistoletazo que no tocó á Coignard: pero atraidos por las dos detonaciones los otros agentes, se apoderaron de Coignard y de Saffieri que estaba á veinte pasos de allí. Tres dias despues, estaba preso tambien Carretti, y la justicia comenzó entonces á instruir el proceso.

Bien se deja conocer en vista de estas últimas circunstancias, que la persona de Coignard no podia ya inspirar interés. No era ya el antiguo galeote que con su valor y su inteligencia habia tratado de rehabilitarse y de reconquistar una posicion en la sociedad, sino un hombre perverso, que nunca habia dejado de frecuentar el trato de la canalla, y que habia conservado siempre las costumbres innobles de las cárceles y presidios. El tribunal de assises del Sena se ocupó en su primera audiencia de ventilar la cuestion de identidad.

Hé aquí un extracto de esta audiencia:

El presidente al acusádo. ¿Cómo os llamais?

Coignard. Me llamo el conde de Pontis de Santa Elena, por mas que haya testigos que se empeñan en tomarme por Coignard.

El presidente. ¿Cuál es vuestra profesion?

Coignard. Teniente coronel.

Despues de estas respuestas, se nombra defensor de oficio al letrado Mr. Dupin, el jóven.

Mr. Agier, procurador general, refiere los hechos que motivan la comparecencia de Coignard ante el tribunal, y pide que se oiga á los testigos que puedan deponer acerca de la identidad de su persona.

El presidente. Acabais de oir la peticion del señor procurador del rey; ¿qué teneis que decir acerca de ella?

Coignard. Se padece una equivocacion respecto á mí; yo puedo parecerme á Coignard, y ya me decian esto en España, en donde yo mismo le he conocido. La mujer con quien él vivia, está en San Lázaro, se la puede llamar, y ella dirá si me reconoce.

El presidente. Hay varios testigos que os han conocido en galeras.

Coignard. Los recuso; todos ellos están bajo la influencia de la policía.

El presidente. Protestais que sois el conde de Santa Elena, pero no aducís otras pruebas de este hecho que vuestras protestas.

Coignard. Señor presidente, he estado cuarenta dias incomunicado hasta que esta mañana he salido de mi encierro; durante todo este tiempo ni siquiera pájaros he visto; ¿cómo queríais que os probase que soy el conde de Santa Elena?

El abogado general. Cuando la policía militar tuvo sospechas de que érais el presidiario Coignard, el conde Despinoy os dejó facilidad y algunos meses de tiempo para haceros reconocer por vuestra familia; se os ha dado sobre el particular toda la latitud posible. Jamás habeis podido sin embargo dar los menores indicios acerca de vuestros parientes, y los papeles que presentais tienen visos de falsos.

Los testigos Antonio Bois y su mujer; Juan Vicente, y la señora de Montigny, que habian depuesto como testigos en el primer proceso de Coignard el año X (1808), no reconocen al acusado.

De todos los demas testigos, tres declaran haber conocido al procesado en Tolon; uno de ellos dice que fué compañero suyo

de cadena, otro se acuerda de que siendo secretario de los comisarios en Tolon, escribió en los registros el nombre de Alejandro Coignard.

COIGNARD, esforzando la voz. Yo recuso á personas notadas de infamia que hablan solo á instigacion de un agente de policía, mi mas cruel enemigo. Además, este testigo miente hasta en atribuirme el nombre de *Alejandro*, cuando Coignard se llamaba *Pedro*.

Un antiguo preso de Bicêtre, así como varios alcaides de la misma cárcel, reconocen á Coignard por uno que estuvo detenido en ella hace algun tiempo.

El procesado opone á todos estos testimonios una denegacion absoluta.

EL ABOGADO GENERAL. Pedro Coignard no estaba casado, pero tenia por querida una muchacha llamada Lordat que murió poco ha en San Lázaro. Entre los efectos pertenecientes á esta muchacha se ha encontrado el retrato de Coignard. Ese retrato hélo aquí:

El acusado confiesa que hay semejanza, pero jura que él no se ha hecho retratar jamás.

El abogado general sostiene la acusacion y concluye que hay identidad perfecta entre Pedro Coignard y el que se titula conde de Santa Elena.

El defensor Mr. Dupin pide al tribunal un plazo á fin de conferenciar con su cliente para la presentacion de testigos de descargo que puedan demostrar que el procesado servia en España en la época en que fué condenado Pedro Coignard.

En el momento en que el tribunal iba á deliberar, un espectador que se hallaba por casualidad en la sala, hizo una declaracion contundente para *el conde de Santa Elena.*

Este testigo, oido en virtud de las facultades discrecionales del presidente, declara llamarse Viguier y haber conocido á toda la familia del acusado, con motivo de haberle tenido en su casa dos años antes de su primer condena. Todavía le está debiendo mas de doscientos francos, y fué padrino de su hija que se bautizó en San Sulpicio. Añade que, gracias á él, fué recibido Coignard en los granaderos de la Convencion; y dice tambien que el padre del procesado vive todavía, y que le admira no verle venir *á defender á su hijo*.

COIGNARD. Todo esto no es mas que un tejido de imposturas; sería menester examinar tambien á la mujer de este testigo. Que se vean los libros de bautismos y se compruebe si hay alguna firma mia. Coignard ha servido en los granaderos de la Convencion; pues bien, compárense las filiaciones que deben existir en el ministerio de la Guerra; si hay una sola pulgada de diferencia, yo no soy Coignard.

Despues de este incidente que impresionó fuertemente al auditorio, el tribunal difirió la causa para el 10 del mismo mes, á fin de que el acusado pudiese conferenciar con sus defensores y suministrar testigos de descargo.

VI.

El dia 10 de julio continuaron los procedimientos de esta famosa causa.

Mr. Lambanet, superior del seminario de Soissons, presentado por testigo de descargo, cree haber visto al acusado en España, pero no recuerda precisamente la época; Coignard le trae á la memoria varios hechos que el testigo vacila en negar ó afirmar porque solo tiene de ellos un recuerdo vago y confuso.

Otro testigo, Mr. Dreuil, no ha visto al acusado mas que en 1812, época en que este se le presentó como un emigrado francés, oriundo del Poitou. Refiere además que un dia, en una conversacion, un oficial español llamado Belfort, le dijo que hacia quince años que servia con el conde de Santa Elena, tanto en América como en Portugal.

EL PRESIDENTE al acusado. ¿Por qué os decíais oriundo del Poitou, si vuestra familia no es de allí?

COIGNARD. Yo fuí presentado por un tal Mr. Lanneau, quien pudo muy bien equivocarse acerca del lugar de mi nacimiento.

EL ABOGADO GENERAL. A menos que haya en Francia dos condes de Santa Elena, debeis haber sido vos quien escribió al alcalde de San Pedro Duchemin dos cartas que han venido á parar á nuestras manos. En la primera, se manifiesta al alcalde que Mad. Pontis de Santa Elena pasando con su marido por aquel pueblo, dió fortuitamente á luz un niño que fué bautizado en la iglesia parroquial, y se pide una partida de bautismo de aquel niño que es el firmante de la carta. Habiendo contes-

tado el alcalde que en los registros no aparecia nombre alguno de Pontis, se le dirige otra segunda carta en que se insinúa que sin duda ha sido quemado el registro, y se le dice que con arreglo á la ley se podria redactar una nueva acta con asistencia de siete testigos, que declarasen reconocerle por el hijo nacido de Mad. Pontis de Santa Elena. En recompensa de sus diligencias, se promete al alcalde la cruz de San Luis y el empleo de oficial para su hijo, si quiere servir en el ejército. (A Coignard) ¿Sois vos quién escribió estas dos cartas?

COIGNARD. Mi abogado responderá.

EL PRESIDENTE. Vos solo sois quien puede saber si las habeis ó no escrito. Responded, pues.

COIGNARD. Sí señor, yo soy quien ha escrito esas cartas, y mas adelante diré las razones que me forzaron á ello.

EL PRESIDENTE. Me parece que ahora es la mejor ocasion de explicarlo.

COIGNARD. Pues bien, señores; esas cartas las he escrito por mi hermano; yo sabia que habia nacido en Poitou, y quería tener su partida de bautismo.

EL PRESIDENTE. Hasta ahora os habiais dado á conocer como hijo único.

COIGNARD. Mi padre era hombre de un carácter muy duro y quizá en toda su vida no me ha hablado arriba de doscientas palabras; yo ignoraba quien era, de mi hermano ó yo, el que habia nacido en la Vendée. Mi propio hijo se ha encontrado en igual caso, pues nació en Colmar al pasar por allí mi mujer para seguirme á Alemania.

Los testigos de cargo prestan sus declaraciones respectivas.

Despues de algunas explicaciones entre Mr. Dupin y el abogado general, el tribunal manda examinar á la mujer de Viguier, la cual depone en el mismo sentido que su marido, con la única diferencia de decir que el acusado les debe 400 *francos menos tres libras*.

Uno de los vigilantes del jardin de las Tullerías reconoce al acusado por ser paisano suyo y haber servido con él en los granaderos de la Convencion.

El testigo Bourgeois, comisionista de transportes, le reconoce por haber vivido en la misma casa que él, bajo el nombre de conde Pontis de Santa Elena.

Una mujer le reconoce por la voz: «Le reconozco, dijo, por un pícaro infame que ha seducido y pervertido á una infeliz muchacha.»

Entre los demás testigos hay uno que declara llamarse Alejandro Coignard y reconoce al acusado, que no es otro que su hermano, por un Pontis de Santa Elena. El testigo, cuyas facciones ofrecen una gran semejanza con las del procesado, se retira, y el presidente pregunta á este si le conocia.

Coignard. Ya os he dicho que Coignard, con quien tengo la desgracia de que se me confunda, sirvió á mis órdenes en España. Este vino á verme y me dijo que era su hermano.

El presidente. ¿Con qué título han solicitado vuestra proeccion?

Coignard. Es muy sencillo. Siempre se procura hacer la córte á los que están en una posicion elevada.

A peticion del acusado, el tribunal concede un nuevo término para que pueda producir mas testigos, y de consentimiento del ministerio público, se proroga la causa hasta el 20 de julio.

VII.

A la apertura de la nueva audiencia, el acusado, á instancia del presidente, cuenta la historia de los primeros años de su vida.

—Salí de Francia, dice, á la edad de cuatro años para seguir á mis parientes á América. Jamás he sabido las razones de aquel viaje. Mi tio me trajo á Francia al cabo de once años, nos alojamos en la fonda de la calle de San Nicasio, y luego pasamos á España. Mi madre habia muerto en América. En 1790 me sacó mi padre una subtenencia. Me acuerdo que un dia dijo: «Mi hijo ha nacido en el pueblo de San Pedro, en la Vendée.»

El abogado general hace notar al acusado que en sus hojas de servicios se decia natural de Chatillon.

Coignard. Debe ser sin duda mi secretario el que ha cometido esta equivocacion.

El presidente. Habeis dicho que habias estado casado.

Coignard. Sí señor, con doña María Moreno que murió de sobreparto.

El presidente. ¿No es la misma con quien viviais en París?

Coignard. No era posible, puesto que habia muerto; la mujer de quien hablais se llama Rosa Marcen.

El presidente. En una de las últimas audiencias habeis dicho que vuestra madre se llamaba Linière d'Aubusson de la Feuillade, cuando consta que ninguna mujer de esa familia se ha casado con ningun Pontis.—¿Qué se han hecho vuestro padre y vuestra madre?

Coignard. Murieron de pesadumbre despues que salí de América.

El abogado general pregunta al acusado si tiene en la pierna unas manchas parecidas á señales de viruelas, á lo que responde negativamente, y contradiciéndole un gendarme presente en la audiencia, el cual habia visto aquellas manchas, el acusado se levanta el pantalon y manifiesta que son cardenales de los puntapiés que le dió un agente de policía. El letrado Mr. Dupin hace observar que solo un médico puede deponer válidamente acerca de esto.

Otros testigos reconocen al acusado, y uno de ellos declara haberle visto en Málaga por los años de 1811 y 1812 conociéndole bajo el nombre de Pontis de Santa Elena, y que, segun decia, habia servido en Buenos-Aires.

Antes de conceder la palabra al abogado general, el presidente manda leer una carta confidencial escrita por el acusado que contiene una instruccion para que varios testigos declaren haberle conocido en España en 1803 y 1804 con el nombre de Pontis de Santa Elena; el autor de la carta manifiesta en ella que si la cosa se arregla bien y se le reconoce como Pontis, lo demas no será mas que una bagatela y le devolverán su grado. Una mujer llamada Lorenza debia ser la encargada de pasar esta instruccion de mano en mano á los testigos. «Tened cuidado, dice, de poner atencion en lo que Lorenza referirá á mi abogado. Mr. Dupin tiene plena confianza en mí, y cree todo cuanto le digo.»

Interpelado acerca del objeto que se propuso con escribir esta carta, responde el acusado que él quería estrechar á los testigos á decir la verdad.

El abogado general persiste en sus precedentes pretensiones que son la declaracion de identidad.

El defensor toma en seguida la palabra, y despues de un brillante exordio, entra á profundizar la cuestion.

Segun la relacion de Mr. Dupin, el acusado nació en Soissons en 1774 yendo sus padres de viaje á Mons. Allí fué bautizado en

la iglesia de San German', y el abogado cita los nombres del padrino y de la madrina. «Suministraré, dice, la prueba legal de estos hechos, que consiste en una informacion de notoriedad hecha por cuatro testigos respetables ante un notario de París, mediante haber sido destruido por un incendio el registro de bautismos de Soissons.»

Lée en seguida el abogado la hoja de servicios de su cliente, en la que se mencionan sus hazañas á la cabeza de los españoles contra los ingleses. Al llegar Mr. Dupin al momento en que el supuesto conde de Santa Elena se presentó al mariscal Soult, exclama:

«¿Concebís por ventura que un hombre escapado del presidio de Tolon se encontrase de golpe en estado de desempeñar las funciones de oficial superior? El valor puede ser innato, pero los conocimientos militares no se adquieren sino con una larga y penosa esperiencia.»

Mr. Dupin confiesa que su cliente, acusado de no ser el conde de Santa Elena, hizo mal en no entregarse voluntariamente en manos de la justicia, y sobre todo en refugiarse en casa de un hombre sospechoso; pero el defensor pretende que el conde ignoraba los precedentes del llamado Lexcellent.

Volviendo á la informacion de notoriedad, dice Mr. Dupin que es un título de nacimiento regular, legal, y conforme á la posesion de hecho en que estaba el conde. «¿Sabeis, señores, añade Mr. Dupin, cual es la robustez de la posesion de hecho, acompañada de un título? El acusado se encuentra por tanto en un campo atrincherado donde no puede atacársele sino con medios muy formidables y con ayuda de testimonios intachables.»

Por lo que hace á la mayor parte de los testigos, Mr. Dupin los recusa: «No son mas que unos presidiarios, dice, que habiendo roto todos los lazos de la sociedad, no pueden merecer confianza alguna, y cualesquiera que sean por lo demás el número y la gravedad de sus dichos, se estrellarían contra una prueba que no puede ser recusada, á saber, la filiacion de Pedro Coignard en el presidio de Brest. Segun este documento que produzco, Pedro Luis Coignard es de edad de 31 años y su estatura un metro y 68 centímetros (5 pies y 2 pulgadas). Pues bien: el acusado tiene 1 metro y 98 centímetros (5 pies y cuatro pulgadas).

«Se añade que tiene el cabello castaño algo canoso, y los ca-

bellos del procesado son perfectamente negros. Coignard tenia la cara pecosa de viruelas y una señal en el lábio superior. Examínese á mi defendido, y si se encuentra en él una peca de viruelas, suscribo á que se le condene. Se espresa tambien que tiene dos cicatrices mas abajo de la coyuntura del dedo pulgar de la mano derecha; y el procesado no tiene sino una cicatriz adquirida en el campo del honor y en la parte superior del mismo pulgar. En fin, Coignard tenia en la pierna izquierda dos señales ó manchas, una blanca y otra negra; estas señales no se observan tampoco en mi cliente; no es, pues, Coignard, como caprichosamente se pretende.

«Voy, por el contrario, prosigue Mr. Dupin, á probar que en el acusado se reunen indicios incontestables que demuestran ser en efecto Mr. de Pontis. Está en posesion de hojas de servicios y otros documentos de que el ministerio público no acierta á dar cuenta sino con sumo trabajo. Se raciocina de esta manera: el acusado vino á París con una jóven que conoció á Mr. de Pontis; esta ha podido proporcionarle los papeles del último. Los periódicos han acojido con interés esta version que contiene un doble error.»

Aqui el abogado sostiene que la mujer de que se trata tomaba el nombre de *Ponte* y no de *Pontis*; además de que el acusado no conoció á esta persona hasta 1811 ó 1812, en Málaga, y cuando él era ya notoriamente conocido por el nombre de Pontis de Santa Elena.

Mr. Dupin deduce otro medio de justificacion de las hojas de servicios del acusado.

«En las hojas de servicios, dice, consignados están el número y la fecha de las heridas que recibió en Buenos-Ayres, en la Coruña, etc. en 1804, 1805 y 1806: cinco sablazos en la cabeza, dos en los pulgares; un bayonetazo en el bajo vientre; un balazo en la pierna derecha, otro en la parte superior de la tibia. Todas esas cicatrices existen en el cuerpo del acusado; son indelebles. Si se pretende, como varios periódicos han dicho, que la Marcen le dió los papeles de Mr. de Pontis, será preciso suponer que le dió tambien sus heridas.»

Despues de una brillante peroracion, en que el orador compara al acusado con el desgraciado *Lesurques* (1), Mr. Dupin pi-

(1) El proceso de Lesurques, uno de los mas interesantes y de los mas notables bajo todos conceptos, se publicará en una de las próximas entregas.

de que se llame á un facultativo para acreditar que no se nota en el procesado hoyo alguno de viruelas; que las señales que existian en Coignard, no se encuentran en él, y que las heridas que designan las hojas de servicios de Mr. de Pontis existen en el acusado.

Mr. Agier, abogado general, en una vigorosa réplica, debilita en gran manera los medios de defensa de Mr. Dupin. Exhibe una certificacion librada por el embajador de España, quien afirma que el nombre de Pontis jamás ha figurado en los cuadros de los ejércitos españoles; añade que el acusado ha podido seducir con sus artificios á las autoridades españolas, como ha querido engañar á las autoridades francesas. Aparte de que, segun sus propias declaraciones, se ha encontrado en parages muy distantes de los campos de batalla en que el verdadero Pontis recibió sus heridas.

Despues de refutar uno á uno los argumentos de la defensa, el ministerio público concluye que el acusado es real y positivamente Pedro Coignard. El tribunal adopta su dictámen y declara CONSTAR LA IDENTIDAD.

En consecuencia manda la ejecucion del decreto de 1808 y pone á Pedro Coignard á disposicion del procurador general para proceder á la averiguacion de los nuevos hechos que se le imputan.

Al leer esta providencia, exclama el acusado:

—*Dios os pedirá cuenta de este fallo. Nunca he tenido en mí señal alguna de las que cubrian el cuerpo de aquel por quien me tomais. Yo apelaré de vuestra sentencia.*

VIII.

Instruido el nuevo proceso con un cuidado escrupuloso y con una habilidad suma, compareció por tercera vez el pretendido conde de Santa Elena ante el tribunal de assises, el dia 22 de junio de 1819, para dar cuenta de los crímenes cometidos por él desde su permanencia en París.

Consistian estos crímenes en robos con fractura y de noche; en falsificaciones, y en un conato de homicidio. El miserable se habia aprovechado de la alta posicion que le daba su grado, de las relaciones que habia adquirido, para entregarse á los crímenes mas escandalosos. Así era como hacia frente á su lujo y á sus desmesurados gastos.

Es un hecho notable y que muestra cuán perniciosas son las malas compañías, el que desde su salida de galeras en 1805 hasta el año 1815, en que vino á París y renovó su trato con sus antiguos camaradas, su conducta fué irreprensible.

Entre los capítulos de acusacion, hay uno que merece mencion especial, porque pinta el carácter del hombre y la manera de que se servia de la influencia moral que habia sabido adquirirse.

Al llegar á París, se presentó en casa de Mr. Prevost, intendente militar que ocupaba un puesto elevado en el ministerio de la Guerra. Madama Prevost tenia el apellido de Pontis, y Coignard se hizo pasar por un pariente suyo lejano; siendo perfectamente recibido en la casa, en la que presentó luego á su pretendida esposa.

Por medio de esta familia hizo conocimiento con Mr. Sergent de Champigny, jefe de division en el ministerio de la Guerra, y hombre de los mas recomendables.

Un dia fué á ver á este, y le presentó uno de sus amigos que segun dijo solicitaba de él un favor. Recibiólos Mr. Sergent á uno y á otro con las mayores consideraciones, y mientras escribia una carta, abrió Coignard con familiaridad varios cajones del *secretaire* y divisando gran número de alhajas y objetos de plata, exclamó señalando todo aquello al individuo que le acompañaba:

—Ya veis; tiene puesta la casa como un ministro.

Pidió luego permiso á Mr. Sergent, que habia quedado muy satisfecho de aquel cumplido, para ver el resto de la casa. Mr. Sergent consintió en ello con sumo gusto.

Pasaron entonces á las demás piezas y sacaron en cera la marca de las cerraduras. Tomadas estas medidas, se fijó para la ejecucion del robo el dia 11 de diciembre de 1816, en que Mr. Sergent de Champigny daba audiencia pública en el ministerio de la Guerra.

Para estar seguro de que Mr. Sergent no volvia á su casa durante la perpetracion del robo, constituyóse Pedro Coignard en la audiencia desde que se abrió hasta que dió fin, á pesar de que nada tenia que solicitar. Mr. Sergent se acercó á él diferentes veces y le preguntó si tenia algo que mandarle. Pedro Coignard se deshizo en demostraciones de agradecimiento, y como solia ir con frecuencia al ministerio de la Guerra, no excitó la menor sospecha.

Mientras él estaba así á la mira de Mr. Sergent, otros de su cuadrilla saqueaban su casa y le robaban la plata labrada, las alhajas, una gran cantidad de objetos preciosos y todo el metálico.

Al volver Mr. Sergent á su casa quedó atónito de un robo tan atrevido. Al dia siguiente recibió la visita de Coignard que fué á manifestarle cuán sensible le era aquella desgracia, y le ofreció su auxilio para dar con los autores de tan escandaloso golpe de mano.

El buen Mr. Sergent le dió las gracias, con los ojos arrasados en lágrimas, y aceptó sus ofertas. Coignard le acompañó á casa del prefecto de policía y del procurador del rey, y dijo á estos que eran generales las quejas por los numerosos robos que hacia algun tiempo tenian consternada la capital, y que era de su deber redoblar su celo y su actividad para impedir la repeticion de semejantes escesos. Añadió al mismo tiempo, que acerca del robo cometido en casa de Mr. Sergent habia recojido datos ciertos que podrian servir á la policía para seguir la pista á los culpables. Las indicaciones que hizo frustraron completamente las pesquisas de la policía, y solo despues de mucho tiempo, cuando se descubrieron algunos de los objetos robados, unos en su domicilio y otros en el de Lexcellent, fué cuando se averiguó la verdad.

Los demás robos cometidos por esta misma cuadrilla fueron tan hábilmente dispuestos como audazmente ejecutados.

Para convencerse de ello, basta la narracion de los hechos que aquí consignamos.

Pedro Coignard habia conocido en otro tiempo al general español don Pedro Martí, que se encontraba en París y vivia en la calle *Basse-du-Rempart*, núm. 61. Encargó á Caretti que indagase la habitacion del general, y Caretti en su interrogatorio de 29 de mayo conviene en haber sido encargado de aquella comision por el pretendido conde.

El dia 31 de diciembre de 1817, envió Pedro Coignard á Rosa Marcen á casa del general. Tuvo ella buen cuidado de hacerse anunciar como madama de Pontis, condesa de Santa Elena. Lo decente y esmerado del traje, el coche á cuya zaga figuraba como criado Alejandro Coignard, y finalmente el aire de dignidad y las finas maneras de aquella mujer persuadieron al general Martí, á quien se presentaba como la viuda de un oficial francés que ha-

bia emigrado dejándola una hija de su matrimonio, de que decia la verdad. Ella le anunció que tenia la intencion de pasar á América, y que deseaba saber las señas del general Mina, hermano del que mandaba un cuerpo de insurgentes americanos. El general español que ignoraba estas señas, envió inmediatamente á su criado á preguntarlas á un amigo y se las dió luego á la pretendida condesa de Santa Elena.

«Es de creer, dice el escrito de acusacion, que en tanto que la supuesta condesa se enteraba de las localidades interiores, Alejandro Coignard examinaba con cuidado la parte exterior de la casa. De todas maneras, parece que no habian adquirido el suficiente conocimiento. Al otro dia, esto es, el 1.º de enero de 1818, Rosa Marcen acompañada como el anterior de Alejandro Coignard disfrazado de lacayo, volvió á casa del general á pretexto de hacerle una visita en accion de gracias, y permaneció mucho tiempo sola en la sala, ínterin D. Pedro Martí acababa de vestirse.»

Esta visita de año nuevo fué muy funesta para el general; pues el dia 18 de enero, le robaron 700 francos en oro y plata, ricos uniformes, una gran porcion de ropa blanca, de plata labrada, y tres cruces de la Legion de Honor.

A consecuencia de estos hechos y de otros varios de que luego hablaremos, Coignard y sus cómplices comparecieron ante el tribunal de Assises, así como la jóven Rosa, que la acusacion pretendia ser Rosa Marcen y no Rosa María.

Seis cómplices, aparte de Rosa Marcen, fueron procesados á la vez por el tribunal de Assises, á saber:

1.º Alejandro Coignard, reputado por hermano de Pedro;
2.º Lorenzo Laurent, que vivia con este último;
3.º Lexcellent, ex-botillero;
4.º Carrete ó Caretti, joyero;
5.º Saffieri, ex guarda almacen, natural del Piamonte;
6.º Lenormand, portero de la verja del invernáculo, en Versalles.

En el momento de ir á hacerse la lectura del acta de acusacion, se levanta Pedro Coignard y dice:

—Señor presidente, ós he escrito ayer pidiendo el aplazamiento de la causa; hace trece meses que estoy en la cárcel, y diez los he pasado incomunicado. No he tenido tiempo para en-

terarme de los procedimientos, ni para presentar testigos, ni para proporcionarme documentos indispensables para mi defensa. En mi nombre y en el de mis co-acusados, pido el aplazamiento de la causa para una de las próximas sesiones.

—Haceis mal en decir que hablais á nombre de vuestros co-acusados, responde el presidente, pues varios de ellos han hecho por escrito una peticion contraria.

El letrado Millot, encargado de la defensa de Pedro Coignard; Mr. Dupin, abogado de Rosa Marcen, y el defensor de Saffieri insisten en el aplazamiento. El primero sobre todo dá una grande importancia á esta próroga.

—Mi insistencia se concibe muy bien, dice Mr. Millot, porque el primer acusado, de quien soy patrono, es el mas interesado en acumular todos sus medios de defensa, puesto que en razon de la reincidencia, le va en ello la pena de galeras perpétuas, y aun quizá la de muerte.

El presidente interrumpe á Mr. Millot reconviniéndole por dar á conocer á los jurados el resultado posible de la declaracion que han de hacer.

—Sabeis muy bien, dice el presidente, que los jurados faltan á sus deberes si toman en consideracion las disposiciones de la ley penal.

El abogado de Lexcellent, Mr. Pinet, se opone á la dilacion tan vivamente solicitada por su colega.

—Ningun obstáculo se me ha opuesto por la escribanía, dice Mr. Pinet, para enterarme de lo que arrojan los procedimientos, y los abogados de los demas encausados habrian podido obtener con la misma facilidad todas las noticias y apuntes convenientes para la defensa.

Mr. Hamelin, abogado general, combate las pretensiones de Mr. Dupin y sus colegas. El aplazamiento solicitado no le parece mas que un medio dilatorio para conseguir una suspension definitiva.

Apenas ha hablado Mr. Hamelin, se levanta Coignard, y exclama con fuerza:

—Mr. Lexcellent está rodeado á todas horas de una porcion de mujeres que vienen á visitarle á la cárcel y que intrigan en favor suyo; hé ahí por qué le corre tanta prisa el ser juzgado. Hay tambien otros motivos que descubriré. Además, yo estoy

enfermo, y declaro que si no se proroga la causa, no responderé á ninguna pregunta.

Mientras el tribunal delibera sobre aquel incidente, se suscita un vivo altercado entre Coignard y Lexcellent. Los gendarmes se ven precisados á intervenir para estorbar que la disputa tome un caracter mas sério.

Por fin se restablece la calma, y, continuando la sesion, el tribunal deniega la próroga, fundándose en que no se ha pedido en los términos que previene el art. 306 del código de instruccion criminal.

El escribano lee en seguida el pedimento de acusacion, cuya primera parte se ocupa solo de Coignard y le sigue en las principales circunstancias de su vida.

Concluida la lectura, toma la palabra Mr. Hamelin, órgano del ministerio público, y sostiene los principales puntos de la acusacion.

Durante este discurso, Rosa Marcen se mantiene en una actitud modesta, y con los ojos constantemente bajos; su exterior es muy agradable, y su traje, aunque sencillo, manifiesta una verdadera elegancia.

Por lo tocante al supuesto conde de Santa Elena, el cual se ha dejado crecer las patillas, su continente es altivo y marcial, su voz fuerte é imperiosa, sus miradas animadas y expresivas.

Coignard fué el que abrió la marcha en los debates, y no obstante sus amenazas de encerrarse en una mudez voluntaria, se dispone á responder á las interpelaciones del presidente.

El presidente. Pedro Coignard, por razon de los hechos que acabais de oir, se os acusa de falsario.

Coignard. Yo no soy Coignard, soy Andrés Pedro de Pontis, conde de Santa Elena.

El presidente. Por la sentencia de 20 de julio último, que tiene la autoridad de cosa juzgada, sois Pedro Coignard, y bajo este nombre debeis responder.

Coignard. He sido juzgado con arreglo á las declaraciones prestadas por algunos presidiarios. Semejantes testimonios no pueden destruir ni mi estado, ni mis títulos, ni mis hojas de servicios que acreditan quien soy.

El presidente. Vuestros títulos son usurpados; las hojas

de servicios consignan hechos falsos; estábais en las galeras de Tolon precisamente en la época en que segun las hojas de servicios estábais en tal ó tal cuerpo en América.

COIGNARD. Quien estaba en Tolon era Coignard y no yo; yo mismo he conocido á aquel miserable, y le hice algunos favores; pero ya ha muerto.

EL ABOGADO GENERAL. Erais oficial en un cuerpo de partidarios españoles, cuando, despues de caer prisionero en manos de los franceses, os dió el mariscal Soult un grado en su ejército. Llevábais con vos varias hojas de servicios, pero ni el mariscal, ni nadie comprobó si os pertenecian ó si eran verdaderas. La verdad es que las usurpásteis.

COIGNARD. Me pertenecian como conde de Santa Elena. Muéstreseme otro conde de Santa Elena mas que yo. Nadie en París, ni aun vos mismo, puede creer que sea yo Coignard.

El acusado persiste en decir que se le confunde con otro. Hé aquí todavía otra muestra de sus diálogos con el presidente del tribunal.

EL PRESIDENTE. Pedro Coignard, ¿fuísteis vos quien facilitó á vuestro co-acusado la consecucion de un retiro de 300 francos por medio de hojas de servicios falsificadas?

COIGNARD. He tenido ya el honor de decir al señor presidente que me llamo Pontis y que no responderé cuando se me nombre Coignard. Aunque me fuese en ello la vida, no cambiaré de lenguaje.

A fin de conciliarlo todo, el presidente no dirige mas la palabra á Coignard sino llamándole *primer acusado.*

Interrogado Lenormand acerca del hecho imputado á Pedro Coignard, y del que resulta cómplice el mismo Lenormand, refiere este con una ingenuidad notable por qué fatal concurso de circunstancias se encuentra comprometido en el proceso. Estando sirviendo en tiempo de Luis XVI salió de una accion con el brazo atravesado de parte á parte; mas adelante recibió en España otras heridas.

En fin, dijo, no es culpa mia que el consejo de administracion del cuerpo haya llenado una pequeña laguna en mis hojas de servicios, diciendo que fuí hecho prisionero en la Jamaica, luego sargento, luego voluntario real, etc.

COIGNARD. En la época á que os referís yo no era ya pre-

sidente del consejo de administracion del cuerpo, y me ocupaba en instruir y formar la legion del Sena.

LENORMAND. Es verdad, pero vos me recomendásteis á Mr. B***.

COIGNARD. Eso hubiera sido contra mis principios, porque Mr. B*** es suizo y á mí jamás me han gustado los extranjeros.

A estas palabras, el acusado entra en pormenores de su vida militar y apela á sus virtudes guerreras del ultraje hecho á su honor, y como el presidente le exhortase á expresarse con mas calma, replica diciendo:

—¿Qué quereis? yo hablo como un soldado. Vos llenais vuestros deberes de presidente. Yo soy militar hasta la médula de mis huesos. *No habría hecho yo seguramente tantas proezas* si hubiera sido abogado. Pero parece que aquí todos quieren ponerme el pie encima. Se quiere que yo sea el autor de todas las falsificaciones, de todos los robos que se han cometido en París.... Yo quitaré la máscara á los bergantes, á los mónstruos que me persiguen..... No hablo del señor prefecto de policía que es un hombre de bien, sino de los subalternos, de los miserables que....

Interrumpióle el presidente invitándole de nuevo á que se moderase, y Coignard respondió con ironía:

—Pues bien: salid pronto del paso enviándome al calabozo, y echadme si os acomoda una cadena al cuello....

Se pasa en seguida al interrogatorio de Alejandro Coignard, hermano del Pedro.

Este acusado fué el primero que cayó en poder de la justicia, siendo arrestado á las nueve de la noche en la calle de la Paz, núm. 17, en el despacho del banquero Mr. Ricardo Mont-Soyeux. Un mancebo llamado Petit vió que habia luz dentro, y habiendo acudido á ver lo que era, encontró al principio resistencia para abrir la puerta. Pero abriendo luego Alejandro la puerta con violencia, agarró á Petit por el cuello, lo derribó en tierra, pasó por encima de su cuerpo y huyó. Los gritos de Petit, y el ruido que habia ocasionado aquella lucha, atrajeron á varias personas de la casa. El portero cerró inmediatamente la puerta cochera; y Alejandro Coignard que habia ya bajado gritando tambien ¡*ladrones*! fué detenido en el

patio; cuando fué cogido, rogó y suplicó al que se habia apoderado de él, que no le perdiese y le dejase libre; por mucho tiempo se resistió á decir su nombre, pero protestó que era de una familia honrada.

Si se le habia de creer, habia encontrado en los balevares á una jóven que le dijo llamarse Adela y estar sirviendo en aquella casa, sin manifestarle el nombre de sus amos ni el cuarto en que vivia. Ella se convino en dejar la puerta abierta. Mientras andaba él buscándola inútilmente de cuarto en cuarto, oyó gritar ¡ladrones! y temiendo comprometer á aquella jóven, se metió sin saber como en el despacho de Mr. Ricardo Mont-Soyeux.

Los debates duraron cinco dias y revelaron los hechos que acabamos de referir y muchos otros del mismo género.

Las pruebas eran concluyentes contra todos los acusados, y sobretodo contra Coignard. Por ejemplo, cuando se arrestó á Coignard, le encontraron un par de pistolas de faltriquera y dos chales de cachemira, de los que uno fué reconocido como procedente de un robo. Encontráronse tambien 3200 francos en oro escondidos en las botas, ademas un reloj de oro asimismo robado, y la cruz de la Legion de Honor del general Martí.

Parece tambien que Coignard habia olvidado por un momento aquella presencia de espíritu que habia conservado por tantos años y que no le abandonó ni aun delante del tribunal, en el que desempeñó hasta el último instante el papel que se habia propuesto. Segun manifestacion de uno de sus compañeros de prision en la fuerza, Coignard paseándose una mañana en el patio le dijo:

—¿Veis la elevacion que se ha dado á esa pared? pues bien; se ha hecho *por mí*.... quiero decir, por ese famoso Coignard con el que se empeñan en confundirme; por ahí es por donde en cierta ocasion trató de evadirse.

Por de contado, no influyó esta manifestacion en la opinion de los jueces. Los testigos eran numerosos, y sus dichos acordes, y lo que agravaba además la posicion de los procesados, era la resistencia armada que habian hecho á la justicia. La defensa empero sacó un gran partido de la posicion de cada uno, haciendo valer los antecedentes de varios de los acusados, y sobre todo de Coignard, cuya conducta y cuyo valor en Espa-

ña habian merecido los mayores elogios; á mayor abundamiento, hablo él mismo con cierta dignidad, y produjo un efecto favorable á su causa enseñando el pecho cubierto de cicatrices. Estas circunstancias hicieron desestimar por los jurados la cuestion de homicidio que hubiera acarreado la pena de muerte.

En fin, despues de cinco dias de animados debates, el tribunal, en vista del veredicto del jurado, dió sentencia en 10 de julio de 1819, condenando á Pedro Coignard á trabajos forzados perpétuos con exposicion, á Saffieri á diez años, á Carretti, Lexcellent y Alejandro Coignard á cinco años; y absolviendo á la jóven Rosa y á otra mujer llamada Lorenza Laurent que vivia con Alejandro Coignard. Mas adelante, Alejandro Coignard, en razon de sus antecedentes y de las revelaciones que habia hecho, fué indultado y puesto solamente bajo la vigilancia de la policía.

El final de esta audiencia fué de los mas curiosos por el contraste de las sensaciones esperimentadas por los encausados.

Las mujeres absueltas muestran la mas viva emocion y derraman abundantes lágrimas. Lenormand y los otros dos que estaban en su caso no disimulan su alegría. El primero se pone á gritar repetidas veces:

—¡Viva el rey! ¡vivan los príncipes!

Los dos hermanos Coignard y Lexcellent salen en seguida escoltados por gendarmes; Lexcellent que, al verse ligado á la suerte de los dos reos principales, teme incurrir en una pena tan grave como la que creia reservada á ellos, se entrega á la mas violenta desesperacion; no obstante, se repone un poco de su abatimiento al oir su condena á cinco años de prision solamente.

Pedro Coignard hace alarde de una rara desvergüenza, pero su hermano deja percibir una profunda consternacion al escuchar la lectura de la deliberacion del jurado.

Cuando Alejandro Coignard oyó su sentencia, exclamó con desesperacion:

—Señores jueces, vais á conocer mi inocencia; voy á nombrar á los culpables.

—A Caretti es á quien debeis agradecer lo que os pasa, dijo Pedro Coignard.

—Sí, señores, repuso Alejandro. Si no hubiera sido por Careti, no estaría yo delante de este tribunal.

El presidente corta estas reconvenciones, diciendo á los procesados que tenian tres dias para reclamar de nulidad, y añadió:

—En todo caso, debeis sufrir vuestra condena con el valor y la resignacion que debe experimentarse cuando uno es sentenciado por hombres imparciales y justos.

—¡Decid mas bien injustos! exclamó Pedro Coignard; pues jamás os perdonaré el fallo del dia 20 de julio.

IX.

Creíase este proceso enteramente terminado, puesto que la justicia, en su imparcial equidad, habia decidido de la suerte de cada uno de los acusados, cuando se supo que Rosa Marcen no habia sido puesta en libertad. Alejandro Coignard, en su desordenada desesperacion, habia hecho nuevas revelaciones, y el ministerio público por su parte amenazaba todavía con sus rayos á aquella mujer juntamente con Carretti y Saffieri, por hechos no comprendidos en el acta de acusacion.

El dia 17 de julio comparecieron los tres nuevamente acusados ante el tribunal de policía correccional como iniciados de haber proporcionado á Pedro Coignard el pasaporte que habia falsificado, y con ayuda del cual, bajo el nombre de Carette, habia logrado sustraerse por algun tiempo á las pesquisas de la justicia. El ministerio público pidió la imposicion de cinco años de prision y cincuenta francos de multa á cada uno de ellos; pero el tribunal, declarando que no resultaba probado que hubiesen obrado *á sabiendas*, los absolvió de la acusacion.

Restaba saber qué suerte aguardaba á la reclamacion que los hermanos Coignard habian hecho contra la sentencia del tribunal de Assises; no se hizo esperar mucho tiempo la resolucion, y en 31 de julio, á pesar de los esfuerzos del letrado Mr. Millot, el tribunal regulador confirmó la sentencia de los primeros jueces.

X.

Pedro Coignard soportó su pena con energía. Cuando salió para galeras con la cadena de los forzados, se agolpó un tropel

inmenso á Bicêtre para verle, y en todas las poblaciones por donde pasaba escitó igual curiosidad.

Llegó por fin á Tolon; todos sus antiguos compañeros de cautiverio le reconocieron y le recibieron con entusiasmo. Comprobóse su filiacion en los registros del presidio, y resultó enteramente conforme con las señas suministradas en París en su primer proceso. Pusiéronle la doble cadena.

La jóven Rosa fué á establecerse en Tolon para estar mas en disposicion de verle y prodigarle sus cuidados hasta que ocurrió su muerte, que fué á los pocos años.

EL SECRETO DE UN PRACTICANTE DE CURIAL.

MITONNEAU y Brunet son dos amigos de infancia. El primero se casó y es padre de la señorita Proserpina; el segundo ha permanecido soltero, pero tiene un sobrino llamado Alarico.

De estas circunstancias resultó la siguiente conversacion que tuvieron una mañana temprano Mitonneau y Brunet.

—Mitonneau, dijo Brunet, tú eres padre y yo soy tio: si tu quisieras ser padre de mi sobrino, yo podría ser tio de tu hija.

—Que me place, respondió Mitonneau; así los nudos de este himeneo apretarán mas los lazos de nuestra amistad.

A estas palabras se separaron aquellos dos Castor y Pollux, á fin de ocuparse cada uno por su lado de la realizacion de su bello proyecto.

¿Cómo conciliar con estos antecedentes la demanda formulada por Mitonneau contra Brunet y su sobrino reclamando una indemnizacion de 10,000 francos?

Véase cómo explica Mitonneau el problema.

«Convenido el himeneo, Brunet escribió á su sobrino, practicante de curial en Amiens, quien aceptó la proposicion y fijó el dia de su llegada. Aquel dia junté en mi casa una porcion de parientes y amigos, como es de costumbre en casos tales. Pero Alarico, en lugar de echársela de galante con su futura, lo mismo fué ver á Proserpina (que entre paréntesis, estaba preciosa), volvió las espaldas y se marchó corriendo como alma que se lleva el diablo, sin haber siquiera abierto su boca para dar la menor excusa. Bien se deja conocer que yo no he podido soportar la humillacion de ver al curial en ciernes negarse indefinidamente á dar su mano á una muchacha rozagante é intacta sin decir

por qué: de suerte que cualquiera creerá que Proserpina tiene algun alifafe, y nadie querrá cargar con ella..... Por eso me he visto precisado á reclamar 10,000 francos de indemnizacion por el ultraje hecho á nuestro honor.»

El presidente á Alarico. Explicad vuestra conducta, que en efecto ha sido injuriosa.

Alarico, levantándose rápidamente y con resolucion. Pues bien; voy á ilustrar á la justicia.... voy á confiar en su seno ese secreto que el mio no puede ya contener...... Toda la culpa la tiene mi tio Brunet; yo habia puesto mis condiciones *sine qua non*......

Brunet. Digo y repito que te equivocas, Alarico, te equivocas. La señorita Proserpina no es rubia..... Es otro color, ó por mejor decir, son dos colores diferentes......

Alarico. No entendeis jota de colores, tio.

El presidente. ¿No quereis, segun veo, casaros con una rubia?

Alarico, con emocion. Tengo mis razones para ello. Escuchad y juzgad.

«En 1843 tenia yo un cuartito muy bien arreglado. El domingo de carnestolendas, un amigo (al que no me atrevo á nombrar por respeto al tribunal), me suplicó le prestase mi habitacion para el martes por la noche...... Su objeto era concurrir allí con una muchacha á quien amaba, y la cual habia consentido en cenar con él.... hija de un comerciante gordo.... Entre amigos estas cosas no se niegan. Consentí, pues, pero yo quería ver á la Dulcinea de Marranote (perdóneme el tribunal, ese era el nombre del amigo que no me atrevia á nombrar por consideracion....) En fin, convinimos en que yo pasaría por un mozo de la fonda y serviría á la mesa.... ¡Una farsa propia de carnaval! Pero, ¡qué chasco!.... La niña vino disfrazada con un dominó y cubierto el rostro con una media careta...... No obstante, pude ver que sus cabellos eran rubios y que tenia un lunar al lado izquierdo de la barba... Por eso cuando, concluida la cena, me despedí de ellos, juré solemnemente que si alguna vez caia en la tentacion de casarme, no sería con mujer rubia...»

El presidente. ¿Y no hay mas que eso?

Alarico. ¡Cáspita! ¿os parece poco?..... La querida de mi amigo era hija de un comerciante gordo.... Ahí teneis á Mr. Mi-

tonneau que es gordo y es comerciante.... Y cuando me ha presentado á la señorita Proserpina, he quedado petrificado al ver sus cabellos rubios y un lunarcito en la barba.... La escena que antes he referido se me vino á la memoria, y como no entra en mis cálculos ser sucesor de mi amigo ni de nadie en esta materia, salí á escape de aquella casa, furioso contra mi tio, de quien es toda la culpa, por haberme asegurado que la señorita Proserpina no era.....

El presidente á Brunet. ¿Por qué no escribísteis á vuestro sobrino que la señorita de Mitonneau es rubia?

Brunet. Yo le hecho ver que los cabellos de esa señorita son una mezcla de castaño-claro, vermellon y ceniza.... un color trino....

Alarico. Que representa cabalmente el rubio encendido..... el mismo mismísimo que el de la Dulcinea de mi amigo de marras.

Al llegar á este punto toma la palabra el abogado de Mitonneau y se esfuerza en demostrar el perjuicio que resulta á una doncella honrada de la conducta observada por Alarico. Añade que en carnaval las mujeres que se disfrazan con dominó se tiñen el cabello ó se ponen un postizo para mayor disimulo, y que verosímilmente la mujer á que ha aludido el demandado sería morena y muy morena. El abogado concluye haciendo el elojio de la señorita Proserpina.

Sin dar lugar a pasar adelante, se levanta el demandado y exclama:

—No hay mas que hablar, señores. La elocuencia y la lógica del señor abogado me han convencido...... Aparte de que ahora me acuerdo que la querida de mi amigo tenia el lunar á la derecha y la señorita Proserpina lo tiene á la izquierda....

Mr. Mitonneau. No señor, mi hija lo tiene á la derecha.

Alarico. ¡Ah!.... entonces es la otra la que lo tiene á la izquierda. En fin, eso poco importa, pues estoy convencido.

Atendida esta súbita conviccion, el tribunal sobresee y manda que cada parte pague sus costas respectivas.

ROSSEEL Y VANDENPLAS.

(TRIPLE ASESINATO: ROBO).

I.

Un dia del mes de agosto de 1847, dos hombres que desembocaban de la calle de la Colina, llegaron á la plaza mayor de Bruselas, en donde se detuvieron para hablar con un tercer individuo.

De los dos primeros, el uno iba vestido de blusa, el otro de levita.

Por lo que hace al tercero, llevaba el devantal de lienzo verde que acostumbran ponerse los carpinteros.

El hombre de blusa era un tal Silvestre, jornalero, de Hal.

El que iba de levita se llamaba Vandenplas, y habia tenido algun tiempo un establecimiento de panadería en la calzada de Etterbeek, cerca de Bruselas.

El personaje del devantal verde era Francisco Rosseel, oficial de carpintero.

Estos tres individuos se habian conocido en la cárcel de los Carmelitas, en donde habian estado presos en una misma época.

—¡Hola! dijo Vandenplas á Rosseel al acercarse, ¿qué tal os va?

—Mal, respondió Rosseel. Estoy sin un cuarto; mi maldita prision me ha arruinado.

—Otro tanto me pasa á mí, replicó Vandenplas. Me comería los codos de hambre, si no fuera porque tengo un tabernero que me debe 60 francos, y en cuya casa puedo comer hasta estrujar la deuda.

—¡Ay, amigo! dijo Rosseel, estoy de Bruselas hasta la coronilla. Por eso he ido á visar mi pasaporte para largarme á Holanda.

—¿Y qué vais á hacer á Holanda? ¿Hay acaso por allí ocasiones buenas de robar? preguntó Vandenplas.

—No sé, dijo Rosseel.

—Es que hoy dia, repuso Vandenplas, lo mejor que cabe hacer es robar; no hay remedio. Y á propósito, conozco á un camarada que sabe de un buen negocio en Alsemberg. Si os acomoda, id por allá el domingo.

—Está dicho, respondió Rosseel. Hasta el domingo.

—Andad con cuidado, insinuó Silvestre. Quizá sea Bochs quien haya de daros informes, y no conviene fiar mucho en él; es un soplon ¿lo sabeis?

—Pues bien, dijo Vandenplas, tengo otro camarada en la ciudad, el cual nos dirá un medio de *hacer* mucho dinero.

—Aquí es demasiado peligroso, objetó Rosseel. Yo preferiría ir á Alsemberg.

—Vaya en gracia por Alsemberg, dijo Vandenplas.

—Ea, dijo Rosseel, yo trabajo en donde sabeis y no puedo detenerme. Pero venid á buscarme allá mañana á las diez y media y hablaremos del asunto.

—Corriente, dijo Vandenplas, cuanto antes mejor. Porque cuando me acabe de comer mis 60 francos, me quedo á la luna.

A estas palabras, se separó Rosseel de los otros dos individuos, quienes continuaron su marcha hácia la puerta de Hal.

II.

Pocos dias despues del encuentro y conversacion que acabamos de referir, un crímen horrible llenó de consternacion á los habitantes de Bruselas.

La señorita Evenepoel vivia con su hermano y con dos criadas llamadas María Teresa Desain y Ana María Gertrudis

Smeets, en una casa de la plaza de Saint-Gery, núm. 13 en Bruselas.

Esta casa estaba separada de la calle por un patio en que habia una pequeña pieza destinada á lavadero y una de las puertas de la cocina.

Cornelio Morrens, cochero del Sr. Evenepoel, venia á hacer sus comidas en casa de su amo, y pasaba la noche en una cuadra de la calle del Dique donde estaban los caballos.

El dia 2 de setiembre de 1847, fué Morrens á cenar segun tenia de costumbre entre nueve y media y diez de la noche. Habiendo llamado en balde por tres veces, observó que la puerta estaba entornada, y entrando en el patio vió encendida luz en la cocina. Cogió una palmatoria y se dirigió hácia el lavadero, donde debia partir un poco de leña para el fuego; pero al entreabrir la puerta, divisó un cadáver.

Espantado á su aspecto, corrió á avisar á los vecinos quienes dieron inmediatamente parte á la policía, y de las primeras diligencias resultó haberse cometido un triple asesinato en casa de la señorita Evenepoel. En el lavadero se encontraron los cadáveres mutilados de las dos criadas, y el de la señorita Evenepoel en el comedor.

En el fondo del patio y cerca de la puerta de entrada al cuerpo de la casa se veian dos charcos de sangre, partículas de sesos, pedazos de cráneo y astillas de huesos; desde este paraje hasta el lavadero habia dos rastros de sangre paralelos.

El cadáver de la señorita Evenepoel estaba tambien bañado en sangre.

Segun el dictámen de los médicos, las dos criadas habian sufrido fuertes martillazos en la cabeza, y los golpes habian sido tan numerosos y tan violentos que el cerebro de la pobre Smeets estaba hecho un engrudo; habian recibido tambien heridas causadas con instrumento cortante y acerado como un cuchillo puntiagudo ó un puñal largo, heridas que interesaban principalmente las venas yugulares y el canal vertebral.

La señorita Evenepoel habia muerto de la misma manera, pues tenia una fractura en el cráneo producida por instrumento contundente y una enorme herida que dividia la vena yu-

gular interna y la arteria carótida, y que parecia hecha con un puñal largo de hoja plana y cortante.

Las huellas de pisadas en la casa indicaban la presencia de dos personas que habian andado en los muebles de varios cuartos, forzado la parte superior de un *secretaire* del Sr. Evenepoel, y tratado de abrir, valiéndose de un escoplo, la parte inferior del mismo.

Los autores del crímen se habian llevado muchos objetos de oro y plata. Seis relojes, 945 florines de los Paises Bajos, en piezas de diez y de cinco florines (moneda de oro) y 17 piezas de tres florines (moneda de plata). Estas diez y siete piezas de tres florines estaban guardadas en la gaveta de la señorita Evenepoel.

Por lo demás ninguna señal habia ni en el patio exterior, ni en el jardin de la casa, de escalamiento, fractura ó llaves falsas; de suerte que los autores del crímen habian debido introducirse llamando á la puerta de la entrada principal, logrando que las criadas les abriesen.

El crímen, finalmente, se efectuó entre siete y media y nueve de la noche, puesto que la viuda Drabbe que habia ido á casa de la señorita Evenepoel con un recado de la señora de Keymolen, su hermana, habia despachado su encargo á las siete y media y habia estado hablando con la cocinera que salió acompañándola hasta la puerta. Un cuarto de hora despues se presentó un cobrador de letras que llamó inútilmente por tres veces, y á cosa de las ocho y media un tal Danckaerts que cortejaba á la cocinera, habia dado cuatro golpes diferentes en la pared que daba al lavadero. Nadie respondió á aquella señal que anunciaba siempre la presencia de Danckaerts, y este observó en aquel instante que habia luz en el cuarto del señor Evenepoel. En fin, á las nueve ó nueve y cuarto, una muchacha llamada Ghain, que servia en casa de madama Renard situada en la plaza de Saint-Gery, núm. 14, habia visto pasando por delante de la casa, que una persona entreabria la puerta esterior, sacaba la cabeza, y volvia á meterla inmediatamente; pero le fué imposible, á causa de la oscuridad, dar señas de aquella persona, y los autores del crímen no habian dejado en lo interior ni en lo exterior vestigio alguno por el que pudiera conocérseles.

Los registros escrupulosos practicados en los pozos, cisternas y lugar comun de la casa, así como en el rio que rodea la plaza de Saint-Gery, no habian producido el menor resultado, y á pesar de las minuciosas averiguaciones que se hicieron en casa de todas las personas sospechosas, no se consiguió penetrar el misterio que protegia á los asesinos.

III.

Dos meses y medio habian transcurrido, cuando unas palabras escapadas á Silvestre sirvieron de norte á la justicia.

Silvestre habia dicho á un tal Hanquet:

—Si yo quisiera, antes de quince dias estaban presos los asesinos.

Informado de estas palabras el procurador del rey, por el mismo Hanquet, delegó al señor Van-Berseel, comisario en jefe de policía, quien interrogó á Silvestre y obtuvo de él la revelacion de la conversacion que habia tenido lugar el mes de agosto anterior entre Rosseel y Vandenplas.

Al momento se comisionó á un agente de policía para que siguiese las huellas á Vandenplas. Dirigióse el agente á Ixelles; allí supo que aquel á quien buscaba habia ido á vivir á Saint-Josse-ten-Noode, de donde habia trasladado luego su domicilio á Bruselas, calle de las Cinco Estrellas, núm. 9, en cuyo punto trataba de organizar una casa de prostitucion. Esta circunstancia pareció digna de llamar la atencion. ¿Cómo podia ser que Vandenplas, que estaba en la miseria, hubiese encontrado medios para montar un establecimiento de aquella especie?

Por otro lado, el comisario se habia presentado en la casa de ayuntamiento para consultar el registro de pasaportes, y averiguó que Rosseel habia habitado desde el mes de enero hasta el de diciembre de 1846 en una casa de la pertenencia de la señorita Evenepoel, y que en el espacio de tres semanas habia pedido dos pasaportes.

Estos primeros indicios determinaron á la justicia á proceder contra Rosseel y Vandenplas, quienes fueron presos á un mismo tiempo, el dia 16 de noviembre de 1847, el primero en Brujas y el segundo en Bruselas.

IV.

En su interrogatorio y durante la mayor parte de los debates, negó Vandenplas haber tenido participacion alguna en el asesinato de la plaza de Saint-Gery. Pero existian contra él numerosos cargos, y es curioso seguir á la acusacion en la reseña que hace de la vida de aquel hombre.

Vandenplas, arrestado en 20 de febrero de 1847 por sospechas de conato de incendio, habia sido puesto en libertad en 11 de mayo por falta de pruebas suficientes, y el mismo dia declaraba á dos testigos que él era como un pájaro caido del cielo; que no tenia mas que el dia y la noche. El dia 16 mostraba tambien una profunda miseria diciendo que no tenia un pedazo de pan que llevarse á la boca, y pidiendo prestada una pieza de cinco francos que no llegó á devolver. Llegó hasta el punto de manifestar ideas de suicidio; declaraba que al fin habia de hacer alguna atrocidad consigo mismo ó con otra persona; y era tan estremadamente perezoso que, segun el dicho de un testigo, se hubiera muerto de hambre, si una mujer llamada la señora Bulteau no le hubiese socorrido, dándole albergue en su casa desde que salió de la cárcel hasta mediados de julio.

Cuando se marchó Vandenplas de casa de la Bulteau, fué á ocupar un cuarto en casa de la llamada Pianné, á razon de cuatro francos al mes, y esta debió despedirle á principios de agosto porque no podia conseguir que le pagase la miserable cantidad de seis francos. Desde aquella época vivia y comia en casa de un tal Vandenhove, casi tan pobre como él, en pago de un crédito de 31 francos y 93 céntimos, y se vió obligado en 24 de agosto, para proporcionarse la mezquina cantidad de medio franco, á empeñar en el Monte de Piedad una levita, única que tenia, la cual desempeñó en cuatro de setiembre, esto es, dos dias despues del crímen.

Al siguiente dia 5 de setiembre se le vió en la fiesta de San Gil (arrabal de Bruselas) con dos muchachas tomar tres botellas de vino y gastar seis francos y medio. El domingo inmediato, 11 de setiembre, fué en coche de alquiler á la fiesta de Vilvorde, invitó á comer al guarda campestre, á quien no conocia, y bebió con él una botella de vino de Burdeos y media botella de vino

blanco. Todavía despues de la comida bebió dos botellas con otra persona, y por la noche otras nueve botellas con Andres Renard y José Simons. Vandenplas pagó él solo todos aquellos gastos, y dió una moneda de oro de 10 florines por las nueve últimas botellas, cuando por aquellos dias habian robado mas de 900 florines en piezas de oro en casa del señor Evenepoel.

Vandenplas inauguró la mañana del dia siguiente, 13 de setiembre, tomando una botella de vino en la taberna del llamado Delelie; tomó otras nueve con Simons y Renard en la taberna de Vercarreau, donde pagó con una segunda moneda de 10 florines. Despues de hacer otros gastos en Vilvorde, regresó á Bruselas con Simons el martes 14 de setiembre, y gastó con él una tercera pieza de 10 florines. Llevó luego á Simons y á otros dos compañeros á la calle de las *Codornices* (1), donde bebieron tambien en abundancia. Vandenplas hizo solo igualmente todo aquel gasto, y terminó su jornada en una callejuela del cuartel de los Mínimos, donde pasó la noche con una mujer pública.

Habia encontrado en *la Granada* á una muchacha de Lovayna á quien conocia hacia mucho tiempo y que se llamaba *Bárbara Amor*. Durante la semana que siguió á sus primeras orgías de Vilvorde, Vandenplas llevó á Bárbara á la fiesta de Molenbeek-San Juan, y el domingo 19 de setiembre la llevó á Vilvorde, en donde gastó treinta francos en dos dias y cambió la cuarta moneda de diez florines.

De vuelta á Bruselas, Vandenplas pasó en *la Granada* desde el martes al miércoles é hizo un gasto de setenta francos, para el cual dió dos piezas de diez florines y otras dos de cinco.

Habia cambiado ya en *la Granada* desde el dia 2 de setiembre otras tres monedas de diez florines, y sus gastos en Vilvorde habian parecido tan exorbitantes, que se llegó á sospechar que fuese uno de los asesinos de la señorita Evenepoel, y se escitó al comisario de policía á que le echase mano.

Desde aquel momento, y hasta fin de octubre, nos muestra el proceso á Vandenplas gastando otras veinte y dos piezas de diez florines con Barbara que habia abandonado *la Granada* por seguirle, y con la que trataba de establecer una casa de juego en

(1) Esta calle está tan mal reputada, que por el dia ninguna mujer decente se atreveria á pasar por ella.

la callejuela de las Cinco Estrellas, núm. 9. Unidas estas veinte y dos piezas á las otras nueve que Vandenplas habia gastado en Vilvorde y demas puntos, forman un total de treinta y una piezas de diez florines, de cuya clase le tocaron treinta y cinco, segun declaracion de Rosseel.

Aun cuando era bastante difícil, despues de dos meses y medio, seguir todos los pasos y averiguar todos los gastos del acusado, el proceso designa todavía una moneda de tres florines que dió á la mujer de Vandenhove dos dias despues del crímen, y siete de cinco florines con que pagó lo que debia: el robo, como hemos visto, comprendia monedas de diez, de cinco y de tres florines.

Para explicar tan crecidos gastos, hace resucitar el acusado treinta y dos piezas de diez florines, que provenian, á lo que él decia, de la herencia de su madre, y las cuales habia conservado durante su estancia en la cárcel cuando se le acusó del crímen de incendio. Pero resulta claramente de los procedimientos que Vandenplas habia gastado anteriormente todo cuanto habia heredado, y que hasta se habia visto obligado al salir de la cárcel á ceder sus muebles y efectos á su principal acreedor. Por otra parte, la pretendida posesion de treinta y dos monedas de oro en una época en que manifestaba la mas profunda miseria, no puede conciliarse con sus hábitos de intemperancia y de libertinaje; fué un recurso imaginado por Vandenplas para alucinar á la justicia y para explicar una posicion de fortuna que tan pronto atribuia á una herencia de la ciudad de Brujas, como á recursos personales de su querida, y algunas veces á indemnizaciones que habia recibido del gobierno por razon de la persecucion de que habia sido objeto.

Vandenplas, pues, evidentemente partió con Rosseel las monedas de diez y de cinco florines, como partió el producto de dos ventas hechas por su cómplice, y de que luego hablaremos. Las revelaciones de este último no dejan la menor duda respecto á este punto.

V.

Hé aquí la confesion hecha por Rosseel, en primer lugar por lo tocante al crímen, y despues por lo tocante á la reparticion entre él y Vandenplas de los objetos robados.

«Yo he cometido el asesinato, dijo Rosseel, en union con Guillermo Vandenplas, conforme habíamos convenido. El dia 2 de setiembre nos dirigimos á la plaza de Saint-Gery á cosa de las siete de la tarde; yo llamé el primero y pregunté á la criada que salió á abrirme si estaba en casa la señora Evenepoel, añadiendo que venia á pagarla lo que le estaba debiendo por alquiler de una casa perteneciente á ella en que yo habia vivido. Me respondió que sin duda yo no sabia que la señora habia muerto hacia tiempo; la dije que lo ignoraba, y la pregunté si estaba la señorita. Respondióme que sí. La pregunté si estaba sola y me contestó que sí, preguntándome á su vez á quien debería anunciar. Yo la dije: Decid que es Rosseel, el de la calle de Anderlecht, que viene á pagar el alquiler de la casa en que ha vivido.—Entonces me introdujo en el gabinete de abajo que dá al patio de delante. Yo ignoraba que hubiese un hijo en la casa; jamás le habia visto.

»La criada fué á llamar á la señorita Evenepoel que estaba en el piso alto, y me introdujo en el gabinete de detrás en donde fué asesinada. La dije entonces tuviese la bondad de hacer la cuenta y manifestarme cuánto la debia; que no llevase á mal que hubiese tardado en venir á pagarla, pues habia tenido algunos disgustos y me habian tenido cuatro meses en la cárcel. Ella me contestó que era verdad que habia tardado mucho, pero que no por eso estaba incomodada conmigo, como lo probaba el no haber hecho gestion alguna.

»Yo daba largas á esta conversacion para ganar tiempo, pues estaba convenido con Vandenplas que el permanecer cinco minutos dentro de la casa sería señal de que no habia obstáculo para la ejecucion de nuestro proyecto y de que debia venir.

»Vandenplas debia introducirse á pretexto de alquilar una casa desocupada de la calle de Anderlecht, y mientras daba el recado á la criada, debia matarla con ayuda de un martillo que pertenecia á un vaquero, á casa del cual iba entonces Vandenplas á comer y beber, cuyo martillo cojió este sin que su dueño lo advirtiese.

»Nosotros ignorábamos que hubiese otra criada. Mientras la señorita Evenepoel hojeaba un libro de asientos, oí sonar la campanilla, y me figuré sería Vandenplas.... Pasaron algunos minutos sin oir yo cosa alguna, y no sabiendo lo que habría

ocurrido abajo, dí un pretexto para bajar, diciendo á la señorita Evenepoel.—Dispensadme, tengo que ir á una diligencia; no llevo dinero encima; y así, volveré mañana.—Ella me respondió que estaba bien, pues tampoco habia encontrado mi cuenta.

»Bajé y encontré á Vandenplas en el alfeizar de la puerta del gabinete en que me hicieron entrar en un principio. Subimos juntos inmediatamente al gabinete de detrás, en donde estaba la señorita Evenepoel, la que exclamó al ver á Vandenplas:—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—Es mi camarada y voy á pagaros sobre la marcha.... Y metiendo la mano en el bolsillo, nos echamos los dos sobre ella. Vandenplas la magulló a martillazos, y cuando cayó en tierra, la atravesé mi puñal por la garganta.

»Debo sin embargo advertir que me es imposible decir con precision si Vandenplas la pegó en la cabeza ó en otras partes del cuerpo. La señorita Evenepoel solo tuvo tiempo para exhalar dos gritos llamando por dos veces á una de las criadas cuyo nombre pronunció y no recuerdo.

»En el momento en que bajé y encontré á Vandemplas en el alfeizar de la puerta del gabinete, como antes he dicho, me preguntó si estaba ya muerta la señorita. Al escuchar mi respuesta negativa, me trató de *cobarde*, y me dijo que él habia ya matado á las dos criadas, y me preguntó dónde estaba el ama. Entonces fué cuando subimos precipitadamente á la habitacion en que se hallaba esta. Vandenplas me dijo que eran *dos* las criadas. Yo oí sus gemidos: á la una la encontré echada en el suelo á la parte de acá de la puerta, y á la otra en la cocina junto á la bomba. Yo las rematé metiéndoles mi puñal por el cuello. En seguida, traje arrastrando á la que estaba en la puerta hasta dejarla al lado de la otra.

»Luego me ha contado Vandenplas que habia aplastado la cabeza á la criada que salió á abrirle, y mientras acababa con ella á martillazos, vió á la otra criada salir de la cueva con una luz, y oyó que esta, habiendo sin duda sentido ruido, decia: ¿Qué es lo que hay? Al momento corrió hácia ella y le deshizo la cabeza sin darla tiempo á proferir una palabra.»

Despues de estas revelaciones, véanse otros hechos que ex-

plican la parte que tuvo Vandenplas en la reparticion de los objetos robados.

A los seis dias de su arresto, condujeron á Brujas, donde habia fijado su domicilio, al acusado Rosseel, quien puso por sí mismo en manos de la justicia las cajas de cinco relojes de oro. Ya se habian encontrado en una primera pesquisa los vidrios de aquellos relojes, tres cucharillas de plata para café, de las que una estaba ennegrecida del fuego, un par de pendientes y una sortija de diamantes, un broche de brazalete de oro, dos cadenas de oro para reloj, dos pendientes con turquesas pequeñas, una sortija con topacio, otra sortija de oro esmaltado, y cinco alfileres de oro sin cabeza.

Todos estos objetos cuidadosamente ocultados en casa de Rosseel fueron reconocidos por la señora de Evenepoel y por la señora de Keymolen, así como un cepillito que Rosseel habia dado á su criada.

Rosseel habia vendido en la Eclusa (pueblo holandés inmediato á la frontera belga, á tres ó cuatro leguas de Brujas) los demas objetos de oro y plata, primero una cadena y un brazalete de oro el dia 27 de octubre á la viuda de un tal Leenhauts, y el resto el 8 de noviembre á un judío llamado Abraham Levy.

La primera venta le produjo 89 francos y 24 céntimos, y de ellos al dia siguiente envió 50 á Vandenplas; en su carta le decia que no habia recibido mas que 50 francos á cuenta, los cuales se avenia á prestarle, y que la semana próxima le enviaría otros 50 en el mismo concepto.

Aunque Rosseel afirma que este dinero procedia de la viuda de Leenhout, y por consiguiente de la venta de los efectos robados, aunque esto resulta todavía mas claramente de la simple comparacion de fechas, puesto que Rosseel vendió el *veinte y siete* y envió el dinero el *veinte y ocho*, Vandenplas señala otro orígen diverso al dinero de Brujas, sosteniendo que él habia surtido de pan y prestado dinero á Rosseel cuando este vivia en la calle de las *Codornices* á principios de 1847, siendo así que el panadero de Rosseel era un tal Wetterings, que le suministraba dos, tres ó cuatro panes al dia. El antiguo mozo de la panadería de Vandenplas que llevaba el pan á otro habitante de la calle de las *Codornices* no lo ha llevado nunca á casa de Rosseel, y el nombre de este no figura tampoco en el libro

en que apuntaba Vandenplas los de las personas que tomaban pan al fiado.

Vandenplas, pues, inventó una fábula para asignar al dinero de Brujas otro orígen que no tenia. Ya antes habia incurrido en notables contradicciones, pues á unos les dijo que acababa de recoger una herencia en Brujas, y á otros que tenia prestado dinero á varios habitantes de aquella ciudad y estos le habian pagado.

VI.

Entre Rosseel que todo lo confesaba, y Vandenplas que se aferraba en una negativa absoluta, no era difícil decidir de qué lado estaba la verdad.

Así, además de que los pormenores suministrados por Rosseel coinciden exactamente con el dictámen de los médicos, resulta tambien de la sumaria practicada por el comisario de policía de la tercera y cuarta seccion, que sobre la mesa del cuarto en que yacia el cadáver de la señorita Evenepoel se encontró un libro de asientos forrado de pergamino, una escribanía de loza y unos anteojos.

Cuando á consecuencia de las revelaciones de Rosseel se examinó el libro que maquinalmente habian cerrado y puesto á un lado en el momento de descubrirse el crímen, se halló en él, en el paraje mismo en que figuraba la cuenta de Rosseel, tres ó cuatro gotas de sangre, los anteojos de la señorita Evenepoel, y una suma hecha por su mano para averiguar el importe de lo que le debia Rosseel.

Otras noticias dadas por Rosseel ofrecen la misma exactitud. Declara que fué á ver á Vandenplas en casa de Vandenhove el 30 de agosto, el 31, y el 1.º de setiembre. Dice que le fué á buscar el dia del crímen y que viendo un martillo en el poyo de una ventana, aconsejó á Vandenplas le cogiese; que Vandenplas se lo metió en el bolsillo, y se sirvió luego de él para matar á las criadas. Vandenhove tenia este martillo cinco años hacia y lo empleaba en su casa para quebrantar la hulla; por eso sin duda los autores del crímen, al empujar la puerta del lavadero para introducir allí los cadáveres dejaron la señal de la mano en negro. Sometido el instrumento á esperiencias químicas se encontró sangre en la parte del mango metida en la cabeza del martillo.

Añade Rosseel que probó en union de Vandenplas á fundir las alhajas de oro y plata, sirviéndose para ello de un soplete perteneciente á un ebanista llamado Slypers, y en el bolsillo de Vandenplas se halló un billete escrito por mano de Rosseel en que encargaba á su cómplice que devolviese el soplete á la casa cuyas señas daba. Es cierto además que algunos objetos fueron sometidos á la accion del fuego: el estado de una de las cucharas lo demuestra positivamente.

Rosseel habla tambien de haber tirado en un encañado su puñal y su escoplo de carpintero, y ambos instrumentos se encontraron en efecto, el uno el dia 26 y el otro el 28 de noviembre, en el paraje que designó.

Como se vé, las declaraciones de Rosseel se justificaron en todos sus particulares, y probaban irresistiblemente la participacion de Vandenplas en el asesinato de la plaza de Saint-Gery.

Demás de eso, Vandenplas se sentia hacia tiempo acosado de la idea de robar y asesinar para enriquecerse. Esta intencion que le hemos visto espresar en una conversacion con Rosseel, la manifestó igualmente hablando de su miseria al cerrajero Vanderbucken, que habia cumplido una condena de reclusion, á quien propuso buscar ocasion de *dar un buen golpe*, añadiendo que era el mejor oficio y que sin eso no habia medio de ganar dinero. Perseguido por aquel pensamiento fatal, lo comunicó tambien á un tal Anselmo Debacker; dijo á este que le acontecia muy á menudo no tener que comer; que un cerrajero le habia indicado una casa en que habia ocultos 30.000 francos desde la revolucion; que en aquella casa no habia mas que una vieja, una criada y un criado y que bastaría quitar de enmedio á estas tres personas. Preguntó al mismo tiempo á Debacker si tendria miedo para acompañarle á su expedicion, para lo cual Vandenplas hizo un reconocimiento del sitio con Rosseel y Vanderbucken la víspera del dia en que tuvo lugar el asesinato.

No obstante estas declaraciones tan formales de Rosseel, de Vanderbucken, de Silvestre y de Debacker, persistió Vandenplas en proclamarse inocente.

Pero fácil es ver que si Rosseel habló con verdad, Vandenplas acumuló mentiras sobre mentiras.

Así hemos visto que no pudo justificar el orígen del dinero que tan estúpida é indecentemente habia gastado.

Mas adelante intentó una coartada, sosteniendo que el dia 2 de setiembre estuvo en tres tabernas de las mas conocidas, en una de las cuales habia baile, no habiendo salido de este hasta las once de la noche.

Pero aunque Vandenplas era muy fácil de reconocer por la circunstancia de ser tuerto, no hubo ni siquiera una persona de aquellos establecimientos que atestiguase su presencia en ellos en toda la noche del 2 de setiembre. Un tal Hendrick, que conocia muy bien á Vandenplas, y era el que pedia para los músicos en la taberna donde hubo baile, afirma de la manera mas positiva que no estuvo allí Vandenplas, que habia muy poca gente, y que el ama de la casa tuvo que hacer de caballero para completar las parejas de un rigodon.

Vandenplas no pudo indicar tampoco persona alguna que hubiese hablado con él en ninguno de los tres establecimientos. Manifestó además, que al salir del baile llamó en casa de la Bulteau, y que pasó la noche en casa de Vandenhove, especificando que Vandenhove mismo fué quien le abrió la puerta. Mas entrambas personas le desmintieron tambien sobre este punto.

VII.

A consecuencia de los hechos que acabamos de referir, Vandenplas y Rosseel comparecieron ante el tribunal de Assises del Brabante, señalándose la primera audiencia para el dia 8 de febrero de 1848.

Este proceso que preocupaba hacia seis meses la atencion pública, atrajo á la apertura de los debates una afluencia de curiosos de todas clases, nunca vista quizás en los anales judiciales de la Bélgica.

Desde las nueve de la mañana del dia señalado, la plaza del Palacio de Justicia, el patio interior y las avenidas del salon de audiencias se inundaron de gente hasta tal punto, que los jurados, los abogados y los testigos se vieron apurados para abrirse paso. En la parte de adentro, los puestos reservados para los abogados y testigos fueron invadidos á los pocos momentos de haberse abierto las puertas. Señoras pertenecientes en su mayor número á familias de miembros de la magistratura se aco-

modaron con los taquígrafos de los periódicos en el recinto del pretorio. Muchos magistrados y el conde de Woyna, ministro plenipotenciario de Austria, se situaron en puestos reservados detras de la presidencia.

Sobre una mesa se ven, como cuerpo del delito, baldosas con manchas de sangre, libros de asientos, y vestidos.

A las diez entran los acusados con trajes decentes y sencillos, pero calzados con los pesados zuecos que previenen los reglamentos carcelarios.

Aunque sentados en el mismo banco ambos acusados, estan separados uno de otro por una distancia de mas de dos varas.

Rosseel lleva pantalon de rayas azules, levita de color aceitunado, chaleco de franela encarnada y corbata negra.

Vandenplas está vestido de levita negra, chaleco y corbata de seda negra, y pantalon parecido al de su co-acusado.

Todas las miradas se fijan con ávida curiosidad en aquellos dos hombres á quienes un triple crímen ha dado tan terrible celebridad.

Rosseel es de mediana estatura y lleva escritos en sus facciones y en la forma de su cabeza, los instintos criminales que le han traido á aquel banco. Un frenólogo no podria menos de decir que el órgano de la *destructividad* está en él sumamente desarrollado. Sabido es que este órgano lo sitúan encima de la abertura de la oreja hácia la parte inferior de la porcion escamosa del temporal. En Rosseel está de tal manera desarrollado, que lo alto de la oreja está echado adelante y tiene una posicion casi horizontal. En cambio, los órganos de la inteligencia estan muy deprimidos: su frente es baja; sus cabellos, fuertes y herizados como cerdas, descienden casi hasta las cejas. El frontal presenta una visible depresion en el sitio en que se aposenta el órgano de la benevolencia.

Por lo demás, en conjunto como separadamente, el aspecto de Rosseel es repugnante; su cara es corta y cuadrada, su nariz ancha y aplastada, sus cejas espesas é irregulares se juntan una con otra y medio encubren su oblícua mirada; su mandíbula inferior es huesuda y cuadrada, sus espaldas son anchas y cuadradas tambien. Dícese que Rosseel sirvió de modelo á un artista belga para uno de los verdugos de Cristo.

El atavío de Rosseel es el de un hombre de su clase. Lle-

va una levita hecha sin pretension alguna de elegancia, pero muy limpia y tal como debe tenerla un artesano de algunas comodidades.

Vandenplas, mas alto que Rosseel, es un tipo enteramente diferente. Es lo que se puede llamar un buen mozo; sus facciones tienen cierta distincion, en su frente se nota inteligencia, su craneo no revela instintos destructores, su talle es elegante, su andar fácil y desembarazado es el de un hombre de mundo. Y no obstante, Vandenplas os hace experimentar una sensacion de disgusto mas viva todavía que la que sentís al aspecto de Rosseel.

Este último os da miedo; es una fiera. Vandenplas os repugna; es un hombre degradado. Su elegancia, la distincion de sus facciones aumentan mas el disgusto que os inspira: es uno de esos miserables que huelen á taberna y á lupanar; el libertinaje, la crápula le han conducido á la miseria, al vicio, á la desgracia. Tiene el aspecto inmundo del hombre depravado que se arrastra en el fango del crímen; su rostro es macilento y su cutis áspero, lo cual contrasta con la correccion de las líneas de la fisonomía Os dirige su mirada y la aparta de pronto; pero aquel instante os basta; os sentís como quien ha sido mordido por una víbora.

Vandenplas es tuerto, y esta deformidad le hace mas antipático; no parece un defecto, sino una marca afrentosa.

El traje de Vandenplas, aunque muy usado, descubre todavía cierto esmero, cierta pretension de elegancia, que guarda conformidad con todo lo que revelan el aspecto y continente de este gran culpable respecto á su carácter y á sus hábitos.

Ciento veinte y cinco testigos fueron llamados á confirmar todos los hechos confesados por Rosseel y negados por Vandenplas.

Un incidente dramático ocurrió al finalizarse la penúltima audiencia: al ver que á pesar de los cargos mas concluyentes, persistia Vandenplas en sus negativas, resolvió Rosseel hacer un llamamiento á la conciencia de su cómplice.

Despues de pedir al presidente permiso para hablar, dijo Rosseel con un acento de profunda conviccion dirigiéndose á Vandenplas:

—Yo, yo Rosseel, fuí quien te indujo á cometer este crímen,

y por lo mismo que fuí yo, quiero ser yo tambien el instrumento de tu salvacion: por eso te exhorto con todas mis fuerzas á que confieses el crímen que hemos cometido juntos; la sangre inocente derramada sobre esas baldosas clama venganza. Despues del juicio de los hombres, del cual no puedes escapar, porque los jurados no creen en tus negativas, debe venir el juicio de Dios. Para comparecer delante de Dios, de manera que puedas obtener su perdon, confiesa aquí el crímen que has cometido.

—Yo no he cometido crímen alguno; no temo el juicio de Dios, contestó Vandenplas.

—Yo fuí quien te incitó á cometerlo, replicó Rosseel. Por eso te suplico al borde de nuestra tumba, pues la guillotina nos aguarda, que digas la verdad, que te pongas á mi lado. Nosotros no debemos tener miedo de la muerte. Poco importa morir por mano del verdugo, pero lo que debemos temer es el juicio de Dios.

—Todo cuanto dice es falso, repuso Vandenplas.

—Vandenplas, dijo el presidente, si habeis cometido el crímen, confesadlo por vuestro propio interés; pues si los hombres están convencidos de vuestra culpabilidad, serán inexorables con vos. Os invito á pensar sériamente en esto, y tal vez vuestras reflexiones os inclinarán á confesar mañana.

—Yo nada he hecho, respondió friamente el acusado.

—Vandenplas, añadió todavía Rosseel, hemos tenido siempre valor, jamás hemos tenido miedo; pues bien, muestra que eres hombre de brio y que no te acobardas. Nuestro Señor murió por todos nosotros. Pon la mano en tu conciencia; si quieres que á nuestra muerte estemos rodeados de ángeles buenos, confiesa; de lo contrario serán los demonios los que nos rodeen.

Durante esta escena, que impresionó vivamente al auditorio y aun al mismo tribunal, Vandenplas permaneció impasible; escuchó las palabras de Rosseel con suma indiferencia, sin que su rostro revelase la menor emocion.

Al dia siguiente, al abrirse la audiencia, anunció el presidente que una relacion verbal que acababa de hacerle el procurador del rey, le parecia exigir que fuera oido aquel funcionario por el tribunal.

Redoblóse con esto la atencion del auditorio ya tan vivamen-

te escitada la víspera, y en medio del mas profundo silencio, hizo el señor Verheyen, procurador del rey, la manifestacion siguiente:

—«Esta mañana fuí temprano á la cárcel para tomar algunas noticias sobre otros asuntos. Hablé con el director, quien me dijo: «Señor procurador del rey, advierto que Vandenplas anda inquieto. He visto en los periódicos la alocucion que le dirigió ayer Rosseel; ¿no os parece bien que al salir de la prision esta mañana le diga algunas palabras exhortándole á decir la verdad?» Yo le dije: No me opongo á que lo hagais; pero obrad con prudencia.

»Hace un momento, ha venido el director de la cárcel á decirme que Vandenplas por fin reconoce su crímen, pero que de todos modos nada diría delante del tribunal, delante de los jurados y delante del público, sino á mí solo.

»He ido inmediatamente con el director al calabozo del acusado. Al cabo de algunos instantes, me ha dicho Vandenplas que no podia decir nada ante el público porque no sabria expresarse, y porque sería exigir demasiado de sus fuerzas el hacerle convenir en su crímen. Le indiqué entonces que su crímen era grande, y su arrepentimiento debia ser grande tambien. Le he animado á que confiese todas las circunstancias del crímen. Vandenplas, por un sentimiento que comprendo y que quizá es el único que le resta, ha dicho que nada confesaría; que todos cuantos esfuerzos se hiciesen para arrancarle una confesion serían inútiles, pero que si los jurados querían individualmente ir á su calabozo se espontanearía con ellos.

»Le hice comprender que lo que pedia era imposible, y me esforcé cuanto pude para decidirle á confesar públicamente; pero no ha querido. En interés de la verdad, le hablé en estos términos: Vandenplas, contadme las circunstancias del crímen. Si lo hiciéseis y yo las refiriese al tribunal ¿me desmentiríais ó confirmaríais mis palabras? Vandenplas entonces consintió en que yo refiriese lo que él me diría, y me ha prometido confirmarlo todo, con tal que no se le obligue á dar pormenores por sí mismo.

»Vandenplas en primer lugar ha dicho que era culpable.... (Sensacion prolongada); que habia concurrido al crímen; que habia tenido parte en él, y que sabia que debia morir. Luego,

sin entrar en particularidad alguna, me ha dicho (y no hago mas que repetir sus palabras) que muchos testigos han mentido, y así es que ayer han declarado que gastó 130 francos en *la Granada*, cuando no pudo gastar arriba de 70 ú 80.

»Le hice notar que era posible que algunos testigos no hubiesen dicho toda la verdad, pero que era de presumir, sin embargo, que habláran de buena fé, pudiendo aquello provenir solamente de falta de memoria.

»Entonces me dijo que Rosseel entró primero y luego él; que salió una criada, y él la pegó un golpe. Despues, preguntándole yo si la pegó con el martillo de Vandenhove que está sobre la mesa de la presidencia, me respondió que sí. Me dijo además, que al ir á subir se presentó otra criada y la pegó tambien; que en seguida continuó su camino en la casa; que encontró á Rosseel, y juntos fueron á donde estaba la señorita Evenepoel y se echaron los dos sobre ella, pero ignora si la descargó algun golpe; tampoco sabe si las dos criadas vivian aun; que Rosseel fué quien las remató cortándoles el cuello. Le he preguntado entonces si perpetró un robo despues del asesinato, y me ha contestado que sí. He creido no debia llevar mas allá mis preguntas.

El presidente. ¿Y os ha dicho Vandenplas que si yo le interrogo sobre estos hechos responderia afirmativamente.

El procurador general. Sí, señor presidente.

El presidente. Vandenplas, ¿es verdad lo que el testigo declara?

Vandenplas. Sí, señor presidente. (Experiméntase una profunda sensacion en el auditorio).

Desde aquel momento, la tarea del ministerio público era mucho mas fácil. Así es que el procurador general se limitó á reasumir los cargos principales de la acusacion.

Por lo que toca á los defensores ¿qué podian ellos hacer?... nada mas que implorar el perdon de los culpables. El señor Verhaegen, abogado de Rosseel, lo hizo en términos interesantes.

—Señor presidente, señores jurados, dijo, ayer oísteis expresiones de una elocuencia tan religiosa, tan tristemente enérgicas, que no me resta sino añadir una sola palabra para completar su sentido. Rosseel me ha encargado que pida perdon á la sociedad

del crímen horrible que ha cometido: sobre todo me ha encargado pedir perdon á la familia Evenepoel, á la que ha privado de uno de sus miembros, y cuya union ha destruido. Este perdon espera conseguirlo con su arrepentimiento, con sus lágrimas y con la expiacion que va á seguirse.

«El perdon,... hé ahí las mas nobles lágrimas, los mas tiernos sentimientos que podeis ofrecer á la memoria de esa hermana querida cuya muerte llorais.... La justicia de Dios perdona al que se arrepiente y expía; la justicia de los hombres que debe ser un reflejo de ella ¿será acaso mas cruel y mas implacable?»

El señor Gilbert, abogado de Vandenplas, pronuncia algunas palabras en el mismo sentido. Seguidamente, el jurado pasa á la sala de deliberaciones.

Durante la suspension de la audiencia, llevan á su calabozo á los acusados. Al llegar allí se echaron el uno en los brazos del otro, y se estrecharon con efusion. Luego se pusieron á beber *faro* (1) y á conversar amigablemente.

—Ahora ya estoy contento, dijo Rosseel; no hubiera querido morir sin que hubieses confesado.

—Yo no quería ir á la audiencia de hoy, respondió Vandenplas; si hubiera podido, me hubiera matado esta noche.

—Ya lo sabia yo bien, replicó Rosseel; por eso mismo dije al alguacil que no os perdiese de vista ni un minuto.

—Lo de menos es el morir, dijo Vandenplas: yo querría que me llevasen ahora mismo al patíbulo. Lo que me hace mas daño es tener que oir mi sentencia.

Al cabo de dos horas vuelve el jurado al salon de sesiones.

Sacan de nuevo á los acusados; su semblante se mantiene el mismo; no obstante, se advierte que Vandenplas está mas pálido que de costumbre, y que su mano apoyada en la balaustrada se agita con un ligero temblor. Rosseel permanece risueño y su rostro no ha perdido el color.

El notario lee la sentencia condenando á Francisco Rosseel y á Guillermo Vandenplas á la pena de muerte.

Los acusados oyen esta sentencia con una completa calma.

. . . .

(1) Especie de cerveza particular que se fabrica esclusivamente en Bruselas.

Ninguno de los acusados interpuso apelacion, y poco tiempo despues sufrieron la pena en la plaza del Ayuntamiento, donde se verifican las ejecuciones.

Por mas que haya transcurrido cerca de dos años desde que se cometió el crímen, el recuerdo de Vandenplas y de Rosseel se conserva todavía muy grabado en los ánimos, no solamente en Bruselas sino en toda la provincia del Brabante. El asesinato de la plaza de Saint-Gery se ha hecho lugar en la memoria del pueblo y en los anales judiciales del pais.

PROCESO DE LESURQUES.

I.

El dia 4 de floreal del año cuarto de la república francesa (23 abril de 1796) hallábanse cuatro jóvenes sentados á una mesa dando fin á su almuerzo, en la calle de las Carnicerías, número 27, en París. Vestian todos el ridículo traje á *la incroyable*, no faltando por lo tanto sus correspondientes coletas y *orejas de perro*, y las botas de campana con espuelas de plata; jugueteaban con sus enormes anteojos de puño ó con sus bastones que aunque cortos merecian llamarse estacas, y ostentaban sus dos cadenas de reloj y multitud de otros dijes; lo cual podia muy bien indicar cierta riqueza, pero anunciaba tambien muy poco gusto.

Uno de estos jóvenes, llamado Guesno, propietario de una casa de transportes en Douai era el anfitrion de aquel convite para festejar á su paisano José Lesurques, que acababa de llegar á la capital con ánimo de establecerse en ella, y al cual habia reintegrado la víspera de una suma de dos mil libras, prestadas anteriormente en Douai.

De los otros jóvenes que completaban esta sociedad, el uno se llamaba Richard, y era el dueño de la casa á donde venia á hospedarse Guesno en sus viajes, y el otro que se encontraba fortuitamente entre ellos, era un hombre de unos veinte y cinco años, alto, de buena figura, y su rostro hubiera sido de una hermosura perfecta, si sus dos ojos negros y sombrios, no dieran á su fisonomía un carácter de dureza y disimulo que por

mas esfuerzos que hacia no alcanzaba á moderar. Este personaje, llamado Couriol, habia llegado en el momento que se sentaban á la mesa, y como viniese á hacer una visita á Richard, al cual habia convidado Guesno, no pudo este consentir que se marchase sin tomar parte en el almuerzo.

—¿Es decir, mi querido Lesurques, insinuó Guesno apretando afectuosamente la mano de su amigo, que has abandonado para siempre nuestra ciudad de Douai?

—Al menos me propongo, respondió Lesurques, vivir en París hasta tanto que haya concluido la educacion de mis hijos.

—¡Ya! respondió Guesno, sonriéndose y dirigiéndose á Richard y Couriol; en el dia Lesurques tiene algun derecho para vivir tranquilamente. Aun cuando no pasa de los treinta y tres años ha satisfecho ya su deuda á la patria, sirviendo con distincion en el regimiento de Auvernia.... sin contar que despues de haber salido de las filas del ejército, ha podido serla útil tambien, desempeñando gratuitamente las funciones de jefe de mesa de distrito en Douai.

—Segun eso el señor es rico, dijo Couriol con un acento particular.

—No, respondió Lesurques, pero gracias á mi pequeño patrimonio y al dote de mi esposa, poseo cerca de quince mil libras de renta; y como no soy ambicioso, lo creo suficiente. Por ahora se limitarán todos mis cuidados, todos mis deseos á dar una buena educacion á mis tres hijos, por lo que desde los pocos dias que hace estoy en París no he desperdiciado el tiempo; he alquilado un cuarto cómodo y alegre, en la calle Montmartre, casa del notario Mr. Monnet. Ya tengo allá los albañiles, y pienso instalarme en él de aquí á poco, de forma que á mi vez podré tener el gusto de recibiros en él, como es debido.

Couriol, que parecia haber estado meditando profundamente en tanto que Lesurques manifestaba sus proyectos, dijo cuando concluyó este de hablar:

—Todo eso está muy bien pensado, pero en los tiempos que corren ¿quién puede prever lo que le está reservado para mañana?

Y añadió despues de un momento:

—Mucho deseo, caballero, que vuestros proyectos de tranquilidad y felicidad se realicen, porque entonces seríais el hombre mas dichoso de la república.... Desde hace cinco ó seis años no hay un solo ciudadano, sea su posicion humilde ó elevada, que pueda predecir lo que la suerte decidirá de su persona en la semana próxima.

Estas palabras dichas con tono de amargura y desaliento, contrastaban abiertamente con el brillante traje de Couriol y con el apetito con que habia honrado el almuerzo. Por lo demas, esta salida que dejó frios á todos los comensales, dió fin al desayuno. Levantáronse los cuatro jóvenes, y despues de haber ido á tomar café á la rotonda del Palacio Real se despidieron, y cada cual se fué por su camino.

II.

Cuatro dias despues, el 8 de floreal, salian muy de madrugada de París, por la barrera de Charenton, cuatro individuos montados, cuyos caballos, aunque de una apariencia regular, no podian desmentir que eran de alquiler. La conversacion era alegre y animada; á cada instante habia apuestas á quién corria mas y á quién se tenia mejor; en una palabra, parecia que no les ocupaba otra idea que la de pasar lo mas divertidamente posible aquel dia consagrado al paseo y al placer.

Pero un atento observador hubiera advertido que, debajo de las levitas largas á la moda de entonces, llevaba cada uno de los cuatro jóvenes un sable á la cintura que se dejaba ver con el movimiento de los caballos. Tambien hubiera podido notarse en el semblante de uno de los ginetes y en la sombría mirada de sus hundidos ojos una especie de preocupacion siniestra. Este último, que parecia ver con disgusto la turbulencia de sus compañeros, era Couriol, el jóven que habia tomado parte en el almuerzo con que Guesno obsequió á su amigo Lesurques.

Los cuatro ginetes llegaron poco despues de las doce del dia á la deliciosa aldea de Mongeron, en el camino de Melun y Borgoña. Uno de ellos se habia adelantado para que dispusiesen la comida en la casa de postas que estaba á cargo del señor Evrard. Despues de una abundante comida, pidieron, no cigarros, cuyo uso apenas era conocido entonces, sino pipas y ta-

baco, y se pusieron dos de ellos á fumar. Luego pagaron el gasto que habian hecho, y se dirigieron todos cuatro al Casino, en donde tomaron el café.

Eran cerca de las tres cuando volvieron á montar á caballo, siguiendo entonces el hermoso camino protegido por la sombra de seculares álamos negros que de Mongeron conduce á la selva de Sénart.

Llegaron á poco tiempo á Lieursaint, pintoresco pueblo situado en el centro de un soto, y célebre por la aventura de aquel buen rey Enrique IV que tan discretamente decia que «el reino de Francia vale bien una misa» y el cual, yendo de caza, recibió tan paternal acogida del molinero Michaud.

Detuviéronse nuevamente en Lieursaint los cuatro viajeros.

Rogamos aquí al lector que lea con atencion los pormenores que van á referirse, porque juegan un papel importante en la deplorable condena de Lesurques. Estos pormenores han sido recogidos con gran cuidado por Mr. Horacio Raisson, quien se ha hecho acreedor á nuestro agradecimiento por habérnoslos comunicado.

Uno de los caballos se habia desherrado en el intermedio de Mongeron á Lieursaint, á la vez que un brusco tiron de la cabalgadura de otro ginete habia roto la cadenilla que en aquella época sujetaba la espuela á la bota. Este se detuvo á la entrada del pueblo en casa de la señora Chatelain, botillera, á la que pidió le sirviese café y le diese unas hebras de hilo fuerte para componer la cadenilla de la espuela. Suministró al momento entrambas cosas aquella mujer, y viendo que el viajero se daba muy mala maña para arreglarse la espuela, llamó á su criada, conocida por Cabezota, la cual unió los dos pedazos de la cadenilla con hilo muy fuerte, y ayudó á colocarla sobre la bota.

Los otros ginetes, durante esta operacion, se habian apeado en la posada del señor Champeaux, donde estuvieron bebiendo mientras el mismo posadero acompañaba al caballero y al caballo á casa del herrador del pueblo, el señor Motteau.

Arregladas las herraduras, los cuatro camaradas se fueron á la botillería de la señora Chatelain y se pusieron á jugar unas cuantas partidas de villar.

A las siete y media, despues de echar el trago del estribo con el posadero, á cuya casa volvieron para tomar sus caballos,

montaron y echaron á andar en direccion de Melun.

Al entrar en la posada el señor Champeaux, vió sobre una mesa un sable con su vaina que uno de los viajeros habia olvidado ceñirse; quiso enviar tras de ellos á su mozo de caballos, pero ya se los habia perdido de vista. Al cabo de una hora, el viajero mismo que habia estado componiendo su espuela, volvió á galope en busca del sable, y bebiendo todavía un vaso de aguardiente, tomó de nuevo á todo escape el camino que habia llevado anteriormente con sus compañeros. En aquel momento llegaba de París el correo de Lyon y mudaba tiro. Serían las ocho y media, y la noche estaba oscura hacia ya tiempo.

III.

Luego que el correo hubo cambiado de caballos y de postillon, se puso en marcha para atravesar la selva de Senart.

El correo en aquel tiempo nada tenia de comun con los elegantes coches que cruzan actualmente nuestros caminos y que rivalizan en lujo y comodidades con los mas ricos carruajes de regalo: era entonces una especie de silla de posta, con una arca á la zaga en donde se llevaba la correspondencia. Para el público no habia reservado mas que un asiento al lado del conductor; aquel dia ocupaba este asiento un hombre de unos treinta años que aquella misma mañana lo habia tomado para Lyon, bajo el nombre de Laborde, negociante en sederías, aunque su verdadero nombre era Durochat.

Serían las nueve poco mas ó menos. El carruaje acababa de bajar con extremada rapidez una cuesta, al pie de la cual se extiende un bosquecillo cuya encrucijada se conoce con el nombre de *Entre las dos posadas*, y los caballos aflojaban el paso para subir la pendiente opuesta.

De repente se precipitan dos hombres á la cabeza de los caballos deteniéndolos, en tanto que otros dos acometen al postillon, que cae muerto á tierra con la cabeza abierta de un sablazo, tronchada la muñeca, y atravesado el pecho de parte á parte por tres sitios distintos.

En el mismo instante, y sin que hubiese tenido tiempo de hacer el mas leve movimiento ni de proferir una sola palabra, exhalaba su postrer suspiro el conductor, herido de una puñala-

da en el corazon; el supuesto Laborde, el viajero que iba á su lado, era el que acababa de asesinarle con mano vigorosa y certera. Encarnizándose luego aquel miserable en el cadáver del infeliz conductor, le cortó el cuello de tal manera que la cabeza quedó pendiente del tronco tan solo por algunas fibras.

Perpetrado el crímen, los asesinos en número entonces de cinco, se apoderaron de 75,000 libras en asignados, plata, oro y papeles de Banco que iban dentro de la balija; en seguida, el que primero habia acometido y derribado al postillon, desenganchó uno de los caballos de la silla de posta para reemplazar el suyo que dió al asesino del conductor, esto es, á Durochat, y volvieron riendas hácia París, donde entraron juntos entre cuatro y cinco de la mañana por la barrera de Rambouillet.

IV.

Este doble asesinato tan audazmente cometido en uno de los caminos de Fracia mas frecuentados, produjo una sensacion profunda, y se adoptaron inmediatamente las medidas convenientes para vengar aquel odioso crímen.

La justicia, á cuyos oidos llegó al dia siguiente, no tardó en hallarse en disposicion de seguir la huella de los culpables.

El caballo de posta, abandonado en los bulevares por el que lo habia montado, anduvo de un lado para otro, y fué á parar á la Plaza Real, en donde fué recogido.

Se supo que á cosa de las cinco de la mañana habian traido cuatro caballos jadeando y cubiertos de espuma á casa del señor Muiron, calle des Fossés-Saint-Germain-l'-Auxerrois, dos sugetos que los habian alquilado la víspera.

Espidiéronse mandamientos de prision contra estos dos sugetos, que se llamaban Bernard y Couriol. Este y los demás cómplices lograron sustraerse á las pesquisas de la justicia, apelando á la fuga. Bernard fuè el único á quien prendieron.

Instruyóse con actividad una triple sumaria en París, en el teatro del crímen, y en toda la longitud del camino que los asesinos habian recorrido por dos veces.

De todos los datos recogidos, resultaba que los culpables en el momento del crímen habian debido ser cinco. Las señas de los cuatro individuos que salieron de París y habian hecho al-

to en Mongeron y en Lieursaint, fueron dadas con tanta precision como uniformidad por los numerosos testigos que los habian visto y hablado en el camino y en las posadas; las del viajero que habia tomado el asiento del correo bajo el nombre de *Laborde*, fueron especificadas con no menor exactitud por los empleados que le dieron el asiento, y por los que le habian visto subir al carruaje.

Hemos dicho que Couriol, desigαado como el que habia devuelto los caballos despues del crímen acompañado de Bernard, huyo de París. Pronto se averiguó que habia ido á Châteu-Thièrry, en donde se hospedó en casa del ciudadano Bruer, á la que Guesno habia ido tambien por razon de negocios. Transportóse allí la policía; arrestaron á Couriol y le encontraron una cantidad en asignados, oro y plata, próximamente igual á la quinta parte de la robada al infortunado conductor del correo de Lyon. Fueron presos asimismo Guesno y Bruer, y la policía se apoderó de sus papeles; pero determinaron tan positivamente su coartada, que al llegar á París se les puso en libertad.

V.

Los procesos criminales seguian en aquel tiempo una marcha bien diferente de la marcada hoy por los códigos franceses. La oficina central confió la instruccion preliminar del proceso que nos ocupa al ciudadano Daubenton, juez de paz del distrito del Puente-Nuevo, y uno de los jefes de policía judicial.

Este magistrado fué quien habia mandado la víspera poner en libertad a Guesno, diciéndole que podia presentarse al dia siguiente en su despacho para recoger los papeles que se le habian embargado en Château-Thièrry.

Al propio tiempo habia comisionado el ciudadano Daubenton á un oficial de paz llamado Heudon, para que marchando inmediatamente á Mongeron y Lieursaint, hiciese venir los testigos que expresaba una lista que le dió, de manera que pudieran ser interrogados todos ellos el dia siguiente en la oficina central.

Al dia siguiente, pues, Guesno, que tenia prisa por recobrar sus papeles, se dirigía temprano hácia la oficina central, cuando encontró á Lesurques, á quien contó las tribulaciones

por que acababa de pasar y el motivo que le conducia á la presencia del ciudadano Daubenton.

A instancias de Guesno consintió Lesurques en acompañarle y entrambos se encaminaron á la oficina, que formaba parte del edificio ocupado hoy por el prefecto de policía.

El juez de paz Daubenton no habia llegado aun. Para no dejar de verle y estar seguros de ser despachados pronto, los dos amigos se sentaron en la antesala y aguardaron á que viniese.

Mientras estaban esperando y conversaban sobre sus asuntos y sobre los recuerdos de su ciudad natal, pudieron notar que dos mujeres que estaban como ellos esperando la venida del juez, los miraban con una atencion en que un observador hubiera distinguido una especie de horror y de miedo. Bien echaron de ver los dos amigos la singularidad de aquellas miradas, pero no dedujeron consecuencia alguna ni concibieron la menor inquietud, atribuyéndolo puramente á la curiosidad tan comun entre campesinos cuando se encuentran en presencia de cortesanos ó de *señores*, como ellos dicen.

Entre tanto, el juez de paz Daubenton habia entrado en su despacho por una puerta escusada. A eso de las diez fué interrumpido en el escrupuloso exámen que estaba haciendo de las diligencias y documentos del proceso antes de pasar al interrogatorio de los testigos que habia hecho llamar.

Era el oficial de paz Heudon que vino á decirle en tono confidencial que entre los testigos que aguardaban en la antesala, habia dos, á saber, una mujer llamada Santon, criada de los esposos Evrard posaderos de Mongeron, y la conocida por *Cabezota*, criada de la señora Chatelain, botillera de Lieursaint, quienes aseguraban de la manera mas formal que dos de los asesinos se encontraban allí esperando como ellas á que les llegase el turno de entrar.

—Eso no es posible, dijo M. Daubenton suspendiendo su trabajo.

—Esas mujeres sostienen que no pueden engañarse, replicó Heudon; en efecto, la una sirvió la comida á los cuatro viajeros en Mongeron, la otra habló con ellos en Lieursaint, y permaneció mas de una hora en la sala donde estuvieron jugando al villar.

—No es posible, repitió el magistrado. Los culpables de un crímen semejante no vendrian sin necesidad á entregarse á la justicia.

Mr. Daubenton no podia imaginarse que los asesinos fuesen bastante osados y bastante estúpidos al mismo tiempo para venir á meterse ellos mismos en la ratonera. Y efectivamente, esto era poco verosimil.

No obstante, como un magistrado debe investigar la verdad, aun á través de las inverosimilitudes, Mr. Daubenton ordenó á Heudon que hiciese entrar, una despues de otra, á las dos mujeres. Cuando las tuvo á su presencia, les dirigió separadamente preguntas á que ellas respondieron resueltamente y sin rodeos, afirmando con energía que tenian la certidumbre de no equivocarse. El aire de conviccion de aquellas dos mujeres, que ningun interés tenian en extraviar á la justicia, decidió á Daubenton.

—Pues bien, dijo, voy á mandar que entren los dos sugetos de quienes hablais. Examinadlos con suma atencion, y reflexionad bien antes de persistir en vuestras declaraciones; pues de vuestro dicho va á depender quizá su vida ó su muerte.

El juez de paz hizo entonces introducir á Guesno.

—¿A qué venís aquí? le preguntó.

—Vengo, contestó Guesno, á buscar unos papeles que la justicia habia creido conveniente recoger y que ayer me prometísteis devolverme.

—¿Estais solo?

—No, señor juez; me acompaña uno de mis mejores amigos.

—¿Quién es ese amigo?

—Se llama Lesurques. Es un paisano mio.

—¿Qué motivo le trae aquí?

—Ninguno. Le he encontrado cuando yo venia, y á mis instancias ha condescendido en acompañarme.

Mr. Daubenton mandó entrar á Lesurques y estuvo hablando con él y con Guesno por espacio de cerca de media hora, á fin de dar á las dos mujeres toda la facilidad posible para observarlos; en seguida invitó á entrambos amigos á que pasasen á la pieza inmediata, diciéndoles que iban á llevarles los papeles que venian á recoger. Al despedirlos así, dió órden al oficial Heudon de no perderlos de vista.

Al instante que salieron, preguntó de nuevo el magistrado á las mujeres si persistian en sus declaraciones precedentes: ellas respondieron sin titubear que estaban seguras de que no se engañaban; entonces el ciudadano Daubenton recibió sus declaraciones por escrito, y puso arrestados á Guesno y á Lesurques.

Desde aquel momento, se prosiguió la instruccion del proceso con nueva y mayor celeridad.

Guesno y Lesurques, careados con los testigos traidos de Mongeron y de Lieursaint, son reconocidos por casi todos. La mujer llamada Santon asegura que Lesurques fué quien despues de la comida en Mongeron, quiso pagar el gasto en asignados; pero que el alto moreno (Couriol) pagó en dinero. Champeaux y su mujer, posaderos de Lieursaint, le reconocen de una manera positiva; segun ellos, él fué quien se estuvo componiendo la espuela, y quien volvió en busca de su sable; Lafolie, mozo de cuadra en Mongeron, la mujer Alfroy, jardinera en Lieursaint, le reconocen no menos formalmente; Lorenzo Charbaut, labrador, que comió en la misma sala que los cuatro jóvenes, le reconoce por el que tenia las espuelas plateadas sujetas con unas cadenetas á las botas á lo húsar.

Habiéndose creido confirmados por la sumaria todos los hechos que acabamos de enumerar, Lesurques, Guesno, Couriol, Bernard, Richard y Bruer fueron sometidos al tribunal criminal, los tres primeros como autores ó cómplices del asesinato seguido de robo cometido en la noche del 8 de floreal del año IV de la república en la persona del conductor del correo de Lyon; Bernard por haber proporcionado los cuatro caballos; Richard por haber ocultado en su casa á Couriol y á su querida; Magdalena Bréban por encubridora de todos ó parte de los objetos robados; Bruer por haber dado asilo á Couriol y a Guesno en su propiedad de Chateau-Thièrry.

VI.

Sin embargo, Lesurques, Guesno y Bruer protestaban con energía contra toda inculpacion. A poco de su arresto, escribió Lesurques á uno de sus amigos la carta siguiente, que fué interceptada y unida al proceso:

«Amigo mio; desde que estoy en París no he experimentado mas que disgustos; pero estaba bien lejos de presumir la desgracia que ha caido hoy sobre mí. Tú me conoces y sabes si soy capaz de mancharme con un crímen: pues bien, me imputan el mas horrible de todos. Solo el pensar en ello me hace estremecer. Me encuentro complicado en el proceso del asesinato del conductor del correo de Lyon. Tres mujeres y dos hombres á quienes nò conozco, ni aun siquiera el lugar de su domicilio (pues sabes que no he salido de París), han tenido la impudencia de declarar que me reconocian, y que yo era el primero que se presentó en casa de ellos á caballo. Tú sabes tambien que no he montado desde que estoy en París. Ya comprendes la trascendencia de semejante deposicion, que tiende nada menos que á hacerme asesinar jurídicamente. Hazme el favor de ayudar mi memoria y procura recordar dónde estaba yo y qué personas he visto en París, en la época en que se sostiene impudentemente que me han visto fuera de París (yo creo que era el dia 7 ú 8 del mes pasado), á fin de que pueda confundir á estos infames calumniadores, y hacer que se les impongan las penas prescritas por las leyes.»

Al pié de la carta indicaba las personas que habia visto aquel dia; el ciudadano Tixier, el general Cambrai, la señorita Eugenia, el ciudadano Hilario Ledru, el peluquero de su mujer, los trabajadores ocupados en las reparaciones y adorno de su habitacion, el portero de la casa. «Te agradeceré infinito, decia para concluir, que veas con frecuencia á mi mujer y la consueles cuanto puedas.»

Pero en los debates que se abrieron poco tiempo despues de la perpetracion del crímen, los testigos ya oidos y que pretendian reconocer á los acusados Guesno y Lesurques, insistieron con fuerza en sus anteriores declaraciones.

Bruer y Guesno lograron no obstante desvanecer uno á uno los cargos que contra ellos se fulminaron. Guesno sobre todo probó la coartada con la mas incontestable evidencia.

La absolucion de Bruer y de Guesno á nadie pareció dudosa.

Por lo tocante á Lesurques, habia hecho citar á quince testigos de descargo, todos ciudadanos recomendables ó pertenecientes a profesiones honradas, y de probidad notoria.

Lesurques contaba con este cúmulo de testimonios respetables para probar, no menos positivamente que Guesno, la coartada; así es que se presentaba en los debates con una seguridad tan grande y una calma tan extraordinaria, que unos no podian menos de creer en su inocencia, mientras otros lo traducian por descaro y cinismo.

Un rico mercader de joyas llamado Legrand, paisano de Lesurques, declaró desde luego que el dia mismo en que se cometió el crímen, es decir, el 8 de floreal, pasó Lesurques en su casa una parte de la mañana.

A este testigo se añadieron Aldenof, joyero, Hilario Ledru, y Chasfer, quienes afirmaron haber comido aquel mismo dia con el acusado en casa de un pariente suyo del mismo nombre, calle de Montorgueil, y dijeron que despues de la comida entraron en un café, tomaron licor, y acompañaron en seguida á Lesurques hasta su casa. El pintor Beudart expresó que él habia debido comer con Lesurques y sus amigos, pero que estando de servicio como guardia nacional, no pudo verificarlo; que sin embargo, habia ido por la noche de uniforme á casa de Lesurques, y le habia visto acostarse. En apoyo de su declaracion, presentaba este testigo su papeleta de guardia, de fecha efectivamente de 8 floreal.

En fin, los operarios que trabajaban en el cuarto que Lesurques hacia arreglar para habitarlo, afirmaban haberle visto muchas veces en los dias 8 y 9.

Esta multiplicidad de testimonios que emanaban de personas estimables y que ofrecian una perfecta uniformidad, combatian con ventaja el dicho de las nueve personas que afirmaban reconocer en Lesurques á uno de los caballeros que se habian detenido en Mongeron y en Lieursaint.

La impresion del jurado iba ya siendo cada vez mas favorable, cuando de súbito un incidente inesperado y fatal vino á cambiar enteramente el aspecto del debate.

El joyero Legrand, para probar mejor la sinceridad de su testimonio, expresó en su declaracion que el mismo dia 8 de floreal habia hecho antes de comer un cambio de alhajas con su compañero de profesion Aldenof; y propuso exhibir su libro de asientos en el que debia estar notado este cambio, cuya rea-

lidad justificaría la exactitud de todos los recuerdos y destruiría todas las sospechas.

Mas cuando por órden del presidente se trajo el libro de asientos, á primera vista fué fácil reconocer que la fecha de la operacion citada por Legrand habia sido enmendada. El cambio con Aldenof habia tenido lugar el dia 9, ó por lo menos esta era la fecha con que sentó en el libro. Una enmienda mal disimulada, hecha groseramente sobre una raspadura, habia sustituido el guarismo 8 al guarismo 9 primitivamente escrito.

Este descubrimiento produjo un movimiento de sorpresa y casi de indignacion. El presidente estrechó con preguntas al testigo Legrand, y no pudiendo obtener de él una respuesta satisfactoria, ordenó su inmediato arresto.

Asustado entonces, turbado, balbuciente, perdido, retractó su primera deposicion, y dijo que no estaba cierto de haber visto á Lesurques el 8 de floreal; que habia enmendado su libro para dar mas verosimilitud á la declaracion que habia resuelto hacer en su favor; que por lo demás, creia en la inocencia de su desgraciado paisano, y que solo la profunda conviccion de que un error de la justicia le hacia comparecer en el banco de los criminales, era lo que le habia decidido á ser perjuro por salvar la cabeza de un hombre á quien le unian sentimientos de estimacion y de afecto.

Compréndese bien cuánto debió cambiar este incidente las disposiciones de los jurados. Desde aquel momento, alimentaron contra Lesurques las mas implacables prevenciones, no viendo mas que un vasto sistema de confabulacion y connivencia en las declaraciones ya recibidas, y escuchando apenas las que faltaban por tomar. A sus ojos la culpabilidad de Lesurques era ya un hecho evidente.

Y sin embargo, Lesurques no cesaba de oponer las denegaciones mas enérjicas á los gravísimos cargos, á las funestas apariencias que parecian surjir de todas partes contra él.

En tales circunstancias se cerraron los debates. El acusador público formalizó su peticion, y en seguida se retiraron los jurados á otra sala á fin de decidir de la suerte de Lesurques.

VII.

En aquel instante de que dependia la vida ó la muerte de Lesurques, se presentó al tribunal una mujer agitada de la mas viva emocion, y pidió hablar al presidente.

—Aguijoneada por la vez de mi conciencia, decia, quiero evitar al tribunal criminal un error funesto, y á los jurados un eterno remordimiento.

Aquella mujer insistió tanto en que el presidente la oyera, que este magistrado creyó deber llamarla á su presencia.

Allí, declaró:—«que sabia positivamente que Lesurques era »inocente; que los testigos, engañados por una inesplicable se»mejanza, le habian confundido con el verdadero culpable, el »cual se llamaba Dubosq.»

A pesar de esta declaracion tan positiva, el tribunal, supeditado por las desfavorables impresiones que produjo el debate, hizo retirar á aquella mujer, que era Magdalena Bréban, la querida de Couriol, la confidente de sus mas íntimos pensamientos.

Magdalena en los momentos en que se iba á pronunciar el fallo, abandonaba á su amante Couriol, y confesaba su parte de culpabilidad por salvar á Lesurques. El corazon de la mujer tiene muchas veces tesoros de valor y de generosidad.

Pero el tribunal, como hemos dicho, no quiso escuchar á Magdalena.

Volvió á continuar la audiencia, y los jurados consignaron su declaracion, pronunciando la pena de muerte contra Couriol, Lesurques y Bernard; la de veinte y cuatro años de prision contra Richard, y la absolucion de Bruer y de Guesno.

Cuando se hubo dado cuenta de este fallo, levantóse Lesurques con serenidad, y dirigiéndose á sus jueces, les dijo en tono grave:

—Soy inocente del crímen que se me imputa.... ¡Ah! ciudadanos, si es horrible asesinar en un camino real, no lo es menos asesinar jurídicamente á un hombre inocente.

A su vez se levantó Couriol, y expresándose con calor, exclamó:

—Sí, yo soy culpable y confieso mi crímen; pero Lesurques

es inocente, y Bernard no tuvo participacion en el asesinato.

Cuatro veces seguidas reiteró esta declaracion; luego, cuando volvió á su calabozo, escribió á sus jueces una carta llena de dolor y de arrepentimiento, en la cual decia:

«Yo no he conocido jamás á Lesurques; mis cómplices fue»ron Vidal, Rossi, Durochat y Dubosq. La semejanza de Du»bosq con Lesurques es lo que ha engañado á los testigos.»

En cuanto se hizo público el fallo, Magdalena Bréban se presentó de nuevo para repetir la declaracion hecha precedentemente por ella. Acompañábanla dos individuos, quienes depusieron que antes del veredicto del jurado les habia dicho Magdalena que Lesurques jamás habia tenido relaciones con los asesinos, y que era víctima de su funesta semejanza con Dubosq, uno de los asesinos verdaderos.

Esta insistencia de Magdalena, y sobre todo las palabras de Couriol que, confesándose condenado con justicia y no reclamando nada para él, protestaba la inocencia de Lesurques, introdujo la duda en el ánimo de los magistrados. Apresuráronse á pedir una suspension al Directorio, el cual penetrado del mal irreparable y posible de hacer perecer á un inocente, recurrió al cuerpo legislativo, atendido que todos los recursos judiciales estaban agotados. El mensaje del Directorio á los Quinientos era urgente, y pedia una suspension de la ejecucion, y que se decidiese acerca de la marcha que hubiese de seguirse en este negocio; terminaba con estas palabras:

«¿Deberá morir Lesurques porque se parece á un culpable?»

No obstante, el consejo de los Quinientos creyó deber pasar á la órden del dia, porque «todo estaba consumado legal»mente, y un caso particular no podia motivar una infraccion »de las formas anteriormente decretadas; y porque anular por »semejantes indicios una condenacion legalmente pronunciada »por un jurado, sería trastornar todas las ideas de justicia y de »igualdad ante la ley.»

Despues de esto, como el derecho de indultar habia sido abolido, no quedaba al infortunado Lesurques ni recurso, ni esperanza. El se mostró firme y resignado.

Durante la demora de su instancia, habia dirigido por conducto de los periódicos una carta á aquel Dubosq, cuyo nombre

habian revelado Couriol y Magdalena Breban. En aquel escrito decia:

«O vos, en cuyo lugar voy á morir, contentáos con el sacri»ficio de mi vida; si alguna vez compareceis ante los tribunales, »acordaos de mis tres hijos cubiertos de oprobio, de su madre »que gemirá en la desesperacion, y no prolongueis tantos infor»tunios causados por la mas funesta semejanza.»

El dia de su muerte, escribió á su esposa la siguiente carta:

«Querida mia:

»Nadie puede eludir su destino; yo debia ser asesinado ju»rídicamente. Por lo menos sabré sufrir mi suerte con el valor »de un hombre como yo. Te envio mis cabellos; cuando tus hi»jos sean grandes, repárteselos: es la única herencia que les »dejo.»

En otra carta de despedida á sus amigos, no se entrega á recriminacion alguna de las que una desgracia semejante á la suya hubiera inspirado á almas de menos temple que la de él. Se limita á decir: «La verdad no ha podido abrirse paso; voy »á perecer víctima de un error.»

En fin, el dia 10 de marzo de 1797, José Lesurques fué conducido al lugar del suplicio. Habia solicitado ir vestido de blanco, como para simbolizar su inocencia, y llevaba al caminar hácia el cadalso un pantalon y una especie de levita de cotonía, y el cuello de la camisa caido sobre los hombros.

Aquel dia era Jueves Santo. Lesurques manifestó sentimiento de no morir el dia siguiente, aniversario de la muerte de Jesucristo.

Durante el tránsito desde la Conserjería hasta la plaza de la Grève, donde tenian lugar las ejecuciones públicas, Couriol, colocado en la carreta al lado de Lesurques, gritaba al pueblo con voz vigorosa:

—«Yo soy culpable y merezco la muerte. Pero Lesurques es »inocente; su suplicio es un asesinato horrible.»

Bernard fué ejecutado el primero. Despues de él, Lesurques sin perder en lo mas mínimo su admirable tranquilidad, se entregó al verdugo diciendo:

—«Perdono á mis jueces, á los testigos cuyo error ha hecho »que se me condene, á Legrand que no ha sido quien menos ha

»contribuido á que se me asesine jurídicamente.... Muero pro-»testando mi inocencia!...»

A los pocos segundos, habia cesado de existir. El inocente Lesurques precedia un minuto en la eternidad al culpable Couriol....

VIII.

Las protestas de inocencia reproducidas por Lesurques en su hora suprema; la declaracion de Magdalena Breban; las reiteradas por Couriol hasta en los escalones del cadalso, habian sembrado la duda en el ánimo de muchas personas.

Apenas se ensangrentó el patíbulo, cuando el remordimiento, ó por lo menos el recelo de una iniquidad judicial, penetró en muchas conciencias.

Varios de los jurados que habian votado en esta triste causa mostraron públicamente su pesar por haber dado fé á las deposiciones, por otra parte tan precisas y formales, de los testigos de Mongeron y Lieursaint.

Por lo que toca al ciudadano Daubenton, á aquel juez de paz que ordenó el arresto de Lesurques y formalizó contra él las primeras diligencias, resolvió proseguir con perseverancia la averiguacion de la verdad que no podia ser conocida en toda su pureza hasta el arresto y encausamiento de los tres individuos contumaces designados por Couriol como sus cómplices y que dijo llamarse Vidal, Durochat y Rossi.

Dos años enteros transcurrieron sin que el celo y las investigaciones de Daubenton diesen resultado alguno. A pesar de sus incesantes afanes y molestias, el concienzudo magistrado no podia encontrar la menor huella de los fugitivos.

Por fin, consultando un dia los numerosos partes y los registros de entrada de presos, que se recibian diariamente en la oficina central, vió el ciudadano Daubenton en uno de ellos, que Durochat, aquel asesino que, segun el dicho de Couriol, iba en el asiento del correo de Lyon con el nombre de Laborde, acababa de ser preso por un robo cometido recientemente, y se encontraba en aquel momento detenido en Santa Pelagia.

Es de advertir que al sustanciarse la causa de Lesurques, quedó consignado que varios testigos, entre otros un inspector de la administracion de correos, habian visto al supuesto La-

borde cuando se preparaba á subir al carruaje, y el mencionado inspector conservaba bastante presente su fisonomía, en términos que en caso de presentársele, le reconocería con entera certidumbre.

El ciudadano Daubenton, despues de informarse del dia en que Durochat debia ser juzgado por el delito de robo que habia motivado su arresto, se fué á la administracion de correos y conferenció con Mr. Piron, jefe de la correspondencia para el Mediodia, por medio del cual obtuvo que los administradores enviasen á buscar en posta al indicado inspector, quien, por haber permutado, no se hallaba en París.

Por otra parte, se puso en noticia de los jueces las sospechas de que Durochat era objeto. Llegado el dia del juicio, fué condenado el acusado á catorce años de prision, y ya se disponian los gendarmes á llevársele de la sala, cuando interponiéndose el inspector de correos, declaró que aquel hombre á quien acababan de condenar por robo era precisamente el mismo que el 8 de floreal del año IV iba en la mala de Lyon con el nombre de Laborde y habia, segun todas las apariencias, asesinado al infeliz conductor.

Durochat no opuso mas que una débil negativa, y fué conducido de nuevo á la Conserjería, en donde el ciudadano Daubenton hizo que le sentasen en el registro de entradas en virtud de la prevencion que resultaba del proceso seguido contra Couriol y consortes.

El dia siguiente, el ciudadano Daubenton, asistido de un ugier del tribunal criminal, hizo trasladar al acusado á la cárcel de Melun, adonde llegó aquella misma noche.

Al otro dia por la mañana muy temprano, sufrió Durochat un interrogatorio, á consecuencia del cual tuvo que ser conducido á la cabeza de partido de Seine-et-Oise, donde debia tener lugar la prosecucion de la causa.

El magistrado y el ugier se encaminaron, pues, hácia Versalles con el reo escoltado por cuatro gendarmes. Luego que llegaron á una aldea inmediata á Grosbois, Durochat que no habia tomado cosa alguna desde la víspera por la mañana, pidió de almorzar. Hízose alto en la primera posada, y habiendo allí manifestado Durochat deseos de hablar particularmente al juez, este despues de haber mandado llevar almuerzo para él y

el preso, ordenó á los gendarmes y aun al ugier que se retirasen, por mas que el último procuró hacerle comprender cuán imprudente era quedarse solo con un malvado como parecia serlo Durochat.

Mr. Daubenton y Durochat quedaron solos. El magistrado no estaba separado del asesino del correo de Lyon mas que por la mesa en que se habia servido el almuerzo. La criada de la posada no habia puesto mas que un cuchillo por órden del ugier. Cojiólo Daubenton y se servia de él para cascar un huevo, cuando Durochat le dijo mirándole fijamente:

—¿Teneis miedo? señor juez.

—¿De quién? preguntó Daubenton.

—De mí, replicó Durochat.

—¿Qué os hace presumir eso?

—Como veo que os habeis apoderado del cuchillo....

A estas palabras del acusado, el juez le presentó el cuchillo por el mango, y dijo con maravillosa serenidad:

—Tomad, partidme pan, y decidme lo que teneis que comunicarme relativamente al crímen cometido en la noche del 8 de floreal.

Confundido con la calma del magistrado se levantó Durochat y puso sobre la mesa el cuchillo que habia cogido con una vivacidad que hubiera asustado á cualquiera otro que al ciudadano Daubenton.

—¡Sois un valiente! exclamó con una especie de respeto y admiracion.

Y habiendo reflexionado por espacio de algunos minutos, añadió con desaliento.

—Mirad, yo estoy perdido. Acabose todo para mí. Lo sé muy bien; pero quiero ser franco con vos.

Y se puso á contar detalladamente todas las particularidades concernientes al asesinato del conductor del correo de Lyon. Sus explicaciones confirmaron exactamente cuanto habia dicho Couriol. Añadió que el proyecto fué concebido por Vidal, uno de sus cómplices, quien se lo habia comunicado en una hostería de los Campos Elíseos.

Los culpables eran, pues, en realidad Couriol, Rossi, conocido por Beroldi, Vidal, el mismo Durochat y Dubosq.

Este miserabble Dubosq fué quien le pergeñó un pasaporte

con el nombre de Laborde, con ayuda del cual se proporcionó otro para tomar el asiento en el correo de Lyon; le prestó tambien 3000 francos en asignados; Bernard suministró los cuatro caballos que sirvieron para Couriol, Rossi, Vidal y Dubosq. Rossi fué quien dió al postillon el sablazo que le partió el cráneo; Durochat montó el caballo del postillon para regresar á París. Así que llegaron, se reunieron los cinco cómplices en casa de Dubosq calle de la Cruz des-Petits-Champs, donde se procedió al reparto de las sumas robadas, de que reclamó una parte Bernard que se hallaba allí, á pesar que no hizo mas que facilitar los caballos sin haber tenido mas participacion en el crímen.

Despues de dar las explicaciones precedentes, prosiguió Durochat de esta manera:

—«He oido decir que habia sido condenado un sugeto llama»do Lesurques. Debo hablar con verdad, asegurando que no »he conocido jamás á tal sugeto, ni cuando ocurrió el proyecto, »ni cuando se trató de la ejecucion, ni cuando se hizo el re»parto. Declaro que no le conozco, que no le he visto jamás, y »que no pudo tener parte en el asesinato.»

Concluyó Durochat diciendo que despues del crímen, fué á vivir con Vidal, á la calle de las Fuentes, en una casa cuyo portero se llamaba Perrier, de donde se marchó al cabo de pocos dias, cuando supo el arresto de Couriol.

Estendida por Daubenton esta declaracion, la firmó Durochat y á su llegada á Versalles, la reiteró ante uno de los jueces del tribunal. El ciudadano Daubenton asistió á este segundo interrogatorio que ha dejado consignado en una nota escrita de su puño y unida al proceso, en la cual dice:

«El magistrado hizo observar á Durochat que Lesurques »habia sido, no obstante, reconocido formalmente como uno »de los ladrones por los testigos que vinieron de Mongeron y »de Lieursaint; que llevaba en sus botas espuelas plateadas; »que habiéndose roto una de estas se le vió componerla atándo»la con hilo, y que esta misma espuela rota habia sido encon»trada en el paraje mismo en que fué atacado el correo. Duro»chat respondió:—Era Dubosq el que llevaba espuelas plateadas. »La misma mañana en que nos repartimos el producto del robo, »le oí decir que se le habia roto la cadenilla de una espuela, que

»la habia compuesto en el sitio donde habian comido, y que »la perdió en la refriega. Yo mismo le ví en la mano la otra »espuela, la cual dijo iba á tirar á la letrina.

»Durochat dió en seguida las señas de Dubosq, y añadió »que el dia del crímen tenia puesta una peluca rubia.»

IX.

La captura que se acababa de hacer de Durochat fué seguida de la de Vidal, otro de los cómplices en el crímen tan malamente imputado á Lesurques. Mas aunque los testigos de Mongeron y de Lieursaint le reconocieron formalmente como uno de aquellos á quienes habian visto comer y jugar al villar el 8 de floreal, el acusado se encerró en una completa y sistemática negativa. Instruyóse respecto á él un procedimiento especial y permaneció en las cárceles de la capital.

Entre tanto llegó el dia de juzgar á Durochat en Versalles. Queriendo probar la sinceridad de las declaraciones que habia prestado, pidió su careo con Vidal. En consecuéncia fué este llevado de París; pero persistió en suponerse víctima de un error, declaró no conocer á Durochat, y afirmó que le veia entonces por la primera vez.

Se llamó á los testigos que habian depuesto contra Guesno, Lesurques y Couriol, quienes aseguraron que no se engañaban al designar á Vidal como uno de los cuatro que comieron en Mongeron. Hubo un testigo que exclamó dirigiéndose á Vidal:

»No, no me equivoco; vos érais uno de los que ví en Lieursaint con Couriol y otros dos, el dia del asesinato del correo; pero me engañé, lo confieso, cuando tomé por vos al ciudadano Guesno, y estoy bien pesaroso de lo que dije de él. Quiero hacer público hoy mi arrepentimiento.»

Durochat que confesaba su criminalidad, fué condenado á muerte y ejecutado á poco tiempo en la plaza de Versalles, sufriendo su pena con notable indolencia.

Por lo tocante á Vidal, se le trasladó á la cárcel de la cabeza del territorio de Seine et Oise, en donde se prosiguió el proceso incoado contra él.

X.

Cuatro años hacia que el conductor del correo de Lyon habia sido asesinado, cuando á fines del año VIII, uno de los cómplices del delito, aquel en lugar del cual fué condenado Lesurques, Dubosq en fin, que habia sido preso de resultas de un robo en el departamento del Allier á donde se habia retirado con nombre supuesto, fué reconocido en la cárcel, traido á París y llevado luego á Versalles para ser juzgado juntamente con Vidal.

Los datos adquiridos respecto á Dubosq constituian una admirable hoja de servicios. Jóven todavía, fué condenado á galeras perpétuas á consecuencia de un robo de objetos de plata cometido por él en casa del arzobispo de Besançon. Estando en galeras, rompió sus cadenas á favor de los disturbios que agitaron la Francia. Preso en París por un segundo robo, fué segunda vez condenado, y logró tambien evadirse. Vuelto á cojer en Rouen, halló nuevamente medio de fugarse. Aprehendido otra vez, por cuarta vez se escapó. Esta última evasion coincidia, con algunas semanas de diferencia, con el ataque del correo y el doble asesinato de la selva de Senart.

De la misma manera que Vidal, negó Dubosq toda participacion en el crímen de que se le acusaba. Pero contra estos dos miserables obraban pruebas demasiado concluyentes.

Mientras estaban ambos encerrados en la cárcel de Versalles, meditaron un proyecto de evasion que no tardaron en poner en práctica. Los dos consiguieron salvar dos muros y escalar el del camino de la ronda; pero les faltaba todavía saltar desde una altura de veinte y cinco pies para ganar la calle. Vidal se tiró y llegó á tierra sano y salvo. Dubosq fué menos afortunado, pues se fracturó una pierna y le metieron de nuevo en la cárcel.

La evasion de Vidal fué tanto mas sensible para Daubenton cuanto que habia tomado muy á pechos este asunto, y esperaba que la verdad iba á surgir por fin del juicio contradictorio de Dubosq y Vidal.

Por este motivo, lejos de desanimarse, se entregó con mas

ardor á contínuas investigaciones para descubrir el paradero del fugitivo.

El éxito coronó sus esfuerzos; supo que Vidal habia sido arrestado en Lyon por recientes fechorías, y dió parte al presidente del tribunal de Versalles, el cual mandó conducir allí al culpable con una buena escolta.

Pero mientras Vidal volvia á caer en manos de la justicia, Dubosq curado de su fractura tomaba las de villadiego.

Fué preciso, pues, juzgar á Vidal solo. Esta vez su proceso se sustanció en breve. Abundaban las pruebas contra él, y pronto expió sus crímenes en el patíbulo.

Hasta los últimos dias del año IX, en que fué nuevamente preso, burló Dubosq las pesquisas del tribunal criminal de Versalles.

Continuando entonces su proceso, ordenó el presidente que compareciese Dubosq en los debates con una peluca rubia. Reconociéronle unánimemente los testigos. Sobre este particular se lee lo siguiente en la relacion de la causa:

»El ciudadano Perrault, miembro de la asamblea legislati»va, uno de los que vieron en Mongeron á los cuatro suge»tos que comieron en la posada del correo el dia del asesinato, »y que habia reconocido á Lesurques por uno de ellos, con»vino en que habia una gran semejanza entre Dubosq y Le»surques.

»La mujer Alfroy, que anteriormente reconoció á Lesur»ques por uno de los mismos cuatro sugetos, declaró que se ha»bia engañado al decir ante el tribunal del Sena que le reco»nocia; que hoy su conciencia le obligaba á decir que se ha»bia engañado, y creia firmemente que no habia visto á Le»surques, sino á Dubosq á quien tenia delante á la sazon; que »le reconocia perfectamente, como lo habia ya hecho en la su»maria, y tenia declarado al director del jurado.»

A pesar de estos testimonios y una multitud de otros no menos formales, persistió Dubosq en el sistema de denegaciones, que á ejemplo de Vidal creyó deber adoptar. Pero por una estraña inconsecuencia, confesaba haber conocido á los culpables, con quienes dijo él mismo haber mantenido relaciones. Con presencia de la conformidad de los testigos, considerando los antecedentes del acusado, teniendo en cuenta las declaraciones tan

acordes y circunstanciadas de Couriol, Magdalena Breban y Durochat, la justicia no podia vacilar un momento. Un veredicto de culpabilidad por unanimidad de votos decidió de la suerte de Dubosq, quien pereció por mano del verdugo el dia 3 de ventoso del año X de la república.

XI.

De todos los cómplices en el doble asesinato cometido el 8 de floreal del año IV en la selva de Senart, no quedaba mas que uno que no hubiese recibido todavía el condigno castigo, y este era Rossi.

Este Rossi, conocido por *Ferrari*, llamado tambien el *Grande italiano*, y cuyo verdadero nombre era Beroldi, fué descubierto en Madrid, poco tiempo despues de la ejecucion de Dubosq. Habiendo el ministro francés reclamado su extradicion, Rossi ó Beroldi fué entregado por el gobierno español; juzgado y condenado en Versalles, demostró un grande arrepentimiento, pidió los auxilios de la religion, y marchó al suplicio asistido por Mr. de Grandpré, cura de la parroquia de Nuestra Señora.

En la relacion manuscrita que ha dejado el juez Daubenton, se lee lo siguiente: «Despues de la ejecucion, Mr. de Grand-»pré, cura de Versalles, que asistió á Rossi en sus últimos »momentos, atestiguó ante el señor presidente que su peniten-»te le habia autorizado á declarar que el fallo que le condena-»ba á muerte era justo. Despues, el mismo Mr. de Grandpré »puso en manos de Mr. Destrumeau, notario de Versalles, una »declaracion escrita y firmada por Beroldi (Rossi), pero la cual, »con arreglo á los postreros deseos del moribundo, no debia »publicarse hasta seis meses despues de su suplicio:

»En este documento decia Beroldi: *Declaro que Lesurques »era inocente, pero esta declaracion que hago á mi confesor, no »podrá manifestarla á la justicia hasta seis meses despues de »mi muerte.*»

. . . .

Independientemente de Richard, que expiaba con veinte y cuatro años de cadenas el crímen de haber encubierto una parte de los objetos robados, eran seis los individuos que iban ya

sentenciados á pena capital como autores ó cómplices del asesinato cometido en las personas del conductor y postillon del correo de Lyon la noche del 8 de floreal del año IV, y del robo que fué su consecuencia, á saber, Bernard, Couriol, Vidal, Lesurques, Dubosq y Rossi.

Ahora bien, segun todos los testimonios, segun la sumaria, y segun los debates mismos, estaba claramente demostrado que el número de los asesinos no habia pasado de cinco, esto es, el hombre que ocupaba el asiento del correo con el nombre supuesto de Laborde, y cuatro sugetos que montaron los caballos alquilados por Bernard, que comieron en Mongeron, y que tomaron café y jugaron al villar en Lieursaint.

Habia, pues, perecido en el cadalso un inocente; y las repetidas declaraciones de Couriol, de Durochat y de Magdalena Breban, las confesiones tan esplícitas de Vidal y de Rossi, la formal retractacion de los testigos de Mongeron y de Lieursaint en el proceso de Dubosq, todo probaba que este inocente era el desdichado Lesurques.

XII.

Apoyados en todas estas circunstancias la viuda y la familia de Lesurques, elevaron una voz suplicante pidiendo la revision del proceso en lo concerniente á Lesurques. El error judicial parecia tan incontestablemente demostrado, que los peticionarios esperaban obtener fácilmente la rehabilitacion del infeliz que habia sido víctima de él.

El juez de paz Daubenton estaba convencido de la inocencia del condenado, y como habia sido uno de los instrumentos involuntarios de un error deplorable, quiso noblemente consagrar una parte de su fortuna y los últimos años de su vida á devolver á la familia Lesurques su honor y su consideracion que habian sufrido un descalabro en circunstancias tan dolorosas y funestas.

Mr. Daubenton se dedicó á una especie de investigacion póstuma, y consignó minuciosamente su resultado en un estenso escrito que dirigió al ministro de la justicia, y del que entresacamos los pasajes siguientes:

«El error, dice Mr. Daubenton, que dió lugar á la condenacion de Lesurques, no provenia ni de los jurados ni de los

»jueces. Los jurados, convencidos por las declaraciones de los »testigos, habian jurídicamente manifestado su conviccion; los »jueces, con arreglo á las declaraciones de los jurados, fallaron »conforme á la ley.

»El error de la condenacion de Lesurques no provenia sino »de una equivocacion de los testigos mismos; no provenia sino »de la fatalidad de la semejanza de Lesurques con uno de los »culpables que no habian sido aprehendidos todavía. Nada in»ducia entonces á sospechar esta causa del error en que habian »incurrido los testigos.

»Couriol en sus declaraciones no indicaba medio alguno de »conviccion contra aquellos á quienes nombraba; no daba indi»cio alguno propio para hacer por sí solo presumir el error de »que vagamente decia ser víctima Lesurques. El tiempo sola»mente podia demostrarlo, y ningun dato habia para fijar la »época en que podrian adquirirse tales pruebas.

»Las declaraciones de Couriol, aisladas de todo otro apoyo »del hecho espantoso que insinuaba, no eran de suficiente peso »para hacer doblegar la ley ó suspender la ejecucion de su vo»luntad. El cuerpo legislativo se creyó en el deber forzoso de »abandonar á Lesurques á su mala ventura....

»Los Calás, decia al terminar el ciudadano Daubenton, los »Sirven y todos aquellos en cuyo favor la justicia de nuestros »monarcas ha ordenado semejantes revisiones, no han tenido »jamás en su abono semejantes presunciones de inocencia.»

El juez de paz Daubenton decia la verdad. Pero por desgracia, ese derecho de revision que se reclamaba apoyándose en las fuertes presunciones de la inocencia de Lesurques,... ese derecho habia desaparecido de los usos judiciales y habia sido borrado de los códigos. Y por una consideracion política, seguramente deplorable, pero necesaria bajo cierto punto de vista, el legislador que habia establecido la inviolabilidad de la declaracion del jurado, debia temer que bambolease la fé de la sociedad en esta institucion, entonces naciente, si la señalaba como sujeta á errores.

Un escritor distinguido, Mr. Salgues, consagró diez años de su vida al triunfo de esta demanda de rehabilitacion; Mr. Merilhou, en un proceso importante, alzó calorosamente su voz en favor de esta causa; Mr. Coquard, jurisconsulto de gran mérito, en

un trabajo notable, trató á fondo la cuestion relativa al artículo 443 del código de instruccion criminal. Pero todos los esfuerzos fueron vanos. De todos los gobiernos que se sucedieron, directorio, consulado, imperio, restauracion, ninguno se creyó en posibilidad de atender á las enérgicas reclamaciones que se le dirijian. Todo cuanto pudo obtener la familia Lesurques, fué la restitucion en los dos últimos reinados de la rama primogénita de los Borbones, de una parte de la herencia del condenado, de que se habia apoderado el fisco con arreglo á la legislacion vigente en la época del juicio.

Despues de los acontecimientos de 1830, la familia Lesurques reprodujo sus instancias, que resonaron en la tribuna de las cámaras; y pocas legislaturas han transcurrido desde entonces sin que algunos representantes hayan llamado la atencion del ministerio sobre esta grave cuestion.

Mr. Cremieux redactó una *Memoria*, seguida de un proyecto de ley en tres párrafos adicionales al art. 443 del Código de instruccion criminal, y cuyo tenor es como sigue:

« En caso de muerte de los dos condenados, la familia que »quiera reclamar la revision, nombrará, en la forma prescrita »por el art. 407 y siguientes del Código civil, un curador á la »memoria del condenado; este curador ejercitará todos los de»rechos del condenado.

»Si ha muerto uno solo de los dos condenados, los proce»dimientos ante el nuevo tribunal de Assises se proseguirán con»tradictoriamente con el condenado vivo, y con el curador á »la memoria del muerto, nombrado en los términos que se ha »dicho en el precedente párrafo.

»Si la gestion se hace por el condenado que vive, y la fa»milia del muerto no estima oportuno intervenir, el tribunal de »Casacion, anulando las dos sentencias, nombrará un curador »á su memoria con el que se procederá en presencia del conde»nado que vive.»

Habiéndose ocupado de este proyecto de ley la cámara de diputados en la legislatura de 1834, Mr. Manuel Poulle, representante del Var, dió cuenta del dictámen de la comision (1), del cual tomamos los siguientes pasajes para que se forme idea del estado en que se encontraba la cuestion entonces:

(1) Sesion de 10 de mayo.

« ....¡Cuán penoso no es para unos legisladores, verse obli-
»gados á convenir en que existen casos en los que un error ju-
»dicial, cometido á la faz del pais, no puede ser reparado, á
»causa de la insuficiencia de nuestra legislacion!

»Esta laguna es la que la viuda y los hijos de Lesurques os »piden que lleneis.

»¿Creeríase en efecto que, en el pais de Europa que se glo»ría de ir á la cabeza de la civilizacion, no existe ley alguna »para restituir al honor y al respeto de los vivos la memoria de »un ciudadano á quien la espada de las leyes ha herido injusta»mente?»

« Por una fatalidad deplorable, los bienes de Lesurques fueron confiscados, á pesar de la ley que abolia la confiscacion. La Francia conserva el recuerdo de la virtuosa indignacion del senador Jacqueminot, quien encontrando entre los bienes de su senatoría una parte de los que habian pertenecido á Lesurques, exclamó que él respetaba demasiado el campo de la desgracia para admitir una dotacion manchada con la sangre de la inocencia. La comision siente que estas generosas y enérjicas expresiones no hayan producido en las diversas administraciones que se han sucedido toda la influencia que debia esperarse de ellas. Debemos consignar sin embargo que, bajo la Restauracion, Mr. de Villèle restituyó á la familia Lesurques una parte de la fortuna de que el fisco les habia despojado.

»Desde la revolucion de julio, preside al arreglo de los derechos de la viuda y de los hijos un pensamiento mas ámplio y mas digno. En la súplica unida á la peticion dirigida á las cámaras, leemos: «Ya se ha sometido á la aprobacion del señor »ministro de Hacienda una resolucion de la administracion del »patrimonio por la que se ordena la restitucion de capital, inte»reses y frutos de los intereses de todas las cantidades perte»necientes á Lesurques con que el fisco se ha enriquecido: des»pojo sangriento que un gobierno leal no podia apropiarse.

»Si el ministro, que abandona hasta los frutos de adminis»tracion, retiene todavía una suma considerable, es porque un »decreto que continúa subsistente sujeta á condenaciones solida»rias á todos aquellos que fueron declarados culpables.»

«La comision me encarga invocar toda la benevolencia, toda la atencion y toda la justicia del señor ministro de Hacienda

respecto á esta parte de la reclamacion de los herederos de Lesurques. Las simpatías de la cámara no serán dudosas en favor de los hijos del desventurado Lesurques, y el gobierno no podrá menos de participar del interés que estos inspiran.

»El señor ministro de Hacienda, no lo dudamos, se apresurará á hacer reintegrar en su patrimonio á los herederos de Lesurques, que con piadosa obstinacion reclaman cada año la rehabilitacion de su padre.»

En esta misma sesion de 10 mayo, Mr. Salverte abogó elocuentemente en favor de Lesurques. «Yo doy mi apoyo, dijo, al dictámen de la comision, menos por la desgraciada familia de Lesurques que por honor é interés del pais. La condenacion de un inocente es, señores, una mancha que conviene darse priesa á borrar. La reparacion es una deuda de la sociedad para con la familia del inocente. Si os remontais á los principios de la legislacion, comprendereis que jamás consiente el hombre en someter su honor y su vida al juicio de los hombres, sino á condicion de que si, por un fatal engaño cae víctima de un error, el error no será irreparable, su reputacion podrá restablecerse, y su familia, no indemnizarse, pero consolarse hasta cierto punto de la terrible pérdida que haya sufrido.

«Al daros cuenta el respetable Mr. Poulle del dictámen de la comision, os ha penetrado de que se echa de menos un párrafo en la ley criminal. El código penal reconoce tres casos en que puede ser revisada la declaracion del jurado; por consiguiente, revisar esa declaracion cuando esto sea evidentemente indispensable, no es atacar la decision del jurado. Aquí tenemos el artículo 443 del código penal, que dispone expresamente que cuando dos condenaciones son incompatibles, ha lugar á revision. Pero desgraciadamente este artículo supone que viven los condenados, ó al menos uno de ellos; y no podemos representar al infeliz que ha perecido. Si en el intervalo que medió entre la condenacion errónea y la ejecucion, Lesurques hubiera podido escaparse y se presentase hoy ante sus jueces, sin duda alguna le sería aplicable el art. 443 del código penal; pero Lesurques no existe; y el artículo, me responderán, no puede por tanto tener ya aplicacion. ¡Que pese la tierra sobre sus cenizas, la ignominia sobre su memoria, el luto y la ruina sobre su familia!

«Señores, á este lenguaje cruel, opondré dos reflexiones: la primera es, que semejante decision es contraria á los sentimientos de todos los hombres sin excepcion. La ley es evidentemente mala, cuando está en oposicion con todos los sentimientos de justicia impresos en el corazon de los hombres.

«En segundo lugar, diré á esos criminalistas, no temo afirmarlo, que atienden á la forma y descuidan la esencia; para quienes la letra de la ley mata el espíritu de la misma, yo les diré: vosotros os engañais, vosotros tendreis que aplicar á Lesurques el artículo 443, ó poneros en contradiccion con vosotros mismos. En efecto ¿por qué repugnaríais hoy la revision del proceso? El mas elocuente de vuestros intérpretes lo ha dicho: «Lo que determina al jurado es el debate, la audiencia pública, los *testimonios orales*, *el aspecto del acusado*, la acusacion, la defensa. Y desde que, por no comparecer nuevamente el acusado, deja de existir uno de los elementos esenciales que hicieron formar la opinion, la conviccion del jurado no puede reformarse con igual grado de certeza: su primera decision es, pues, inatacable.» Pues bien, sed consecuentes. Si la decision es inatacable porque el acusado no puede volver á presentarse, es tambien inatacable cuando no puedan ser oidos los mismos testimonios orales, cuando no puedan comparecer nuevamente los testigos.

«Ahora bien, los reos que ante el tribunal y hasta sus últimos momentos protestaron que no conocian á Lesurques y que este no habia tenido parte alguna en el asesinato, todos han muerto; los testigos han muerto tambien. Segun aquella doctrina no debe pensarse en una revision. ¡Y admitiendo la suposicion de que reapareciese el inocente condenado, los criminalistas sostendrán la sentencia de muerte! Llamarán al verdugo, y le dirán: coje á este hombre, átale las manos, prepara los instrumentos del suplicio, deja caer la cuchilla!... A una órden semejante, el verdugo mismo retrocedería horrorizado. No, señores, nada de todo esto se acomoda á nuestras costumbres ni á las ideas de justicia; bien comprendeis que se puede, que se debe aplicar á Lesurques el art. 443 del código penal.

«Cuando quiera que dos condenaciones son inconciliables, fuerza es que una de ellas se reforme, fuerza es que haya un

medio para eso, aun cuando los dos que fueron condenados hayan cesado de existir.

«La familia de uno de esos sentenciados viene á imploraros despues de treinta y siete años de esfuerzos inútiles; vosotros hareis triunfar su reclamacion. Vosotros lo hareis por el honor nacional, por el respeto debido á la ley; tened muy presente que la infamia que una sentencia de muerte puede imprimir sobre un culpable es de un gran peso en la balanza, cuando es justa; pero que se destruye toda la influencia que debe ejercer sobre las almas honradas, sobre los buenos ciudadanos, cuando se la deja subsistir con la conviccion de que no ha sido merecida.»

A pesar de tan elocuentes palabras, la cuestion ha quedado en tal estado hasta el presente.

La viuda de Lesurques ha muerto hace algunos años; no quedan mas que un hijo y una hija del infeliz Lesurques, pues el otro hijo ha encontrado una muerte gloriosa peleando en los ejércitos franceses. Los que sobreviven parece han anunciado la intencion de proseguir la demanda de rehabilitacion. ¡Ojalá puedan ver al fin coronados sus esfuerzos, y obtener esa débil compensacion por la horrible desgracia de que fué víctima su padre!

LOS TRES INGLESES.

SIR ROBERTO WILSON (1)—1816.

El conde de Lavalette logró evadirse de su prision, gracias á la admirable decision de su esposa y de algunos amigos. Ningun medio se perdonó para descubrir á los culpables que habian cooperado á tan generosa empresa: pero por mucho tiempo fueron inútiles todas las diligencias. Al fin la policía adquirió algunos indicios. Hé aquí lo que á propósito de esto refiere M. de Lavalette en sus Memorias:

«El general (Wilson) habia llevado en nuestro viaje á Mons un criado jóven que no sabia francés. Al regreso de aquel los espías que me buscaban observaron un carruaje cubierto de barro en el patio de la casa en que habitaba. Preguntaron á la portera, la cual les contó que el general acababa de llegar de un viaje que no habia durado mas que tres dias. La policía sospechaba ya de él. Uno de los espías se propuso sonsacar al criado; hízole mil preguntas, y al fin confesó que su amo habia ido á Mons, acompañado de un oficial de guardias que no sabia una palabra de inglés. Mis señas dadas por aquel muchacho sirvieron de norte á la policía. Pero eran menester pruebas. Este criado era quien llevaba la correspondencia del general á la embajada inglesa, y habiéndole prometido dinero si se avenia á llevar desde luego las cartas al conde Anglés, prefecto de policía, condescendió en hacerlo así. La que se abrió iba dirigida á Lord Grey. En ella estaba referida minuciosamente toda la historia de mi viaje. Apoyados en este documento, arrestaron á los tres ingleses.»

(1) Gobernador hoy de Gibraltar.

Instruyóse inmediatamente la sumaria; cuatro personas mas fueron complicadas en la causa, y en 22 de abril pasó al tribunal de assises del Sena.

«Entre las causas célebres sometidas á la decision de la justicia, decia el *Constitucional* de 23 de abril de 1816, las hay sin duda que ofrecen un interés mas directo y mas grande que la que en estos momentos ocupa al tribunal de assises; pero quizá no habrá otra que haya escitado de una manera mas viva la curiosidad pública. Las circunstancias estraordinarias que han dado lugar á este proceso, el deseo de conocer y de profundizar todos sus detalles, los títulos, la calidad y el carácter de algunos de los acusados, todo concurre á dar á este negocio, que por su misma naturaleza tiene ya importancia, una especie de interés particular. No es estraño, pues, que esta mañana mucho tiempo antes de la hora de la audiencia, se agolpase á las puertas del tribunal un numeroso gentío, muchos ingleses de distincion venidos exprofeso de Lóndres para ser testigos de los debates, y diferentes príncipes, embajadores y personajes de elevada categoría, que habian solicitado y obtenido tarjetas de entrada.

«Antes de las nueve se comenzó á permitir al público el paso al salon de audiencias. Damas francesas y extranjeras ocupaban una parte del estrado; en puestos reservados se veia al mariscal duque de Reggio, al duque d'Aumont, al duque de Grammont, al príncipe Wolkonski, á sir Steward, al conde de Rochechouart, al conde de Gante, á sir Sidney Smith, al marqués de Vence, al príncipe de Messerano, etc.

«A las once entraron los siete acusados. Mister Bruce iba vestido de paisano; sir Huttchinson vestia su uniforme; sir Roberto Wilson el de mayor-general inglés y las insignias de varias órdenes, entre ellas, la del Baño, la de Santa Ana, la de San José, etc. etc.»

He aquí los nombres de los siete acusados:

Santiago Elberle, de 38 años, guarda de la Conserjería;

Juan Bautista Roquette de Cerguidec, de 61 años, alcaide de la Conserjería;

Benito Bonneville, de 34 años, ayuda de cámara de Mr. de Lavalette;

José Guerin, de 53 años, mandadero;

Roberto Tomás Wilson, militar inglés, de 38 años, natural de Lóndres;

Juan Elias Huttchinson, de 26 años, capitan de granaderos de la guardia de S. M. Británica, natural de Wexfort en Irlanda.

Miguel Bruce, ciudadano inglés, natural de Lóndres, de 26 años.

Eran defendidos, los tres ingleses por Mr. Dupin; el guarda Elbarle, por Mr. Claveau; el alcaide Roquette, por Mr. Blaque; el ayuda de cámara Benito Bonneville, por Mr. Mauguin; el mandadero Guerin, conocido con el mote de Marengo, por Mr. Conflans.

En el momento en que iban á abrirse los debates, se levantó Mister Bruce, pidió la palabra, y leyó en francés el documento siguiente:

«Señores,

«Aunque sometidos á la ley francesa respecto á la acusacion de que somos objeto, no nos ha sido vedado jamás invocar el derecho de gentes.

«La reciprocidad entre las naciones es el artículo primero de todos los tratados; y así como en Inglaterra los franceses acusados tienen derecho de reclamar un jurado misto de nacionales y extranjeros, nos ha parecido que en Francia no se nos puede negar á nosotros ese mismo derecho, ó, si se quiere, ese mismo favor.

«Con este objeto hemos hecho proponer á jurisconsultos de nuestra nacion diversas cuestiones cuya solucion debia aclarar el derecho de que hablamos.

«Apoyados en su decision, hubiéramos podido reclamar el favor de un jurado compuesto por mitad de franceses y de ingleses.

«Pero, señores, la justicia que nos ha hecho ya en gran parte la sala de acusacion, nos ha determinado á conducirnos de otra manera.

«Nosotros nos abandonamos plenamente y sin reserva á la lealtad y á la conciencia de un jurado compuesto enteramente de franceses. Ni haremos siquiera recusacion alguna.

«Si hacemos de esto materia de una declaracion especial, es para consignar que no entendemos renunciar mas que al derecho que nos es personal, y para impedir que mas adelante se

quiera sentar como precedente el modo de proceder respecto á nosotros, al proceder contra compatriotas nuestros que se encuentren en la misma situacion.

«Nosotros ni podemos ni queremos perjudicar su derecho.

«En fé de lo cual firmamos la presente declaracion.

«París 22 de abril de 1816.

«Wilson, Bruce, Huttchinson.»

Por consulta: Dupin, abogado.»

Mr. Dupin. Pido que el tribunal tenga á bien darme acta de esta declaracion que deposito en sus manos.

El abogado general. Semejante declaracion, señores, debe con razon sorprendernos. Reclamar en Francia, por delitos cometidos en Francia, prerogativas inglesas, es olvidar ó desconocer los principios de la legislacion francesa. Si el documento que se presenta es una protesta, debe ser rechazada; si es una simple declaracion, es inútil. Concluyo proponiendo se pase adelante, y que el tribunal declare no haber lugar á dar el acta que se pide.

Mr. Dupin. Los acusados no tratan de suscitar un incidente, puesto que al contrario declaran formalmente que renuncian al derecho que tendrian de suscitarlo. Si, por lo demás, hacen esto materia de una declaracion especial, es para atestiguar mejor la confianza que ponen en el jurado francés. Si les hubiera dado gana de proponer en forma esa cuestion, el tribunal hubiera tenido que dictar providencia para decidirla. Declarando abandonarla, los acusados tienen fundamento para pedir acta de ello, porque no deben perder jamás de vista que son ingleses, y al someterse de buen grado á las leyes francesas para la apreciacion del delito, no quieren que, al volver á su patria, pueda echárseles en cara que han sacrificado ó comprometido los derechos de sus conciudadanos. Tal es el objeto de sus reservas. De todos modos, el tribunal en su ilustracion resolverá lo que le parezca.

El abogado general. Decir que se someten al jurado francés, es dar á entender que tendrian la facultad de no someterse. El tribunal no puede consagrar principios tan contrarios á nuestra legislacion; ser juzgado por jurados franceses, no es por ningun estilo una cosa facultativa; para los acusados, es una necesidad. Acusados ingleses, *defendite causam*.

El tribunal se retira para deliberar, volviendo á presentarse

diez minutos despues, y el presidente manifiesta que el tribunal, de conformidad con el dictámen del abogado general, decide no haber lugar á dar acta de la declaracion.

El pedimento de acusacion contiene el pasage siguiente:

Lavalette, al escaparse de la Conserjería, se procuró un asilo que ocultó por mas de quince dias á la vigilancia de la policía; pero no tardó en conocer que no lograría eludir las pesquisas de que era objeto, sino poniendo entre la policía y él, las murallas de la capital y la frontera de Francia.

La empresa era ciertamente arriesgada; era menester hallar guias hábiles, de toda confianza, y de un celo á toda prueba. No los escojió entre las personas que los vínculos de la sangre, de la amistad ó de la gratitud unen á su familia. Prometíase una cooperacion mas activa del espíritu de partido, y por eso entre los enemigos del rey fué entre quienes él buscó libertadores.

Habia á la sazon en París una multitud de extranjeros, y entre ellos, algunos hombres imbuidos en esa doctrina artificiosa que agita á la Europa hace medio siglo, y que ha producido frutos tan amargos en Francia; enemigos, por principio, de toda idea de órden y de legitimidad; enemigos del poder de los reyes y del reposo de los pueblos; enemigos de la justicia, que es la base del uno y del otro. Semejantes hombres, en guerra con su propio gobierno, mal podian respetar el nuestro. Así es que se muestran censores implacables, ó mas bien detractores encarnizados de todas las medidas que la justicia y el bien del Estado dictan al gobierno del rey.

No disimulaban su ódio á la dinastia de los Borbones, todavía menos su esperanza de ver agitada la Europa por nuevas tempestades, y para coadyuvar á la grande obra de la emancipacion general, comenzaban por hacer campeones suyos á todos los grandes culpables perseguidos en Francia, y sus cómplices á los facciosos de todos los paises. Entre ellos se distinguian Miguel Bruce, caballero inglés, que se habia señalado por su ardiente celo en favor del mariscal Ney, y Roberto Tomás Wilson, oficial mayor inglés fuera de activo servicio, que habia mostrado la misma predileccion por el mariscal, y que posteriormente fijó todo su interés en Lavalette, porque parece ser un sistema convenido entre ciertos hombres, proteger, recojer con cuidado, y conser-

var en gran estimacion á todos los instrumentos de los crímenes y de las discordias.

A la proteccion de estos extranjeros recurrió Lavalette. Bueno es dejar hablar aquí á Wilson mismo, en la relacion secreta y confidencial que hace de su empresa á uno de sus amigos de Inglaterra:

«Se acordó, dice, que el fugitivo llevaría el uniforme inglés, que yo le conduciría fuera de las barreras, en un cabriolé inglés, vistiendo yo tambien el uniforme inglés; que yo tendria un caballo apostado en la Chapelle y me dirijiría desde allí á Compiègne, á donde iría nuestro amigo el capitan Ellister con mi carruaje, en que montaríamos en seguida Lavalette y yo para llegar á Mons por Cambrai.

»No hallé dificultad en conseguir de lord Stuart, á peticion mia y bajo mi responsabilidad, pasaportes para el general Wallis y el coronel Losack. Estos pasaportes fueron refrendados en regla por el ministro de negocios extranjeros; pero cuando se los pusieron á la firma, uno de los secretarios preguntó á Huttchinson quien era aquel coronel: «Ese Losack, respondió con viveza, es el hijo del almirante.»

«Arreglado este particular se guardó Ellister el pasaporte del coronel Losack y se proveyó de caballos de posta para el carruaje; y á fin de evitar toda sospecha, tomó un cuarto y una cochera en la casa de Holder, con el nombre del coronel Losack.

»Bruce supo afortunadamente que la brigada del general Brisband estaba en Compiègne, y que su edecan saldria de París el dia siguiente 7 del mes para ir á Compiègne con los caballos y bagages del general, que se hallaba entonces en Inglaterra. Nosotros vimos al edecan en casa de Bruce, para donde le habiamos dado cita, y le dijimos que necesitando por circunstancias muy particulares pasar por Compiègne con una persona que quería no ser conocida, teniamos precision de permanecer allí una hora ó dos en un cuartel retirado. Nos respondió con agrado que se fiaba enteramente en nosotros, que su existencia dependia de la conservacion de su empleo, pero que no vacilaría en acceder á nuestras proposiciones, sobre todo sabiendo que estábamos interesados en el asunto. Confieso que me repugnaba implicar á este oficial en la empresa; pero la causa era demasiado importante para que yo me parase en esta consideracion; y además concebí la

esperanza de que llegára un dia en que me sería posible mostrarle mi agradecimiento por sus servicios.

»El domingo 7 de enero, á las nueve y media de la noche fué conducido Lavalette por un amigo á la habitacion de Huttchinson en donde estábamos todos reunidos. Pareció al principio muy conmovido, pero no le permitimos dar rienda suelta á sus sentimientos de gratitud.

»Al dia siguiente á las siete y media estaba yo á la puerta de casa de Huttchinson. Subí para llamar á Lavalette, y al cabo de cinco minutos estábamos en camino para ganar la barrera de Clichi. Encontramos á un oficial inglés que se sorprendió al ver á un oficial general que no conocia. Pero yo me adelanté bastante deprisa para evitar toda pregunta.

«Pasé la barrera á paso moderado. Miráronnos fijamente los gendarmes. Cuando hubimos pasado la oficina de los derechos de puertas, apretó Lavalette su pierna contra la mia; y luego que pudimos no ser observados, su rostro rebosaba de júbilo.

«El camino estaba concurrido de toda clase de gentes; pero cuando encontrábamos diligencias me ponia á hablar en inglés en voz alta, y noté que mi sombrero con plumage blanco que Lavalette llevaba en la mano, llamaba la atencion de los viajeros y nos salvaba de su curiosidad.

«Lavalette tiene unas facciones tan pronunciadas, y su cara es tan conocida de los postillones y maestros de postas, que era necesaria la mayor precaucion.

«En la Chapelle, donde mudamos caballo, tuvimos un momento de alarma á vista de cuatro gendarmes que andaban á nuestro alrededor; Huttchinson nos desembarazó de ellos diciéndoles que íbamos á elegir acantonamientos para una division inglesa.

«Nos vimos precisados á pasar al lado de otros gendarmes que tenian nota de las señas de Lavalette; y esta es ocasion de advertir que notas iguales se habian repartido con profusion en todas direcciones.

«Al acercarnos á Compiègne, divisé algunos cabellos canos que salian por debajo de la peluca de Lavalette; por fortuna llevaba yo tijeras á mano é hice de peluquero á las mil maravillas.

«A la entrada de Compiègne encontramos al sargento in-

dicado por el capitan Fensel, edecan del general Brisband, quien nos condujo á un cuartel que no podia haberse escogido mejor. Nadie nos vió entrar, escepto los soldados y los criados ingleses que nos sirvieron; y mientras aguardábamos á Ellister con el coche, nos obsequió Mr. Fensel con un refrigerio.

«En fin, al caer la noche llegó Ellister con el carruaje que salió de París por la barrera de San Dionisio. Hice encender los faroles, tanto para seguridad del camino como para mostrar que estábamos tranquilos; y habiéndonos despedido de los amigos, nos pusimos en marcha, bien armados y decididos á hacer resistencia si hallábamos algun obstáculo. Fuimos preguntados muchas veces en las paradas, pero el señor coronel Losack se echaba todo lo atrás que podia y yo tenia buen cuidado de tapar con mi cuerpo la portezuela. *Un carruaje inglés y el general inglés*, siempre en boca de mi criado y del postillon, producian escelente efecto. No esperimentamos retraso alguno hasta Cambrai. A las puertas de esta ciudad perdimos tres horas por culpa de la guardia inglesa, que no teniendo órden de llamar al capitan de llaves, no quiso prestarse á nada de cuanto le dijimos.

«Al pasar por Valenciennes, fuimos escrupulosamente examinados hasta tres veces, y llevaron nuestros pasaportes al comandante. Finalmente, sufrimos otro exámen á alguna distancia de allí, y este fué el último. No nos detuvimos hasta Mons, donde comimos y arreglamos el plan ulterior para el viaje de Lavalette. Escribí varias cartas para facilitarle los medios de llegar á su destino; y habiéndole provisto de todo lo necesario para su seguridad y satisfaccion, me despedí de él y regresé á París ayer noche, por el camino de Maubeuge, Soissons y la puerta de San Martin, despues de una ausencia de sesenta horas.»

Tal es, prosigue el redactor del acta de acusacion, la traduccion literal de la carta de Wilson, descartadas ciertas reflexiones que no nos ha parecido deber figurar aquí.

Los pormenores de esta carta, reconocida por Wilson, se encuentran confirmados por el resultado de la sumaria. La informacion y los interrogatores del acusado han venido á explicar muchos de sus pasajes. Se ha reconocido, por ejemplo, que el uniforme inglés y el sombrero que sirvieron para el disfraz

de Lavalette, fueron pedidos el 6 de enero por Huttchinson á Roberto Bruce, teniente de granaderos de la guardia real inglesa, y no fueron devueltos á este hasta el 10 del mismo mes. Huttchinson al pedirlos, habia dicho á Bruce que se trataba del rapto de una mujer, sin explicarse acerca del lugar á donde se proponian conducirla. Se ha acreditado que Lavalette se vistió su disfraz en la habitacion misma de Huttchinson, á donde habia ido en traje de paisano, y que pasó allí la noche que precedió á su salida de París.

Parece que el 2 ó el 3 de enero fuè cuando se hizo á Miguel Bruce la primera proposicion de salvar á Lavalette, y Bruce refiere sobre este punto que un desconocido le trajo una carta anónima, en que, ponderando la bondad de su carácter, le declaraban que por la confianza que inspiraba se decidian á revelarle un gran secreto; decíanle que Lavalette estaba todavía en París, añadiendo que solo él podia salvarle, y que se le rogaba manifestase sus intenciones acerca del particular; que no dió respuesta por el pronto, pero que prometió llevarla á un paraje que se le designó y que el honor no le permite nombrar; que la prudencia le impidió hacer pregunta alguna acerca del nombre de la persona que le escribia sobre el lugar donde se habia refugiado Lavalette, pensando que en un negocio de aquella naturaleza no podia uno precaverse demasiado contra las indiscreciones.

«El general Wilson, añade el acusado Miguel Bruce, ignoraba todos estos pormenores, y yo fuí quien se los refirió; yo fuí quien le comprometí á reunir todos sus esfuerzos á los mios en favor de Lavalette; si hay alguien culpable, soy yo. Mis opiniones políticas han podido influir en los sentimientos que manifesté cuando el juicio del mariscal Ney. Creia, sin embargo, que la capitulacion de París se oponia á que se le encausase. En cuanto al asunto de Lavalette, afirmo que nada me movió sino la conmiseracion que me habia inspirado. Habia en su evasion algo de novelesco y, por decirlo así, de milagroso, que hirió vivamente mi imaginacion y excitó en mi corazon un fuerte interés por él.»

Huttchinson hace iguales confesiones, y expresa casi los mismos sentimientos. En los propios términos que Bruce, se defiende de haber tenido idea de conspirar contra el gobierno

francés; á nadie conocia en París, y si cooperó á la fuga de Lavalette, fué puramente por el deseo de salvar á un desgraciado.

Sir Roberto Wilson atribuye su proceder á miras mas elevadas; él quería lavar al gobierno de su pais del oprobio consiguiente á la violacion de la capitulacion de París; protesta que jamás ha entrado en sus planes atentar contra el gobierno francés, pero confiesa su oposicion á los principios que dirigen actualmente el gobierno de su pais y al sistema político de la Europa, lo cual no es un crímen para un inglés, y añade que la constitucion de su patria, su independencia y su bienestar son de muy distinta consideracion á sus ojos que el gobierno francés y el reposo de la Europa, basados sobre la ruina de Inglaterra.

Mas si se quiere conocer los verdaderos sentimientos de Sir Roberto Wilson, es menester buscarlos en la correspondencia mantenida por él con algunos particulares de Inglaterra, correspondencia cuyos documentos emanados de él ó de Sir Eduardo Wilson, su hermano, fueron puestos á su vista y reconocidos por él; allí se verán al descubierto sus principios, cómo sabe respetar las leyes de la hospitalidad, lo que debe pensarse del interés que tomó por el mariscal Ney, y los motivos que le impulsaron á favorecer la fuga de Lavalette; cuál fuese, en fin, el orígen de los absurdos rumores que la malevolencia hizo correr en Francia desde algunos meses atrás.

En la primera de estas cartas, escrita por Roberto Wilson á su hermano en 6 de diciembre de 1815, no solo se encuentran esas noticias mentirosas que caracterizan un continuado espionaje, sino que se ve un ódio inveterado contra el rey de Francia y su familia, y contra los gobiernos que cooperaron a restaurar el trono de los Borbones. Wilson cree que los negocios habian tomado un giro enteramente contra-revolucionario, bajo la sancion del Austria y de la Rusia.

En una segunda carta escrita en 28 de diciembre á un particular de Lóndres cuyo nombre sorprende encontrarlo en semejante correspondencia, y que desmentiría sin duda los sentimientos del iluminado Wilson, sostiene que la Inglaterra debe lavarse del oprobio que ha recaido sobre ella por las medidas que adopta su gobierno. Se lamenta en seguida de que los edi-

tores de la *Revista de Edimburgo* no tengan un traductor inglés-francés para sus artículos políticos. Propone la creacion de un diario político francés, cuya existencia dependería de la duracion de las cámaras, é insiste con empeño en la importancia de una comunicacion pública destinada á dar á los discursos públicos toda la latitud de que se los creyese susceptibles; dá el epíteto de maniático legitimista á un amigo de mucho teson que se niega á escuchar sus inspiraciones; manifiesta el mas ardiente interés por todos los individuos á quienes el rey se vió forzado á exceptuar de su clemencia, y termina con esta frase: «Pronto oireis hablar de acontecimientos estraordinarios en Alemania.»

El tercer documento de aquella correspondencia es una carta de Eduardo Wilson á su hermano Roberto, que hace ver la conformidad de principios y la igualdad de sentimientos que existen entre uno y otro. Eduardo se queja de que á pesar de no tener los Borbones fuerza alguna militar en las provincias, reine en ellas una tranquilidad que puede degenerar en una adhesion positiva á las miras de los soberanos. Dice que si la nacion francesa, en general, estuviese forzosamente indispuesta contra los Borbones, se verían todos los dias demostraciones; que si se trata de trastornar el actual órden de cosas, debería alimentarse y mantener siempre visible el fuego, como un rayo de alarma en Francia y en el extranjero; que las cosas presentan de dia en dia un aspecto mas favorable á la causa de la soberanía del pueblo; pero que es de temer se resfrien los ánimos y se omitan esfuerzos que, bien empleados, producirían necesariamente una emancipacion general.

Pasando á los medios que podrian debilitar el apego del mayor número á la causa de los Borbones, é insistiendo en que estos medios se pongan en práctica, recomienda Eduardo Wilson sobre todo la persecucion real ó imaginaria (son sus propios términos) contra los protestantes, idea que se propaga como un incendio y cunde como un contagio entre los pueblos en general. «Pónganse, añade, los defensores de los derechos de los pueblos en primera fila denodadamente, cualquiera que sea el peligro; obrando de esta suerte, adelantarán el estado de los negocios y llegarán á ser libres.»

Manifiesta á su hermano cuán cansado está de aquellos

sentimientos y de aquellas opiniones, y que necesita hechos para fundar esperanzas, y termina con este consejo que no deja dudas acerca de las disposiciones de esos implacables enemigos de nuestro reposo: «Si no obstante nuestros amigos muestran demasiada debilidad, vale mas no intentar nada; á menos que la gran masa del pueblo no secunde, no se alcanzaría resultado alguno.»

El cuarto documento procede de Sir Roberto Wilson; en él se hallan los pronósticos de este extranjero, quien asegura se preparan movimientos revolucionarios en Prusia.

Finalmente, el quinto documento es la carta de que se ha tomado la relacion de la fuga de Lavalette. Wilson no disimula en ella los motivos que le han movido á proteger á aquel hombre; lo que él quería era sustraerle á sus perseguidores.

No se le ocultaban las desagradables consecuencias de su empresa; no apetecia el encarcelamiento ni la pérdida de su posicion, pero se resignaba á lo uno y á lo otro. Ha concebido algunas veces la idea de comunicar á un gran personaje lo que ha hecho, á fin de no correr el riesgo de que se le impute que conspira clandestinamente, y aun pide un consejo sobre este punto.

Interrogado acerca del contenido de esta carta, Wilson nada ha negado, á no ser la aversion profunda al gobierno francés, que se le supone tan gratuitamente, segun dice; él no se hubiera mezclado en acto alguno de este gobierno, si el honor y la buena fé de su nacion no se hubiesen visto interesadas en ello. Como inglés, tenia el derecho de criticar los actos en que el honor de su patria estuviese comprometido.

En fin, Sir Roberto Wilson, despues de haber protestado en sus diferentes interrogatorios contra su arresto, contra la forma de la sumaria francesa, contra la recogida de su correspondencia y contra lo que llama sistema inquisitorial de los interrogatorios, reconoce no obstante que, segun los principios del derecho de gentes, está sometido á las leyes francesas para la represion de un delito cometido en Francia. Pero al concluirse las diligencias instructivas del proceso, manifestó: «Parece que se ha olvidado que yo soy inglés; se desconocen los derechos de un inglés. He dado mi última respuesta; que me acusen, que se me juzgue.... Cuando yo esté delante de los tri-

bunales, sabré defenderme como debo y sostener mis derechos.»

Esta acta de acusacion aparecia firmada por Mr. Bellart.

Los interrogatorios y las deposiciones de los testigos no ofrecieron un interés muy vivo. Todo el interés de la causa estaba en el noble sacrificio y en la situacion particular de los ingleses. Su abogado, Mr. Dupin, se expresó en estos términos:

«En ese mismo banco en que ordinariamente no se sientan mas que oscuros criminales, veis hoy á tres personas á quienes la nobleza de su nacimiento, la elevacion de sus sentimientos y la lealtad de su carácter parecian deber preservar de semejante trance. Pero tal es el efecto de la prevencion; fórmase sobre apariencias, va siempre mas allá de la verdad, y solo con grandes esfuerzos se logra destruir su fácil cuanto dañosa obra. Mis clientes han pasado por esta triste y fatal esperiencia. Háse alzado contra ellos en un principio una especie de indignacion pública; se les ha señalado como capaces y como culpables de los mas grandes crímenes; se ha dicho que se proponian nada menos que trastornar el sistema político de todos los gobiernos de Europa.

»Sin embargo, han conseguido justificarse respecto á este punto, se ha escuchado y, sobre todo, se ha comprendido su defensa. Gracias sean dadas por ello á la justicia y á la sabiduría de la cámara de acusacion.

»Si con esto su cabeza ha cesado de estar amenazada, su honor continúa todavía en peligro, y para ellos como para nosotros el honor es todo. Su defensa, pues, no tiene por único objeto evitarles una prision mas ó menos larga; eso es lo que menos les importa; lo que quieren ante todo y sobre todo, es conservar ellos, su familia, su nacion mas ó menos comprometida, la consideracion que justamente se merecen.

»Su viaje sería todavía un misterio si Wilson no hubiese cometido la imprudencia de confiar su secreto al papel; esta misma imprudencia no habria producido revelacion alguna si la carta hubiese llegado á manos del noble lord á quien iba dirigida. Pero esta carta cayó en poder de la policía, y no se necesitó mas para motivar el arresto de los ingleses. Las formas con que tuvo lugar este arresto dieron márgen á reclamaciones suyas, porque tales formas estaban en contradiccion con sus leyes, con sus costumbres y con sus hábitos constitucionales.

»Así es que Wilson puesto en incomunicacion recitaba en su calabozo el *habeas corpus*, no queriendo someterse á interrogatorios en que se quería conducirle á acriminarse á sí propio.

»Esa resistencia tenia su origen en la ignorancia de nuestras leyes. Por eso, desde que su embajador le informó de que debia someterse á la legislacion francesa ¡qué lealtad! ¡qué franqueza en todo cuanto le era personal! Sus dos amigos obraron de la misma manera. Sus interrogatorios han probado que su memoria no estaba organizada para hacer traicion á la confianza y á la amistad.»

Aquí el abogado reseña la marcha que se ha seguido en el proceso, el cual primero tenia solo por objeto la evasion de Lavalette, y luego se ha hecho estensivo á una pretendida conspiracion contra el sistema político de la Europa. Insiste en que habiendo la providencia de la cámara de acusacion excluido esa conspiracion imaginaria, no ha debido reproducirse esta ni en el acta de acusacion ni en los debates.

«Declaro, añade Mr. Dupin, que no era mi intencion hablar de esto, pero se me ha puesto en una posicion difícil; si peco de mas, soy un mal ciudadano; si peco de menos paso por un cobarde defensor de los intereses de mi cliente: *incedo per ignes*.... Pero conozco bien á mi nacion; ella es grande, generosa, y comprende lo que exijen las circunstancias; conviene que unos extranjeros acusados en Francia sean defendidos tan lealmente como podrian serlo en su pais por abogados de su nacion.» (Murmullos de aprobacion y aplausos).

El presidente. En los teatros, se aplaude; en el tribunal de assises, se escucha.

Mr. Dupin, despues de examinar varios pasajes de la correspondencia que habian sido mal traducidos, hace notar que esta correspondencia puramente confidencial podia versar sobre la política de la Europa, sin que esté nadie autorizado á sostener que Wilson no tenia derecho á tratar de esta materia.

«En efecto, tal es la constitucion inglesa, que cada cual tiene derecho de espresar y publicar sus opiniones, de criticar los actos de su gobierno, y de pronunciarse contra las medidas que de cerca ó de lejos parecen amenazar la libertad pública y comprometer el honor nacional.

»Entre los ingleses, se dá una singular importancia al ejercicio de ese derecho, y los llamados de la oposicion mas que los demas, porque usan de él con mas latitud.

»No se les acrimina por eso, porque es bien sabido que el exceso de su celo en favor de la libertad, está suficientemente compensado con la tendencia que los ministros tienen naturalmente hácia los excesos del poder y los abusos de autoridad. (Risas).

»Pues bien, Wilson es uno de esos hombres libres, celosos de la gloria y de la prosperidadd de su nacion, y que, como os lo dice él mismo, querria ver á todo hombre libre y á todo estado independiente.

»Hé ahí la libertad de que él se gloría, libertad que no debe confundirse con nuestra licencia revolucionaria, pero libertad constitucional, fundada en la dignidad del hombre, en el amor á la justicia y en el conocimiento ilustrado de su pais.

»Mas no creais que al decir esto quiera yo colocar á un inglés superior á nosotros; nosotros tambien tenemos nuestros derechos, nuestras libertades, nuestra constitucion, y bien ven ellos, en mi manera de defenderlos, que un francés es tan libre como ellos mismos.

»Se ha presentado á Wilson como enemigo de la Europa; yo voy á demostraros que es el hombre que ha hecho mas servicios á la buena causa.

»Sus condecoraciones del Aguila Roja, de Santa Ana, de San Jorje, de María Teresa, de la Torre y la Espada, de la Media Luna ¿no se le han conferido por haber hecho con distincion las campañas de Flandes y de Holanda, de Irlanda, de Egipto, de Polonia, de Portugal, de España, de Rusia, de Prusia, de Alemania, de Italia, y por haber desempeñado comisiones importantes en Constantinopla y San Petersburgo, etc., etc.?

»Ya se habia señalado por brillantes acciones, cuando á la edad apenas de veinte y un años, fué á combatir á Bonaparte en Egipto. Uniendo sus armas á las de los musulmanes, mereció que el Gran Señor le confiriese la órden de la Media Luna, y juntando el mérito literario á la bravura de un caballero, se constituyó en historiador de aquella espedicion fa-

mosa en que el tio de Hutthinson mandaba en jefe el ejército inglés.

»Wilson fué tambien á combatir á Bonaparte en España, donde contribuyó poderosamente á contener sus progresos, reclutando por sí mismo aquella legion portuguesa cuya formacion tuvo tan grande influencia en la suerte de la Península.

»En esta guerra conoció al mariscal Ney; no teme confesar que fué vencido por este; pero en su derrota tuvo motivo de ensalzar la generosidad del vencedor; y hé aquí el orígen de ese interés que despues se ha atribuido á consideraciones políticas, sin saber que provenia de un justo reconocimiento.

»En Moscou, Bonaparte encuentra todavía á Wilson frente á frente. En sus partes se queja amargamente de este comisionado inglés; esto es en otros términos atestiguar los servicios prestados por Wilson en aquella campaña.

»Cuando Moreau fué herido por una bala de cañon, Wilson estaba cerca de aquel general, y fué el primero á levantarle y darle socorro.

»Finalmente y para acabar este cuadro, el hijo mayor de Wilson, alférez de navío en el *Northumberland*, condujo á Bonaparte á Santa Elena.

»Pregunto yo ahora, señores, si el general Wilson es un enemigo de la *buena causa*, en una palabra, si es bonapartista.

»Acabo de traer á la memoria sus servicios, y es menester que yo los justifique; van á ser nada menos que reyes quienes van á servirnos de testigos.

Cartas del emperador de Rusia.

«Señor general Wilson.

»Cuando á presencia de mis tropas os condecoré con las in-
»signias de mi órden militar de San Jorje de tercera clase (1),
»hice justicia á aquel celo infatigable que durante toda la cam-
»paña os mantuvo constantemente en los puestos avanzados, al

(1) Despues de la batalla de Bautzen, el emperador de Rusia rodeado de su estado mayor, llegando á la cabeza de sus guardias, le nombró comendador de la órden de San Jorje. El emperador le dió su propia condecoracion.

»brillante valor, y á la decision de que fuí yo mismo testigo en »la batalla de Bautzen, y á tantas otras pruebas de intrepidez »atestiguadas por todos los valientes de los ejércitos combina-»dos. Me complazco hoy en repetiros por escrito esta manifes-»tacion á que tan distinguidos títulos teneis, y en aseguraros de »mis sentimientos hácia vos.

«Tœplitz á 15—25 setiembre 1813.

«(Firmado) ALEJANDRO.»

«Señor general Wilson:

»En estos instantes en que abandonais los ejércitos en que »tantas veces he estado en posicion de hacer justicia á vuestro »celo y á vuestro brillante valor, para marchar á otro destino, »he querido daros una nueva prueba de lo satisfecho que de »vos estoy, condecorándoos con mi órden de Santa Ana de pri-»mera clase. Adjuntas encontrareis las insignias. Los valientes »con quienes habeis tantas veces combatido os echarán de me-»nos. En cuanto á mí, me acordaré siempre de vuestro valor »é infatigable actividad; y si los sucesos os trajesen nuevamen-»te al lado de vuestros antiguos hermanos de armas, lo vería »con placer.

»Tengaos Dios en su santa y digna guarda.

»Friburgo á 24 diciembre 1813.

»(Firmado) ALEJANDRO.»

Carta de S. M. el rey de Prusia.

«Señor general:

»Os agradezco los sentimientos que me manifestais en vues-»tra carta de 1.° de enero. Haciendo justicia al celo que ha-»beis mostrado por la buena causa, y en particular á vuestra »adhesion á mi persona, será un placer para mí probaros en »todas ocasiones el interés con que os miro (1).

»Bar-sur-Seine, á 7 febrero.

»(Firmado) FEDERICO GUILLERMO.»

Al señor general inglés Roberto Wilson.

(1) El general Wilson obtuvo el Aguila Roja despues de la batalla de Bautzen por los méritos contraidos en la misma.

Cartas del señor Metternich al señor general Wilson, en nombre de S. M. el emperador de Austria.

«Señor general:

»Habiendo llegado á noticia del emperador que habeis per»dido la cruz de la órden de María Teresa á consecuencia de »un hecho de armas tan brillante como el que os valió en otro »tiempo esta distincion, me ha encargado, en mi calidad de »canciller de la órden, transmitiros de nuevo una condecora»cion á la que cada dia adquirís nuevos títulos (1).

»Como conservador de esta bella institucion, estoy perso»nalmente interesado en ver llevar á hombres de vuestro méri»to una señal de valor sobre la cual hacen reflejar no menos »brillo que el que ellos mismos reciben.»

«(Firmado) El conde de Metternich.

Tæplitz 24 setiembre 1813.»

Al señor general Wilson, al servicio de S. M. Británica.

«Señor general:

«Experimento una particular satisfaccion en poder anuncia»ros que S. M. el emperador, deseando daros una muestra par»ticular de la estimacion que le habeis inspirado, tanto por los »servicios que habeis prestado como militar, como por la con»ducta leal observada por vos durante vuestra permanencia en »el cuartel general, de donde S. M. I. os vé marchar con sen»timiento, ha resuelto concederos la cruz de comendador de su »órden de María Teresa (2).

»Encargado, en mi calidad de canciller de esta órden, de »transmitiros la condecoracion que va adjunta, me felicito, mi

(1) El dia 24 de abril de 1794, Wilson, de edad de diez y ocho años, teniente entonces de caballería del rey, libertó al emperador de Austria que se encontraba cercado en la aldea de Villiers-en-Couche, inmediata á Cambrai. Recibió la condecoracion de María Teresa, habiendo subido el primero en el asalto de la gran batería de Dresde; perdió su cruz trepando por la muralla.

(2) Esto fué despues de la batalla de Leipzig. Antes de Wilson, ningun inglés habia obtenido esta condecoracion. El duque de Wellington no la obtuvo hasta despues de la batalla de Waterloo.

»querido general, de hallar una ocasion de consignar la espre-
»sion de todos los sentimientos de amistad y de afecto que os
»profeso hace tiempo, y de que participa un ejército que ha sido
»tantas veces testigo de vuestra brillante conducta, no menos
»que todos mis compatriotas que han estado en aptitud de apre-
»ciar las cualidades de vuestro corazon.

»Friburgo 4 enero 1814.

»(Firmado) EL PRINCIPE DE METTERNICH.»

»Esta última carta, añade el defensor, tributa á la bondad del corazon de Wilson un homenaje bastante justificado por los hechos.

»En 1808 estando unos prisioneros franceses amenazados en Oporto por soldados portugueses, y soldados enfurecidos y armados en número de 40.000, se opuso Wilson con un puñado de tropas inglesas á la rábia de estos, y los contuvo por el temor de un rompimiento con Inglaterra, en el caso de que osasen violar el derecho de gentes; y al cabo de treinta y seis horas de un peligro inminente, habiendo sido reforzado por una division española, logró asegurar el paso libre hasta el puerto á los franceses.

»En el combate de Jarentina, cerca de Moscou, salvó Wilson la vida al sobrino del duque de Feltre y le guareció en su casa prodigándole cuidados y dinero.

«El sobrino del duque de Talleyrand, edecan á la sazon del general Oudinot, habiendo caido prisionero en el paso del Beresina y hallándose en la miseria, Wilson le dió la mitad del dinero y vestidos que tenia y le evitó el viaje á la Siberia.

»Si Mr. Desgenettes, médico en jefe del ejército francés recobró su libertad en Wilna, lo debió únicamente á las ardientes instancias del general Wilson. Fué el único prisionero á quien se otorgó aquella gracia. No contento con eso, le entregó Wilson doscientos ducados para distribuirlos entre los infelices franceses.

»Independientemente de este socorro general, se distinguió su humanidad en aquella derrota por una multitud de servicios particulares prestados especialmente á los generales Normand y de La Houssaye, á Mr. Fontange, á Mr. Durfort de la casa de Duras, etc.

»No hablo mas que de los beneficios de que fueron objeto los franceses, porque son los que naturalmente han de interesaros mas; pero Wilson no se mostró menos generoso con los infortunados de otras naciones. Un desgraciado, cualquiera que él fuese, tenia derechos seguros para mover su corazon.

»¿Estareis dispuestos ahora, señores, á dudar que la conducta de mi cliente respecto á Mr. de Lavalette haya sido guiada por otros motivos que por el amor á la humanidad?»

Despues de discurrir hábilmente sobre los hechos, el abogado termina de esta manera:

«¡Cómo cambian las costumbres con los tiempos!

»En Atenas, cuyo pueblo es citado por su ligereza, pero cuyo areopago fué citado por su justicia, un jóven fué condenado á muerte por haber matado á una paloma que perseguida por un gavilan, vinó á refugiarse á él. Juzgóse que, quien no conocia la compasion, no sería jamás un buen ciudadano.

»¡Y entre nosotros, en el siglo XIX, se vería condenar á unos hombres por haber salvado la vida á otro hombre que puso su suerte en manos de ellos!

»Nuestra nacion, tan ponderada en otros tiempos por su dulzura y por su cortesanía ¿se ha despojado acaso de todo sentimiento de humanidad?

»Habríase podido creer eso en los tiempos de una libertad enemiga de la justicia, en que la razon, vencida por el número, se contemplaba feliz si solo se veia despreciada sin ser castigada; en aquel tiempo de espantosa memoria en que se trataba de enemigo á todo el que no se arrojaba con los ojos cerrados en el partido dominante; en que el furor de las reacciones secando la piedad en el corazon, hacia considerar como indigno de vivir ó de poseer sus propios bienes á todo ciudadano que no llevase la exageracion de sus opiniones hasta la altura marcada por las pasiones.

»Mas no puede suceder lo mismo bajo el gobierno paternal de un príncipe á quien su justicia, su clemencia y su bondad recomiendan igualmente al amor y á la fidelidad de su pueblo.

»Bajo el reinado del nieto de San Luis, la humanidad se confunde con la caridad cristiana. Pues bien; los ministros de nuestros altares nos presentan como el triunfo de la caridad,

la obra del insigne San Vicente de Paul, que no creyó ofender las leyes de su pais haciendo evadirse de galeras á un miserable cuyo lugar y cuyas cadenas tomó él mismo.

»Estos actos sublimes de humanidad no caen bajo vuestra jurisdiccion. Los tribunales se han establecido para perseguir los crímenes y no para procesar las virtudes.

»No exageremos lo mas mínimo.

»La evasion de Lavalette en sí es bien poca cosa. Ningun daño ha traido al gobierno.

»Como quiera que sea, ha quedado ya reconocido que Madama Lavalette no podia ser acusada por haber salvado á su esposo.

»Se reconocerá probablemente que los carceleros no deben ser castigados por haber sido inducidos á error.

»A los criados se les absolverá fácilmente del cargo inmoral de no haber hecho traicion á su amo. No se dará á la sociedad ya bastante corrompida, el escándalo de ver á un criado castigado por su fidelidad.

»Ahora bien; si estas tres primeras clases de personas están al abrigo de toda pena, ¿cómo se podria razonablemente condenar á los ingleses, que en el órden de los hechos como en el órden de la acusacion, no se presentan sino en último término?

»Ellos no han auxiliado á Lavalette en su fuga de la cárcel.

»Ellos no le han ocultado despues de su evasion.

»Al cabo de diez y nueve dias fué cuando le condujeron fuera de Francia.

»Pero eso no es un hecho que nuestras leyes califiquen de crímen; es un acto de pura humanidad.

»¡Los acusados son extranjeros; son ingleses!

»¿Pero no son franceses sus jueces? ¿No descansan aquellos en la lealtad y en la conciencia del jurado francés? Por eso mismo está aquí interesado nuestro honor nacional; por eso mismo debeis redoblar vuestra justicia para juzgarlos, como yo he debido redoblar mi celo para defenderlos.»

El presidente pregunta á los acusados si tienen algo que añadir en su defensa.

El general Wilson toma la palabra y se expresa en estos términos:

«Señores, hablo muy mal en francés, y por lo tanto debo pedir y espero obtener vuestra indulgencia.

»No teniendo conocimiento del código de vuestras leyes, cuyos principios y cuyas formas están esencialmente en contradiccion con las leyes de Inglaterra, hemos abandonado nuestra defensa á la ilustracion de nuestro abogado, á quien debemos un reconocimiento profundo, no solamente por los esfuerzos de su talento y de esa elocuencia que sabe hacer brillar en todas ocasiones, sino tambien por el generoso celo que ha desplegado incesantemente en nuestra causa.

»Sin embargo, me falta dar algunas esplicaciones que me propongo hacer con todo el respeto que debo á la autoridad y á la magestad de la justicia.

»Señores, no ignorais que sobre nosotros ha pesado una acusacion mucho mas grave que la actual. Amenazados por aquel ataque dirigido contra nuestra vida y nuestro honor, no hemos buscado nuestra salvacion ni en la política de los gabinetes, ni en la clemencia.

»Confiados en nuestra inocencia, no hemos reclamado de ningun gobierno mas que la proteccion de un juicio imparcial. Y hemos encontrado nuestra egida en la sabiduría y en la justicia de la cámara de acusacion.

»No obstante, á pesar del fallo de esta cámara, se ha persistido en ingerir en el acta de acusacion un cúmulo de hechos estraños al delito de que ahora se nos acusa; y al mismo tiempo que se me ha designado como un enemigo de todos los gobiernos, se me ha colmado ante la Europa de espresiones las mas ultrajantes y calumniosas.

»Nacido en un pais libre, criado con el derecho de pensar libremente sobre todas materias y de comunicar mis pensamientos ora de palabra, ora por escrito, he usado de ese derecho.

»Animado por el amor de la justicia, de la humanidad y de la libertad (no la libertad revolucionaria sino la libertad en que está basado el órden social de mi patria, y que amamos como el principio vivificador de nuestra felicidad y de nuestro poder), me he expresado siempre en mi correspondencia con el ardor que esos sentimientos me inspiran.

»Se encontrarán sin duda en esta correspondencia noticias, anécdotas, predicciones que no se han verificado. Sabiendo

que mis cartas no debian ser sacadas al público por aquellos á quienes iban dirigidas, eran comunicaciones sin consecuencia. Mas no hay en ellas ni una sola opinion mia sobre la moral de la política, que yo no esté orgulloso de profesar y pronto á defender.

»Verdad es que he creido ver en el horizonte político de Europa tempestades próximas á estallar, rayos próximos á desprenderse; he creido tambien ver en Francia síntomas de un descontento que yo creia ser general; pero yo no he hecho mas que insinuar los indicios sobre que se fundaba mi creencia.

»La religion de mi política me impide mezclarme en los negocios interiores de otras naciones.

»Lamento sus desgracias, deseo su prosperidad, querria ver á todo hombre libre y á todo Estado independiente; pero jamás he formado estos votos como conspirador.

»Consagrado al honor y á la constitucion de mi patria, me opongo y me opondré siempre á todo sistema, á todo acto que á mi parecer, los ofenda ó los amenace siquiera; pero marcho siempre con la bandera desplegada de esa misma constitucion, y mis armas no son ni el puñal, ni el veneno, sino las leyes y los derechos de mi pais.

»Señores, no creais que sea un crímen para un inglés vigilar los proyectos de su gobierno y erigirse en juez de sus actos.

»La libertad y la reputacion de su patria es su patrimonio, del que no puede cesar de ser custodio sin hacer traicion á lo que debe á sus abuelos, á sus conciudadanos y á su posteridad.

»La naturaleza, el honor y la religion aumentan esta obligacion, y el ejercicio de este deber constituye la soberbia prerogativa de un hombre libre. Esta es una verdad de que no dudareis cuando hayais vivido mas tiempo bajo un gobierno constitucional, tal como el que teneis actualmente.

»Se han denunciado mis principios como horribles, pero dificilmente se persuadirá á los pueblos, qué los principios que proclaman la buena fé, la clemencia, el patriotismo y la filantropía, son principios que proceden de un orígen criminal.

»Pero ¿quién ha dado publicidad á mis pensamientos?

»¿Quién se ha apoderado, y por qué medios, de mi cor-

respondencia dirigida únicamente á amigos y á compatriotas? ¿escrita únicamente á los ojos de un hermano y de un personaje cuyo nombre lleva en sí la garantía de lo que hay de mas ilustre y mas leal en la nacion, de la que ha sido constantemente uno de los apoyos mas ilustrados y mas celosos?

»No habiendo podido tales medios probar un crímen, se han servido de ellos para dar mayor peso al delito de que se nos acusa.

»En cuanto á la acusacion de haber conducido á Mr. de Lavalette fuera de Francia, no os ocuparé mucho tiempo. El hecho está confesado; yo no he insistido sino acerca de los motivos.

»Es verdad que Mr. de Lavalette, con quien ninguna relacion particular me unia, me habia inspirado un interés de que veia yo participar todas las clases de la sociedad en Francia.

»Es verdad tambien que he mirado á Mr. de Lavalette como un hombre condenado en un tiempo de revolucion, por una ofensa puramente política, y el cual habiéndose entregado libremente, merecia todo nuestro interés. Pero declaro que estas reflexiones tan poderosas no han tenido sino una influencia muy secundaria en mi determinacion.

»La invocacion hecha á nuestra humanidad, á nuestro carácter personal, y á nuestra generosidad nacional; la responsabilidad echada sobre nosotros de decidir de improviso sobre la salvacion ó la muerte de un desgraciado, y sobre todo de un desgraciado extranjero; esa invocacion era imperativa y no permitia calcular acerca de sus demás títulos á nuestra benevolencia.

»A la voz de esta misma invocacion, hubiéramos hecho otro tanto en favor de un oscuro desconocido, y aun de un enemigo caido en la desgracia.

»Quizá hemos faltado á la prudencia, pero preferimos y hasta nos regocijamos de haber cedido á los sentimientos de nuestro corazon.

»Y esos mismos hombres que nos han calumniado sin conocer ni los pormenores, ni los motivos de nuestra conducta, esos mismos hombres, repito, hubieran sido los primeros á señalarnos como unos cobardes sin corazon y sin patriotismo, si re-

buscando salvar á Mr. de Lavalette, le hubiésemos abandonado á una muerte cierta.

»Sus amigos hubieran unido sus reconvenciones á las de nuestros enemigos; y degradados entonces por el justo menosprecio de las gentes, devorados por nuestra propia vergüenza, y mereciendo la muerte (de que luego estuvimos amenazados), hubiéramos arrastrado una existencia odiosa y deshonrada.

»Señores, yo me abandono con confianza á los sentimientos generosos de un jurado francés. Si en vuestro ánimo y en vuestra conciencia, creeis que hemos ofendido las leyes de vuestro pais, y que debemos una reparacion, tendremos siempre el consuelo de pensar que no hemos ofendido las leyes de la naturaleza, y que hemos satisfecho á los deberes de la humanidad.»

Miguel Bruce pronunció á su vez el siguiente discurso:

«Comparezco ante este tribunal acusado de haber contribuido á la evasion de Mr. de Lavalette. Si es un crímen haber salvado la vida á un hombre, confieso que soy culpable.

»No quiero, señores, envanecerme por lo que he podido hacer. Se hizo un llamamiento á mi humanidad, y mi honor me imponia la obligacion de responder á él.

»Si la acusacion se hubiese limitado al asunto de Mr. de Lavalette, pocas palabras tendria que deciros; pero, señores, he sido acusado de haber conspirado contra el sistema político de Europa, de haber incitado á las gentes á armarse contra la autoridad del rey. Cierto es que este cargo absurdo, ridículo, desnudo de todo fundamento, y que ha escitado tanto asombro como indignacion en Europa, ha sido rechazado por la cámara de acusacion. Pero aunque se haya descartado esa acusacion, los motivos en que estaba basada subsisten todavía. El ministerio público los ha reproducido en el preámbulo del acta de acusacion. Allí se dice que estoy imbuido en doctrinas antisociales, que soy enemigo por principio de toda idea de órden y de buen gobierno, enemigo por principio de los reyes, de la justicia y de la humanidad, y amigo de los facciosos de todos los paises. Convéngase en que son graves semejantes acusaciones, pero la corta explicacion que voy á dar de mis principios será una victoriosa respuesta á esas alegaciones calumniosas.

»No entraré en abstracciones sobre el derecho de gentes, ni

en digresiones sobre la política. Me ceñiré á manifestar los principios que han dirigido siempre mis acciones políticas.

»He nacido inglés; amo con entusiasmo la constitucion de mi patria, es decir, esa constitucion tal como fué establecida por nuestra gloriosa revolucion de 1688. Entonces fué cuando se formó ese bello sistema de gobierno que escita tan universal admiracion, que sirve de modelo á las demás naciones, que nos hace apellidar, por escelencia, la tierra clásica de la libertad; que nos ha granjeado los elogios del sábio, del filósofo Montesquieu, que no es patrimonio de Francia solamente, sino del mundo entero, y el cual dice de nosotros que los ingleses son el único pueblo del mundo que sabe usar de su religion, de sus leyes y de su comercio. Desde esa revolucion de 1688 data la prosperidad, la grandeza y la libertad de Inglaterra.

»Debo decir que si estos principios, que son los mios y que son los de la constitucion de mi patria, son subversivos de toda idea de órden y de buen gobierno, y me hacen enemigo de los reyes, de la justicia y de la humanidad, soy el mas culpable de los hombres, y mi acusador ha tenido razon. Mas, si por el contrario, estos principios son los que nos han proporcionado nuestras leyes protectoras, los que garantizan nuestras personas, nuestras propiedades y nuestra religion, los que han hecho de un pueblo poco favorecido de la naturaleza, la nacion mas feliz, la mejor gobernada, y la mas floreciente de Europa, tengo derecho para deducir que la acusacion no ha sido mas que una irritante calumnia.

»Respecto al asunto de Mr. de Lavalette, la política no ha entrado en él para nada. A mí no me ha movido sino un sentimiento de humanidad. Habeis visto en mi interrogatorio que yo apenas le conocia; verdad es que la bondad de su carácter, la amabilidad de su espíritu y la dulzura de sus maneras me habian inspirado mas interés que el que se siente en general por un hombre á quien se ha visto tan pocas veces. Yo no he estado jamás en su casa, ni él en la mia. No he tenido siquiera el honor de ver á su esposa, y no he tenido comunicacion alguna directa ni indirecta con él desde el momento de su arresto. Se os ha emostrado tambien que no existe complicidad alguna entre nosotros y los demás procesados. He respetado los hierros y las puertas de una cárcel pública. No he ido como D. Qui-

jote en busca de aventuras. Un hombre desgraciado, sobre quien pesa el rigor de las leyes, pide mi proteccion; muestra confianza en mi carácter; pone su vida en mis manos; reclama mi humanidad, ¿qué se habria dicho de mí si hubiera ido á denunciarle á la policía? ¿No hubiese merecido entonces la muerte de que despues he estado amenazado? ¿Qué digo? ¿Qué se hubiera pensado de mí si hubiera rehusado protegerle? Se me habria mirado como un cobarde, como un hombre sin principios, sin honor, sin valor, sin generosidad; hubiera merecido el desprecio de la gente de bien.

»Pero, señores, habia otras consideraciones para decidirme, habia algo de novelesco en la historia de Mr. de Lavalette; su milagrosa evasion de la cárcel; la cruel incertidumbre entre la vida y la muerte, en que permaneció tanto tiempo; la noble decision de su esposa hirieron mi imaginacion y escitaren en mi corazon un interés tan vivo que no pude resistir su impulso. Además, como lo ha dicho vuestro Lafontaine con su peculiar sencillez, *en este mundo conviene socorrerse uno á otro*; *el ayudarse mútuamente es ley de la naturaleza.*

»Señores, soy jóven todavía, pero he tenido la ventaja de viajar mucho. He visto muchos paises, y he examinado con toda la atencion de que soy capaz las costumbres de los pueblos. He observado siempre, aun en las naciones mas bárbaras, aun en aquellas que estaban casi en el estado primitivo de la naturaleza, que era una cosa sagrada entre ellas socorrer á los que se acogian á su proteccion; es un deber prescrito por su religion, por sus leyes y por sus costumbres. Un beduino del desierto, un druso del monte Líbano, sacrificarían antes su vida que vender al que les hubiese pedido asilo, cualquiera que sea su pais, cualquiera que sea su crímen; ellos no ven mas que los deberes de la humanidad y de la hospitalidad.

»Os he confesado, señores, con la franqueza y la lealtad de mi carácter, la verdad entera acerca de la parte que he tenido en el asunto de Mr. de Lavalette; y á pesar del respeto que debo á este tribunal, no puedo, sin faltar al respeto que me debo á mí mismo, demostrar el menor arrepentimiento por lo que he hecho. Señores, he concluido; os dejo decidir de mi suerte, y no reclamo sino justicia.

»No quiero creer que el pueblo francés, este pueblo tan

célebre en todos tiempos por su sensibilidad, por su humanidad y por su carácter caballeresco; que cuenta entre sus reyes á un Enrique IV, aquel modelo de príncipes; que cuenta entre sus caballeros á un Bayardo, el mas perfecto de todos, sin miedo y sin tacha, y cuya divisa era socorrer á los desgraciados; no puedo creer, repito, que un pueblo semejante pueda condenar á un inglés por haber salvado la vida á un francés.»

Despues de tres cuartos de hora de deliberacion, los jurados dieron su veredicto, en virtud del cual Roquette de Kerguibec, Benito Bonneville y Guerin, conocido por Marengo, fueron absueltos, Eberle condenado á dos años de prision y diez años de vigilancia por la alta policía, y Bruce, Huttchinson y Wilson á tres meses de prision cada uno.

Los tres ingleses no reclamaron contra aquel fallo ni pidieron una gracia que les hubiera sido sin duda alguna concedida, y pasaron tres meses en la Conserjería.

A su regreso á Inglaterra fueron recibidos con entusiasmo.

A instancias de los camaradas de Huttchinson, el príncipe regente le volvió su empleo de capitan de guardias que se le habia quitado, y los electores de Southwarck enviaron á Wilson á la cámara de los comunes.

Creemos no desagradará á nuestros lectores que demos una ligera noticia del personaje, cuya fuga, llevada á cabo por los tres ingleses, ocasionó la formacion de la precedente causa.

Mariano Chamans, conde de Lavalette, nació en 1769, y de consiguiente tenia 46 años en marzo de 1815, época del acontecimiento á que debió su celebridad. Napoleon, que era de la misma edad, le cobró grande afecto, le dispensó su confianza y le eligió una esposa adornada de las mas brillantes cualidades. Era esta Emilia Luisa de Beauharnais y, como el apellido mismo lo indica, pertenecia á la familia de la mujer del emperador. En la batalla de Arcole ascendió Lavalette á capitan. Siguió á Bonaparte á la espedicion de Egipto, y de vuelta a Francia, le ayudó en el golpe de mano del 18 de brumario. En premio de sus servicios fué nombrado director general de

correos. Los sucesos de 1814 le restituyeron á la vida privada; pero, al regreso de Napoleon, fugado de la isla de Elba, recobró su anterior empleo, y fué además nombrado miembro de la nueva cámara de Pares. Pasaron los Cien Dias, volvió Luis XVIII, y Lavalette fué destituido y comprendido en el decreto de 24 de julio. Arrestado por Mr. de Cazes, prefecto de policía, se le formó causa ante el tribunal de assises del Sena, y se le condenó á muerte en 21 de noviembre de aquel mismo año. Oyó Lavalette su sentencia sin mostrar la menor emocion, y se dispuso á sufrir su suerte con una serenidad admirable. Madama Lavalette despues de mil esfuerzos inútiles para llegar á presencia del rey, logró ser introducida por el duque de Ragusa; y echándose á los pies de Luis XVIII, imploró su clemencia derramando abundantes lágrimas. El monarca conmovido por las súplicas de aquella mujer y siguiendo los impulsos de su corazon, hubiera de muy buena gana perdonado al conde, y tales eran tambien los deseos del ministro de Cazes que habia reemplazado á Fouché; pero la cámara de diputados estaba animada de un vivo encono contra los bonapartistas, y era un obstáculo insuperable para la generosidad real. Vista la inutilidad de aquel paso, la condesa de Lavalette que veia acercarse el dia 22 de diciembre, señalado para la ejecucion de su esposo, fué la víspera á la cárcel, con su hija de edad de 14 años y una criada antigua de la casa. Al cabo de algun tiempo salieron la niña y la criada sosteniendo á Mr. de Lavalette vestido con el traje de su mujer, casi enteramente cubierto el rostro con un pañuelo arrimado á los ojos. Cuando el conserje de la cárcel entró en el cuarto del sentenciado, se halló con que este se habia fugado, quedando en lugar suyo la condesa. A la primera noticia que tuvo Luis XVIII de esta ocurrencia, esclamó: *Madama Lavalette ha sabido cumplir con su deber*, y volviéndose luego á de Cazes, añadió: *Ahora vereis cómo dicen que hemos sido nosotros.* En efecto se hicieron en la cámara de diputados cargos furibundos contra los ministros, y hasta se les amenazó con una acusacion formal. Cerca de tres semanas se mantuvo Lavalette oculto en París. Auxiliado luego por los tres ingleses atravesó la frontera de Francia, y se refugió en Baviera al lado de su pariente Eugenio de Beauharnais hasta que en 1822 le fué permitido volver

á su patria, donde vivió en la oscuridad hasta su muerte ocurrida á primeros de marzo de 1830. La infortunada condesa de resultas del heroico esfuerzo que hizo por salvar á su esposo, perdió la razon, y no volvió á recobrarla ni aun al regreso de este, muriendo al poco tiempo.

PROCESO Y EJECUCION DE CHANG-KANG,

SOBRINO Y FAVORITO DEL EMPERADOR DE LA CHINA.

PEKING.—1827.

Las maravillosas narraciones de los viajeros, los numerosos libros que contienen la descripcion de las comarcas pintorescas de la China, han estado muy lejos de apurar todos los hechos notables que presentan la historia y las costumbres de aquel pais, el mas rico, el mas poblado, el mas vasto y el mas poderoso de los imperios del Asia. Cada dia viene á revelarse alguna circunstancia desconocida, y á presentar bajo un aspecto nuevo á los hombres encargados del gobierno de aquella nacion, compuesta de mas de 160 millones de almas. Tal es el proceso de que vamos á ocuparnos y que forma uno de los episodios mas característicos de la historia interior de la casa reinante.

El emperador de la China, el príncipe Mian Ning, hijo de Kia-king, apellidado desde su advenimiento al trono en 1820, Taouk Ouang ó Esplendor de la razon, ha merecido grande estima por su espíritu de equidad y de justicia. Ninguno de sus súbditos invocó en vano su poderosa proteccion contra un mandarín prevaricador ó sanguinario, y la ley igual para todos, persiguió á los culpables aun cuando se cobijasen bajo artesonados techos.

Uno de los rasgos distintivos del carácter de los chinos, segun el abate Voisin, que ha residido largo tiempo en el celeste imperio, es su insaciable amor al oro. Ningun estado, ninguna profesion, ningun comercio es vil con tal que les conduzca á la fortuna. Esa sed de oro destruye frecuentemente su natural, que es en general bueno, dulce, laborioso y sufrido, haciéndolos disimulados, injustos, coléricos y vengativos. Al afan por las riquezas añaden el prurito de la ostentacion. Les halagan en estremo las alabanzas, y aunque son muy frugales en su vida ordinaria, cuando reciben á un extraño le tratan con sumo lujo y esplendidez, con el solo fin de producir gran efecto sobre su espíritu. Esta manía por la ostentacion es la que hace terribles y frecuentes en la sociedad china las vicisitudes de la fortuna, y no es raro ver á sugetos cuyos padres eran mandarines y ocupaban de consiguiente el puesto mas alto de la escala social, reducidos por razon de sus prodigalidades á mozos de carga.

Los chinos son además vengativos y jugadores. Cuando han perdido un pleito, uno de sus principales medios de venganza consiste en ahorcarse á la puerta de casa de su adversario, en su jardin, ó en sus tierras, para atraer sobre él la animadversion de sus conciudadanos y la maldicion del espíritu celeste. El que ha sido causa de un suicidio semejante, es por muchos años objeto de la reprobacion pública, y se le mira como perseguido por la venganza del cielo. En ningun pais engendra el juego mas que en la China animosidades y sangrientas contiendas. Por eso mismo el emperador se mostraba inexorable con las personas acusadas de homicidio á consecuencia de disputas suscitadas por el juego.

En el año 1827 vivia en Peking, corte del emperador, un príncipe jóven celebrado por la nobleza de su corazon, por su claro talento y por la superioridad de la educacion que habia recibido. Era sobrino del soberano, quien le profesaba particular afecto. Solo él gozaba de intimidad con el emperador, solo él tenia derecho para entrar en la via sagrada, que es el mayor honor que puede recibir un príncipe, aun siendo de la familia imperial. La via sagrada es el camino que conduce desde Peking á la residencia del emperador. Está construida á mas de una vara bajo de tierra, y recorre una distancia de unas seis

leguas. En toda su longitud hay dos especies de carriles de oro sobre los que pasan las ruedas del coche imperial tirado por un solo caballo.

Las personas de la comitiva del emperador van por los dos lados del camino, pero nadie pone el pie jamás en la via sagrada. En otro tiempo se castigaba con la pena de muerte al que infringia esta prohibicion, cuya pena posteriormente se ha conmutado en la de detencion perpétua. Cuando el emperador quiere honrar á alguno de una manera especial, le autoriza á ir á pié delante ó detras de él en la via sagrada. En la época á que nos referimos, el sobrino del emperador era el único en la corte de Peking que disfrutaba tan insigne honor.

Chang-Kang, que así se llamaba el príncipe, reunia en sí todas las perfecciones, y gozaba de la posicion mas brillante; pero un solo vicio manchaba un carácter tan puro, y debia un dia por una cruel fatalidad causar su muerte y su deshonra. Era locamente aficionado al juego, y habia intentado infructuosamente combatir aquella terrible inclinacion. Otra pasion sin embargo, neutralizaba por el momento los efectos de la primera; era el amor. El príncipe habia estado casado en legítimo matrimonio, con la hija de uno de los principales mandarines del imperio; pero la muerte deshizo aquella union á los dos años. Entonces depositó todo su cariño en una jóven esclava tártara que la ley le permitia tener como concubina.

Mia-Ming, este era el nombre de esta mujer, era el objeto de sus cuidados y de sus contínuos pensamientos. Para adornar su belleza, habia hecho traer de todas las partes del Oriente los diamantes, las pedrerías, los mas hermosos aderezos, las mas preciosas telas.

Esta pasion á que todo lo sacrificaba, excepto su amor al juego, le habia valido muchas veces los sarcasmos de los jóvenes mandarines, amigos suyos, y de los príncipes con que se habia educado. Un dia que habia reunido algunos amigos en la casa de recreo que habitaba á inmediaciones de la capital, despues de haberles dado una espléndida comida, se pusieron todos á jugar. Chang Kang se resistió algunos instantes, pero concluyó por seguir el movimiento general. La suerte al principio le fué favorable, pero poco á poco se fué cambiando enteramente. Empezó por perder todo su dinero, luego perdió sus caba-

llos, sus trenes; entonces jugó las tierras que poseia en el imperio y que habian constituido, de padres á hijos, la fortuna de su familia. La suerte continuó adversa. Jugó entonces la casa de recreo en que estaban, y la cual era ya su único refugio. Perdió tambien este último giron de su fortuna.

Escitado en aquel momento por la pasion y por las chanzas del jóven mandarin Fo-Kiang que era su adversario mas feliz y mas encarnizado, consintió en jugar como postrer recurso los adornos y diamantes de su adorada Mia-Ming. No por eso le sonrió la suerte; en breve perdió aquellos objetos preciosos que con tanto afan habia reunido. Fo-Kiang le pidió entonces de una manera burlona que se los entregase al momento: «A lo menos, gritó Chang Kang levantándose rabioso y sacando un puñal que llevaba á la cintura, no gozarás de ellos mucho tiempo.» Y hundió el puñal en el pecho á Fo Kiang, que cayó bañado en sangre y espiró. A vista de este horrible lance, los concurrentes huyeron azorados, y Chang-Kang, vuelto en sí, quedó sumerjido en la mas profunda desesperacion.

El emperador, al saber lo que habia pasado y quién era el criminal, esperimentó un violento pesar; mandó, no obstante, que la justicia siguiese su curso. Por órden suya, el superintendente de la ciudad, acompañado del comandante de guardias, se constituyó en la casa de recreo y arrestó á Chang-Kang, quien fuè llevado á Peking maniatado como el último de los criminales, y encerrado en la cárcel pública. Inmediatamente se comenzó á instruir el proceso ante el tribunal superior. Este tribunal se compone de un superintendente ó primer presidente, un presidente, dos vicepresidentes y cuatro consejeros. Los procedimientos criminales se siguen de una manera particular. Cada miembro del tribunal va aparte al calabozo del acusado, y le interroga, instruyendo una sumaria personal. En esta formalidad se invierten ordinariamente algunos dias, y cuando está terminada, todos los miembros del tribunal se reunen, se comunican su respectiva sumaria y deliberan sobre si há ó no lugar á hacer comparecer ante ellos al sumariado.

Si su decision es negativa, se pone á este en libertad; si es afirmativa, se dirigen al calabozo los guardias y los esbirros del tribunal, y traen al acusado, colocándole en un paraje de

la sala de audiencia cubierto con una cortina, de manera que se le puede oir, mas no verle.

El superintendente del tribunal le dirije la palabra, le esplica el crímen de que se le acusa, los cargos que resultan contra él, y le invita á responder, despues de lo cual se hace comparecer á los testigos. Delante de cada uno de ellos, se descorre la cortina que oculta al acusado, para que puedan declarar acerca de su identidad, y en seguida se vuelve á correr. Acabado el interrogatorio de los testigos, los guardias llevan al acusado á corta distancia de los magistrados. Cada miembro del tribunal le interroga á su vez, y la respuesta que da á estas preguntas constituyen la defensa. En la China no hay ni procuradores ni abogados. Todo reo se defiende por sí de la manera que acabamos de indicar. Unicamente puede pedir el auxilio de un pariente, el cual se coloca á su derecha y le ayuda á responder á los magistrados.

El príncipe Chang-Kang compareció ante los magistrados y confesó todo de plano. Declaró que en un momento de cólera habia asesinado á uno de sus semejantes; que con arreglo á la ley, habia incurrido en la pena de muerte, y que si la voluntad del escelso emperador su tio, era que muriese, sufriría su suerte sin quejarse, en expiacion de su crímen. El tribunal, llenadas todas las formalidades, declaró al príncipe Chang-Kang confeso y convicto de homicidio en la persona del mandarin Fo-Kiang, y le condenó conforme al rescripto del año 7.° del reinado del emperador Tsong-Tsoo á ser estrangulado públicamente sobre dos maderos puestos en cruz. El condenado oyó sereno su sentencia.

Segun las leyes del celeste imperio, el soberano forma por sí solo un tribunal supremo que decide en última instancia sobre los procesos capitales. En estos casos, el emperador juzga con vista de documentos, á menos que el condenado por su categoría tenga derecho de entrar en la corte ó se haga representar en ella por algun alto personaje que goce de aquel mismo derecho. El emperador llamó á su audiencia al príncipe Chang-Kang, quien fué, como es costumbre, con la cabeza cubierta con un velo rojo, para indicar que habia derramado sangre.

Tenia á su derecha al príncipe Timsing-Pipi, primo suyo,

jóven de gran mérito, que se habia ofrecido á auxiliarle, y á su izquierda uno de los jefes de palacio. Cuando llegaron, como el soberano en aquella circunstancia representa la justicia, no se prosternaron. El defensor del condenado tomó la palabra y habló en su favor de la manera mas patética; hizo valer su conducta, irreprensible hasta entonces, el estado de escitacion en que se cometió el homicidio, los insultos y provocaciones que le habia prodigado su adversario, y terminó invocando la clemencia imperial. Durante este discurso, el emperador no pudo contener sus lágrimas. Recogióse en seguida por espacio de dos horas, segun costumbre, para reflexionar; luego pronunció su sentencia confirmando la del tribunal, declarando solamente que en atencion á la categoría del acusado y á los lazos que le unian con la familia imperial, la pena dictada contra él se conmutaría en una simple estrangulacion en la tumba de sus antepasados, y que esta ejecucion tendria lugar el dia de los suplicios.

En la China, la ejecucion de los condenados á pena capital se verifica una vez al año, en toda la estension del imperio, el dia designado por un rescripto del emperador. En tal dia, se interrumpen los negocios como en las épocas de fiestas, y el pueblo en masa abandona los campos acudiendo á las ciudades para asistir á las ejecuciones.

Este es un espectáculo muy apetecido por los chinos. Cuando el emperador quiere honrar á un mandarin ó á un gran personaje que se ha hecho culpable de un crímen que no denota un alma baja y envilecida, ordena que su ejecucion se efectue en un dia particular, pero por lo tocante á miembros de su familia, no hace jamás esta excepcion.

El primer dia de la séptima luna, 1.º de julio de 1827, el príncipe Chang Kang fué conducido á un jardin plantado de árboles odoríferos y cipreses, en medio del cual se elevaban á trechos losas fúnebres. Sobre una de ellas, que era el sepulcro de su padre el venerable Kang-Tsou, se arrodilló el infeliz Chang-Kang. A su alrededor se colocaron los mandarines de la corte del emperador y los individuos de su familia que habian recibido órden de asistir á aquella triste ceremonia; delante de él se situaron los bonzos ó sacerdotes, que comenzaron sus rezos llevando el compás, á fin de pedir á los espíri-

tus que no sepultasen el alma que iba á morir en el fondo del rio de sangre que atraviesan siempre los criminales al salir de esta tierra. Segun la creencia de aquellos sacerdotes, cuando el alma toca en el fondo del rio, que es muy profundo, queda allí para siempre, pero si, por el contrario, puede llegar á permanecer en la superficie durante tres años, entonces obtiene su perdon.

Cuando los rezos estuvieron terminados, los bonzos dieron unas palmadas y gritaron en voz fuerte que habia llegado el momento de llorar por el que iba á morir.

Al punto, como por un movimiento unánime, todos los concurrentes prorumpieron en sollozos. Pocos minutos despues, se adelantó el jefe de los bonzos y declaró que el momento acordado para llorar habia pasado, y al instante cesaron todos los sollozos como por encanto. Entonces el superintendente del tribunal se adelantó á su vez y se puso á leer la sentencia del tribunal que condenaba á Chang-Kang, y la sentencia imperial que la confirmaba; despues dijo en alta voz que era llegado el momento de morir. Al mismo tiempo dió al condenado un largo cordon de seda; este se lo pasó alrededor del cuello.

En aquel instante los ejecutores cogieron las estremidades del cordon. A cada una de las estremidades se pusieron cinco hombres, prontos á apretar el nudo á la señal convenida. Reinó un completo silencio, y todos los concurrentes fijaban con ansiedad los ojos en el reo. A poco resonó un golpe de vatintin; á esta señal tiraron del fatal cordon los ejecutores, el príncipe Chang-Kang exhaló un grito y espiró inmediatamente. La multitud se fué dispersando triste y silenciosa.

El emperador de la China que hacia dos años era presa del violento pesar que le causaba la guerra desastrosa que sostenia contra los tártaros, cayó, á consecuencia del acontecimiento que acabamos de referir, en una profunda melancolía. Por espacio de seis meses, y en señal de luto, dejó crecer sus cabellos y su barba.

La muerte y la sentencia de Chang-Kang prueban cuan grande es el espíritu de justicia y de igualdad que anima al actual soberano del celeste imperio. Un hecho reciente de que dan cuenta los periódicos de la India y de la China con referencia á la Gaceta de Peking, demuestra que el emperador Taouk-Ouang

no ha perdido de 1827 acá lo mas mínimo de la inflexibilidad de su carácter, cuando se trata del cumplimiento de las leyes.

En el mes de marzo de 1845 han sido condenados al suplicio de la estrangulacion varios príncipes de la casa imperial por haber fumado ópio en desprecio de los edictos del soberano. En la misma época ha sido condenado al mismo suplicio otro príncipe por haber matado á su mujer, y otro por haber matado á su sastre. Se dieron infinitos pasos para obtener del emperador el perdon de los culpables. Como las respectivas sentencias, por circunstancias particulares, hubiesen sido revisadas ya tres veces antes de someterse á su decision, el emperador avocó las causas sin llamar á su presencia á los reos, y despues de habérsele hecho relacion de los pormenores de los procesos, escribió al márgen: «Procédase con arreglo á los edictos y reglamentos.» Y á pesar de su categoría y de las súplicas de sus familias, los sentenciados murieron en el patíbulo.

KARL SAND.

I.

Despejado un momento por la catástrofe de Waterloo el horizonte político de la democracia alemana, oscureciose de nuevo despues de 1817. Al despotismo colosal pero brillante del moderno César habia sucedido la opresion individual y mezquina de los principillos que constituyen la dieta germánica. Los despojos del jigante se repartieron entre pigmeos; mas ¿qué ganaron en ello los pueblos?

Esta es la pregunta que la Alemania se hizo á sí propia, y para sacudir el nuevo yugo que pesaba sobre ella, organizó una vasta red de sociedades secretas.

No era eso una creacion, sino solamente una restauracion, pues el orígen de las sociedades secretas de Alemania se remonta á una época bastante remota, como es bien sabido.

No vamos á hacer una reseña histórica de estas afiliaciones; únicamente recordaremos que en el momento en que surgió la revolucion de 1789 como un nuevo faro destinado á guiar á la humanidad por vias mejores, despues de pasar por crueles pruebas, las diferentes sectas de iluminados, francmasones, etc., aceptaron con entusiasmo la propaganda republicana.

Así es que se han atribuido los primeros triunfos de los voluntarios franceses á los secretos esfuerzos de los propagandistas extranjeros. Y no es esto una opinion puramente hipotética; las proposiciones de cierto número de habitantes de Ma-

guncia al general Custine para determinarle á ocupar la ciudad, bastan para comprobar la verdad de aquel aserto.

Bonaparte no ignoraba la existencia de tales sociedades que se organizaban entonces públicamente casi todas, y aun se ha escrito que perteneció á ellas. Como quiera que sea, cuando abdicó su generalato para ceñirse la corona imperial, los republicanos, que le consideraban como un traidor y un renegado, no solamente se alzaron contra él en el interior, sino que le suscitaron tambien enemigos en el extranjero.

Como los propagandistas apelaban á pasiones nobles y generosas, hicieron numerosos prosélitos entre los pueblos, y hasta hubo príncipes que los alentaron, no por verdadera simpatía, sino porque las doctrinas de los sectarios podian con el tiempo servir á los intereses de los reyes.

Hé ahí por qué el príncipe Luis de Prusia, entre otros muchos, llegó á ser gran maestre de una de esas sociedades que pusieron el puñal en la mano de Staps para quitar de en medio á Napoleon.

Pero dos dias despues de esta tentativa de asesinato, se firmó la paz de Viena, y el decaimiento del Austria anonadó al vetusto cuerpo germánico. De suerte que heridas ya mortalmente aquellas sociedades en 1806 y vigiladas estrechamente por la policía francesa, arrastraron su existencia entre la sombra. Algunos de sus agentes fueron arrestados en Berlin en 1811; pero protegidos por las autoridades prusianas, eludieron la policía francesa.

Al cabo de dos años, los desastres de los ejércitos franceses reanimaron el brio de aquellas sociedades; los estudiantes principalmente auxiliaron por todos medios las tentativas que se ensayaron. Alistábanse á porfia escuelas casi enteras, escojiendo para capitanes á los jefes y profesores de sus establecimientos respectivos.

II.

Entre los jóvenes que así se entusiasmaban y corrian á agruparse bajo la bandera de la democracia, se contaba el héroe del drama que estamos escribiendo.

Karl-Ludwig (Carlos Luis) Sand nació el 5 de octubre de 179[illegible] en Wonsiedel, en las montañas de Fichtel. Su familia se com-

ponia de Godofredo Cristobal Sand, su padre; Dorotea Juana Guillermina Schapf, su madre; Jorje y Fritz, sus hermanos mayores; y dos hermanas, Carolina y Julia, la primera de mas edad, la segunda menor que él.

Acometido de unas viruelas malignas estando en la infancia, permaneció muchos meses en una situacion desesperada. La vida y la muerte se disputaron largo tiempo su persona; pero al fin la muerte resultó vencida.

Sin embargo, aquel violento ataque influyó en sus primeros años, y se mantuvo débil y enfermizo hasta cumplir los siete, época en que fué atacado de una fiebre cerebral que puso por segunda vez en peligro sus dias. Tambien de este embate salió triunfante.

Estas dos enfermedades habian atrasado mucho su instruccion; hasta la edad de ocho años no estuvo en disposicion de comenzar sus primeros estudios; y como los padecimientos del cuerpo habian, por decirlo así, embotado las facultades del espíritu, necesitó una aplicacion doble para conseguir resultados iguales á los de sus compañeros de clase.

Pero Karl habia nacido con una alma enérgica, y á fuerza de voluntad superó los defectos de su organizacion. Testigo el profesor Salfranck, rector del gimnasio de Hof, de los esfuerzos de aquel niño, concibió por él tal afecto, que habiendo sido nombrado director del gimnasio de Regensburgo, no pudo resolverse á una separacion y se llevó con él á su discípulo.

Suele decirse que el niño revela el hombre. Si esto es así, pudo con grande anticipacion preverse lo que sería Sand andando el tiempo.

Un dia que se paseaba con sus camaradas por las cercanías de Regensburgo, oyó Sand, que contaba apenas 11 años, gritar pidiendo socorro, y divisó á un muchacho de ocho á nueve años que acababa de caer en un estanque. Inmediatamente corrió Karl, y sin parar la atencion en su lindo traje de los dias de fiesta, se tira al agua, y á costa de trabajos inauditos, logra sacar á tierra al que se estaba ya ahogando.

El año siguiente se salvó como por milagro de dos peligros. Primeramente, de un andamio donde trabajaban albañiles cayó una artesa llena de yeso, y se hizo pedazos á sus mismos pies. Mas adelante, le sorprendió en un portalon largo y estrecho el

coche del príncipe de Coburgo (1), que entraba tirado por cuatro caballos al galope; arrimarse á la derecha ó á la izquierda era imposible, y el cochero no podia tampoco detener á los caballos. Karl á pesar de todo no perdió la serenidad; echóse al suelo boca abajo, y el coche pasó sin que ni las ruedas ni los caballos le causasen lesion alguna. Desde aquel dia, se le miró como un predestinado.

III.

Durante este tiempo, seguian su marcha los sucesos políticos. Napoleon pesaba sobre Alemania, y Staps habia expiado con la vida su tentativa de asesinato contra el conquistador.

Corria entonces el año 1809. Karl tenia 14 años, y se encontraba en el gimnasio de Hof dirigido por su profesor Salfranck. Habiendo llegado á su noticia que aquel á quien miraba como el antecristo iba á entrar en la ciudad, huyó de ella y se fué á casa de sus padres, á los cuales dijo:

—No hubiera podido encontrarme en la misma ciudad que Napoleon sin intentar darle muerte; y no me siento todavía bastante fuerte para ello.

Y no volvió á proseguir sus estudios hasta despues de la paz que fué firmada el 15 de octubre.

Hallábase en Hof en 1811, cuando supo que el gimnasio quedaba disuelto y reemplazado por una escuela primaria. Salfranck subsistia agregado á esta pero con la disminucion de una mitad de sus emolumentos.

Karl no hubiera podido continuar sus estudios en una escuela primaria. Escribió á su madre anunciándole lo ocurrido y pintando la calma y la resignacion con que el anciano filósofo soportaba el golpe que acababa de recibir.

Hé aquí la respuesta de la madre de Karl; en ella se observará ese misticismo aleman, de que no podemos en nuestro pais formarnos sino una idea imperfecta.

«Mi querido Karl,

»No podias darme una noticia mas sensible que la de lo sucedido á tu profesor y padre adoptivo; no obstante, por terrible que sea, se resignará, no lo dudes, para dar á la vir-

(1) El príncipe de Coburgo estaba á la sazon alojado en casa de los padres de Karl.

tud de sus discípulos un grande ejemplo de la sumision que todo súbdito debe al rey que Dios le ha impuesto. Por lo demás, convéncete bien de que no hay en el mundo otra política recta y acertada que la que se encierra en este antiguo precepto: Respeta á Dios, sé justo, y no temas á nadie.

»Y piensa tambien que allí donde la injusticia se desata contra los justos, la voz del pueblo se hace oir y restaura á los oprimidos.

«Pero si, contra toda probabilidad, no sucediese así; si Dios impusiese á la alta virtud de nuestro amigo la sublime prueba de verse olvidado por el mundo y de que la Providencia se hiciese en este punto su acreedora, tambien para este caso tiene ella, créeme, supremas compensaciones; todas las cosas y todos los acontecimientos que estienden su influencia á nuestro rededor y sobre nosotros, no son mas que máquinas que una mano mas alta pone en movimiento, á fin de completar nuestra educacion para un mundo mejor, único en que ocuparemos nuestro verdadero lugar. Dedícate, pues, mi querido hijo, á velar sobre tí sin cesar y siempre, á fin de que no tomes grandes y bellas acciones aisladas por una virtud real, y estés pronto á hacer en cada instante lo que tu deber te exija. En el fondo, no lo dudes, nada es grande, nada es pequeño, cuando se mira á las cosas aisladas unas de otras, y el conjunto solo es lo que produce la unidad del bien ó del mal.

»Por otra parte, Dios no envia pruebas, sino al corazon en que ha puesto fuerzas, y la manera con que me dices ha soportado tu profesor la desgracia que le sucede es una nueva demostracion de esa grande y eterna verdad. Tú le tomarás por modelo, querido hijo mio, y si es menester trasladarte de Hof á Bamberg, te resignarás con valor: hay tres educaciones para el hombre; la que recibe de sus padres, la que le imponen las circunstancias, y finalmente la que él se dá á sí propio: si aquel contratiempo se verifica, ruega á Dios que te conceda completar dignamente tú mismo esa última educacion, la mas importante de todas.

»Te pondré por ejemplo la vida y la conducta de mi padre, de quien has oido hablar muy poco, porque habia muerto cuando tú naciste, pero cuyo espíritu y cuya semejanza reviven en tí solo, entre todos tus hermanos y hermanas. El fatal

incendio que redujo á cenizas su pueblo natal aniquiló su fortuna y la de sus padres; la pesadumbre de haberlo perdido todo, pues el fuego se habia declarado en una casa vecina á la suya, costó la vida á su padre; y mientras tanto que su madre, tendida seis años hacia en un lecho de dolor en que la tenian postrada convulsiones horribles, alimentaba, en los intervalos de sus padecimientos, á tres hijas pequeñitas con el trabajo de sus manos, entró él como simple escribiente en una de las casas mas fuertes de Augsburgo, en donde se hizo apreciar por la viveza y bondad de su carácter; allí aprendió un oficio para el cual no habia nacido, y volvió á su casa natal, con un corazon puro y sin mancha, para ser el sostén de su madre y de sus hermanas.

«El hombre puede mucho cuando quiere hacer mucho; une tus esfuerzos á mis oraciones, y deja lo demas en manos de Dios.»

Esta carta encerraba una prediccion. Salfranck fué á poco tiempo nombrado profesor en Richenburgo, á donde le acompañó Karl. Desde allí presenció los acontecimientos de 1813, y escribió estas palabras á su madre:

«Apenas puedo esplicaros, madre mia, cuán tranquilo y satisfecho comienzo á estar, desde que me es permitido creer en la emancipacion de mi patria que oigo decir por todos lados debe estar muy próxima; de esa patria que, por mi confianza en Dios, veo de antemano libre; de esa patria, en fin, por cuya felicidad aceptaría yo los mayores sacrificios y aun la misma muerte. Cobrad fuerza para esta crisis. Si por casualidad alcanzare á nuestra buena provincia, levantad los ojos al Todopoderoso y dirigidlos luego sobre la bella y rica naturaleza. La bondad de Dios que ha salvado y protegido á tantos hombres durante la desastrosa guerra de treinta años, puede y quiere hoy todavía lo que pudo y quiso entonces. Por lo que hace á mí, creo y espero.»

La batalla de Leipsick y los desastres de 1814 parecieron confirmar los presentimientos de Karl, que creyó en la libertad de la Alemania. En 10 de diciembre de aquel año salió de Richenburgo con los siguientes informes de sus maestros:

«Karl Sand es del corto número de jóvenes que se distinguen á la vez por los dones del espíritu y por las facultades del

alma; en aplicacion y en trabajo, sobrepuja á todos sus condiscípulos, esplicándose con eso sus progresos rápidos y profundos en todas las ciencias filosóficas y filológicas; únicamente en las matemáticas, le hacian falta algunos estudios. Los mas tiernos votos de sus maestros le acompañan en su marcha.»

Esta nota estaba fechada en Richenburgo á 15 de setiembre de 1814, y firmada por S. A. Keyn, rector y profesor de primera clase.

Sand fué á hacer una visita á su hermano que residia en Saint-Gall; déspues se trasladó á Tubengen, á donde le atraia la fama de Eschusmaïer. Su propósito entonces era abrazar el estado eclesiástico. Aquel invierno lo pasó tranquilo. Nada hizo notable, si no es recibirse en una sociedad de *Burschen* llamada la Teutónica.

Pero con la pascua del año 1815 llegó la terrible noticia de que el emperador habia desembarcado en el golfo Juan; y toda la juventud alemana tomó las armas.

Sand hizo como los demás jóvenes, con la diferencia de que lo que en otros era efecto de un entusiasmo pasajero, en él era el resultado de una resolucion fria y meditada.

En aquellas circunstancias, escribió á su familia con fecha de 22 de abril la carta siguiente:

«Hasta ahora, mis queridos padres, me habeis encontrado sumiso á vuestras lecciones paternales y á los consejos de mis escelentes maestros; hasta ahora, me he esforzado por hacerme digno de la educacion que Dios me ha enviado por vuestro medio, y me he dedicado á ponerme en disposicion de difundir en mi patria la palabra del Señor; por eso puedo hoy daros sinceramente cuenta del partido que he tomado, seguro de que, como padres tiernos y afectuosos, os tranquilizareis, y, como padres alemanes y patriotas, mas bien aplaudireis mi resolucion que no tratareis de apartarme de ella.

»La patria llama de nuevo en su ayuda, y esta vez su llamamiento se dirige á mí tambien, porque ahora ya tengo valor y fuerza. Necesité un gran combate interior para contenerme cuando en 1813 dejó oir su primer grito, y solamente me consolaba la conviccion de que millares de otros combatian y triunfaban entonces para bien de la Alemania, mientras yo tenia que vivir pacífico é inactivo. Ahora se trata de conservar la li-

bertad nuevamente restablecida, y que en otras partes ha producido tan ópimos frutos. El Señor omnipotente y misericordioso nos reserva todavía esta gran prueba, que será seguramente la última: á nosotros, pues, toca mostrar que somos dignos del don supremo que nos hace, y que somos capaces de conservarle con fuerza y con firmeza.

»El peligro de la patria nunca ha sido tan grande como al presente; por eso, entre la juventud alemana, los fuertes deben sostener á los que vacilan, á fin de que el levantamiento sea general. Ya nuestros valientes hermanos del norte corren de todas partes á sus banderas; los estados de Wurtemberg proclaman un alzamiento en masa, y de todos lados llegan voluntarios, ansiosos de morir por la patria. Yo, considero como un deber combatir por mi pais, y por todos los objetos que me son tan caros. Si no estuviese profundamente convencido de esta verdad, no os participaría mi determinacion; pero tengo una familia de corazon verdaderamente aleman, y que me consideraría como un cobarde y como un hijo indigno, si no siguiese este impulso. Conozco ciertamente la magnitud de mi sacrificio; me cuesta mucho á la verdad abandonar mis estudios que me son tan gratos, para ir á ponerme á las órdenes de gentes groseras y sin educacion; pero ese sacrificio aumenta mas mis brios para ir á asegurar la libertad de mis hermanos; por otra parte, asegurada esta libertad, si Dios tiene á bien permitirlo, volveré con la conciencia satisfecha y el corazon gozoso.

»Me despido, pues, de mis dignos padres, de mis hermanos, de mis hermanas y de todos aquellos á quienes consagro mi afecto. Como despues de una madura deliberacion, lo que me parece mas conveniente es servir con los bávaros, voy á pedir ingreso, por el tiempo que dure la guerra, en una de las compañías de tiradores de esta nacion. Adios, pues; yo seguiré vuestras piadosas exhortaciones. En este nuevo campo espero permanecer puro ante Dios, y procuraré marchar siempre por la senda que eleva sobre las cosas de la tierra y conduce á las del cielo, y quizás me está reservada en esta carrera el sublime deleite de salvar á algunas almas de su caida.

»Sin cesar me rodeará vuestra cara imágen; sin cesar quiero tener al Señor delante de los ojos y en el corazon, á fin de poder soportar con alegria las penas y las fatigas de esta guerra

santa. Comprendedme en vuestras oraciones. Dios os enviará la esperanza de tiempos mejores para ayudaros á sobrellevar los desgraciados en que estamos. No podemos volver á vernos pronto sino siendo vencedores; y si fuésemos vencidos (lo que Dios no permita), entonces mi postrer voluntad, que os ruego, que os conjuro cumplais, mi última y suprema voluntad sería, mis queridos y dignos padres, que abandonáseis un pais esclavo por otro sobre el cual no pese todavía el yugo.

»Mas ¿á qué entristecernos así? ¿No es justa y santa nuestra causa, y Dios no es justo y santo? ¿Cómo, pues, no hemos de salir vencedores? Ya veis que algunas veces, dudo; por lo tanto en vuestras cartas que aguardo con impaciencia, tened piedad de mí y no acobardeis mi alma, pues en todo caso, siempre nos encontraremos en otra patria, y esa sería la buena y feliz.

»Soy hasta la muerte vuestro sumiso y reconocido hijo.»

En postdata, transcribió estos dos versos de Kœrner:

«Quizá veremos sobre cadáveres enemigos
»Aparecer la estrella de la libertad.»

El dia 10 de mayo, Karl y su hermano segundo se alistaron en los cazadores voluntarios puestos bajo las órdenes del mayor Falkenhausen. El 18 de junio á las ocho de la tarde, llegaba al campo de batalla de Waterlóo. El 14 de julio, entraba en París. El 18 de diciembre, Karl y su hermano estaban de vuelta en la casa paterna.

En los primeros dias del año 1816, se separó de su familia, y se fué á Erlangen. Para reponerse del tiempo perdido, sujetó sus horas á reglas fijas, y escribió cada noche el resultado del dia. Con ayuda de este diario que llevó escrupulosamente, podremos seguir al jóven fanático en las principales acciones de su vida.

IV.

El triunfo del movimiento nacional que habia traido por dos veces hasta París al ejército prusiano, formado en gran parte de voluntarios, obró, despues de la conclusion de los tratados de 1815 y de la promulgacion de la nueva constitucion germánica, una reaccion terrible en Alemania.

Pronto conocieron todos aquellos jóvenes que se habian le-

vantado en nombre de la libertad, que no habian sido mas que instrumentos del despotismo; y cuando quisieron reclamar las promesas que se les habian hecho por su príncipe, se les amenazó con la mordaza y los calabozos. Entonces depositaron su descontento del presente y sus esperanzas del porvenir en las universidades, que gozando de una constitucion particular, se sustraian mas fácilmente al espionaje de los agentes de la santa alianza. Y aunque las sociedades eran perseguidas, no por eso dejaban de existir, y de mantener relaciones entre sí por medio de estudiantes que viajaban recorriendo la Alemania á pretesto de herborizar.

Sand, que pertenecia á la sociedad teutónica, tomó á manera de religion la causa que habia abrazado, y trató de moralizar á sus correligionarios. Con infinitos trabajos llegó á reunir á su alrededor de sesenta á ochenta estudiantes, pertenecientes todos á la secta de la Burschenschaft, la cual proseguia su marcha política y religiosa, á pesar de las burlas de la Landmanschaft, que era la secta opuesta.

Sand y uno de sus amigos llamado Dittmar eran casi los jefes de su secta. Aunque su autoridad no estuviese formalmente reconocida, la influencia que ellos ejercian en las resoluciones probaba suficientemente que á la hora oportuna se obedecería á su impulso. Las reuniones se celebraban no lejos de Erlangen, en una pequeña colina coronada por un antiguo castillo, y que Sand y Dittmar habian bautizado con el nombre de Ruttli, en memoria del lugar donde los tres famosos suizos hicieron juramento de libertar á su pais.

La asociacion hacia tales progresos, que los gabinetes de las Tullerías y de San Petersburgo enviaron agentes á Alemania.

Por aquel tiempo, esto es, en 1817, un acontecimiento terrible vino á sumergir á Sand en la mas profunda afliccion. Hé aquí cómo cuenta este trágico suceso en una carta que escribió á su familia:

«Ya sabeis que cuando se marcharon mis mejores amigos U., C., y Z., trabé intimidad con mi querido Dittmar d'Anspach; ¡Dittmar, es decir, un verdadero y digno aleman, un cristiano evangélico, en fin, mas que un hombre! una alma de ángel, siempre inclinada al bien, serena, piadosa y pronta á

obrar. Habia venido á vivir á casa del profesor Grunler, en un cuarto junto al mio. Nos amábamos, nos sosteníamos en nuestros esfuerzos, y partíamos fraternalmente nuestros recursos. Una tarde, despues de haber trabajado en su cuarto, y de habernos fortalecido de nuevo contra todos los tormentos de la vida y en el propósito que queríamos realizar, nos fuimos, á cosa de las siete de la tarde, á los baños de Rednitz. Divisábanse en el horizonte densas nubes, presagio de tempestad; pero aunque E. propuso volvernos, Dittmar insistió, diciendo que el canal estaba á pocos pasos. Dios permitió que no fuese yo quien pronunciara aquellas palabras mortíferas. Continuamos, pues, nuestro camino; la puesta del sol era magnífica; todavía veo sus nubes de violeta y oro, pues recuerdo circunstanciadamente los menores detalles de aquella fatal tarde.

»Dittmar se metió el primero, porque era el único de nosotros que sabia nadar, y para indicarnos la profundidad iba delante. A nosotros nos llegaba el agua casi hasta el pecho, y á él le cubria hasta los hombros, cuando nos previno que no avanzásemos mas porque ya él perdia pie, y en seguida se puso á nadar; pero apenas llegó al parage donde el rio se divide en dos brazos, dió un grito, y queriendo hacer pie, desapareció. Corrimos inmediatamente á la orilla, esperando poder desde allí socorrerle mas fácilmente; mas no teníamos á mano palos largos ni cuerdas, y, como he dicho, ninguno de nosotros sabia nadar. Gritamos entonces pidiendo auxilio. En aquel momento apareció Dittmar en la superficie, y por un esfuerzo inaudito, se agarró al estremo de una rama de sauce que pendia sobre el agua; pero la rama no tenia bastante resistencia, y nuestro amigo se sumergió de nuevo como si le hubiese acometido un arrebato de sangre. Figuraos cómo estaríamos, nosotros sus amigos, con los ojos espantados fijos en el rio, queriendo penetrar en el fondo de las aguas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿cómo no nos volvimos locos?

»Entre tanto habia acudido á nuestros gritos una multitud de gente. Por espacio de dos horas se le buscó con barcas y perchas de gancho; al fin se logró sacar del abismo su cadáver. Ayer le hemos conducido solemnemente á su última morada.»

Uno de los primeros que acudieron á los gritos de Karl y

su camarada, fué un individuo de la Landmanschaft que era buen nadador; pero en vez de socorrer á Dittmar, esclamó:—De esta hecha nos vamos á ver libres de uno de esos perros de Burschen.—¡Dios sea loado!

A mas de esto, habiendo los Burschen invitado á sus enemigos á concurrir á la ceremonia fúnebre, contestaron amenazando dispersar el cortejo. Los Burschen dieron entonces aviso á la autoridad, quien tomó sus medidas, y todos los amigos de Dittmar acompañaron el cadáver llevando en la mano las espadas desnudas. Al ver estas disposiciones sosegadas pero que indicaban una resolucion firme, los enemigos no se atrevieron á realizar sus amenazas.

Resultó de todo eso, que la muerte de Dittmar en lugar de reunir á las dos sectas de estudiantes en un dolor comun, envenenó por el contrario el ódio que se profesaban.

Llegaron las vacaciones, y Sand se marchó de Erlangen, yendo primero á pasar unos dias con su familia, y luego á Jena para continuar allí el estudio de la teología.

A este último punto llegó poco antes de las fiestas de Nartburg, instituidas para celebrar el aniversario de la batalla de Leipsick, y que tenian una gran solemnidad en toda la Alemania. En medio de esta fiesta se firmó por mas de 2000 diputados de las diferentes universidades alemanas el acta constitutiva de la asociacion Teutónica.

Pero los príncipes que no habian osado dispersar aquella reunion por la fuerza, resolvieron minarla por medio del pensamiento. Publicose por Stauren una memoria terrible contra las sociedades, redactada, segun se decia, sobre datos suministrados por Kotzebue. Karl menciona así este hecho en su diario:

24 de noviembre. «Hoy, despues de haber trabajado con mucho cuidado y asiduidad, he salido á las cuatro de la tarde con E. Al atravesar la plaza del Mercado, hemos oido leer el nuevo y emponzoñado insulto de Kotzebue. ¿De qué rábia está poseido este hombre contra los Burschen y contra todo lo que ama la Alemania?»

Desde aquel momento, la idea de libertar á la Alemania inmolando á Kotzebue no se apartó de su espíritu. En la página blanca de la encuadernacion de su diario para el año 1818, se

ice: «Señor, déjame fortalecerme en la idea que he concebido de la liberacion de la humanidad, por el santo sacrificio de tu Hijo. Haz que yo sea un Cristo para la Alemania, y que como Jesus sea fuerte y paciente al dolor.»

Y entre tanto, los folletos anti-republicanos de Kotzebue se multiplicaban, atacando á la mayor parte de las personas conocidas y estimadas en Jena, y provocando mas y mas á las generosas ideas de la jóven Alemania.

Un pensamiento único dominó á Sand de allí adelante.

El dia 3 de mayo escribió en su diario: «Señor, ¿por qué esta melancólica angustia que se ha apoderado de mí? Pero una voluntad firme y constante todo lo supera, y la idea de la patria dá á los mas tristes y mas pusilánimes alegria y valor. Cuando reflexiono en eso, me admira siempre que no se haya encontrado entre nosotros uno de bastante resolucion para hundir un puñal en la garganta á Kotzebue ó á todos los demás traidores.»

Quince dias despues añade: «Un hombre es nada en comparacion de un pueblo; es una unidad comparada con miles de millones, un minuto comparado con un siglo. El hombre, sin que nada le preceda, sin que nada le siga, nace, vive y muere en un espacio mas ó menos largo, pero que relativamente á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago. Un pueblo, por el contrario, es inmortal.»

En fin, el 31 de diciembre trazó la nota siguiente: «Concluyo este año con una disposicion séria y solemne, y he decidido que la fiesta de Navidad que acaba de pasar, sea la última fiesta de Navidad que yo celebre. Si han de producir algo nuestros esfuerzos; si la causa de la humanidad debe prevalecer en nuestra patria; si en medio de esta época sin fé pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos generosos, es á condicion de que el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebue, haya caido. Estoy bien convencido de eso, y en tanto que no haya cumplido la obra que he resuelto, no tendré un instante de reposo. Señor, tú que sabes que he consagrado mi vida á esa grande accion, ahora que está decidida en mi espíritu, no tengo mas que pedirte sino la verdadera firmeza y la energía del alma.»

Sand á nadie confió su proyecto; únicamente se notó la

atencion particular que prestaba al profesor de anatomía, cuando demostraba este las diferentes funciones del corazon.

Refiérese que entrando un dia uno de sus amigos en el cuarto de Karl, este se precipitó sobre él armado con un puñal de papel y le dió un ligero golpe en la frente, y mientras el otro se llevaba la mano á ella, le asestó un golpe mas fuerte en el pecho, diciendo:—Ahí tienes lo que debe hacerse cuando se quiere matar á un hombre; se amaga á la cabeza, levanta él entonces las manos, y aprovechando este movimiento, se le mete el puñal en el corazon.

Despues del asesinato de Kotzebue, tuvieron una esplicacion estas dos particularidades; pero entonces pasaron por simples singularidades de carácter.

Finalmente, Karl se determinó á ejecutar la accion que tenia premeditada hacia tanto tiempo.

En 7 de marzo de 1819 invitó á todos sus amigos á pasar la noche en su casa, y les anunció su partida; pero no quiso que ninguno de ellos fuese á despedirle, por temor de que esta demostracion les comprometiese. Partió, pues, solo para Manheim, donde residia Kotzebue.

V.

El dia 22 de marzo, un jóven vestido con el traje de los estudiantes alemanes, compuesto de levita corta con alamares de seda, pantalon ajustado y botas sobre el pantalon, se paró á las tres cuartas partes del camino que conduce de Kaiserthal á Manheim, y de donde se descubre perfectamente esta última ciudad.

Al pararse, quitóse el estudiante su gorra, sobre cuya visera brillaban tres hojas de encina bordadas de plata.

Púdose entonces ver unas facciones irregulares; un rostro pálido y marcado por las viruelas; mas al lado de estas imperfecciones habia tanta dulzura en la mirada; una frente tan ancha, tan elevada, tan inteligente, que se sentia uno arrastrado por una fuerte simpatía hácia su persona.

Aunque no eran mas que las nueve, el viajero parecia haber hecho ya una caminata bastante larga, á juzgar por sus botas cubiertas de polvo.

Despues de haber fijado un momento sus ojos en el paisaje que se desarrollaba delante de él, dejó caer su gorra; enganchó á la cintura la larga pipa inseparable del *burs* aleman, y sacó de su bolsillo un libro de memorias en que escribió estas palabras:

«Salí de Weinheim á las cinco de la mañana; llegué á vista de Manheim á las nueve y cuarto. ¡Dios sea en mi ayuda!

Recojió entonces su gorra; movió los lábios como si murmurase una oracion, y se dirijió á Manheim con paso firme.

¿Deberemos decir que ese jóven estudiante era Karl Sand? El lector lo ha adivinado ya.

Luego que llegó á Manheim, tomó Karl un cuarto en el Weimberg; hizo inscribir en el registro de los viajeros el nombre de Enrique; se informó inmediatamente de la habitacion del consejero Kotzebue, y se presentó allá sobre la marcha.

Kotzebue habia salido. Volvió Karl á poco rato, y le dijeron que el consejero estaba almorzando.

Finalmente, á cosa de las cinco de la tarde se presentó por tercera vez en casa de Kotzebue, quien daba aquel dia una gran comida, pero que habia mandado se hiciese entrar al estudiante.

Karl aguardó un momento en el gabinete, á donde no tardó en venir Kotzebue.

Ver al consejero, arrojarse sobre él y atravesarle el corazon de una puñalada, fué para el jóven fanático obra de un solo instante.

Kotzebue dió un grito y cayó pesadamente sobre un sillon. Estaba muerto.

En aquel mismo momento acudió una niña de unos seis años, y se abrazó al cadáver, prorumpiendo en gritos desgarradores y llamando á su padre. Quizá Karl no habia imaginado que pudiera Kotzebue ser amado de nadie. Al ver el dolor de la pobre niña, el remordimiento, sin duda, punzó su corazon; y el desventurado se traspasó el pecho con el puñal, humedecido todavía con la sangre de su víctima.

Y como no sentia venir la muerte, y no quería caer vivo en manos de los criados, se precipitó á la escalera en el momento que entraban los convidados. En lugar de detenerle, se apartaron estos, no sabiendo qué pensar de aquel hombre que huia, pálido, ensangrentado, y con un puñal hundido en el pecho.

Sand pudo, pues, bajar sin obstáculo la escalera, y se lanzó á la calle. Vió entonces, á diez pasos de él, un pequeño peloton de soldados que iban á relevar las centinelas de palacio, y creyéndolos atraidos por los gritos que resonaban en la casa de Kotzebue, se puso de rodillas en medio de la calle, diciendo en voz baja:

—¡Padre mio, recibe mi alma!

En seguida, sacándose el puñal del pecho, se lo sumerjió segunda vez un poco mas arriba de su primera herida, y cayó desmayado.

Llevaron á Sand al hospital, donde permaneció largo tiempo suspendido entre la vida y la muerte.

Cuando se supo en Jena la catástrofe, el senado académico hizo abrir el cuarto de Sand, y se encontraron dos cartas.

En la primera manifestaba á sus amigos de la Burchenschaft que dejaba de pertenecer á la sociedad, porque no quería tuviesen por hermano á un hombre que iba á morir á manos del verdugo.

La segunda, que explica el carácter de la accion del jóven aleman, contiene, entre otros, algunos párrafos que parecen pertenecer á la historia de la antigüedad:

«A todos los mios:

»Almas leales y eternamente queridas:

»¿Por qué aumentar todavía vuestro dolor? me preguntaba yo; y vacilaba en escribiros. Pero la religion del corazon se hubiera ofendido de mi silencio; y cuanto mas profundo es el dolor, mas necesidad tiene, para templarse, de apurar de una vez hasta las heces el acíbar de su cáliz. Sal, pues, de mi pecho lleno de angustias;—adelante, largo y cruel tormento de un último coloquio, único, sin embargo, que puede, siendo sincero, dulcificar la pena de la separacion.

»Esta carta os lleva el postrer adios de vuestro hijo y de vuestro hermano.

»La mayor desgracia de la vida para todo corazon generoso es ver paralizados los progresos de la causa de Dios por culpa nuestra; y sería la infamia mas deshonrosa sufrir que las mas bellas cosas, adquiridas valerosamente por millares de hombres, y por las cuales se han sacrificado millares de hombres con alegría, no fuesen mas que un sueño pasajero, sin resul-

tados reales y positivos. La resurreccion de nuestra vida alemana se comenzó en los veinte años últimos, y particularmente en el santo año 1813, con un valor inspirado por Dios. Pero hé ahí que la casa paterna se bambolea desde su remate hasta la base. ¡Adelante! reedifiquémosla nueva y bella, y tal como debe ser el verdadero templo del verdadero Dios.

»Los que resisten y quieren oponerse como un dique al torrente del progreso de la alta humanidad en Alemania, son escasos en número. ¿Por qué las grandes masas se habrían de someter enteras al yugo de una perversa minoría? ¿y por qué, apenas curados, habríamos de recaer en un mal peor que el de que salimos?

»Muchos de esos sobornadores, y estos son los mas infames, nos hacen juguete de su corrupcion: entre ellos está Kotzebue, el mas diestro y el peor de todos; verdadera máquina de palabras, de donde sale todo discurso abominable y todo consejo pernicioso. Su voz es hábil para secar nuestra amargura y nuestro despecho contra las medidas mas injustas, y tal como conviene á los reyes, para adormecernos en ese envejecido sueño desidioso, que es la muerte de los pueblos. Cada dia vende activamente á la patria, y, á pesar de su traicion, no deja de ser por eso un ídolo para la mitad de la Alemania, que, ofuscada por él, acepta sin resistencia el veneno que él vierte en sus folletos periódicos, protejido y cubierto con el manto seductor de una gran reputacion de poeta. Excitados por él los príncipes de la Alemania, que han olvidado sus promesas, no dejarán que se efectúe nada libre, nada bueno; ó, si algo se efectúa, á pesar de ellos, se ligarán con los franceses para aniquilarlo. Para que la historia de nuestra época no se cubra de eterna ignominia, es menester que él caiga.

»Lo he dicho siempre: «Si queremos hallar un grande y supremo remedio al estado de envilecimiento en que estamos, es preciso que ninguno tema ni el combate, ni el dolor; y la verdadera libertad del pueblo aleman no estará asegurada hasta que todo hijo de la patria, preparado á la lucha por la justicia, desprecie los bienes del mundo, para no codiciar sino los bienes celestes que están bajo la salvaguardia de la muerte.

»¿Quién, pues, descargará el golpe sobre ese miserable asalariado, sobre ese traidor venal?

»Yo aguardo hace largo tiempo en el temor, en la oracion y en las lágrimas, yo, que no he nacido para asesino, á que otro se me adelante, me desligue y me deje continuar mi camino por la senda suave y apacible que he escojido. Ahora bien, á pesar de mis oraciones y de mis lágrimas, el que debe herir no se presenta. En efecto, cada cual, lo mismo que yo, tiene derecho de contar con otro; y contando cada cual de esa manera, cada hora que pasa no hace mas que empeorar nuestra situacion; pues, de una hora á otra ¡y qué vergüenza no sería para nosotros! Kotzebue, impune, puede abandonar la Alemania, é ir á devorar en Prusia los tesoros, á trueque de los cuales ha dado su honor, su conciencia y su nombre de aleman. ¿Quién podrá garantirnos de esta vergüenza, si cada uno, si yo mismo no me siento con fuerza para salvar á mi cara patria, constituyéndome en elegido por la justicia de Dios? ¡Así, pues, adelante! Yo soy quien se lanzará valerosamente sobre él; sobre ese inmundo seductor; yo soy quien matará al traidor, á fin de que, extinguiéndose su voz corruptora, cese de desviarnos de las lecciones de la historia y del espíritu de Dios. Un deber irresistible y solemne me impulsa á esta accion, desde que he comprendido los altos destinos que el pueblo aleman puede alcanzar en este siglo; y desde que conozco al cobarde é hipócrita, que es el único estorbo para llegar á ellos, ese deseo se ha convertido para mí, como para todo aleman que quiere el bien público, en una severa y rigorosa necesidad. ¡Ojalá pueda yo, con esta venganza popular, indicar á todas las conciencias rectas y leales dónde existe el verdadero riesgo, y salvar del grande y próximo peligro que las amenaza á nuestras asociaciones vilipendiadas y calumniadas! ¡Ojalá pueda, en fin, esparcir el terror entre los malvados y los cobardes, y el valor y la fé entre los buenos! Los discursos y los escritos á nada conducen; las acciones solas son las que sirven.»

VI.

Despues de pasar tres meses en el hospital, fué trasladado Karl á la cárcel de Manheim. Allí permaneció dos meses en una debilidad estrema, con una completa paralisis del brazo izquierdo, la voz casi apagada, y sin poder moverse á causa de los atroces dolores que sentia á cada movimiento. Hasta el 11

de agosto, al cabo de cinco meses, no pudo escribir á sus padres.

Sand decia en su carta:

«La comision encargada de instruir mi proceso me ha participado ayer que sería posible que tuviese yo el gozo de recibir una visita vuestra, y que podria tal vez abrazaros aquí, madre mia, como tambien á algunos de mis hermanos.

»Harto sabeis, mi querida madre, la alegria y el valor que en ese corto tiempo podrian inspirarme una mirada de vuestros ojos, las relaciones de todos los dias, vuestras piadosas y sublimes conversaciones. Pero tambien sabeis mi posicion, y demasiado conoceis la marcha natural de estos penosos procedimientos judiciales, para no opinar como yo que semejante mortificacion, renovada á cada instante, turbaría mucho la alegria de nuestra reunion, si es que no la destruia enteramente. Además, madre mia, despues del largo y fatigoso viaje que tendriais precision de emprender para verme, pensad en la terrible afliccion de la despedida cuando llegue el momento de separarnos en este mundo.»

Despues de haber así alejado de su madre la idea de ir á sufrir sus propios dolores, dice:

«En cuanto á mi estado físico, lo ignoro completamente. Sin embargo, bien veis, en el mero hecho de escribiros, que he salido de mi primera incertidumbre. Por lo demas, conozco demasiado la estructura de mi pobre cuerpo, para formar juicio de lo que mis heridas decidirán de él. Aparte de un poco de fuerza que he recobrado, mi estado es el mismo, y lo soporto con calma y con paciencia.»

Al cabo de un mes llegaron á manos de Sand las contestaciones. Toda la familia le escribió; pero bastará reproducir la carta de la madre para saber apreciar á aquella mujer «de gran corazon» como la llamaba su hijo.

«Querido, indeciblemente querido Karl, decia aquella excelente madre; cuán dulce ha sido para mí ver despues de tan largo tiempo los rasgos trazados por tu mano adorada. No habria viaje alguno bastante penoso ni camino bastante largo para impedirme ir á verte, é iría con un amor profundo é infinito á la estremidad de la tierra, por la esperanza sola de divisarte nada mas.

»Pero como conozco bien tu tierno afecto y tu profunda solicitud por mí, y como me expones con tan gran firmeza y tan vigorosa reflexion unos motivos contra los que nada tengo que decir, y los cuales no puedo menos de venerar, se hará, mi queridísimo Karl, lo que tu has querido y determinado. Sin hablarnos, continuaremos comunicándonos nuestros pensamientos; pero consuélate, nada puede separarnos; yo te rodeo con mi alma, y mis pensamientos maternales velan sobre tí.»

En una carta que Sand escribe á sus padres en enero de 1820, se encuentran los detalles siguientes acerca de su situacion:

....«Paso mi vida silenciosa en la exaltacion de la humildad cristiana, y he tenido algunas de esas visiones celestiales por las que desde mi nacimiento he adorado al cielo sobre la tierra, y que me dan el poder de elevarme hasta el Señor en alas de mis fervientes oraciones. Mi enfermedad, aunque larga, dolorosa y cruel, ha sido siempre avasallada bastante fuertemente por mi voluntad para dejarme tiempo que consagrar á la historia, á las ciencias positivas y á las bellas partes de la educacion religiosa: y cuando la violencia del mal interrumpia por algun tiempo estas ocupaciones, no por eso luchaba yo menos victoriosamente contra el fastidio: porque los recuerdos de lo pasado, mi resignacion con lo presente y mi fé en el porvenir, eran bastante ricos y poderosos, en mí y alrededor de mí, para no dejarme precipitar de mi paraiso terrestre: con arreglo á mis principios, en la posicion en que me encuentro y en que yo mismo me he colocado, jamás hubiera querido pedir nada para mi bienestar; y sin embargo, me he visto bajo todos conceptos colmado de tantas bondades, de tantos cuidados, con una delicadeza y humanidad que no puedo ¡ay de mí! agradecer, por todos aquellos con quienes me he hallado en contacto, que he formado votos que ni con mucho hubiera osado formar en lo mas recóndito de mi corazon. Nunca me ha vencido bastante el dolor del cuerpo para no poder decirme interiormente, elevando al cielo mi espíritu: ¡Sea lo que quiera de este guiñapo!

»Por lo demás, continua Sand, es raro ahora que este dolor me haga perder el conocimiento: la hinchazon y la inflamacion no han tenido gran desarrollo, y las calenturas han sido siempre moderadas, aunque van ya cerca de tres meses que me

veo forzado á estar tendido sobre la espalda sin poder incorporarme, y aunque han salido de mi pecho, por la parte del corazon, mas de veinte azumbres de materia. No, la herida por el contrario, á pesar de seguir abierta, está en buen estado; y eso lo debo no solamente á los esquisitos cuidados que se me prodigan, sino tambien á la pureza de la sangre que he recibido de vos, madre mia. Así que, no me han faltado ni los socorros de la tierra ni la ayuda del cielo.»

Karl terminaba su carta con estas palabras:

«Para no incomodar demasiado á la comision del Gran Duque, creo nos veremos precisados á renunciar á esta correspondencia.»

Las previsiones de Sand salieron exactas, pues toda correspondencia le fué prohibida. La carta que acabamos de reproducir ha hecho ver de qué atenciones era Karl objeto; las mismas fueron hasta el fin.

Y es que nadie confundia á Sand con un asesino ordinario; muchos se condolian de él en voz baja, y otros le disculpaban y llegaban hasta elogiarle sin rebozo.

La misma comision del Gran Duque iba dando largas, calculando que no era menester el cadalso, porque Sand moriría á consecuencia de sus heridas. Pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. Karl no sanó, pero se mantuvo con vida, y se conoció bien que sería fuerza el ejecutarle, pues el emperador Alejandro, que habia nombrado á Kotzebue su consejero, no cesaba de insistir para que siguiese su curso la justicia.

Precisada la comision á continuar sus trabajos, y deseando siempre ganar tiempo, ordenó que visitase á Sand un médico de Heidelberg, diese un informe exacto acerca de su situacion, con la esperanza de que resultando de este informe la imposibilidad de levantarse el reo, hubiese necesidad de una nueva próroga, puesto que no se podia ejecutar á un hombre en su cama.

Presentóse á Sand el doctor designado por la comision, como si fuese á verle atraido por el interés que inspiraba; le preguntó si no se sentia mejor, y si su debilidad llegaba hasta no permitirle levantarse.

No se hizo ilusiones Karl respecto á la mision del facultativo, y mirándole con sonrisa le dijo:

—Comprendo, señor doctor; se quiere saber si tengo bastante fuerza para subir al cadalso. Yo mismo lo ignoro, pero vamos á cerciorarnos por nosotros mismos.

Entonces se levantó, y reuniendo toda la energía de que era susceptible su alma, dió dos vueltas alrededor del cuarto. Luego, sentándose en la cama, dijo:

—Ya veis, doctor, que tengo fuerzas suficientes. Mis jueces no deben dilatar mas la finalizacion del proceso; pronuncien el fallo, pues nada se opone ya á su ejecucion.

Despues del informe del médico, no cabia ya retroceder. El tribunal supremo de justicia dictó la siguiente sentencia:

«En el proceso, y con presencia del interrogatorio practicado en la bailía, de la defensa producida, de los votos reunidos del tribunal de justicia de Manheim, de las consultas ulteriores del mismo tribunal, quien declara al acusado Karl Ludwig Sand, de Wonsiedel, culpable de asesinato, segun su confesion propia, en la persona del consejero de estado imperial ruso Kotzebue; con presencia de todo, para su justo castigo, y para escarmiento y terror de los demás, sufrirá la pena de ser decapitado.

»Las costas devengadas, inclusas las ocasionadas para su ejecucion pública, en atencion á su falta de bienes, se declaran de oficio.»

Bien se deja ver, que aun pronunciando la pena de muerte contra Sand, la justicia le guardaba consideraciones, puesto que hubiera podido arruinar á su familia haciéndola sufragar los gastos de un proceso tan largo y dispendioso.

Notificóse á Sand la sentencia el dia 17 de mayo. Cuando se le anunció que dos consejeros del tribunal iban á entrar en su cuarto, sospechó inmediatamente el objeto de su visita, y pidió un momento para levantarse, lo cual no habia hecho desde la entrevista con el médico de Heidelberg.

Luego que hubo saludado á los consejeros, les pidió permiso para sentarse, sintiéndose demasiado débil para oir de pié la lectura de la sentencia.

—Esto no es flaqueza de alma, dijo, sino debilidad del cuerpo.

Y cuando estuvo sentado, añadió:

—Seais muy bien venidos, señores. Sufro tanto desde hace

catorce meses, que debo miraros como los ángeles de mi salvacion.

Despues de oir con calma la sentencia, dijo:

—Habia previsto lo que me sucede, y cuando el año pasado me paré en la colina que domina la ciudad, ví anticipadamente el sitio que sería mi tumba.... No me queda, pues, mas que dar gracias á Dios y á los hombres por haber prolongado tanto tiempo mi existencia.

A estas palabras, se levantó para saludar á los consejeros que se retiraban. Despues que se marcharon, volvió á sentarse, y permaneció pensativo en su silla, inmediato á la cual estaba de pié el señor G...., director de la cárcel. Una lágrima se deslizó por las megillas del reo..... Pero al punto recobró su serenidad y dijo al señor G....

—Creo que mis padres preferirán esta muerte pronta y violenta á cualquiera enfermedad lenta y vergonzosa que me hubiese consumido en un calabozo... Por lo que hace á mí, anhelo oir dar la hora que satisfará á los que me aborrecen, y á quienes segun mis convicciones no puedo menos de aborrecer tambien.

Sand escribió entonces á su familia dándola parte de la sentencia que acababa de pronunciarse, y cuya ejecucion quedó fijada para de allí á tres dias, esto es, el 20 de mayo.

Desde aquel momento, dejaron entrar en el encierro de Sand á las personas que deseaban hablarle, y á quienes él consentia en ver.

Entre los sugetos que Sand admitió á su presencia, estaba el mayor Holzungen que mandaba el peloton que levantó del suelo al jóven fanático cuando acababa de caer herido de dos puñaladas, no lejos de casa de Kotzebue. Habiendo el mayor mostrado condolerse de Karl, este le dijo:

—Entre vos y mí hay la diferencia de que yo voy á morir por mis convicciones, mientras vos morireis por una conviccion extranjera.

Sand recibió tambien á uno de los convidados que habia encontrado en la escalera despues de dar muerte á Kotzebue. Este le preguntó si reconocia su crímen y se arrepentia de haberlo cometido. Respondióle Sand:

—Lo habia estado pensando durante un año entero; pienso

en ello catorce meses há, y mi opinion no ha variado en nada. He hecho lo que debia hacer.

Habiendo manifestado Sand deseos de hablar con el ejecutor antes de ir al patíbulo, el director de la cárcel condescendió en darle gusto.

Cuando entró el verdugo, brilló en el rostro de Sand una extraña alegría.

—Seais bien venido, le dijo Karl.

E incorporándose y cogiéndole de la mano, le pidió explicaciones acerca de la manera de que debia ponerse para hacer mas segura y fácil la ejecucion.

—Tened firmeza, añadió, pues no seré yo quien lo eche á perder. Os prometo no menearme. Y aun cuando necesiteis dos ó tres golpes para separar mi cabeza del tronco, como dicen que sucede algunas veces, no os aturdais por eso.

Dichas estas palabras, se levantó Sand para hacer con el verdugo un ensayo del drama en que él iba á representar el principal papel.

El verdugo salió agitado de una emocion que le era imposible dominar.

Entraron en seguida tres eclesiásticos. Uno de ellos dijo al reo que tenia encargo de obtener de él la promesa de que no hablaría al pueblo desde el cadalso.

—No temais, respondió Karl. Aun cuando quisiera hacerlo, mi voz se ha debilitado tanto, que mis palabras no serían oidas.

VII.

Entre tanto, estaban levantando el cadalso en la pradera que se estiende á la izquierda del camino de Heidelberg.

El gobierno preveia bien que el interés que inspiraba el sentenciado, y la proximidad de la Pascua de Pentecostes, atraerían á Manheim una afluencia considerable. Se recelaba tambien algun movimiento en las universidades. Así es que se triplicó la guardia de la cárcel y se hizo venir mil doscientos hombres de infantería, trescientos cincuenta de caballería y una compañía de artillería con las piezas correspondientes.

Desde el dia 19 llegaron en efecto tantos estudiantes á los pueblos inmediatos á Manheim, que se resolvió adelantar la

hora de la ejecucion que debia tener lugar á las once de la mañana siguiente, fijando la de las cinco. Sand, que hubiera podido oponerse á aquella alteracion, puesto que no se le podia ajusticiar hasta cumplirse tres dias despues de la lectura de la sentencia, consintió en todo, y escribió con mano firme en una hoja de papel que le dieron:

«Doy gracias á las autoridades de Manheim por haberse anticipado á mis deseos adelantando seis horas mi ejecucion.

»*Sit nomen Domini benedictum.*

»En la cárcel, á la madrugada del 20 de mayo, dia de mi libertad.

»KARL-LUDWIG SAND.»

Luego que le curaron la herida, tomó un baño y se mandó arreglar sus hermosos y largos cabellos. En seguida se puso una levita de forma alemana, esto es, corta, y con el cuello de la camisa caido sobre los hombros, pantalon ajustado blanco y botas por encima.

Despues de peinado y vestido, se sentó en la cama y rezó un rato en voz baja en compañía de los sacerdotes: cuando hubo concluido, recitó aquellos dos versos de Kœrner:

«Todo lo terrenal ha terminado,
»Y el camino del cielo ante mí se abre.»

Despidiendo entonces á los sacerdotes, les dijo:

—No atribuyais la emocion de mi voz á la debilidad, sino al reconocimiento.

Y como los eclesiásticos le ofreciesen acompañarle hasta el cadalso;

—Es inútil, les dijo, estoy perfectamente preparado; estoy bien con Dios y con mi conciencia.

En aquel momento entró el verdugo con sus dos ayudantes. Karl le tendió la mano, y notando en él cierto embarazo para ocultar el instrumento del suplicio debajo de la levita, Sand le dijo:

—Acercaos y enseñadme la cuchilla; es cosa que nunca he visto, y tengo curiosidad de ver qué forma tiene.

Y cogió el arma que examinó con atencion; y pasando el dedo por el filo, exclamó:

—Vamos, no tembleis, y saldremos bien del paso.

Entonces, tomó el brazo del director de la cárcel, añadiendo:

—¿Y qué esperamos, señores? Por mi parte estoy dispuesto.

Toda la poblacion de Manheim estaba en las calles que conducian al lugar de la ejecucion, y las cuales recorrian numerosas patrullas. El dia en que fué leida la sentencia, se habia buscado por toda la ciudad un carruaje para llevar á Karl al patíbulo; pero nadie, ni aun los maestros de coches, consintieron en vender ni alquilar ninguno; de suerte que habia sido preciso comprar uno en Heidelberg, sin decir el objeto á que se destinaba.

Este carruaje aguardaba en el patio, y Sand montó en él acompañado del director de la cárcel, á quie dijo al oido:

—Si por casualidad me viéseis palidecer, pronunciad mi nombre, nada mas que mi nombre, ¿lo ois?... con eso bastará.

Cuando Sand apareció en la calle, mil voces gritaron á la vez:

—¡Adios, Sand! ¡adios!

Y al mismo tiempo le echaron multitud de ramilletes. Dilatóse entonces el pecho del reo; á pesar suyo asomaron las lágrimas á sus ojos; devolvió los saludos que de todos lados se le hacian, y murmuró:

—¡Oh Dios mio! ¡dadme valor!

El carruaje, escoltado por dos empleados de la cárcel con unas gasas negras en los brazos, caminó, despues de aquella ovacion, en medio del mas profundo silencio. Las autoridades de la ciudad iban detras en otro carruaje.

El aire era muy frio; habia llovido toda la noche, y el cielo, triste y sombrio, parecia tomar parte en el luto general. Demasiado débil Sand para permanecer bien sentado, iba medio echado sobre el hombro del director de la cárcel. Cuando llegaron al lugar de la ejecucion, guarnecido por un batallon de infantería, dijo Sand al apearse:

—¡Vamos! ¡Dios me ha dado fuerzas hasta ahora!

El director y empleados de la cárcel le sostuvieron para ayudarle á subir la escalera del cadalso; el dolor hacia al jóven fa-

mático ir encorbado, pero al llegar al tablado se enderezó diciendo:

—¡Héme ya en el sitio donde voy á morir!

En tanto que Sand recorria con la vista la multitud que le rodeaba, atravesó un rayo del sol por entre las nubes. Karl le saludó con una sonrisa. Sentóse en seguida en el banquillo, pero de pronto se levantó y oyó de pié y sin vacilar la lectura de la sentencia. Terminada esta formalidad, dijo Sand en voz alta:

—Muero poniendo mi confianza en Dios.....

—Sand, ¿os olvidais de lo que habeis prometido? le interrumpió el director de la cárcel.

—Es verdad, respondió Sand; no me acordaba.

Entonces calló para el gentio que se agolpaba alrededor del cadalso; pero levantando la mano derecha y estendiéndola solemnemente, dijo en voz bastante baja para no ser oido mas que de los que estaban á su inmediacion:

– Pongo á Dios por testigo de que muero por la libertad de la Alemania.

Dichas estas palabras, tiró en medio del pueblo su pañuelo enrollado.

Despues le cortó el verdugo algunos bucles de su cabellera destinados á su madre, y sujetó lo restante con una cinta á la parte superior de la cabeza. Al principio le ataron las manos sobre el pecho; pero como esta posicion le oprimia, y á causa de sus heridas le obligaba á inclinar la cabeza, se las colocaron junto á los muslos atándolas con unas cuerdas. Hecho esto, le vendaron los ojos, pero de tal modo, que pudiera, segun sus deseos, ver la luz hasta el postrer momento.

Un silencio profundo y mortal reinó entonces entre la muchedumbre que estaba apiñada alrededor del cadalso. El verdugo empuñó la cuchilla, la blandió en el aire y descargó el golpe.

En aquel mismo instante los millares de personas que presenciaban la ejecucion exhalaron á la vez un terrible y nutrido grito, pues la cabeza no habia caido, y aunque inclinada sobre el pecho, estaba todavía adherida al cuello. Fué necesario que el verdugo descargase un segundo golpe, y esta vez echó abajo juntamente con la cabeza una parte de la mano.

Al punto, y á pesar de los esfuerzos de los soldados, hi-

cieron pedazos la valla. Hombres y mujeres se precipitaron sobre el cadalso; con pañuelos recogieron hasta la última gota de sangre, hicieron pedazos la silla en que habia estado sentada la víctima y se repartieron sus fragmentos, y los que no pudieron obtener alguno de estos, cortaron astillas aun del patíbulo mismo.

La cabeza y el cuerpo fueron colocados en un ataud forrado de negro, y llevados á la cárcel con una numerosa escolta militar. A media noche fué transportado el cadáver silenciosamente y á oscuras al cementerio protestante donde Kotzebue habia sido enterrado catorce meses antes. Bajaron el ataud á una fosa abierta con el mayor misterio, y se obligó á todos cuantos asistieron á la inhumacion á jurar sobre los evangelios no revelar el secreto de aquella tumba, la cual cubrieron de césped quitado y vuelto á poner en su lugar cuidadosamente.

Así, pues, Kotzebue y Sand reposan á veinte pasos uno de otro. La tumba de Kotzebue está frente de la puerta en el paraje mas visible del cementerio, y se lee en ella esta inscripcion.

EL MUNDO LE PERSIGUIÓ SIN PIEDAD,
LA CALUMNIA FUE SU TRISTE HERENCIA,
NO ENCONTRÓ FELICIDAD SINO EN BRAZOS DE SU ESPOSA,
NI DESCANSO SINO EN EL SENO DE LA MUERTE.
LA ENVIDIA VELABA SIEMPRE PARA CUBRIR DE ABROJOS SU CAMINO.
EL AMOR LE BRINDÓ CON SUS ROSAS:
PERDÓNELE EL CIELO,
COMO HA PERDONADO EL A LA TIERRA.

La huesa de Sand no ofrece igual lujo; un simple árbol silvestre indica ahora el sitio donde se halla, y no hay viajero que al pasar no se lleve algunas hojas.

Pero el pueblo ha dado un nombre á la pradera en que aquel fué ejecutado: —*Sands Himmel farts wiese*, —esto es:

PRADERA DE LA ASCENSION AL CIELO DE SAND.

EL SEÑOR DE MAULLE.

INCENDIO, RAPTO, ASESINATO.

I.

A fines del siglo XIV, un rico mercader florentino tenia establecidos sus magníficos almacenes de telas en la calle de los Lombardos de París, cuya calle tomó su nombre de los usureros lombardos que fueron á establecerse allí en los últimos años del siglo XII, y que á mediados del XIII vivian ya casi todos en dicha calle.

La fama de aquel mercader era tal, que las inmediaciones de sus almacenes estaban obstruidas contínuamente con caballos, hacaneas, literas, pajes y lacayos pertenecientes á los curiosos y compradores de alta condicion, porque era entonces de buen tono el ir á pasar algunas horas todos los dias en el salon del rico mercader, en donde, al paso que se bebia el hipocrás y el té que sus criados servian en copas de oro, se hablaba de las aventuras de la corte, de los rumores que corrian por la ciudad y de los sucesos políticos.

Bien es verdad que, prescindiendo de la magnificencia del almacen que brillaba con sus telas de seda, sus brocados y sus muselinas de la India y de la China, habia tras del mostrador

tres jovencitas igualmente admirables por las facciones del rostro, la gracia de los modales y lo irreprehensible de su conducta; y los galanes de la corte, los pisaverdes mas encopetados venian á revolotear como mariposas y á quemar sus alas en la llama de los ojos de las tres hermanas.

Entre los concurrentes mas asíduos á aquella mansion oriental, se notaba en el año 1390 á tres jóvenes de la nobleza, á quienes su elegancia rica, pero de buen gusto, la belleza de sus facciones y su distinguido nacimiento les habian granjeado cierta especie de popularidad: uno era el conde de Lagny, otro el marqués de Boisjourdan, y el tercero el señor de Maulle.

Los tres jóvenes, amigos de placeres, se habian enamorado, ó creian estarlo por lo menos, de las tres hijas del mercader florentino: inconsecuentes y presuntuosos hacian alarde de su loca pasion, y no ocultaban la esperanza que tenian de llevar á buen término una intriga que pretendian manejar á vista de todos.

Un dia en que varios amigos les hacian burla por sus pretensiones amorosas, el señor de Maulle tomó la palabra y exclamó:

—No sé el éxito que tendrán los esfuerzos de Lagny y de Boisjourdan; pero por mi parte apuesto ciento cincuenta escudos de oro á que Berenice es mia para la noche de Navidad lo mas tarde.

—Apostado, contestaron muchas voces á la vez, bien que nadie tomó por lo sério la apuesta.

Pero el señor de Maulle debia pagar bien cara su bravata, y llorar muy pronto las desgracias causadas por la ligereza de su lengua.

II.

En la noche de Navidad de 1390, habíase introducido misteriosamente un jóven en la habitacion de Isabel de Baviera, la impúdica esposa del infortunado rey Carlos VI.

Aquel gallardo jóven se acercó á la reina de Francia, y poniéndose de rodillas ante ella, le tomó las manos que cubrió de ardientes besos. Levantóse en seguida, se sentó, y rodeando á Isabel con sus brazos, la atrajo hácia sus rodillas.

La reina no oponia la menor resistencia, pero su semblan-

te permanecia sombrío, gracial é inmóvil. Era evidente que su pensamiento estaba gravemente preocupado.

—¿Qué teneis? le preguntó el jóven: ¿de qué proviene ese recibimiento tan glacial? ¿Por qué ni una sola mirada vuestra ha contestado á las mias? ¿Por qué no se mueve vuestro corazon cuando acudo á vos tierno siempre, solícito y enamorado?

Isabel se desprendió de los brazos que la tenian estrechada, y de pie, y con los ojos fijos en los del jóven, le contestó con sequedad:

—¿Quereis saber el motivo de mi frialdad, Luis? Pues bien, ese motivo es que vuestras palabras de amor no son mas que mentiras: vos no me amais....

—¿Qué decís? exclamó con viveza el designado por la reina con el nombre de Luis.

—Digo que no me amais, replicó Isabel, porque amais á Berenice, la hija menor del mercader de la calle de los Lombardos.

—Eso no pasa de ser un capricho, dijo Luis, ó el señor de Maulle, porque era él en efecto; y no merece siquiera la pena de hablar de ello.

—Tan lejos está de ser un capricho, que esta misma noche debeis robar á Berenice.

—¿Y cómo? replicó el señor de Maulle echándose á los pies de Isabel. ¿Cómo lo he de hacer cuando estoy á vuestro lado y voy á permanecer aquí hasta mañana? ¿Sería factible que por el dia, y cuando todo el mundo está en movimiento para celebrar la festividad llevase á cabo un proyecto de que solo he hablado en broma?

—Pero, observó la reina, ¿no teneis amigos que puedan robar á Berenice mientras que estais vos aquí?

El señor de Maulle protestó que no habia hecho á nadie semejante encargo, rogó, suplicó é hizo tanto, que Isabel creyó al fin que podia entregarse á las pasiones que la devoraban.

Porque no eran aquellas las primeras ni las últimas relaciones adúlteras de aquella reina de Francia, que coronó sus desenfrenos con un crímen mas indigno é infame que todos los otros, que fué el de entregar la Francia á los ingleses.

Cuando el señor de Maulle se separó por la mañana de ella, le dijo la reina con una extraña mirada:

—Ya no estoy celosa de Berenice. Quién sabe si mientras habeis permanecido aquí, se os ha anticipado algun rival vuestro, y llevádose en alguna dorada jaula al hermoso pájaro objeto de vuestra codicia.

Y como si se hubiese arrepentido luego de aquellas palabras, añadió con un suspiro prolongado:

—A menos que, como me temo, vuestros amigos la hayan robado por vuestra cuenta.

III.

Si durante aquella noche hubiese estado el señor de Maulle menos absorto en sus culpables amores, habría oido que los centinelas colocados en la plataforma de la gran torre del Louvre daban la voz de alarma, y que la campana de Nuestra Señora y las de la iglesia de los Inocentes y del Hotel-de-Ville, contestaban con sonidos lúgubres.

Y si se hubiera levantado á aquel ruido, habria sabido que en la calle de los Lombardos y en la casa misma del rico mercader florentino, habia estallado un terrible incendio.

El pueblo, menos preocupado y mas humano á veces que los grandes, acudió sobresaltado al sitio del desastre. Vióse llegar sucesivamente á los habitantes del barrio del Abbe, á los del distrito del Temple, del barrio de Arcis, de la calle Saint-Denis, y las que en ella desembocan; y por último, á los del barrio de la Universidad, armados todos con ganchos, escaleras, hachas, cubos y cuerdas; pero fueron vanos todos los esfuerzos. La casa del mercader florentino se convirtió en cenizas, sin que quedára de ella el menor vestigio. No fué poco que se pudiese preservar de las llamas á las casas inmediatas.

Mientras tenia lugar esta escena de desolacion, el infortunado mercader se hallaba entregado al dolor y á la desesperacion, y todos respetaban su profunda afliccion, porque no eran sus riquezas las que lloraba, sino á su hija menor Berenice que habia desaparecido desde el principio del incendio.

Varios vecinos aseguraron que un hombre á caballo que ocultaba un rico traje bajo una capa ordinaria, habia arrebatado á la jóven y huido con ella. Al punto se recordó la apuesta del

señor de Maulle; la voz fué cundiendo de grupo en grupo; y muy luego gritó el pueblo todo que el señor de Maulle era á la vez el raptor y el incendiario.

El parlamento se conmovió con aquellos rumores, y á los dos dias de la catástrofe fué el jóven de Maulle preso y encerrado en los calabozos de la conserjería por órden del rey.

Sus imprudentes palabras en presencia del hecho, se convertian en una prueba contundente en contra suya; y además, desde sus primeros interrogatorios, aun cuando rechazaba con indignacion la acusacion que sobre él pesaba, se negó formalmente á decir en dónde habia pasado la noche de Navidad. De suerte, que no siendo conocido el paradero de Berenice, ni resultando indicio alguno contra ningun otro culpable, se atribuyó definitivamente el doble atentado al señor de Maulle, y el proceso siguió su curso.

El señor de Maulle pidió que le enviasen un defensor, y por fortuna suya recayó la eleccion en Leonardo Porquois, uno de los abogados mas sábios é íntegros del parlamento de París.

IV.

Cuando Leonardo Porquois entró en la habitacion del preso, no pudo dominar un movimiento de compasion al ver una fisonomía en que se hallaba pintada la dulzura y la lealtad.

—Caballero, le dijo, debo ante todo deciros una cosa. Creo muy bien que la profesion de abogado me prescribe prestar el apoyo de mis luces á los desgraciados y oprimidos, pero no que me obligue á encargarme de una causa que en conciencia juzgue mala.

—¿Qué decís? exclamó el de Maulle: no comprendo lo que quereis significar con eso.

—Quiero decir que si sois inocente, estoy pronto á consagrarme con todas mis fuerzas á vuestra defensa; pero si sois culpable me retiro de aquí inmediatamente.

—¡Válgame Dios! exclamó con abatimiento el señor de Maulle: ¿con que vos tambien me creis culpable de una accion tan malvada é infame?

—Pero.... murmuró Porquois.

—Quedaos, quedaos, caballero, dijo con calor el jóven de

Maulle: podeis, sin temor ni vergüenza, oir la confesion de un hombre que habrá cometido errores, pero que no tiene que echarse en cara ningun crímen.

—¡Bien, bien! exclamó Leonardo Porquois: á precio de diez años de mi vida no habría querido encontraros culpable de un atentado tan vil y atroz.

El acusado y el defensor se apretaron entonces las manos con efusion. En seguida el abogado dijo al señor de Maulle:

—Ahora referidme lo que ha podido dar orígen á sospechas tales, que todo el mundo os acusa desde el mas humilde hasta el de condicion mas elevada. Sobre todo no me oculteis nada y no olvideis que el abogado es el médico del alma.

Luis de Maulle se recogió un momento dentro de sí, y luego hizo á su defensor el relato de las circunstancias que podian hacerle sospechoso. En seguida dijo con voz conmovida:

—Confieso que amaba á la jóven Berenice mas que á todas las damas de la corte.... inclusa la reina misma; pero se necesita tener un corazon muy depravado para suponer que yo haya podido resolverme á apelar al rapto y al incendio para conseguirla.

—Sin embargo, objetó el abogado, hay de por medio esa apuesta de cien escudos de oro....

—En efecto, replicó el de Maulle, esa apuesta ha sido hecha y sostenida locamente; pero ¿quién tiene derecho á creer que ni por una suma cien veces mayor hubiese ido yo á llevar el incendio á la capital, y deshonrar á los ojos de todo un pueblo á la mujer á quien amaba? ¿Podria nunca un Maulle rebajarse á cometer tales infamias? añadió levantando con orgullo su hermosa frente.

Mientras que el jóven señor de Maulle pronunciaba estas últimas palabras, Leonardo Porquois parecia reflexionar profundamente. Al cabo de algunos instantes, salió de su meditacion y exclamó:

—Un medio hay muy sencillo para echar por tierra todo el enredo de la acusacion.

—¿De veras? replicó el de Maulle en un trasporte de gozo.

—Sí, dijo el defensor; y un medio infalible.

—¡Oh! decidlo, decidlo pronto, salvador mio, repuso el jóven, que esperaba con impaciencia la explicacion del abogado.

—No hay mas que evocar vuestros recuerdos, y decir precisamente en dónde pasásteis aquella desgraciada noche de Navidad, reclamando en vuestro apoyo el testimonio de las personas con quienes estuviéseis.

A estas palabras de Porquois se oscureció la frente del señor de Maulle. Bajó este los ojos, y estrechando contra su pecho las manos del abogado, dijo:

—Amigo mio, aun cuando debiera perder la vida en los tormentos mas espantosos; aun cuando debiese ver mi blason tocado por la mano del verdugo y espuesto en un cadalso, mis bienes confiscados y proscrita mi noble familia, jamás diré en dónde estuve ni lo que hice en aquella noche fatal!... Y sin embargo, os juro por mi espada de caballero y por mi fé de cristiano, que bajo ningun concepto he tomado parte en el crímen horrible que se me imputa.

Habia tal verdad en el acento del jóven, tanta santidad en sus juramentos y tanta franqueza en su rostro, que el abogado quedó inmóvil, convencido de la inocencia de su cliente. Sin adivinar precisamente los motivos que tenia el señor de Maulle para callar, comprendió que su silencio era debido á alguna intriga amorosa. Es decir, que no le cupo la menor duda de que el jóven no hablaba por el temor de comprometer á alguna dama; solo que no pudo ó no se atrevió á saber el nombre de esa mujer.

—No insistiré mas, dijo, y me retiro.

—¡Cómo! exclamó el de Maulle tomando la espresion en distinto sentido: ¿me negais el auxilio de vuestra palabra?

—¡Oh! no, replicó el abogado: tened confianza en Dios y creed que emplearé todos los medios para sacaros de tan duro compromiso.

Y diciendo estas palabras salió del calabozo despues de estrechar nuevamente la mano al preso.

V.

Leonardo Porquois no tenia solo el talento de jurisconsulto, sino que poseia además, cosa que es quizá mas rara todavía, un profundo conocimiento del corazon humano.

—Es evidente, decia entre sí, que el misterio en que ese loco

jóven procura envolver sus pasos durante la noche de Navidad es el nudo del proceso. Se trata, pues, de aclarar esas tinieblas. No me parece fácil, pero al fin allá veremos.

Y hechas estas reflexiones fué á buscar al mercader florentino. Despues de decirle algunas palabras de consuelo,

—Vamos á ver, añadió, tratemos de buscar al verdadero culpable. ¿Teníais enemigos?

—Hé procurado no suscitármelos, respondió el florentino.

—Está muy bien, replicó Porquois: ¿pero lo habeis conseguido? ¿Podeis asegurar que las riquezas que honrosamente habeis adquirido por el comercio y la reputacion de que siempre habeis gozado, no hayan escitado odios en contra vuestra?

—No lo puedo asegurar, es cierto.

—Y entre los mercaderes que comerciaban en vuestro mismo ramo, volvió á preguntar Porquois, ¿no ha habido alguno que se haya visto obligado á renunciar á su especulacion por causa de vuestra concurrencia?

El florentino reflexionó por breve rato, y replicó en seguida:

—Algunos ha habido, caballero, y entre otros un rico mercader judío llamado Baltasar Kanuf.

—¡Ah! ¡ah! repuso Porquois, ¿con que vuestra boga echó por tierra la del judío Baltasar?

—Sí señor, respondió el florentino; pero no por eso se ha hecho enemigo mio Baltasar Kanuf: al contrario, ha dejado el comercio diciendo que era justo que cada cual pueda enriquecerse á su vez. Retirado de los negocios se convirtió al cristianismo, y me han dicho que ha llegado á ser primer platero de la reina Isabel de Baviera.

—Basta, dijo Porquois; permaneced tranquilo y esperemos un porvenir mas venturoso. Puede que sea bastante afortunado para reparar en parte vuestros males y hacer, á lo menos, que encontreis á vuestra hija.

En seguida de esta conversacion fué Leonardo Porquois á casa del procurador general del parlamento, y conferenció largo tiempo con él.

El resultado de aquella entrevista fué la prision inmediata de Baltasar Kanuf, platero de la reina Isabel de Baviera.

VI.

El procurador general quiso proceder por sí mismo al interrogatorio del judío Kanuf.

—Tened presente, judío, dijo el procurador, que debeis decirme la verdad, y que toda mentira os perjudicaría en vez de serviros.

—¿Y qué desea saber vuestra señoría? preguntó irónicamente Baltasar.

—Quiero que me digais quién ha prendido fuego en casa del mercader florentino de la calle de los Lombardos.

—Pues bien, indagadlo, dijo el judío con desenfado.

—Quiero saber además quién ha robado á Berenice.

—¿Pues teneis mas que indagarlo tambien? repitió el judío.

—¡Ola! ¡ola! señor platero ¿esas tenemos?... Pues os juro que no habeis de burlaros mas de la justicia.... que aquí á mano tengo con que desatar la lengua á un descreido como vos.... vamos, pues, hablad y pronto, si no quereis mejor que el verdugo os saque las palabras del gaznate.

Ora fuese que el aire resuelto del magistrado hiciese temer al judío rudas pruebas, ora se creyese suficientemente protegido, lo que es mas probable, para arrostrar las leyes, ello fué que contestó en tono tranquilo pero sarcástico:

—Puesto que tanta es vuestra curiosidad, señor procurador, no quiero que os devaneis los sesos por mas tiempo: yo, Baltasar Kanuf, platero de la reina de Francia, he sido el autor del incendio de la calle de los Lombardos.

—¡Ola! ¡ola! exclamó el procurador.

—Es como tengo el honor de decir á vuestra grandeza, continuó el judío conservando su tono impertinente. Y además yo he sido tambien, el del nombre y clase citados, el que bajo pretesto de sustraerla á las llamas, he robado en un hermoso corcel á la virgen que todo París llamaba la hermosa Berenice.

El procurador general se estremeció de indignacion.

—¡Desventurado! exclamó: ¿ha sido para cometer vuestros crímenes con mayor seguridad y esponer á personas inocentes al castigo por vos merecido para lo que habeis abjurado la re-

ligion de vuestros padres? ¡Ved el horrible abismo que habeis abierto bajo vuestros pies!

El judío prorrumpió en una carcajada.

—¡Miserable! exclamó el procurador indignado de tanta perversidad.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—¡Oh! lo que es ahora no quedará el crímen impune, y desde este momento....

—¡Bah! dijo el judío encogiéndose de hombros desdeñosamente. No jureis, señor procurador. No he hecho mas que ejecutar las órdenes de una persona que se burla de vuestros decretos y es bastante poderosa para sustraerme á vuestros golpes.

El procurador levantó con orgullo la cabeza diciendo con voz firme:

—Nadie hay superior á la justicia, ¡ni aun el rey! Apresuraos, pues, á manifestar el nombre de vuestros cómplices y el sitio á donde habeis conducido á la jóven Berenice. Vamos, hablad.

—Nada diré, replicó con insolencia Baltasar.

—¿Es esa vuestra última palabra? preguntó el procurador cansado de tanta impudencia.

—Es mi última palabra, repitió con frialdad el judío.

—Pues entonces, replicó el procurador, que la justicia de monseñor el rey siga su curso.

Y mandó dar tormento al miserable Kanuf, á fin de que el dolor le arrancase la verdad que se negaba á declarar.

El judío vió con indiferencia traer los instrumentos de tortura y se dejó colocar sobre el fatal potro sin perder nada de su resolucion, soportando con un valor estóico los primeros dolores. Pero cuando sintió desgarradas sus carnes por los garfios de hierro, cuando estallaron sus huesos estrujados por las cuñas de madera, entonces en medio de los alaridos mas espantosos, hizo seña de que quería hablar.

Luego que le separaron del potro, le preguntó el procurador:

—Desventurado ¿qué habeis hecho de Berenice?

—Berenice está en el Sena mas abajo de Meudon, respondió Kanuf con voz lastimera.

—¿Y vuestros cómplices?

—No tengo mas que uno, y es....

El judío se detuvo como titubeando.

—Vamos, dijo el procurador, y es....

—¡Jamás, jamás me atreveré á nombrarla! murmuró Kanuf.

—Sin embargo, es preciso, replicó el procurador.

Y como Baltasar permanecia mudo, mandó el magistrado que le volviesen á estender en el potro. Pero en el momento en que los ejecutores ponian en él la mano, esclamó el judío:

—Pues bien, mi único cómplice es.... la reina Isabel de Baviera.

VII.

Aquellas palabras cayeron como un rayo en medio del tribunal. El procurador, los jueces y el abogado se levantaron de un solo impulso como si hubiesen sido movidos por un mismo resorte. Todos estaban pálidos como cadáveres.

Parecia que la deshonra del rey habia estendido un velo de luto sobre todos aquellos rostros trastornados.

Algunos jueces quisieron aparentar duda; pero ¿qué duda cabia en este caso? Los hechos hablaban con demasiada elocuencia.

—Indudablemente, dijo Leonardo Porquois, esa noche de Navidad, en que el señor de Maulle se niega á decir lo que hizo, esa noche funesta ha debido ser doblemente criminal para la reina de Francia: y mientras que deshonraba al rey nuestro señor entregándose á los placeres adúlteros de una cita amorosa, hacia arrojar al rio á la inocente jóven que sin saberlo, era la rival de su abominable pasion.

Alguno que otro magistrado trató de hacer objeciones; pero la lógica de Leonardo Porquois y las confesiones repetidas, y por desgracia demasiado esplícitas del judío Baltasar Kanuf, las deshicieron todas.

Por lo demás cualquiera duda que aun hubiese podido quedar tenia que desaparecer con el incidente que se promovió.

Mientras que la asamblea estaba sumergida en el estupor y la perplegidad, se presentó un emisario de la reina.

—¿Qué quereis? le preguntó con sequedad el procurador.

—Vengo de parte de la reina, dijo el emisario.

—¿Y qué reclamais?

—La reina ha sabido que os habíais atrevido á constituir en prision á su platero, prosiguió el emisario en tono altanero, y por lo que veo el hecho es positivo.

—Ciertísimo, dijeron los jueces.

—Y mi soberana, continuó el emisario, os manda que me entregueis inmediatamente su platero Kanuf á menos que no querais incurrir en su cólera real.

Disponíase á contestar el procurador general, cuando Juan Desruel, consejero del parlamento, y además arcediano de Laon tomó la palabra en estos términos:

—Este hombre es un malvado, un falsario, un relapso y un excomulgado; se halla bajo el poder temporal, pero está condenado segun las leyes de la Iglesia y del reino.

—¿Y eso qué tiene que ver con la voluntad de nuestra soberana? preguntó el emisario.

—Haced presente á la reina Isabel, replicó Juan Desruel, que no se cuide de la suerte del judío Baltasar Kanuf, y deje que la justicia siga su curso saludable y ordinario.

Y mientras que el emisario abría la boca para decir probablemente alguna impertinencia á los jueces, el procurador se apresuró á añadir:

—Suplicad tambien á la reina que elija otra vez con mas acierto sus mensajeros; y procurad grabar en vuestra memoria lo que os voy á decir. Si vos, que habeis venido á hablarnos en nombre de la reina Isabel, volviéseis aquí con la irreverencia que habeis mostrado poco ha, podría suceder muy bien que no regresáseis en el mismo dia al real palacio.

El emisario bajó la cabeza y se retiró.

VIII.

Luego que se marchó el emisario de la reina Isabel, se resolvió celebrar consejo en casa del procurador general.

Fueron convocados, pues, diez y seis consejeros, juntamente con el primer presidente y los presidentes de sala.

Reunido aquel docto areopago, se agitó la cuestion de si se habia de continuar ó no el proceso.

Mucho habia que decir en pro y en contra en aquella época de monarquías de derecho divino. ¿No era un crímen de lesa-ma-

gestad proseguir un asunto en que se hallaba mezclada de un modo tan odioso una testa coronada? Seguramente la reina Isabel era culpable, criminal en primer grado; ¿pero no era una monstruosa irreverencia, una especie de sacrilegio el formar causa á una reina, aun cuando esta se hubiese hecho culpable de adulterio y asesinato?

Y por otra parte, el respeto á la magestad real ¿debia encadenar las decisiones de la justicia?

Mientras que se perdian en razonamientos y argucias, declarándose unos por la negativa y abogando otros por la afirmativa, Leonardo Porquois insistia siempre en esta conclusion:

—Haced lo que querais con el judío Baltasar Kanuf; pero á lo menos, monseñores, devolved la libertad y el honor á un inocente. ¿No es cruel ver á un caballero tan valiente, tan noble y tan discreto pagar con su reputacion y su libertad las sospechas que se han promovido contra él en un asunto tan odioso y punible?

Pero en medio de todos los discursos nada se resolvia. Los jueces no se atrevian á paralizar la causa, y menos á continuarla.

Aquel deplorable *statu quo* hubiera podido prolongarse indefinidamente con gran perjuicio del señor de Maulle, y con no menor disgusto de Leonardo Porquois. Afortunadamente para el primero, en particular, la casualidad, ó por mejor decir, las intrigas de la reina Isabel, vinieron á poner fin á la incertidumbre de los jueces.

Un dia se halló muerto en la prision al judío Baltasar Kanuf.

Seguros ya entonces los jueces de que no podría hacer revelaciones que comprometiesen, le formaron pronta y extensamente su causa, que perdió, por supuesto, con todas las costas.

Kanuf fué convicto, «1.º de haber incendiado por malicia y perversidad los almacenes del mercader florentino de la calle de los Lombardos.

»2.º De haber robado y degollado á la hija mas jóven del mencionado mercader con sus operaciones de mágia.

»3.º De haber arrojado en seguida su cadáver al Sena.

»4.º De haber intentado, por último, con el auxilio de emisarios hábilmente difundidos entre el pueblo, hacer recaer su propia culpabilidad sobre la cabeza del señor de Maulle.»

En vista de todos estos hechos, fué condenado á ser enrodado vivo y ahorcado en seguida.

Pero como el criminal estaba ya sin vida, la sentencia solo pudo ser ejecutada en efígie, lo cual fué un gran chasco para los pilluelos de París, y tambien para las bellas damas de la corte, que contaban en el número de sus placeres mas encantadores el delicioso espectáculo que ofrecia una criatura humana pereciendo en los suplicios mas horribles en medio de espantosas convulsiones.

Los bienes del reo fueron confiscados, mitad á favor del mercader florentino, y mitad para el rey. De suerte que el judío Baltasar Kanuf pagó con su vida los crímenes de asesinato é incendio, y con una parte de sus riquezas el honor de Carlos VI, un tanto lastimado por el señor de Maulle.

Indudablemente habia en esta última reparacion su cierta dósis de injusticia, puesto que el judío pagaba por un ultraje que no era hecho suyo. Pero en último resultado, si Baltasar pagaba una deuda del señor de Maulle, tambien este habia estado en prision por culpa de Kanuf. La vida ofrece con frecuencia estas compensaciones.

Por otra parte habia para estos arreglos una razon suprema: el honor de la corona y de la reina Isabel debia quedar á salvo.

El señor de Maulle fué puesto en libertad, y su primer cuidado fué ofrecer á Leonardo Porquois una recompensa digna del celo que este habia desplegado en un asunto tan delicado y difícil. Pero el abogado era tan desinteresado como sábio y celoso, y se contentó con aceptar una corta suma, que distribuyó entre los habitantes mas necesitados de la calle en que habia ocurrido el incendio.

Sin embargo, el señor de Maulle quería absolutamente que Leonardo aceptase otros testimonios de su reconocimiento, é insistia en ello vivamente. Pero Porquois se negó á ello, añadiendo, sin embargo, con aire risueño:

—Dejad venir al tiempo: momento llegará en que necesitaré por lo pronto de vuestra bolsa, y probablemente tambien de vuestra proteccion. Os prometo acudir entonces á vos, y ya vereis cómo al fin llegaré á ser deudor vuestro.

IX.

Muchos años transcurrieron y muchas calamidades pesaron sobre la Francia antes de llegar el momento anunciado por Leonardo Porquois; pero al fin los sucesos vinieron á darle la razon.

En 1422 murió Carlos VI.

Isabel de Baviera, apoyándose en el poder de la Inglaterra, y abusando de su título de regente, sacrificó á sus antiguos ódios todos los nombres honrosos, todos los hombres mas dignos de respeto, cualquiera que fuese la clase á que perteneciesen. Y entre los que habian incurrido en su ódio no podia quedar olvidado Leonardo Porquois.

Entonces el abogado se presentó en casa del señor de Maulle, que habia conservado grande imperio, si no sobre el corazon, al menos sobre el ánimo de su impúdica soberana.

—¿Me reconoceis? le preguntó el abogado.

—¿Puede uno olvidar nunca á sus verdaderos amigos? replicó el señor de Maulle estrechándole las manos con efusion. ¿Pero á qué feliz acontecimiento debo vuestra visita?

—¡Oh! ¡oh! respondió Leonardo meneando la cabeza; es que me ha llegado la hora de acudir á vuestra proteccion.

—Contad con ella, dijo el señor de Maulle. ¿Qué necesitais?

—Necesito abandonar la Francia, replicó el abogado con tristeza, porque con vuestra real amiga, señor de Maulle, mi cabeza no está segura sobre sus hombros.... y á la verdad, no tengo grandes deseos de ser decapitado.

El señor de Maulle exhaló un hondo suspiro. Quizá las cadenas que le sujetaban á la reina, le parecian ya bien pesadas.

Como quiera que fuese, abrazó al abogado y se dispuso á hacerle el servicio que le pedia.

Le entregó, por de pronto, trescientos escudos de oro; protegió en persona su salida de la capital, y le dió sus propios criados para que le sirviesen de escolta, y los cuales no le dejaron hasta que pasó las fronteras del Brabante.

Leonardo Porquois se retiró á Tréveris, en donde murió en 1425. Durante los años que pasó en aquella ciudad hospitalaria, vivió de una renta de trescientos escudos de oro, que le habia asegurado vitaliciamente el señor de Maulle.

FL DOCTOR CASTAING.

I.

Serian cerca de las once, cuando el jueves 29 de mayo de 1823 bajaron dos jóvenes de los coches públicos que venian de París y entraron en la posada de la Cabeza Negra en Saint-Cloud.

Despues de cambiar algunas palabras con los dueños de la posada, fueron conducidos é instalados en un cuarto con dos camas, en donde pasaron la noche.

En la tarde siguiente (viernes), uno de los jóvenes fué acometido de una indisposicion, que empezó á sentir á poco de haber bebido un vaso de vino caliente. Aquella indisposicion se convirtió en una enfermedad grave el sábado, despues que el paciente tomó una taza de leche fria, y por último la enfermedad degeneró en agonía á pocos minutos de haber tomado el enfermo una cucharada de una pocion calmante.

Desde aquel momento el paciente perdió el conocimiento y espiró el domingo sin haberlo recobrado en todo ese tiempo.

Habia en aquel suceso algo de estraordinario.

La invasion del mal habia sido brusca, su curso rápido, su terminacion fulminante.

El difunto habia exhalado su último suspiro lejos de todos los suyos; en compañía de la persona con quien habia llegado á Saint-Cloud, y que era la única que le habia administrado las bebidas y los medicamentos que habia tomado.

Sorprendió á muchos el suceso, y se preguntaban quiénes serían aquellos dos jóvenes desconocidos. Las sospechas contra

el que de los dos habia quedado vivo, tomaron cuerpo aun antes de que el difunto fuese enterrado.

El que tan pronta y desgraciadamente acababa de espirar era Claudio Augusto Ballet, abogado, de edad de 25 años, é hijo de un rico notario de París.

El otro personaje se llamaba Edmundo Samuel Castaing; era médico de profesion, de 27 años de edad, y pertenecia á una familia de escasos bienes de fortuna, pero honrosamente establecida en la sociedad.

Las sospechas que hizo concebir aquella muerte tan súbita, se cambiaron en una casi certidumbre cuando se supo que Ballet dejaba una pingüe fortuna, y que, sin embargo de tener parientes, habia nombrado á Castaing su legatario universal.

Avisada inmediatamente la justicia, decretó la detencion provisional del doctor Castaing, y en seguida, se dedicó á investigaciones de las que resultaron los hechos siguientes:

II.

Castaing habia nacido en 1797 en Alenzon, y su padre era inspector genenal de aguas y bosques.

Desde sus primeros años mostró Castaing un carácter ardiente, firme y obstinado. Hizo sus estudios en el colegio de Angers, en donde su agradable aspecto, su aplicacion contínua y su grande amor al trabajo, le granjearon el cariño de sus profesores que le citaban como ejemplo á sus condiscípulos.

A los 17 años habia terminado sus estudios y marchó á París, en donde su familia se habia establecido hacia algunos años.

Castaing debia entonces elegir carrera. Los dos hermanos mayores habian obtenido grados, el uno en artillería y el otro en el servicio de aguas y bosques, y él se decidió á abrazar la medicina. Su padre le puso en disposicion de seguir sus nuevos estudios por medio de una modesta pension.

El jóven aprovechó el tiempo: el 10 de marzo de 1815 tomó su primera matrícula en la escuela de medicina, y desde aquel momento se dedicó con asiduidad al trabajo. Siguiendo con exactitud los cursos de la facultad parecia deseoso de instruirse, y en los tres primeros años salió airoso de muchos exámenes.

Pronto, no obstante, se debilitó su ardor y la pasion al estudio fué reemplazada en él por otra mas imperiosa.

Véase cual fué el orígen de aquel amor.

En el año de 1819 habia sido llamado Castaing en su cualidad de alumno, á visitar á una señora viuda de un antiguo magistrado, y á quien se evita nombrar en la causa, tanto por respeto á una pasion real y á un gran dolor, como por miramiento á la familia á que pertenecia aquella persona, que era cuñada de un magistrado eminente, miembro de la cámara de los Pares.

Aquella dama era hermosa, de imaginacion viva, indulgente. Castaing concibió hácia ella un sentimiento exaltado, pero sincero, y no tardó en ser correspondido.

El 17 de julio de 1820 vino un hijo á estrechar mas todavía las relaciones de Castaing con la mujer á quien amaba; pero los padres del alumno de medicina se afligieron de verle descuidar sus estudios, y le reconvinieron por ello. Castaing se dedicó nuevamente al trabajo, y en julio de 1821 fué examinado de doctor en medicina.

Sabido es que los productos en el principio de esta carrera son muy escasos; de consiguiente, Castaing, aun cuando estuviese exento de pasiones, debió hallarse en situacion bastante apurada; apuro que aumentaban mas aun las relaciones que mantenia, pues su amante era tan pobre que Castaing tenia que cubrir a mas de sus necesidades personales, las de aquella mujer y tres hijos de su matrimonio. Si se añaden á estas cargas la manutencion de dos hijos mas nacidos del comercio ilegítimo que sostenia con la señora B., se comprenderá que Castaing no pudiese hacer frente á un gasto que era cada dia mas considerable.

Las necesidades de su posicion le atormentaban tanto mas cruelmente, cuanto que se ve por la correspondencia que ha sido ocupada, que sus relaciones censurables por su irregularidad no tenian otra falta, pues no eran resultado de un desenfreno torpe sino una union de corazones mas que de los sentidos.

Castaing adoraba á la madre á quien daba el nombre de esposa é idolatraba á sus hijos. Aquellos tres seres queridos, como los llamaba siempre, ocupaban todo su pensamiento, y no pensaba mas que en procurar los medios de asegurarles la subsistencia.

Por otra parte, el ardor é impetuosidad del carácter de

Castaing, y el vivo deseo que habia manifestado siempre de hacer fortuna, no podian menos de arrastrarle á grandes estravios. Y con efecto, en una carta hallada en su casa se lee que su madre hace algunos años le decia *horrores*. ¿Qué horrores eran esos? Por respeto á la naturaleza no se interrogó á la madre, y por consideracion á una gran pasion bien desgraciada no se quiso interrogar al autor de la carta. El padre se hallaba tambien muy descontento de aquel hijo.

Tal es, no obstante, la organizacion humana que un defecto puede á veces llegar á ser una cualidad laudable. Aquel ardor de Castaing engendró en él una fuerte aplicacion al trabajo, y ora fuese sed de riquezas ó gusto por la ciencia, ello fué que quiso hacerse un práctico distinguido, y que para conseguir ese objeto se entregó á un trabajo asiduo y á estudios muy estensos.

Observóse, no obstante con recelo, que las investigaciones estudiosas del jóven adepto se dirigian con especialidad á analizar las diferentes clases de venenos, buscando con particular cuidado los que dejan tras sí vestigios denunciadores, y los mas pérfidos todavía que no dejan huella alguna perceptible, ni á los ojos del anatómico mas hábil y ejercitado. Castaing habia adquirido, finalmente, la funesta certidumbre de que tales venenos obran de un modo igual al de tales enfermedades, y solo señalan su paso por síntomas idénticos á los que ofrecen despues de la muerte esas mismas enfermedades.

Aquella terrible ciencia de Castaing era de por sí bastante acusadora en presencia de las circunstancias de la muerte de su amigo.

Otro hecho no menos importante aparece consignado en el escrito de acusacion. Castaing, que en el mes de junio de 1822 se hallaba imposibilitado de pagar una módica suma de 600 francos, poseia en el mes de octubre siguiente cuantiosas cantidades. Así fué que prestó 30,000 francos á su madre y colocó bajo nombres supuestos hasta 70,000 francos en los fondos públicos.

¿De dónde le venia aquella fortuna repentina?

Para contestar á esta pregunta tenemos que seguir otro órden de ideas y dar á conocer ante todo á la familia Ballet.

III.

Mr. Ballet, padre, notario en París y que tenia su despacho en la Croix-Rouge, despues de haber permanecido soltero hasta la edad de 50 años se casó en 1797 con una de sus clientes, Mad. Adelaida Lafot, viuda de un tal Leroi. Augusto Ballet fué el primer fruto de aquella union y vino al mundo el 21 de marzo de 1798.

Pocos dias despues de su nacimiento, estando su nodriza dándole de mamar, le dejó caer: asustada la madre de aquella caida perdió el conocimiento y quedó atacada de graves accidentes. El niño no tuvo lesion ninguna; pero la madre no pudo olvidar nunca que el terror que le habia causado puso en peligro su vida y concibió hácia él una especie de antipatía. Asi fué que cuando al año siguiente dió á luz un segundo hijo á quien se dió el nombre de Hipólito, concentró en este y en una hija que habia tenido de su primer matrimonio todo el cariño de su corazon.

Rechazado Augusto de los brazos maternos, fué educado entre los criados de la casa con quienes comia en la cocina, y asi que cumplió cinco años lo alejaron poniéndole en un colegio, mientras que su hermano criado en la casa paterna era objeto de todas las atenciones de la madre.

Mr. Ballet se lamentaba de la injusticia de su mujer, pero demasiado débil para oponerse á ella se limitaba á hacer frecuentes visitas al colegio donde estaba su hijo mayor.

Resultó de aquí que Augusto malgastó en la indolencia felices disposiciones y adelantó muy poco en los estudios, de suerte que cuando en 1815 salió del colegio no solo no sabia nada, pero ni aun comprendia siquiera la necesidad de la instruccion. Sin embargo, su padre que le destinaba al notariado, le hizo matricularse en la escuela de Derecho y le colocó en clase de cuarto pasante en casa del procurador Mr. Margré. Mas adelante asistió al estudio del sucesor de su padre Mr. Sené.

Pero Augusto era vivo, fogoso, incapaz de aplicarse, y semejante carácter no podia avenirse bien con los fastidiosos estudios del derecho y las ocupaciones sedentarias del notariado. Así es que hacia pocos progresos y no cumplia sus deberes sino como una cosa insoportable.

Augusto trataba poco á su hermano cuyos gustos eran contrarios á los suyos y á quien tenia envidia, no sin motivo, porque Mad. Ballet que tenia á su hijo mayor en un estado de escasez contínua, nada rehusaba á Hipólito.

Este que nació en 17 de agosto de 1793, habia sido el objeto del ciego cariño de su madre. Pero no parecia sino que Dios quiso castigar la injusticia de Mad. Ballet porque los cuidados extremos que prodigaba á Hipólito y las precauciones exageradas que tomaba por su salud hicieron que esta se hiciese muy delicada. Desde la edad de nueve años se creyó notar en él síntomas de tísis.

Sin embargo, se dedicó al estudio con grande aplicacion y á fines del año 1821 fué recibido de abogado.

La muerte hizo entonces sentir sus estragos en la familia Ballet. El padre y la madre murieron con cinco meses de diferencia uno de otro, y tambien murió un tio.

Los dos hermanos se repartieron entonces una pingüe fortuna tocándole á cada uno de ellos mas de 400,000 francos.

Desde entonces se entregó Augusto á su pasion por la independencia y se apresuró á abandonar la carrera que su padre le habia elegido.

Los dos hermanos se separaron sin que mediase entre ellos desavenencia ninguna. Hipólito, que amaba el trato de familia, se reunió con una hija uterina de su madre casada con un mercader de la calle de la Verrerie, Mr. Martignon, que despues fué juez del tribunal de comercio; y Augusto, por el contrario, se entregó á la disipacion manteniendo actrices y dilapidando sus bienes para poner una casa suntuosa con lujosos trenes y correr las eventualidades de un matrimonio ventajoso.

En estas circunstancias fué cuando ambos se relacionaron con Castaing á quien habian tenido ocasion de ver algunas veces en vida de su padre, por habitar como ellos, con su familia en la calle de Enfer.

IV.

En los primeros dias de octubre de 1822, Hipólito Ballet, cuya salud era bastante delicada y por ese motivo concedia mas confianza á Castaing, sintió los primero síntomas de una enfermedad poco grave en un principio. Sin embargo, el 22 murió no

habiendo sido asistido en su corta enfermedad por nadie mas que por Castaing, el cual habia alejado del lado de aquel á sus parientes y amigos, y cuando Ballet exhaló su último suspiro permaneció encerrado en el cuarto del difunto por espacio de dos horas.

Un hombre conocido honrosamente en la república de las letras, Mr. Raisson, que estaba íntimamente relacionado con los dos hermanos, refiere del modo siguiente las particularidades que sucedieron á la muerte de Hipólito:

«Por Castaing fué por quien Augusto Ballet supo la muerte de su hermano; pero al comunicarle esa noticia le tendió un lazo en el que el desgraciado debia dejar muy pronto su fortuna y su vida.

—En el acto de espirar, le dijo, vuestro hermano, á fin de darme una muestra de reconocimiento por mis cuidados, dispuso en favor mio de su alfiler de brillantes, de su relój y de sus demas alhajas.

—Está bien, repuso Augusto, soy su único heredero y apruebo plenamente lo que ha hecho.

—Es que, interrumpió Castaing bajando la voz, no sabeis aun todo lo que ha hecho.

Entonces le refirió que Hipólito, prevenido contra su hermano por chismes engañosos, habia escrito por duplicado de su puño un testamento en que instituía legataria á su hermana uterina Mad. Martignon, dejando únicamente á Augusto una pension vitalicia cuya insignificancia era una nueva humillacion.

En apoyo de lo que decia sacó del bolsillo una de las copias del testamento que declaró haber encontrado en la papelera de Hipólito despues de su muerte, añadiendo que su amistad por Augusto le habia impulsado á apoderarse de ella.

—¡Gracias, mil gracias! esclamó Augusto; ¿pero dónde está el original? Sin él quedan consumados mi despojo y mi ruina.

—Puede que sí, replicó Castaing: creo no obstante que todo depende de vos. ¿Os sentís con bastante firmeza y energía para tratar de parar el golpe que os amenaza?

—¿Qué hay que hacer? A todo estoy resuelto. ¿Dónde está el testamento original?.

—En poder de un hombre á quien conoceis, de un hombre que ha tenido por espacio de treinta años la confianza de vuestro

padre y á quien Hipólito ha debido elegir como el depositario mas seguro de la suya.

—Entonces es Lebret, el antiguo oficial mayor de la escribanía, dijo Augusto, Lebret que nos ha visto criar, que nos quería como si fuésemos hijos, y que no permitirá que la fortuna reunida á costa de tantos afanes por nuestro padre pase á manos estrañas.

—¡Qué poco conoceis á los hombres, pobre amigo mio! interrumpió Castaing: Lebret que ha trabajado toda su vida para adquirir apenas lo necesario tiene en sus manos vuestra fortuna y vuestro porvenir: y ¿creeis que sin mas ni mas vaya á destruir un testamento, á cometer un crímen por la única razon de haberos visto nacer y criar? No espereis enternecerle con frases estériles por buenas que sean. Si quereis haceros con el testamento original, formad antes un puente de oro á la conciencia timorata del antiguo oficial mayor. Se trata de ganar 400,000 francos; pues sacrificad 100,000 y yo respondo de imponer silencio á la rígida probidad de Lebret.

Parecióle exhorbitante á Augusto Ballet la cantidad de cien mil francos, y titubeó; pero al fin concluyó por consentir en ella. Poseia acciones de Banco, vendió varios cupones, realizó la suma y acompañó á Castaing hasta la puerta de la habitacion de Lebret, en donde aparentó aquel permanecer algunos momentos en conferencia. Al poco rato bajó, volvió á ocupar su asiento en el carruaje al lado de Ballet, y entregó á este el testamento original que fué al punto hecho pedazos, pero del que conservó Ballet el sello y la firma.

Véase ahora lo que en realidad habia pasado. Toda la historia relativa á Lebret era una fábula. Castaign, despues de la muerte de Hipólito habia hallado en la papelera de este el testamento por duplicado. Entregó uno á Augusto é imaginó la astucia que le hemos visto poner en práctica para arrancar cien mil francos al imprudente que desde aquel momento se hacia cómplice suyo y se creia muy obligado todavía.

«En la tarde del dia mismo en que se representaba esa comedia del testamento, añade M. Raisson, vino á verme Ballet. Estaba agitado, conmovido, y sin que yo le hiciese la menor pregunta, me refirió llorando como un niño, todo cuanto acababa de pasar, terminando su relato con enseñarme los últimos fragmentos del documento destruido, fragmentos que arrojó al

fuego de mi chimenea y que vimos consumirse lentamente.»

Los remordimientos sinceros, las lágrimas verdaderas de Augusto hicieron creer en el dolor de este por la muerte de su hermano.

A la sazon fué cuando Castaing, á quien Augusto habia visto muy poco hasta entonces, se relacionó estrechamente con él.

El pobre Augusto no sospechaba que la amistad de Castaing llevaba consigo la muerte.

V.

Despues de la muerte de Hipólito su hermano y su hermana hicieron proceder á la autopsia del cadáver. Los médicos consignaron cierta estenuacion, carácter especial de la tisis, pero insuficiente para hacer creer en la muerte por consuncion.

A mayor abundamiento, los médicos que hicieron aquella operacion, y en cuyo número se hallaba el mismo Castaing, enumeraron los diversos síntomas encontrados en el cadáver.

Despues de la muerte de Augusto se practicó tambien la autopsia en el cadáver de este y los médicos hallaron analogía entre los síntomas observados en ambos cadáveres.

Sin embargo, nada pronunciaron sobre la cuestion de hecho y se limitaron á declarar que aquellos síntomas funestos, tanto podian ser resultado de ciertas enfermedades naturales, como de ciertos venenos. Pero lo que dió un color enteramente particular á esa observacion y la hizo muy acriminativa para Castaing, fué que, por aquella época y por confesion suya propia, hacia manipulaciones con venenos de la clase de los que pudieron matar á Hipólito y Augusto sin dejar otras huellas que las comunes á ciertas afecciones naturales.

Muchos años antes de estos tristes sucesos, habia hecho conocimiento Castaing en su carrera con un jóven farmacéutico llamado Chevalier, que despues fué miembro de la academia y formó parte del consejo de sanidad.

M. Chevalier habia publicado una obra sobre venenos que llamó la atencion á Castaing, y habiendo encontrado este al autor un dia en la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, le pidió noticias sobre el efecto que podian producir en los perros los venenos vegetales. Bien se echa de ver que si el desventurado

Castaing maduraba allá en su interior el atroz designio de emplear venenos vegetales en hombres, no podia atreverse todavía á hablar de estos sino solo de animales. Chevalier no pudo recordar la época precisa de aquella conversacion; pero hay un hecho que lo demuestra de una manera exacta y con prueba material. M. Caylus, otro farmacéutico, declaró en la causa, que en mayo de 1822 vendió diez granos de acetato de morfina á Castaing y que en 18 de setiembre del mismo año le vendió otra cantidad igual. M. Caylus, dice el escrito de acusacion, ha presentado sus registros, en los que se hallan inscritas ambas ventas en las fechas indicadas. Así vemos que en la época que precedió á la muerte de Hipólito se ocupaba Castaing en investigaciones sobre los venenos vegetales, y hacia esperimentos en los animales. Y el 18 de setiembre de 1822 (¡qué elocuencia de fechas!) diez y siete dias antes de la muerte de Hipólito, compraba Castaing diez granos de acetato de morfina. Doce dias despues fué acometido Hipólito de una enfermedad que se creyó era una fluxion de pecho: aquel sábio amigo se encerró entonces con el enfermo y permaneció solo al lado suyo por espacio de cuatro dias. Al quinto espiró Ballet, y los médicos, en vista de la autopsia, prefieren creer que la muerte ha provenido de una congestion cerebral, resultado posible de una fluxion de pecho, aunque sin embargo no se atreven á afirmar que los síntomas observados despues de la muerte no fuesen los mismos si al infeliz Hipólito se le hubiese administrado el acetato de morfina.

Como se ha visto, Castaing, despues de la muerte de Hipólito, vivia con holgura. Ya en los cien mil francos habia recogido parte de los despojos de Hipólito; pero no se contentaba con eso su codicia, y es evidente que quería apoderarse de la fortuna entera de Augusto, puesto que habia logrado que este hiciese un testamento que le daba todo cuanto poseia Ballet. No obstante, Castaing no ignoraba que el testamento es un acto muy mudable y que puede ser destruido al primer capricho del testador: Augusto se iba enfriando, quería vivir lejos de él, é impaciente de su yugo, sus afectados cuidados y su vigilancia, parecia querer recobrar su libertad. ¿Qué iría á hacer? ¿Qué le sucedería al testamento? Cada hora, cada minuto, cada segundo podia destruir completamente las esperanzas de Castaing.

Pero Castaing sabia muy bien lo que en tales casos puede hacerse, y cuál era el medio de fijar para siempre las cosas en el punto en que se hallaban todavía. Tampoco, por otras razones, tenia mucho tiempo que perder: Augusto acababa de realizar un capital de cien mil francos. Este hecho no es dudoso, porque pocos dias antes del viaje á Saint-Cloud, los habia enseñado á su amigo Raisson, que depone de ello. Castaing no lo ignoraba y hasta sabia el mueble en que estaba guardado el dinero.

En estas circunstancias y á fines de mayo fué cuando se dispuso entre Augusto y Castaing una partida de campo, sin que nadie haya podido decir cómo se arregló, quién de los dos la propuso, por qué la hicieron solos, y finalmente cuál fué su objeto.

Tomando los hechos tales como se sucedieron, el 29 de mayo, de seis á siete de la mañana, Augusto y Ballet salieron juntos en un carruaje público á dar un paseo á Saint-Germain y de vuelta de ese paseo, marcharon á cosa de las siete de la tarde sin decir á donde iban, avisando solo Augusto que estarían ausentes por uno ó mas dias.

Sin embargo, el punto á donde iban era Saint-Cloud.

Fueron allá solos y, como hemos dicho, en un carruaje público, circunstancia estraña por lo menos, porque Augusto tenia tres caballos, muchos carruajes y no pocos criados.

Dos dias despues, es decir, el 31 de mayo, fué cuando los criados supieron dónde estaba su amo. En dicho dia recibieron por la tarde una carta de Castaing concebida en estos términos:

«Hallándose indispuesto M. Ballet en Saint-Cloud, que venga Juan con el caballo gris y el cabriolé. Ni él ni la señora Buret dirán á nadie nada de todo esto. A los que pregunten por él se les dirá que está en el campo, pues así lo manda M. Ballet.

Señas para encontrar á M. Ballet: Cabeza Negra en Saint-Cloud.»

La señora Buret era el ama de gobierno de Augusto Ballet.

Juan obedeció y marchó con el cabriolé.

Cuando llegó á Saint-Cloud encontró á su amo en cama, el cual se quejaba de haber tenido cólicos, diarreas y vómitos.

Sabida es ya la terminacion fatal de esta enfermedad.

VI.

¿Qué habia sucedido en aquel malhadado viaje?

Lo siguiente. Castaing y Augusto llegaron á Saint-Cloud el jueves 29 de mayo á cosa de las once de la noche, y fueron instalados en un cuarto con dos camas en el que permanecieron todo el dia del viernes 30, á escepcion del tiempo de la comida, terminada la cual salieron. Estuvieron de vuelta á las nueve de la noche, y Castaing pidió entonces media botella de vino caliente sin azucar en atencion á que la tenian ellos. Subieron el vino y los viajeros echaron en él parte del azucar suyo y limones que habia comprado Castaing. Así las cosas, Castaing, sin que nadie le digese nada, salió del cuarto y se encontró pocos momentos despues junto á la cama de un criado de la casa que estaba enfermo, le tomó el pulso, no le recetó nada y volvió al cuarto de Augusto.

Augusto halló muy malo el vino y no bebió el que le habian echado. Castaing dijo á uno que no habia bebido mas que una cucharada, aunque tambien dijo á otro que habia bebido muchos vasos. La criada de la casa subió, y Augusto le dijo: «He echado demasiado limon en el vino, y está tan amargo que no puede beberse.» La criada lo probó y lo encontró así efectivamente. Despues se retiró, y los dos amigos se acostaron. Aquella noche no tuvo mas testigo que Castaing, y su declaracion solo puede admitirse con mucha reserva. De todos modos véase en lo que no pudo menos de convenir. Augusto pasó una noche agitada, se quejó por diferentes veces de que no podia sosegar y tuvo cólicos. Por la mañana, en fin, declaró que no podia levantarse, que tenia hinchadas las piernas y no se podia poner las botas.

En cuanto á Castaing, salió, segun dice, para dar un paseo por el jardin. Aquello no era un capricho fuera de tiempo, sino una cosa bien urgente, porque no eran todavía las cuatro de la mañana y uno de los criados de la casa tuvo que levantarse expresamente para abrirle la puerta. Pronto se verá que ese pretendido paseo en los jardines no es mas que una alegacion presentada para encubrir una verdad horrible.

El primer cuidado de Castaing cuando regresó, que eran las

ocho, fué pedir leche fria para Augusto. Aquel dijo que habia pedido leche caliente; pero todos los testigos declaran lo contrario. Leche fria fué lo que pidió y tenia para ello muy buenas razones. Augusto tomó la leche y poco tiempo despues le acometieron los vómitos y los cólicos. Hiciéronse desaparecer al punto todas las evacuaciones. Entre tanto el mal se agravaba visiblemente. El enfermo pidió que llamaran á un médico y Castaing le propuso hacer venir uno de París; pero Augusto quiso que se llamase á uno de allí mismo. Dicho médico, llamado M. Pigache, no pudo acudir hasta las once de la mañana, preguntó á Castaing qué opinaba de la enfermedad y este le contestó que la creia cólera-morbo. M. Pigache recetó emolientes y se retiró. Volvió á cosa de las tres y el enfermo seguia peor: su amigo habia salido por la tercera vez en el dia. M. Pigache volvió á las cinco, recetó un calmante y anunció que vendria de nuevo á la noche. Castaing le dijo que no era necesario. Castaing habia escrito la carta que ya conocemos y que motivó la llegada del negro Juan.

Los cuidados de este fiel servidor fueron casi inútiles; los síntomas alarmantes fueron en aumento: la respiracion del enfermo se hacia cada vez mas dificultosa y no podia tragar ya la saliva. En tales circunstancias le administró Castaing una cucharada del calmante y el efecto fué tan pronto como desgraciado. Cinco minutos despues tuvo una especie de ataque de nervios, y desde aquel momento quedó ya sin conocimiento. Castaing le dejó en ese estado hasta las once y media de la noche. Entonces M. Pigache, avisado por un criado de la casa á quien Castaing habia dicho que su amigo no saldria de la noche, fué á verle otra vez.

Aquí el escrito de acusacion se estiende en los diversos síntomas que observó M. Pigache á su llegada en el enfermo, cuyo cuerpo estaba todo cubierto de un sudor frio y lleno de manchas azuladas. Habiendo producido una sangría alguna mejoría, dijo el doctor á Castaing que miraba el estado de su amigo como desesperado; pero que sin embargo creia que podia surtir buen efecto una segunda sangría. Castaing se opuso á que se le hiciese, en vista de lo cual M. Pigache pidió que se llamase á un médico de París; pero como era ya la una de la madrugada propuso Castaing que se aguardase. A las tres marchó el negro Juan con

dos cartas de M. Pigache para dos médicos de París, con órden de traer á uno de los dos. Entonces Castaing, de acuerdo con M. Pigache, fué á buscar al cura de Saint-Cloud, á quien dijo que la enfermedad de Augusto era un ataque cerebral. Mientras que al enfermo se le administraba la extremauncion, permaneció Castaing de rodillas orando con tal recogimiento y fervor que, observándolo el sacristan, dijo al cura haciéndole una indicacion: «¡vaya un jóven piadoso!» Terminada la ceremonia salió de nuevo Castaing y permaneció fuera una ó dos horas. Volvió á las seis, poco despues de haber llegado el doctor Pelletan, hijo, el cual, lo mismo que M. Pigache, opinó que el enfermo no tenia remedio. Intentóse, no obstante, administrarle algunos otros auxilios que no produjeron efecto ninguno.

Augusto espiró en medio de las lágrimas y de los gemidos de Castaing que parecia sumido en el mas profundo pesar.

VII.

Debemos descubrir ahora los pasos que, en los tres malhadados dias que acabamos de referir, esperó Castaing quedasen cubiertos de un misterio impenetrable. Y para esto haremos retroceder al lector al viernes 30 de mayo.

No se habrá echado en olvido que Augusto, despues de haber bebido el jueves á la hora de acostarse una cantidad mayor ó menor de un vino sospechoso, pasó una noche tan mala, que por confesion misma de Castaing el enfermo no tuvo fuerzas para levantarse.

Tambien se recordará que el viernes por la mañana desde las cuatro estaba ya levantado Castaing, y dejaba á su amigo entregado á agudos padecimientos para ir, segun dijo, á dar un paseo.

Si este aserto de Castaing fuese verdadero sería odioso, porque no se comprendería que un hombre abandonase á un amigo cuya existencia estaba, si no en peligro, por los menos comprometida, para ir á recorrer los bosques. Pero aquella declaracion era una mentira: Castaing no iba á pasearse cuando salió al amanecer: iba á París, y para que no se atribuyese su ausencia á otra cosa que á un paseo, tomó un carruaje para llegar y volver en breve tiempo.

¿Y qué iba á hacer con tal premura y con tanto misterio en Paris? ¡Ay! No es difícil de adivinar: iba á buscar veneno, de aquel mismo veneno que habia comprado diez y siete dias antes de la muerte de Hipólito Ballet, y cuyos efectos son idénticos á los producidos por ciertas enfermedades: de suerte que los médicos mas hábiles no pueden decir si hay enfermedad ó envenenamiento..... En una palabra, iba á buscar acetato de morfina.

Castaing llegó á París á tiempo de abrirse las tiendas. Entró en la botica de M. Robin, calle de la Feuillade, núm. 5, y no encontrando mas que al mancebo, á quien se dió á conocer como un encargado, le presentó una receta escrita con lapiz y que llevaba la firma del doctor Castaing, para que le diese doce granos de emético. Asustado el mancebo de la cantidad que administrada en su totalidad es mas que suficiente en efecto para causar la muerte, pareció titubear. El pretendido enviado le dijo que aquello era para administrarlo en lavativas, segun el método del doctor Castaing. Deslumbrado el mancebo con aquella frase entregó los doce granos. Provisto ya Castaing de este primer medio de destruccion, se trasladó sin pérdida de tiempo á la plaza del puente de San Miguel, en casa de M. Chevalier, otro farmacéutico de quien ha habido ya ocasion de hablar con motivo de la muerte de Hipólito Ballet, y le compró una porcion considerable de acetato de morfina. Obligado á explicarse en la conversacion sobre el uso á que lo destinaba, dijo que era para hacer ensayos en animales.

Subió al carruaje y se volvió á toda prisa á Saint-Cloud. Al entrar en la posada pidió leche fria para su amigo: Augusto la bebió y al punto le acometieron los vómitos y cólicos: lo demás queda harto claramente explicado para el que no esté destituido de una mediana comprension. Con efecto, es evidente que al marchar Castaing á Saint-Cloud se proveyó de la dósis de veneno que creyó suficiente para el efecto que se prometia; y para procurarse esa dósis tuvo cuanta facilidad podia apetecer. Hízose un registro en su casa y se encontró en ella una gran cantidad de acetato de morfina y otros venenos, así minerales como vegetales. De donde se infiere que Castaing pudo al marchar proveerse á su voluntad de veneno. Otra circunstancia hay que notar todavía: ya se recordará que el dia en que los dos amigos

marcharon á Saint-Cloud, hicieron por la tarde una escursion á Saint-Germain. No es probable que Castaing se hubiese provisto, antes de aquella escursion, de la dósis de veneno de que pensaba servirse en Saint-Cloud: así fué que entre los dos viajes de Saint-Germain y Saint-Cloud, volvió á su casa sin gran necesidad aparente. La verdadera necesidad habia sido proveerse de veneno para Saint-Cloud. Conocido este hecho todo se explica en la estraña conducta que observó Castaing en Saint-Cloud. Augusto y él llegaron el 29. El 30 salieron á paseo y en este paseo compró Castaing limones y azúcar para preparar el vino por la noche. Era preciso que comprara él mismo los limones y el azúcar para que el posadero no subiese ya el vino compuesto, y Castaing tuviese un pretesto para disponer la bebida y mezclar en ella el mortífero ingrediente. Eran precisos limones sobre todo, porque el acetato es muy amargo y el amargor en el vino podia hacer sospechar su presencia é impedir á Augusto que lo bebiese. El sabor del limon tiene una fuerte energía y Castaing esperaba que esta encubriese y dominase el sabor del acetato de morfina. Ahora se comprende por qué Augusto encontró el vino amargo, y por qué habiendo bebido muy poco, el primer envenenamiento no tuvo efecto. Ahora se comprende lo contrariado que se halló Castaing al ver frustrado su proyecto, y como desprovisto ya de veneno, ora fuese por echar en el vino todo el que habia traido, ora porque habiendo mezclado en él la dósis que creyó suficiente, se hubiese apresurado á arrojar en el camino del cuarto de Augusto al del criado á cuyo lado se le vió pocos momentos despues de haber subido el vino, todo cuanto le habia quedado; cómo desprovisto de veneno, decimos, y persistiendo, no obstante, en su horrible proyecto, se vió obligado á ir á París tan de mañana y con tanto misterio para hacer nueva provision. Ahora se comprende que al volver á Saint-Cloud pidiese leche inmediatamente, y leche fria, cualidad que hace no se perciban tanto los sabores; se la hiciese beber á Augusto despues de haber mezclado en ella seguramente los doce granos de emético, y tuviese aquel los vómitos, cólicos y dolores de vientre. Ahora se comprende por qué Castaing despues de haber administrado aquella leche salió al parecer sin objeto, pero con el fin realmente de quitarse de encima y guardar en alguna parte el acetato que quería conservar para un caso nece-

sario. Ahora se ve que habiendo vuelto á la posada y advirtiendo que el efecto de la leche no se operaba con bastante prisa ni con bastante violencia, el temor quizá de que la robustez de temperamento de Augusto triunfase de aquella leche homicida, le hizo salir en busca del acetato, le dió á su vuelta la cucharada de bebida, y así que Augusto la tomó entró súbitamente en agonía. Vése, en fin, por qué Castaing no puede presentar los doce granos de emético y el acetato de morfina que compró, porque los echó en la leche y en el calmante.

El procurador general, despues de examinar los hechos que establecen el envenenamiento de Augusto, añade:

Resulta que en la mañana del 31 se habia apoderado Castaing de las llaves de dos muebles que habia en la habitacion de Augusto en París, y uno de los cuales contenia á la sazon una suma de 70.000 francos en billetes de banco; que dueño ya de aquellas llaves, al punto que Juan llegó se las dió diciendo que su amo se las habia confiado para entregarlas á una persona en París; pero que no pudiendo separarse de aquel, le encargaba á él, á Juan, que las pusiese en manos de la persona designada. Esa persona, como despues se ha sabido, era un tal Malassis, oficial de M. Collin Saint-Menge, notario en París, plaza de Saint-Honoré, y depositario del testamento de Augusto, objeto de la codicia y del último crímen de Castaing.

Apenas llegó Castaing á la cárcel de Versalles, continúa el procurador general, buscó un preso que pudiese recibir sus confidencias y ayudarle á combatir las dificultades de su posicion constituyéndose en persona intermedia entre él y los sugetos á quienes tenia interés en comprometer á guardar silencio. Creyó haber hallado esa persona intermedia en un tal Goupil, compañero de prision, pero que detenido por un delito muy leve, sus acciones y cartas no estaban sujetas á una gran vigilancia. A ese Goupil es á quien Castaing, esceptuando la confesion de sus crímenes, hizo confidencias muy ámplias sobre su triste situacion; sobre la resolucion que habia tomado de suicidarse por un método ingenioso y dulce, si la autopsia deponia en contra suya; sobre sus relaciones con una mujer de la que habia tenido hijos; sobre la amistad que le habia unido con los Ballet; sobre las sospechas que recaian sobre él con motivo de la muerte casi repentina de los dos hermanos; sobre los 100.000 francos que

poseia y que le habian venido, segun decia, de un tio suyo; sobre la colocacion que habia dado á ese dinero; sobre los venenos que habia tenido en su poder; sobre los que habia comprado últimamente; sobre el gran riesgo que corria si fuesen conocidos muchos de esos hechos; y sobre el grande interés que tenia en conseguir de los que los sabian que quisiesen callar. Propuso á ese mismo Goupil que se encargase de escribir á su madre para que esta diese con aquellas personas todos los pasos propios para persuadirles á que accediesen á aquel deseo. Goupil consintió en ello, y escribió á la madre de Castaing en lo cual ha convenido esta; pero atormentado luego con el peso de aquellas singulares confidencias las trasmitió á la justicia. Iguales agitaciones persiguieron á Castaing en las cárceles de París. Allí se ocupó tambien en anudar intrigas análogas con sus compañeros de prision para que escribiesen á Chevalier que dijese que no era acetato de morfina lo que habia comprado en su botica. Allí tambien no sabiendo cómo salir del laberinto de contradicciones y mentiras acumuladas en sus diferentes interrogatorios, tomó el partido de hacerse el loco, circunstancia que, ya fuese la locura verdadera ó fingida, mas bien le acusa que le justifica, porque los inocentes que se hallan envueltos en una acusacion no se vuelven locos por lo regular, y sobre todo nunca tratan de fingirlo.

VIII.

El fin prematuro de los dos hermanos Ballet y la prision de Castaing acusado de ser el autor de su muerte, causaron en París una sensacion profunda. Esto se concebirá facilmente si se atiende por una parte, á que Augusto Ballet pertenecia á la sociedad elegante y mantenia relaciones públicamente con Mlle. Percillie que acababa de dejar el teatro de la Grande Opera por el Odeon, en donde el público le habia hecho una acogida sumamente lisonjera: era, pues, natural que la sociedad en que vivia Augusto, y sobre todo los numerosos amigos que se habia hecho, se interesasen en un asunto en que su nombre debia figurar, y su sombra reclamar venganza. Por otra parte la familia de Castaing ocupaba una posicion honrosa, y

este mismo formaba parte por su profesion de médico, de una corporacion poderosa, y que tenia interés en combatir en la opinion pública hasta la apariencia de una monstruosa culpabilidad.

La consecuencia de esto fué que desde los primeros momentos en que se divulgaron aquellos sucesos, tomaron cuerpo dos opiniones bien marcadas; los unos no veian en Castaing mas que el tipo del asesino cobarde y pérfido perpetrando en las tinieblas un crímen á que le habia conducido una codicia insaciable: otros, por el contrario, consideraban á aquel hombre como la víctima inocente de una reunion fatal de circunstancias, habilmente esplotadas en interés de los herederos de Ballet frustrados por un testamento en sus legítimas esperanzas.

Entre tanto Castaing, como hemos dicho, habia sido conducido á la cárcel de Versalles; pero fué sacado de ella bien pronto, porque el tribunal real avocó la causa á París. Confiose la instruccion del proceso á M. Desmortiers; los testigos examinados pasaban de ciento, y sin embargo á pesar de los datos precisos que suministraron, acaso no hubiera podido formarse un conjunto de pruebas suficiente para motivar la remision del acusado al tribunal de Assises por falta del cuerpo del delito que escapaba á todas las investigaciones; pero el sistema absurdo de defensa adoptado por Castaing y las imprudentes confidencias que hizo en la cárcel al compañero de prision puesto allí sin duda de intento para captar su confianza, suministraron á la acusacion un cúmulo de indicios, de documentos y, por decirlo así, de pruebas morales, propio para convencer al jurado, tanto como hubiera podido hacerlo una prueba material y palpable.

A consecuencia de esa instruccion que se prolongó por espacio de cinco meses, fué remitido Castaing y tuvo que comparecer el 10 de noviembre de 1823, ante el tribunal de Assises del Sena presidido por M. Hardouin, y siendo abogado general M. de Broe. La defensa fué encomendada á M. Roussel, amigo de colegio de Castaing, apoyado por M. Berryer.

M. de Martignon y su esposa, cuñados de Augusto y de Hipólito Ballet, se mostraron parte civil y eligieron por abogado á M. Persil.

El número de testigos que habian de ser examinados era de noventa y uno.

Fácil es de presumir la avidez con que se fijarían las miradas de los concurrentes en Castaing cuando apareció este en el banco de los acusados.

Era un hombre de pequeña estatura, vestido enteramente de negro y de aspecto modesto y tranquilo. Sus facciones de una notable regularidad tenian un carácter particular de reflexion y recogimiento, á que contribuia mas aun el hábito de tener los ojos bajos; su cutis era de una blancura mate, y nada en su persona ni en sus movimientos revelaba las terribles angustias que podia suponerse le devorasen interiormente.

El escribano leyó el escrito de acusacion estendido por el procurador general Bellart y cuya lectura ocupó al tribunal hasta las dos. De consiguiente eran cerca de las tres cuando principió el interrogatorio del acusado que no pudo quedar terminado en aquel dia.

Las primeras preguntas versaron sobre la muerte de Hipólito. Las respuestas de Castaing establecen que en la época de aquella muerte estaba haciendo un estudio especial de los venenos, que se habia procurado una gran cantidad de acetato de morfina, que tenia conocimiento del testamento de Hipólito y que habia recibido cien mil francos de Augusto.

El presidente. El 11 de octubre de 1822 prestásteis 30.000 francos á vuestra madre; el 15 entregásteis 66.000 francos al agente de cambio Vatry para que comprase fondos públicos: tambien pusísteis 4,000 francos en manos de una tercera persona. ¿De dónde os habia venido ese dinero?

Castaing. Me lo tenia dado Augusto Ballet. Un dia vino á mi casa y me propuso que lo aceptase, yo rehusé, pero como insistiese, consentí en recibirlo conforme se fuese presentando ocasion para colocarlo.

El acusado añade que Hipólito quería dejarle al morir 4,500 francos de renta, que Augusto lo sabia y que ese fué el motivo de aquella donacion considerable.

Pasando el presidente á los hechos relativos á la muerte de Augusto, dice Castaing que temiendo aquel, en vista de la muerte de su padre, de su madre y de su hermano, un fin semejan-

te, quiso hacer su testamento. Creíase atacado de la misma enfermedad de su madre y tenia grande aprension.

Presidente. ¿No habeis preguntado á vuestro pariente y amigo Malassis, pasante de escribano, si era válido el testamento hecho en favor del médico?

Castaing. Sí: Augusto me encargó que lo consultase para hacer su testamento.

P. ¿No os dió Malasis un formulario de testamento ológrafo?

R. Sí, en cuatro ó cinco líneas.

P. ¿En la segunda visita no le hablásteis de un amigo vuestro que estaba desavenido con su hermana y quería entregaros doce mil libras en rentas?

R. Es posible.

P. ¿No le digísteis que ese amigo estaba atacado de una grave enfermedad?

R. Dije que se creia atacado, que habia esputado sangre.

P. ¿No fué el 29 de mayo y antes de salir para Saint-Cloud cuando fuísteis á llevarle ese testamento?

R. Sí.

P. ¿A qué hora?

R. A las siete y media.

P. ¿Y habiais leido ese testamento?

R. Augusto me lo habia enseñado mucho tiempo antes.

Al referir el acusado el viaje á Saint-Cloud, hace mencion del episodio del vino caliente, del que dice bebió una taza, y habló de la invasion súbita del mal, etc.

Presidente. ¿No salísteis de la posada á las cinco y media de la mañana?

Castaing. Creo que no eran mas que las cuatro.

P. ¿Dispertásteis á los criados para que os abriesen la puerta?

R. Sí

P. ¿Para qué salísteis á esa hora?

R. Para ir á París.

P. ¿Con qué objeto?

R. Para comprar, á instancias de Ballet, sustancias que debian servir, bien para esterminar los gatos de la posada que le impedian dormir, bien para hacer juntos esperimentos.

P. Primero ocultásteis ese viaje y digísteis que íbais á dar una vuelta por los jardines. Por otra parte, es esta la vez primera que hablais de la intencion de hacer esperimentos.

R. Ese era mi objeto.

P. ¿Por qué no lo habeis manifestado antes?

R. Porque no me ocurrió y daba á eso muy poca importancia.

PRESIDENTE. Esa suposicion es inadmisible: antes bien dabais á eso tal importancia que, segun habeis dicho vos mismo, estábais asustado del cúmulo de circunstancias que se reunian en contra vuestra, y entre las cuales contábais por mucho vuestros viajes á París. Esplicaos, pues, en interés vuestro.

CASTAING. En un principio temí hacer conocer que Augusto Ballet, sin embargo de no ser médico, se ocupaba en semejantes esperimentos. Temí lastimar su reputacion y hacer agravio á su corazon.

M. DE BROE. Con tanto mas motivo cuanto que Ballet quería, segun vuestro dicho, envenenar á todos los perros y gatos de la posada.

PRESIDENTE. Habeis dicho que Augusto no habia querido, como le propusísteis, enviar á buscar su carruaje, porque quería volver á París aquella misma noche. Entonces ¿á qué venia envenenar á los gatos?

CASTAING. El fué el que quiso: yo le propuse enviar a buscar su carruaje y no accedió: quizá, me dijo, volveré esta noche á París.

P. ¿Cómo es creible que á las cinco de la mañana os enviase a buscar venenos á París?

R. Refiero los hechos tales como han pasado sin poder añadir reflexiones que no me comunicó Ballet.

P. Pero dad al menos algunas explicaciones.

R. El no me las dió.

P. Dudo que vuestra respuesta satisfaga á los jurados. ¿No era mas sencillo mudar de posada?

R. Quizá no hubiéramos encontrado otra mejor.

P. ¿Y no era mas sencillo todavía volver á París?

R. Augusto tenia hinchadas las piernas.

P. ¿Y por qué en un principio habeis ocultado ese viaje?

R. Por las sospechas que se manifestaron contra mí.

P. Razon mas para esplicar claramente vuestra conducta en vez de apelar á una mentira ¿Por qué fuísteis á buscar venenos á París?

R. Ignoraba que hubiese botica en Saint-Cloud.

P. Una habia en Boulogne á cuatrocientos pasos de la posada.

R. No me acordé de ella.

P. ¿Por qué elegísteis el acetato de morfina para envenenar á los gatos?

R. Porque quería tambien hacer esperimentos.

P. Pero no habiais ido á Saint-Cloud para hacer esperimentos, puesto que solo debiais pasar allí dos dias.

R. No habia ido á Saint-Cloud para hacer esperimentos; pero como las circunstancias hicieron que tuviese que comprar venenos, preferí tomar el acetato de morfina para que me sirviese con ambos objetos.

P. En la instruccion de la causa no habeis hablado jamás de semejantes esperimentos.

R. Estaba malo y turbado cuando fuí examinado.

P. Es cierto; en la Force os hallábais en grande agitacion; pero se aguardó á que se mitigase. Se os ha interrogado en diferentes ocasiones y jamás habeis hablado de eso.

El acusado no respondió.

P. ¿Por qué no tomásteis el específico para matar ratones en Saint-Cloud?

R. Porque quería hacer esperimentos.

P. ¿Por qué fuísteis en París á dos boticas diferentes?

R. Mi primera intencion fué ir á mi casa; pero luego reflexioné que habia llegado mi hermano con su familia. Hacia muchos años que no nos habíamos visto, y me habria detenido, con lo cual no hubiera podido volver á ver á Augusto en Saint-Cloud. Eso fué lo que me decidió á ir á la botica de Chevalier.

P. ¿Y para qué fuísteis á buscar emético en otra botica?

R. Tenia precision de ir á la calle de Saint-Honoré, y como esa botica se hallaba en el camino, me ocurrió entonces la idea de comprar emético.

P. Otra contradiccion mas: teneis declarado en el proceso que fuísteis primero á la botica de Robin y luego á la de Chevalier y ahora decís lo contrario.

R. Estuve primero en la de Chevalier.

P. ¿Por qué entregásteis al boticario una receta diciendo que el emético debia ser tomado en lavativas, segun el método de Castaing?

R. Como pedia una gran cantidad, temí que me la rehusasen.

P. Si hubiéseis dicho vuestro nombre y profesion os la habrian dado seguramente.

R. Preferí estender una receta.

Presentada que fué la receta al acusado la reconoció por suya.

P. ¿No volvísteis á pedir esa receta al mancebo de Robin?

R. No: habia sobre la mesa un papel doblado y lo cogí para envolver el emético; pero viendo el mancebo que era la receta, me lo hizo observar y se la devolví.

P. ¿No le invitásteis á que os la diese?

R. Me parece que no.

P. ¿Regresásteis inmediatamente á Saint-Cloud?

R. Sí.

P. ¿A qué hora llegásteis?

R. Entre siete y ocho.

P. ¿Al llegar pedísteis leche fria?

R. Ballet fué quien manifestó ese deseo: así fué que bajé y encargué que subiesen leche conforme aquel quería.

P. ¿Leche fria?

R. Yo pedí leche de vacas recien ordeñada.

P. Habeis declarado que trajeron una jarra de leche caliente.

R. Entendia por eso leche recien ordeñada.

P. ¿Quién echó la leche en el vaso?

R. Augusto.

P. ¿Bebísteis vos?

R. Sí.

P. ¿Delante de quién?

R. Creo que estaba presente un criado.

P. Nadie ha dicho tal cosa. ¿Parece que no habeis tenido otro testigo de ese hecho que Ballet?

R. Creo que me vió tambien un criado.

P. ¿Podríais reconocerle?

R. Dificil sería.

P. ¿Tres cuartos de hora despues de haber bebido Augusto la leche, le acometieron vómitos violentos, evacuaciones de bilis y de materias negras?

R. Sí.

P. ¿No dijísteis al criado que vertiese el cacharro en que se hallaban esas materias?

R. No me acuerdo.

P. Sin embargo habeis convenido en ello y lo declara el criado.

R. Me acuerdo de que Augusto mandó retirar el cacharro, y yo dije al criado que lo hiciese.

P. Sois médico y debeis conocer toda la importancia de un acto semejante. ¿Por qué no conservásteis esas materias para enseñarlas á los médicos?

R. Recuerdo que dije al criado que las retirase pero no que las vertiese.

P. Esta nueva version no está conforme ni con vuestras declaraciones, ni con la del testigo. Este dice que le encargásteis terminantemente que vertiese el cacharro.

R. Puede que cediera en eso á los deseos de Ballet.

P. En último resultado, responded positivamente ¿qué órden dísteis?

R. No me acuerdo.

P. ¿No salísteis en seguida?

R. Sí.

P. ¿A qué?

R. A arrojar por el comun el acetato de morfina y el emético que habia comprado en París, y mezclado en un frasco.

P. ¿Por qué motivo?

R. Porque me asusté del cúmulo de circunstancias que se conjuraban contra mí.

P. Y sin embargo decíais hace poco que esas circunstancias se os habian ido de la memoria. ¿Tan poca importancia les dábais?

R. Hay cosas que conservo en la memoria y otras que se han borrado de ella.

P. Se han limpiado los conductos del comun y no se ha encontrado en ellos frasco ninguno.

R. Así lo he oido leer en el proceso verbal, y he estrañado muchísimo que no se haya encontrado el frasco. Sin duda se habrán practicado mal las diligencias. Es un hecho que yo arrojé los venenos intactos y estoy seguro de ello.

P. Prueba de que las investigaciones se han practicado con todo cuidado es que se ha hallado otro frasco de menor volúmen que el vuestro.

R. Repito que es grande mi sorpresa.

M. de Broe. Esta es la primera vez que el acusado habla de un frasco. Hasta ahora habia dicho que arrojó las sustancias mismas.

R. No daba á ese hecho ninguna importancia.

Presidente. ¿A qué hora llegó el médico M. Pigache?

R. A las once.

P. ¿Què recetó?

R. Una limonada.

P. ¿Fué cumplimentada su receta?

R. M. Ballet no quiso beber mas que dos veces.

P. El médico volvió á las dos. ¿Qué recetó entonces?

R. Una limonada tartarizada.

P. ¿En donde fué preparada?

R. En la botica de Anselmo en Boulogne.

P. Cuando trageron la bebida ¿no enviásteis á pedir la receta?

R. Sí.

P. ¿Con qué objeto?

R. Con ninguno.

P. Es estraño ese cuidado. Hasta guardásteis la receta en vuestra cartera. ¿No hicísteis eso en interés de la validez del testamento otorgado en favor vuestro? ¿No debia serviros esa receta para probar que otro médico que vos fué el que asistió á Ballet en su enfermedad?

R. No.

P. Vos mismo dísteis una cucharada de aquella bebida á Ballet.

R. Le administré varias.

P. ¿No le dísteis la primera entre cinco y seis de la mañana?

R. No lo recuerdo.

P. Un testigo declara que os la vió administrar, y que cinco minutos despues se manifestaron síntomas muy alarmantes á los que siguió la agonía.

R. Cuando se presentaron esos síntomas habia tomado ya el enfermo muchas cucharadas.

P. ¿A qué hora?

R. A las nueve.

P. ¿A qué hora perdió el paciente el conocimiento?

R. A eso de las diez.

P. Sois desmentido formalmente por el testigo. Cuando M. Pigache volvió á las once ¿no practicó una sangría?

R. Sí.

P. ¿No propuso hacer otra?

R. Me dijo que aplicase sanguijuelas y así lo hice. Entonces me habló de una segunda sangría; pero añadió que temia que el enfermo espirase al tiempo de sangrarle, á lo que yo repuse que lo consideraba una cosa muy delicada.

P. Estais desmentido por M. Pigache.

R. Yo no me opuse á ello, y me limité á hacer una observacion porque él me pidió mi parecer.

P. ¿Tambien propuso M. Pigache ir á buscar un médico á París?

R. Sí.

P. ¿Y os opusísteis á ello?

R. Era la una de la madrugada y dije que temia no quisiera venir médico ninguno y nos viésemos privados del cabriolé que podia sernos útil.

P. ¿Cuál fué vuestra opinion sobre las causas de una enfermedad cuya marcha era tan rápida?

R. Ignoro las causas; en cuanto á la naturaleza me pareció en un principio cólera-morbo, y luego la creí una congestion cerebral causada por una inflamacion en los intestinos.

P. Dijísteis despues de muerto Ballet que era *cólera-morbo*, y á Martignon que era una congestion cerebral.

R. Debo hacer observar que una afeccion intestinal con el cólera-morbo puede convertirse en muy poco tiempo en una afeccion cerebral. No es de estrañar que yo haya señalado dos causas diferentes: se han presentado á la vez síntomas de una y otra, y la afeccion no estaba de tal modo marcada que se pu-

diese decir positivamente si era una afeccion cerebral ó una afeccion al vientre.

P. ¿No habeis escrito á Malassis una carta en que le anunciábais el envio de dos llaves, encargándole que no dijese que venian de vos, y guardase secreto sobre el testamento de Ballet y sobre vuestro parentesco con Malassis?

R. Sí.

El acusado reconoce la carta.

P. ¿Para qué era ese secreto?

R. En cuanto al testamento, quería yo evitar contestaciones enojosas con M. Martignon ; y en cuanto al parentesco, temia que esa circunstancia me fuese perjudicial, porque no conozco las leyes.

P. El 10 de junio se os preguntó si habíais escrito á Malassis, y lo negásteis; ¿por qué esa falta de verdad?

R. Para ocultar una circunstancia agravante.

P. ¿No os tranquilizaba el testimonio de vuestra conciencia? ¿No entregásteis el 30 de mayo dos llaves á Juan?

R. No; fué el dia 1.º de junio.

P. Sois desmentido en eso por Juan. ¿Conocíais esas dos llaves?

R. He dicho ya que no, y lo afirmo.

P. ¿Sabíais lo que contenian los muebles?

R. No.

P. Sin embargo, otros que no tenian tanta confianza con Ballet como vos, sabian que habia cobrado poco tiempo antes 100,000 francos, de los que habia aun en uno de sus muebles 70,000, en billetes de banco. ¿Cuándo os entregó Ballet las llaves?

R. El 31 por la noche.

P. Todo se arreglaba perfectamente en favor de vuestros intereses de legatario universal. Parece que Augusto no pensaba mas que en vos, aun en medio de su agonía. El dia en que se hizo la autopsia del cadáver, ¿no tratásteis de hablar á M. Pelletan?

R. Sí.

P. ¿Para qué?

R. Para preguntarle el resultado de la operacion.

P. ¿No le preguntásteis si se habia descubierto algo que pudiera inspiraros temores?

R. No me acuerdo.

P. ¿A qué venia esa inquietud, si vuestra conciencia no os remordia?

R. Pesaban sobre mí terribles sospechas.

P. ¿No invitásteis en la cárcel á Goupil para que escribiese al boticario que dijese que os habia vendido morfina, y no acetato de morfina?

R. Los hechos pasaron de este modo. Hablando con Goupil de las circunstancias en que me hallaba, le dije que entre otras cosas aflictivas para mí, tenia en mi cuarto un botiquin, que compré al conserje de la casa de Sanidad de M. Dubois; que ese botiquin contenia, entre otras drogas, algunas venenosas y acetato de morfina. Díjome que esa circunstancia era muy séria y muy grave; me preguntó las señas de la botica en donde compré las drogas, y me aconsejó escribiese al boticario, ó le hiciese hablar por medio de mis parientes para que no lo declarase. Yo seguí el consejo.

PRESIDENTE. Esa declaracion está enteramente desmentida por Goupil. Sin dar al testimonio de este mayor importancia de la que merece, haré observar á los señores jurados que todos los informes que ha dado, ya sea sobre la colocacion de fondos, ya sobre otros objetos, han resultado conformes á la verdad.

Se invita á los señores jurados á pregüntar, si lo desean.

UN JURADO. ¿Por qué el dia 1.° de junio, dia en que Ballet se hallaba peor, no hizo Castaing que viniese una asistenta?

CASTAING. Tenia para cuidarle á los criados de la casa.

PRESIDENTE. Resulta de la instruccion, que á las ocho de la mañana encargó Castaing á un criado que subiese al lado de Ballet para sostenerle la cabeza.

OTRO JURADO. Ha dicho el acusado que al volver en el carruaje desde París á Saint-Cloud, mezcló en un frasco la mitad del acetato de morfina con todo el emético. ¿Qué se hizo del resto del acetato de morfina?

CASTAING. Lo eché tambien en el frasco al llegar á Saint-Cloud.

EL MISMO JURADO. ¿Para qué era esa mezcla?

R. Deseaba saber qué resultado producia.

P. ¿Y por qué no haberla hecho en Saint-Cloud, y sí en el camino?

R. Fué un acto puramente maquinal.

El presidente hace notar que era mucho mas sencillo haber hecho la mezcla en Saint-Cloud, y M. de Broe añade que hasta hubiera sido mas útil, puesto que Castaing pretende que esas sustancias debian servir para hacer ensayos con Augusto, segun deseos manifestados por este; porque, añadió para terminar M. de Broe, si hemos de creer al acusado, Augusto quería tambien instruirse en los venenos.

IX.

En la primera audiencia, cuando se vió comparecer á Castaing con su actitud resignada, y su fisonomía cándida en apariencia; cuando se le vió teniendo al lado suyo á su anciano padre y á sus dos hermanos, próximo el uno á terminar una larga carrera llena toda de honor y de probidad, y los otros dos con una posicion distinguida creada por ellos mismos con el trabajo, la honradez y el talento; cuando en presencia del público que le devoraba con la vista apretó con efusion la mano de sus defensores, llegó á producir una impresion del todo favorable, y todos pensaron que faltando el cuerpo del delito, saldria, si no completamente justificado, á lo menos absuelto por falta de pruebas suficientes.

Pero luego que se oyó el interrogatorio, la impresion fué del todo diferente: las explicaciones oscuras é inverosímiles, las divagaciones de Castaing parecieron establecer su culpabilidad, y desde entonces pudo presentirse ya una sentencia condenatoria.

Fueron examinados los testigos.

El primero fué M. Martignon, cuñado de los difuntos, y que por su carácter de parte civil no prestó juramento.

La deposicion de este testigo, notable por su moderacion, pareció impresionar vivamente al acusado, el cual dejó á sus defensores el cuidado de combatirla.

Oyose en seguida al doctor Laenec que asistió á Hipólito antes de que este por su desgracia se pusiese en manos de Castaing.

M. Laenec habló de las circunstancias de la muerte de Hipólito y terminó del modo siguiente:

—Como médico nada puedo afirmar: como hombre, si hubiese sido testigo de los últimos momentos de Hipólito Ballet, tales como se refieren, habria sospechado el envenenamiento y provocado la autopsia. Añadiré que aun antes de abrir el cadáver habria pensado que el envenenamiento habia tenido lugar por la introduccion de alguna sustancia vegetal de que no se hallaría vestigio ninguno en el estómago. El proceso verbal, lejos de destruir mi opinion, la ha confirmado.

Interpelado Castaing por el presidente con motivo de la anterior declaracion, dijo:

—No he cometido el crímen que se me imputa y puedo miraros cara á cara.

Volviendo entonces los ojos al crucifijo colocado detras de los asientos del tribunal, añadió:

—Puedo mirar detrás de vosotros.... Lo que este caballero acaba de decir es su opinion. Nada tengo que decir: me someteré á la decision del tribunal.

Fueron examinados otros ocho médicos, y en seguida M. Chaussier profesor en la facultad de medicina, cuya declaracion es muy curiosa.

Declaró primero que encargado del exámen de las partes que habian sido separadas en la autopsia para ser sometidas al análisis, no habia hallado ningun vestigio ni vejetal ni mineral.

—Las señales de inflamacion observadas en el estómago, dijo, no son una prueba de envenenamiento.

PRESIDENTE. Los accidentes que habeis observado, ¿han podido ser producidos por el veneno?

M. CHAUSSIER. No señor: no ha habido envenenamiento.

PRESIDENTE. Estais en ese punto en contradiccion con la mayoría de vuestros colegas.

M. CHAUSSIER. Es muy posible: no me da ningun cuidado.

PRESIDENTE. Estais en contradiccion con vos mismo, pues habeis firmado conjuntamente con ellos en la causa una declaracion contraria. De consiguiente os reitero mi pregunta.

M. CHAUSSIER. (Despues de titubear un momento): *A posse ad actum non valet consequentia.*

PRESIDENTE. No se trata aquí de consecuencia: responded categóricamente.

M. CHAUSSIER. Pues bien, en rigor, eso ha podido tener por causa un veneno vegetal, mineral ó animal.

PRESIDENTE. ¿Puede el acetato de morfina ser absorbido de manera que no quede vestigio ninguno?

R. Sí, pero para eso es necesario tiempo, *et primò de corpore delicti constare debet.*

P. Cuando ha habido vómitos ¿puede seguirse luego la muerte?

R. No, porque se espulsa el veneno.

P. ¿Es posible volver á hallar los venenos vegetales?

R. Sí.

P. ¿El acetato de morfina?

R. Sí.

P. Pero cuando ha sido absorbido, es imposible hallarlo.

R. Sí, pero se necesita tiempo.

Leyóse al testigo la declaracion que habia firmado, y en la que dice que es posible que no pueda hallarse el acetato de morfina cuando este ha sido absorbido.

—Sí, dijo M. Chaussier; pero entonces falta el cuerpo del delito.

El presidente hace observar al testigo que ese era un punto de jurisprudencia, sobre el cual no le tocaba hablar.

En seguida se leyó al testigo el diario de la enfermedad de Augusto y el proceso verbal de la autopsia; y el presidente invita á M. Chaussier á que diga si los accidentes observados en la cabeza han podido ser resultado del veneno.

—Sí, respondió M. Chaussier; han podido ser producidos por el veneno y por otras mil circunstancias; por todo lo que causa un arrebato de sangre.

Hecha la misma pregunta relativamente á los desórdenes del abdómen y del pecho, contestó que no; pero confiesa al mismo tiempo que no son exclusivos del veneno. A otra pregunta de M. Roussel contesta que los venenos narcóticos causan siempre una prodigiosa dilatacion de la pupila, y el acetato de morfina produce ese efecto.

El presidente le hace notar que en ese punto se halla en desacuerdo con Orfila. M. Chaussier replicó:

—Tengo una experiencia que Orfila no tiene.

La deposicion de M. Chaussier, corroborada por las de M. Barruel y M. Magendie, fué considerada como testimonio del partido tomado por todo el cuerpo médico de sostener á todo trance la inocencia de sus miembros.

Mlle. Percillie acriminó á Castaing con gran vigor. El acusado, á fin de combatir su deposicion, entró en largos detalles sobre las relaciones de Augusto con aquella actriz, y dijo que sus alegaciones eran debidas al ódio que le profesaba por haber tratado de enemistarla con su amante.

Cuando le tocó declarar al negro Juan pintó los últimos momentos de su amo, imitando su dolorosa agonía en una pantomima que conmovió al auditorio.

Despues de estas declaraciones, la mas curiosa es la de M. Malassis, oficial de notario.

—Castaing, dijo, de quien soy pariente, vino á preguntarme un dia si un médico podia recibir el legado que uno de sus enfermos le dejase por testamento, y yo le leí las disposiciones de la ley. Hácia el 22 de mayo volvió diciéndome que el asunto le concernia á él personalmente, y que el testamento habia sido hecho en favor suyo. Preguntéle si el testador estaba malo, y me respondió que estaba atacado de una enfermedad grave; que esputaba sangre; que tenia una hermana á quien no quería dejar su fortuna; que el testamento debia estar en regla, porque el testador habia estudiado leyes y él no le habia asistido como médico. Le hablé de las formalidades necesarias, y le propuse que depositase el documento, ó en poder de mi notario, ó en el mio. Castaing me dijo que me lo enviaría. Invitome á que fuese á casa de su madre, y como, segun me dijo, debia ir á ver á su amigo enfermo, que estaba en el campo, de donde no podía regresar hasta el domingo, quedó fijada la comida para este dia. Dos ó tres dias despues me envió el testamento con una carta que no tenia fecha ni firma. Le puse al testamento una cubierta, y le guardé en mi papelera con su rótulo correspondiente. El domingo fuí á comer á casa de M. Castaing, y hasta la noche no recibí la carta de este, en que me participaba la muerte de Augusto Ballet. El lunes por la noche ví á M. Martignon, y le

prometí protocolar el testamento al dia siguiente. Fuí, en efecto, al tribunal con mi notario para protocolarlo, cuando, habiendo encontrado á M. Sené, que era el notario de la familia Ballet, le entregamos el testamento, para que radicase en su escribanía.

CASTAING. El testigo se equivoca; no he dicho que fuese á ver á mi amigo enfermo en el campo, sino que mi amigo creia estar enfermo, porque escupia sangre.

PRESIDENTE. Hay una gran diferencia entre decir que Augusto se conservaba bueno, que tenia una enfermedad grave, cuando murió tres dias despues, y decir que se creia enfermo.

Malassis insiste en su declaracion.

Castaing sostiene que él entregó á Malassis el testamento el 29 de mayo, antes de marchar á Saint-Cloud, y que Augusto le acompañó hasta la puerta del testigo.

PRESIDENTE. ¿Por qué no escribió Augusto la carta?

CASTAING. Me encargó que la escribiera.

PRESIDENTE. ¿Dónde ha sido escrita?

CASTAING. En casa de Ballet.

PRESIDENTE. Malassis, ¿qué ha sido de esa carta?

MALASSIS. La rompí; pero afirmo que estaba concebida en estos términos: «Os envio el testamento de M. Ballet; tomad conocimiento de él, y conservadlo para su presentacion.»

PRESIDENTE. ¿Estais seguro de que la carta no contenia otra cosa?

MALASSIS. Estoy seguro de ello, y lo afirmo.

X.

Habíanse consagrado seis audiencias á los debates de esta causa, cuando M. Persil, abogado de M. y Mad. Martignon, partes civiles, tomó la palabra.

«Persiga el ministerio público, dijo M. Persil, en interés de la sociedad al autor de crímenes atroces que la conmueven: nada se descuidará: su celo y su habilidad descubrirán delitos horribles, y removida de vuestras conciencias hasta la duda mas leve por la claridad y la fuerza de la discusion, podreis fallar con toda seguridad.

«Pero no es bastante eso para la familia de la víctima, para

una hermana cuyo cariño ha sido tan estrañamente calumniado. La naturaleza y la ley, de acuerdo con nuestras costumbres, le imponen un deber que no puede desconocer.»

Despues de haber explicado así M. Persil los motivos que habian determinado á M. y Mad. Martignon á mostrarse parte civil, el abogado general M. de Broe pronunció su alegato. Aludiendo á los términos de que se habia servido M. Chaussier en su declaracion, explicó á los jurados que no debia confundirse el *cuerpo del delito* con las *pruebas del delito* y citó en apoyo de su dicho estas palabras de Aguesseau:

«El cuerpo del delito no es otra cosa que el delito mismo: en cuanto á las pruebas del delito varían hasta lo infinito, segun la naturaleza de las cosas, y son generales ó especiales, principales ó accesorias, directas ó indirectas: en una palabra, forman ese conjunto que determina la conviccion de un hombre honrado.»

«Supongamos un caso, añade M. de Broe: Un hombre envenenado recibe á tiempo los auxilios de un médico y se libra de la muerte. No se irá á buscar las pruebas del envenenamiento en la autopsia: ¿y en dónde se hallarán? En las circunstancias accesorias.»

M. de Broe termina recordando que al entrar el cura de Saint-Cloud en el cuarto en donde Augusto exhaló su último suspiro, Castaing se prosternó de rodillas y fingió impulsos de dolor y de piedad que edificaron á todos los concurrentes.

—Sí, exclamó el abogado general; mucho debia llorar Castaing si lloraba por sí mismo y por su crímen: debia temblar porque la imágen del Dios que todo lo ve, estaba allí: debia estar turbado, porque los últimos gemidos de su víctima eran como una voz de lo alto que le llamaba á comparecer tarde ó temprano ante otro tribunal distinto del que le juzga hoy. Castaing violaba así todo cuanto hay de mas sagrado en el mundo; la religion y la amistad.... A las ocho todo habia concluido: el legatario universal estaba investido del derecho á todos los bienes.

Al hablar el órgano de la vindicta pública de los interrogatorios de Castaing se espresaba de este modo:

—En medio de las preguntas apremiantes que se le dirigian, en medio de la hipócrita afectacion de un continente modesto,

y un lenguaje melodioso ¿no habeis observado como yo la turbacion que agitaba su conciencia culpable, el remordimiento que desgarraba su alma? ¿No os ha parecido que en pos de esas vergonzosas y absurdas mentiras pronunciarían al fin sus lábios una confesion que, á lo menos hubiera ofrecido á Dios y á los hombres en expiacion de sus crímenes?

«¿Qué hombre honrado, continúa M. de Broe, no se horrorizará á la idea de un envenenamiento que reune á la atrocidad del homicidio la infamia de la vileza? ¿Qué corazon generoso que haya gustado las dulzuras de la amistad no esperimentará una justa indignacion al espectáculo de la amistad baja y cruelmente vendida? ¿Qué hombre religioso no se estremecerá ante el escándalo de la inmoralidad que conduce al crímen y de la hipocresía albergando el sacrilegio y la profanacion? ¿Qué ciudadano, en fin, qué padre de familias no temblará á la idea de que un médico, un hombre iniciado por sus estudios en los secretos de la naturaleza abusase de una ciencia protectora, para llevar al hogar de las familias, en vez de sus títulos á una confianza necesaria, los cálculos horribles de una sórdida codicia, en vez de sus cuidados por la conservacion de la vida, la muerte, la muerte con todos sus horrores, la muerte friamente calculada y sorprendiendo á la víctima sin vender al asesino?

«Nos ha bastado, señores, desenvolver á vuestros ojos ese cuadro desgarrador para que os halleis convencidos de lo altamente interesado que está en él el órden social. No dareis al envenenador los ricos despojos que viene á reclamar de vosotros llevando en cada mano la cabeza de un amigo. No dareis al envenenador una patente de estímulo y de impunidad. La sociedad consternada ha arrojado el grito de alarma y la sociedad será vengada.»

Tomando la palabra M. Roussel, despues del abogado general, principió por consignar con precision este hecho: que la cuestion que debia someterse al jurado, la cuestion de si el acusado es culpable, era una cuestion compleja, subdividida en dos cuestiones principales, á saber: ¿el delito ha sido cometido? ¿el acusado es su autor?

Planteada así la cuestion, el defensor de Castaing continúa del modo siguiente:

«El delito es un efecto; el acusado no es mas que la causa. Es de consiguiente inútil ocuparse de la causa, si el delito no es cierto. Ante todo se necesita un cuerpo de delito: es preciso que ese delito esté justificado con pruebas materiales que no necesiten del auxilio del raciocinio: es preciso que esté bien establecido que no es posible la inocencia.»

M. Roussel declaró en seguida que en su sentir el cuerpo del delito no podia ser probado sino por síntomas pertenecientes exclusivamente al veneno ó por el descubrimiento del veneno mismo, ó por la comprobacion en la autopsia de alteraciones que solo el veneno pudiese producir. Y como de la instruccion no resultaba nada de eso, dedujo M. Roussel que el envenenamiento no estaba comprobado.

El defensor pasó á examinar en seguida los diferentes cargos de la acusacion y concluyó con una vivísima peroracion, cuyo objeto era sembrar la duda en el ánimo de los jurados.

«No os dejeis alucinar, dijo dirigiéndose á estos últimos, por la idea de la alarma de la sociedad. Lo que alarmaría mas que nada á la sociedad, sería una condenacion fundada en presunciones. Hay una virtud que nunca peca por esceso, y es el amor á la verdad. Esta virtud es la que me ha inspirado y recomiendo á ella la acusacion y el acusado.»

M. Berryer tomó la palabra despues de su jóven colega. A continuacion insertamos algunos párrafos de su brillante improvisacion.

«Sin duda, señores jurados, dijo, habeis recogido con religioso cuidado todo cuanto se dijo ayer en defensa del acusado; pero en este momento supremo en que van á terminarse los debates, en este momento en que ninguna otra palabra justificativa podrá llegar ya á vuestros oidos, en este momento en que vais á usar del poder mas terrible que la sociedad ejerce sobre sus miembros, ¿cómo podiamos no desear añadir todavía algunas palabras?

«Quizá se haya omitido alguna cosa para la salvacion de este desgraciado. Quizá se haya omitido una palabra, una sola palabra que pueda hacer vacilar vuestra conviccion: quizá al poder de nuestras palabras se hallen confiadas la vida y la tranquilidad de una familia entera. No temamos añadir alguna

cosa á todo lo que hemos dicho, á todo lo que hemos hecho.

«La sociedad está alarmada: la seguridad turbada; y se reunen graves presunciones: un magistrado concienzudo os ha hablado de su conviccion y casi os ha dictado vuestra sentencia: si se comete algun nuevo crímen, sobre vosotros debe recaer la responsabilidad. Valor se necesita para abrazar la defensa; pero no nos faltará. Tambien nuestro deber es público: si la sociedad reclama venganza, tambien quiere no tener que lamentar un error en materia de juicios.

«Señores, si hay una familia desolada que quiere vengar la muerte de un hermano, otra familia hay que rodea á esta audiencia, que nos insta y que no tiene otro apoyo que nosotros: sus acentos de dolor son los que reproducimos en vuestra presencia: esta mañana misma me bañaba con sus lágrimas para suplicarme que añadiese, si era posible, algunas palabras á la defensa. Auxiliadme, os ruego, con una atencion cuya benevolencia se mostrará en vuestras miradas. Es preciso, pues, volver á abrir la discucion: es preciso, pero discutiré con lealtad: no haré traicion á mi ministerio; pero no le mancillaré ni con una mentira, ni con un culpable esfuerzo de ingenio.

«Permitid, pues, que me traslade por un momento con vosotros á la sala de las deliberaciones. Nada temais: es un hombre honrado mas entre vosotros: permitid que investigue por un momento con vosotros el problema terrible que vais á resolver con una sola palabra. La ley no os pide cuenta ninguna de vuestros motivos: la ley no os dice mas que una palabra. ¿Teneis una conviccion íntima? El jurado debe, pues, decirse á sí propio: no me piden cuenta de mi decision; ¿pero no me la debo yo á mí mismo? ¿No es preciso que no pueda haber en mi juicio posibilidad alguna de inocencia? Porque esa posibilidad puede acrecentarse y llegar á ser notable; y entonces ¿de qué servirían esas argumentaciones que hubieran podido conmoverme? Es preciso, pues, que el juez se diga: «He enviado á mi semejante al cadalso, pero mi conciencia está tranquila.» Sí, y lo estará, si es imposible que el acusado no sea culpable.»

Examinando M. Berryer la parte de la acusacion, relativa á la muerte de Hipólito Ballet, y á la sustraccion del testamento, combatió el testimonio del preso Goupil, á quien represento co-

mo un echadizo que habia hecho traicion á la verdad, en interés de sus viles cálculos de denunciador.

M. Berryer amplificó en seguida el tema desenvuelto por M. Roussel, sobre la necesidad de un cuerpo de delito para pronunciar una condena; sostuvo que no habia habido envenenamiento, y terminó así:

«Se ha reconvenido al acusado, señores, por su continente, su vacilacion y sus variaciones en los debates. Haceos cargo de la situacion de ese acusado; reflexionad que en el silencio de un calabozo vienen á cruzar mil pensamientos por esa cabeza, ya tan débil; y cuando ese jóven se halla acusado ante vosotros, señores jueces, ante vosotros, que vais á fallar sobre su vida, sobre su honor, sobre la existencia de su familia, ante ese Dios, que le juzga tambien, ¿creeis que pueda ser dueño de sí mismo? Tambien nosotros, señores, nos hemos afectado profundamente, esperanzados, como estábamos, de ver en las respuestas del acusado una justificacion plena, completa y brillante. No creais que hubiésemos querido prestarle nuestro ministerio, si fuese culpable: Dios no permita que apartemos la espada de la cabeza del culpable; entonces querríamos que nuestra voz pudiese decidirle á hacer una confesion de sus faltas, que pudiera al menos satisfacer á la justicia celeste.

Una justificacion nada mas, y con ella debo terminar. Antes de que pronuncieis una sentencia terrible, permitidme recordaros estas palabras que un rey de Francia, justamente célebre, dirijía á los magistrados de su reino:

«No obstante, cuando Dios no les ha concedido la completa aclaracion de un crímen, es una señal de que no quiere hacerlos jueces, y reserva la decision á su tribunal supremo.»

«Tal será tambien, señores, la regla de vuestra conducta, y aquí hago punto. He desempeñado el encargo que me habian impuesto el acusado, su familia y mi ministerio. Vosotros sabreis cumplir el vuestro con prudencia y firmeza.»

Despues de las réplicas del ministerio público, y de una última tentativa de M. Roussel, el presidente reasumió los debates y dió lectura de las cuestiones siguientes, sobre las cuales tenia que pronunciar el jurado:

«1.º ¿Edmundo Samuel Castaing es culpable de haber cau-

sado la muerte de Hipólito Ballet en el mes de octubre de 1822, con el auxilio de sustancias venenosas?»

Conviene observar que esta primera parte de la acusacion habia sido abandonada por el ministerio público á la prudencia de los jurados.

«2.° ¿Es culpable de haber destruido, en complicidad con Augusto Ballet, el testamento de Hipólito Ballet, hermano de este último?

«3.° ¿Es culpable de haber causado, el 30 de mayo último y 1.° de junio, la muerte de Augusto Ballet, con el auxilio de sustancias venenosas?»

Los jurados entraron á las nueve en la sala de conferencias, y dos horas despues salieron, habiendo pronunciado un veredicto de culpabilidad sobre los dos últimos capítulos de acusacion. Y como la declaracion del jurado no habia sido pronunciada sino por la estricta mayoría de siete votos contra cinco, el tribunal se asoció unánimemente á la mayoría del jurado.

Por órden del presidente se hizo volver á la audiencia á Castaing, á quien se habia hecho salir anteriormente.

Castaing se adelantó con paso firme, y oyó con serenidad la declaracion del jurado y las palabras del abogado general, que proponia la aplicacion de las penas marcadas por la ley.

Entonces el presidente hizo la pregunta de costumbre:

—Acusado, ¿teneis algo que decir en cuanto á la aplicacion de la pena?

Levantóse al punto Castaing, y con voz fuerte y sonora, dijo:

—No, señor presidente: ¡sabré morir, aun cuando sea bien desgraciado y me halle rodeado de circunstancias que me sumergen en el sepulcro! ¡Iré á buscar á mis dos infortunados amigos!.... Me acusan de haberlos asesinado villanamente..... ¡Oh! ¡si hay Providencia, si hay algo de divino en el ser que vive, ese algo irá á buscar á Augusto y á Hipólito Ballet!...

Despues de detenerse un momento, como para reponerse de la emocion que le dominaba, añadió Castaing, designando con un ademan solemne la imágen del crucifijo, colocada detrás de la silla del presidente:

—No son estas vanas declamaciones: nada imploro de lo que sea humano: imploro lo que es divino!... Invoco la muerte y

marcharé con placer al cadalso.... ¡Oh! sí, porque mi conciencia no me remuerde en nada, porque mi conciencia no me acusará ni aun en el momento de sentir....

Aquí se detuvo nuevamente Castaing y se llevó las dos manos al cuello, haciendo así alusion á la media luna de la guillotina.

A este ademan se oyó un sordo murmullo en el auditorio, y el acusado añadió en medio de aquella agitacion:

—¡Ay! es mas fácil comprender lo que esperimento que expresarlo!

Levantóse M. Persil, abogado de M. y Mad. Martignon, y con voz alterada leyó varias conclusiones dirigidas á pedir la nulidad del testamento. Entonces Castaing que habia permanecido de pie se volvió hácia él y exclamó con voz sonora:

—¡Habeis querido mi muerte! ¡Ahí la teneis!

Imposible sería describir el efecto que esas pocas palabras causaron en el auditorio. Durante la ausencia del tribunal que se habia retirado para deliberar, los jurados y el público se quedaron como petrificados.

Todo en aquellos momentos contribuia á inspirar el terror. Era mas de media noche: las luces que necesitaban haber sido alimentadas, solo proyectaban reflejos dudosos y vacilantes sobre rostros inmóviles y alterados por la fatiga y la emocion.

M. Roussel que se quedó solo en el banco de los defensores derramaba abundantes lágrimas.

Castaing le apretó afectuosamente las manos, diciéndole:

—Vamos, amigo mio, tranquilizaos: volveos hácia mí: estoy sereno, soy inocente. Abrazad á mi anciano padre, á mi amada madre, á mis dos hermanos tan buenos..... ¡á mi pobre hija!...

Interrumpióse aquí y permaneció en silencio por un instante. Volviéndose luego súbitamente á los abogados y á los jóvenes colocados en el pretorio, les dijo con voz segura:

—Y vosotros, jóvenes que habeis asistido á mi juicio; vosotros, contemporáneos mios, asistid tambien á mi ejecucion. No se desmentirá mi firmeza: una muerte pronta es la única gracia que pido.... ¡Me avergonzaría de implorar clemencia!...

Sin duda iba á continuar, pero un campanillazo que anunció el regreso del tribunal, le cortó la palabra. El presidente

leyó esta sentencia en medio de un profundo silencio:

«El tribunal, en vista de la declaracion del jurado, y en vista tambien de los artículos 301 y 302 del código penal, condena á Castaing á la pena de muerte.»

XI.

Castaing interpuso el recurso de casacion, y mientras transcurría el término para interponerlo, se le condujo, segun costumbre, á Bicetre.

Diez y siete dias despues de su condena, el 4 de diciembre, la seccion criminal del tribunal de casacion, reunida bajo la presidencia de M. Laplagne-Barris, fué llamada á examinar el poder presentado por M. Odilon Barrot, abogado entonces del consejo, y del que dió cuenta M. Buschopp. El principal medio de casacion consistia en que habiendo sido pronunciada la declaracion del jurado por simple mayoría solamente, entre los consejeros que habian contribuido al fallo del tribunal, se contaba M. Bergeron de Augny, cuñado del procurador general Bellart, que redactó el escrito de acusacion; que los medios de casacion fundados en los grados de parentesco previstos por el artículo 378 del código de procedimientos civiles eran aplicables á los asuntos criminales; y que con arreglo al artículo 63 de la ley de 20 de abril de 1820, los jueces que tienen con el ministerio público ese grado de parentesco no pueden ser simultáneamente miembros de un mismo tribunal, etc.

Este medio desenvuelto por M. Odilon Barrot, y sobre el que insistió únicamente, fué desechado despues de combatido por el abogado general Marchangy, el cual mostró estrañeza de que se hubiese citado el artículo 378 del código de procedimientos civiles como aplicable á los asuntos criminales.

—«Ese artículo, dijo M. Marchangy, solo ha previsto el caso en que la conciencia de los jueces se halle en contacto con intereses privados. ¡Y se trata aquí acaso de un interés privado!

Se trata de la vindicta pública: se trata de ese interés grave y religioso que escluye la idea de todo otro pensamiento y no puede motivar la recusacion, que solo se ejerce en virtud de causas personales.»

Desechado el recurso, se tomaron disposiciones para que la ejecucion tuviese lugar el 6 de diciembre.

Segun el interés y la curiosidad que habia escitado la causa, se previó que á la carrera que habia de llevar Castaing desde la Consergería á la plaza de Grève, en donde se ajusticiaba en aquella época, acudiría una afluencia de gente mayor que de costumbre.

En su consecuencia se mandó que la ejecucion tuviese lugar á las dos y no á las cuatro como se hacia ordinariamente.

Castaing, despues de su condena y durante los diez y siete dias que transcurrieron desde el veredicto del jurado, no se habia apartado de aquella calma afectada que habia mostrado en el curso de la causa y que solo le abandonó en los últimos momentos de los debates.

Sin embargo, como á pesar de esas apariencias de indiferencia y de resignacion, se temiese que tratara de sustraerse al cadalso por medio del suicidio, se tenia con él una vigilancia contínua que muy luego se vió completamente justificada.

En efecto, habiendo autorizado el director, á peticion del preso, que se le tragese de fuera un reloj, se descubrió al examinar con atencion aquella alhaja que contenia en el hueco de su doble caja un veneno sutil suficiente para causar la muerte.

No pudo, pues, Castaing consumar su designio de suicidarse.

Finalmente, el sábado 6 de diciembre á las siete de la mañana le dispertaron para notificarle que iba á ser trasladado á París; y como tratara de informarse de los motivos de aquella disposicion, le dijeron que tenian que hacerle una comunicacion en el palacio de justicia. Castaing sacudió entonces la cabeza diciendo:

—Ya veo lo que es.

Cuando llegó á la Consergería que serían las ocho y le informaron de su suerte, nada replicó, limitándose á pedir permiso para escribir á su antigua amante.

Accedieron á sus deseos. Castaing escribió entonces una larga carta que fué leida antes de hacerla llegar á su destino y en la que mezclaba de una manera bastante incoherente las ideas religiosas y filosóficas que le ocurrian á la imaginacion.

Segun lo que recordaba ó aparentaba recordar, él y la mujer á quien habia amado se habian ocupado muchos ratos en hablar de las sublimidades de la religion y de la moral.

Reconveníase tambien de no haberse hecho comprender bastante cuando espresó la idea de unir la hija mayor de Mad. B., de quince años escasos de edad, con su amigo Augusto Ballet.

Despues que escribió Castaing aquella carta se dirigió á la capilla de la Consergería, de donde no volvió á salir hasta el momento en que le hicieron pasar á los estrados para entregarle al verdugo. Castaing, que se habia confesado muchas veces desde que fué sentenciado, escuchaba con tranquilidad y resignacion los consuelos que le dió hasta el último momento el eclesiástico Montes.

Castaing habia manifestado el deseo de abrazar por última vez á su hija y volver á ver á su anciano padre. El procurador general se apresuró á autorizar dichas entrevistas, pero no llegaron á tener efecto.

Castaing pidió que su padre le enviase su bendicion por escrito: así se hizo, y se advirtió que se la hizo pasar por vinagre antes de entregársela.

Poco antes de las dos vinieron á avisarle que habia llegado el momento fatal. El desgraciado casi se desmayó y pareció sentir en extremo las dos horas, en que segun decia, abreviaban su vida.

Sin embargo recobró un poco de ánimo, y se hizo servir unas sopas y un vaso de vino. Pero no tardaron en renovarse los desmayos.

A las dos salió el reo de la Consergería.

La muchedumbre inundaba el gran patio del edificio y poblaba las escaleras; y la plaza, los balcones y hasta los tejados de la casa estaban cuajados de infinidad de curiosos.

Cuando apareció Castaing fué acogido con un murmullo confuso pero de desaprobacion. El no esperimentó al parecer mas que una mediana emocion; pero muy luego se le vió arrojarse sobre el crucifijo que abrazó con fuerza y por repetidas veces.

El reo iba vestido con una levita azul echada sobre los hombros: llevaba descubierto el pecho é iba peinado como se presentó en la audiencia.

Necesitose el auxilio de dos hombres para subirle á la fa-

tal carreta: no obstante, su tez bastante encarnada á la sazon no sufrió alteracion ninguna mientras le ataron las manos, y hasta paseó una fria mirada sobre todos los que le rodeaban.

Pero aquella frialdad, aquel aire estudiado cambiaron así que salió Castaing del patio de la Consergería, y el reo cayó en el mas profundo abatimiento: su rostro se cubrió de una palidez lívida: sus ojos tan pronto aparecian inclinados á la tierra como levantados al cielo: su cabeza, cediendo á los sacudimientos de la carreta, se movia contínuamente á uno y otro lado y caia sobre el hombro del sacerdote Montes, á cuyas palabras parecia prestar Castaing una gran atencion.

Llegaron así á la plaza de Grève, y se hizo bajar de la carreta á Castaing, el cual cayó de rodillas al pie del cadalso y estuvo orando por espacio de cuatro minutos. Sin fuerzas ya para poderse levantar fué sostenido ó mas bien transportado al patíbulo.

Cuando llegó al tablado miró el fatal instrumento y retrocedió asustado por un movimiento instintivo. Entonces levantó los ojos al cielo y movió los lábios como si orase.

Finalmente, á las dos y veinte minutos, despues de haber dejado Castaing satisfecha la justicia de los hombres, fué á comparecer ante el tribunal de Dios.

. . . .

. . . .

Por no perjudicar á la hilacion y á la claridad de los hechos nos ha parecido conveniente dejar para lo último el testamento de Augusto Ballet. Véase dicho documento:

Testamento de Augusto Ballet.

«Aunque gozo de completa salud, puedo morir de un momento á otro ó por enfermedad ó por algun accidente imprevisto.

En su consecuencia, de mi libre y espontánea voluntad instituyo por mi único heredero y legatario universal á M. Edmundo Samuel Castaing, doctor en medicina, establecido en París, calle del Enfer, número 31, al cual dejo los bienes muebles é inmuebles que compongan mi herencia al tiempo de mi fallecimiento para que goce de ellos en plena propiedad y como mejor le parezca, con la carga no obstante de cumplir las man-

das siguientes: 1.° dar á mi amigo Adolfo Briant, estudiante legista, establecido tambien en París, calle de Fossés-Monsieur-le-Prince, número 4, la suma de 4000 francos por una vez, y además mi alfiler de pecho, mi reloj y todas las demás alhajas que se hallen despues de mi muerte: 2.° á M. Gustavo Lenchere, establecido en París, calle de Saint-Germain-des-Près, en la posta de caballos, la suma de 1000 francos, igualmente por una vez y mi caballo gris, mi cabriolé y los arreos de cobre: 3.° á Juan mi criado, si está todavía á mi servicio el dia de mi muerte, 2000 francos por una vez: 4.° á la señora Buret 200 francos de renta perpétua y vitalicia, ya esté ó no á mi servicio: á Pedro Picard, antiguo criado de mis padres, la nuda propiedad de la renta de 450 francos de la que tiene el usufructo, y á la que tengo derecho por tres cuartas partes en la nuda propiedad.

»Declaro que si alguna de las personas designadas llegase á morir antes que yo, la disposicion hecha en su favor aprovechará á los demás legatarios en partes iguales.

»Despues de haberlo reflexionado maduramente, he escrito estas últimas disposiciones como prueba de la amistad sincera que no he dejado de profesar un solo momento á MM. Castaing, Briant y Lanchere, y para reconocer los buenos y leales servicios de mis criados y quitar por este medio todos los derechos que M. y Mad. Martignon, mi cuñado y mi hermana, pudieran alegar sobre mi herencia, persuadido en mi alma y conciencia de que obrando así hago á cada cual la justicia que le corresponde.

»Hecho en París á 1.° de diciembre de 1822.—Firmado,

AUGUSTO BALLET.»

ASESINATO DE FUALDES.

De todas las causas célebres de que se han hecho tan voluminosas colecciones, manantial fecundo de interés y de emociones de donde los dramaturgos y novelistas no dejan de sacar partido hace dos siglos, no hay ninguna, que sepamos, haya hecho una impresion mas profunda que la que se formó en los primeros dias de la restauracion con motivo del asesinato de M. Fualdés, antiguo procurador general en Rhodez. Nunca en verdad se habia cometido crímen en circunstancias mas extraordinarias, ni que fuese rodeado de incidentes mas misteriosos y episodios mas dramáticos. Por espacio de dos años, los debates de aquel proceso en que se sucedian sin intermision revelaciones inesperadas, confesiones, reticencias, jactancias y retractaciones mantuvieron en suspenso la atencion de la Francia y aun de la Europa entera; y como en aquella época fermentaban las pasiones políticas en toda su violencia, no dejaron de reflejarse en los debates para dar margen á las conjeturas mas odiosas, á las suposiciones mas estrañas y á las recriminaciones mas injuriosas.

Treinta años han pasado desde entonces y el nombre del infortunado Fualdés ha quedado en la memoria de todos, á pesar de que la parte histórica del proceso de sus asesinos haya permanecido poco conocida por efecto de circunstancias particulares, y especialmente porque no existiendo la prensa judicial en la época en que se formó aquella causa, el escaso tamaño de los periódicos de entonces no permitia poner á la vista de los

lectores mas que estractos truncados y sobrado sucintos de aquellos curiosos debates.

Otra causa debió oponerse entonces á la publicacion completa é imparcial de la causa en cuestion y era la censura. Y sin embargo los contemporáneos podrán recordar con qué ansiedad eran esperadas las relaciones de lo ocurrido en cada audiencia.

Instruida sucesivamente la causa sobre el asesinato de Fualdés en Rhodez y en Alby, y terminada cada vez con una quíntuple condena capital, ha quedado, no obstante, envuelta en el misterio sobre ciertos puntos. En una época en que el Mediodia humeante todavía con la sangre de Bruno y de las víctimas de Grenoble, Nimes y Marsella, se hallaba dividido en realistas, ultra-católicos y bonapartistas protestantes, fácilmente se comprenderá que la verdad no haya podido abrirse paso enteramente á la luz, y que los sentenciados de Rhodez y Alby hayan sido considerados como mártires por unos, mientras que otros solo podian tener simpatías hácia el infortunado anciano que pereció á sus golpes. Hoy que afortunadamente se hallan lejos de nosotros todas esas pasiones, y los sentenciados, fuesen lo que fuesen, han pagado su deuda á la sociedad ultrajada; hoy que el tiempo ha aclarado completamente los hechos, podemos encerrar en un pequeño cuadro, aunque sin omitir nada, los pormenores de ese proceso tan fértil en incidentes y en peripecias dramáticas.

Destinado M. Fualdés desde su juventud á la magistratura, á cuya clase pertenecia por su familia, terminó con lucimiento los estudios necesarios para entrar en ella á tiempo que estalló la revolucion. Llamado por los sucesos á París halábase domiciliado en 1793 en esta capital, cuando en el proceso que se formó por primera vez al general Custine, la suerte designó á M. Fualdés para componer parte del jurado. Hombre este de ideas ardientemente revolucionarias, pero de probidad ante todo, luego que se convenció de la inocencia del general se constituyó en defensor suyo cerca de sus colegas, logrando atraer á la mayoría á su opinion y haciéndole absolver á riesgo de escitar en contra suya la cólera del comité de salvacion pública. Por lo demás aquella enérgica manifestacion no le acarreó ningun funesto resultado; antes bien le señaló como hombre de firmeza y conviccion, y le valió, cuando llegaron dias mas se-

renos, el ser llamado á ocupar un puesto en la magistratura reconstituida.

En 1814, cuando la caida de Napoleon, era M. Fualdés procurador imperial en Rhodez. Fiel á los principios de una vida entera de honradez y lealtad, y no creyendo que podia faltar á un juramento prestado libremente, rehusó servir á los Borbones, pidió su retiro y volvió á la vida privada.

Contaba M. Fualdés en aquella época cincuenta años y unia á sus grandes conocimientos un trato afable y ameno: así es que tenia en Rhodez numerosos amigos, entre los que figuraban el agente de cambio Jausion con quien le unian vínculos de parentesco, y Bastide, cuñado de Jausion, hombre ardiente, espedito en negocios, y que se ocupaba, igualmente que el último, en especulaciones con el gobierno.

Hasta 1814 no se habia turbado la intimidad entre aquellos tres hombres; pero despues de la caida del trono imperial, la vuelta de la rama primogénita de los Borbones vino á dividir la Francia y especialmente el Mediodía en dos campos, y se manifestó cierta especie de frialdad entre Fualdés y Jausion. Preso este en otro tiempo como sospechoso cuando el sitio de Lyon en 1793, solo habia escapado de la muerte por una especie de milagro, y así era que en todas ocasiones se mostraba ardiente realista: Fualdés por el contrario, fiel á las tradiciones de la era imperial, habia preferido, segun hemos dicho, resignar su cargo á prestar juramento á los Borbones. Sin embargo, continuaron visitándose. Bastide, realista mas exaltado quizá que Jausion, habia quedado al menos en apariencia amigo de Fualdés, y todos tres estaban además unidos en intereses por razon de algunas operaciones de giro; pero era frecuente ver que su disentimiento en materias políticas suscitase entre ellos vivas discusiones y apóstrofes violentos. Esto fué lo que sucedió una noche á fines de febrero de 1817, en que al entrar M. Fualdés en casa de un amigo suyo en donde se encontraba Jausion en medio de un grupo, oyó decir á este á media voz señalándole: «Ahí teneis uno de esos infames bonapartistas á quienes habria que reducir á la razon.» Indignado M. Fualdés al oir tales palabras, se dirigió á él y fulminándole una mirada de amenaza y de desprecio: «Caballero Jausion, le dijo con su vivacidad meridional, á nadie ahorcan por permanecer fiel á su causa, te-

nedlo entendido; pero sobre todo recordad que es preciso ser mas reservado respecto de un hombre que pudiera enviaros con una sola palabra á la guillotina.»

Estas palabras tan graves que se trató de atribuir á un arrebato de cólera hacian alusion, como se comprobó despues, á un suceso en el que los sentimientos de amistad ablandaron en M. Fualdés la severa equidad del magistrado. El hecho fué el siguiente:

Un rico propietario de Rhodez, aunque anciano y achacoso, se casó en 1809 con una jóven sin bienes de fortuna. Jausion que tenia algunos negocios con el anciano, logró seducir á la jóven, y no tardó en presentarse un embarazo fruto de aquellas relaciones criminales. La jóven se hallaba poseida de la mayor desesperacion, pues su marido, en razon de su misma edad, era en estremo celoso. Guiada por los consejos de Jausion, se fingió enferma, y el marido hizo llamar á un médico. Ganado este de antemano por los dos amantes, declaró que la jóven se hallaba atacada de un principio de hidropesía. Esta explicacion, aunque no muy plausible, bastó si no para disipar, al menos para atenuar las sospechas del marido, y el matrimonio continuó en buena armonía hasta el momento del alumbramiento. Habíanse tomado las mayores precauciones para que el anciano no tuviese noticia de aquel suceso; pero á pesar de todo, los gritos que arrancaron á la jóven los dolores del parto penetraron hasta la habitacion del marido, el cual alarmado se levantó apresuradamente para acudir en auxilio de su mujer. El ruido de sus pasos fatigados por efecto de la edad, llegó á los oidos atentos de la paciente.

—¡Es mi marido! exclamó esta: ¡soy perdida! ¡salvadme! En nombre del cielo, llevaos á ese pobre niño: ¡Jausion! por amor de Dios, ¡huid con él!

Sobresaltado Jausion y tan desconcertado como la jóven, cogió al recien nacido cuya boca comprimió para que no se oyesen sus quejidos. Llevóselo así y creyéndole muerto, y queriendo hacer desaparecer á la vez las huellas de una falta y la prueba de un crímen, lo arrojó por el comun de la casa.

Entre tanto habia llegado el anciano marido al lado de su mujer, y nada se ofreció á su vista que pudiese hacerle concebir sospechas: el médico por otra parte afirmaba que los gritos

que le habian alarmado eran resultado de una crisis saludable y todo iba bien.

Pero la seguridad de los culpables no debia ser de larga duracion. Los gritos de la criatura arrojada viva aun en su horrible sepulcro habian sido oidos de la vecindad: fué avisada la policía, y practicadas las oportunas diligencias fué estraido el cadáver del recien nacido.

Instruyose una causa criminal y siendo á la sazon M. Fualdés procurador imperial, le fué encomendado el cuidado de dirigir las actuaciones del proceso. Merced á él no fué envuelto Jausion en la causa. Respecto de la jóven, aunque llegó á ser absuelta, no tardó en perder el juicio, y murió en un acceso de demencia furiosa. En resúmen, toda la responsabilidad del crímen se hizo recaer á los ojos del público en una criada, á quien se cuidó de hacer desaparecer y cuya persecucion abandonó la justicia.

Sin embargo, al paso que M. Fualdés aseguraba, contra los deberes que le imponia su carácter de magistrado, la impunidad de Jausion, creyó oportuno conservar reservadamente documentos de que resultaba con evidencia la culpabilidad de este. A esos documentos es á lo que hacia imprudentemente alusion al decir que con una palabra podia enviarlo al patíbulo. Formulada una vez esa terrible amenaza, en un justo arrebato de cólera, pero sin que en realidad fuese posible que M. Fualdés tuviese intencion de llevarla á efecto, manifestó este su intencion de romper enteramente con Jausion, y retirar de sus manos la firma que le habia confiado por diferentes veces para facilitar sus operaciones.

Tal era el estado de cosas cuando un crímen horrible vino á difundir el espanto entre los habitantes de Rhodez. El 20 de marzo de 1817, al amanecer, fué hallado un cadáver que flotaba en las aguas del Aveyron á poca distancia de un molino llamado de Bessés. Avisada la justicia, se trasladó al sitio y fué reconocido el cadáver por el de M. Fualdés. En el exámen á que se procedió primeramente se comprobó que tenia en el cuello una ancha herida hecha con un cuchillo ó navaja de afeitar, la cual debió causar una muerte casi instantánea, porque aparecia dividida la arteria carótida igualmente que la laringe. Casi al tiempo mismo en que se descubria el cadáver informa-

ban á la justicia de que habia penetrado gente en la habitacion de M. Fualdés, y muchos muebles presentaban señales de fractura, habiendo sido robados valores considerables en numerario, billetes y letras de cambio.

No tardaron en reunirse graves indicios, los cuales fueron recojidos cuidadosamente. Súpose que en la noche del 19 de marzo habia tenido lugar una misteriosa escena en la casa de mala nota de los esposos Bancal, calle de los Hebdomadiers, en Rhodez. Practicado un registro en dicha casa se hallaron varias prendas de ropa blanca á medio lavar y que presentaban vestigios de sangre. Encontróse además en una pieza del piso bajo inmediata á la cocina una colcha llena de manchas de sangre. Inmediatamente fueron presos los esposos Bancal y su hija mayor Mariana.

Dos dias despues se notó que el vestido que tenia Bancal en la carcel estaba manchado de sangre: quitáronsele y se encontró en uno de los bolsillos un papel manchado asímismo con gotas de sangre. Por último llegó á adquirirse casi la certeza de que la víctima habia sido degollada en casa de Bancal en la noche del 19 de marzo; y que los autores principales de aquel crímen horrible eran Jausion, pariente de la víctima y Bastide, cuñado de Jausion, los cuales debieron tener por cómplices á Bancal y su mujer, á Mariana, hija de estos, á Ana Benoit, lavandera, y á Colard, Bax, Missonier y Bousquier, vagos estos cuatro últimos de profesion, marcados por sus malos antecedentes, prontos á todo y dispuestos á ponerse á merced de quien los pagase, aun cuando se tratase de un asesinato.

Fueron presos todos, y en virtud de la causa bastante larga que se les formó, comparecieron el 19 de agosto de 1817 ante el tribunal de assises del Aveyron, á escepcion de Bancal que murió en la cárcel, despues de muchos conatos de suicidio.

La casa de Bancal, segun hemos dicho, era de mala nota. Sucedió, pues, que en aquella misma noche del 19, por un conjunto de circunstancias que no han llegado á explicarse con bastante claridad, una jóven llamada Mad. Manson, hija de uno de los principales magistrados del departamento del Aveyron, se hallaba en aquella infame casa en el momento mismo en que se consumaba el asesinato de M. Fualdés. Habiendo llegado á las nueve de la noche á la puerta de aquella casa, acudiendo á una

cita amorosa, la encontró cerrada contra lo de costumbre, y dió tres golpes, á cuya señal se apresuró á abrir la mujer de Bancal. Habiendo reconocido ésta á Mad. Manson, á pesar de estar vestida de hombre, le dijo que no podia recibirla, porque esperaba á otras personas. Esta esplicacion tenia lugar en el pasillo cuya puerta habia cerrado la Bancal. De pronto se oye llamar con repetidos golpes.

—Entrad pronto en ese gabinete, dijo precipitadamente la Bancal, y uniendo la accion á las palabras la empujó hácia un gabinete contiguo á la cocina, encargándola el mayor silencio y que hasta contuviese la respiracion.

Apenas quedó encerrada Mad. Manson en aquel oscuro aposento, vió por las rendijas de la puerta entrar á muchos hombres que llevaban en medio á M. Fualdés, á quien habian puesto una mordaza en la boca. Inmediatamente lo tendieron sobre una mesa en la que por una estraña coincidencia habia á la sazon algunos panes que en aquella misma mañana la caritativa esposa de Fualdés habia enviado á la familia Bancal para que se socorriese. La mujer de Bancal fué quien retiró precipitadamente aquellos panes, mientras que los hombres que trageron á M. Fualdés sujetaban á este por los cuatro remos y se disponian á degollarle. Al ver Mad. Manson aquellos terribles preparativos se desmayó, y cuando recobró sus sentidos trató de evadirse por una ventanilla que daba al patio. Pero el ruido que hizo para abrirla alarmó á uno de los asesinos, el cual, informado por la Bancal de que habia una mujer en el gabinete, abrió violentamente la puerta y arrastró á Mad. Manson á la cocina misma en donde acababa de ser degollado M. Fualdés.

—Es preciso matarla, exclamó, para no quedar espuestos á que nos denuncie.

Pero uno de los individuos que habian tomado parte en el asesinato se opuso á aquel nuevo crímen, alegando especialmente la dificultad de hacer desaparecer un segundo cadáver. Arrastrada Mad. Manson delante del cuerpo todavía palpitante del infortunado Fualdés, tuvo que prestar juramento de no revelar nada bajo pena de la vida. En seguida el hombre que se opuso á que se la sacrificase á la seguridad de los asesinos la hizo salir de la casa, y despues de acompañarla hasta cierta distancia, la

dejó marchar pero no sin recordarle su juramento y hacerle terribles amenazas.

Estos hechos á primera vista tan romancescos pero al mismo tiempo tan graves, habian sido referidos por Mad. Manson. Verdad es que se retractó casi inmediatamente y todos los esfuerzos empleados por obtener de ella una deposicion clara y precisa habian sido vanos, pues parecia hallarse dominada por un profundo terror. El presidente del tribunal de assisas en una alocucion que creemos deber reproducir para conservar á esta causa su verdadero carácter, le conjúró que diese á conocer la verdad.

—Señora, le dijo, los jurados, el tribunal y el público están convencidos de que fuisteis *arrastrada* á ir á casa de Bancal por un accidente imprevisto independiente de vuestra voluntad; se os considera como un angel destinado por la Providencia á aclarar un horrible misterio. Aun cuando hubiese habido alguna debilidad por parte vuestra, la declaracion que vais á prestar, el servicio inmenso que podeis hacer á la sociedad, borrarían hasta la memoria de ella.

Mad. Manson, en quien se hallaban fijas todas las miradas del auditorio, tartamudeó algunas palabras ininteligibles, dirigió sus ojos hácia los acusados y como si su vista la helase de un sentimiento de terror, cayó sin sentido sobre el banco de los testigos. Habiéndosele suministrado los oportunos auxilios, volvió al fin en sí, y entonces le intimó de nuevo el presidente que dijese si la casualidad la habia hecho testigo del asesinato de Fualdés.

—Yo no estaba en casa de Bancal, dijo al fin con voz poco segura, pero creo que los principales acusados se hallaban en ella en el momento del crímen.

—¿Qué os induce á hacer semejante suposicion?

—Los anónimos que he recibido.... Han venido á mi casa para hacerme retractar de la primera declaracion que presté delante del prefecto del departamento. Mad. Pons, hermana de Bastide, me ha estado asediando para ello desde las nueve de la noche hasta la una de la mañana, y le he prometido retractarme de un hecho que aventuré con demasiada ligereza, el de mi presencia fortuita en casa de Bancal en el momento de consumarse el crímen. Afirmo, en efecto, que esa alegacion es falsa y que no puse los pies en casa de Bancal en la noche del 19.

—Si esa alegacion es falsa, insistió el presidente, nada positivo sabreis sobre la presencia de los principales acusados en casa de Bancal. ¿Y cómo os atreveis, segun eso, á declarar aquí que se hallaban aquellos en dicha casa en el momento de cometerse el crímen?

—Lo digo por conjetura, respondió Mad. Manson, la cual volviéndose al mismo tiempo hácia Jausion y señalándole con un ademan, añadió con significativo acento:

—El que ha dado muerte á un hijo suyo, bien puede asesinar á su amigo.

Bajo la impresion de esta declaracion incompleta, insistió el presidente para obligar en cierto modo á Mad. Manson á que diese á conocer la verdad que por un momento pareció á punto de escaparse de sus lábios; pero aquella persistió en afirmar que no habia estado en casa de Bancal.

—He hecho al prefecto, dijo, revelaciones imprudentes; pero son falsas y las retracto.... ¡Ay! si supiéseis con lo que se me ha amenazado!

Al pronunciar estas últimas palabras se desmayó de nuevo y cuando volvió en sí,

—Preguntad á Jausion, dijo, si no salvó la vida á una mujer en casa de Bancal.

Jausion á quien iba directamente encaminada aquella pregunta respondió con la mayor serenidad que en el trascurso de su vida habia podido prestar servicios á muchas personas, pero que no recordaba haberse hallado nunca en la alternativa de salvar la vida á una mujer ó dejarla perecer.

—Pues habia una mujer en casa de Bancal, exclamó entonces Mad. Manson con una exaltacion febril y nerviosa; una mujer á quien Bastide quería asesinar y cuyo salvador fué Jausion.

Fácilmente se concebirá la impresion que causaría en aquel auditorio conmovido una declaracion tan enérgica y positiva. Pero ese mismo rumor de sorpresa y ansiedad que se notó en los concurrentes pareció poner sobre sí á Mad. Manson, y desde aquel punto en vano se esforzó el presidente por obtener de ella una explicacion mas completa y sincera. Dirigiéndose entonces á Bastide,

—Parece positivo, dijo á este acusado, que os hallábais en casa de Bancal en el momento de cometerse el asesinato.

—Ya he tenido la honra de deciros, respondió Bastide, que jamás he tenido relaciones de ninguna especie con la gente de esa casa.

Estas palabras pronunciadas con irónica serenidad debieron hacer una impresion violenta en Mad. Manson, pues levantándose y encarándose con el acusado,

—¡Confiesa, desgraciado! exclamó.

Y al punto, como si se calmase súbitamente, añadió que nunca habia estado en casa de Bancal, que, sin embargo, lo que habia dicho era la verdad, y que no desmentiría á los testigos que reprodujesen fielmente sus confidencias.

Uno de los testigos mas importantes era M. Clemandot, ayudante del general Vautie, presidente del tribunal prebostal; jurisdiccion especial á la que habia sido cometido primitivamente el conocimiento del crímen de que fué víctima Fualdés, y que se habia considerado como un asesinato político. Dicho testigo refirió las confidencias que le habia hecho Mad. Manson y de las que él mismo habia dado parte al prefecto del departamento del Aveyron. Compareciendo á su vez como testigo este prefecto que era el conde de Estourmel, entró en pormenores que creemos oportuno reproducir casi literalmente, porque su deposicion, la mas importante de la causa, da en cierto modo la llave de los sucesos y aclara en gran parte sus misterios. Habiendo sido instruido por M. Clemandot de las confidencias que habia hecho á este Mad. Manson, la hizo llamar á su lado y la interrogó sobre el conocimiento que podia tener de los hechos relativos al asesinato de M. Fualdés. Mad. Manson, á pesar de hallarse presente su padre M. Enjalrand y de suplicarle este que dijese la verdad, insistió tenazmente en manifestar que nada sabia y que ni aun habia tenido conferencia ninguna con M. Clemandot. El 31 de julio fué cuando M. de Estourmel hizo llamar á Mad. Manson á la prefectura, y al dia siguiente, 1.° de agosto, recibió de la misma la siguiente carta:

«Caballero, he creido advertir que tomábais un interés muy vivo con respecto á M. Clemandot. Esta consideracion unida al temor de ocasionar un aseninato me obliga hoy á descubriros un misterio impenetrable para todo el mundo. Ayer me era imposible, pues me hallaba en un estado que no puede compararse á nada: en vano traté de ocultároslo, pues bien conocísteis el peso

que me oprimia. Os diré la verdad, caballero; ¿pero os dignaréis creerme? ¿Puedo contar con el secreto? Muy difícil es esto. ¿No se halla acaso mi declaracion en manos de los jueces? ¿No la he firmado yo misma? ¿Cuál será mi suerte? Lo ignoro; pero la vida de mis hermanos dejará al menos de estar en peligro. Mi padre no tendrá que temer la pérdida de su fortuna; y en fin, es preciso devolver su honor á un valiente oficial: ¿qué importa que el de una mujer quede comprometido? Todas las inculpaciones recaerán sobre mí, pero á todo estoy preparada. ¿Qué puede sucederme? ¿No he nacido acaso para la desgracia? ¿No está hace tiempo colmada la medida?

»M. Clemandot desea tener una conferencia conmigo: consiento en ello, pero permitidme que sea en vuestra presencia y que despues os hable sin testigos. ¡Ojalá me dé el cielo fuerza para hablar! ojalá me deis crédito, cosa que no espero, pero á lo menos no causaré la muerte de nadie. Solo mis dias son los que quizá se hallen en peligro. Dignaos, caballero, hacerme saber la hora en que podreis concederme la audiencia. Confio en que mi carta no será conocida mas que de vos: perdonad el desórden en que está escrita y recibid etc.

CLARISA ENJALDRAND-MANSON.»

En la conferencia que pidió Mad. Manson y que tuvo lugar casi en seguida, principió aquella por reconocer que habia referido en efecto á M. Clemandot todo lo que este habia dicho; pero sostuvo al mismo tiempo que solo habia querido sorprenderle con una historia inventada por ella. El prefecto y su padre insistieron sobre la poca verosimilitud de aquella nueva version y le suplicaron que les manifestase la verdad y dijese sin reserva todo cuanto sabia. Despues de largas fluctuaciones, acabó al fin Mad. Manson por consentir en ello, poniendo no obstante como condicion de su confidencia que no se la separaría de su hijo, de edad entonces de seis años, y que se le asegurarían los medios de subvenir á su subsistencia, sin acudir á su marido de quien se hallaba separada, cosas á las que se apresuró á acceder el padre de Mad. Manson. Arregladas estas condiciones hizo esta la declaracion siguiente:

«El domingo siguiente al asesinato de M. Fualdés en el momento en que yo salia de la catedral, me entregó un hombre una

carta envuelta en una madeja de hilo y desapareció. Hablaba en *patois* y me pareció jóven. Me entré en casa, desenvolví la madeja que era poco voluminosa y leí la carta que estaba escrita en una letra hermosa. Decíanme en ella.

«Una mujer ha tomado tu nombre y estuvo en casa de Bancal. Si esto llega á descubrirse no lo niegues, pues nada arriesgas en ello: tu no has visto ni oido nada. Dirás que tenias que hablar á una persona, que entraste, que fuiste seguida de un hombre, que te encerraron, y te desmayaste, que fuiste despues acompañada de uno á quien no conoces hasta la plaza de la Cité, que la noche estaba muy oscura para que pudieses reconocer cosa ninguna: dirás que ibas vestida de hombre: si quieren ver tu traje, dí que ha sido quemado, y si te preguntan por qué, responde que habia sangre en él, y no olvides que nada has visto ni oido: no tienes porque temer. Si tienes deudas serán pagadas y despues del juicio no necesitarás ya de los auxilios de tu padre: cuidado si no quemas esta carta despues que la hayas leido. Si llegas á hablar de ella, no puedes escapar de nuestras manos y el puñal ó el veneno nos libertarán de tí. Sobre tí recaerán sospechas y todas las circunstancias estarán en contra tuya : confiesa que nada has visto, pues no causarás desgracia con tal que sostengas que estabas sin conocimiento.»

Desde esa época no volví á oir hablar del asunto hasta el viernes 25 de julio, en que paseando con mi hermano en el Foiral, se reunió con nosotros M. Clemandot y me dijo que habia una mujer en casa de Bancal y que indudablemente era yo, pues se lo habian dicho muchas personas. Apremióme para que se lo dijese y yo le repliqué como chanceándome: *¡Bah, solo faltaba eso!* Hícele algunas revelaciones juzgando que no daría fé á ellas. Al dia siguiente fuí citada: negué que hubiese estado en casa de Bancal y por último hice revelaciones. En seguida todo lo negué y ahora me veo precisada á declarar la verdad. Ayer tarde recibí una invitacion para que acudiese á un sitio que se me designaba, y respondí que no podia ir á la cita, que no conocia á ninguno de los asesinos de M. Fualdés. Finalmente á cosa de las diez de la noche me arrojaron por la ventana un billete que contenia estas palabras: «¡Nada has visto! ¡nada has oido!» El papel era fino como el papel de seda, tenia una cinta alrededor y una piedra en lo interior.»

El prefecto del Aveyron, despues de haber recibido y consignado por escrito la anterior declaracion que, como se vé, no deja de ser bastante romancesca, propuso á Mad. Manson acompañarla á casa de Bancal para que reconociese los sitios. Consintió aquella en lo que se le pedia, si bien sostuvo que nunca los habia visitado, y en aquella misma tarde se personaron en la citada casa el prefecto, Mad. Manson, M. Enjalrand, su padre y M. Julien y M. Bruguère. Apenas hubieron entrado en la sala baja designada por la voz pública como el teatro del asesinato, se vió á Mad. Manson ponerse pálida, temblar y caer por último sin conocimiento. Cuando volvió en sí, manifestó una viva agitacion: «Salgamos de aquí, decia, sacadme fuera, si no quereis verme morir á vuestra presencia.» Entonces confesó que habia estado encerrada en el gabinete, cuya pieza reconoció y desde donde, segun se comprobó, podia verse todo cuanto pasaba en la sala baja.

Al dia siguiente de esta escena, Mad. Manson, completando su primera declaracion, refirió á M. de Estourmel pormenores que fueron consignados por escrito en su presencia y que su importancia nos obliga á reproducir.

«Al anochecer del 19 de marzo de 1817, dijo, pasaba yo por la calle de los Hebdomadiers, y ví venir hácia mí muchas personas: á fin de evitarlas entré por una puerta que encontré abierta y que despues supe era la de casa de Bancal. Apenas habia entrado me sentí cogida por un hombre que venia no sé si del interior de la casa ó de fuera: la turbacion en que me hallaba y la oscuridad no me permitieron distinguirlo. Inmediatamente me llevaron á un gabinete:» ¡Calla! me dijo una voz. Cerraron la puerta y me quedé como desmayada. No sé el tiempo que pasé en aquel gabinete. De vez en cuando oia hablar y andar en la pieza de al lado pero sin poder distinguir lo que decian. Al ruido que acababa de oir sucedió un silencio de un cuarto de hora: traté entonces de abrir una puerta ó una ventana con cuyo picaporte tropezó mi mano y me dí un golpe violento en la cabeza. Al punto entra un hombre en el gabinete, me coge fuertemente del brazo, me hace atravesar una sala en la que creo entrever una débil claridad y salimos á la calle. Aquel hombre me lleva rápidamente hasta la plaza de la Cité del lado del pozo, se para y me dice en voz baja:

—¿Me conoces?

—No, le respondí, sin atreverme á mirarle siquiera: verdad es que tampoco traté de reconocerle.

—¿Sabes de dónde vienes?

—No.

—¿Has oido algo?

—No.

—Si hablas, morirás; y cogiéndome con fuerza el brazo:

—Vete, añadió empujándome.

Dí algunos pasos sin atreverme á volver la cabeza. Despues de haberme repuesto algun tanto de la gran turbacion en que me hallaba, fuí á llamar á casa de Victoria, antigua doncella de mi madre; pero no me oyeron. Bajé por el Ambergue derecho y fuí á ocultarme debajo de la escalera de la casa de la Anunciata que sabia estaba abandonada. Advertí entonces que me seguia un hombre que reconocí era el mismo que me habia acompañado anteriormente. Acercóseme y me dijo:

—¿Es cierto que no me conoceis?

—No.

—Pues yo os conozco bien.

—Bien puede ser: tantas personas á quienes no conozco pueden conocerme de vista.

—¡No hemos escapado de mala! Yo habia entrado en esa casa para ver á una muchacha, pues no soy del número de los asesinos: en el momento en que os cogí viendo que érais una mujer, tuve lástima de vos y traté de poneros en salvo. ¿Pero que veníais á hacer en esa casa?

—Habia visto entrar en ella á una persona á quien creí reconocer y quise asegurarme de ello.

—¿Pero es cierto que no me conoceis? ¡Si se os escapa la menor palabra relativa á este asunto!... Jurad que nunca hablareis de mí. En aquel sitio no estaba tan oscuro como aquí: ¿me reconoceríais de dia?

—Yo le contesté que no. Separóse de mí al cabo de una media hora y me dijo:

—No os recojais hasta que sea de dia y no me sigais.

Asegurele que ningun deseo tenia de ello. Al amanecer entré en mi casa y me acosté. Nadie sabia en ella que yo hubiese pasado la noche fuera. Pocas horas despues se divulgó por

la ciudad la noticia del asesinato y sentí tal terror que por espacio de mucho tiempo he hecho que duerma una muchacha en mi cuarto.»

Hecha y firmada la anterior declaracion por Mad. Manson el 2 de agosto, y á instancias del prefecto y del padre de aquella, quedó concertado que Mad. Manson declararía al dia siguiente ante la justicia acerca de todos los hechos allí consignados; pero muy lejos estaba ella de poner fin á tantas tergiversaciones que le hicieron figurar de un modo tan estraño en aquella causa, y que debian en último resultado hacerla sentar como cómplice en el banco de los acusados. En efecto, al dia siguiente, 3 de agosto, en el momento en que el prefecto la creia en el despacho del juez prestando su declaracion, se presentó á aquel con el semblante descompuesto y la voz trémula. Fácil es concebir cuál sería el asombro del prefecto cuando aquella le dijo que no podia darse ninguna fé á su declaracion del dia anterior y que jamás habia puesto los pies en casa de Bancal hasta que el prefecto la condujo á ella. Retirose despues de hacer tan singular protesta; pero antes de alejarse puso en manos de M. de Estourmel la siguiente carta escrita de antemano de su puño y letra:

«Soy indigna de vuestras bondades, caballero: abandonad á una desgraciada, abrumadme con todo el peso de vuestra cólera. Acabad de hacerme perder el juicio, pues me falta poco. Quería irme á arrojar á los pies del primer presidente y confesarlo todo; pero no, prefiero decíroslo á vos. Calmaos, en nombre del cielo, calmaos. Olvidad los tres penosos dias que os he hecho pasar: recordad lo mucho que os ha costado arrancarme lo que llamais *la verdad*; recordad todas las circunstancias que han precedido á mis supuestas revelaciones, todas las amenazas que se me han hecho. ¿Os parece que mi declaracion tenga al fin cierto carácter de verosimilitud? Era preciso absolutamente darle alguno. Si me lo mandais, si mi padre cree realmente que su honor está comprometido en este asunto, sostendré esa declaracion, aun á riesgo de mi vida. Si esta se halla en peligro, lo cual es muy posible, creed que no por eso me asusto: todo lo tengo bien meditado. Cosa terrible es sin duda el ser perjura. El motivo podria servirme de escusa, y el temor de deshonrar á mi padre, de verme separada de mi

hijo.... Aconsejadme, caballero; no me reduzcais á la desesperacion. Todo lo haré por vos, cuyas bondades me inspiran el mas vivo reconocimiento y el deseo de hacerme digna de ellas y por un padre que jamás me ha hecho justicia. Lo repito, seguiré la voluntad de ambos.

»Es cierto que mi declaracion no acrimina á nadie; que todo el público está persuadido de que yo me hallé en casa de Bancal; que ayer tarde se acercó un testigo pagado sin duda para decir que tenia una cita conmigo. Esto no es creible pues ya se demostrará evidentemente que fué con otra. Allí no estábamos dos. Voy á ser acusada de impostura en pleno tribunal delante de un pueblo inmenso, y entonces el honor de mi padre quedará mucho mas comprometido y el mio perdido para siempre. Mi cabeza no puede sufrir esa idea y mi razon se estravía. No tendré fuerzas para hablar. Me acojo á vos, caballero: disponed de mi vida que está en vuestras manos. Nunca me he atrevido á confiar esto á nadie. Ayer y hoy por la mañana he sabido estas circunstancias todas en contra mia: no importa, quiero decíroslas. Perdonad, caballero: os pido mil veces perdon.

«ENJALBAND-MANSON.»

Apenas leyó el prefecto la anterior carta que pasó inmediatamente al ministerio público, se persuadió de que Mad. Manson habria sido intimidada recientemente con nuevas amenazas. Conjurole por su honor y el de su familia que le dijese la verdad sobre el particular, y consiguió al fin que le manifestase que la hermana de Bastide, Mad. Pons, le habia escrito en efecto pidiéndole una cita, que habia ido á su casa y habia permanecido en ella hasta las doce de la noche. Al mismo tiempo que revelaba esa visita significativa, sin querer decir, no obstante, lo que habia pasado en ella, entregaba al prefecto una nueva declaracion en la que este no creyó reconocer su estilo y que estaba concebida en estos términos:

«En el santuario de la justicia, en presencia de sus respetables ministros y de Dios que me oye y me ha de juzgar quiero confesar la verdad.

«Declaro que mi primera deposicion es la única que puede hacer fé. Todas las revelaciones que he hecho me han sido arrancadas por la violencia y por el temor de ocasionar asesina-

tos. ¿De qué no me he visto amenazada en efecto? Por una parte veo á mis hermanos comprometidos en un asunto con M. Clemandot, en el que necesariamente alguno debe perecer, y esa idea me estremece. Por otra me hablan de una órden del rey que me destierra de mi patria y me priva para siempre de mi hijo que es el único bien que me queda. Se me niega todo medio de subsistencia. Un padre me dice con lágrimas en los ojos que su honor va unido á mi declaracion. Me llevan por último en medio de la noche á un sitio de horror, infieren consecuencias del efecto que aquella vista causa en mí, y tienen la barbárie de decirme que me encerrarán sola si no hablo.

«Me aseguran que hay testigos que deponen contra mí que el hecho está comprobado. El público cuya malignidad busca continuamente alimento, inventa los hechos mas atroces. Yo estoy sola, sin defensa, sin consejo, sin apoyo. ¿Qué cabeza podia resistir á tantos males acumulados sobre ella? Yo perdí la mia: la calentura, la falta de sueño y de alimento, la desesperacion estraviaron mi razon, y digo cosas de las que ni siquiera me acuerdo. He perdido por un momento toda mi energía; pero yo la recobraré y haré uso de ella. ¡Pues qué! yo, ante un tribunal augusto, ante un pueblo inmenso habia de ir á prestar un juramento en falso! ¡y eso para afirmar que me hallé por la noche en un sitio de prostitucion en el momento en que se cometia un crímen horrible! Y el honor de una familia no se halla comprometido en semejante declaracion!

«Vuelvo á repetirlo, cualquiera que sea el peligro á que esponga á mí y á los mios, niego formalmente que me hallase en la casa de Bancal, no solo en el 19 de marzo, dia del asesinato de M. Fualdés, sino anteriormente á haberse cometido aquel atentado. Yo ignoraba la existencia y la posicion de aquella casa. Deseo tanto como cualquiera que los criminales sean castigados, y si los conociese, si estuviese en mi mano ilustrar á la justicia, ninguna consideracion me detendria. Pero habiéndome hallado el 19 de marzo á las seis de la tarde en casa de M. Pal, en la calle Nueva, de donde no salí hasta el 20 á las nueve de la mañana, aunque M. Clemandot se bata con mis hermanos, aunque toda mi familia perezca, jamás aseguraré un hecho falso que la deshonra para siempre. Estoy resuelta á sufrir todo lo que venga, y espero que la verdad llegará á descu-

brirse. Entre tanto, declaro que persisto en mi primera declaracion, y que la sostendré durante los debates y por el resto de mi vida y firmo

«ENJALRAND-MANSON.

A estas cartas y á estas declaraciones contradictorias siguieron otras muchas de que se dió lectura á los jurados en apoyo de la declaracion de M. Destourmel sin que Mad. Manson, á quien en seguida de cada lectura hacia el presidente preguntas apremiantes, consintiese en entrar en ninguna explicacion terminante.

—Habia en efecto una mujer en casa de Bancal, decia, pero no era yo, si bien aparece que esa mujer usurpó mi nombre. En cuanto á la revelacion que hice á M. Clemandot, eso no fué mas que una chanza.

Y como el magistrado insistiese haciéndole ver la incoherente inverosimilitud de sus asertos,

—¿Qué quereis que os diga? replicó Mad. Manson: mis revelaciones parecen acusarme, y sin embargo no he ido á casa de Bancal, ni he visto cometer el crímen.

—Pero si no vísteis cometer el crímen ¿cómo ayer en este recinto pudísteis decir á Bastide en un impulso rápido y natural de indignacion: «Confiesa, desgraciado?»

—Quizá haya suministrado con eso armas en contra mia pero á pesar de todo no he estado en casa de Bancal.

Mad. Manson añade que todo cuanto habia podido decir y aun firmar hasta entonces debia considerarse como de ningun valor; que nada habia visto; que nada sabia; que no habia prestado ningun juramento que le comprometiese á ocultar la verdad; que si alguno hubiese hecho no se creería ligada por él, porque habria sido arrancado á la fuerza y no debería redundar en provecho de unos asesinos; y por último, que solo ahora era cuando debia ser creida, porque se hallaba libre, y delante de los jurados y del tribunal decia la verdad.

El tribunal y el auditorio principiaban á cansarse visiblemente de aquellas tergiversaciones sin cuento: dejábanse oir varios murmullos, y Bastide á quien sus coacusados habian abandonado el cuidado de dirigir la defensa, no podia ocultar la satisfaccion que le causaba el desconcepto en que iba cayendo aquel testigo tan peligroso. Pero muy pronto se presentaron

declaraciones que le obligaron á encerrarse en la defensiva. Su principal argumento consistia en probar la cohartada, alegando que en la tarde y noche del 19 de marzo se hallaba en sus tierras de Gros, distantes cuatro leguas de Rhodez, de donde no salió hasta el dia siguiente á consecuencia de recibir una citacion en que se le anunciaba el asesinato de M. Fualdés. Por su parte la acusacion sostiene que Bastide no salió de Rhodez hasta la noche del 20, esto es, no solo despues del asesinato, sino tambien del robo con fractura que siguió á dicho crímen. En este sentido declara la mujer Castan, la cual vió á Fualdés y Bastide conversando á las tres de la tarde en la plaza de la Cité, y Bastide decia:

—No dejeis de venir á las ocho.

A lo que respendió Fualdés.

—Perded cuidado que no faltaré.

Otro testigo, Pedro Cazal, de oficio albañil, se expresa del modo siguiente:

—Pasada la fiesta de la media cuaresma, el dia de San José entre cuatro y cinco de la tarde ví á M. Fualdés con Bastide en la calle de Terral. Seguíles para preguntar al primero cuándo quería que bajásemos á su hacienda de Vignes á fin de hacer una obra de que me habia hablado, y oí que M. Fualdés decia á Bastide con aire de severidad: «No habeis venido esta tarde como lo habíais prometido.» Bastide replicó: «No pienso perjudicaros, creedme: os daré mi cuenta esta noche....» Algun tiempo despues Mad. Bastide dijo á mi mujer: «Solo vuestro marido es quien nos dá cuidado, pues ya nos hemos arreglado con los demás testigos. Si necesitase algun saco de trigo decidle que venga á verme:» Mi mujer rehusó y dijo que nada necesitábamos.

Una mujer llamada Pascal declara igualmente que el 20 de marzo á las seis de la mañana vió venir á Bastide á la plaza de la Cité por la calle de Terral. Luego que llegó delante del café se adelantó hácia la casa de Fualdés y llamó á la puerta mirando siempre arriba. En aquel mismo dia le vió volver á la casa otras dos veces, la primera á las nueve y cuarto y la segunda mas tarde, aunque antes de mediodia.

Mariana Varés, sirvienta en casa de M. Fualdés, declara que Jausion, la esposa de éste y la mujer Galtier fueron el 20 á las

siete de la mañana y subieron: la mujer Galtier bajó casi al momento y pidió un martillo; pero como no lo hubiese, pidió una hacha y se la dió. Poco tiempo despues se oyó ruido y subió el criado. A las once vino Bastide y las damas fueron á reunirse con su hermano en la escalera. M Jausion la puso la mano sobre el hombro y se hablaron en secreto. El testigo jura que una llave que cayó entre la pared y la cama en donde se hallaba Bastide estaba reluciente y la reconoció por la de la papelera de M. Fualdés, su desgraciado amo, que la llevaba siempre sobre sí igualmente que su picaporte. Antonieta Mallier, de ejercicio matrona se hallaba en casa de M. Fualdés el 20 de marzo cuando entre diez y once de la mañana llegó á llamar á la puerta el acusado Bastide, y aquella se asustó del aire que traia. Preguntó por M. Fualdés, entró y se informó de si estaba abierto el cuarto de este. Mallier le respondió que sí. Bastide dijo que era preciso cerrarlo y subió seguido de aquella. Abrió un estante, el cajon de una mesa y lo examinó todo: miró las navajas de afeitar de M. Fualdés y en seguida salió y cerró el cuarto. Bastide volvió á entrar en él con aquella mujer y la testigo, y ayudó á la sirvienta á sacar vestidos: cayó una llave por el lado suyo y la recogió diciendo que era preciso juntarla con las otras y confiarlas á la señora Galtier ó la señora Jausion. Estas dos mujeres, añade la testigo, no hicieron en la mañana del 20 mas que recorrer toda la casa de M. Fualdés, registrando y examinándolo todo. Preguntando la sirvienta á Bastide quién era el que el dia antes habia dado una cita en presencia suya á M. Fualdés, respondió aquel dando una patada en el suelo: «Yo no estaba aquí anoche.» Despues de preso Bastide, la señora Galtier habló al testigo y le dijo que estaba equivocada en cuanto á la hora en que Bastide habia entrado en casa de M. Fualdés, que los criados de Gros afirmaban que estaba allí á aquellas horas; que si *ella* decia lo mismo, saldria Bastide de la cárcel y que sin duda habia tomado á Jausion por Bastide. La testigo replicó que no se habia engañado ni en cuanto á la hora ni en cuanto á la persona.

Cinco ó seis declaraciones tan graves y terminantes como la anterior vinieron á destruir completamente la coartada alegada por Bastide. Otros testigos depusieron acerca de hechos no menos concluyentes contra Jausion. M. Blanc hijo, declara que el 20 de marzo á las siete de la mañana fué á casa de Jausion á

quien encontró con su esposa en el cuarto de esta última. El marido tenia el aire azorado y la cabeza apoyada en una mano: la mujer lloraba. El testigo les preguntó qué pensaban del asesinato. El marido no contestó y Mad. Jausion respondió como una persona ya instruida del suceso: «¿Qué hará el hijo de M. Fualdés cuando sepa esa noticia? Y añadió que solo aguardaba á Mad. Costes para ir á casa de Mad. Fualdés. Cuando salió el testigo podrian ser las siete y media ú ocho menos cuarto. Algunos anunciaron la idea de un suicidio que pareció admitido por muchos en presencia de Jausion; pero este dijo que no era posible. Paseándose M. Carrere en la noche del 19 por la plaza de la Cité oyó quejidos lastimeros y sofocados que se mezclaban á los sonidos de una zampoña que tocaban sin interrupcion por el lado de la calle de los Hebdomadiers. A las ocho de la mañana siguiente, al ir al tribunal de assises á donde habia sido llamado como jurado, encontró en la calle de Terral al acusado Jausion, y exclamó acercándose á él:

—El cadáver hallado en el Aveyron es el del pobre Fualdés.

—¿De Fualdés? repitió Jausion.

El aire frio de éste llamó la atencion al testigo, el cual sin manifestar la sensacion que le causaba aquella respuesta, añadió:

—No es posible que Fualdés se haya suicidado, pues eran bien conocidos sus sentimientos, la energía de su carácter y su posicion: habia casado bien á su hijo, vendió su hacienda de Flars y tenia reunido lo muy suficiente para pagar todas sus deudas.

—Así es, dijo Jausion, M. Fualdés estaba en posicion muy desahogada.

—No creo que haya sido asesinado por sus opiniones, prosiguió el testigo, pues en nuestro departamento no hay persona capaz de cometer semejante crímen. Sin duda los efectos que recibió de M. de Seguret y las talegas que llevaba ayer procedentes de la negociacion de alguna letra de cambio suya han sido la causa de su muerte. Quizá le hayan asesinado para despojarle.

—Sí, dijo Jausion, sé que hizo un negocio en casa de Bastide.

M. Sasmayons declara que el 19 de marzo fué por la noche á casa de M. Fualdés. A eso de las ocho, dijo este:

—Os dejo pues tengo que hacer. Subió á su cuarto, volvió á la pieza en donde estábamos y cogió su baston: bajo su levita llevaba un objeto que sostenia con su brazo izquierdo. Al dia siguiente á

las seis de la mañana supe la desgracia que habia sucedido; fuí á los Bessés y convencido de que la noticia era cierta, me volví. Dirijíme inmediatamente á casa del pariente, del amigo de la casa de Fualdés, de M. Jausion, y no encontré mas que á la esposa que se estaba vistiendo.

—Sin duda sabreis, le dije, la catástrofe que acaba de suceder: el pobre Fualdés ha sido asesinado.

Aquella mujer sin mostrar que esperimentase grande emocion dijo estas palabras:

—¿Es posible? y qué hará su esposa?

—He venido aquí por ella á fin de ponerme de acuerdo con vos para que le deis algun consuelo.

—¡Oh! me replicó; no haré tal cosa.

—¡Pues qué, señora! ¿la dejareis abandonada en semejantes circunstancias?

Mad. Jausion insistió en su negativa.

El testigo entra en pormenores sobre los pasos de Bastide y de Jausion al dia siguiente del asesinato, y pasando á los hechos que tuvieron lugar despues de la prision de Bastide, refiere que al dia siguiente de verificada ésta fueron á casa de Fualdés Mad. Galtier y Mad. Jausion, y esta última dijo al testigo:

—¿Dicen que faltan efectos en la cartera?

—Sí, por valor de 12,683 francos.

—¿Habeis dado parte de ello á la justicia?

—Sí señora.

—Debísteis haber visto antes á mi marido que tenia los recibos de M. Fualdés.

—No lo sabia: voy á buscarle ahora mismo.

—No vayais.

Insistí yo y le dije:

—En un momento está hecho.

Ella persistió, yo tambien, pero al fin salió y me dijo:

—Luego hareis eso.

Salí yo tambien y fuí á la plaza del Bourg. A poco rato llegó allí Jausion con las dos mujeres y acercándose á mí me dijo con acento animado:

—Mi mujer me acaba de decir que falta por valor de 15,000 francos en efectos.

—No, le respondí, es solo por valor de 12,863.

—Yo digo que de 15.000. ¿Por qué no habeis ido á mi casa á comprobarlo?

—Ya que lo tomais en ese tono, dijo Sasmayons, y dais á eso tanto interés, ¿por qué no habeis ido á hacer vuestra declaracion como los demás? Tiempo habeis tenido para ello. Vamos á comprobar.

Fuimos allá en efecto, y me presentó un pedazo de papel recientemente escrito. Preguntele si tenia otra cuenta y me contestó que no.

En seguida de esta declaracion que pareció causar una viva impresion en los jurados y en el auditorio, varios testigos de descargo afirman que Bastide habia pasado la tarde y noche del 19 al 20 de marzo en sus tierras de Gros; pero casi todos aquellos testigos eran dependientes del acusado.

Los peritos encargados de examinar y comprobar los libros y papeles de Jausion entran en diferentes pormenores para dar á conocer la situacion respectiva de los negocios de este acusado y de M. Fualdés.

Llámase en seguida á Mad. Manson; pero no es posible obtener de ella la menor aclaracion, pues despues de tartamudear y ponerse en contradiccion consigo misma, concluyó por declarar que motivos poderosos le impedian hablar. A instancias del presidente que le preguntó cómo habia sabido todo lo que habia pasado en casa de Bancal en la aciaga noche del 19 de marzo, contestó despues de vacilar por largo tiempo que una jóven modista llamada Rosa Pierret se lo habia contado. El presidente manda al punto que sea llamada aquella jóven, pero cuando esta compareció despues de una breve suspension de la audiencia, Mad. Manson á quien la modista replicó que jamás habia hablado con ella del asesinato de M. Fualdés, se vió precisada á convenir en que tambien aquella vez habia dicho una mentira.

Finalmente, despues de algunas explicaciones últimas que no arrojan ninguna nueva luz sobre aquel debate, por necesidad sin resultado, toda vez que Mad. Manson se negaba á convenir en que se hallara presente en casa de Bancal en el acto del crímen, el presidente concedió la palabra al abogado de la parte civil, M. Merlin, el cual en un largo discurso se esforzó en

establecer la culpabilidad de todos los acusados, y terminó así su alegato dirigiéndose á los jueces:

—Tranquilizad á nuestras poblaciones contra las justas alarmas que ha esparcido en todos los ánimos un crímen que hace estremecer á la naturaleza, un crímen que jamás tuvo ejemplo, y que ofrece por sí solo la violacion de todos los derechos, el conjunto monstruoso de todos los crímenes; un crímen, cuyo castigo, por grande que sea, nunca guardará proporcion con la ferocidad de sus autores.

El procurador general habló en el mismo sentido, y declaró que se reservaba pedir lo conveniente contra Mad. Manson. En seguida fueron oidos los abogados entre quienes se distinguió particularmente M. de Romigueres, defensor de Bastide, el cual en una réplica vehemente exclamó dirigiéndose á Mad. Manson:

—Vuestras contradicciones, vuestras reticencias, vuestras medias revelaciones han suministrado al ministerio público pretestos de los que ha deducido consecuencias mas funestas para los acusados que si hubiéseis articulado testimonios positivos que los designasen como culpables. Mas valdría para ellos que vuestros lábios hubiesen revelado la verdad toda entera, por terrible que fuese. ¿Quién puede impediros que la digais? Yo la reclamo en nombre de los acusados. ¿Qué podeis temer de su venganza? Ellos están presos....

Aquí fué interrumpido el abogado por Mad. Manson, la cual levantándose del banco de los testigos exclamó con ademan dramático;

—¡Oh! ¡no todos los culpables están presos!

Aquella interrupcion de que M. de Romiguieres pidió se tomase acta, causó en el auditorio una viva emocion. El presidente hizo acercar nuevamente á la barra á Mad. Manson y la instó á que nombrase los culpables; pero aquella se limitó á responder que no podia hablar, y que no podia salir de sus lábios la verdad.

Habiendo terminado todos los abogados sus respectivas defensas, el 12 de setiembre, al abrirse la audiencia que era la vigésima sesta de los debates, reasumió el presidente el proceso y propuso las preguntas á que los jurados, despues de seis horas de deliberacion, dieron las respuestas siguientes:

Por unanimidad, Catalina Bruguiere, viuda de Bancal, es culpable como cómplice del asesinato cometido en la persona de M. Fualdés con premeditacion.

Por unanimidad, Bernardo Carlos Bastide, José Jausion, Francisco Bax y Juan Bautista Colard, son culpables del precitado asesinato, ya como autores, ya como cómplices y con premeditacion.

Por mayoría absoluta, Ana Benoit es culpable del espresado asesinato como cómplice, pero sin premeditacion.

Por unanimidad, Bonsquier no es culpable ni como autor ni como cómplice del asesinato de M. Fualdés.

Por unanimidad, es culpable, como cómplice, de haber arrojado al rio el cadáver del citado Fualdés.

Mariana Bancal no es culpable ni como autora, ni como cómplice del espresado asesinato.

Por mayoría absoluta, Bernardo Carlos Bastide Grammont es culpable como autor del robo de los libros, diarios, papeles y demás efectos sustraidos de casa de M. Fualdés en la mañana del 20 de marzo; pero sin fractura.

Por unanimidad, el mismo acusado es culpable del citado robo como cómplice.

Por unanimidad, José Jausion es culpable del precitado robo como autor y como cómplice, con fractura.

Por mayoría absoluta, Victoria Bastide, esposa de Jausion es cómplice del expresado robo, pero obró sin conocimiento de causa.

Por mayoría absoluta, Francisca Bastide, viuda de Galtier, no es culpable como autora ni como cómplice del robo citado.

Los acusados fueron introducidos en el salon: dióseles conocimiento de la declaracion del jurado; y el tribunal, por boca de su presidente, despues de deliberar, pronunció la pena de muerte contra la viuda de Bancal, Bastide, Jausion, Bax y Colard: Missionier y Ana Benoit fueron condenados á trabajos forzados por toda la vida, á la esposicion y á ser marcados; Bousquier á un año de prision y 50 francos de multa. Mariana Bancal y Francisca Bastide, viuda de Galtier, fueron absueltas.

Mientras la lectura de la anterior sentencia, permaneció Bastide tranquilo é impasible. M. Romiguieres, su defensor, mas conmovido que él, si bien no podia hacerse ilusion sobre el re-

sultado del veredicto en lo concerniente á su defendido, se volvió hácia este y con voz solemne:

—Bastide, le dijo, ya que se halla fijada vuestra suerte, quizá podais salvar á un inocente. Decid en nombre de la justicia si Jausion se hallaba realmente el 19 de marzo en casa de Bancal.

—¿Y cómo lo he de decir? replicó Bastide sonriéndose: bien sabeis que yo no estaba allí.

Jausion se muestra abatido y protesta su inocencia, la cual, dice, quedará demostrada por su testamento de muerte. Luego se dirige á la viuda de Bancal y le conjura que diga si le ha visto en su casa en el acto del crímen, pero esta inmóvil y como herida de un rayo desde que oyó su sentencia, no respondió á la pregunta que ni siquiera dió muestras de comprender.

Bax se mostró resignado: Colard dió pruebas de resolucion diciendo que cuando era soldado no huia ante el enemigo y que al ir al cadalso se figuraría que iba á tomar un reducto. Ana Benoit se entregó á la mas violenta desesperacion y en cuanto á Bousquier parecia no comprender nada de lo que pasaba á su alrededor.

En el mismo dia mientras que todos los sentenciados firmaban el recurso en casacion, se procedia á la prision de Mad. Manson á instancias del procurador general.

En vista de aquellos debates solemnes y prolongados, del severo veredicto del jurado y de la sentencia del tribunal de assises del Aveyron que entregaba cinco cabezas criminales al cadalso, parecia satisfecha la opinion pública, y daba ya por terminado el asunto, cuando con la mayor estrañeza se supo que un error del escribano habia motivado de parte del tribunal de casacion la declaracion de nulidad de las primeras actuaciones, y que todos los acusados eran enviados de nuevo ante el tribunal de assises del departamento del Tarn, residente en Alby.

Hubo que instruir una nueva sumaria y se pasaron seis meses, durante los cuales Mad. Manson por un lado y M. Clemandot por otro publicaron memorias cuyo contesto no solo llamó sino que reavivó la atencion pública. No tardó en presentarse la acusacion contra Mad. Manson, con el cargo «de haber auxiliado con conocimiento de causa, á los autores del asesinato de Fualdés.» Esperose que al fin se vería obligada á confesar la ver-

dad, y tal habia sido la celebridad de este gran drama judicial que la Europa entera aguardaba con ansiedad é impaciencia que volviesen á abrirse unos debates cuyas interesantes peripecias habian causado ya tan vivas emociones.

Abriéronse al fin el 25 de marzo de 1818.

Los acusados, lo mismo en Alby que en Rhodez hicieron nuevas protestas de inocencia. En el intervalo que medió de la primera á la segunda sumaria habia puesto Bancal fin á sus dias por medio del suicidio, y su viuda tomó asiento en el banco de los acusados vestida de luto rigoroso al lado de Mad. Manson, de quien solo la separaba un gendarme.

Los primeros testigos examinados repitieron testualmente sobre poco mas ó menos las declaraciones que habian prestado anteriormente, y parecia que el interés iría en decadencia hasta el momento en que fuese interrogada Mad. Manson, pues se anunciaba que esta se habia decidido al fin á decir la verdad, y que con ese motivo se le habian hecho amenazas en varias cartas anónimas. En efecto, tres dias antes de abrirse los debates, escribió aquella al presidente la siguiente carta:

«Mi vida se halla amenazada, señor presidente: atentan contra mis dias y contra los de mi hijo. Mis enemigos han hallado medio de llegar hasta mí y entregarme una horrible carta que pongo en vuestras manos, etc.»

A la anterior carta de Mad. Manson iba adjunto un billete misterioso que decia aquella haber encontrado en el jardin de la casa del cura contigua á la cárcel, y en el que tenia permiso para pasear. Dicho billete estaba concebido en estos términos:

«Has hablado; pero tiembla todavía: no todos estan presos y ya sabremos alcanzarte. Tarde ó temprano perecereis tu y tu hijo por el hierro ó por el veneno. ¡La muerte os espera á ambos!»

Todavía duraba la impresion de estas dos cartas, cuando al salir Mad. Manson de la audiencia del 29 de marzo, encontró en la silla de manos que servia para trasportarla desde el tribunal á la cárcel otro billete que habia puesto allí una mano desconocida, y que la acusada hizo pasar al procurador general.

«Escucha por última vez un consejo, le decian; sella tus

lábios. El dia en que declares será el último para tu hijo: la negativa ó la muerte. Dí que el presidente te ha amenazado, que ya te apoyarán; de todo te se responde. Piensa en tu juramento, en tu hijo: su suerte está aun en tus manos: teme á la que te escribe, pues ya la conoces: el hierro está preparado. Es preciso negar ó perecer.»

En la audiencia del 30, un nuevo testigo examinado en virtud del poder discrecional, declara que se relacionó con Bastide en la cárcel de Rhodez en donde se hallaba aquel preso por robo, y que Bastide le decia con bastante frecuencia: «Si no fuese por Jausion, no habria hablado Mad. Manson contra nosotros porque se le hubiera quitado la vida.»

Examinada Mad. Manson sobre este particular, respondió:

—En la noche del 19 de marzo á eso de las ocho, pasaba yo por la calle de los Hebdomadiers á tiempo que oí el ruido de muchas personas que venian tras de mí. Refugieme en el portal de una casa que despues supe era la de Bancal, y allí me cogieron y me llevaron dentro. Dije que era mujer, pues iba vestida de hombre, y me hicieron entrar en un aposento, desde donde oí ruido y gemidos. Apoderóse de mí el terror y me desmayé. No tardé en oir un nuevo rumor y me sentí arrastrada hácia un cadáver, alrededor del cual ví mucha gente, pero sin reconocer á nadie.

—¿Oísteis gemidos? le preguntó el presidente.

—Sí, gemidos.... gritos sofocados.... y oí caer la sangre en un cubo (sensacion de horror en el auditorio). Temí por mis dias y traté de abrir una ventana para escaparme; pero estaba demasiado alta y me dí un golpe que me hizo echar sangre por las narices. Entraron entonces en el aposento y me llevaron á la cocina, en donde me cogió un hombre de la mano y me condujo á la plaza de la Cité. Preguntóme si le conocia y yo le dije que no. Manifestóme que habia ido allí para ver á una muchacha, y aproximándose entonces hácia nosotros un hombre con una linterna, se separó de mí diciendo que no quería ser visto. Dirigime á casa de Victoria, antigua doncella de mi madre, y me siguió el mismo hombre, el cual se acercó nuevamente á mí y me dijo: «Aquí no está tan oscuro: ¿me reconoceis?»—«No, ni quiero tampoco conoceros, le contesté.» Pasé la noche bajo el pórtico de la Anunciata y volví á mi casa

sin que llegáran á saber que hubiese salido. A nadie reconocí: la luz alumbraba débilmente, y cuando salí habia poca gente, hablaban bajo y nada oí. Iba vestida de hombre con un pantalon azul, que quemé luego, porque estaba manchado con la sangre que derramé. No he prestado juramento ninguno.

El acusado Jausion que durante la anterior declaracion mostraba la mayor ansiedad, conjuró á Mad. Manson que declarase si se hallaba él en casa de Bancal, si le habia visto. Mad. Manson pareció titubear un momento, derramó lágrimas, oprimiose la frente con sus dos manos y exclamó con voz sombría:

—¡Nada tengo que contestar á esa cruel pregunta!

Por último, en la audiencia del 3 de abril se abrió paso la verdad en medio de una escena dramática. Un testigo, M. Blanc de Bourrines, hizo la siguiente declaracion:

—El 20 de marzo entre siete y ocho de la mañana, supe que habia sido encontrado un cadáver en el Aveyron, y muy luego llegó á mi noticia que era el del infeliz Fualdés. Sabia que M. Jausion estaba muy relacionado con él, y corrí al punto á su casa para preguntarle dónde habia estado Fualdés por la noche y qué medios creia se hubiesen empleado para sacarle fuera de su casa. Cuando llegué estaba Mad. Jausion al espejo y Jausion sentado en una silla apoyaba su cabeza sobre las manos como un hombre penetrado de dolor.

—¿No sabeis nada? me dijo Mad. Jausion.

—Ahora mismo acaban de decírmelo.

—¿Qué hará el hijo de M. Fualdés, y cómo habrá llegado á su noticia?

—No sé: aguardo á Mad. Coste para ir juntos.

Creo recordar que en todo el tiempo que duró mi conversacion con Mad. Jausion, su marido no profirió una sola palabra y yo continué recorriendo la ciudad para tomar informes. El 21 tuve ocasion de hablar á Mad. Manson.

—Y vos tambien, Blanc, me dijo, ¿creeis que estuviese yo en casa de Bancal?

—Lo habeis confesado, y estoy autorizado para creerlo. M. Clemandot lo ha dicho.

—Pero, Blanc ¿no habeis oido que hay comprometida en ese horrible asunto una persona que lleva los nombres de Enjalrand y de Manson?

—Sí.

—Pues bien, yo llevo esos dos nombres.

—Entonces debereis saber alguna cosa.

—No, nada sé: yo no estuve en casa de Bancal.

—Habeis dicho que hace quince dias habíais sido testigo en este asunto, y que vuestra declaracion mataba á los acusados.

Mad. Manson negó haber pronunciado estas últimas palabras. El testigo se indignó, pero Mad. Manson continuó sosteniendo con energía que se desnaturalizaban sus intenciones, que no pudo haber dicho que su declaracion matase á los acusados, porque nada sabia con exactitud sobre ninguno de ellos. Esta negativa y la actitud que parecia tomar Mad. Manson con un testigo de buena opinion y fama, pariente suyo, reanimaron las esperanzas de los principales acusados que conocian por instinto que el mejor medio de hacer creer en su inocencia era conjurar á Mad. Manson á que dijese toda la verdad una vez que parecia decidida á persistir en su sistema de reticencias.

—Señora, exclamó la viuda de Bancal, decid sin reserva lo que sepais.

Mad. Manson calló, no obstante que el presidente hizo observar que respecto de la viuda de Bancal se hallaban establecidos los hechos hasta la evidencia. M. Dubernad, abogado de Jausion conjura á su vez á Mad. Manson que se explique, que ponga término á esas medias revelaciones mas funestas para los acusados que los cargos formulados con toda precision. La interpelada no responde y parece agitada entre la necesidad de decirlo todo y el temor de entregar al cadalso al hombre que le salvó la vida. Bastide, por último, que no cesó de defenderse con una calma y libertad de ánimo notables, creyó tambien que debia aprovecharse de las fluctuaciones de Mad. Manson y levantándose dijo en tono solemne:

—¡Y yo tambien, señora, os conjuro que digais toda la verdad! Vuestro silencio, vuestras tergiversaciones me han hecho sufrir por mucho tiempo: ya habeis estado á punto de hacer caer mi cabeza ¡os conjuro que hableis!

De repente Mad. Manson como si se sintiese dispertada por la irónica gravedad de aquellas palabras, de tímida y trémula que estaba se puso irritada y amenazadora. Se levantó de su asiento pálida y agitada por un movimiento convulsivo: ani-

mose su rostro, brillaron sus ojos, y la sola espresion de *desventurado* que lanzó al acusado, pronunciada con acento de reconvencion y de desprecio, sumergió al auditorio en una especie de estupor. No parecia sino que se habia oido el silbido de la serpiente, el aterrador chirrido del instrumento del suplicio. El tribunal, los jurados, el auditorio, todos se estremecieron con un simpático movimiento de terror. Solo Bastide permaneció tranquilo y risueño.

—Vamos, señora, dijo acompañando sus palabras con una sonrisa sarcástica, basta ya de comedia; dejaos de monosílabos y guardad vuestras frases ampulosas para vuestras memorias: decid al fin la verdad.

Mad. Manson, á quien se hizo bajar del pretorio, da algunos pasos, separa á los gendarmes que la rodean y encarándose con Bastide, exclama:

—¿Me reconoceis ahora?

—No, respondió Bastide perdiendo su habitual serenidad: no, no os reconozco.

—¡Con que no me reconoceis, asesino, cuando vos fuísteis el que quiso degollarme!

Jausion se turbó en estremo. Bastide se esforzó aunque en vano, en ocultar su agitacion bajo una calma irónica. Pero las fuerzas de su acusadora quedaron agotadas y esta cayó desmayada. El presidente levantó la audiencia, y la muchedumbre se retiró bajo la impresion extraordinaria de aquella escena cuyo efecto dramático no es dado á la pluma describir.

En la audiencia del dia siguiente, 4 de abril, el presidente recuerda á Mad. Manson los términos de su declaracion del dia antes y le pregunta si debió á un arrepentimiento laudable de que quería asesinarla el haber salido con vida de la casa en que acababa de cometerse á su vista el asesinato de M. Fualdés ó si debió su salvacion á la intervencion de Jausion. Mad. Manson responde que de aquel horrible momento no ha podido conservar ningun otro recuerdo exacto.

—Es cierto, dijo, que hice un juramento, pero no puedo recordar sus términos. Lo que mas impresion me causó en casa de Bancal y lo que jamás se borrará de mi memoria es que un mónstruo quiso asesinarme.

—¿Fuísteis salvada por algun otro? la preguntó el presidente.

—Sí, otro me salvó y me condujo á la plaza de la Cité.

—¿El que vino en vuestra ayuda era del número de los asesinos?

—No podré decirlo, pero me arrancó de manos de Bastide que quería asesinarme.

—¿El individuo que os salvó se halla en el número de los acusados?

—Es muy posible.

—¿Es Bax?

—No señor, no puedo decir mas.

Tomando entonces la palabra M. Dubernard, defensor de Jausion, y dirigiéndose á Mad. Manson, le dijo que sus reticencias eran mil veces mas terribles que una acusacion formal.

—Hablad, exclama, aunque debais conducir á Jausion al cadalso: os conjuro que digais la verdad.

Jausion se asocia á su defensor.

—Señora, dijo, mi suerte está en vuestras manos: os pido en nombre de mi mujer y de mis hijos, que es lo que mas amo en este mundo, que os expliqueis. Esta vida no es nada en comparacion de la eternidad. Decid si me vísteis en casa de Bancal, decid si fuí yo quien os salvó la vida.

—¡Nada tengo que decir! respondió Mad. Manson ocultándose el rostro entre las manos.

—¿De qué modo os hicieron prestar juramento? le preguntó M. Combette de Caumont, uno de los consejeros: ¿estábais de rodillas?

—Lo ignoro, respondió Mad. Manson; es fácil que me hicieran poner de rodillas: yo no era dueña de mí en aquel momento y todo lo veia á través de una nube. Aun ahora mismo que mi vida no está en peligro, no soy dueña de mí misma.

—¿Qué trage llevábais? preguntó Bastide.

—Ya he dicho al tribunal que estaba vestida de hombre.

Bastide (al presidente). Os suplico que tengais á bien preguntar á Mad. Manson cuál era el motivo que la habia llevado á casa de Bancal.

Mad. Manson. ¿Qué puede importarle esa circunstancia al principal acusado? (Despues de titubear un momento). Estaba expiando á una persona en la calle de los Hebdomadiers, por-

que tenia derecho para hacerlo. Me hicieron entrar á la fuerza en casa de Bancal.

Bastide. ¿Qué sombrero llevábais?

Mad. Manson. Una gorra.

Bastide. ¡Muy bien! Era mucho mas cómoda para poderla guardar en el bolsillo.

Un consejero, M. Pinaud (á Mad. Manson): En vuestros interrogatorios habeis descrito el lugar de la escena, y reparásteis en una mesa sobre la que el desgraciado Fualdés fué degollado. Erais de consiguiente dueña de vos misma. Vísteis á los asesinos y sus facciones han debido quedar grabadas en vuestra memoria. Olvidais ese juramento que se os arrancó á la fuerza: ¡hablad!

Mad. Manson. Señor consejero, estoy sentada en el banco de los acusados, y solo me toca defenderme. Como acusada, debe establecerse mi complicidad; como testigo, ya sabré lo que he de hacer.

—Bastide. ¡Vaya un lenguaje! Que el tribunal exija por fin explicaciones á Mad. Manson, como á cualquiera otro cómplice!

Mad. Manson (levantándose con violencia). ¡Vuestra cómplice, Bastide!

Bastide (con frialdad). Sí por cierto, señora; no deberíais gozar de mas privilegios que nosotros, y sin embargo, se os permite atacar uno tras otro á todos los miembros de mi desgraciada familia. ¿Cómo pueden los magistrados esperar la verdad de boca de una comedianta que aspira á la celebridad haciendo poco caso de los medios, la virtud ó el crímen, para conseguir su objeto? ¿Qué idea nos dá de sí misma por sus declaraciones? Aquí es un *fénix*, en cualquiera otra parte sería una.... quiero callar. De todos modos, yo estaba en mi casa en la noche del 19 de marzo.

El presidente (á Mad. Manson). ¿Afirmais haber reconocido á Bastide en casa de Bancal?

Mad. Manson. Sí, señor presidente, es uno de los asesinos de M. Fualdés, y fué el que quiso matarme.

El consejero Pinaud. Prestásteis un juramento, Mad. Manson.

R. Sí, lo presté al pie de un cadáver.

P. ¿Quién os lo exigió?

R. Bastide.

P. ¿Quiénes eran las demás personas que estaban alrededor del cadáver?

R. No puedo nombrarlas, soy acusada.

Bastide. ¡Todo esto es muy estraño! Aquí tenemos una acusada que responde cuando le acomoda y guarda silencio cuando le conviene, y unos magistrados que dan fé á las declaraciones de una mujer sin moralidad y sin pudor. Yo pido que Mad. Manson motive sus asertos y que no estudie su papel esta noche para declamarlo aquí mañana.

Presidente. Ella ha hablado y os ha nombrado positivamente.

Bastide. Ha hablado como en Corneille, como se habla en el teatro; ¿pero es así como se responde á la justicia? Si yo respondiese así ¿estaríais satisfechos? En verdad que se me figura estar en el reino de las hadas.

—En ese caso seríais vos el mal génio, replicó Mad. Manson, y aquella salida que escitó la hilaridad del auditorio, cerró la audiencia de aquel dia.

Conforme se van desarrollando las escenas de este horrible drama, la luz se hace mas intensa. Muy luego la misma Bancal reconoce la imposibilidad de persistir en el sistema de denegacion en que se habia encerrado desde el principio de la causa, y despues de manifestar que estaba resuelta á hacer revelaciones completas, se expresa del modo siguiente:

—El 19 de marzo á cosa de las ocho y media de la noche entraron en mi casa en tropel seis personas que conducian á un caballero, que despues supe ser M. Fualdés. Traíanlo con una mordaza en la boca y con un pañuelo que le habian pasado alrededor del cuello. Entre estos individuos habia cuatro bien portados: Bastide fué el único á quien reconocí y me parece que uno de los otros era español: mi marido no quiso decirme quienes eran los que no reconocí; sin embargo me aseguró que uno de ellos era sobrino de Bastide:

Bax y Colard eran del número de las personas que entraron en tropel. Este último no permaneció en la cocina mas que un cuarto de hora escaso y salió diciendo: ¿A dónde me han conducido?» Algunos minutos despues volvió á entrar porque

le ví otra vez en la casa. Oí que M. Fualdés pronunciaba algunas palabras, y entre otras estas: «¿Qué os he hecho?» Creo que fué Bastide el que contestó, pero no oí su respuesta. Entonces uno de los seis dijo á M. Fualdés: «Encomendaos á Dios.» Nosotros quisimos salir, pero Bastide se opuso á ello, amenazándonos con matarnos si mi marido ó yo dábamos un paso para marcharnos. Caí sobre una silla con la cabeza apoyada en mis manos: mi marido que advirtió que me sentia indispuesta, me hizo salir á la escalera y allí perdí el conocimiento. Cuando salí de la cocina no estaba allí todavía Missonier: es probable que le llevasen como á un imbécil que no sabia á donde iba. Bousquier llegó mucho tiempo despues y afirmo que no ví absolutamente á Ana Benoit. Solamente ví á una muchacha que creo sea de la Roquette: nadie la habló, ni ella habló á nadie y se marchó.

Cuando me hallé en la escalera, cerraron todas las puertas, lo cual hace que no pueda decir lo que pasó; pero me parece que habia gente á fuera. Por la noche pregunté á Magdalena en el patio qué era lo que habian hecho esos hombres que entraron en nuestra casa.

—¡Ay! ¡mamá! me dijo la niña: el hombre á quien han muerto debia ser muy malo: ¡le han degollado como á un cerdo!

Mi marido, á quien tambien interrogué sobre este malhadado asunto, me dijo que habian recogido la sangre en una vasija. El cadáver fué trasportado sobre un monton de estiercol que habia junto á la esquina de Freres.

Bastide que oyó aquellas terribles revelaciones sin manifestar la menor emocion se contentó con hacer observar al jurado que la Bancal creia poder salir del mal paso forjando una fábula.

Las audiencias iban prolongándose, pero cada una parecia dar un nuevo interés á aquel misterioso asunto. Ese interés llegó á aumentarse muy pronto estraordinariamente con la llegada de la Rosa Pierret, en quien Mad. Manson intentó en un principio hacer recaer sospechas. Aquella muchacha, cuya estremada belleza se habia elogiado con razon, declaró con una modesta seguridad protestando contra el papel que quiso atribuirle Mad. Manson.

Esta por su parte asegura y sostiene con energía que Rosa Pierret tiene un conocimiento completo de todas las circunstancias del asesinato del que, segun dijo, le habia referido aquella sus pormenores. El presidente puso fin á aquel debate sin resultado.

Agotada la lista de los testigos de cargo, se llamó á los que los acusados habian presentado para establecer su cohartada. Una cuñada de Bastide, Mad. Vergnes, afirma que este no salió de sus tierras de Gros, en la tarde y noche del 19 de marzo. Otros testigos deponen en el mismo sentido, y ya se creia que iban á cerrarse los debates, cuando de repente el acusado Bax manifiesta que quiere completar con nuevas revelaciones las declaraciones que ya habia hecho, pero ocultando una parte de la verdad. Despues de referir los hechos ya conocidos, añade:

—A las ocho y media de la noche, cuando entré por segunda vez en la cocina de la casa de Bancal, ví en ella á M. Fualdés sentado en una silla y rodeado de Bastide, Jausion, Bessieres-Veynac, Bancal, Colard y la mujer de Bancal. Advertí que Jausion tenia en la mano una cartera de tafilete en cuyo dorso habia una pequeña placa amarilla por la que se cerraba aquella cartera. El color de ese objeto era azul ó encarnado: no puedo señalarlo de otro modo.

Ya habia firmado M. Fualdés algunos efectos, y firmó otros mas en mi presencia. Habia unos doce ó quince. Hecho esto, los reunió Jausion, los guardo en la cartera de que he hecho mérito, y se metió la cartera en el bolsillo. Apenas quedó terminada la operacion de firmar los papeles, anunció Bastide á M. Fualdés que se dispusiese á morir. Este último hizo un movimiento, se levantó, y dirigiéndose á Bastide le dijo con energía: «¡Pero podrá nadie creer que mis parientes y mis amigos se hallen en el número de mis asesinos!» Por toda respuesta cogió Bastide á M. Fualdés y quiso estenderlo sobre la misma mesa en donde acababa de firmar los papeles. Auxiliáronle los individuos que le cercaban; Fualdés se resiste, y en medio de los esfuerzos que hacia para defenderse oí que pedia un momento para reconciliarse con Dios. Bastide le respondió entonces: «Anda, ya te reconciliarás con el diablo.» Por último, fué sujetado Fualdés y estendido sobre la mesa. Jausion que tenia

un cuchillo en la mano le asestó el primer golpe, pero ignoro si le hirió. Fualdés hizo un esfuerzo y cayó la mesa. Escapose de entre las manos de los asesinos y se dirigió á la puerta; pero aunque yo me hallaba allí, no hice esfuerzo ninguno para detenerle. Bastide que lo notó me dió un bofeton y, auxiliado por los demas individuos, volvió á coger á Fualdés y lo estendieron entre todos sobre la misma mesa que habian puesto otra vez en pie. En aquel momento empuñó Bastide un cuchillo y lo sumergió por diferentes veces en la garganta de Fualdés. Este prorumpia en gemidos y gritos sofocados, pero ignoro si le tenian tapada la respiracion ó solo le habian puesto una mordaza.

La Bancal recibia la sangre no en un cántaro sino en un cubo. Al otro lado de la mesa habia otras dos mujeres, pero no tomaron parte ninguna en todo aquello. Cuando espiró Fualdés, cogieron su cuerpo y lo llevaron sobre dos bancos junto á la ventana que da á la calle. Allí fué donde registraron sus bolsillos y sacaron de ellos los objetos de que he hablado en mis declaraciones anteriores. Confirmo nuevamente todo lo que he dicho así respecto de la camisa, como de la sortija y monedas de plata que dieron á la Bancal. Recuerdo que fué Jausion el que habiendo sacado una llave de uno de los bolsillos se la dió á Bastide diciéndole: «Anda á recogerlo todo.» Hecho esto, salió Jausion.

Poco tiempo despues se oyó ruido en un gabinete que daba al patio. Bastide preguntó alarmado á la Bancal de dónde procedia aquel ruido, y esta le dijo que habia allí una mujer. Bastide abrió la puerta y se apoderó de aquella mujer que estaba vestida de hombre: llevola arrastrando hasta la cocina y quiso degollarla.—«Soy mujer, dijo aquella, y os pido la vida.» Bastide le puso las manos en el pecho, conservando aun el cuchillo con que acababa de degollar á Fualdés y persistió en querer asesinarla. Yo me opuse con todas mis fuerzas á este nuevo crímen.

Entre tanto llegó Jausion á la cocina, y reconviniendo á Bastide, le dijo: «Bastante apurado estás ya con un cadáver ¿qué vas á hacer del otro?» Yo me asocié á sus instancias para salvar á aquella mujer, á quien reconocí, á pesar de su disfraz, por la hija de M. Enjalrand, persona que ví en Rhodez

en el tiempo en que era prefecto M. Covion. Bastide consintió al fin en dejarle la vida; pero se exigió de ella un juramento. Obligósela á estender la mano sobre el cadáver, y allí se le hizo jurar que nada diría bajo pena de perder la vida por el hierro ó por el veneno. Levantóse aquella mujer y advertí que tenia sangre en uno de los dedos de la mano.

Jausion la tomó bajo su cuidado y la condujo fuera de la casa. Serían entonces sobre las nueve y media.

Poco despues volvió Jausion: durante su ausencia, habia sido envuelto el cadáver en una manta, atada con una cuerda gruesa como el dedo, y colocado sobre dos palos pequeños para llevarlo. Tratábase de hacer desaparecer el cadáver, y se aguardó á que las calles estuviesen desiertas. Pusímonos en camino yendo delante Bantista, Colard y Bancal; y detrás Bousquier, Jausion y yo. Bastide iba delante armado con una escopeta de dos cañones. Missonier iba detrás ó al lado suyo. Jausion llevaba tambien una escopeta sencilla, mientras que la de Bastide era de dos cañones. Fuimos primero desde casa de Bancal á la calle del Ferral, bajamos esta última calle y pasando por delante de la casa de la prefectura salimos por el portillo del Obispado. Atravesamos en seguida el bulevard de Estourmel hasta el barranco que se encuentra en lo último del Ambergue. Detuvímonos allí algunos momentos, y en seguida bajamos al espresado barranco por un camino carretero. Cuando la pendiente se presentaba ya muy rápida, Bancal y Colard cogieron el cuerpo entre los dos, porque no era posible ya llevarlo entre cuatro. Así que llegaron á la orilla del Aveyron, se desataron las cuerdas, se quitó la manta y se echó el cadáver al rio.

Hecho esto, Bastide y Jausion reiteraron el encargo de guardar secreto con amenaza de que el primero que soltase una palabra sería castigado con la muerte. Separámonos en seguida. Bastide se marchó por el lado de la Guioule y Jausion hácia el molino de Bessés. Bancal, Colard y Missonier volvieron por donde habíamos venido. Bousquier y yo nos fuimos á buscar el camino del Monasterio y nos retiramos á mi casa á eso de las doce de la noche.

El acusado Jausion que dió frecuentes muestras de impaciencia é indignacion durante el largo relato de Bax, se levantó

de su asiento así que este acabó de hablar, y exclamó encarándose con él:

—¡Desventurado! ¡sois un tunante, un asesino! Quereis perderme y vengaros porque en Rhodez os apremié á que digéseis la verdad. ¿Por qué no me habíais nombrado hasta ahora?

Bax respondió que no lo habia nombrado en efecto; pero que desde la primera declaracion lo habia designado suficientemente, diciendo que era un pariente de Bastide, un hombre muy rico que vivia en la plaza de la Cité.

Bastide se muestra menos conmovido que su cuñado por las declaraciones de Bax.

—Todas estas revelaciones, dijo, son copiadas unas de otras. Todos los *reveladores* son así: no hacen mas que repetir lo que otros han dicho. *Póngase á todo eso una música alemana*; conserve cada cual su papel, y saldrá otra *Ifigenia en Tauride.*

Pero esta seguridad, ó por mejor decir, audacia del principal acusado se estrelló contra la conviccion ya completa del tribunal, de los jurados y del público. Las defensas no podian tampoco cambiar nada en ello, y los debates quedaron terminados en la audiencia del 4 de mayo.

Despues de una breve deliberacion, el presidente del jurado dió lectura del veredicto en el que se declaró culpables á todos los acusados, con excepcion de Mad. Manson. El tribunal, despues de deliberar, manda poner en libertad á Mad. Manson; condena á la viuda de Bancal, Bastide, Jausion, Bax y Colard á la pena de muerte; á Ana Benoit á trabajos forzados para toda la vida, á la exposicion en la argolla y á ser marcada con las letras T P: á Missonnier á dos años de prision y 50 francos de multa; á la parte civil al pago de los gastos que resultaban de la liquidacion, salvo el derecho de M. Fualdés contra los acusados que fueron condenados á satisfacerlos solidariamente. El tribunal mandó que la ejecucion de la sentencia tuviese lugar en la plaza pública de Alby.

La lectura de la sentencia, prevista ya desde el momento en que Mad. Manson hizo revelaciones, no causó grande impresion en el auditorio; pero no sucedió lo mismo en el banco de los acusados.

—¡Yo quiero la muerte! exclamó Ana Benoit con desespe-

racion. Colard es inocente; y puesto que le condenais, hacedme morir con él.

Colard permaneció sereno, y lo mismo que en su anterior condena, dirigió algunas palabras de consuelo á su querida.

Bastide se esforzó en conservar la cínica seguridad que habia manifestado hasta entonces.

—¡Era ya cosa resuelta! ¡Pues bien, moriremos inocentes!

Pero apenas acabó de pronunciar estas palabras, se le velaron los ojos, alteráronse sus facciones, y sus miembros empezaron á temblar agitados por movimientos convulsivos que en vano procuraba reprimir.

En cuanto á Jausion pareció abatido en un principio; pero se repuso al punto y volviéndose al público, que iba apiñándose cada vez mas en el salon:

—¡Que caven mi sepulcro! exclamó: ¡que me entierren en él con mi mujer y mis tres hijos, y pongan encima esta inscripcion: «Aquí yace Jausion, víctima del error de los hombres!»

Y despues de una breve pausa, durante la cual levantó al cielo los ojos,

—Si solo se quería mi dinero, añadió, por qué no le tomaban con tal de dejarme para mis hijos y de no arrebatar el honor á toda una familia!... ¡Pobres niños!

Los gendarmes pusieron fin á aquellas quejas y recriminaciones que apenas causaban sensacion en el auditorio, conduciendo á los sentenciados á la prision. Al dia siguiente cada uno de estos entablaba por separado el recurso en casacion.

En 30 de mayo fueron desechados todos los recursos.

El 3 de junio desde el amanecer tomó la ciudad de Alby un aspecto imponente. Dobláronse las guardias, y las precauciones que la poblacion vió adoptar á las autoridades locales, confirmaron el rumor que se habia difundido la tarde antes de que habia llegado la órden para proceder sin demora á la ejecucion de los sentenciados.

A las once fueron llevados los reos de muerte á los estrados en donde el escribano les notificó el decreto superior que desechaba su recurso, y en seguida fueron aquellos separados y custodiados cada cual con guardas de vista.

Entre tanto se aproximaba la hora suprema: hallábase levantado el cadalso y fuertes destacamentos ocupaban la plaza

de Manège, en donde debia tener lugar la ejecucion. Por todas partes invadia la plaza una muchedumbre animada é impaciente.

A las cuatro y media de la tarde fueron estraidos los tres reos y conducidos á la verja esterior de la carcel. Jausion antes de atravesar el umbral se detuvo un momento para quitarse las medias, sacar el reloj del bolsillo y formar con aquellos objetos un paquete que puso en manos del conserge para que lo entregase á su familia. En seguida subieron todos tres á la fatal carreta vestidos, segun la costumbre de entonces, de largas camisas encarnadas y acompañados de dos limosneros, uno de los cuales se sentó al lado de Jausion mientras que el otro tomó asiento junto á Bastide. Pero en vano los dos sacerdotes prometieron á los dos reos el perdon de Dios en cambio de la confesion de su crímen. Bastide y Jausion sin prestar oido á sus ruegos y súplicas persistieron en protestar de su inocencia hasta el pie del cadalso.

Advirtiose que los dos sacerdotes no se ocuparon ni por un momento de Colard, el cual abandonado á sí propio perdió súbitamente toda su energía hasta el punto de ser trasportado inerte y casi agonizando al patíbulo, en donde cayó la primera su cabeza.

Bastide subió el segundo con paso firme, y en aquel momento supremo se proclamó inocente con voz segura y sonora.

Jausion, durante aquellas dos ejecuciones permaneció sereno y resignado.

—El hombre que va á morir no miente, dijo en voz alta, luego que fué conducido á la plataforma ensangrentada del cadalso: debe por tanto darse fé á mis palabras en este momento solemne. Pues bien, por la última vez, juro ante Dios y ante los hombres que soy inocente.... Voy á morir; pero muero sin temor y sin remordimiento.

Pocos dias despues todo estàba ya consumado. Ana Benoit sufria la pena de esposicion y marca, y las de los otros reos eran conmutadas en la de prision perpétua.

Cerca de treinta años han transcurrido desde entonces, y ninguno de los actores de este terrible drama judicial existe ya. De los reos la viuda Bancal murió la última en 1845 en la carcel de Mompeller. Mad. Manson que se retiró con nombre

supuesto á París, en donde gozaba de una módica pension que le habia señalado M. Decazes y respetaron todos sus sucesores, murió en dicha ciudad, en la calle de Grenelle el 22 de marzo de 1847.

CINQ-MARS Y THOU.

I.

A la orilla izquierda del Loira, en esa hermosa Turena llamada el jardin de Francia, se elevaba el palacio de Chaumont habitado por la mariscala de Effiat.

En 1639 llegó á dicho edificio un mensajero del cardenal Richelieu portador de una carta que causó á la mariscala un gran júbilo, mezclado de un sentimiento mayor todavía, porque el cardenal proponia hacer al menor de los hijos de la mariscala valido del rey Luis XIII.

Y si por una parte la marquesa se envanecia de ver abierta la carrera de los honores para Enrique Effiat, marqués de Cinq-Mars, por otra le afligia la idea de no volver á ver á su hijo.

Así fué que cuando Enrique, antes de marchar á París, fué á arrodillarse ante su madre y pedirle su bendicion, no pudo esta contener sus lágrimas que le oprimian el pecho. Sin duda tuvo un vago presentimiento del desgraciado fin de su hijo, y entrevió confusamente el Gólgotha en donde debia perecer.

En cuanto á Cinq-Mars tambien partió con el corazon oprimido y lleno al mismo tiempo de esperanza, porque dejaba en el antiguo palacio de Chaumont á la jóven princesa María de Gonzaga, á quien amaba y de quien era correspondido. Tenia el sentimiento de dejarla, pero tambien esperaba ascender bastante en la corte para obtener la mano de aquella cuyo corazon ya poseia.

II.

El objeto de Richelieu al llamar á Cinq-Mars al lado de Luis XIII, era hacer de él un instrumento que le ayudase á subyugar mas y mas al débil sucesor de Enrique IV, y esperaba que el jóven marqués, entregado enteramente á los placeres, no se ocuparía para nada de la política, limitándose a ser un cortesano complaciente y un alegre compañero para un rey desocupado.

Pero las esperanzas del cardenal debian quedar frustradas.

Algun tiempo despues de haber llegado á la corte, decia ya Cinq-Mars nombrado escudero mayor,

—Mucha es mi desgracia en verme obligado á vivir con un hombre que me fastidia desde la mañana hasta la noche.

Soportaba, no obstante, ese estado violento, y se notó con estrañeza que cuando en un principio no temia malquistarse con el monarca, llogó despues á prestarse á todos los caprichos del amo.

Richelieu advirtió entonces que en vez de un instrumento se habia creado un rival, y desde aquel momento se manifestó entre el ministro y el escudero mayor un odio que solo podia estinguirse con la muerte.

Cinq-Mars se relacionó con el duque de Bouillon y Gaston, enemigos declarados del cardenal ministro, y que nada deseaban tanto como la caida de su eminencia.

Hasta el rey mismo entró en el complot, pues es positivo por lo menos que mas de una vez tomó la pluma para firmar el destierro de Richelieu, á quien aborrecia y temia al propio tiempo. Pero en el momento de llevar á cabo su resolucion, recordaba Luis que caería sobre él todo el peso de los negocios, conocia su incapacidad y su debilidad, y la pluma que debia decretar la destitucion del ministro, le enviaba en su lugar felicitaciones.

En aquella época se relacionó estrechamente Cinq-Mars con M. de Thou, que debia compartir con él su suplicio.

Francisco Augusto de Thou, puesto desde su infancia bajo la direccion del sábio Nicolás Rigault, se habia familiarizado des-

de muy temprano con las lenguas antiguas y habia hecho rápidos progresos en las ciencias y en las letras.

A la muerte del ilustre historiador Nicolás de Thou, su padre, le sucedió en el cargo de director de la biblioteca del rey; pero demasiado jóven todavía para ejercerlo por sí mismo, consiguió que le supliese su primo y tutor Pedro Dupuy.

A la edad de 19 años fué nombrado consejero del parlamento y poco tiempo despues relator.

Entonces quiso perfeccionar sus conocimientos, y visitó con ese objeto la mayor parte de los Estados de Europa, buscando la amistad de los hombres sábios, para los que su nombre era una recomendacion.

M. de Thou, de vuelta de sus viajes, fué nombrado consejero de Estado y empleado en varios puestos de confianza.

Cuando el destierro de la duquesa de Chevreuse, eligió esta á M. de Thou como persona intermedia para la correspondencia que continuaba sosteniendo con la reina. Algunas de las cartas de M. de Thou á la duquesa cayeron en manos de Richelieu, el cual viendo en ellas pruebas de conspiracion mandó prender al jóven consejero.

Avisado M. de Thou de lo que pasaba, fué á ver al ministro y logró aplacarlo, pero no volvió á ganarse ya su confianza. Convencido de que su adelanto y su suerte no podrian tener lugar en tanto que Richelieu fuese ministro, se decidio á tomar parte en el complot formado por Cinq-Mars, Gaston y el duque de Bouillon para obligar á Luis XIII á destituir al cardenal.

III.

Viendo Cinq-Mars que el rey no tenia bastante energía de carácter para romper con su ministro, concibió de acuerdo con Gaston y el duque de Bouillon, el culpable proyecto de hacer un tratado con la España. Por este tratado se comprometian los españoles á suministrar un contingente de 15 á 20,000 hombres para favorecer la conspiracion. M. de Thou no tuvo conocimiento de este tratado hasta que ya estuvo concluido, y desaprobó fuertemente ese paso.

Como quiera que fuese, el cardenal que se hallaba en Langüedoc para ir á reunirse con el ejército del Rosellon, tuvo no-

ticia de aquel tratado que le facilitó una traicion, y armado con ese documento le fué fácil influir en el ánimo de Lúis XIII.

Dícese que el rey vaciló un poco antes de decretar la prision de Cinq-Mars, que en último resultado no hacia mas que conspirar con su real consentimiento. Pero al fin, las contínuas instancias de las hechuras de Richelieu le arrancaron la órden de prender al escudero mayor, que se hallaba a la sazon con la corte en Narbona, y que fué conducido á la ciudadela de Mompeller.

En seguida Luis XIII, no contento con entregar de esa manera al que llamaba amigo suyo, dirigió la carta siguiente al parlamento de París:

«Nuestros muy amados y leales:

«El notable y visible cambio que hace un año ha señalado la conducta de M. de Cinq Mars, nuestro escudero mayor, nos determinó, así que lo advertimos, á examinar con cuidado sus actos y palabras para penetrar y descubrir cual podria ser la causa de ello.

«Para ese fin, resolvimos dejarle obrar y hablar con mayor libertad que antes. Por este medio descubrimos que obrando segun sus inspiraciones, tenia un gran placer en revelar todo lo bueno que nos sucedia y publicar todas las noticias que nos eran desventajosas.

«Reconocimos tambien que uno de sus principales fines era censurar los actos de nuestro primo el cardenal duque de Richelieu, no obstante que los consejos y servicios de este iban siempre acompañados de bendicion y buen éxito, y elogiar descaradamente los del conde duque de Olivares, aunque la desgraciada conducta de este se haya visto confirmada por los acontecimientos. Tambien descubrimos que era favorable á todos los que habian incurrido en nuestra desgracia y contrario á los que mejor nos servian.

«Contínuamente desaprobaba lo que haciamos de mas utilidad para el Estado, de lo que fué buena prueba la promocion de M. de Guebriant y M. de la Mothe á los cargos de mariscales de Francia, la cual le fué insoportable.

«Mantenia una inteligencia casi contínua con algunos de la supuesta religion reformada, malamente servido por Chavagnac, espíritu díscolo educado en las facciones y por algunos otros.

«Hablaba ordinariamente de las cosas mas santas con tal impiedad que era fácil conocer que Dios no estaba en su corazon como en el de nuestro primo el cardenal.

«Habiéndonos hecho entrar en sospechas acerca de él su imprudencia, la ligereza de su lengua, los diferentes correos que enviaba de todas partes, y las conversaciones libres que tenia en nuestro ejército, el interés de nuestro Estado que hemos preferido siempre al de nuestra vida, nos obligó á asegurarnos de su persona y de las de algunos de sus cómplices.»

Pero esta inconcebible ligereza del rey en acriminar de una manera tan odiosa al hombre á quien habia colmado de favores, es nada en comparacion de la infamia de Gaston, duque de Orleans.

Este príncipe que era enemigo personal de Richelieu se rebajó hasta escribirle en estos términos:

«Primo mio :

«El rey, mi señor, me ha hecho el honor de escribirme cuál ha sido por último el efecto de la conducta de ese ingrato M. le-Grand (1) : es el hombre mas culpable del mundo en haberos desagradado despues de tantas obligaciones como os debe: los favores que recibia de S. M. me han hecho siempre guardarme de él y de todos sus artificios; pero bien habeis visto, y estoy seguro de ello, que si he tenido algunos miramientos con él ha sido solo superficialmente, conservando para vos mi estimacion y mi amistad sinceras; y como conozco que me habeis obligado nuevamente por el honor que me ha hecho S. M. con darme el mando de su ejército de Champaña, os ruego creais que jamás podreis tener un amigo mas verdadero y fiel que yo, ni que sea con mayor sinceridad y ardor vuestro afectísimo

«Gaston»

En seguida escribió al rey:

«Monseñor:

«Habiendo sabido que V. M. podria detenerse tres ó cuatro dias en Montfrin para tomar baños, envio al abate de la Riviere para saber de vos y protestaros de la entera lealtad que profeso siempre á vuestro servicio. Suplico humildísimamente

(1) «Llamábase ordinariamente al escudero mayor Cinq-Mars M. le Grand.

á V. M. que dé completamente fé á lo qae diga de mi parte, pero particularmente á mi absoluta sumision á todos vuestros mandatos.»

Todavia dirigió cartas á todas las hechuras del cardenal para *suplicarles que intercediesen* por él con Richelieu.

Finalmente coronó todas sus bajezas con la siguiente declaracion:

«Gaston, hijo de Francia, hermano ùnico del rey, duque de Orleans, penetrado de un verdadero arrepentimiento por haber faltado á la fidelidad que debo al rey mi señor, despues de tantos testimonios como he recibido de su estremada bondad en semejantes faltas, y deseando de todo corazon hacerme digno de la gracia y perdon que S. M. ha tenido á bien prometerme por medio del abate de la Riviere, le confieso sinceramente todas las cosas de que soy culpable y de que tengo conocimiento.

«Declaro y confieso á S. M. que desde el viaje de Amiens del año último fuí solicitado y requerido muchas veces por M. le Grand para entablar inteligencias con él á fin de derribar al señor cardenal, á lo cual me resistí en un principio; pero habiéndome asegurado despues en otra entrevista que poseia la entera confianza del rey, y viéndome apremiado para ir al viaje de Langüedoc sin destino, y á lo que me parecia sin razon, entré en tratos con él con tanta menos dificultad, cuanto que entonces me aseguró de la cooperacion de M. de Bouillon y que me daría á Sedan para retirarme en caso necesario.

«Algunos dias despues en una entrevista con M. le Grand y M. de Bouillon resolvimos, para poner en práctica nuestros designios, que M. le Grand permaneciese cerca de la persona del rey y yo me retiraría á Sedan con M. de Bouillon; que haríamos un tratado con la España cuya principal cláusula sería la paz general para atraer al pueblo á nuestro partido; que mientras el rey estuviese en Perpiñan, entraríamos con las armas en la mano proponiendo la paz; pero este proyecto no fué puesto en ejecucion por no haberlo juzgado necesario M. le Grand en la persuasion de que sin ese embarazo podia conseguir sus fines.

«Sin embargo, como la proposicion de hacer un trato con España quedó mas bien diferida que desechada, puse en manos de Fontrailles, en París, por el mes de enero último, dos firmas en blanco con mi nombre solamente en un papel para hacer de

él dos cartas, la una dirigida al rey de España y la otra al conde duque. Dichas firmas en blanco fueron llevadas por Fontrailles á lo que este me ha dicho, y lo creo tanto mas cierto, cuanto que recibí las respuestas á dichas dos cartas de peticion.

«Pedíase en ellas un ejército de doce mil hombres de infantería, cuatro mil caballos de tropas veteranas de Alemania y dinero proporcionado para armar gente en Francia. Habia algunos otros artículos para mi subsistencia y para obtener cartas de retiro en todas sus plazas, en caso de que yo tuviese necesidad. Habia tambien otro artículo para la subsistencia de dos grandes señores, que no aparecian designados de otra manera, pero que efectivamente eran M. de Bouillon y M. le Grand.

«En todo este asunto he hablado dos veces en París á M. de Thou, á quien hallé enterado. Díjome que habia visto á M. de Bouillon y le habia encontrado muy frio; despues de lo cual á mi llegada á Blois, le ví y le hallé del mismo humor, aunque me hizo algunas proposiciones, en ló cual no me detendré.

«Despues Fontrailles vino á buscarme á Chambord para decirme que iban mal los negocios de M. le Grand y era preciso mirar por nuestra seguridad. En vista de lo cual envió al conde Ambijoux á Saboya á fin de que pidiese á M. de Bouillon una carta para ser recibido en Sedan, cuya carta me envió.

«En seguida de esto me despachó M. le Grand un correo para decirme que se hallaba en muy mal pié con el rey, y qué me parecia que hiciese. Respondile que estuviese en Molins en Gibbert el 4 de julio y se retirase conmigo al condado y desde allí á Sedan; pero el correo se encontró con que estaba ya preso.

«Si á mas de todo esto se encuentran algunas negociaciones directas ó indirectas entre Montresor y M. de Thou, ó de algunas personas unas con otras, las he desaprobado como hechas sin mi conocimiento.

«Protesto ante Dios y suplico humildísimamente á S. M. que crea que la presente declaracion que le hago es muy sincera y verdadera, y es todo aquello en que he tenido parte y que ha llegado á noticia mia, de lo que puede ser de consecuencia en este asunto, por todo lo cual pido humildemente perdon á S. M. En testimonio de lo que escribo y firmo la presente de mi mano mandando á mi secretario que la refrende. Hecha en

Ayguepense á 7 de julio de 1647.=Firmado, GASTON y mas abajo GOUDAS.»

Al lado de este último nombre se lee la frase: *á la vuelta*, y en el dorso de la hoja se lee lo siguiente:

«Despues de escrito lo anterior he recordado que habia omitido la respuesta que me dieron de España, que fué que tendria el precitado ejército el 1.° de julio, que me darían cuatrocientos mil escudos para armar gente en Francia y doce mil escudos mensuales como habian hecho en Flandes. El tratado me lo trajeron á Blois firmado por el conde duque, y no habiéndolo querido firmar, lo he conservado hasta que fué preso M. le Grand que entonces lo quemé. Yo debia haber enviado la ratificacion á D. Francisco de Mela, lo cual no hice. Hecho en el dia y año precitados. Firmado, GASTON y mas abajo GOUDAS. Confrontado con el original por mí, consejero y secretario de Estado.»

IV.

Entre tanto M. de Thou que se habia ido sin permiso al ejército, fué preso como lo habia sido Cinq-Mars y conducido al castillo de Tarascon, en donde Richelieu, aunque estaba enfermo se constituyó en persona para interrogar al preso.

Véase el testo del interrogatorio:

EL CARDENAL. Caballero, os ruego me escuseis la molestia de haberos hecho venir aquí.

M. DE THOU. Monseñor, recibo vuestras escusas con la mayor consideracion.

En seguida le hizo poner una silla al lado de su cama.

P. Caballero, ruégoos que me digais el orígen de las cosas que han pasado aquí.

R. Monseñor, nadie puede saberlo mejor que vuestra eminencia.

P. No tengo relaciones en España para saberlo.

R. Habiendo dado órdenes el rey, no ha podido ser sin habéroslo hecho conocer.

P. ¿Habeis escrito á Roma y á España?

R. Sí, monseñor, por mandato del rey.

P. ¿Sois secretario de Estado para haberlo hecho?

R. No, monseñor; pero habiéndomelo mandado el rey, no he podido menos de hacerlo.

P. ¿Teneis algunos poderes para ello?

R. Sí, monseñor, la palabra del rey y una órden por escrito.

P. ¿Y cómo es que M. de Cinq-Mars no ha hablado nada de eso?

R. Ha hecho mal, monseñor, en no haberlo dicho, porque ha recibido la órden lo mismo que yo.

P. ¿Dónde están esas órdenes?

R. Están en buenas manos para exhibirlas cuando sea necesario.

Se ve bien por estas palabras de M. de Thou que el rey, no solo conocia toda la intriga tramada contra el cardenal, sino que aprobaba la conspiracion, y que en ciertos momentos no deseaba menos que el mismo Cinq-Mars la caida de su ministro.

Pero Richelieu *no quería* saber que Luis XIII habia dado órdenes contra él: tampoco quería que fuesen presentados los documentos designados por M. de Thou, y pidió á París comisionados *ad hoc* para seguir el expediente.

V.

Luego que estuvo preso M. de Cinq-Mars y el duque de Orleans dió sus escusas, el primer cuidado de Richelieu fué saber si M. de Bouillon habia sido preso. En sus dudas temia que el rey volviese á su primera inclinacion hácia Cinq-Mars, y dió á Chavigny y á Desnoyers, dos hechuras suyas, las siguientes instrucciones.

«Si M. de Bouillon está preso, hay que hacer ver prontamente que ha sido preso con justicia, para lo cual es preciso descubrir á los agentes de Madama que han dado aviso de ello, y en caso de que dicha señora no quisiese, se podrá buscar algun medio que dé á conocer que se posee ese descubrimiento: esto puede hacerse estrechando por todas partes á los presos sin permitirles hablar con nadie, porque así se *podrá hacer creer á los unos que los otros han dicho lo que se sabe*, lo cual les dará *márgen para confesar*, ó por lo menos para creerlo.

«Es preciso prender á Cioniac, quien dicen posee papeles reservados. Es preciso *recoger la cajita de cabellos y prendas amorosas* que tiene M. de Choisy.

«Debe hacerse presente al rey que importa mucho que no diga que ha quemado todos los papeles, y en efecto, se cree que no lo haya hecho.

«Si M. de Bouillon está preso, hay que enviar á Italia un jefe de gran fidelidad por muchas razones que así lo exigen: se necesita uno en Guyena y otro en el Rosellon, siendo dudoso que M. de Turena quiera servir y sí se le debe dejar solo: el rey proveerá á todo eso si le parece bien.»

Cinq-Mars fué el primero que se dejó coger en el lazo tendido por Richelieu, y para salvar á M. de Thou, declaró que este conocia todas las partes de la conspiracion.

Contestóse al punto al cardenal que M. de Bouillon habia sido preso, y que el rey consentia en decir todas las mentiras que le habian dictado. Para probar Luis XIII su obediencia, envió á su primo el cardenal el billete siguiente:

«Tengo siempre un placer en veros, y desde ayer me encuentro mucho mejor: despues de la prision de M. de Bouillon, que ha sido un gran golpe, espero con la ayuda de Dios que todo irá bien, y me concederá cabal salud que es lo que le ruego de todo corazon.

«Luis.»

Con una prenda de esta naturaleza podia obrar Richelieu, y obró en efecto, aconsejando á Gaston que se retirase fuera de Francia. Véase como Chavigny participa todo eso á Richelieu.

«El rey habló ayer á M. de la Rivière *tan bien y tan enérgicamente como se podia desear*. Yo le hice poner por escrito y firmar todo lo que dijo de parte de Monseñor, como podrá ver su eminencia por la copia que le incluyo, y cuando puso alguna dificultad en obedecer los mandatos de S. M. *le habló este como amo*, y le entró tal miedo de que le prendiesen, que casi le acometió un desmayo y en seguida una especie de *cólera-morbo*, de que curó tranquilizándole su ánimo. El rey se alegró muchísimo de que vuestra eminencia no pensase ver á Monseñor.

«Al hablar á M. de la Rivière le ha inducido insensiblemente á proponer á Monseñor que confiese todo ingénuamente en un escrito que envie al rey, para que despues de ver á S. M. si

marche por algun tiempo fuera del reino con el favor ds S. M. y el de *vuestra eminencia.*

«Me ha dicho que haría esa proposicion á vuestra eminencia, y que le pediría su palabra para la seguridad de Monseñor en el caso de que confesando todas sus cosas por escrito fuese á presentarse al rey para salir despues de Francia.

«En este caso, vuestra eminencia tendrá á bien hacer saber á *sus hechuras* si Venecia es el punto mejor á donde pueda ir Monseñor, y qué cantidad anual juzga que se le pueda dar.

«Remito á vuestra eminencia la respuesta del rey, que debe ser puesta al pie de la declaracion de la Rivière, á fin de que sea corregida como mejor le parezca, y la ponga en sus manos cuando pase.

«Será hasta la muerte su humildísima y obligadísima hechura.

«CHAVIGNY.»

Esta carta explica las escritas por Gaston, el cual recibió al punto el permiso de salir del reino.

El cardenal escribió á sus agentes:

«No encuentro dificultad, si al rey le parece bien, en dar palabra á M. de la Rivière de que declarando Monseñor al rey por escrito y sin reserva todo cuanto sabe, y viniendo á ver á S. M. antes de salir del reino, segun la proposicion que nos ha hecho el espresado la Rivière, S. M. le deje marchar libremente, sin que reciba mal alguno, si sale con el consentimiento del rey. Venecia es un buen punto de residencia, y en este caso es preciso que el permiso que pida al rey para marchar contenga la cláusula: «para no volver á Francia sino cuando plazca al rey permitírnoslo ó mandárnoslo.»

«En cuanto al dinero, creo que deba contentarse con lo que el rey de España debia darle, á saber, diez mil escudos mensuales. Porque darle mas sería darle medio de hacer mal, y no pudiendo consentir el rey que lleve consigo los malos espíritus que le han perdido, no necesita mas para él y para las personas de bien. Sin embargo, si hay que estenderse hasta cuatrocientas mil libras, no creo que se deba reparar en eso. Soy todo de los que me aman como vos.

«El cardenal de RICHELIEU.

«Tarascon y junio de 1642.

«O M. de la Rivière viene con un simple cumplimiento de palabras y una confesion disfrazada de culpa, ó viene con encargo de descubrir una parte de lo que se ha hecho.

«Si lo primero, el rey *debe dar fé á lo que dice* y responder que perdona de buen grado á Monseñor, y que M. de la Rivière le refiera lo que sepa en conciencia, que por eso no debe estar con cuidado.

«Si lo segundo, debe atestiguarle tambien que cree que lo que dice es todo y responder: «lo que acabais de revelar me sorprende y no me sorprende.

«Me sorprende, porque no hubiera esperado ese nuevo testimonio de falta de afecto por parte de mi hermano; y no me sorprende, porque habiendo sido preso M. le Grand se informa con demasiado empeño de si se le acusa de estar en inteligencia con Monseñor.

«Os hablaré con franqueza, caballero la Rivière: los que han dado esos malos consejos á mi hermano solo deben esperar de mí el rigor de la justicia: en cuanto á mi hermano, si me revela todo lo que ha hecho sin reserva, obtendrá los efectos de mi bondad, como los ha recibido ya muchas veces por lo pasado.

«Por mas instancias que haga la Rivière para alcanzar la promesa de un perdon general sin obligacion de descubrir todo lo que ha pasado, persistirá el rey en su última respuesta, diciéndole que no querría él mismo aconsejarle que hiciese mas que Dios, el cual exige un verdadero arrepentimiento y un ingenuo reconocimiento para perdonar.

«Que debe bastarle la seguridad de que Monseñor obtendrá los efectos de su bondad, si se conduce con S. M. como debe, es decir, como he dicho antes.»

Segun se ve, Richelieu, aunque ausente, hacia mover todas las figuritas, entre las que sería una injusticia dejar de contar al rey.

El 30 de junio escribia Desnoyers al cardenal:

«El rey me ha dicho que creia á M. le Grand capaz de hacerse hugonote. Yo añadí que se haría turco por reinar y quitar

á S. M. lo que Dios le ha dado tan legítimamente. A lo que replicó el rey: así lo creo.»

Nada se perdonó para irritar á Luis XIII y el mismo Richelieu dió instrucceiones para *todo lo que debia suceder.*

Así le vemos decir:

«Cuando lleven á M. le Grand al sitio donde esté la persona de Monseñor, debe este decir:

«Caballero le Grand, aunque seamos de diferente condicion nos hallamos en el mismo compromiso, y es necesario que apelemos al mismo remedio. Yo confieso nuestra falta y suplico al rey que la perdone.»

M. le Grand, ó adoptará el mismo camino y se manifestará acorde con lo que Monseñor haya dicho, ó querrá hacerse el inocente, en cuyo caso le dirá Monseñor:

«Me habeis hablado en tal sitio; me digísteis esto; vinísteis á verme á mis caballerizas en Saint-Germain con M. de Bouillon, tales y tales. Y en seguida dirá Monseñor el resto de la historia.

«Lo mismo hará cuando se le anuncie á M. de Bouillon.

«Este se contentará con la promesa de permanecer en el reinó sin aspirar jamás á cargo ni empleo alguno.

«Digo esto despues de haber reflexionado bien sobre este asunto que *puede ser el de la mayor importancia que haya ocurrido en este reino de semejante naturaleza.*

«Pero Monseñor opone mucha dificultad á ser careado con los acusados y teme que le falte seguridad en presencia de ellos. El rey no se atreve á exigirlo de su hermano: es preciso por lo tanto buscar un espediente: el canciller Seguier le ha hallado, y lo envia en los términos siguientes:

«He propuesto al rey que ordene que M. Talon, consejero de estado y abogado general, M. le Bret y M. Dubignon que poseen grandes conocimientos en materia criminal, conferencien conmigo sobre todas las proposiciones que yo le haga.

«Su opinion es que puede dispensarse á Monseñor de hallarse presente á la lectura de su declaracion á los acusados.

«Esta opinion está apoyada con ejemplos y razones: en cuanto á los ejemplos, tenemos los procedimientos contra la Mole y Coconas, acusados de lesa magestad. En este proceso, las declaraciones del rey de Navarra y del duque de Alenzon fueron

recibidas y leidas á los acusados sin haber careo, á pesar de haberlo estos pedido.

«....La deposicion de un testigo con *presunciones infalibles sirve de prueba y de conviccion contra un acusado de lesa magestad*, lo cual no sucede en los demás crímenes.»

En consecuencia de este dictámen, el canciller recibió á Monseñor su declaracion en presencia de los jueces que eran Lambardemont, Marca de París, Champigny, Miromesnil, Chazé y Sève.

En el informe del proceso que es demasiado voluminoso para incluirlo aquí, se habla de Cinq-Mars en los siguientes términos:

«En cuanto á M. le Grand, se le hace cargo no solo de ser cómplice de esta conjuracion, sino tambien de ser su autor y promovedor.

«M. le Grand envenena el ánimo de Monseñor con temores imaginarios y forjados por él; primer crímen.

«Para armarse contra esos terrores le induce á formarse un partido en el Estado: segundo crímen.

«Le induce á unirse á la España: tercer crímen.

«Le impulsa á arruinar al señor cardenal y lanzarle de su puesto: cuarto crímen.

«Le induce á hacer la guerra en Francia durante el sitio de Perpiñan, para turbar la felicidad de este estado: quinto crímen.

«Forma por sí mismo el tratado con España: sesto crímen.

«Presenta á Fontrailles á Monseñor para que sea portador del tratado y enviado al conde de Aubijoux. Estas secuelas *pueden ser consideradas* como un sétimo crímen, ó por lo menos como el complemento de todos los otros.

«Todos son crímenes de lesa magestad, pues el que dice relacion con la persona de los ministros y de los príncipes está reputado por las leyes antiguas y constituciones de los emperadores, por de igual gravedad que *los cometidos contra sus propias personas*.

«Un ministro *sirve bien* á su príncipe y á su Estado; de consiguiente el que se lo quita á ambos es como si privase al primero de un brazo y al segundo de una parte de su poder.»

No hubiera sido dificil responder á estas absurdas preten-

siones de un poder sin fiscalizacion; pero nada se podia decir relativamente al tratado con España. Seguramente si Cinq-Mars hubiese sido menos ardiente, menos orgulloso y mas hábil, habría podido derribar fácilmente al anciano ministro, sin ostentar en su frente el cartel de *aliado del extranjero*, título aborrecido siempre de las naciones, ya sean estas monárquicas ó republicanas. Pero Cinq-Mars obraba mas bien de corazon que de cabeza, y amando á María de Gonzaga quería elevarse bastante alto para llegar hasta ella. Desde el punto en que no podia obtenerla ¿qué le importaba lo demás? Oigamos su interrogatorio y veremos lo poco que temia agravar su posicion con revelaciones imprudentes.

«M. de Cinq-Mars, dice un escrito contemporáneo, confesó al canciller que la pasion mas fuerte que le habia impulsado á hacer lo que habia hecho, era derribar al cardenal á quien profesaba una aversion que no podia vencer ni moderar.

«Decia que seis cosas le habian inspirado aquella aversion.

1.ª «La primera que despues del sitio de Arras en cuyo final se halló, habia el cardenal hablado de él como de una persona que no habia manifestado mucho valor.

2.ª «Que despues de la alianza del marqués de Sourdis y de su hermano habia dicho el cardenal que M. de Sourdis habia hecho honor á su casa.

3.ª «Que habiendo deseado que le nombrasen duque y par, el cardenal habia influido con el rey para que no lo hiciese.

4.ª «Que se habia visto obligado á tomar la proteccion del arzobispo de Burdeos, á quien creyó que se quería perder.

5.ª «*Que hablando de la princesa María, le dijo que su madre quería enlazarle con ella.* Su eminencia dijo *que su madre Mad. de Effiat era una loca y que si la princesa María abrigaba esa idea era mas loca todavia*: que habiendo sido propuesta para esposa de Monseñor, era mucha vanidad y presuncion pretenderla y hasta una cosa ridícula.

6.ª «Que al cardenal le habia parecido estraño que el rey le admitiese en el consejo y le habia hecho salir de él.»

Cinq-Mars confesó ademas que M. de Thou habia tenido noticia de la conspiracion y del tratado hecho con España.

Por lo demas la decision de los jueces estaba, como puede

conocerse, tomada de antemano, y ni Cinq-Mars ni Thou podian escaparse de ser condenados.

VI.

Entre los antiguos castillos de que la Francia se va despojando cada año á su pesar, como de otros tantos florones de su corona, habia uno de aspecto sombrío y agreste en la orilla izquierda del Saona. Asemejábase á un centinela formidable colocado á una de las puertas de Lyon, y tomaba su nombre de la enorme roca de Pierre-Encise que se eleva á pico como una especie de pirámide natural, cuya cima encorvada hácia el camino é inclinada sobre el rio, se reunia en otro tiempo, segun dicen, á otras rocas que se ven en la orilla opuesta formando como el arco natural de un puente. Pero el tiempo, las aguas y la mano del hombre no han dejado en pie mas que la antigua mole de granito que servia de pedestal á la fortaleza derruida en la actualidad. Los arzobispos de Lyon la habian hecho construir en otros tiempos como señores temporales de la ciudad, y tenian allí su residencia: despues se convirtió en plaza de guerra, y en tiempo de Luis XIII llegó á ser una prision de estado. Una sola torre colosal, en la que no podia penetrar la luz mas que por tres largas troneras, dominaba el edificio, al cual rodeaban con sus gruesas paredes algunos edificios irregulares, cuyas líneas y esquinas seguian las formas de la roca inmensa perpendicular.

Allí fué á donde el cardenal Richelieu condujo á su presa. Dejando que Luis le precediese á París, arrebató á sus jóvenes enemigos de Narbona llevándolos tras de sí para adornar su último triunfo, y viniendo á tomar el Ródano en Tarascon, casi en su embocadura, como para prolongar el placer de la venganza que los hombres se han atrevido á llamar manjar de los dioses. Ostentando el cardenal á los ojos de las dos riberas el lujo de su ódio, subió el rio con lentitud sobre dos barcas de ramos dorados empavesadas con sus armas, recostado en la primera y remolcando á sus dos víctimas en la segunda al estremo de una larga cadena.

Muchas veces por la tarde, despues que habia pasado el calor, se quitaba á los barcos sus tiendas, y se veia en el uno

á Richelieu pálido y descarnado, sentado sobre la popa, y en el que iba detras á los dos prisioneros de pie con la frente tranquila, apoyados uno en otro y contemplando el curso rápido de las aguas. En otro tiempo los soldados de César que acamparon en aquellas mismas orillas, habrian creido ver al inflexible barquero de los infiernos conduciendo las sombras amigas de Castor y Polux; los cristianos no podian siquiera suponer que fuese un sacerdote que llevaba á sus dos enemigos al verdugo, El cardenal pasó dejándolos custodiados en aquella misma ciudad donde los conjurados habian propuesto hacerle morir. Así se complacia en jugar en presencia del destino y en poner un trofeo allí donde aquel habria querido colocar su tumba.

«En la travesia, dice la crónica, el barco tomó tierra en la ensenada de Bonneri. En esta ciudad en donde le aguardaba casi toda la nobleza, le saludó monseñor de Vivier al desembarcar, pero fué preciso para hablarle aguardar á que estuviese en la habitacion que se le habia preparado en la ciudad. Cuando su barco tocó en tierra, habia un puente de madera que desde el barco llegaba hasta la orilla del rio: despues de ver si estaba bien seguro, se sacaba el lecho en que dicho señor iba recostado, porque padecia un dolor ó una úlcera en el brazo. Habia seis hombres robustos que llevaban el lecho en dos palancas y los puntos por donde esos hombres las agarraban estaban almohadillados y forrados con pieles. Llevaban sobre sus hombros y alrededor del cuello ciertas almohadillas guarnecidas por dentro con algodon y por fuera con búfalo, de tal suerte que los correones que se ponian al cuello eran como estolas que bajaban hasta las palancas en las que estaban enganchados. Así es como esos hombres llevaban el lecho y al dicho señor por las ciudades y á las casas en donde debia alojarse. Pero lo que admiraba á todo el mundo era, que entraba en las casas por las ventanas, porque antes de que él llegase los albañiles que llevaba quitaban las puertas-ventanas de las casas, ó practicaban aberturas en las paredes de las habitaciones de su alojamiento, y despues se colocaba un puente de madera desde la calle á las ventanas ó aberturas de su habitacion. Conducido así en su lecho portátil pasaba por las calles y le trasportaban por el puente á otro lecho que le tenian preparado en su cuarto, guarnecido de antemano por sus dependientes, de damasco en-

carnado y morado con muebles riquísimos. En Viviers se alojó en casa de Montarguy, que se halla actualmente en la universidad de nuestra iglesia. Echóse abajo la puerta-ventana del cuarto que da á la plaza, y el puente de madera para llegar á él pasaba desde la tienda de Noel de Vielh, bajo la casa de Ales por el lado del Norte hasta la abertura de la ventana á donde fué conducido el cardenal de la manera antedicha. Su cuarto estaba custodiado por todos lados, tanto bajo los techos como á los costados y encima de las habitaciones que ocupaba. Su corte estaba compuesta de personas de importancia en quienes reinaba la política, afabilidad y cortesanía. La devocion era mucha porque los soldados, que son por lo regular poco devotos é impíos, hicieron grandes devociones. Al dia siguiente, que era domingo, muchos de estos confesaron y comulgaron con señales de gran piedad y no cometieron ninguna insolencia, viviendo casi como doncellas. La nobleza practicó tambien grandes devociones. Cuando estaban sobre el Ródano, sin embargo de haber muchos barqueros así en las barcas como detras de los caballos, nadie osaba blasfemar, que es casi un milagro que tales gentes se contuviesen de aquella manera: no se les oia proferir sino las palabras necesarias para las maniobras de sus barcos, pero tan modestamente que todo el mundo estaba encantado.

«Monseñor el cardenal Bigni hospedó al arcediano. Habíase preparado la casa de M. Vanisse para monseñor el cardenal Mazarino; pero en el barrio de Saint-Andeal tomó la posta para ir á reunirse con el rey. El domingo 25 el expresado sañor fué conducido otra vez á su barco en el mismo órden.»

Remolcado así por Richelieu, llegó M. de Thou al castillo de Pierre-Encise, á donde le habia precedido Cinq-Mars enviado de antemano por Richelieu.

Una crónica publicada hace ciento setenta y dos años refiere la llegada del escudero mayor á la ciudad de Lion.

«M. de Cinq-Mars, dice la expresada crónica, llegó á Lyon el 4 de setiembre del presente año de 1642 á las dos de la tarde, en un carruaje tirado por cuatro caballos, en el que iban cuatro guardias de corps con el mosquete al brazo, y rodeado de cien guardias de infantería pertenecientes al cardenal duque.

Delante marchaban doscientos ginetes, la mayor parte catalanes, que iban seguidos de otros trescientos bien montados.

«M. le Grand iba vestido de paño de Holanda de color morisco, cubierto todo de brocado de oro, con una capa de escarlata con gruesos botones de plata, el cual, en el puente del Ródano antes de entrar en la ciudad, pidió á M. de Ceton, teniente de guardias escocesas, si tenia á bien mandar cerrar el carruaje, cosa que le fué negada. Fué conducido por el puente de San Juan, desde allí al Change, y luego por la calle de Flandes hasta el pie del castillo de Pierre-Encise, mostrándose contínuamente en las calles por una y otra portezuela, saludando á todo el mundo con senblante risueño, y sacando medio cuerpo fuera del carruaje. Tambien reconoció á muchas personas á quienes saludó llamándolas por sus nombres.

«Luego que llegó á Pierre-Encise, no dejó de sorprenderse cuando le dijeron que era preciso bajar y montar á caballo por las afueras de la ciudad para llegar al castillo.—Con que esta es la última que haré, dijo, creyendo que se habia dado órden para conducirle al bosque de Vincennes. Habia preguntado varias veces á los guardias si se le permitiría salir á caza cuando estuviese allí.

«Su prision estaba al pie de la torre del castillo que no tenia mas vistas que dos ventanas pequeñas que daban á un jardinito, y debajo de las cuales habia un cuerpo de guardia; en el cuarto dormia tambien M. Ceton con cuatro guardias en la pieza contígua, y en todas las puertas habia igual vigilancia.»

Fácil es concebir la alegría que sintieron Cinq-Mars y Thou al verse reunidos en el castillo de Pierre-Encise.

Allí los encontraremos en el momento en que acababa de ser decidida su suerte por los jueces de Richelieu.

VII.

Luego que ambos amigos fueron avisados de que se les iba á leer la sentencia pronunciada contra ellos, fortalecieron su ánimo y se prepararon á mostrar una resolucion digna de ellos.

M. de Thou tomó la palabra, y dirigiéndose al marqués de Cinq-Mars le dijo sonriéndose:

—Humanamente hablando, podria quejarme de vos porque

me habeis acusado y por vos voy á morir. ¡Pero Dios sabe lo mucho que os amo! De consiguiente, muramos valerosamente y ganemos juntos el paraiso.

—Gracias, noble amigo, murmuró Cinq-Mars entre sollozos.

Y se dejaron caer en brazos uno de otro abrazándose con una grande efusion de corazon.

Luego se dijeron que habiendo sido tan buenos amigos durante la vida, sería para ellos gran consuelo el dejar juntos la tierra y reunirse en la muerte.

Entrando á la sazon el escribano criminalista del presidial de Lyon, exclamó M. de Thou:

—¡*Quam speciosi pedes Evangelisantium pacem, Evangelisantium bona*!

A lo cual respondió el escribano leyendo una sentencia que declaraba á Cinq-Mars y á Thou «reos y convictos del crímen de lesa magestad; á saber, al dicho Effiat, marqués de Cinq-Mars, por las conspiraciones y empresas, traiciones, ligas y tratados hechos por él con los extranjeros contra el Estado, y al dicho Thou por haber tenido conocimiento de dichas conspiraciones, empresas, etc.: en reparacion de lo cual los jueces les privan de todos sus honores, estados y dignidades; les han condenado y condenan á que se les corte la cabeza en un cadalso que se erigirá al efecto en la plaza de Terreaux de esta ciudad; han declarado y declaran sus bienes muebles é inmuebles, cualesquiera que sean y en donde quiera que estén situados, confiscados á favor del rey, y los habidos por ellos inmediatamente de la corona reunidos al patrimonio de esta, deduciendo de ellos préviamente la suma de sesenta mil libras, aplicable á obras piadosas, y además ordenan que al expresado Effiat Cinq-Mars, antes de la ejecucion, se le aplique el tormento ordinario y extraordinario para obtener mas ámplia revelacion de sus cómplices.»

Luego que el escribano terminó su lectura, se volvió Thou hácia Cinq-Mars y le dijo:

—¡Loado sea Dios!

—¡Bendito sea! respondió Cinq-Mars.

Y el escudero mayor levantándose añadió:

—La muerte no me sorprende; pero confieso que la infamia de ese tormento repugna fuertemente á mi carácter, y la en-

cuentro indigna para un hombre de mi edad y de mi condicion. Creo que las leyes me eximen de ella, ó por lo menos así lo he oido decir.

Hablando así daba largos pasos, repitiendo á cada momento:

—¡Oh! sí, la muerte no me asusta, pero no puedo acostumbrarme á la idea de ese tormento.

Thou logró calmar á su amigo, á quien se prometió que solo se le conduciría al tormento por mera formalidad, y ambos pidieron conferenciar el uno con el padre Malavalette y el otro con el padre Mambrun.

Los guardias tenian bañados en lágrimas sus ojos y Cinq-Mars les dió gracias por aquella muestra de simpatía.

—Amigos mios, les dijo, no lloreis: las lágrimas son inútiles. Rogad á Dios por mí y estad seguros de que la muerte jamás me infundió miedo.

M. de Thou los abrazó á uno tras otro y salieron ocultándose el rostro con sus capas.

VIII.

En esto entró el padre Malavalette, y Cinq-Mars corrió á echarse en sus brazos exclamando:

—Padre mio, quieren darme tormento y no puedo resignarme á ello.

El jesuita se esforzó en consolarle y fortalecerle, y no fueron vanos sus esfuerzos. Cinq-Mars se habia resignado á sufrir todo, cuando entraron por él Laubardemont y el escribano para llevarle al cuarto del tormento.

Al pasar Cinq-Mars al lado de su amigo, le dijo con sorda voz:

—Ambos estamos condenados á morir; pero yo soy mucho mas desgraciado que vos, porque además de la muerte tengo que sufrir el tormento ordinario y extraordinario.

Como le hiciesen pasar por diferentes piezas, dijo sonriéndose:

—¿Tan lejos me llevais?

Al entrar en el cuarto del tormento, exclamó:

—¡Oh! ¡oh! señores: ¡qué mal huele aquí!

Sin embargo, cumpliéronle á Cinq-Mars la palabra, y solo fué presentado al tormento sin que sufriese tortura ninguna.

Luego que volvió á su prision, permaneció cerca de media hora con su amigo Thou. Pidiéronse ambos perdon recíprocamente y se abrazaron con las demostraciones de un cariño sincero. En seguida se separaron despues de haber dicho Cinq-Mars:

—Ya es tiempo, amigo mio, de cuidar de nuestra salvacion.

Así que Cinq-Mars se separó de Thou, pidió un cuarto á parte para confesarse. Obtúvolo con gran trabajo, y pasó en él una hora con el padre Malavalette.

En seguida, como hiciese veinticuatro horas que no habia probado bocado alguno, le sirvieron huevos frescos y vino.

Mientras tomaba aquella modesta comida, dijo al padre jesuita.

—Lo que mas me admira es verme separado de todos mis amigos.

—¿Teníais muchos, segun eso? preguntó el sacerdote.

—Mientras he gozado del favor de S. M. he procurado siempre granjeármelos.

—¡Ay! exclamó el jesuita: ¡hay tan pocos!

—Teneis razon, repuso Cinq-Mars: yo creia haber inspirado sentimientos de amistad sincera, pero ahora conozco cuánto me he engañado.... Como habeis dicho, las amistades de corazon no son mas que disimulo.

Bajó en seguida la cabeza como abismado en sus reflexiones, y añadió:

—¡Triste idea por cierto es esa!

—Sí, dijo el padre Malavalette, muy triste es en efecto, pero no debe sorprender á los hombres que han vivido, pues saben que tal es el carácter del mundo. Este solo tributa obsequios y atenciones á los poderosos y felices y deja á los pobres y desconsolados en el abandono.

Conversaron así por largo tiempo, hasta que al fin Cinq-Mars pidió papel y pluma, y escribió á su madre la siguiente carta:

«Mi muy querida y honrada madre; os escribo por no serme permitido veros, para conjuraros, señora, que me deis dos pruebas de vuestra bondad; la una concediendo á mi alma el

mayor número de oraciones que os sea posible para mi salvacion; la otra que, ya sea que obtengais del rey los bienes que he obtenido en mi cargo de escudero mayor y los que me podian corresponder por cualquiera otro concepto antes de ser confiscados, ya no se os conceda dicha gracia, tengais bastante generosidad para pagar á mis acreedores. Todo lo que depende de la fortuna vale tan poco que no debeis rehusarme esta última súplica que os hago por el reposo de mi alma. Creedme, señora, en esto mas bien á mí que á vuestros sentimientos si muestran repugnancia á mi deseo, pues no dando un paso que no me conduzca á la muerte, soy mas capaz que nadie para juzgar del valor de las cosas de este mundo. Adios, señora, y perdonadme si no os he respetado bastantemente en el tiempo que he vivido. De todos modos estad segura de que muero, mi muy querida y honrada madre, vuestro muy humilde obediente y agradecido hijo y servidor,

ENRIQUE DE EFFIAT DE CINQ-MARS.»

IX.

Entre tanto M. de Thou se habia quedado con su confesor en la sala de audiencia.

Luego que estuvieron solos se arrojó M. de Thou al cuello del padre Lambrun,

—Padre mio, le dijo con efusion, no tengo pena ninguna: estamos condenados á la muerte y vos venís á llevarme al cielo. ¡Ay! ¡qué poca distancia hay de la vida á la muerte! El camino es por cierto bien corto.... ¡Vamos, padre mio, vamos á la muerte, vamos al cielo! ¡vamos á la verdadera gloria! ¡Ay! ¡qué bien he podido hacer en mi vida que me haya proporcionado el favor que recibo hoy de sufrir una muerte ignominiosa para llegar á la vida eternamente gloriosa!

«Viéndome á su lado en la sala de audiencia, dice el padre Mambrun, me dijo despues de haberme abrazado, que era preciso emplear bien el poco tiempo que le quedaba de vida, y me rogó que no le abandonase hasta el último momento.

«Despues me habló en estos términos:

—«Padre mio, desde que he oido mi sentencia, estoy mas contento y mas tranquilo que antes. La incertidumbre del re-

sultado y la marcha de este asunto, me tenian perplejo é inquieto: ahora no quiero ya pensar en las cosas de este mundo, sino en el paraiso, y deseo disponerme para la muerte. No tengo ódio ni mala voluntad contra nadie. Dios se ha querido valer de mis jueces para llamarme á sí, y lo hace en un momento en que, gracias á su bondad y misericordia, creo hallarme bien dispuesto á comparecer ante él. Esta constancia y este valor que siento en mí, provienen de su gracia, puesto que yo nada puedo por mí mismo.»

Una persona enviada por su hermana, Mme. de Rutac, habiendose presentado para transmitirle la última despedida de aquella señora, M. de Thou le dijo:

—«Amigo mio, di á mi hermana que le suplico que continúe en sus devociones, como ha hecho hasta ahora, que hoy conozco mejor que nunca que este mundo no es mas que mentira y vanidad, y que muero muy contento y como un buen cristiano: que ruegue á Dios por mí, y que no me llore, porque espero hallar mi salvacion en mi muerte. Adios.»

El enviado se retiró turbado y sin haber podido contestar una sola palabra.

En cuanto á M. de Thou, se hallaba con tanto valor en presencia de una muerte tan próxima, que temia que esta fuerza fuese hija de la vanidad: así es que dirigiéndose al padre Mambrun, le dijo:

—«Padre mio, ¿no hay algo de vanidad en mí?»

E hincándose de rodillas exclamó:

—«¡Dios mio! yo protesto ante vuestra divina magestad que por mí mismo nada soy y que todo mi valor procede de tal manera de vuestra bondad y misericordia, que si vos me abandonáseis, caería á cada paso.»

«Despues de haberse confesado con el padre Mambrun, decia paseándose por la habitacion:

—«Dirán, á no dudarlo, que soy un aturdido, que no tengo prudencia en mi modo de obrar, que no he sabido dirigir mis asuntos.... ¡Pero, eso es precisamente lo que yo deseo! ¡que me inculpen, que me desprecien, lo deseo por el amor de Dios!»

En tanto que así hablaba anunciaron al padre Juan Terrase, guardian de la órden de San Francisco en Tavascon.

La visita de este sacerdote no era únicamente debida á un

nuevo interés, sino que tenia un objeto distinto. He aquí el hecho:

M. de Thou, estando en Tavascon, habia hecho por su libertad un voto que consistia en fundar una capilla con trescientas libras de renta en la iglesia de Tavascon.

—«¡Y bien! dijo M. de Thou, deseo cumplir mi voto, puesto que Dios, además de libertarme de una cárcel de piedra me liberta de otra carcel, que es mi cuerpo.»

Despues pidió papel y tintero, y escribió la siguiente inscripcion, que deseaba que se pusiese en su capilla:

Christo liberatori
Votum in carcere pro libertate conceptum
FRANC. AUGUST THUANUS
E carcere isto janjam liberandus
Merito solvit XII septemb. M.D.C.XLII
Confitebor tibi, Domine, quoniam exaudisti me,
et factus es mihi in salutem.

Despues de haber escrito esta inscripcion con una mano segura, M. de Thou dijo que si Dios se hubiese servido sacarle del peligro á que le habian conducido las circunstancias, tenia pensado abandonar el mundo y consagrar el resto de sus dias al servicio de Dios.

Escribió dos cartas, una á M. Dupuy su primo, y otra á la princesa de Guemené. La primera de estas cartas llegó á su destino, y la otra la guardó el padre Mambrun, no se sabe por qué motivo.

Hé aquí el contenido de esta carta:

«Señora:

En toda mi vida me he creido tan obligado hácia vos como hoy, que estando próximo á perderla la dejo con menos dolor, porque *me la habeis hecho muy desgraciada*; yo espero que la del otro mundo será muy diferente para mí, y que en ella encontraré felicidades fuera del alcance de la imaginacion de los hombres, y que deben formar todas sus esperanzas: la mia, señora, se funda únicamente en la bondad de Dios y los méritos de la pasion de su hijo, cosas únicamente capaces de borrar mis culpas que son tan grandes que solo puede sobrepujarlas la misericordia de Dios; os pido perdon, se-

ñora, de todo corazon de cuantas cosas haya podido hacer que no hayan sido de vuestro agrado, y lo mismo digo *á todas las personas que he perseguido por causa vuestra*; asegurándoos, señora, que en cuanto me lo permite la fidelidad que debo á mi Dios, muero *muy tranquilo*, siendo vuestro muy humilde y muy obediente servidor

DE THOU.»

Esta carta parece probar que la reputacion de inconstancia de la señora princesa de Guemené no era muy justa.

X.

Serían muy cerca de las tres de la tarde, cuando los reos fueron avisados de que era hora de ir á su destino.

—«¡Bien! dijo M. de Cinq-Mars, nos meten prisa; menester es no hacernos aguardar demasiado.»

Y acercándose á M. de Thou le dijo:

—«Vamos, caballero, ya es tiempo.»

M. de Thou respondió:

—«*Letatus sum in his quæ dicta sunt mihi*; *in domum domini ibimus.*»

Dichas estas palabras, abrazáronse los dos reos y salieron de la habitacion.

El escudero mayor iba delante llevando de la mano al padre Malavalette su confesor. Habiendo llegado á la puerta de salida, saludó, dicen las crónicas, «á todo el pueblo con tanta gracia que nadie pudo contener las lágrimas.»

El permaneció sereno, y viendo á su confesor muy conmovido le dirigió estas palabras:

—«¿Qué es eso? padre mio. Veo que sois mas sensible á mis intereses de lo que yo mismo lo soy!»

Cinq-Mars y M. de Thou subieron á una carretela escoltada por arqueros.

El ejecutor seguia á pie: pero no era el verdugo pues este se habia roto una pierna, y habian buscado para reemplazarle un hombre de la hez del pueblo que nunca habia hecho ejecucion alguna.

Por el camino iban hablando de cosas de religion, inter-

rumpiéndose únicamente para pedirse mútuamente perdon, como ya antes lo habian hecho.

Cítanse las siguientes palabras de M. de Thou, dirigidas á su compañero de infortunio.

—«Paréceme que vos debeis tener mas sentimiento que yo por morir; sois mas jóven, sois mas grande en el mundo y teníais mas grandes esperanzas; érais el favorito de un gran rey; pero os aseguro, sin embargo, que no debeis echar de menos todo eso que no es mas que aire; porque seguramente nos íbamos á perder, nos hubiéramos condenado y Dios ha querido salvarnos. Yo miro nuestra muerte como una señal infalible de nuestra predestinacion, por la que debemos estar mil veces mas obligados á Dios que si nos hubiese dado todos los bienes del mundo. Así es que nunca podríamos agradecérselo como es debido.»

M. de Cinq-Mars se conmovió mucho al escuchar estas palabras. M. de Thou continuó:

—¡Ah! decidme, querido amigo, ¿qué cosa hemos hecho tan agradable á Dios durante nuestra vida, que le haya inclinado á concedernos la gracia de morir juntos, de morir como su hijo, de borrar todos nuestros pecados y de conquistar el cielo por un poco de dolor, y con la vergüenza de un cadalso?... ¡Ah! ¿no es verdad que nada hemos hecho por él?.... Agotemos nuestras fuerzas en acciones de gracias, recibamos la muerte con toda la alegría de que son capaces nuestras almas.

Y ya próximos al sitio destinado para la ejecucion, se suscitó un vivo altercado entre Cinq-Mars y M. de Thou; tratábase de saber cuál de los dos moriría el primero.

—«A mí me toca morir antes, decia Cinq-Mars, puesto que yo soy el mas culpable.»

—«Lo mismo lo somos ante Dios, respondia M. de Thou.»

—¡Ah! sería morir dos veces el morir despues de vos.»

—«Yo debo ir primero, pues soy de mas edad.»

—Es cierto que teneis mas años, dijo el padre Malavalette. Así es que debeis ser mas generoso.

—«Sí, sí, querido amigo, exclamó Cinq-Mars, sed generoso.»

—«Bien, bien, respondió M. de Thou. Consiento en que me enseñeis el camino de la gloria.»

—«¡Ay! dijo Cinq-Mars; yo os he abierto el camino del precipicio, pero puesto que todo ha concluido ya, precipitémonos en la muerte para salir á la vida eterna!»

En aquel momento pudieron los reos divisar el cadalso, levantado en medio de la plaza de Terreaux y rodeado por cuatro compañías de los ciudadanos de Lyon compuestas de unos 1200 hombres.

M. de Thou exclamó al ver el instrumento destinado á su suplicio:

—¡Desde aquí iremos al paraiso!

Y volviéndose hácia su confesor continuó:

—«Padre mio, ¿es posible que una criatura tan insignificante como yo pueda tomar hoy posesion de una eternidad bien aventurada?»

Y al decir la última sílaba, el carruaje se detuvo al pié del patíbulo.

XI.

Así que los reos bajaron del carruaje, acercose el preboste á M. de Cinq-Mars:

—«A vos os toca, le dijo, subir primero.»

Cinq-Mars abrazó por última vez á M. de Thou; despues habiendo entregado su capa á un jesuita, se dirigió tranquilo hácia la escalera.

Al poner el pie en el segundo escalon un alguacil colocado detrás de él le quitó el sombrero.

—«Por favor, dijo Cinq-Mars, dejadme el sombrero.»

Mediante una órden del preboste le fué devuelto el sombrero á Cinq-Mars, quien se halló muy pronto sobre la plataforma del patíbulo, y saludó sonriendo á la multitud que se apiñaba alrededor.

Despues de haber recibido la bendicion del padre Malavalette, y habiéndosele quitado su ropilla, el verdugo se acercó para cortarle el pelo, cosa que no permitió Cinq-Mars, y el padre Malavalette fué el que se encargó de hacerlo.

En seguida el ejecutor le dobló el cuello de la camisa, ayu-

dándole el mismo Cinq-Mars; despues de lo cual fué este á colocarse de rodillas en el punto destinado al suplicio diciendo con el mayor fervor:

«Dios mio, os ofrezco mi suplicio en expiacion de mis pecados. Si mi vida se prolongase sería muy diferente de lo que ha sido en lo pasado.... pero puesto que debo comparecer ante vos, ¡oh! Señor! tomad mi sangre para borrar mis culpas.»

Entonces volvióse hácia el verdugo diciéndole:

—«¿Qué haces? ¿á qué esperas?

Al decir estas palabras, el verdugo sacó su cuchillo de un saco.

Cinq-Mars se acercó al tajo y le estrechó esperando el golpe que fué dado con una cruel lentitud. La cabeza rodó desde el cadalso abajo, donde se la pudo ver palpitar con los ojos abiertos.

Cítase un hecho singular que tuvo lugar durante la ejecucion de Cinq-Mars.

El antiguo criado del escudero mayor, llevaba de las riendas el caballo de su amo como en un fúnebre cortejo; detúvose al pie del patíbulo, é inmóvil como una estátua de piedra, miró á su señor hasta el fin; despues repentinamente y como herido por el mismo golpe, cayó muerto.

. . . .

Llególe su vez á M. de Thou. Hé aquí lo que dice la crónica:

El verdugo se aproximó á él para vendarle los ojos con un pañuelo; pero lo hacia mal colocándolo muy bajo, de manera que le cubria la boca: él lo dobló y se lo arregló bien. Hizo oracion ante el crucifijo antes de colocar su cabeza en el tajo. Besó despues la sangre de Cinq-Mars que habia quedado en él, y despues colocó en el mismo su cabeza. Un jesuita la habia limpiado con su pañuelo. En seguida M. de Thou preguntó á este jesuita, si estaba bien colocado y este le dijo que adelantase un poco la cabeza, lo que hizo al momento. Entonces el verdugo notando que las cintas de la camisa no estaban desatadas, y que le apretaban el cuello, trató de desatarlas, lo que habiendo notado el reo, dijo: «¿Qué es eso? ¿es menester quitar la camisa?» y ya se disponia á hacerlo cuando le digeron que no, y que solo se trataba de desatarle las cintas; he-

cho lo cual bajó su camisa para dejar al descubierto el cuello y los hombros, y colocando de nuevo la cabeza en el tajo pronunció estas últimas palabras: *María mater gratiæ*, *mater misericordæ*.... despues: *In manus tuas*.... Entonces sus brazos empezaron á temblar, esperando el golpe que le fué dado en la parte mas alta del cuello, y muy próximo á la cabeza, cuyo golpe no habiendo cortado el cuello mas que en una mitad, le hizo caer tendido á la izquierda del tajo con la cabeza vuelta hácia el cielo, y sus piernas se estremecian y sus manos se levantaban desfallecidas. El verdugo quiso volverle del otro lado para separarle la cabeza enteramente; pero asustado de los gritos y de las amenazas del pueblo, le dió tres ó cuatro cuchilladas en la garganta, y de este modo le cortó la cabeza que quedó sobre el cadalso.

El ejecutor, habiéndole desnudado, trasladó su cuerpo cubierto con un paño al carruaje que los habia conducido; en seguida hizo lo mismo con el de Cinq-Mars y con sus cabezas que tenian todavía los ojos abiertos, en particular la de M. de Thou que parecia estar viva. Desde allí fueron trasladados á los Fuldenses, donde M. de Cinq-Mars fué enterrado ante el altar mayor bajo la balaustrada de dicha iglesia, por órden de M. de Quy, tesorero de Francia en Lyon. M. de Thou fué embalsamado por mandado de su hermano y colocado en una caja de plomo, para ser trasladado despues á su sepultura.»

Despues de la muerte del cardenal, el hermano de M. de Thou dirigió al rey la siguiente esposicion:

Jacobo Augusto de Thou, consejero en vuestro tribunal de parlamento, hace humildemente presente á V. M. que el honor de que gozaba M. Francisco Augusto de Thou, consejero en vuestros consejos, su hermano, de ser aliado, muy querido y apreciado de muchas personas de elevada condicion, habiéndole atraido el ódio del difunto señor cardenal de Richelieu, este resolvió emplear todos los medios y todo su poder para perderlo, y habiéndole hecho prender en Narbona el 6 de junio del año 1642 juntamente con M. de Cinq-Mars, escudero mayor de Francia, mandó hacer indagaciones de todas las acciones, viajes y relaciones del dicho mi hermano difunto, y no habiendo hallado nada que poder acriminarle puso un gran empeño en convencer á M. de Cinq-Mars, prometiéndole la impu-

nidad si declaraba alguna cosa contra dicho M. de Thou. Y para que en la instruccion del proceso marchase todo á medida de su deseo, nombró los jueces que quiso, parientes ó interesados en su fortuna, y como ninguno de estos jueces hubiese querido servirle en su ódio, los hizo reemplazar por otros mas dispuestos á hacer su voluntad.

Este mal principio, señor, fué seguido de un sin número de injusticias y de infracciones de vuestros mandatos, porque la principal deposicion sobre que está basado el proceso, ha sido sugerida por el señor canciller que presidia la comision, quien estuvo solo con el testigo durante cinco horas, y sin que se hallase presente el escribano ni persona alguna. Este testigo al que se habia sugerido su deposicion por medio de una nueva y extraordinaria injusticia, no ha sido careado con los acusados. Una carta que hacia la defensa del acusado y que destruia esta deposicion, ha sido suprimida. Al citado señor Cinq-Mars, que depuso contra M. de Thou, se le ofreció el perdon de la vida con tal de que depusiese en los términos que deseaba el cardenal. Pero lo que es extraordinario, y de lo que no hay ejemplo, es que el dicho señor Cinq-Mars, hallándose en el banco de los acusados, se levantó en presencia de los jueces, fué á hablar al oido con el canciller, y declaró en el momento todo lo que habia prometido declarar contra M. de Thou. Los jueces (aunque escogidos como se ha dicho) que presentaron algunos inconvenientes fueron intimidados por el señor cardenal: y habiendo representado á este una persona de alto rango, que el señor canciller le habia dicho que no existian cargos contra M. de Thou, respondió aquel: *No importa, es preciso que muera.* Esta órden terminante produjo, señor, tal efecto, que el relator del proceso hizo algunas diligencias sin que nadie le acompañase, en contra de lo que habia sido resuelto por estos jueces. El expresado señor canciller, aunque justamente recusado por uno de los acusados, fué juez sin haber hecho valer la recusacion. Los guardias del citado señor de Thou, formados en parte de los de V. M., y en parte de los del cardenal, han sido comprados para deponer contra él. Tres distintas personas han hecho de escribanos en el proceso, uno era criado del dicho señor canciller que no puede admitirse en justicia, y que ha sido causa de que el proceso no se en-

cuentre en ninguna parte, en ninguna escribanía, y puede decirse que ha sido suprimido al menos en su mayor parte, pues los principales documentos, sobre que podia fundarse la justificacion del acusado, han sido alterados y falsificados. Ademas, señor, la precipitacion de la sentencia ha sido tal que á las doce del dia 12 de setiembre el citado M. de Thou era inocente; dos horas despues fué juzgado como el mas criminal de todos los hombres. El procurador general de la comision procedió sin examinar los primeros y los últimos cargos, por la instruccion del citado señor canciller que habia hablado con él y con el relator Lanboudemot en secreto.

Cosa que no tiene ejemplo. Por todas estas circunstancias puede ver V. M. de cuantas maneras ha sido menester hollar la justicia y vuestros decretos para cometer tamaña injusticia, para oprimir á una persona inocente. Grande gloria resultará á V. M. á la entrada en su reinado, en hacer ver el celo que tiene por la justicia y por los que se hallan oprimidos, en devolvér á una familia ilustre por su antigüedad y por sus servicios, el honor que se le ha querido quitar con esa injusticia, y en no rehusar á la piedad de un hermano el que vindique la memoria de otro hermano, que toda la Francia y todas cuantas personas honradas hay en Europa, parecen pedirlo con el demandante, á fin de que no sea el único sobre quien permanezcan los vestigios de las violencias pasadas.

«Por todos estos motivos, señor, suplico á V. M. permita al demandante justificar la memoria del dicho difunto, señor de Thou, su hermano, y para este objeto le conceda poderes de revision dirigidos á los tribunales y parlamentos que V. M. tenga á bien disponer que no sean los de Grenoble, mandando á los escribanos y demas que se hallaron encargados de dicho proceso que lo remitan á la escribanía de dicho parlamento: y el suplicante seguirá pidiendo por la grandeza, prosperidad y salud de V. M.»

A pesar de todo, la justicia reclamada en esta súplica, fué cruelmente rehusada, pues se temia que reconociendo la inocencia de M. de Thou se autorizara el silencio sobre los complots tramados contra la seguridad del Estado.

LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN.

I.

Despues de un consejo celebrado en Bruselas el dia 9 de setiembre de 1567, en uno de los salones del palacio de Culembourg, que el famoso duque de Alba habia elegido para su residencia, despidió este á todos los que habian asistido á aquella sesion, y detuvo al conde de Egmont, hablándole de ciudadelas, de fortificaciones, etc., cosas de gran interés entre dos personas dedicadas al ejercicio de la guerra.

Durante este diálogo, el duque condujo á Egmont, de salon en salon, hasta un sitio en que habia muchos oficiales españoles. Allí se detuvo y fijando sus ojos en el conde:

—En nombre del rey, le dijo de repente, entregadme vuestra espada.

Egmont miró al duque con estupor; pero como este insistiese en su demanda, el conde se repuso y sacando su espada, la arrojó al suelo con altivez diciendo:

—Nunca la he desenvainado que no fuese en servicio de Su Magestad.

En aquel momento se apoderaron de él algunos capitanes españoles y le encerraron en una habitacion, poniendo en ella una guardia numerosa.

Mientras esto sucedia, D. Fernando de Toledo se apoderaba de la persona del conde de Horn, haciéndole encerrar en un aposento separado.

Pocas horas despues, corria de boca en boca la noticia de esta doble prision, noticia que produjo al pronto un mudo

dolor, y que estalló despues en denuestos contra los españoles, y sobre todo, contra Su Magestad Felipe II. Los habitantes de Bruselas, mucho menos apacibles en aquel tiempo que en el actual, deploraban la fatal ceguedad de ambos condes, y pedian á gritos que fuesen vengados por el príncipe de Orange.

Verdaderamente, el duque de Alba se condujo en aquella ocasion de una manera brusca, porque ni aun habia prevenido de este acto á Margarita, duquesa de Parma y regente entonces de los Paises Bajos.

Margarita tenia en sus venas la sangre de Carlos V (1): su natural orgullo se despertó, y conociendo que el poder se escapaba de sus manos, solicitó su llamamiento con energía. Sin embargo, no pudo salir de los Paises-Bajos, sino mas de tres meses despues de la ocurrencia que hemos referido, esto es, á fines del mes de diciembre.

Hácese indispensable, para que pueda el lector apreciar los hechos precedentes, que recorra con nosotros los sucesos que precedieron á la llegada del duque de Alba á los Paises-Bajos, sucesos que darán á conocer al mismo tiempo á los condes de Egmont y de Horn.

II.

Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre, baron de Fiennes y de Gæsbeek, nació en el año 1522 en el castillo de La Hamaida, en Hainaut, antigua Castellanía de Ath. Era hijo de Juan de Egmont, compañero inseparable de Carlos V y de Francisca de Luxemburgo, hermana y heredera de Jacobo, primer conde de Gavre. Contaba entre sus primos al famoso Buren, cuyo fin fué tan imponente como caballeresco. De este modo, tanto por parte de padre como de madre descendia de casas que habian reinado en una parte de los Paises-Bajos, y cuando nació, Carlos de Egmont continuaba aun defendiendo encarnizadamente sus derechos, como duque de Gueldre, y muchos descendientes de Lamoral tomaron despues de él este título como un recuerdo.

Hay una cosa digna de notarse, y es que los dos personajes que hicieron el papel mas importante en las revueltas de Bélgi-

(1) Era hija natural de Carlos V y de Margarita Van-Geest, pupila del conde de Hoogstraeten.

ca, en el siglo XVI descendian de una raza que habia reinado en Gueldre. El príncipe de Orange podia decir efectivamente que sus antepasados habian poseido este estado en una época remota, y tal vez el deseo de reanimar este noble recuerdo, contribuyó á su enlace con la hija del conde de Becreu.

El momento en que estos dos hombres aparecian en escena es el de la gran desavenencia de Carlos V y de Francisco I: al mismo tiempo esta era la época de los progresos de Lutero. La guerra se hacia erudita y la política abarcaba un horizonte inmenso.

Egmont parecia nacido mas bien para la guerra que para la política. Su alma era grande y estaba llena de altivez. Halagábale el peligro de los combates, pero lejos del campo de batalla no tenia un golpe de vista tan seguro. La confianza, la vaguedad de sus ideas, tal vez un poco de debilidad, le hacian poco á propósito para esas vastas combinaciones que se maduran en el silencio, y cuyo objeto se persigue á través del descontento y de los descalabros. Caminaba siempre derecho, con la cabeza erguida y con el corazon tranquilo. Su natural alegria, sus buenas maneras, su bondad, su generosidad, le hacian el ídolo del pueblo. Por otra parte, era muy agraciado, y la multitud, que tiene algo de mujer, es siempre del partido de la hermosura. El rey del *papagayo* era, por decirlo así, el rey del pueblo. Sin embargo, en su primera juventud pareció *de mal gusto* á las damas de la corte de Francia, á quienes Brantôme prodiga los epítetos de prudentes y virtuosas. Con todo, despues de haber sido por algun tiempo el blanco de sus maliciosas invectivas, supo conquistarse sus elogios por su galantería y su valor. Estas virtuosas damas le habian aguerrido y preparado á triunfos mas difíciles.

La educacion de Egmont fué la de todos los jóvenes nobles de su época; aprendió el flamenco, el francés y el español, tomó nociones del latin, del blason y de historia, y se dedicó con especialidad á los ejercicios corporales; manejar una espada, arte en el cual sobresalian los italianos entonces, romper una lanza, sujetar un fogoso caballo, hé aquí lo que constituia el estudio predilecto de un noble. Leyó tambien algunos de esos libros de la caballería que enseñaban á adorar á Dios y á las hermosas, á dar tremendas cuchilladas, á vencer jigantes, y

fué educado en la fé mas reverente, así como con un respeto sin límites á la autoridad paterna. A los veinte y un años de su edad fué cuando llevó á cabo su primer hecho de armas.

En esta época, una postrer inspiracion del génio de las cruzadas, el deseo de eclipsar á un rival esclarecido, y mas probablemente el designio mas sano de limpiar el mediterráneo de los piratas que le infestaban, estableciendo puntos militares y comerciales en la costa septentrional de Africa, indugeron á Carlos V á intentar una segunda expedicion en este pais que devoró casi toda la Europa. Egmont le siguió como voluntario, con la flor de la nobleza belga-italiana y española. Esta primera expedicion, seguida de tan terribles reveses, no le hacia esperar seguramente los laureles que recogió mas tarde.

Tres años despues era comandante en el sitio de Saint-Dizier, ciudad de Champagne, mandado por el emperador en persona, y de que se hizo dueño por una astucia de Granvelle. Despues Renato de Nasau, príncipe de Orange, jefe de las tropas imperiales, habiendo muerto á consecuencia de las heridas recibidas durante el sitio, fué reemplazado por Egmont en su empleo de capitan general de lanceros, lo cual prueba que se habia hecho distinguir y que tenian confianza en su capacidad.

En 1546, corrió al socorro de Carlos V contra los príncipes protestantes de Alemania. Llevó consigo doscientos cincuenta hombres, una de las cinco divisiones de ordenanza, de las que dos estaban destinadas á la guardia del emperador. Los otros coroneles de estas divisiones eran su pariente Maximiliano de Buren, el señor de Brederode, Juan de Lira y el famoso Martin Van Rossem, poco antes temible adversario del poder austriaco.

En el mes de octubre de este mismo año se celebró en Utrecht el capítulo veinte y uno del toison de oro. Egmont recibió en él el collar juntamente con Maximiliano de Austria, que fué despues emperador; lo recibieron tambien Alberto, duque de Baviera, Cosme de Médicis, Manuel Philiberto de Saboya, César Farnesio, duque de Parma, Felipe de Saunay y el duque de Alba que debia ser despues su verdugo.

En los dos años siguientes figuró en la dieta de Augsbur-

go, en que Carlos V se presentó como vencedor, y en que se redactó el acta célebre conocida con el nombre de Interim. Egmont fué nombrado entre los chambelanes al lado del duque de Alba y de otros grandes señores.

Los principios de conciliacion y de tolerancia que fueron consagrados en esta asamblea, hicieron tal vez en su espíritu una impresion que influyó sobre su conducta ulterior.

A principio del año 1554 fué enviado de embajador á Lóndres para arreglar el casamiento del archiduque Felipe con la reina María, cuyo carácter inflexible, tenia mucha analogía con el de este príncipe. De vuelta á España despues de haber salido bien con su mision acompañó al rey nominal de Inglaterra, en las orillas del Támesis, donde se hizo admirar por su magnificencia y por su buena persona. Los cortesanos pálidos y medrosos de María Tudor, amenazados constantemente por el verdugo, interpolados de sombríos y sanguinarios intrigantes, se asombraron de la gracia espansiva y de la alegre libertad del noble flamenco. El conde de Horn y el marqués de Berg que participaron de la suerte de Egmont formaban tambien parte del acompañamiento. El duque de Alba estaba allí como su ángel malo.

Felipe, conde de Horn, pertenecia á la ilustre casa de Montmorenci. El condado de Horn le venia del segundo marido de Ana de Egmont su madre, hija del conde de Buren. Por la misma causa poseia el franco señorío de Wiert, donde hizo acuñar moneda de oro y de plata, poco despues de la muerte de su suegro. En su juventud, entró en la corte de Cárlos V con el empleo de gentil-hombre de boca. Valiente hasta la temeridad, sirvió con ventajas al emperador en sus guerras. Nombrado capitan de los arqueros de la guardia del infante Felipe, le acompañó á Alemania, á Italia, á España y á Inglaterra. A su vuelta le fué concedido el gobierno de Gueldre y el condado de Zutphen; despues cuando Felipe llegó á ser rey, le hizo al mismo tiempo que á su hijo caballero del Toison de oro, en el capítulo celebrado en 1555 en Amberes. Poco despues fué nombrado almirante del mar de los Paises-Bajos, Chambelan, y jefe de una de las divisiones de ordenanza.

Los dos condes, pero sobre todo el de Egmont, se distinguieron en la batalla de San Quintin.

Manuel Filiberto, duque de Saboya, que habia reemplazado á la reina de Hungría en el gobierno de estas provincias, mandaba allí el ejército de Felipe II y ganó en el mes de agosto de 1557 la batalla de San Quintin contra los franceses. Egmont que se hallaba á las órdenes del príncipe tuvo una gran parte en la gloria de esta jornada, cuyo resultado hizo decisivo á la cabeza de aquella valiente caballería de los Paises-Bajos, conocida con el nombre de gendarmes ó de divisiones de ordenanza que tanto habia contribuido á las victorias de Cárlos V.

No habia pasado aun un año cuando una victoria no menos brillante elevó á las nubes la gloria de Egmont. Derrotó al mariscal de Termes, cerca de Gravelines, haciéndole prisionero como tambien á muchas personas de importancia. Toda la artillería cayó en poder de los españoles y de los walones, porque los alemanes habian permanecido de reserva, y un botin considerable fué la presa de los soldados.

III.

Luego que concluyó la guerra extranjera, las guerras particulares y de religion ocuparon á Egmont y á los Paises-Bajos.

El duque de Saboya habia dejado el gobierno general de los Paises-Bajos. El conde de Egmont fué uno de los aspirantes á aquel honorífico cargo. Confiaba para obtenerlo en su nacimiento y en sus servicios. Pero Felipe habia hecho ya su eleccion y designó para él á Margarita su hermana natural, y duquesa de Parma. La suave mano de una mujer parecia propia para apaciguar los espíritus rebeldes; ante una mujer, hija de un emperador, todos los orgullos podian doblegarse sin humillacion. Sin embargo, no se dejaron seducir por aquella añagaza; porque bien pronto se conoció que la autoridad verdadera, los secretos de Estado, residian en Granvelle, y que el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, aunque miembros del consejo, no serían consultados mas que por mera fórmula y sobre asuntos sin interés ya decididos.

A Egmont se le dejó en su gobierno de Flandes y de Artois que fué uno de los en que las doctrinas de Lutero se manifestaron con mas entusiasmo y atrevimiento. La continuacion

de un cargo que le correspondia bajo todos conceptos y que era una justicia mas bien que un favor, no podia hacerle olvidar los que le habian sido negados.

El pueblo á quien disgustaba la reserva y el frio carácter del rey Felipe II le miró partir con cólera, y la nobleza alimentaba un descontento no menor; unos se indignaban de estar siempre vigilados y de su ninguna influencia; los otros articulaban amenazas por la violacion de sus derechos; contaban con amigos y con aliados entre los protestantes de Alemania y los hugonotes de Francia; participaban de sus ideas y de sus esperanzas, y agobiados por excesivos gastos especulaban sobre una revolucion cualquiera para restablecer sus fortunas ó sus créditos; una gran parte deseaba el hundimiento de un edificio que enterraría en sus ruinas á aquellos de quienes pretendian tener derecho de quejarse, y la mayor parte aspiraba á un cambio por el único placer de variar.

Así es que la marcha de Felipe fué saludada mas bien con maldiciones que con sentimiento.

Fiel al rey, y católico en el fondo de su corazon, Egmont no podia tolerar que Granvelle, un sacerdote, un hombre de ayer, se le antepusiera á él, de ilustre nacimiento y hombre de armas que habia salvado en dos ocasiones la monarquía; y el príncipe de Orange alimentaba con astucia sus resentimientos para servirse de ellos en caso de necesidad. Repugnaba ademas al descendiente de los duques de Gueldre el mezclarse en cuestiones teológicas y poner en ejecucion medidas crueles para dispersar á los predicadores, apoderándose de los sectarios y entregándolos al tormento y á las llamas.

Pero Egmont no se desmentia ni aun de su cólera, y en su mismo disgusto habia algo de caballeresca jovialidad. Vengábase con sarcasmos sobre todo de sobre-mesa. Uno de los asíduos convidados de Egmont era Simon Renard, hechura de Granvelle y que habia llegado á ser su implacable adversario; era ademas hombre de talento y de una malignidad incisiva, pasando por el autor de la mayor parte de los libelos, sátiras y pasquines que circulaban entonces.

Cierto dia en que daba una comida el señor de Grobbendonck, de la familia de Schets, de que descienden los duques de Ursel, recayó la conversacion sobre el lujo de las libreas que

arruinaba á la nobleza, y sobre el fausto escandaloso de la de Granvelle. Propúsose para remediar el mal, adoptar una nueva moda que se distinguiese por su sencillez, y rogaron al conde de Egmont que se encargase del asunto. Al siguiente dia vistió á sus lacayos con casacas de un paño basto de color gris muy oscuro, con capuchones encarnados y con cetros con cascabeles bordados en los costados.

Esto era un epígrama contra Granvelle. La invencion fué tenida por excelente adoptándose en general; y la gobernadora á quien no disgustaba que su tutor sufriese un poco, se rió de ella con todo el mundo. Pero en Madrid se tomó esta burla por lo serio. Entonces Egmont sustituyó á los capuchones y á los cetros, haces de flechas, símbolo de la aversion casi unánime de la nobleza contra Granvelle. Este emblema pareció en España mucho mas culpable que el otro, y se pretendió ver en él la señal de una conjuracion contra el Estado.

El conde de Horn habia vuelto á España. Durante su ausencia habíase dispuesto de su gobierno de Gueldre y este proceder no era el mas á propósito para unirle á la causa real. Jefe de la hacienda, y miembro mas bien nominal que efectivo del consejo de estado, se pronunció á su vez contra el cardenal que únicamente podia contar con el duque de Aerschot, con el conde de Aremberg y el de Berlaimont.

El conde de Egmont, el príncipe de Orange y el conde de Horn formaron una especie de triunvirato que se oponia á todos los designios del ministro. Granvelle conocia perfectamente á sus enemigos, pero hacia entre ellos distinciones esenciales. A quien mas temia era á Guillermo de Nassau, á causa de su ingenio, de su astucia y de su oculta ambicion. Egmont se hallaba únicamente arrastrado por su amigo y era muy fácil contenerle, pagándole exactamente sus pensiones, manifestándole alguna deferencia, ascendiendo á sus recomendados y dándole á conocer que se le prefería al príncipe.

Pero Felipe con sus eternas dilaciones y su obstinada indecision, no tomaba resolucion ninguna.

El triunvirato habia enviado directamente una memoria al rey contra el cardenal. La respuesta equívoca y dilatoria se hizo esperar quince meses.

Egmont, Guillelmo y Horn declararon que no volverían á

tomar asiento en el consejo de estado al lado de un extranjero que siempre andaba buscando motivos para ultrajarlos, y en el cual su presencia era inútil. Entonces la impopularidad de Granvelle llegó á su colmo y la gobernadora misma, que soportaba con disgusto su yugo, envió á España uno de sus secretarios que logró convencer á Felipe de la necesidad de llamar á aquel ministro.

Finalmente, el 10 de marzo el cardenal salió para Besanzon, bajo el peso de la indignacion pública.

Egmont, el conde de Horn y el príncipe de Orange volvieron á ocupar su puesto en el consejo de estado, mostrando una asiduidad mayor que la de costumbre. El pueblo dió muestras de la mas viva alegría.

Pero esta alegría fué de corta duracion. A pesar de la ausencia de Granvelle, subsistian los mismos motivos de descontento y la indignacion ganaba cada dia mas terreno en los espíritus. El rey habia enviado á Egmont á Madrid. Parecia que este viaje debia conciliarlo todo. El conde fué recibido muy bien: Felipe disipó por un momento las nubes que oscurecian su frente: tomó un aire tranquilo, cariñoso y se abrió camino fácilmente en el alma franca y confiada de aquel embajador tan poco diplomático. A su vuelta, Egmont conoció que le habian alucinado con halagüeñas palabras, y se quejó ágriamente de haber sido engañado.

Felipe difirió el arreglo definitivo de los negocios hasta la época de su viaje á los Paises-Bajos. Entre tanto, estalló el descontento, y la autoridad real sufrió un rudo ataque. Felipe de Marnix, señor de Sainte-Aldegonde y afecto al príncipe de Orange, concibió el proyecto de una confederacion de la nobleza, cuya acta, que tan famosa se hizo bajo el nombre de *Compromiso*, se vió muy pronto llena de firmas.

En este documento se decia que los extranjeros para satisfacer su ambicion y su insaciable avaricia, habian sorprendido la religion del rey y le habian inducido no solo á negarse á modificar los edictos demasiado severos, sino á que mostrara deseos, faltando á sus juramentos, de introducir la inquisicion que habia de perder al pais inundándole de sangre, y que produciría la opresion y la esclavitud de los pueblos; que ofendida por estos atropellos la nobleza á quien le está encomendada la defen-

sa de la nacion y el socorro de los oprimidos, se habia unido y confederado para oponerse á estos atentados; que se habia comprometido por medio de un juramento á no tolerar jamás la inquisicion en los Paises-Bajos, bajo cualquier nombre que fuese, y que protestaba y tomaba á Dios por testigo de que esta empresa no tenia otra tendencia que su gloria, el servicio del príncipe y el bien de la patria.

Débese notar que desconociendo la autoridad real, los confederados hacian protestas de su respeto hácia el rey y de la adhesion á su persona. Así es como empiezan todos los revolucionarios.

En pocos dias recorrió este documento todo el pais: una infinidad de nobles, arruinados por la guerra y por el lujo y vejados por la corte que se hallaba en la imposibilidad de remunerarlos, se apresuraron á firmarlo. Enrique de Brederodes, descendiente de los condes de Holanda, muy infatuado con su cuna y que esperaba volver á hacerse dueño de su condado en la conflagracion general, fué reconocido como jefe de los confederados. Para inspirar mayor confianza se hizo circular la voz de que muchos monarcas extranjeros protegian esta liga que llegó á hacerse temible.

No se ven en estas listas los nombres de los condes de Egmont y de Horn, pues el dia en que los confederados recibieron la respuesta de la gobernadora se les vió en el palacio de Culembourg, donde el partido tomó el nombre de *mendigos* que el conde de Berlaimont le habia dado como una injuria. Egmont, el conde de Horn y el príncipe de Orange, habian comido aquel dia en casa del conde de Mansfeld. No habiendo ido á la del conde de Palland hasta muy tarde, fueron recibidos allí con las aclamaciones de *¡vivan los mendigos!* y adoptaron lo mismo que los demas el emblema de las manos juntas y la alforja.

Una peticion presentada por cuatrocientos nobles era una cosa inaudita. La gobernadora se resintió mucho de esta manifestacion amenazadora y aun llegó á suprimir el sueldo á tres personas de su servidumbre que la habian firmado. Sin embargo, resaltaba su resentimiento, y sin autoridad suficiente para tomar una determinacion, respondió á los confederados de una manera ambigua prometiendo escribir á Madrid. Pero todos sabian la tendencia de estos despachos multiplicados, y acusaban

de artificiosa á la gobernadora, que careciendo de poder se veia obligada á ganar tiempo y que en su calidad de mujer prefería los medios sugeridos por la astucia á los que presta la fuerza.

En tanto que en Alemania el emperador Maximiliano II seguia con calor el proyecto que su padre habia formado de volver á los protestantes á la Iglesia Católica por el camino de la conciliacion, la Francia era un caos; el príncipe de Condé y Coligní por un lado, la corte y los Guisas por otro, se disputaban el reino. Los calvinistas, dueños de un gran número de plazas en el pais, tenian numerosos emisarios en Bélgica y formaban en la frontera un cuerpo de aventureros y de vagamundos de todas clases prontos á pasarla á la primera ocasion.

Multiplicáronse los predicadores de las nuevas doctrinas; muchos de ellos eran frailes y sacerdotes católicos que habian arrojado los hábitos y la estola: clamaban con energía contra las riquezas y los vicios del clero, enunciaban una moral mas pura, un culto mas severo, volvian en favor de su causa los ódios del pueblo y mezclando lo verdadero con lo falso, hallaban simpatía por la vehemente censura de algunos abusos ciertos que eran conocidos de todos. Para oirlos, se reunian en los campos, en los bosques; el pueblo les servia de muralla contra los satélites del gobierno, y aquellos á quienes no podia salvar eran tenidos por mártires.

Entre tanto, los nobles que dirigian á los confederados, los convocaron en Saint-Trond. En el mes de julio se reunieron allí cerca de dos mil hombres armados, unos solos, otros con sus gentes. Fueron hasta allí á caballo, y la mayor parte en bandadas; unos ocuparon los cortijos y caseríos de los alrededores; los demas acamparon bajo tiendas de campaña.

Esta asamblea, mucho mas numerosa que las anteriores, que las sobrepujó tambien por su desenfreno, engrosaba todos los dias con extranjeros, con sectarios y refugiados que iban allí á buscar un asilo seguro. Un autor la ha comparado con razon, á una antigua Dieta de Polonia á la que asistian siempre mas diputados de los que eran menester, y en la cual las decisiones se tomaban á sablazos.

La gobernadora alarmada envió al príncipe de Orange y al conde de Egmont para que impidiesen todo desórden y para

que procurasen disipar el tumulto. Sea que no pudiesen ó que no quisiesen, ello es que no consiguieron nada.

Con el objeto de llamar la atencion á otro punto, la gobernadora promovió nuevas conferencias en Duffel y en Liea. Pero á pesar de todo no levantaban el campo los de Saint-Trond, sino que insistian en sus sediciosas reclamaciones: y como no obtuviesen resultado alguno, el conde Luis de Nassau y los demas confederados que habian quedado en Bruselas, fijaron un plazo para esperar una determinacion categórica del rey, declarando que pasado este no respondian de nada.

La gobernadora á pesar de la oposicion que encontró para ello, habia enviado á España al marqués de Berg y al señor de Montigni: escribia cartas sobre cartas y pintaba con los mas vivos colores la deplorable situacion del pais. Pero nada bastaba; Felipe no salia de su calma imperturbable; contestando que ya vería, que ya lo examinaría y que tomaría una pronta determinacion.

Esta política espectante, estas increibles dilaciones hicieron pensar que la gobernadora habia recibido poderes para terminar la diferencia pero que deseaba llegar á su objeto por medio de la doblez.

El príncipe de Orange no creia lo mismo, diciendo que el rey, resuelto á engañar á todos, habia empezado por engañar á su hermana. Estas dilaciones, segun su opinion, ocultaban el designio de dar su gran golpe y de anonadar á sus enemigos cogiéndolos desapercibidos.

Entonces fué cuando estalló el furor iconoclasta.

Y en tanto que la asamblea de Saint-Trond se hallaba aun reunida, se supo que una bandada de furiosos incitada por las predicaciones calvinistas, recorria las ciudades y los campos cometiendo los excesos mas horribles. Los mendigos, los bandidos, las mujeres, los niños, invadieron los monasterios y las iglesias. Los monumentos del culto y de las artes, objetos de un precio inestimable, fueron destruidos y saqueados. Unas cuantas personas de valor, hubieran podido fácilmente acabar con aquel puñado de miserables; pero los ciudadanos y los magistrados, estupefactos, les dejaron hacer y se contentaron con lamentarse. Este horroroso incendio se comunicó á todo el pais y

se cuenta que mas de cuatrocientas iglesias y conventos fueron destruidos en el corto espacio de siete á ocho dias.

¡Qué escenas tan horribles y repugnantes! Unos cuantos séres débiles y envilecidos, animados de una ciega rábia, excitados por sus propias violencias y por la impunidad destruyen á pedradas y golpes la obra y el orgullo de los siglos. Profánanse los altares, el robo se une al sacrilegio; los vasos de oro y de plata y las custodias adornadas de piedras preciosas, las vestiduras magníficas, son robados en medio del dia; estátuas de gran mérito derribadas de sus pedestales, sacadas de sus nichos y hechas astillas: obras maestras de pintura, manuscritos preciosos desgarrados ó arrojados al fuego. Los cristales de las vidrieras resplandecientes con maravillosas imágenes sirven de blanco á la bárbara destrezá de los insolentes bandidos; atropéllase el sagrado de las sepulturas y los silenciosos cláustros. Las fastuosas catedrales no presentan mas que ruinas.

IV.

Habia empezado aquel cataclismo en Flandes y en el Artois. En el primer momento, la duquesa se quejó altamente al conde de Egmont, gobernador de estas provincias. Estos desórdenes le indignaban y le causaban sumo dolor, aunque realmente habia hecho muy poco por precaverlos. Confiando en su influencia personal dejaba á veces al pueblo desbordarse para intimidar al gobierno, y le halagaba el contenerle cuando le parecia conveniente. Pero se equivocó en su cálculo. Es fácil el sublevar el espíritu público pero es muy difícil apaciguarlo.

La duquesa asustada reunió á sus consejeros. Egmont, el conde de Horn, el príncipe de Orange dijeron por la centésima vez que sería peligroso acudir á las armas, y que para concluir con la sedicion sería menester sacrificar mas de doscientos mil hombres, no habiendo sino un solo medio de restablecer la paz; convocar cuanto antes los estados generales, hacer cesar enteramente las persecuciones de los inquisidores, suspender la ejecucion de los edictos y permitir la predicacion en los puntos en que se hacia entonces.

La duquesa, despues de haberse resistido por mucho tiempo y querido refugiarse en Mons, autorizó á Egmont y á sus dos co-

legas para celebrar un tratado con los diputados de la asamblea de Saint-Trond. Pusiéronse de acuerdo en los puntos propuestos al consejo: los nobles á su vez prometieron disolver su confederacion, hacer deponer las armas á sus prosélitos y ayudar al restablecimiento de las iglesias, monasterios y hospitales destruidos, haciendo castigar á los autores de aquellos abominables saqueos.

Este convenio fué redactado como un tratado de potencia á potencia. El 25 de agosto de 1567, el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, el señor de Hachicourt, y el consejero de Assonville por parte de su alteza, recibieron el acta y el juramento de los nobles en número de trece ó catorce, á cuya cabeza iba el conde Luis de Nassau. Inmediatamente la gobernadora mandó cartas y copias que fueron enviadas en forma de circulares y que hicieron cesar los desórdenes en todas partes.

Lo único que temia esta princesa era el tener que informar á Felipe de las concesiones que habia hecho. En aquellas cartas manifestaba su dolor y su arrepentimiento, y decia que nada absolutamente habia prometido en nombre del rey sino unícamente en el suyo, y para disculpar su condescendencia y apaciguar á su señor, se escudó con la necesidad, dando á entender que las atrocidades cometidas tenian sin duda por instigadores á los que trataban de excusarlas, esto es, á los miembros del consejo tan inclinados á la clemencia. No contenta aun con eso, llegó hasta el punto de acusarlos, sin nombrar á nadie, de un complot que tenia por objeto el verificar un cambio en la religion y en el Estado.

En esta época habíanse ya tranquilizado los ánimos. Los moderados decian que si el rey ratificaba las concesiones hechas por la gobernadora no tendrian motivo alguno para vivir en una agitacion tan funesta para la prosperidad pública. Egmont era de este número: veia un porvenir tranquilo y demasiado leal para sospechar nada; creia en la fé jurada aunque habia ya sido víctima de su confianza. Ademas respetaba la magestad real y nunca habia pensado en sustraerse á su autoridad.

Pero Felipe alimentaba proyectos de venganza. Hizo prestar un nuevo juramento á todas las autoridades. La fórmula de este juramento contenia entre otros compromisos el de servir al rey fielmente contra cualquiera que fuese declarado reo de lesa magestad. Esta cláusula por sí sola debia haber abierto los ojos á

los mas confiados y sin duda alguna hubiera despertado las sospechas de Egmont, si engañado por los halagos de la gobernadora, fatigado por las conmociones populares y lleno de esperanzas por la venida del rey, no se hubiese hallado íntimamente convencido de que su deber era el de unirse á la corte.

De manera que no se negó á prestar el juramento propuesto. Los condes de Horn y de Hoogstraeten se excusaron modestamente mientras que el príncipe de Orange, avisado de lo que pasaba en el gabinete de Felipe, rechazó con altivez este juramento, diciendo que se hallaba pronto á renunciar todos sus cargos y á retirarse.

La duquesa que le temia y quería estar bien con él, le hizo pedir una conferencia con el conde de Egmont; pero á pesar de ella permanecio inflexible y aun hizo al conde revelaciones que hubieran podido hacerle renunciar á su ciega credulidad.

Entre tanto se supo que el rey antes de ir á los Paises-Bajos se hacia preceder de su primo el duque de Alba con el encargo de obviar algunas dificultades.

El príncipe de Orange habia previsto este desenlace, é hizo una postrer tentativa para desengañar á Egmont. Avistáronse en Termonde sin permiso de la gobernadora, quien denunció al rey esta entrevista como una nueva conspiracion.

Los condes de Horn y de Hoogstraeten encontráronse allí con Luis de Nassau. En esta solemne entrevista fué cuando el príncipe de Orange y el conde de Egmont al separarse se dirigieron aquellas palabras que quedaron impresas en la memoria del pueblo.

—*¡Adios, príncipe sin tierras!* dijo á Guillermo el conde de Egmont siempre en su tono jovial.

Y el taciturno príncipe contestó con estas palabras fatales y proféticas.

—*¡Adios, conde sin cabeza!*

Egmont volvió á Bruselas; el príncipe de Orange partió para Alemania á donde se habian refugiado el conde de Culembourg y otros personajes de importancia. Su retirada hizo una gran impresion: los nobles, los comerciantes, los ciudadanos mas influyentes de todas las ciudades, resolvieron expatriarse: la desercion fué tan contagiosa que la gobernadora escribió al rey que habian salido del pais mas de cien mil personas.

Habian tratado de impedir la entrada en el pais á los españoles no admitiéndolos sino despues de una capitulacion firmada en la frontera. Algunos habian pensado en oponerse con las armas á su paso; pero estos proyectos no tuvieron resultado de ninguna especie.

El ejército del duque de Alba se componia de las mejores tropas, y aquel ejército, cuya disciplina se alababa tanto, iba seguido á su llegada á Bélgica de cuatrocientos *cortesanos á caballo lindos y valientes como princesas* y de ochocientos á pié, *iguales en todo.*

Una escolta tan bulliciosa corresponde mal á la idea que se tenia formada de la rigidez del duque de Alba. Pero los usos de la época estaban en consonancia con este contraste y conforme con ellos no era por eso ni menos rígido, ni menos inflexible. Hé aquí su retrato: aquel aspecto frio, severo, aquella cara larga, aquellas barbas puntiagudas como una hoja de puñal revelan un alma de bronce. Sin embargo aquel hombre no era cruel por temperamento; con un corazon severo y altivo quería que todo cediese ante el amo á quien obedecia. Inclemente á causa de un conocimiento poco esclarecido del deber, aplicaba á todos indistintamente las máximas del despotismo militar: soberbio, absoluto, reputaba como un crímen la mas ligera oposicion. El era quien habia aconsejado á Cárlos V la destruccion de Gante, despues de la insurreccion de aquella ciudad. La sangre que derramó cayó sobre su cabeza; pero el resentimiento y el ódio han exagerado algun tanto sus acciones.

El 22 de agosto de 1567 hizo su entrada en Bruselas y se apeó en el palacio de su alteza la duquesa Margarita para ofrecerla sus respetos: despues fué á alojarse al palacio de Culembourg donde recibió las felicitaciones de la nobleza.

El conde de Egmont, antiguo compañero de armas del duque de Alba, fué uno de los mas obsequiosos. Salió á recibirle y le regaló dos magníficos caballos de montar. El duque, que hasta allí habia pasado por hombre franco, desmintió entonces su reputacion. Cuando se tributan homenajes á la fuerza parece que debiera desdeñarse el usar de la doblez. La perfidia y la mentira son patrimonio de la debilidad. Pero el poderoso y terrible duque de Alba las juzgó útiles al buen éxito de sus combinaciones. Violentando su carácter, hizo por parecer

afable y cariñoso con los que pretendia perder. El conde de Egmont fué uno de los mas obsequiados por él. Una parte de la nobleza procuraba hacerse buen lugar y la corte del duque de Alba era numerosa. Deseaban adivinar en aquel semblante que se admiraban de ver sonreir, los secretos presentes y las promesas del porvenir. Egmont habia vuelto á recobrar su alegría; el conde de Horn, algo mas desconfiado, no le habia querido acompañar al palacio de Culembourg. «¿Nuestro peligro no es el mismo?» le dijo su amigo. Y le llevó á casa del duque, quien los recibió perfectamente.

Habia con frecuencia consejos de guerra, á los que se invitaba á estos señores que se hallaban en su elemento. El duque les dió parte inmediatamente de su proyecto de construir tres ciudadelas para la seguridad del pais; otras dos sobre los confines en Groningue y en Valenciennes. Llevaba consigo ingenieros italianos que iban de un punto á otro, levantaban planos y multiplicaban sus cálculos. Todo esto fué sometido al consejo: discutióse sobre los fondos que serían menester para estas obras y sobre su pronta ejecucion.

El duque de Alba parecia tener mucha prisa: pidió una resolucion definitiva y mandó citar para una última reunion que se verificaría el 9 del próximo setiembre, para la cual se tuvo cuidado en citar á los miembros del consejo que se hallaban ausentes.

El conde de Hoogstraeten, pretestando hallarse enfermo, no se habia aun presentado y entonces se puso en camino, pero cerca ya de Bruselas recibió una carta que le hizo volverse atras con toda la posible precipitacion.

La reunion del consejo se verificó en el dia señalado. El duque de Aerschot, los condes de Aremberg, de Mansfeld y de Berlaimont asistieron á él con algunos extranjeros, Fernando de Toledo, Vitelli, Cervellone, Ibarra y el conde Paccioti, jefe del cuerpo de ingenieros. El duque habia dado órden para prender con mucho sigilo á Juan de Casembroot, señor de Backerzeel, intendente del conde de Egmont, que sostenia una pequeña corte, siendo servido por caballeros de buenas casas, parientes suyos la mayor parte. Aseguráronse al mismo tiempo por astucia ó por fuerza de la persona de Antonio Van Straelen, burgo-maestre de Amberes y confidente del príncipe de Orange.

El aviso que el duque esperaba con respecto á estos dos individuos le hizo prolongar el consejo, queriendo al mismo tiempo dar lugar á Sancho de Avila para invadir el palacio de Culembourg y para interceptar todas sus avenidas.

Así que hubo llegado el aviso, despidió al consejo y mandó prender, como ya hemos dicho, á los condes de Egmont y de Horn.

V.

Así que tuvo en su poder á los condes de Egmont y de Horn, el primer cuidado del duque de Alba fué apoderarse de sus papeles y hacer inventariar ó secuestrar sus bienes y sus muebles.

El dia 23 de setiembre fueron trasladados los prisioneros del palacio de Culembourg al castillo de Gante; Egmont iba en una litera llevada por dos mulas, el conde de Horn en una silla de posta; iban escoltados por trescientos caballos y cerca de mil doscientos soldados de infantería, todos españoles.

El duque de Alba habíase quitado la careta; envió despachos en los que anunciaba que quería tomar informes por sí mismo y en su consejo, de todos los excesos cometidos durante las revueltas, tanto en materia de religion como de gobierno, con expresa prohibicion á los jueces de entender en este asunto. Este era el preludio de ese famoso tribunal llamado *consejo de las revueltas* por los españoles y *consejo de sangre* por los belgas.

Desembarazado de la gobernadora creó este tribunal compuesto de doce jueces, bajo su presidencia. La mayor parte de estos se avergonzaron de semejante cargo, y el duque de Alba y Vargas, hombre enteramente suyo y á quien habia traido de España, eran casi los únicos que pronunciaban las sentencias.

Las ejecuciones se sucedian con una espantosa rapidez, yendo acompañadas de confiscaciones que enriquecian á los delatores y que son orígen de algunas fortunas cuya historia se ha perdido despues.

Si se aplican á los condes de Egmont y de Horn las máximas de una justicia absoluta, sería difícil defender su inocencia; pero privándolos de sus jueces naturales se cometia con ellos una flagrante ilegalidad. Ademas es preciso notar que el

feudalismo habia dejado profundas raices y que éste suponia entre vasallo y señor una mútua correspondencia de servicios y obligaciones. La resistencia se hallaba escrita en las leyes de esta época y del pais. La historia en cada página probaba que se habia empleado con buen éxito: con todo, los límites de esta resistencia eran muy confusos. Hubiéranse debido tener en cuenta las circunstancias, porque la conducta de los dos acusados parecia en último resultado alejar hasta la idea de alta traicion. En buena ley su causa debia haber sido llevada ante el consejo de Brabante, ante los caballeros del toison de oro, ó la cámara imperial.

El conde de Egmont tenia por abogado al señor de Landas y por procurador al de Borchgrave. El señor de Provyns se hallaba especialmente encargado de la defensa del conde de Horn.

Sabina de Baviera, esposa del conde de Egmont, hija del conde palatino de Semmerin y de Beatriz de Baden, y hermana del elector Federico III, la madre del conde de Horn y su cuñado el conde de Neunar, invocaron los derechos y privilegios delos prisioneros; dirigiéndose sucesivamente al consejo de Brabante, al emperador y á los príncipes del imperio, especialmente al círculo de Westfalia.

La magistratura belga que siempre hizo gala de una noble independencia, se distinguió tambien en esta ocasion por su firmeza. El consejo de Brabante se dirigió al duque para hacer valer en favor del conde de Egmont su cualidad de brabanzon como señor de Gaesbeck.

El duque de Alba se hallaba decidido á desatender cuanto se le hiciera presente. Los dias 12, 13 y 17 de noviembre de 1567, el conde de Egmont fué interrogado en el castillo de Gante, por Vargas, Rio y el secretario Pratz. El original de su interrogatorio está en español: hacerle hablar este idioma en semejante circunstancia era humillarle y advertirle que se hallaba á mercer de sus mas implacables enemigos. El conde de Horn fué sometido á las mismas formalidades. El 29 de diciembre el procurador general del consejo de las revueltas Juan Des Bois, que fué en otro tiempo pensionista en Gante y procurador general en Malinas, fulminó su acta de acusacion.

Este documento que es muy extenso se limita á acriminarlos por haber contribuido á retirar las tropas españolas, por ha-

berse opuesto á Granvelle, por ser cómplices, autores ó instigadores del compromiso y de la conjuracion de los nobles; y en fin por haber estado en connivencia con los insurgentes habiendo faltado á su deber como gobernadores en no reprimir los alborotos, profanaciones, saqueos y tumultos.

Pero Arset, presidente de Artois, miembro del consejo de las revueltas, pero que no asistia á él, sostuvo en una Memoria, que las pruebas de estas acusaciones eran insuficientes.

El duque de Alba siguió adelante y el 4 de junio de 1568 firmó la sentencia de muerte de los dos prisioneros, que el dia antes habian sido transportados del castillo de Gante á Bruselas.

VI.

El señor de Mondoucet, *embajador por el rey de Francia cerca de Mad. de Parma y del duque de Alba*, dirigió á su corte una relacion de los hechos, de la que copiamos los principales detalles:

«El conde de Egmont al llegar á Bruselas iba en un carruaje con el capitan Tordesillas y otro oficial español. Iban delante cuatro compañias de arcabuceros españoles, á los lados los arcabuceros que mandaba Tordesillas y detras los lanceros de la vanguardia. Seguia despues el carruaje del conde de Horn en el que iba Antonio de Avila y el capitan Erasso. Rodeaban el carruaje los arcabuceros y lanceros de la compañia de Erasso y los de la de D. Antonio de Toledo y de D. Fernando de Saavedra. Estas tropas marchaban con banderas desplegadas y tambor batiente: los lanceros de D. Sancho de Avila formaban las alas.

«El dia 4 de junio á eso de las diez de la noche entraron por las puertas de Bruselas, marchando en batalla por la ciudad, con un *ruido de tambores y pitos, tan horrible, que no hubo espectador de buen corazon, que no palideciese y que no llorase á la vista de una tan triste pompa fúnebre.*

«Condujeron á los prisioneros por el Mercado, donde acababan de ser decapitados veinte y dos caballeros, y los encerraron separadamente en la *Maison du roy* (1).

«Como á eso de las once de la noche Martin Rithove, obis-

(1) La Broodhuys (casa del rey) está situada sobre la gran plaza de Bruselas frente á la casa de ayuntamiento.

po de Ipres, despues de haber procurado inútilmente disuadir al duque de Alba, fué á anunciar á los condenados su sentencia de muerte. Egmont se inmutó en extremo y exclamó con la palidez en el semblante. — «Sentencia es esa harto rigorosa; no creo haber ofendido á S. M. lo bastante para merecer tal castigo; sin embargo lo llevo con paciencia y ruego al Señor que mi muerte sea una expiacion de mis pecados, y que mi querida esposa y mis hijos no sufran infamia ni confiscacion; porque mis pasados servicios merecen esta gracia. Puesto que Dios y el rey lo quieren, acepto la muerte con resignacion.»

«Preguntó despues al obispo si no habia esperanza ninguna de perdon, á lo que Rithove le contestó que no. Despues dió gracias á Dios y al duque de Alba por haberle enviado un prelado tan digno para que le asistiera en sus últimos momentos, y pidió que le confesasen, lo que hizo de una manera ejemplar. Rogó al obispo que celebrase la misa, pues deseaba recibir la Santa Comunion de sus manos, á lo que Rithove le contestó que la diría pero que aun no se hallaba en disposicion de hacerlo pues no habia rezado las horas. El conde temiendo no tener tiempo le rogó lo hiciera cuanto antes. Y con efecto poco despues se celebró la misa y Egmont comulgó con mucha devocion. Preguntó en seguida al obispo cuál oracion sería la mas á propósito para encomendarse á Dios, y este le dijo que no conocia ninguna que fuese preferible á la que el mismo Jesus habia enseñado á sus apóstoles, esto es, el *Padre Nuestro.*»

«Este consejo causó una viva impresion al conde, quien empezó á recitar esta oracion tan tierna y tan bella por su sencillez. Pero reflexionando en la triste suerte de su esposa y de sus hijos, se distrajo. Las religiosas exhortaciones del obispo le separaron de aquellos pensamientos mundanos. Viendo que aun tenia tiempo pidió lo necesario para escribir á Sabina de Baviera y al rey.»

Copiamos aquí la última de estas cartas, tan patéticas como enérgicas y moderadas:

«He oido esta mañana la sentencia que V. M. ha tenido á bien dictar contra mí. Y aunque mi objeto no ha sido nunca el de intentar ni hacer nada contra la persona ni contra el servicio de V. M., ni contra nuestra verdadera, antigua y católica religion, tomo con paciencia lo que Dios se digna enviar-

me. Y si yo durante estas revueltas he aconsejado ó permitido hacer alguna cosa que aparezca de un modo distinta, siempre ha sido con la mas verdadera y buena intencion, por el servicio de Dios y de V. M. y por la necesidad de las circunstancias. Por lo cual ruego á V. M. que me perdone y tenga piedad de mi pobre mujer, de mis hijos y de mis servidores, teniendo presente mis pasados servicios. En esta confianza me voy á entregar á la misericordia de Dios.»

«Desde Bruselas, próximo á morir, 5 de junio de 1568.

«De Vuestra Magestad,

«Muy humilde y leal vasallo y servidor»

«LAMORAL DE EGMONT.»

Así que hubo cerrado esta carta Egmont, la entregó al obispo para que pudiese llegar con seguridad á manos del rey juntamente con una sortija que llevaba en el dedo y que Felipe le habia regalado en otros tiempos. Preguntando al obispo sobre lo que debería decir en el patíbulo para edificacion del pueblo, le dijo este que cuanto menos hablara sería mejor y esto por dos razones: primero porque no le oirían y en segundo lugar porque el pueblo era tan malicioso que interpretaría sus palabras de una manera torcida; y que por último sus palabras podian aprovechar á algunos y hacer daño á muchos.

Entre tanto, se hacian con espantosa rapidez los preparativos de la ejecucion. Infringiendo los privilegios de la ciudad, el duque de Alba habia hecho ocupar la víspera la casa de ayuntamiento por un destacamento del regimiento de D. Julian Romero: el dia 5 al amanecer, el regimiento de Sicilia y muchas compañias españolas que formaban un cuerpo de veinte y dos banderas á las órdenes de Romero, marcharon con hachones encendidos á colocarse en batalla sobre la plaza: dos compañías custodiaban el palacio y las demas tropas de la guarnicion recorrian las calles para impedir los grupos.

Mientras que el conde de Egmont y el obispo de Rithove continuaban ocupándose de las cosas del cielo, los soldados españoles entraron en la sala llevando cuerdas para atar las manos del reo segun era costumbre; Egmont con el semblante encendido de vergüenza les dijo que no eran necesarias y que se ha-

llaba dispuesto á morir y aun les enseñó su jubon cuyo cuello habia mandado cortar de antemano.

El conde de Horn habiendo sabido de un modo análogo el contenido de su sentencia se enfureció contra ella diciendo que habia ofendido mucho á Dios pero que nunca habia sido culpable para con el rey. Con todo el obispo de Ipres, con aquella uncion que presta el sentimiento religioso, procuró tranquilizar su espíritu y consolarle; y despues de haberle manifestado el poco tiempo que le quedaba que vivir, le exhortó á prepararse á la muerte por medio de una buena confesion.

Pero Horn se negó á hacerlo al principio, en atencion á que se habia confesado hacia mucho tiempo solo con Dios. Pero por fin cedió á las repetidas instancias del obispo, mandó llamar al cura de la capilla y cumplió con sus últimos deberes con fervor y uncion.

Quejábase Egmont de que tardaban en venirle á buscar, diciendo que puesto que debia morir era una inhumanidad el prolongar su agonia. A eso de las diez salió acompañado del obispo de Ipres, del maestre de campo D. Julian Romero y del capitan Salinas. Iba vestido con un jubon de paño carmesí y cubierto con una capa negra con broches de oro, calzones de seda negros, calzas de gamuza bronceada, sombrero de seda negro adornado de infinidad de plumas blancas y negras y llevaba en la mano un pañuelo bordado. Ei preboste le esperaba cerca del patíbulo con su varita encarnada en la mano.

Egmont cruzó lentamente por medio de las tropas españolas recitando el salmo *Miserere mei Deus* y saludando á los oficiales y soldados que no podian contener sus lágrimas al contemplar el deplorable fin de tan gran capitan.

Marchaba á la muerte sin hacer una vana ostentacion de indiferencia sino como caballero y como cristiano.

Subido que hubo al patíbulo, colgado todo de negro, rogó al obispo que recitase el *Padre nuestro*, lo que este hizo al momento; tres veces recitó la misma oracion, despues de lo cual pidió con lágrimas en los ojos la última absolucion. Habiéndola recibido, se informó de si podia aun esperar el perdon. Romero á quien se dirigió, levantó los hombros, bajó los ojos y se calló. Entonces Egmont hizo seña al obispo de que se retirase, se puso de rodillas sobre un almohadon de terciopelo

negro, echó atrás su capa y su jubon, y besando repetidas veces el crucifijo que tenia en sus manos, sacó un pequeño gorro del pecho con el que se cubrió los ojos y dijo en alta voz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* En el mismo instante el verdugo, que se cree era uno de sus criados, se aproximó con gran tiento y le separó la cabeza de los hombros. El sable de que se sirvieron para la ejecucion de aquellos dos desgraciados, segun una constante tradicion, se conserva aun hoy dia en Zorgvliet, casa de campo del célebre poeta holandés Cats, á media legua de la Haya, sobre el camino de Scheveningue.

Un grito unánime de dolor salió de la muchedumbre consternada.

Su cuerpo fué cubierto al momento con un paño negro.

A las doce, D. Julian Romero fué á buscar al conde de Horn. Este manifestó el mismo digno continente, el mismo valor, y una contricion tan verdadera, aunque menos espansiva y menos edificante que la de su amigo.

Llevaba un jubon de seda negro, una capa, y en la mano una gorra del mismo color.

Lo mismo que Egmont cruzó tranquilamente una parte de la plaza saludando al paso á los conocidos que encontraba. Así que llegó á la plataforma del patíbulo fijó sus ojos en el paño mortuorio y preguntó si aquel era el conde de Egmont; respondiéronle que sí; hábló algunas palabras en español, se puso de rodillas, y en tanto que recitaba una corta oracion, el verdugo le cortó la cabeza.

Esta ejecucion terrible adelantó los asuntos del príncipe de Orange mas de lo que él mismo podia esperar y escitó el dolor y las quejas de los pueblos. Las cabezas de ambos reos fueron espuestas al público hasta las tres de la tarde. El embajador de Carlos IX dice que venia de ver derribar la de aquel que habia por dos veces hecho temblar á la Francia.

El pueblo se precipitó sobre el patíbulo: empaparon pañuelos y coronas de flores en la sangre de los defensores de la causa popular y se invocó contra los españoles y contra el duque de Alba la ira del cielo. Hubo algunos que juraron dejar crecer sus cabellos hasta haber vengado á aquellas nobles víctimas; y se dice que el mismo duque de Alba que se hallaba en

una de las casas de la parte alta de la plaza, no pudo contener sus lágrimas al ver aquel triste espectáculo.

En aquel mismo dia la condesa de Egmont llegó á Bruselas para consolar á la condesa de Aremberg, cuyo marido habia sido muerto en Frisa, no sabiendo aun la horrible desgracia de su esposo.

Al dia siguiente, el clero de Santa Gudula, acompañado de una infinidad de notables y de un gentío inmenso, fué á buscar los cuerpos de los reos, y los trasportó la colegiata donde se celebraron unas exequias magníficas. Desde allí los restos de Egmont fueron trasladados al convento de Riches Claires, y despues de embalsamado el cadáver fué enterrado en Sotteghem. El cuerpo de Horn fué embalsamado en la capilla de Ravestein de la iglesia de los dominicos y enterrado en Weert, cerca de Ruremonde, donde fué descubierta su sepultura el 5 de noviembre de 1839. Dos dias despues de la ejecucion, la condesa de Egmont hizo colocar sobre la puerta de su palacio (hoy dia palacio de Aremberg) un blason fúnebre en las armas de su marido; pero el duque de Alba se lo hizo quitar al momento.

Pocos dias despues de la ejecucion, el duque de Alba escribió al rey Felipe II. Hé aquí el contenido de su carta, que unos miran como la espresion verdadera de su pensamiento, mientras que otros no ven en ella mas que una prueba de hipocresía:

«Señor:

«Habiendo conducido hasta su fin el proceso de los condes de Egmont y de Horn, me ha parecido que procediendo á sus sentencias debíanse tambien dictar las de los cómplices, haciendo ejecutar al mismo tiempo á algunos caballeros y á otros principales motores de las revueltas pasadas, que se hallan prisioneros, y que habia mandado yo retener con este objeto, para que presentando estas ejecuciones á un mismo tiempo pudiesen ser de mayor escarmiento; yo creo que con efecto ha sucedido así, y que han producido mejores resultados que los que hubiera producido una gran efusion de sangre hecha en varias veces y en distintos sitios. V. M. podrá enterarse de dichas sentencias, si es de su agrado; de las que envio una copia adjunta, cuyas sentencias han sido dictadas y ejecutadas;

y ahora se está trabajando para concluir lo que resta que hacer con respecto á los prisioneros ausentes.

»Las ejecuciones de los referidos prisioneros han tenido lugar en esta ciudad la semana pasada, esto es, la de los condes de Egmont y de Horn en la plaza, el sábado antes de Pentecostés, y las de los otros en el Sablon en los dias anteriores. Tenia dada órden de que se les proporcionasen escelentes confesores para que les hicieran pensar en su salvacion, si bien algunos de ellos han permanecido obstinados en sus errores. En cuanto á los dos señores citados, habia yo mandado venir aquí al obispo de Ipres, quien ha confesado y asistido al conde de Egmont hasta su fin: el de Horn ha tenido por confesor al cura de la capilla, y me han asegurado que ambos han muerto muy cristianamente y llenos de resignacion. Puede V. M. considerar el sentimiento que causaría el ver á aquellos dos señores conducidos á aquel término fatal, y que haya sido preciso que sea por mi mediacion; pero yo no he podido ni querido dejar de hacer lo que cumple al servicio de V. M., y á la verdad ellos y sus cómplices han sido autores de un gran mal, de que muchos se resentirán aun, segun creo, por muchos años; hablo con respecto á la salvacion de sus almas.

«Madama de Egmont me causa mucha lástima y dolor viéndola con once hijos y sin medios: siendo una señora tan distinguida, hermana del conde palatino y de tan buena, católica y ejemplar vida, que no hay persona que no se duela de ella. Por lo tanto no puedo menos de recomendarla á ella y á sus hijos, como muy humildemente lo hago, á la benevolencia de V. M., y así le escribo particularmente de mi puño, recordando á V. M. que si su marido ha caido en esta desgracia al fin de sus dias, tambien prestó anteriormente servicios importantes.

«Haré que terminen lo mas pronto posible los procesos de los prisioneros que aun quedan, y despues del escarmiento hecho, me parece conveniente que V. M. emplee de aquí en adelante su misericordia, á cuyo fin pienso escribir mas estensamente en contestacion á las cartas que he recibido dias pasados de V. M. relativas á este asunto.

«Señor, etc.»

El conde de Horn tuvo un solo hijo que murió siendo jóven;

pero Egmont tuvo de Sabina de Baviera, con quien casó en 1544, tres hijos y diez hijas. El mayor sirvió con celo á la España, combatió en Francia por la Liga, y fué muerto en la batalla de Ivri; el segundo era un visionario que quiso ir á fundar un cristianismo juanista, en una isla ignorada del nuevo mundo. A principios del siglo XVIII se extinguió esta ilustre raza; su nombre y sus honores recayeron en los Pignatelli, y uno de estos entregó á una bailarina la herencia del vencedor de Gravelines.

El destino cruel de este príncipe se halla eternizado en una medalla. En un lado de ella se ve el busto del conde, armado y condecorado con el toison de oro, con la siguiente inscripcion: *Lamoral, princeps Gaveræ, comes Egmontanus, Flandræ Artesœque præfectus.* (Lamoral, príncipe de Gavre, conde de Egmont, gobernador de Flandes y del Artois).

En el reverso se ven dos palmas en cruz segun la costumbre de los romanos. Bajo estas dos palmas se lee en holandés los versos que siguen.

«Este es Egmont, de noble y orgulloso ánimo, que sobre un infame patíbulo se ofreció sereno y altivo al filo de una pérfida espada. Hasta en el mismo borde del sepulcro arrostró impávido el furor de los ingratos autores de una sentencia cruel. Aun en los mas terribles momentos un corazon tranquilo con su inocencia no teme la rabia de los tiranos.»

Decapitado en Bruselas el 5 de junio de 1568.

Hay aun otras medallas á la memoria de este acontecimiento, y entre otras, dos, una mayor que la otra. En estas se ve á dos militares de caballería y dos de á pie en reñido combate, y en el reverso los cadáveres de Egmont y de Horn, cuyas cabezas se ven sobre dos pedestales. Se lee en ellas esta sentencia de los lacedemonios cuya traduccion es la siguiente:

«Vale mas combatir por la patria que dejarse seducir por una paz engañosa.»

Hemos hecho mencion de los furores iconoclastas; ahora que la accion principal ha terminado, reproduciremos con todos sus horrorosos detalles una de esas escandalosas escenas que no alcanzaría á comprender la civilizacion actual si nuestros padres

no nos hubiesen referido atentados no menos repugnantes de la revolucion de 1793. El episodio que vamos á presentar está tomado de una obra publicada hace algunos años.

«Una de las facciones iconoclastas se habia dirigido á Amberes. Era capitaneada por un tal Deruyscher, especie de Hércules, que de tabernero habia pasado á predicador.

«Habia en cierta ocasion escogido esta faccion por teatro de sus furores la catedral de Amberes. Aquellos miserables precipitábanse ya sobre los altares, cuando fueron detenidos un momento por la voz aguardentosa de su jefe.

—¡Hijos! gritó Deruyscher, antes de empezar la destruccion de los ídolos, escuchad unos cuantos consejos. Mi sermon no será largo y ademas tenemos tiempo de sobra.

—Oigamos! oigamos!

«Deruyscher subió al púlpito.

—Mis fieles compañeros, dijo, hé aquí el momento de manifestar vuestro amor por la religion de Calvino; hoy es, cuando vosotros, sus fervorosos discípulos, debeis demostrar vuestro entusiasmo por sus doctrinas. Saqueando y destruyendo los templos del catolicismo labramos nuestra salvacion. El oro de los cálices, de los crucifijos, la plata de sus ornamentos.....

Deruyscher fué interrumpido por un católico, que exasperado por aquel abominable lenguaje, habia subido los escalones del púlpito y cogido por la garganta al predicador. Furioso este y dotado como hemos dicho de una fuerza poco comun, se desembarazó al momento de su antagonista, y cogiéndole por mitad del cuerpo le balanceó algunos momentos en sus brazos: despues habiendo creido suficiente el impulso le despidió como lo hubiera hecho con una vedija de lana. El cuerpo de aquel desgraciado se deshizo contra las losas de la iglesia, y aquel acto de barbarie fué acogido con horribles carcajadas.

—Os decia, continuó Deruyscher, como si nada hubiese pasado, os decia, pues, que ganamos el cielo destruyendo los ídolos. Añadia, que el oro y la plata de los ornamentos de esos sacerdotes cristianos, sería en nuestras manos un legítimo manantial de riqueza. Pero antes de empezar la obra, tened presente, corderos mios, que reservo para mí el cristo de oro que veis allá abajo. Está adornando el altar de su madre, cuyas alhajas me reservo tambien. Ahora, dividios en tres secciones

una para cada capilla y la mayor para el coro..... y ¡adelante!

«Aquellos á quienes se dirigia no se hicieron repetir la señal.

«Un digno sacerdote hallábase arrodillado ante un altar; cuando vió llegar á los satélites de Deruyscher, el siervo de Dios se levantó y tendiendo hácia ellos sus brazos:

—¡Sois por ventura, les dijo, los emisarios del infierno! ¡Deteneos, desgraciados, entrad dentro de vosotros mismos, volved á ese Dios á quien ofendeis: nuestro divino redentor puede perdonaros aun porque su misericordia es infinita!...

—¡Quieres callar, viejo!... Retírate si no quieres que te enviemos á visitar á Satanás, tu amo.

«Pero el sacerdote no se movia de allí; lanzó contra los sacrílegos el terrible anatema, y arrostrando su cólera procuró hacerles oir de nuevo la sagrada palabra.

«Llenos de rabia los mas encarnizados, levantaron las hachas y martillos que llevaban.... y un nuevo mártir cayó sobre el pavimento pidiendo por sus asesinos....

«La devastacion, interrumpida un momento, volvió á empezar; las estátuas de los santos fueron hechas astillas; los cálices, los vasos sagrados, las custodias y todos los objetos de valor desaparecieron; los demas fueron diseminados por el suelo.

«En todas las capillas se reprodujeron escenas de horror; todas las cosas sagradas fueron profanadas sacrílegamente. El ciego furor de que se hallaban animados aquellos forragidos, no conocia límites; arrojaban sillas sobre los objetos que no se hallaban á su alcance. Los bancos, las verjas, las vidrieras, todo fué destruido. Uno de estos hijos del infierno subió al púlpito ya mal parado por los golpes. Empezó un discurso en que pidió se le eligiese por jefe en lugar de Deruyscher, que acababa de ser muerto en una disputa. Su peticion fué favorablemente acogida, y para dar las gracias á los que le habian elevado á aquella dignidad, reclamó un momento de silencio para pronunciar como su anterior jefe un discurso lacónico.

—Antes de empezar, dijo, dadme de beber para aclarar la voz.

Así que hubo bebido empezó de este modo:

—¡Somos unos tontos! Calvinistas, luteranos, católicos, todos nos dejamos engañar como unos mentecatos. ¡No hay Dios! exclamó pegando una gran patada y agitándose como un inspirado.

«Un horroroso estruendo respondió á aquella blasfemia, y se pudo creer por un momento que el cielo ultrajado se vengaba del ateo: el púlpito viniendo abajó aplastó al blasfemo y á los mas próximos de sus oyentes.

—¡Dios mio! exclamaron sin poderlo remediar algunos de aquellos miserables, cayendo de rodillas.

«Esta corta, pero sublime oracion, se presenta siempre á nuestros lábios cuando alguna desgracia nos amenaza. Semejantes á los marineros en tiempo de calma, olvidamos fácilmente que hay un ser del cual dependemos y nos reimos de las cosas santas; pero cuando llega la desgracia ó la tempestad, entonces recordamos que hay un salvador y nos arrojamos en brazos de la Divinidad....

«Pero este suceso no tuvo consecuencias de otra especie, y las chanzas de la mayor parte de aquellos malvados, que no habian visto en todo aquello mas que un acontecimiento casual, hicieron volver á empezar la carnicería, y nada escapó de sus manos sacrílegas.

«Los órganos fueron hechos añicos. Un magnífico cuadro que representaba á Cristo entre los dos ladrones fué arrancado de la pared y arrojado al suelo. Aquellos miserables, despues de haber hecho pedazos la imágen de Nuestro Señor, dejaron ilesos á los ladrones como queriendo que les fueran propicios, lo mismo que los paganos en otra época hicieron de Mercurio el dios protector de los rateros y ladrones.

«Para completar tantos horrores aquellos fanáticos, se cubrieron con los ornamentos de los ministros de Dios. Se pusieron las casullas, las albas, los manteos, las sotanas, y bajaron así á las bóvedas, abrieron los sepulcros y hollaron bajo sus pies los restos que contenian. Despues, volviendo á subir con los ataudes, colocaron en ellos los cuerpos de Deruyscher y de los que habian perecido en aquella jornada, encendieron las hachas que habian quedado aun servibles, las colocaron alrededor de los ataudes, y entonando los salmos de Marot, parodiaron una fúnebre ceremonia.»

SEBASTIAN BENITO PEYTEL.

I.

A fines de octubre del año de 1838, M. Peytel, escribano de Belley, dejó la ciudad en que residia para ir á pasar unos cuantos dias en Mâcon, llevando en su compañía á su esposa y á Luis Rey, su criado.

Pocos dias despues, el 1.° de noviembre, los vecinos de Belley fueron asustados por los gritos de un hombre que lleno de desesperacion imploraba el socorro de todos los médicos de la ciudad, llamando violentamente á sus puertas y haciendo resonar con una especie de frenesí las campanillas de sus casas.

Este hombre era el escribano Peytel.

Decia que su esposa, moribunda dentro de su carruaje, acababa de ser herida de un tiro en el camino de Lyon, y que el asesino era su criado, á quien él mismo habia muerto despues.

Al oir aquel estrépito, aquellos lamentos y aquella narracion, acudió gran número de personas y presentóse á su vista un horroroso espectáculo.

En el fondo de un carruaje una jóven yacia exánime. Su cuerpo estaba mojado como si acabase de salir del agua; parecia gravemente herida en el rostro, y sus vestidos levantados á pesar de un tiempo frio y lluvioso, dejaban ver sus rodillas casi enteramente descubiertas.

Al contemplar este espectáculo, se pensó en que el primer cuidado que se debia tomar era el de preservarla del frio y el de abrigarla; pero habiéndola reconocido un médico declaró que todos los cuidados que se la prodigasen serían infructuosos, porque Mad. Peytel era cadáver.

Peytel dijo que el facultativo se equivocaba, y redobló sus instancias para que fuesen á llamar á otros.

Esta singular escena y las palabras de Peytel, que no cesaba de repetir que habia muerto á su criado á martillazos, infundieron sospechas al teniente Wolf, comandante de la gendarmería de Belley, y dió órden para que se prendiese á Peytel; pero este se arrojó al cuello de uno de los asistentes, quien intercedió por él y obtuvo que no fuese preso en el acto.

El cadáver de la señora de Peytel fué trasladado á su casa. Despues se acudió apresuradamente al camino para recoger el cuerpo ensangrentado del criado.

Entre tanto Peytel, interpelado sobre los motivos de aquel doble asesinato, contó el suceso en estos términos:

«Habia salido de Mâcon, dijo, el 31 de octubre á las once de la mañana con el objeto de volver á Belley con su esposa y su criado. Este último conducia un carro descubierto; Peytel y su esposa le seguian en un carruaje de cuatro ruedas, tirado por un caballo. Llegaron á Bourges á las cinco de la tarde, y salieron de este último punto á las siete para ir á dormir á Pont-d'Ain, á donde no pudieron llegar hasta las doce de la noche. En el camino Peytel creyó advertir que Luis Rey contenia el paso de su caballo. Habiéndose apèado en la posada le dió órden de que trasladase á su cuarto 7,500 francos que iban en el carruaje; pero Luis le habia respondido que era inútil aquella precaucion porque el patio de la posada estaba bien guardado; habiéndose visto precisado Peytel á trasladar él mismo el saco de dinero.

«El dia siguiente, 1.º de noviembre, se volvieron á poner en camino á las nueve de la mañana, sin que Luis fuera, como tenia de costumbre, á tomar las órdenes de su amo. Llegaron á Tenay á las tres, salieron de este punto á las cinco, y eran ya las ocho cuando llegaron á la ciudad de Rosillon, donde hicieron un alto de media hora para dar pienso á los caballos.

«Al tiempo de salir de Rosillon, el cielo amenazaba tempestad y empezaba á llover. Peytel habia encargado á Luis que se procurase una colcha para cubrir los objetos que iban en el carro; pero el criado no quiso, pretestando con tono irónico que el tiempo estaba hermoso. Hacia ya muchos dias que Peytel habia notado que Luis estaba sombrío y taciturno.

«Como á quinientos pasos despues de pasado el puente de Ardet, sobre el rio Turens, y en la parte menos pendiente de la subida del Derde, Peytel gritó á su criado, que iba siempre delante, que bajase del carro para concluir la cuesta á pie. Soplaba en aquel momento un fuerte viento Sud y la lluvia caia con violencia. Peytel iba recostado en un rincon de la derecha del carruaje, y su mujer próxima á él dormia con la cabeza apoyada sobre su brazo izquierdo. Peytel oyó la detonacion de un arma de fuego, cuyo fogonazo habia visto á muchos pasos de distancia, y su esposa exclamó:

—«¡Querido, coje la pistola!»

«En el mismo momento, su caballo asustado, tomó el trote: Peytel sin embargo tiró un pistoletazo sobre un hombre que corria por el camino. No creyendo que su esposa estuviese herida, echó pie á tierra por un lado del carruaje mientras ella bajaba por el otro; entonces disparó sobre su criado, á quien acababa de reconocer, un segundo pistoletazo, inútil como el primero. Luis se escapaba y Peytel corriendo tras él le asestó por detras un martillazo. Habiéndose vuelto Luis, levantó el brazo armado de una pistola que acababa de sacar; pero Peytel mas pronto que él, le dió un segundo martillazo que le tendió en tierra; en seguida colocando un pie sobre sus espaldas acabó enteramente con él, con el mismo instrumento á pesar de los gritos de: ¡perdon! que no cesaba de dar.

«Al momento, el recuerdo de su esposa se le presentó á la imaginacion: la llamó muchas veces por su nombre y corrió desalentado mirando por todo el camino. Habiendo llegado al puente de Audert, encontró á su esposa tendida en un prado, cubierto de agua á la orilla del Turens. Este horroroso descubrimiento, le sorprendió tanto mas, cuanto que no creia que su mujer estuviese herida; procuró retirarla del agua, y no sin mucho trabajo consiguió arrastrarla hasta el declive de la calzada, vuelta boca abajo: creyéndola allí segura de un nuevo atentado, y figurándose que no estaba mas que herida, pensó en ir á pedir auxilio á una casa que habia en el camino del lado de Rosillon. En aquel momento vió su carruaje muy cerca de donde estaba, sin que pudiese explicar cómo el caballo habia vuelto atras dejándose de dirigir á Belley.

«Los señores Thermet, padre é hijo, á cuya puerta habia

ido á llamar, le habian abierto y les pidió que le socorriesen, diciéndoles que su esposa acababa de ser asesinada por un criado suyo. Habiendo bajado al puente de Audert, Thermet, padre, se acercó al cadáver y despues de haberle examinado, dijo á Peytel que su mujer estaba muerta: ayudado por su hijo, el testigo habia colocado el cuerpo en el fondo del carruaje, en que subieron despues todos juntos para ir á Belley, y al pasar junto al cadáver de su criado quiso hacer pasar el carruaje por encima de él. Finalmente, que su criado habia querido asesinarles para apoderarse de 7,500 francos que habia cobrado en Lyon.»

II.

Apenas cundió la noticia de este extraño suceso, cuando se dispertó la atencion pública. Peytel habia empezado su narracion en el puente de Audert, sobre el cadáver helado de su esposa; la habia desenvuelto detalladamente desde el 2 de noviembre, en presencia de los médicos, delante de los vecinos reunidos y de personas que la víspera eran aun sus amigos: y últimamente la completó en sus interrogatorios, en sus conversaciones, en sus escritos, en las cartas dirigidas á los magistrados; y sus palabras, repetidas y reproducidas tantas veces, se habian á pesar de todo estrellado contra una dolorosa incredulidad. Y es, que independientemente del carácter singular que presentaban desde un principio, la actitud, los movimientos y las palabras del acusado, su narracion parecia encerrar un enigma inesplicable, y las contradicciones, las inverosimilitudes y las imposibilidades eran tales, que la sana razon se sublevaba y aun sus mismos amigos se negaban á admitirlas.

La justicia, inquieta por las prevenciones de la opinion pública, se dedicó con todo ahinco á practicar las mas escrupulosas diligencias. El cuerpo de las víctimas fué sometido al exámen de los facultativos; la herida y los proyectiles fueron consultados, y el lugar de la catástrofe y demás explorado con la mayor escrupulosidad; la parte moral de los actores que intervinieron en aquella cruel representacion fuè tambien objeto de un rigoroso exámen. Las exigencias del acusado, sus maneras afectadas, su calculado silencio ó sus respuestas insultantes de puro frias, fueron trabas impotentes para la instruccion del sumario,

y la justicia llegó por fin, por medio de una marcha prudente, y por sus investigaciones á la mas cruel certidumbre.

Luis Rey, del hospicio de Lyon, fué confiado desde sus mas tiernos años á unos honrados labradores que le tuvieron en su compañía hasta que cayó soldado. Su buen comportamiento, su inteligencia, la dulzura de su carácter, fueron tales durante este largo espacio de tiempo, que aquella familia fué para él una familia adoptiva que llegó á tomarle mucho cariño y que sintió al separarse de él una verdadera afliccion. Cuando Luis salió del ejército, volvió á casa de sus bienhechores, donde fué recibido como un hijo. A pesar de tan larga ausencia le hallaron lo mismo que antes; únicamente habia aprendido á leer y á escribir, y las certificaciones de los jefes probaban que habia sido un leal y valiente soldado. La necesidad de procurarse medios de subsistir, le determinó á salir de aquella casa para entrar en la del señor de Montrichard, teniente de la gendarmería, que estaba entonces en Belley; recibió de este oficial nuevas pruebas de estimacion que fueron incluidas en el sumario. Luis, á la verdad, era algo aficionado al vino y á las mujeres; pero habia sido militar y estos defectos se hallaban compensados en el sentir de los testigos, por su actividad, su inteligencia y sus buenos modales.

En el mes de julio de 1838, Luis Rey dejó la casa del señor de Montrichard, y habiéndole encontrado Peytel en Lyon en aquella misma época no dudó en tomarle á su servicio. Y á pesar de lo que dijese el acusado, Luis Rey le sirvió hasta su último dia como criado fiel y cuidadoso, lo que mas de una vez habian tenido ocasion de conocerlo. Todas las personas que habian trabajado ó estado en casa de Peytel elogiaban su carácter y en este punto todos estaban unánimes.

Desde la noche misma del 1.° de noviembre y pocos momentos despues de la catástrofe, se echó de ver que Peytel desacreditaba á su criado, notándose la astucia con que diseminaba estas quejas en las diversas partes de su relato, pero fueron completamente desmentidas en el curso de la causa. Asi es que el criado inobediente que en Pont-d'Ain se negaba á trasladar el dinero al cuarto de su amo bajo pretesto de que las puertas de la posada eran seguras, se habia apresurado, en cuanto llegó, á desenganchar y cuidar los caballos fatigados por una larga jornada, sin

que ninguno de los testigos presentes á la llegada, oyese la menor palabra de queja por parte de Peytel ni de Luis, cuyo celo y actividad no pudieron menos de notar.

De modo que el criado descuidado que el dia antes no fué como de costumbre á tomar las órdenes de su amo, se hallaba dispuesto á partir á las siete de la mañana informándose con cuidado de si el señor y la señora de Peytel estaban ya despiertos y recibia el recado por medio de la criada de la posada, de que no necesitaban nada para su desayuno; este criado que se negaba á poner una colcha para guarecer los objetos que llevaba en el carro, ofrecia por el contrario la suya y sus ropas, para proteger contra la lluvia objetos de un valor insignificante; este criado que hacia dias estaba taciturno y silencioso, daba muestras por todo el camino y en todas las paradas, de su natural fácil y aun indiscreto. En Macon y en Bourg confiaba á los criados su posicion y alababa delante de ellos las bondades de su señor y de su señora.

El criado de la posada del *Delfin* decia hablando de él: «Era un buen mozo, afable y bien parecido; algunas veces hemos hablado de caballos y carruajes; tenia un aire muy natural y no parecia preocupado en manera alguna.»

En Pont-d'Ain, decia en sus conversaciones que habia sido criado en el hospicio; hablaba de los puntos en que habia sido educado y de los en que habia servido: finalmente en Rosillon, una hóra antes de su muerte, hablaba familiarmente con el maestro de postas y se ocupaba con él de cosas indiferentes.

Todas las insinuaciones de Peytel contra su criado no tenian otro objeto que hacer ver en las acciones de Luis Rey todas las señales de que premeditaba un atentado. Y con efecto, ¿de qué le acusa? De haber querido robarle 7,500 francos y de haber intentado el asesinato para efectuar el robo. Pero para un crímen premeditado ¡qué increible imprevision en la preparacion de los medios, qué desacierto y qué indolencia en su ejecucion!

¡Cuántos inevitables obstáculos para perpetrar el robo y aprovecharse de él! Al salir de Belley el dia 23 de octubre, Luis instruido, segun Peytel, de que su amo debia volver con dinero, se habia provisto de una pistola de arzon que la señora de Peytel habia ya visto en otra ocasion entre los efectos del criado; habia balas en la habitacion de Peytel, y además el 6 de

noviembre se hallaron cuatro de estas en la maleta de Luis.

Y aquel hombre que habia formado un proyecto tan criminal, llevaba para cometer un asesinato una arma de fuego sin municiones; porque Peytel reveló á la justicia, que el 31 de octubre una hora antes de salir de Macon, Luis compró seis balas á un armero. El asesino debia inmolar dos víctimas y se provee únicamente de una pistola de un solo tiro, sabiendo que en todos sus viajes Peytel llevaba siempre dos pistolas para su seguridad. Finalmente, en la oscuridad de la noche y en medio de la agitacion de un viaje su tiro no podia ser certero, caso terrible para el agresor, que no contaba con medios para librarse de una segura venganza.

La ejecucion del crímen ofrece aun incidentes mas extraños. Solo cuando Peytel le manda bajar del carro, es cuando Luis se decide á echar pié á tierra; solo cuando éste tiene la seguridad de que su amo está despierto elige la ocasion para quitarle la vida. Hace una noche oscura y ambos esposos van envueltos en sus capas; el asesino hace fuego á cinco ó seis pasos; dirige su tiro á la casualidad y sin inquietarse por la eleccion de la víctima, y el soldado que es lo suficientemente arrojado para decidirse á un doble asesinato no solo se halla sin valor y sin medios para consumarlo, sino que huye llavando en su mano un inútil látigo y sobre sus hombros un cobertor pesado, sin que la detonacion de los dos pistoletazos y los pasos precipitados de su amo furioso despierten en él el sentimiento de la conservacion; y este hombre lleno de juventud es derribado en tierra boca abajo en medio de un camino real, sucumbiendo sin resistencia y sin luchar, á los golpes de un martillo.

Pero si el asesino hubiera salido con su criminal intento ¿qué provecho hubiera sacado? Dejando sobre el camino los cadáveres ensangrentados de sus amos, viéndose obligado á conducir dos carruajes, sopena de verse descubierto, no pudiendo volver atrás despues de haber hablado en las paradas del dinero que conducia Peytel, demasiado prudente para presentarse solo en Belley, detenido en las afueras por la aduana que debia oponerle hasta que fuera de dia una barrera insuperable, ¿qué era lo que podia hacer?

El exámen del carro ha probado que Luis Rey no tenia en el momento del crímen, ni ropas, ni efectos. En sus bolsillos no

se halló ni pasaporte, ni certificado, ni libreta; contenian únicamente una bala de grueso calibre que habia enseñado, jugando con ella, á una criada de la posada de Macon, una pequeña navaja de mango de cuerno, una caja de tabaco, un pequeño paquete de pólvora de caza y un bolsillo de boquilla que contenia un sueldo y un poco de bramante. Hé aquí el bagaje que en su plan homicida, habia preparado Luis, teniendo tiempo sobrante para ir á buscar un asilo en el extranjero. No, seguramente Luis Rey no fué culpable del crímen de que Peytel le acusaba. Si, para aquellos que le conocian, su buen natural y sus tranquilas costumbres, una carrera militar sin tacha, y los buenos informes de sus antiguos amos, debian alejar de él toda sospecha, para toda persona imparcial y de sano juicio, las circunstancias que se refieren á los preparativos del crímen, á su ejecucion y á sus resultados, no permiten que la memoria de este desgraciado se cubra de infamia.

Pero la justicia ha desgarrado el velo con que se cubria una mano criminal. Ya en la noche del 1.° de noviembre eran sospechosos, aquella desmedida agitacion y aquellos cuidados de una prevision tan tardía, aquel dolor tan bullicioso y aquellos arrebatos calculados que salian del tipo regular de los dolores naturales. El culpable presentido ya por la conciencia pública, aquel cuyo proceso ha desenvuelto lentamente una odiosa combinacion, y destruido paso á paso un sistema de mentiras, el asesino á quien una familia desolada y la sociedad entera piden hoy cuenta de la sangre de una esposa, este asesino es Peytel.

III.

Sebastian Benito Peytel, nació en Macon, donde residia su familia. Siete ú ocho años antes de este acontecimiento solicitó el cargo de escribano en esta ciudad, y se presentó para ser admitido; pero algunos malos informes respecto á su probidad y algunas dudas poco honoríficas á su delicadeza, hicieron negarle su peticion que fuè desatendida por sus compatriotas. Con todo, en 1838 obtuvo mayor resultado en Belley, donde sucedió en su cargo á M. de Cerdon.

Hacia poco que lo desempeñaba cuando trató de casarse y puso los ojos en la señorita Felicia Alcazar, jóven criolla, hija

de un colono muerto en servicio de Inglaterra. Habia tenido ocasion de ver á esta señorita en Belley donde se hallaba en compañia de su hermana Mlle. de Montrichard y conocia perfectamente su posicion y su fortuna. Escribió á Mad. Alcazar cartas en que pintaba con los mas risueños colores, á los ojos de una madre, el porvenir de su hija.

Hizo tambien que uno de sus amigos, el señor Roselli-Mollet, escribiese á aquella señora. Este, despues de haber hecho de Peytel un retrato muy favorable, habló de sus buenas prendas, y pasando despues al asunto de intereses, hizo subir los de Peytel á una cantidad exhorbitante. Como Peytel habia disipado los pocos bienes que habia recogido de la sucesion paterna, daba un valor exageradísimo á las propiedades de su madre, y asegurábase que Peytel se hallaba ya en posesion de 60,000 francos, sin contar con su cargo de escribano que estaba ya pagado, segun decia.

A pesar de todo, el consentimiento de Mad. Alcazar se hizo esperar mucho tiempo. Peytel marchó á París y se presentó á aquella señora. Esta deseaba diferir aun el asunto y tomar informes, pero Peytel, que tenia sus razones para apresurar el matrimonio, insistió tanto que cuando aquellos informes llegaron ya no pudo romperse el compromiso.

Felicia Alcazar no se hacia ilusiones; hallábase muy lejos de ver en aquel enlace un dichoso porvenir. Dócil y resignada á la voluntad de su familia pero libre y espansiva en sus sentimientos, no disimulaba ni aun delante de Peytel la poca simpatía que éste le inspiraba; mas de una vez hizo presente á sus parientes la poca aficion que esperimentaba hácia él. Padeciendo, á la edad de veinte años, una miopia en su mas alto grado; con un talento á lo que parece poco cultivado, y una educacion descuidada, la jóven se acusaba algunas veces delante de su futuro de su poco mérito y de sus defectos: pero Peytel no tomaba en cuenta las objeciones de Felicia; y hallaba en el dote una compensacion á sus defectos, por lo cual se efectuó aquella union fatal.

IV.

Habian pasado muy pocas horas despues del enlace de Peytel y Felicia cuando ya se dejó ver en toda su violencia el ca-

rácter irascible de aquel; desde los primeros dias, valiéndose del mas lijero pretexto para dar rienda suelta á su mal humor, abrumaba á su esposa con los mas injuriosos dicterios, y esta que era burlona y poco mesurada en sus modales, daba, preciso es confesarlo, muchas ocasiones para que su marido se enfureciese. Pero á lo menos Felicia se mostró desde un principio tal como era y no desplegaba mas talento ni habia aumentado de riquezas. Peytel por el contrario, que tenia, segun decia él mismo, una posicion social y grandes capitales, Peytel ni aun habia pagado su escribania y se habia hecho firmar por mediacion del señor Cerdon, con motivo de su casamiento, y por mera complacencia, un recibo por valor de 18,000 francos; así es que apenas se verificó el matrimonio cuando sin querer esperar algunos meses que faltaban á su esposa para llegar á ser mayor de edad se procuró una autorizacion para vender una renta sobre el Estado que poseia ella y reunió así mas de 50,000 francos. Los nuevos esposos dejaron muy pronto á París y fueron á Bourg á casa de Mad. de Montrichard, acompañada de madama Broussais, hermana de la desgraciada que debia perecer de una manera tan trágica.

Allí se renovaron los disturbios y las escenas violentas. Si el talento poco cultivado y los modales poco distinguidos de su esposa herían el orgullo de Peytel, menester es convenir en que tampoco hallaba compensacion ninguna en su corazon: de modo que nada habia en ella que templase la violencia de su carácter y á veces se dejaba arrastrar hasta el punto de que un dia para calmar su furor tuvo que sumergir la cabeza en una jofaina de agua fria. Debia ser para los parientes un espectáculo poco lisonjero ver aquella desunion de génios, aquel ódio recíproco que hacen de la vida doméstica un suplicio intolerable y que son muchas veces el manantial de las mas terribles catástrofes. Estas desavenencias, es cierto, eran ocultadas á las personas estrañas; pero los disgustos no son menos crueles en secreto. Habia momentos en que Peytel inspiraba á su esposa un verdadero terror y en que decia á Mad. Broussais:

—«Tiemblo ante él; cuando estamos solos, no sé lo que me hace escribir y á veces no puedo menos de encomendar mí alma á Dios.»

Algunas semanas despues del matrimonio, Mad. Peytel escri-

bia á su marido para pedirle perdon; confesaba su mal comportamiento y sus faltas; obligándose á cambiar de conducta y jurando por las cenizas de su padre, someterse á los menores caprichos de su esposo; mas tarde y en otra carta le hacia confesiones singulares; su conducta la horrorizaba; no podia dominar la vergonzosa pasion que la subyugaba y no habia otro medio, segun ella misma decia, que llevarla al lado de su madre ó encerrarla en un convento.

Estos dos escritos encontrados en la habitacion de Peytel, llamaron la atencion de los magistrados. Peytel, que antes de ir á la cárcel habia registrado escrupulosamente todos sus papeles, llevándose una gran parte de ellos, se guardó muy bien de hacer desaparecer estos dos documentos. Desde el momento en que fueron hallados y que se divulgó su contenido, la opinion pública, indecisa ya y dudosa, se estravió engañada por inauditas revelaciones, abandonándose á las mas injuriosas suposiciones sobre Mad. Peytel; la vida de aquella jóven fué presa de la calumnia, y la tumba cerrada sobre la esposa no pudo defenderla contra las mas deshonrosas conjeturas.

La instruccion del proceso no tardó en aclarar el misterio que rodeaba á estas dos cartas, rehabilitando la memoria de Mad. Peytel.

Así es, que se supo que Peytel fué quien dictó el primero de estos escritos, cuyo borrador escrito de su mano dió á Felicia, quien le copió al pie de la letra sin comprenderle. M. Montrichard lo declaró así: habia este visto en la casa y sobre el escritorio el original escrito por Peytel, y precisó la hora, el dia y el sitio.

Peytel habia colocado en el mismo sitio el acta de matrimonio, el testamento por medio del cual Felicia le hacia dueño de toda su fortuna, y la carta en que por obediencia, por ignorancia ó por temor, le habia hecho el sacrificio de su reputacion.

Pero aquí preciso es citar nuevos hechos.

Cuando se decidió la celebracion del matrimonio, Mad. Alcazar que quería que los esposos fuesen sometidos al régimen dotal, concluyó por rendirse á las instancias de Peytel, que prefería el de la comunidad de bienes; pero fué bajo condicion espresa de que el contrato sería redactado como el de sus dos

yernos, y que se pondrian todas las garantías necesarias para asegurar en caso de desavenencia, la restitucion de la dote. Estas prudentes previsiones fueron completamente desatendidas. El contrato matrimonial, semejante en un principio al de monsieur Broussais, contenia una donacion de usufruto de todos los bienes muebles é inmuebles, al que sobreviviese de ambos esposos; pero teniendo este la obligacion de dar fianza y de colocar todos los valores moviliarios. Peytel estendió este contrato, y suprimiendo esta última cláusula, hizo declarar por medio de una disposicion contraria, que el que sobreviviese estaría dispensado de dar caucion y de justificar el empleo de los capitales.

Desnaturalizado así el contrato, fué llevado á los parientes, quienes le firmaron sin leerlo.

Mucho era sin duda una donacion de usufruto universal: pero Peytel quería aun mas, y decia á su esposa:

—Aunque tú no eres muy buena para conmigo, con todo, he otorgado un testamento por el cual te lego todos mis bienes presentes y futuros; tú debieras hacer otro tanto por mí.

Felicia contaba á su hermana todo esto, y esta le contestó:

—Si este es el único medio de que haya paz, haz ese testamento; pero tú gozas de buena salud y vas á ser madre: por otra parte, tu contrato por sí es ya harto beneficioso para Peytel.

El acusado comprendió el peligro que habia en estas revelaciones y en el descubrimiento del testamento. Informado el dia 6 de noviembre de que el que habia arrancado á su esposa no habia llegado á manos de los magistrados, pensó en hallar medios para tenerle en su poder. Roselli-Mollet fué quien por segunda vez vino en auxilio de Peytel, y quien informado de sus deseos fué á la habitacion de su amigo, acompañado de M. Cerdon que tenia las llaves de ella. Allí se apoderó del testamento que estaba encerrado en una arca de hierro. Este hecho no se se supo hasta mucho tiempo despues, y la justicia hizo declarar á Peytel y á M. Roselli-Mollet; pero estos no respondieron desde luego y el proceso fué suspendido por algunos dias. En fin, Reselli confesó que Mad. Peytel habia, hácia el mes de julio, hecho un testamento á favor de su esposo. Aquel y este se obligaron á presentar este documento antes de la sentencia; pero no cumplieron su promesa.

¡Qué horrorosa luz se desprendió de todos estos hechos! Las cartas de Mad. Peytel y sus disposiciones testamentarias se hallaban en poder de su marido. Pasan tres meses y esta desgraciada jóven muere asesinada.

¿Quién mas que Sebastian Peytel pudo concebir y cometer este atentado, dice el acta de acusacion, de que debia él solo aprovecharse? ¿Quién otro que él tenia interés en romper esta odiosa cadena y en recoger una herencia? ¿A qué pues hablar de un proyecto de robo y de la culpable sorpresa de un criado? La pistola hallada junto al cadáver de Luis, las balas compradas por él en Mâcon, son evidentemente el resultado de la mas negra perfidia.

Lo que confirma mas esta opinion, es que la pistola encontrada habia sido comprada en Lyon, y el comerciante ó armero que la habia vendido, sin poder afirmar que fuese el mismo Peytel el comprador, declaró reconocerle por haber acudido en otras ocasiones á comprarle algunos efectos.

Por otra parte, al dia siguiente del asesinato à eso de las tres de la tarde, Peytel en el momento de ser llevado preso, encareció la necesidad de hacer un registro minucioso en la maleta de Luis, y renovó esta advertencia el dia 5 de noviembre, y registrada esta, se hallaron entre los demas efectos, cuatro balas parecidas á las halladas en la habitacion de Peytel, y se recordó que en medio de la noche fatal, y en el paroxismo de su desesperacion, Peytel habia metido con frecuencia sus manos en el gaban; sus amigos despues de haberle obligado á quitarse la ropa que tenia mojada, le dejaron solo algun tiempo, y á su vuelta le encontraron aun con los mismos vestidos saliendo de un corredor que conducia al cuarto del criado donde se hallaba su maleta abierta.

Estas dos circunstancias deponian mucho contra Peytel; pero las relativas al atentado deponen aun mas.

Llegado que hubo á Tenay el 1.º de noviembre á las tres de la tarde, Peytel no prosiguió su camino hasta las cinco. Atribuyó esta larga detencion, á que faltándole cinco leguas para llegar á Belley, tenia la costumbre de compartir así su camino cuando venia de Pont-d'Ain. Pero si así era efectivamente, ¿por qué se detuvo segunda vez á tres leguas de Rosi-

llon? Se concibe que durante todas estas paradas, la noche adelantaba y podia favorecer una tentativa criminal.

Cuando Peytel hubo agotado su furor contra Luis, buscó á su mujer, á quien vió bajar del carruaje, y la encontró al poco tiempo en una pradera anegada de agua. La creyó viva aun, segun dijo, y en vez de tomar las precauciones necesarias en un caso semejante, la colocó boca abajo, y ademas, olvidando que una naturaleza delicada y un embarazo adelantado, exigian preservarla del frio, no abrigó á aquella pobre mujer con las ropas que á la mano tenia en el carruaje.

El depósito del cadáver de este y su conduccion á Bellay, no acusan menos á Peytel. No se acerca á Felicia, que era su esposa hacia seis meses, y en vísperas de ser padre, no vierte una sola lágrima sobre los helados restos de ella, y no procura averiguar si su sangre corre, ni por qué su esposa se halla sin movimiento; dos desconocidos levantan el cádaver, en tanto que el esposo tiene el caballo por la brida. Le dicen que su esposa está muerta, y no procura cerciorarse ni la vuelve á mirar mas... Solo cuando ya ha desaparecido, es cuando Peytel pide socorros, y cuando los facultativos la han declarado muerta, es cuando se agita y ruega la prodiguen socorros que sabe son inútiles.

Por otro lado las declaraciones de los peritos desmienten la de Peytel.

En la autópsia del cadáver de Mad. Peytel, los facultativos reconocieron dos heridas causadas por balas de diferentes calibres; la una en la parte media y posterior de la mejilla derecha y la otra en la izquierda, bajo los párpados y en medio de la nariz. Estas dos heridas ofrecian diferencias notables en la direccion; la de la primera era horizontal y de izquierda á derecha; la segunda un poco oblícua de derecha á izquierda y de alto á bajo. La piel que rodeaba esta segunda herida estaba quemada en todos sus bordes así como el entrecejo y las pestañas. Despues de haberla sondado declararon los facultativos que ambos balazos no provenian de un solo tiro. Infinitos esperimentos se hicieron, y los oficiales de artillería encargados por los magistrados aseguraron, en conformidad con los facultativos, unánimemente convencidos, que la quemadura de la piel del entrecejo y pestañas no podia haberse efectuado sino á boca de jarro. Ademas Peytel pretendia que se hallaba sentado entre el

asesino que tiró á la derecha del carruaje, y su esposa que dormia bajo su brazo izquierdo. Confirmó que una detonacion se habia dejado oir, y que se habia visto el fuego de un arma. El tiro, dirigido á la cara de Mad. Peytel no podia haber sido tirado por el criado. Para explicar la direccion encontrada de ambas heridas, Peytel alegaba la posibilidad de la divergencia de una bala y de un rechazo; los oficiales de artillería contestaron que en el carruaje no se veia señal de ningun proyectil, que el tiro para abrasar la piel debió ser como tenian dicho á boca de jarro y que en tal caso era imposible la divergencia de las balas, que una pasó por delante de la cara para ir á dar en el sombrero, mientras que la otra entró por la mejilla cerca de la nariz, y en fin, que segun la construccion del carruaje, la bala en caso de rechazo se hubiese desviado en vez de herir la cabeza de la víctima.

La declaracion de los facultativos fué aun mas acusadora por las circunstancias siguientes: Peytel habia dicho que su mujer le dirigió la palabra cuando la detonacion de la pistola; los facultativos respondieron que la conmocion del cerebro debió ser instantánea y ademas que la fractura del hueso de la nariz, se oponia á que Mad. Peytel pudiera articular ninguna palabra.

V.

El lunes 26 de agosto de 1839 compareció Peytel ante el tribunal de asises del Ain, que se hallaba en Bourg.

En la primera audiencia un incidente sumamente dramático redobló la atencion y la curiosidad pública.

Un periódico de aquella época dice sobre esto lo siguiente.

«Al ver el prodigioso número de extranjeros que habian acudido á Bourg, las conversaciones animadas, el movimiento desacostumbrado, aquel interés tan grande en una ciudad tan pequeña, conocíase desde luego que la curiosidad pública acudia á aquel punto para asistir al terrible drama del Pont-el'Andert, que iba á tener un desenlace ante el tribunal de asises. Todas las personas notables de las ciudades vecinas, magistrados y literatos en gran número, venian á presenciar aquel desenlace.

«A las dos y media un gentío inmenso ocupaba ya los alrededores del palacio de justicia. Los taquígrafos que llegaron de Pa-

rís y de Lyon demostraban el gran interés que este asunto excitaba en todas partes. Infinidad de señoras lujosamente ataviadas ocupaban la mayor parte del sitio destinado á las personas que tenian billete. Esta prudente determinacion fué tomada el dia anterior por la tarde con el objeto de prevenir cualquier desórden. La gente acudia sobre todo á las verjas del palacio para ver pasar al acusado Peytel desde la prision al tribunal.

«A las nueve se oyó un estraño ruido en el banco de los testigos; Mad. Casimir Broussais, cuñada de Peytel, fué acometida de un ataque de nervios, que la produjo grandes convulsiones, y la hizo prorrumpir en gritos terribles: hiciéronla respirar algunos espíritus, y la retiraron.

Este primer episódio que tuvo lugar antes de la llegada de los jueces y del acusado, conmovió al auditorio de una manera lúgubre.

«A las nueve y cuarto, se llamó al jurado y el tribunal se constituyó en sesion. Estaba este compuesto de los señores Durieu, consejero del tribunal real de Lyon, Bon y Sirand, jueces del tribunal de Belley. M. Perret, procurador del rey, ocupaba el sillon del ministerio público.

«En el momento en que el acusado salió de la prision para ser conducido á la audiencia, se dejaron oir furiosos gritos de entre la multitud: oíanse estas palabras: *¡A la guillotina! ¡A la horca con él!* Estos gritos son indignos de una poblacion civilizada. Sea el que quiera el crímen imputado á un acusado, para sus jueces hay siempre una presuncion de inocencia, y es ofender á la justicia el insultarle antes de ser juzgado.

«Peytel fué introducido en la sala; estaba pálido, aquellos gritos parecian haberle impresionado mucho. Despues de haber tomado asiento en el banco en medio de dos gendarmes se fué serenando poco á poco dirigiendo miradas inquietas á las personas conocidas que allí habia; era un hombre de pequeña estatura, iba vestido de negro, con esmero y elegancia; su frente era ancha y despejada; llevaba sus negros cabellos echados hácia atrás segun la moda, una ancha patilla corrida rodeaba su cara un poco descompuesta, y sus ojos llenos de expresion, se hundian en sus órbitas. Hablaba de vez en cuando con sus defensores M. Margerand, abogado en Lyon, y M. Quillon, abogado de Bourg.»

No reproduciremos aquí ni el interrogatorio, ni los debates, ni las defensas, porque los pasages notables de todas las circunstancias de este proceso se hallan en una carta pablicada por M. de Balzac, que copiaremos mas adelante.

Así que el presidente hubo hecho el resúmen de los debates, los jurados tuvieron que emitir su voto sobre los puntos siguientes:

«¿Sebastian Benito Peytel, es culpable de haber cometido un asesinato en la persona de Luis Rey, criado suyo, la noche del 1.° de noviembre de 1838?

«¿Este asesinato ha sido premeditado?

«¿Es culpable de haber cometido un asesinato en la persona de Teresa Felicia Alcazar, su esposa?

«¿Este asesinato ha sido premeditado?»

Los jurados se retiraron para deliberar; despues de una hora, volvieron á entrar en la sala á pasos lentos y uno á uno; todos procuraban leer en sus ojos y en sus fisonomías que presentaban un aspecto sombrío.

El presidente con una mano trémula apoyada sobre el pecho se levantó, así como todos los jueces, y dijo con voz conmovida: Sobre mi honor y sobre mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, la declaracion del jurado es esta:

«Sobre la primer pregunta, sí, por mayoría, el acusado es culpable.

«Sobre las circunstancias, sí, por mayoría.

«Sobre la segunda pregunta, sí, por mayoría.

«Sobre las circunstancias, sí, por mayoría.» (Movimiento prolongado en el auditorio).

El presidente. Guardias, conducid aquí al acusado.

Peytel vuelve á entrar; apenas toma asiento en el banco cuando siete ú ocho gendarmes se colocan al lado suyo.

Inclínase un poco para preguntar al defensor sobre su suerte.

El presidente. Escribano, dad lectura de la resolucion del jurado.

Peytel levanta la cabeza y escucha con una ansiedad mortal; una palidez lívida cubre su semblante, sus miradas parecen extraviadas, y se nota en sus ojos una contraccion nerviosa imposible de pintar. Está inmóvil y mudo.

El presidente: Tiene la palabra el señor procurador del rey sobre la aplicacion de la pena.

El procurador del rey: Requerimos en nombre del rey, que tenga á bien el tribunal hacer al acusado la aplicacion de la ley que le condena á la pena de muerte. (Movimiento).

El presidente: El acusado ó los defensores ¿tienen alguna cosa que decir sobre la aplicacion de la pena?

El acusado inclina la cabeza y la vuelve á levantar en silencio; se le ve acometido de contracciones nerviosas que trata de contener; lleva su mano desde el pecho á su frente y dice estas palabras:

«*Ah! Dios mio! la cabeza se me parte, me va á dar un ataque cerebral.*

M. Quillon, uno de los abogados, se levanta y pide se haga constar que las dos balas, halladas en Belley en la habitacion de los cadáveres del hospicio, y presentadas entre las piezas de conviccion, no habian sido sacadas de la cubierta lacrada bajo la que las habia puesto el juez de instruccion de Belley.

El presidente: El tribunal va á deliberar.

Los jueces se colocan en semicírculo detrás de sus asientos; dos minutos despues vuelven á ocupar sus sitios.

El presidente lee la sentencia que condena á Peytel á la pena de muerte.

El presidente. Acusado, teneis tres dias de término para entablar recurso de casacion contra la sentencia que se acaba de dictar contra vos.

M. Margerand. Rogamos al tribunal que tome en consideracion nuestras conclusiones.

El presidente, despues de haber consultado á los jueces. «El tribunal declara que las dos balas halladas en Belley en el depósito de los cadáveres del hospicio y presentadas entre las piezas de conviccion no han sido sacadas de la cubierta sellada bajo la que han sido puestas por el juez de instruccion de Belley, con la circunstancia de que estos objetos traidos ante el tribunal han permanecido del mismo modo durante los debates sin reclamacion ninguna del ministerio público ni del acusado ó los defensores.»

El presidente. Señores jurados, queda cerrada la sesion.

¡Vivan los jurados! gritó en aquel momento una voz que salia de entre el auditorio.

El presidente, levantándose: Gendarmes, poned preso al que ha gritado y á cualquiera que altere el órden. (Silencio profundo).

El presidente da órden á los gendarmes de que no lleven á Peytel hasta que hayan salido todos los concurrentes.

El público se retira poco á poco, todos desean ver al reo cuya fisonomía se halla horrorosamente alterada.

Examinan con una insaciable curiosidad, su postura, la espresion de su fisonomía; procúranse leer las emociones de su alma; su mirada ya no es vaga sino abatida y moribunda.

Dos dias despues de dictada la sentencia Peytel entabló el recurso de casacion.

VI.

Algunas horas despues de esta sentencia, llegaba Gavarni de París en posta, manifestando el mas profundo dolor al saber aquel resultado. Fué presentado al reo: Peytel tendido sobre un jergon esclamó al verlo: «¡Querido amigo, en qué estado me ves!»

Contaba de tal manera con su absolucion, que habia propuesto á su hermana partir inmediatamente, despues de dada la sentencia por el tribunal, á Macon para abrazar á su madre que se hallaba llena de consternacion.

Ocho dias despues, M. de Balzac, el ilustre novelista, se reunió en Bourg con M. de Gavarni y fué á ver el puente de Audert; su objeto era escribir en favor de Peytel la siguiente memoria que publicaron los periódicos á fines de setiembre y antes que el tribunal de casacion hubiese pronunciado sobre la suerte del acusado.

He aquí el contenido de esta memoria:

«Tres ó cuatro veces he visto á Peytel en mi casa en 1831 y 1832. Desde entonces no he vuelto á oir hablar de él sino con motivo de su vuelta al oficio de escribano; me habia ya hablado de su proyecto de abandonar la carrera literaria. Habíale yo juzgado de la misma manera que muchos de los que entonces le conocieron: tan incapaz de una mala accion, que cuando

su proceso, fué preciso que M. Luis Denoyers, en una sesion del comité de la sociedad de literatos, me afirmase que el escribano encausado era el Peytel que nosotros habíamos conocido. Desde la primera visita que me hizo dándome noticia de su adquisicion de una parte de interés en el *Voleur*, Peytel me pareció tal como es hoy: un hombre de temperamento sanguíneo hasta la plétora, vivo, arrebatado, dotado de una gran fuerza moral y física, apasionado, incapaz de contener su primer ímpetu, orgulloso, vano á veces y yendo con sus palabras mas allá de la verdad, como sucede á los que tienen este defecto; pero excelente en el fondo. Esta defensa no será en modo alguno parcial en los puntos en que lo ha sido la acusacion. La consecuencia natural de un carácter semejante es la ambicion. La ambicion literaria condujo á Peytel á París donde se relacionó con algunos escritores y sobre todo con la mayor parte de los que daban trabajo en aquella época á la prensa de París; finalmente, se entregó como tantos otros á las especulaciones y á la literatura.

»Dos hechos auténticos en el mundo literario pintan á Peytel de un modo completo. Propietario del *Voleur* y semejante á la mayor parte de los escritores que no toman interés por un periódico sino para escribir en él, hallábase encargado de los artículos de teatros. En uno de estos se creyó gravemente ofendido el director de un espectáculo, quien se quejó amargamente. Peytel á quien se dieron estas quejas de un modo amenazador, fué á casa del director, llevando el siguiente billete en vez de tarjeta:

«Caballero,

«Deseais conocer al autor del artículo sobre el Gimnasio, pues bien, le eneis delante de vos.»

«Con motivo de la venta de aquel periódico, Peytel se creyó engañado ó estafado, no por sus co-vendedores sino por el nuevo propietario; espera á este hombre en la calle y le insulta ante todo el mundo. El carácter francés tiene tal fondo de generosidad, que el comprador compadecido al saber la sentencia que pesa sobre el hombre hácia quien tenia un ódio fundado, ha dado á Gavarni los fondos necesarios para hacer nuestro viaje. El único enemigo legítimo de Peytel ha obrado de este modo, convencido de su inocencia, y deseando á Gavarni un éxito feliz. Los enemigos que tiene Peytel en Bourg y en Belley han

cbrado de un modo muy diferente, pero hoy tal vez se avergüenzan de su obra. Dos rasgos hay que pintan completamente á un hombre: su verdadero carácter y sus costumbres de franqueza.

«Peytel tiene una mirada, cuyos rayos son directos, una mirada que se dirige siempre á la cara, llena de fuego, en que se pinta instantáneamente la cólera y que desmiente la hipocresía que le supone el proceso. Al verle es fácil adivinar que le es imposible sostener un papel que no esté en armonía con su carácter. Cuando se trata de una persona colocada en el círculo en que vivia Peytel, toda acusacion debe tomar orígen del carácter. Asi se ha hecho, y la acusacion ha tentado todos los medios para cambiar la opinion pública, no retrocediendo ante las aversiones, que por parte de un particular serían infamatorias. Los dos hechos de la vida privada que acabo de citar, confirman las inducciones á que da lugar la fisonomía y el carácter del acusado. Conocida es su cólera tan pronta como pasagera: ahora citaré un rasgo de la bondad.

«En una familia honrada y conocida de Peytel, habia un hombre de mala conducta y que habia apurado la paciencia de todos. Este hombre errante sin casa ni hogar en París encuentra á algunos amigos de Peytel que habia empezado ya su carrera de escritorio despues de sus infructuosos ensayos periodísticos y de sus malogradas empresas literarias. Envian á Peytel este hombre al que se trataba de proporcionar trabajo en la fábrica de Lyon. Peytel le recibe en su casa, le viste y le da de comer, pero hace aun mas; procura reconciliarlo consigo mismo y hacerle entrar en el buen camino; le mantiene decentemente, le vigila y le aconseja, le dirige con el mayor esmero, teniendo para con él los cuidados mas tiernos y paternales. De manera que la bondad de su corazon no es una bondad de primer impulso y superficial como sucede á muchos caractéres violentos, y como pudiera hacer sospechar la anécdota referida en la audiencia por un testigo, sobre el dinero dado á un niño para empezar un negocio de comercio que ha prosperado despues. La bondad de Peytel es constante, incansable. Todos cuantos le han conocido saben que su generosidad no tiene límites: su orgullo y su vanidad son en él dependientes de la bondad de su carácter. Estos mismos sentimientos se ven hasta en su infancia y en el colegio.

«¡Y qué! ¡La instruccion, la acusacion, registran la vida entera de un hombre con el objeto de hallar en ella las premisas de un crímen, y no la miran sino bajo un solo punto de vista! ¡Toman los hechos que necesitan únicamente para su tésis y que pesan tan solo en un lado de la balanza! ¡Dirígese una requisitoria á Lyon; Peytel ha tenido su segunda escribanía en Lyon, su beneficencia se ha ejercido en Lyon y la acusacion lo ignora! ¡Ella sabe lo que Peytel hacia ó dejaba de hacer la víspera, el dia antes y despues de su casamiento, y cierra los ojos ante los actos eminentes de su vida literaria, que debian llamar la atencion y fijar las dudas sobre el hecho culminante de la premeditacion! Despues le pinta como á un hombre disimulado y avaro. La acusacion dice: Peytel es avaro porque ha cometido un crímen. Pero para hacer su avaricia agente de su crímen será menester probar por los hechos ese mismo crímen y la avaricia, presentar victoriosamente el carácter y costumbres de un hombre interesado: toda la premeditacion y el hecho mas acusador está ahí. Pero ahí es precisamente donde me encargo de demostrar lo falso de la acusacion y lo incompleto del proceso. Procedo de un modo distinto: voy á presentar hechos antes de deducir consecuencias. Hé aquí tres circunstancias conocidas que varios testigos dignos de fé atestaron y que prueban que Peytel es un hombre violento y sin disimulo, que marcha derecho hácia su objeto. ¿Dónde está el hombre colmado de sus beneficios? ¿Por qué no ha cruzado la Francia para correr al socorro de Peytel calumniado por sus enemigos? Quizá el desgraciado se halla en pais extranjero. Pero no hay cuidado, sabremos buscarlo. Si el proceso se vuelve á empezar este testigo se unirá á los que faltan aun á Peytel. Estos olvidos del proceso son constantes y muy notables. A cada paso que demos en él, se hallarán en la instruccion y en la acusacion faltas semejantes.

«El deber de la instruccion criminal, es uno de los mas terribles, de los mas minuciosos, de los mas exigentes: así pues el juez se halla investido de los mas ámplios poderes: todo está á sus órdenes: los registros de la policía y sus agentes, los fondos del fisco, todo se debe poner en juego á su voz: los prefectos, las demas jurisdicciones, la policía local, todo viene en su auxilio: tiene el tiempo por suyo, nada le apremia, ninguna autoridad interviene en sus atribuciones, ni el público ni el Estado:

de nada cuida mas que de su conciencia; puede y debe emplear la lentitud en la instruccion del proceso para tener en cuenta el mas minucioso detalle; tiene el derecho de interrogar á todo el mundo en lo pasado de un hombre, sus medios de vivir, deudas, ganancias y costumbres. De todo debe informarse; debe escudriñar los pensamientos pasados, llamar ó no llamar al acusado en sus investigaciones, examinar y recoger todas las probabilidades, seguir la pista al crímen ó al pensamiento del crímen y desandar el camino moral y físicamente, porque las pruebas del pro y del contra se hallan diseminadas por todo él en los seres, en las cosas, en los lugares. Pero á él le pertenece reasumir, inscribir el bien y el mal, pesarlos, haciendo resaltar el debe y el haber moral del acusado; sin estos datos esencialmente imparciales en la instruccion, á la que la sociedad, el poder y los ciudadanos concurren con todas su fuerzas, la religion del tribunal, la religion de la cámara, sucesivamente llamadas á pronunciar sobre la verdad de la acusacion, se ve sorprendida.

«La acusacion y la instruccion no han querido ver los hechos que deponian en favor de Peytel, y han acogido favorablemente, no los actos, no los hechos dignos de descubrirse, sino las hablillas y calumnias que le perjudicaban. El acta de acusacion que debe ser una estricta enumeracion de los hechos, ha hablado en contra del acusado. Publicada de antemano y sin contestacion, esta acta ha sido ingeniosa como una novela, parcial cuando debia mostrarse fria y tranquila, afirmativa cuando debia ser escéptica. No tengo la pretension de santificar á Peytel: con frecuencia se le ha visto arrastrado á lijerezas; estas lijerezas que en nada menoscaban su probidad, le han conducido á llevar en el momento en que escribo, cadenas en los pies como el mas vil criminal, y á vivir en la incertidumbre de si saldrá de su prision para el cadalso, ó para comparecer ante un segundo tribunal, ó para arrastrar las cadenas del presidio.

«Hablando así, he visto la deposicion que mas ha dañado á Peytel; la del presidente de la cámara de notarios de Mâcon. Estrechado por el acusado y por sus defensores para explicar la negativa dada á Peytel para ser admitido entre los notarios de Mâcon, el presidente ha pronunciado las palabras de *incapaci-*

dad y falta de probidad. ¡Qué ventajoso es para mi objeto que la cámara de notarios de Mâcon haya tachado al acusado de incapacidad! Por de pronto, hé aquí á esta corporacion inducida á error. Peytel ha dado pruebas de la mayor aptitud en Lyon y Belley. En estos puntos la cámara contestó que dicha capacidad se refiere á la observancia de las reglas relativas en aquella época. Pero esta inútil acusacion suena mal á los oidos de los jurados que se fijan en el sentido vulgar de las palabras. Queda la falta de probidad.

«Este punto exige una digresion de la mas alta importancia. Peytel empezó sus estudios de notario en casa de M. Cornaton. La negativa de su admision fué basada en los informes dados por este: la instruccion y la acusacion habian presentado para apoyar sus fulminantes inculpaciones, la decision de la cámara de notarios. ¿Cómo la instruccion no ha hecho comparecer á M. Cornaton, obligándole á presentar los motivos de su informe? ¿por qué no ha careado á la cámara de notarios con M. Cornaton, á este con Peytel y despues á Peytel y á M. Cornaton con la cámara, para que esta negativa, explicada en el silencio de la instruccion, no ocupase un lugar en el total de los cargos quedando sin poder ser discutida? La instruccion acusa á un hombre de avaro y de falta de probidad, y ni la instruccion ni la acusacion se informan de los hechos sobre que ha pronunciado la cámara. En este lugar, como se trata únicamente de declarar á Peytel probo ó no probo, debo establecer públicamente lo que la instruccion debiera haber hecho en secreto. Tengo que tocar cuestiones delicadísimas, pero en ellas nadie padecerá.

«El sentimiento que dictó á M. Cornaton los informes relativos á Peytel, es un sentimiento inherente al corazon humano: bien pudo ser ofendido mas aun y mas íntimamente que el comprador del periódico; pero no me equivocaré al asegurar que siente lo mismo que nosotros pesar sobre sus pies las cadenas de Peytel, que ante otro tribunal rehabilitará la opinion de su dependiente. Cuando Peytel se hallaba en su casa, M. Cornaton echó de ver que faltaban algunas sumas de la caja de fondos. En su deposicion en el tribunal dijo que no se hallaba seguro de que estos desfalcos fuesen debidos á Peytel. Ademas, uno de los jurados le preguntó si despues de haber salido Pey-

tel de su casa, habia seguido notando estos desfalcos, á lo que respondió: *Sí, aunque con menos frecuencia y en cantidades menores*. ¿No dice esto lo bastante, que el autor de ellos contaba con su jóven compañero, y se manejaba de modo que creyesen que eran dos los culpables? Pues bien, tal vez M. Cornaton, cuando se trató de la admision de Peytel en Mâcon, dió oidos á su resentimiento. El tribunal ha debido consultar al primer principal del acusado, notario que vive á poca distancia de Mâcon. Hoy dia M. Cornaton debe hallarse muy arrepentido de haber influido de este modo en la decision de la cámara de notarios. Una corporacion se atiene á lo que ha consignado en sus registros; era imposible toda discusion entre M. Cornaton cuya generosidad se despierta ante el peligro de Peytel, y el presidente de la cámara de notarios apoyando la decision de su cámara, en conformidad con los informes dados por M. Cornaton. Opongamos un hecho á *meras sospechas*, admitiendo que el fallo de la cámara de notarios sea fundado.

«Durante su permanencia en casa de M. Tavine y de M. Tuchel, el sucesor, uno de los estudios mas concurridos de Lyon, Peytel manejó fondos considerables y que ascienden á dos millones. Al dejar la casa y entregando las cuentas de la caja, se encontró con un déficit de unos mil francos. Nótese que un lijero error en sumas de tal consideracion, no compromete la reputacion de nadie. Un primer escribiente que tratando de robar, robase mil francos habiendo dos millones, merecería en el presidio las burlas de todos sus compañeros. Peytel hizo lo que hubiera hecho cualquiera en un caso semejante; sacó de su bolsillo un billete de mil francos para completar la cuenta, protestando de su exactitud, y rogando á su sucesor que procurase averiguar en qué estaba el error. Erale imposible permanecer en Lyon hasta el finiquito de las cuentas, teniendo que ir á Belley. Pasáronse algunos meses sin que fuese descubierto el error, pero al cabo llegó á descubrirse: habíase olvidado llevar una cantidad pagada ó recibida en casa de un banquero de Lyon y no concerniente á las cuentas del estudio. M. Pericaud, sucesor de Peytel en la escribanía, se lo envió á decir; Peytel le dió las gracias por medio de una carta en la que espresaba cuánto le inquietaba y le desazonaba aquella equivocacion. Este estudio se halla en Lyon, el notario está tambien en Lyon. M. Pericaud, el sucesor

de Peytel, está aun en Lyon, el acta de acusacion se ha formulado en Lyon. Menester es confesar que en este asunto hay una porcion de fatales singularidades. Este hecho no es propio de un hombre sin probidad, y bien al contrario demuestra la honradez de una persona. Las únicas faltas que Peytel pudo cometer, y que son propias de la edad, tienen por orígen una pasion excusable.

«Estudiemos ahora el órden lógico de este hecho. Peytel abandona á París para hacerse escribano, se presenta en Mâcon y es desechado so pretesto de incapacidad, lo que implica falta de tiempo de pasantía ó falta de instruccion. Su primer principal, consultado por la cámara, habla de mala conducta y de falta de delicadeza, extraviando el verdadero sentido de la palabra probidad. Un caballero de industria desenmascarado de esa manera hubiérase vuelto á París ó marcharía á América; en cuarenta leguas á la redonda no podia vivir tranquilo; Peytel, en vez de renunciar á una carrera para la que debería haberle inutilizado semejante nota, se dirige á Lyon á pocas leguas de Mâcon, llega allí á ser primer pasante, y entra en pretensiones poco despues en Belley. Seguramente un hombre acusado de falta de probidad, de una sustraccion cualquiera de fondos, hubiera hallado muchas dificultades; pues él no halla ninguna y es admitido. Sería cosa horrorosa en una seciedad fundada en el arrepentimiento, no admitir que un jóven (y esto lo digo por aquellos que tienen algo que echarse en cara) no pudiese corregirse de sus errores. Ahora bien, de los errores problemáticos imputados á Peytel por la acusacion á un doble asesinato, ¿no hay un abismo?

Reproduciendo despues los defectos de la instruccion y de la acusacion, M. de Balzac dice que hubiera sido de la mayor importancia en obsequio del acusado y de la verdad, el dilucidar par medio de un suplemento añadido á la instrucción, lo que eran realmente los hechos que atacaban la probidad de Peytel. Luego continua así:

«Muchos escritores y muchas personas ilustres le conocen y se hallan dispuestas á dar testimonio de sus costumbres leales, francas, sencillas y decorosas. Esta es la ocasion de insistir sobre un detalle de los debates, al que los periódicos de París no han dado toda la publicidad que hubiera sido menester, en presencia

de la acusacion leida y discutida en toda la Francia por espacio de quince dias, antes de abrirse los debates. M. Casimiro Broussais presenta á M. de Lamartine como aburrido por las persecuciones de Peytel, y cediendo únicamente á su importunidad, bien para asistir al contrato de casamiento, bien para conducir á Felicia Alcazar ante el juez, á la iglesia, al altar, á la celebracion legal del matrimonio. Cita ademas este ingenioso dicho de Felicia dirigido a su futuro: *¡Tanto conoceis á M. de Lamartine, que empiezo á creer que no le conoceis absolutamente!* El interés que se tomó M. de Lamartine, sirviendo de padre á Felicia Alcazar, no es un asunto de mera cortesanía. Seguramente en la opinion de muchas personas, M. de Lamartine hubiera en esta ocasion abandonado á Peytel cuando este desgraciado pidiera su amparo al gran poeta. Sucede á M. de Lamartine lo que á algunas personas de Belley, y lo que á muchas de París, que creen que Peytel se justificará y que temen comparecer ante el tribunal de asises. Pero no se crea que el valiente orador, que el generoso poeta, haya renegado de su hijo de Mâcon. Hé aquí el último párrafo de la carta escrita por M. de Lamartine á Peytel, preso.

Mâcon 12 de noviembre de 1839.

«Vuestra deplorable situacion tiene ocupados todos los ánimos: todos confian en que las inesperadas aclaraciones que el tiempo y las circunstancias dan siempre, justificarán completamente la exactitud de los detalles dados por vos, y harán suceder á las prevenciones injustas de que me hablais, el interés y las públicas simpatías. Entre tanto, me complazco en aseguraros que esas interpretaciones no han tenido aquí eco alguno, y que si teneis necesidad de otras pruebas que las de vuestra desgracia y vuestra desesperacion, las hallareis en el *testimonio unánime de la pureza de vuestros antecedentes, y de la irreprensibilidad de vuestra vida.*

Recibid, juntamente con la espresion de mi dolorosa simpatía, la seguridad de mis afectuosos sentimientos.

«Lamartine»

«¿Quereis ver el comportamiento de este hombre en su vida privada? Peytel no ha mudado de sastre en el espacio de doce

años, y paga sus cuentas con estremada religiosidad. Este sastre es M. Buisson, quien no se ocupa de su factura sino cuando asciende á mil escudos que es cada tres años, ¡tanta confianza tiene en la probidad de Peytel! Un sastre es el barómetro del crédito de un jóven. No sin fundamento desciendo á estos minuciosos detalles: en el curso de los debates un vendedor de vino, amigo suyo de colegio, ha dicho que no hubiera dado á Peytel *un* tonel de vino fiado. ¡Sin embargo, Peytel en Mâcon tiene viñas! Esta declaracion, aunque dada sin ánimo de hacerle daño, ha producido muy mal efecto. De manera, que por una singular fatalidad, todo se ha vuelto contra Peytel, hasta una manisfestacion hecha en favor suyo.

«Me detengo aquí para hacer á cuantos me lean una pregunta esencial para el honor de todos, y de una gran importancia en nuestro derecho público. La magistratura en el ejercicio de sus funciones, ¿se halla dispensada de las leyes á que están sujetos los demas ciudadanos? Acusar de estafa públicamente en un hombre da lugar en un proceso de difamacion: si el acusador no tiene derecho para presentar las pruebas de su delacion se le condena. Si la acusacion hecha en el interés general, goza de un privilegio que no tienen los individuos, si puede acusar impunemente á Peytel ó á otro cualquiera de estafa ¿no tiene obligacion de presentar las pruebas? Si nada puede probar, no se hace odiosa. En justicia, rigorosamente hablando, no hay mas estafadores que los que ella ha condenado por estafa en un tribunal de policía correccional. A lo mas, puede hacer sospechoso de estafa á un hombre contra el que haya habido quejas que mueren en la escribanía y que el fiscal puede renovar. Pero en el caso presente no hay nada juzgado, ni hay queja dada ni retirada, ni aun uno de esos hechos capitales, decisivos, incontestables, presentados á la audiencia por testigos dignos de fé.

«Llegamos ya al establecimiento de Peytel en Belley. Pronto tendreis lugar de admirar el modo con que se dispusieron los primeros elementos del proceso. Peytel era en Belley un extranjero, un parisiense, y allí se hizo implacables enemigos: el fundamento de su proceso se halla en Belley. La usura devasta el departamento del Ain y la frontera de Saboya. Los notarios mejor que nadie se hallan en posicion de apreciar este azote: Peytel, hombre de elevada inteligencia, no pudo menos de horrori-

zarse de él. ¿No era hacerse buen lugar en el pais el rebajar los intereses de los préstamos? Fatal error; Peytel hacia un señalado servicio á víctimas aisladas ocupadas en sus cultivos, incapaces de comunicar sus impresiones y de hacer nada en su favor, en tanto que los usureros colocados en el mismo terreno en que Peytel vivia, estaban unidos por un vínculo comun en su ódio contra el que disminuia el manantial de sus riquezas. Este hecho de tanta trascendencia, perdido en las tinieblas de la vida de provincia, y que valió al recien llegado un ódio de un doce y de un quince por ciento anualmente perdidos en los capitales, es la razon mas poderosa de la animosidad que se ensaña contra ese desgraciado jóven lleno de las mejores intenciones.

«Mal recibido el parisiense desde el principio en una ciudad de provincia, las cosas marchan de un modo increible: hácese objeto de contínuos y maliciosos comentarios y todos sus actos se interpretan torcidamente. Peytel echa de ver que muchas personas vivian en el amancebamiento á causa de la exhorbitancia de los derechos de casamiento, y ofrece al obispo hacer los contratos gratis para los pobres con objeto de fomentar los casamientos. Peytel entonces es tachado de hipocresía en materias de religion. ¡Contratos gratis! ¡Rebaja en los intereses del dinero! ¡Qué infamia! No se hablaba, no, de los daños ocasionados por la dificultad de prestar al diez y ocho y al veinte y cuatro por ciento, cuando Peytel ofrecia el dinero al seis; pero Peytel fué tan insidiosamente atacado por la calumnia que llegó á ser en Belley lo que lord Byron en Lóndres. No bebia precisamente en un cráneo, pero hacia poner guantes blancos á su criado para servir la mesa, lo cual era no menos criminal. Habia sido periodista en París; contábanse horrores de su vida pasada; era un perdona vidas.

«Finalmente, sin él saberlo fué el blanco de los mas envenenados tiros; despues cuando llegó á su noticia esta animosidad, se entregó al peligroso placer de hacer algunos epígramas contra sus enemigos y de dedicarles algunas canciones: volvió á aparecer el literato y tuvo mas talento que sus adversarios: ¡nuevo crímen!

»Esta pequeña guerra entretenia los ódios, pero es digno de notarse que jamás se lanzó una acusacion relativa á la probidad. Los ataques iban solamente dirigidos á su carácter: decian que

era capaz de todo. ¿No es esto lo que suele decir la calumnia contra un hombre cuando no tiene hechos que la apoyen? El ódio fué tan lejos que para perder con mas éxito á Peytel cuando este fué preso, valíanse de la oferta hecha al obispo para pintarle como un hipócrita á las gentes de opiniones liberales, á quienes decian que Peytel ayudaba a misa y la oia todos los dias. A las personas religiosas contaban que los magistrados habian hallado en su casa objetos infames que probaban su desenfrenado libertinaje.

«Debo aquí citar un hecho, el único tal vez que puede hacer menos sombría una discusion en que se trata de la vida de un hombre. Peytel poseia un rico mobiliario para una persona establecida cerca de Saboya. Peytel, cuyo buen gusto es conocido, visitaba con frecuencia á los vendedores de objetos raros. En una de sus incursiones habia hallado en Lyon uno sumamente curioso y del que creo que M. de Sommerard posee un ejemplar: hablo de uno de esos cinturones de castidad tan célebres y que sin duda era procedente de Italia. No fué menester mas en Belley para acabar de perderle; fué acusado de que se entregaba á los mas punibles arrebatos de los celos, como los italianos de la edad media. Pero como me lo han dicho las personas sensatas del pais, Peytel tenia este instrumento singular colgado en un rincon de su gabinete y sus amigos le habian examinado muchas veces entre los objetos que formaban su museo de curiosidades. Este cinturon hizo admirables adelantos en la opinion pública contra Peytel.

«Con todo, las gentes del campo á quienes Peytel habia hecho tan señalados servicios, le querían, si bien su afecto era improductivo. El ódio fermentaba en la ciudad, los intereses no le perdonaban nunca. Así es que las primeras palabras de uno de los que le visitaban cuando supo el suceso del puente de Audert fueron las siguientes: *«¡De cualquier modo que sea Peytel es hombre perdido!»* Esta exclamacion tiene á mis ojos mas valor que las ampulosas frases del acta de acusacion; revela esos odios implacables de las poblaciones pequeñas, que han influido en la instruccion y que dejo para despues el examinar cuando me ocupe de los procedimientos. Debo aquí decir, que Peytel cuenta en el departamento de Belley con las simpatías de personas distinguidas é incapaces de bajezas. Vindiquemos el ho-

nor de M. Roselli Mollet, hombre de talento, muy considerado en el pais y á quien la justicia ha estado á punto de declarar por cómplice de Peytel, así como á M. Perrin, notario de Mad. Alcazar á quien no conocia, cómplice complaciente hasta el extremo de intercalar en el contrato matrimonial cláusulas desfavorables á su cliente, segun dice la acusacion. Estas cláusulas serán objeto de un detenido exámen y no será culpa mia si de ellas no resaltan grandes errores judiciales en la acusacion, ya oral, ya escrita.

«El buen carácter de Peytel en cuyo favor tan altamente depone el hecho de la hospitalidad dada en Lyon, brilla sobre todo en su comportamiento con su esposa. La instruccion, la acusacion y la familia admiten lo que se ha llamado la extremada miopia de Felicia, defecto que la hacia tener siempre la cabeza baja para sustraerse á las miradas de los demas; despues su descuidada educacion, su insubordinacion, su oposicion constante á los deseos de su marido. En una palabra, Felicia Alcazar no era buena para con su esposo. Me veo obligado á hablar así, para explicar cuánto debió sufrir con ella un hombre de carácter violento, incapaz de contener sus primeros ímpetus y que cifraba su orgullo en ponerse á nivel con la mas escogida sociedad de su pais de adopcion; cuánto debió reprimirse para ocultar sus disgustos, para contener sus quejas y para perdonar faltas muy graves en una mujer recien casada. Tengo las mas poderosas razones para creer que esas faltas no eran de poca importancia, sino errores graves, engaños incompatibles con la buena armonía, familiaridades que no decian bien á la esposa de un hombre revestido de un carácter público y que necesita de la consideracion general.

«Despojemos los hechos de las fórmulas judiciales y presentémoslos como se deben presentar á la imaginacion.

«Un escribano, recien casado, su jóven esposa y su criado vuelven de Bourg á Belley donde residen. La jóven tiene veinte y un años cumplidos ha pocos dias y se halla en cinta de cinco meses y medio. A poca distancia de Belley, á las once de la noche, en medio del camino real, son asesinadas dos personas, la esposa y el criado: una tan solo sobrevive. En un camino constantemente vigilado por el resguardo que tiene á poca distancia una de sus líneas interiores, al lado de un rio en que muchas personas pescan fraudulentamente por la noche,

entre el pueblo de Rothonod y la casa de labor de la Baty lindante con el taller de un herrero que apenas distaba cincuenta pasos, la casualidad hace que no haya ningun testigo ocular ni de oidas, de aquellas dos muertes violentas. Nadie en diez leguas á la redonda puede hacerse sospechoso de aquel crímen. Ademas los dos asesinatos se han consumado con una ó dos pistolas y con un martillo que hacia parte del equipaje de los viajeros. Finalmente, la persona que habia sobrevivido, acepta la responsabilidad de un homicidio. Esta persona, este recien casado, este escribano, es Peytel. Todos estos son hechos inconcusos. Por singulares que sean las circunstancias del homicidio cometido en la persona de Luis Rey, la instruccion se halla enterada de todo en este punto: Peytel le ha muerto y lo declara así desde luego: debe ser creido, sobre todo, cuando su declaracion lo explica todo; así como la tésis de la acusacion sin explicar nada se hace absurda.

«En derecho, en el campo de los hechos, en sana moral, matar únicamente por matar, constituye una enfermedad fácil de reconocer y que proviene de lesiones de la inteligencia. Léger, que tenia destruida una parte del cerebro, se apoderaba de sus víctimas y las devoraba en un sitio retirado. El acusado pasa entonces de la seccion judicial á la seccion de medicina, y de la prision al hospital. Peytel, en el caso de haber cometido dos asesinatos en vez de uno que confiesa sin objeto alguno y á causa de una enagenacion mental, hubiera ya sido confinado á una casa de locos y en su vida pasada se hallarían algunos indicios, algunos antecedentes que justificáran este acto de locura. En este punto el ministerio público, la acusacion, los defensores, el acusado, todos se hallan acordes y menester es desechar toda idea de locura. De manera que el homicidio cometido en la persona de Luis Rey, el único que ha sido confesado y el asesinato de la esposa que se dice premeditado en la acusacion, tienen motivos, razones apreciables, que pueden ser buscadas, que se deben encontrar indispensablemente recorriendo las diversas causas que pueden conducir á un hombre á matar á su esposa y á su criado en medio de un camino real y en un sitio determinado. Este trabajo es un poco largo pero no es imposible: de él depende la vida de un hombre.

«Todos los criminalistas se hallan inclinados á creer que los

crímenes son cometidos por las personas á quienes aprovechan: el derecho criminal ha hecho un axioma de esto. Con todo este axioma no es tan verdadero como se cree. El crímen de Papavoine sería entonces inesplicable, y el crímen de Fieschi no aprovechaba á su autor. En una palabra, personas hay que por un puñado de monedas se encargarían de librarnos de un enemigo. Papavoine y Fieschi prueban que en todas partes hay personas que pueden matar sin provecho propio. En el caso de que nos ocupamos Peytel no ha podido matar á su criado por cuenta de nadie, ni habia ningun interés pecuniario en matarle por la suya propia. Aquí tenemos ya que el homicidio confesado por Peytel es inesplicable, bien por cuenta de otro, bien por un interés pecuniario. En vez de meditar profundamente sobre este contrasentido moral en favor de Peytel y en contra de Peytel, en pro y en contra de Luis Rev y de Felicia Alcazar la acusacion y la instruccion, han inventado que Peytel habia muerto á su criado y á su esposa, a los dos, ¡téngase bien presente! y con premeditacion; ¡no se eche en olvido esta terrible circunstancia! juzgando estas dos muertes necesarias al acusado para apoderarse de la fortuna de Felicia Alcazar, su esposa, y el jurado sin titubear ha resuelto afirmativamente estas dos acusaciones.

«Entre las razones probables que puede tener un hombre para deshacerse de su mujer, nuestra triste sociedad coloca en primera línea el interés pecuniario, en segunda el aborrecimiento hácia ella por sí misma, y en tercera el aborrecimiento á causa de un amor adúltero. Sin una de estas tres razones no hay crímen posible y la acusacion se hunde de por sí misma. Felicia Alcazar puede haber sido muerta involuntariamente y por otras personas. Esta explicacion tan natural en el caso en que no existan ninguna de las otras tres razones, hace parte de un sistema en el que bajo ningun pretesto debo ni pretendo entrar. Si aparece moralmente imposible que el asesinato cometido en esta mujer haya sido motivado por el interés ó por el ódio, no continuaré la discusion sino despues de dada la sentencia por el supremo tribunal si revoca la del tribunal de asises.

«Para establecer la premeditacion de dos asesinatos cometidos por el interés pecuniario, la acusacion debia probar que Peytel tenia una urgente necesidad de dinero, una desmedida

ambicion, una falta de medios propios y la necesidad de apoderarse de la fortuna de su esposa. Déjase desde luego comprender qué papel tan importante juega en todo esto la fortuna de Peytel. ¿Peytel es rico? ¿Peytel es pobre? ¿Tiene deudas? Su condenacion ó absolucion dependen en gran manera de la respuesta. Siendo rico Peytel, debiendo ser mas rico que Felicia Alcazar, no hubiera muerto á su esposa por interés. Peytel tan acomodado como su amigo Roselli Mollet, le presenta á M. de Montrichard, yerno de Mad. Alcazar, no entra en una familia con engaños y no estafa una dote. Aquí está todo el fundamento de la pretendida premeditacion así como la rapidez de la horrible excusa del puente de Audert estriba en el carácter sanguíneo-bilioso de Peytel, evidente para cuantos le miran á la cara. La mayor prueba de la inocencia de Peytel estriba en el exámen detallado de esa fortuna que la acusacion ha dado por disipada sin presentar la menor prueba de ello.»

Aquí M. de Balzac apreciando la fortuna inmueble de Peytel y que podia esperar de su madre, la calcula en 97,000 francos. Despues prosigue:

«Segun la acusacion, Peytel habia pretendido á Felicia á causa de su fortuna, exagerando la suya propia, y habia *pintado á los ojos inquietos de una madre el porvenir de su hija con los mas risueños colores.*

«Primeramente sería absurdo en un novio el presentar á una madre el porvenir de su hija con colores sombríos: y ademas opinan los juiciosos observadores, que hubiera sido casi imposible que Peytel pretendiese á Felicia con otras miras que las de las ventajas pecuniarias. Todos saben que no podia ofrecer otras. Era la menos agraciada de las cuatro hermanas, tenia una educacion descuidada, y sus modales no eran de lo mejor. Segun una declaracion de una persona de la familia, ella conocia sus defectos, y sin embargo como la mayor parte de las mujeres de contestable belleza, no dejaba de ser coqueta. No pretendo en manera alguna ultrajar á una pobre mujer que ya no existe y que ha tenido tan deplorable fin. Por graves que hayan podido ser sus faltas al principio de su casamiento, estas tienen alguna excusa en la explicacion de su carácter, de sus antecedentes y en mil causas que no son del dominio de esta discusion, y dependientes de la familia. Los magistrados no son

la justicia sino meramente los órganos de ella y no hacen mas que prepararla: pero ante un tribunal secreto en que fuera lícito esponerlo todo, tal vez los tres actores de este singular y misterioso drama serían igualmente disculpables. Hay catástrofes ante las que los hombres no pueden hacer otra cosa que levantar los ojos y las manos al cielo, diciendo como Jesus: «¡Dios mio, perdonadlos!» Su verdadero tribunal está allá arriba.

«Nadie ignora cómo se efectuan la mayor parte de los matrimonios y especialmente los de las personas que compran algun cargo público: se busca un buen dote y se toma una esposa porque la casualidad la dió una razonable cantidad de escudos. ¿Es una heredera de baja estraccion? ¡Ya se formará! Una vez en carruaje la hija del carnicero ó del panadero no es ya la misma mujer. ¿Se haría un crímen á Peytel de haber seguido la costumbre general? ¿de haber creido que una jóven sin hermosura y con un defecto en la vista le habría de estar reconocido por haber hallado un esposó bien establecido y que ella le haría feliz? Procesad entonces á todos los que no han buscado la hermosura, á todos los que contraen matrimonio de intereses, tal como el de Peytel y Mad. Alcazar. ¿Ahora quereis saber los motivos que determinaron á Peytel á contraer aquel enlace? Felicia Alcazar era hermana de Mad. Montrichard; M. de Montrichard se hallaba en Belley en una muy buena posicion y Peytel tenia en él un apoyo para establecerse en aquella ciudad. Veíase ya cuñado de Casimiro Broussais y aumentaba su influencia con la de sus aliados. La acusacion dice que Peytel mostró un excesivo ardor por aquel enlace y le pinta impaciente haciendo á M. Roselli Mollet representar en él un papel poco digno; parece que uno y otro corrian trás del dote de una rica heredera. M. Roselli Mollet, como sucede en casi todos los matrimonios, habria exagerado la posicion de Peytel, aun cuando este se hubiese hallado arruinado...»

M. de Balzac, completando despues el cálculo de la fortuna de Peytel y añadiendo á los 97,000 francos de valores inmuebles, los demas bienes que poseia, bien en dinero, bien en muebles y objetos de valor, presenta al acusado poseedor de una fortuna de 140,000 francos. Pasa despues al exámen de lo que Felicia habia traido en dote y lo valúa en 60,000 francos: hace mencion de las discusiones á que dió motivo el contrato de ma-

trimonio y trata de probar que la cláusula relativa á la herencia del que sobreviera de ambos esposos, no habia sido puesta subrepticiamente sino con el consentimiento espreso de Mad. Alcazar, á quien se demostró que esta cláusula favorecia á su hija que podria heredar mas de Peytel que éste de su esposa. Dice ademas que no es posible suponer que un escribano, y sobre todo M. Perrin, que lo era de la familia de Alcazar, se hubiese prestado á semejante superchería.

Despues de haber procurado demostrar que Peytel no podia esperar grandes ventajas del contrato de casamiento, M. de Balzac examina los beneficios que le podian resultar del testamento. Segun sus cálculos, deduciendo de la dote de Alcázar la parte que volvia á entrar en poder de la madre, quedábanle á Peytel por el testamento, 8311 francos 48 céntimos y medio.

Y prosigue así:

«¡Segun eso, Felicia Alcazar habría sido asesinada por ocho mil trescientos once francos y cuarenta y ocho céntimos y medio!

»Pero, para colmo de absurdos, nótese bien que las ventajas del testamento son nulas. Peytel debia atenerse á su contrato matrimonial. Este contrato le asegura el goce de todos los bienes sin obligarle à dar fianzas, ni á emplearlos: y solo tenia que devolver á su suegra 17,311 francos 49 céntimos. De modo que mas bien era heredero por su contrato de matrimonio que por el testamento. Si se quiere suponer un asesinato por cálculo, y que el asesino sea un escribano, es preciso al menos hacerle consecuente con su propia ciencia, con los títulos del código que se vé obligado á poner en juego todos los dias, y á explicar á sus clientes. Para matar á su esposa, Peytel debió haber esperado ganar de ella todo lo posible. Pasados tres meses y medio su esposa hubiera parido una hija cuyo nacimiento hubiera privado á Mad. Alcazar de la parte que le estaba reservada y asegurado á Peytel la cuarta parte de la fortuna de Mad. Alcazar como tutor de su hija.

»En el caso que nos ocupa, Peytel habría escogido para matar á su esposa el momento en que menos ventajas podia sacar del crímen. Y la acusacion le presenta como un astuto criminal que medita su atentado al firmar su contrato de casa-

miento y dice de él en plena audiencia: *El sitio, la hora, los medios, todo lo habia dispuesto ingeniosamente.* ¿Y ese sagaz criminal, habria cometido un crímen para asegurarse de los beneficios de un testamento que le ofrecia menos ventajas que su contrato de boda? ¿Cómo calificar estos errores judiciales? ¿A qué vienen las palabras: El dia en que Felicia firmó su testamento, firmó su sentencia de muerte? El testamento es pues inútil, y la acusacion debe ceñirse á probar que Peytel mató á su esposa por asegurarse de los beneficios del contrato: el avaro asesino que tan bien sabe escoger la ocasion, ha cometido una solemne torpeza en asesinar á su mujer en el puente de Andert. Tres meses y medio despues, lo hubiera hecho con ventajas, ganando cerca de 60,000 francos, esto es, los 17,311 francos 49 céntimos que no hubiera tenido que entregar á la abuela de su hijo como parte reservada á los ascendientes, y la fortuna de su hija de que hubiera disfrutado por espacio de diez y ocho años y que podian calcularse en 40,000 francos.

«De manera que el asesinato cometido por Peytel en vez de ser el resultado de las mas pérfidas combinaciones sería la mayor de las necedades. Peytel merecia dos veces la muerte como un asesino infame y como el hombre mas negado de toda Francia. La acusacion tenia á su disposicion lo mismo que yo, el contrato matrimonial de Peytel en que se hallan los datos de los cálculos que he presentado: no ignora las cuatro reglas de la aritmética sabidas de todo el mundo, y no le haremos la injuria de pensar que desconoce los artículos del código, título de las sucesiones y de las donaciones: sondeando los corazones y penetrando en los mas secretos móbiles de las acciones humanas, ¿no hubiera debido dedicarse á verificar algunas operaciones matemáticas antes de fulminar sus terribles frases sobre la oportunidad del asesinato, sobre los beneficios que el testamento proporcionaba á Peytel, ahorrándose las pomposas disertaciones que han inducido á error á los jurados? Antes que cometer un asesinato, Peytel hubiera podido tomar una cantidad dos veces mayor que la que le proporcionaba su crímen; y sus amigos se la hubieran prestado al momento. Dos testigos entre los cuales se halla á su sucesor en casa del notario de Lyon, han demostrado que Peytel hubiera podido tomar prestados de cada uno de ellos mas de 8,000 francos.

«Cuando en un acta de acusacion, en uno de los documentos mas importantes que pueden emanar del ministerio público, existen semejantes errores de cifras; cuando en los debates las consecuencias sacadas de instrumentos tan ostensibles, tan auténticos como lo son los hechos ante un escribano, son desmentidas por los mismos instrumentos; cuando por espacio de veinte dias la Francia entera ha leido esta acta de acusacion sin que el acusado pudiese contestar á ella, esta carta es una débil vindicacion para un hombre condenado á muerte por semejantes suposiciones. Además, Felicia ha podido muy bien hacer libremente su testamento. La acusacion no presenta sobre este particular mas testimonios que el de Mad. de Broussais, estraviada por su hermana, y que se ha mostrado inexorable en sus palabras y en sus actos. Felicia, dice la acusacion, refería á su hermana las persecuciones de Peytel con este motivo. Mad. Broussais es uno de esos testigos que estan relativamente á la acusacion, en la categoría de la hermana ó de la madre de Peytel relativamente á la defensa, es decir, un testigo de un valor muy contestable. En lo que digo el honor de Felicia Alcazar no entra por nada. Pues bien, Felicia decia muy pocas veces la verdad. En la parte en que la acusacion está defectuosa y sin pruebas, el acusado, que ha guardado un noble silencio sobre los vicios morales de su esposa, ha dado las pruebas de lo que yo digo.

«El sistema adoptado por el acusado ante el tribunal al hablar de su esposa muerta, ha impedido á los defensores esclarecer la verdad y hacer comparecer testigos que declaren sobre este testamento, conocido en todo Belley y del que Peytel habia hablado como de una niñería; lo que seguramente no dá lugar á creer en él malas intenciones. Mad. Peytel, segun los informes recogidos por el acta de acusacion, tiembla delante de su marido, su marido le causa miedo y la acosa constantemente á causa del testamento. Con arreglo á los datos presentados sobre el carácter de Felicia, todos estos hechos pueden ser falsos é inventados con algun fin. Un notario no pide un testamento á su esposa sin calcular antes los beneficios de él, cosa que no se hace en un cuarto de hora. Este testamento inútil en el caso de que Peytel hubiese tenido hijos, pues el contrato de boda le hubiese valido un doble, lo era aun mas durante la minoría de su esposa, por-

que segun la ley el testamento hecho por un menor es reducible en una mitad. Este testamento no podia por lo tanto servirle de nada hasta el 25 de setiembre de 1838, y creo haber demostrado hasta la evidencia que en la época de la mayoría de su esposa, Peytel podria haber reunido 60,000 francos aplazando el asesinato para dentro de tres meses y medio. De cualquier lado que se mire la acusacion, desde el momento en que se funda en la avaricia, se hace absurda, relativamente á las cantidades, relativamente al momento elegido por Peytel y relativamente á la premeditacion. La acusacion bajo este punto de vista es indefendible.

«El testamento ha dado lugar á otras recriminaciones. Volveré á hablar de él al examinar la instruccion, volveré por M. Roselli Mollet, por los jueces y por el acusado.

«Hablemos ahora de la posibilidad del asesinato por causa del ódio á su esposa.

«Entre ambos cónyugues, el ódio y el aborrecimiento están de parte de Felicia; puede asegurarse que Peytel la buscaba y que ella le huia; la acusacion en este punto no deja duda ninguna. Las correspondencias citadas, lo poco que se ha traducido de sus desavenencias primero secretas y divulgadas despues, han sentado los hechos en la opinion pública. Sobre este particular hay una conviccion completa en Belley de la que habla tambien la acusacion. Veis pues la calumnia persiguiendo á madama Peytel despues de su muerte. Esta calumnia tiene la fuerza suficiente para hacer vacilar sobre el crímen durante algun tiempo. ¿Y qué autoridad tiene la conviccion pública para detener la accion de la justicia, contra un hombre aborrecido? Los hechos, en este particular, pertenecen á ese órden de cosas en que ya he dicho que me abstengo de mezclarme. Por otra parte, ningun criminalista, ningun moralista podrá admitir en un hombre de la fuerza moral y física de Peytel una repulsion violenta sin que esta se halle reemplazada en el órden moral y en el órden físico. Un marido que no gusta de su mujer busca otra ó busca muchas; pero en esta parte, la instruccion es nula, la acusacion enmudece. Peytel vivia en Belley de una manera irreprensible. Si hay alguna cosa fácil de comprobar en las ciudades de provincia es sin duda las relaciones ilícitas en una persona casada. Peytel, ocupándose de los asfaltos en el pais de los

asfaltos, cuando estos llegaron á ser una especulacion, y renovando con sus investigaciones geológicas su museo de geologia, mandándose hacer un martillo mas perfeccionado para quebrantar la piedra; Peytel, recien casado con una muchacha que habia hecho algunas gestiones para no casarse con él, despreciándose á sí misma, Peytel no tenia en Belley intriga alguna, ningunas relaciones criminales. El estado de hostilidad del pais contra él no hubiera dejado pasar desapercibida la mas mínima infraccion en este punto, aun cuando fuese hecha fuera del departamento. De modo que este hombre, lo bastante violento para tener que bañar su cabeza en una jofaina de agua fria con el fin de contener su cólera, hecho con que la acusacion le acrimina en vez de alabarlo como una heróica resistencia á su carácter y de darlo como una prueba de que no quería maltratar á su esposa, el marido de Felicia, jóven mal educada, no tímida como dice la acusacion sino avergonzada de su miopia, busca á su esposo y contiene los arrebatos de cólera excitados por ella; le perdona faltas graves, es bueno para con ella y funda grandes esperanzas en la maternidad de Felicia; espera esta revolucion para poder juzgar á la mujer que ha tomado por esposa. Existe una carta suya dirigida á Mad. Peytel, su madre, en que se dejan ver la alegría y sus esperanzas por llegar á ser padre; en ella desciende á minuciosidades; hablando de la envoltura dice á su madre que la tenga preparada para fines de febrero ó principios de marzo. Si alguna cosa hay importante de que los defensores de Peytel puedan valerse en favor de su cliente, es seguramente su deseo de llevarse bien con su esposa, justificado por numerosos testigos. Ademas, en este punto las leyes de la naturaleza moral están en consonancia con los hechos. Peytel es un hombre orgulloso. La acusacion va mas lejos aun y le presenta lleno de vanidad. Cuando un hombre vano á los treinta años de edad, teniendo pasiones violentas, y casado con una mujer que se avergüenza de sus imperfecciones, se ve despreciado por ella, pone todo su conato en vencer la repulsion de aquella mujer. La fealdad mas repugnante desaparece entonces en la accion moral de la vanidad satisfecha. Unicamente la obstinacion y el desabrimiento de una muchacha mal educada podian haber llevado á Peytel al último estremo; pero Peytel tenia demasiado talento para saber que un asesinato no

podría cambiar el carácter de su esposa. Un hombre connaturalizado con la civilizacion parisiense, emplea medios mas seguros; no ignora que en semejantes circunstancias una rival hace prodigios. ¿No era mucho mas sencillo el herir el amor propio de su mujer que dispararla, segun dice la acusacion, dos pistoletazos en el rostro? Así es que para establecer la posibilidad del asesinato voluntario y premeditado, la acusacion se vé precisada á presentar á la audiencia á un hombre impetuoso y violento, como un impostor modelo, y á un hombre que ha insistido por espacio de cuatro años en hacerse notario como un caballero de industria.

«Ahora bien; todas las personas imparciales deben confesar que Peytel no ha asesinado á su esposa por interés, ni por ódio, ni por satisfacer una pasion adúltera. Sin embargo, imaginemos por un momento que ha formado el proyecto de matarla. Si perdia en ello 60,000 francos, ganaba por otro lado 8000. El carácter de su esposa le ofrecia un porvenir poco halagüeño. Pudo haber nacido con la inclinacion del robo, contentándose únicamente con estafar sumas considerables de sus clientes; pero ha nacido asesino. Ademas, es malvado y violento, es estafador y geologo. Despues, se ve despreciado por su mujer; aborrecido de ella, la habría arrojado con el mas leve pretesto del puente abajo: muchas personas hay que tendrán este mismo deseo y que se contienen; él no se contiene y él no robará mas que en familia á causa de esa delicadeza particular de las personas de mundo. Formemos una avalancha de pequeños incidentes desconocidos que han rodado hasta estallar en aquel dia fatal y juzguemos al hombre de quien la acusacion dice: *¡sitio, hora, medios, todo lo ha dispuesto maravillosamente!*

«Peytel pertenece á la generacion actual, es instruido, es una entidad casi literaria. Hablando en estilo de acusacion, ha estudiado el crímen en los teatros de París, en los que se inventan entre la puerta de S. Antonio y la de S. Martin, un sin número de crímenes dramáticos, mas ó menos ingeniosos cada año, y que forman una escuela en que los bandidos y rateros de París ejercitan su ingenio. Si Peytel es capaz de admitir el erróneo razonamiento en que necesariamente reposa un crímen, seguramente lo meditára mejor que lo haria el mas negado de los bandidos. La acusacion hablando de él dice: *Para llegar á su*

objeto el envenenamiento, el asesinato, todo le hubiera parecido bueno.

«Ahora dejemos la esfera de los intereses y de las pasiones y vamos á entrar en la apreciacion de los incidentes locales y materiales; discutiremos las circunstancias en que fué consumado el crímen, examinando los lugares, la hora, los mas minuciosos detalles, y buscando en todo ello esa decantada destreza. Bajo mi honor declaro, que he recorrido concienzudamente el camino de Bourg á Belley, procurando hallarme en el puente de Andert y en la cuesta de la Darde á la hora en que se verificó el homicidio de Luis Rey. Lo que yo voy á decir está fundado en un exámen que nadie mas que yo ha hecho.

«Desde la pequeña ciudad de Amberieux, entre las montañas de los Alpes que dan al camino de Bourg hácia la Saboya su fisonomía suiza, comienza un largo desfiladero semejante á todos los de los Alpes y en donde la naturaleza habia indicado la huella del camino á los ingenieros. En este desfiladero que aprisiona estrechamente á Saint-Rambert, que se abre cerca de Rosillon, existe una veintena de sitios en que Peytel hubiera podido llevar á cabo sus proyectos si los hubiese tenido, burlando las pesquisas de la justicia. Entre todos estos sitios adecuados para el crímen, M. Gavarni y yo hemos hallado uno sobre todos que nada deja que desear al criminal mas receloso, al mas tímido. El camino bordea un pequeño lago que en la época en que se efectuó el viaje tenia el agua suficiente para que Peytel hubiera podido sumergir en ella á su esposa, á su criado, á su caballo, y á su carruaje, si hubiese querido deshacerse de su esposa y de su criado. Un hábil criminal hubiera podido tener muy de antemano un pretesto para detener á Luis Rey en Saint-Rambert para no precipitarlo juntamente con su mujer y meterse él mismo en el agua hasta la llegada de su criado, pidiendo socorro y hundiéndose en el lago para demostrar la imposibilidad de libertar á su esposa. Tal vez le hubiera costado un dolor reumático, pero hubiera seguramente evitado el cadalso. En este punto las montañas forman un valle inmenso. El crímen cometido sin armas de fuego ni martillo, hubiera pasado sin testigos: la línea de aduanas no opera de Rosillon á Bourg sino de Rosillon á Belley. Rosillon se halla cerca de este lago: de modo que no hubiera tenido que temer el encuentro de

los encargados del resguardo. En muchos puntos de este lago, mujer, criado, caballo y carruaje podian ser arrojados de seis toesas de altura, en seis pies de agua. En el momento en que nosotros pasabamos por allí tenia aun tres pies de agua y los barcos flotaban en su superficie. El camino no tiene en los costados parapetos de tierra ni de madera. El sitio convida al crímen y es tentador para un hombre que tenga malas intenciones: allí el crímen es impenetrable, se escapa á todas las indagaciones, a todas las suposiciones de los tribunales. . . . .

. . . .

«Finalmente, este teatro tan favorable al crímen está á una distancia media entre Rosillon y Saint Rambert: un asesino evitaba de este modo la proximidad de una ciudad grande en que se hallan mas autoridades hábiles y personas de un talento mas suspicaz que no los labradores y paisanos del Bugey agrupados alrededor de Saint Rambert y de Rosillon. Si la instruccion se hubiese ocupado de estas investigaciones, si como yo hubiera recorrido el camino, al ver este sitio, seguramente la acusacion hubiera borrado la palabra premeditacion de sus conclusiones: hubiérase convencido de la inocencia de Peytel al menos hasta el puente de Andert. Si hay una cosa demostrada en lo criminal es el cuidado con que los asesinos que premeditan un crímen eligen la hora, sitio y circunstancias. Aquí ante todo, Peytel no solo necesita matar á su esposa, sino que se carga con dos asesinatos, duplica su criminalidad, complica su situacion creándose adversarios. De uno á uno, la ventaja está de parte del asesino que puede sorprender á su víctima, pero de uno á dos las probabilidades están en contra del agresor. La muerte por inmersion es esteril para las investigaciones judiciales, y Peytel no hubiera seguramente elegido las pistolas y el martillo. Estas consideraciones, bien pesadas por el criterio de un juez, bastarían á destruir su conviccion respecto á la premeditacion del crímen. Por lo absurdo de las combinaciones del sagaz hipócrita, vá á desenvolverse mas aun. En vez de dar cabo á sus malos deseos en este sitio, que los mas inocentes juzgarían propio para un asesinato, Peytel eligió el puente de Andert en el que se halla la casa de Thermet, padre, herrero de oficio y habitada por él y por su hijo; un sitio espiado por los aduaneros que pueblan todo aquel campo, con continuas emboscadas: un rio en que

pescan fraudulentamente por la noche los aldeanos; la cuesta de la Darde cerca de la cual se hallan la casa de labor de la Baty y el pueblo de Rhotonod y que se halla á una media legua de Belley. El cielo estaba cubierto, habia llovido y él escoge un momento en que la luna iluminaba el camino; finalmente se vale de su martillo para matar á Luis Rey; arma cuyas huellas son tan fáciles de reconocer y de comprobar: usa de pistolas de su pertenencia cuando Peytel debe saber desde el establecimiento de las gacetas de tribunales, que las balas, las pistolas, martillos, las armas de fuego, los objetos contundentes han dado por sus efectos propios, pruebas materiales, evidentes, en cien procesos criminales; y este hombre segun la acusacion habia premeditado su crímen! Peytel pues, habria tenido relativamente á su culpabilidad en la eleccion de los sitios y de las armas el mismo acierto que en la época con relacion á sus intereses! Habia escogido la ocasion en que la muerte de la esposa le producia menos y el sitio en que todo estaba contra él!

«Examinemos ahora las circunstancias que han seguido á esta doble desgracia sin olvidar que la muerte de la pobre Felicia Alcazar es, á no dudarlo, un resultado de la mas funesta casualidad, porque Peytel no se dirigió mas que contra Luis Rey. Por ingrata y mala que fuese su esposa para con él, hubiera siempre sido un apoyo para su defensa. El estupor de Peytel al verla muerta, fué sin duda ocasionado por esta consideracion. Yo he visto al herrero Thermet, quien me ha asegurado que Peytel no podia ni aun tener de la brida á su caballo, cuando él y su hijo colocaban el cuerpo de Felicia Alcazar en el carruaje. Segun sus palabras, Peytel habia caido en el mas profundo abatimiento. En él he reconocido yo ese anonadamiento que sigue en los caractéres violentos, á los grandes esfuerzos y al desarrollo de una fuerza inusitada. Peytel es bueno, creia á su esposa viva aun, y despues de haber muerto á Luis Rey volvió á ella: al verla cadáver quedó anonadado por la pérdida de Felicia, por la de su hija y por el peligro de su posicion. Fué sacado de su atolondramiento por la vista del cadáver de Luis Rey; todo su furor se despertó entonces y quiso hacer pasar su carruaje por encima de él exclamando: «Ese es el asesino de mi infeliz esposa!» En todo esto nada hay que no sea muy natural admitiendo la posicion confesada por Peytel.

«Olvidaba decir, que en la audiencia, la acusacion ha presentado á Peytel como un triple asesino, contando á su hija que no existia ni legal ni social ni naturalmente, en el número de los asesinatos premeditados. Esa es una horrible farsa judicial. La discusion de los intereses de Peytel demuestra las grandes ventajas que la paternidad le proporcionaba.»

Aquí M. Balzac acusa á la instruccion de haber descuidado el exámen de las huellas de los pasos de los tres actores de este misterioso drama y el surco de las ruedas de los dos carruajes. «¿A qué distancia del carruaje de Peytel se hallaban las huellas de los pasos de Luis Rey? La disposicion de estas huellas, hubiera podido servir para apoyar la declaracion de Peytel cuando este afirmó que habia herido á Luis Rey en su fuga. Reconociendo los pasos de Felicia'Alcazar, desde el sitio en que esta salió del carruaje hasta el paraje en que se la encontró, se hubiera sabido si ella habia andado y si habia ido sola ó acompañada.»

M. Balzac continúa aun estensamente esta protesta en favor de Peytel; pero á pesar de los esfuerzos del célebre escritor, la conviccion del tribunal superior fué la misma que la de la cámara de asises. Peytel fué definitivamente condenado, y el 28 de octubre de 1839 murió en la plaza de Bourg.

Hoy dia, M. Roselli Mollet á quien la acusacion parece inculpar de demasiado complaciente con Peytel, M. Roselli Mollet toma asiento, como representante del pueblo, en la Asamblea nacional.

PEDRO MIQUELON Y BERNABE CABARD.

I.

En uno de los dias del mes de octubre del año de gracia 1415, la posada de los *Tres Reyes* se hallaba en una desusada agitacion. Esta posada cuya situacion sería posible reconocer hoy dia, ostentaba su muestra en la parte média de la calle del Infierno; el posadero Chapolard, que era de costumbre gruñon y descontentadizo, tenia aquel dia una fisonomía risueña. Margarita, que constituia toda la servidumbre de la casa, daba gracias al cielo por el cambio de carácter de Chapolard: porque la pobre muchacha acostumbrada á los bufidos de su amo, debia contar entre sus dias felices el que hemos indicado al principio de nuestra narracion.

Lo que causaba la alegria del hostalero, era la llegada de dos caballeros jóvenes y extranjeros; fácil era de conocer á primera vista que ambos viajeros pertenecian á una clase distinguida; los dos eran nobles, y Aragon habia sido su cuna. Uno de ellos de treinta años de edad, llevaba impresas en sus faeciones las huellas de contínuos insomnios: el estudio, era á no dudarlo, su único objeto; su viaje á París, debia haber sido dispuesto á consecuencia de muy sérias reflexiones: era en una palabra uno de esos hombres de fisonomía tranquila y reflexiva cuya vida se gasta en la resolucion de los grandes problemas filosóficos. Su compañero podria tener unos veinte años, y seguramente al ver su buen humor y su poca aprension, era difícil explicar cómo aquellos dos hombres podian vivir juntos. La circunspeccion y el aturdimiento; tal era el contraste que ofrecia aque-

lla heterogénea pareja. Pero apesar de todas estas diferencias, eran hermanos y se querían entrañablemente.

Cada uno de ellos llevado de distintas inclinaciones, habia ido á París, con distinto objeto; uno para estudiar las costumbres del pais, el otro para satisfacer un vago deseo que nos dirige á lo desconocido, y no considerando aquel viaje sino como un nuevo pasto á su curiosidad de niño.

Habian alojado á nuestros dos viajeros en la mas hermosa habitacion de la posada de los *Tres Reyes*. Les fué servida una cena en la que Chapolard habia desplegado todo su talento culinario, y finalmente necesitando de descanso, los dos viajeros se entregaron al sueño en tanto que el posadero calculaba en su cama las considerables ganancias que le proporcionaría la inopinada llegada de sus dos huéspedes, cuyos nombres habia ya inscrito en el *album* de su posada: *los caballeros Andrés y Julio, hijos del conde de Pontarbo.*

II.

Al siguiente dia el mas jóven de los dos hermanos preguntó al posadero ¿dónde hallaría una barbería. Chapolard le dió las señas de un barbero, que habia en el monte de San Hilario, cerca de la iglesia de Santa Genoveva y cuya habilidad y estremada limpieza habian llegado á ser proverbiales. Este barbero se llamaba Cabard y tenia con efecto una reputacion justamente adquirida. Debemos decir además que Cabard era padre de una linda muchacha, que tal vez contribuia á aumentar la parroquia de la casa. Sea de esto lo que quiera, nadie mejor que nuestro barbero sabia retorcer un bigote, y la mas rebelde barba no podia resistir á la agilidad de su navaja.

Lindante con esta tienda, hallábase la de un pastelero. Pedro Miquelon habia adquirido tambien una gran celebridad en su arte, y sus pasteles eran tan apetitosos, que todo París se agolpaba en la tienda del pastelero del monte San Hilario. Inútilmente sus compañeros procuraban dar con el secreto de sus pasteles; y nunca pudieron hallar la receta con la que habia llegado á dar á sus pastas el delicado sabor y finura que constituian al mismo tiempo la gloria de Miquelon y la desesperacion de sus rivales.

Así es que á pesar de todos los envidiosos, los dos vecinos Cabard y Miquelon caminaban con agigantados pasos por la senda de la fortuna. Uno y otro aspiraban á los cargos de regidores, y estaba muy próximo el momento en que iban á ser premiados con esta muestra de distincion.

III.

El posadero de los *Tres Reyes* envió pues á su huésped Julio á casa de Bernabé Cabard.

La hija del barbero, como hemos ya dicho, era extremadamente linda, y así fué que la impresion que produjo en el jóven aragonés fué un chispazo eléctrico; y se dedicó á amar como un loco á aquella niña cuya exterioridad anunciaba el candor y la inocencia, consagrándose con todo el ardor de sus veinte años á aquella nueva intriga. La niña lejos de hacer desesperar á su adorador, parecia por el contrario animarle en sus galanterías. Atraido por aquella sirena habia llegado á ser un asíduo parroquiano de la casa y hacia repetidísimas visitas á la barbería.

Corrian rumores estraños acerca de la hija del barbero. Su hermosura habia causado, segun decian, muchas desgracias. Citábase un crecido número de adoradores, apasionados como el jóven aragonés, que despues de haber suspirado inútilmente, habian desaparecido sin que se hubiese vuelto á tener noticia de ellos. Añadia la crónica que la desesperacion los habia vuelto locos, y opinaban muchos que todos sus amantes, vendidos al demonio, eran infaliblemente arrebatados por Satanás, en el momento en que conseguian ablandar el corazon de la hija del barbero.

Una tarde, en que ambos hermanos se hallaban sentados de sobre mesa en la posada de los *Tres Reyes*, Chapolard, que tenia una especie de veneracion hàcia sus dos huéspedes, creyó deber arriesgar una reflexion, referente à los rumores que empezaban á circular sobre la pasion del jóven aragonés hácia la hija de Cabard.

—¡Señor, le dijo, esa pasion será funesta! La muchacha que galanteais está maldita, y creedme, renunciad á ese amor si amais á vuestro hermano; y si no quereis que tengamos que llorar

muy en breve vuestra pérdida, dejad de visitar á esa mujer, cuyo primer favor causa la muerte.

Estos avisos, aunque dados con la sinceridad de un amigo respetuoso, y emitidos con la emocion de un hombre crédulo, produjeron muy naturalmente el efecto contrario del que deseaba Chapolard. Todos los amantes son lo mismo: para avivar su pasion basta el intentar apartar al uno del lado del otro.

Así es que Julio dejó á su hermano con Chapolard y se dirigió apresuradamente á la tienda del barbero Cabard.

IV.

Frente por frente de las acreditadas tiendas de Miquelon y de Cabard, hallábase situada otra, triste, mezquina, ahumada y habitada por un cerrajero llamado Gomire. Gomire tenia mas alcances que la mayor parte de sus compañeros de oficio; pero como vivia en un súcio y miserable zaquizami; como daba apenas de comer á los ocho hijos que su esposa le habia dejado al morir, nadie sospechaba que un pobre herrero pudiese valer algo. De modo que nunca le encargaron obra alguna de importancia y á lo mas se le creia capaz para desenmohecer algun viejo cerrojo que no se hallaba corriente ó para acomodar una llave vieja en una vieja cerradura.

Y además, como estas mezquinas obras llegaban de tarde en tarde, Gomire y sus hijos se veian á veces en la dura necesidad de acostarse sin cenar.

En esos dias en que faltaba el pan en aquel miserable recinto, Gomire se retiraba al fondo de su covacha, y desde allí dirijia sus ojos preñados de lágrimas, sobre la multitud de gentes que entraban y salian de las tiendas favorecidas de sus vecinos. Reflexionaba entonces, lleno de amargura, en los singulares caprichos de la fortuna que á unos les dá todo, y á otros todo se lo niega.

En esta disposicion de ánimo se hallaba Gomire, cuando Julio despues de haberse separado de su hermano y del posadero de los *Tres Reyes* entró alegremente en la tienda de Bernabé Cabard.

Viendo entrar en casa del barbero á aquel caballero jóven, cuyo buen porte y elegantes modales revelaban una posicion

elevada, Gomire no pudo contener un amargo suspiro.

—He ahí un jóven que vá á gastar un dineral en arreglarse la barba.... y yo no tengo pan para acallar el hambre de mis pobres hijos!

Y al decir esto dirigió una mirada de dolor á sus ocho hijos que arrodillados ante un crucifijo de madera que habia en la trastienda, alzaban al cielo sus flacas manecitas, pidiendo á Jesucristo y á su madre que viniese en su amparo y les diese medios para aliviar el hambre que les acosaba.

El corazon de Gomire se oprimió horriblemente á la vista de aquel espectáculo, y vertió abundantes lágrimas. Pero al poco tiempo una idea repentina enjugó sus ojos y dibujó sobre su pálido semblante un rayo de esperanza.

—Ese jóven, dijo para sí, que acaba de entrar tan alegre en casa de Cabard es sin duda alguna bueno y sensible; es jóven y parece rico. Cuando se tienen pocos años y mucho dinero, no hay avaricia, el corazon se apiada del infortunio.... Pues bien; esperaré á que salga, le seguiré y cuando me halle fuera del barrio le pediré que me de dinero para comprar pan á mis hijos que morirán necesariamente de hambre si no los proporciono algo que comer....

Tomada esta resolucion, Gomire apoyó los codos sobre su fragua y acechó la salida del jóven en tanto que se acostaban sus hijos á quienes prometió para tranquilizarlos que al siguiente dia tendrian un hermoso pan de Gonesse.

Pero las horas pasaban y Julio no salia. Habia entrado en casa del barbero á las seis; eran las diez y Gomire esperaba aun.

El desgraciado creyó que el extranjero habia salido sin que él lo hubiese notado, y despues de haber contado, siempre en la misma postura, todas las horas de la noche, vió con terror despuntar el dia; sabia que sus ocho hijos le pedirían pan y no podia dárselo....

Felizmente para aquel desgraciado padre, los muchachos se habian dormido bastante tarde, y antes de que hubiesen despertado, Chapolard entró dando voces en la tienda del cerrajero.

V.

—Buenos dias, Gomire, muy buenos dias! decia el posadero de los *Tres Reyes*. Vengo á traerte un buen negocio

que te valdrá tal vez muy buen dinero y con poco trabajo.... mi querido Gomire.... porque el caballero Andrés es un hombre muy generoso....

Pero en tanto que hablaba de este modo, Chapolard fijó en Gomire sus ojos, y viéndole pálido y desfallecido exclamó:

—¿Qué es lo que tienes, Gomire? ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—Nada nuevo; respondió el cerrajero con acento sombrío. El trabajo no dá de comer, Chapolard.... tengo ocho hijos que me pedirán con tanto mas motivo de almorzar cuanto que anoche no cenaron.

—¡Cómo es eso! qué dices! preguntó Chapolard; ¿con que esas tenemos, mi pobre Gomire?

Y tomando un aire de mal humor para ocultar su emocion, prosiguió:

—¡Por la veleta de Nuestra Señora! ¡por qué no vienes á los *Tres Reyes* cuando estas apurado! ¿No hay siempre en mi casa para tí un pan y unas cuantas monedas en mi bolsillo? ¿No somos amigos, Gomire?

—Es cierto, Chapolard, contestó el cerrajero estrechando la mano que le tendia su amigo. Conozco todo vuestro buen corazon. Pero ¿qué quereis? temo ser importuno.

—Ta, ta, ta: un hombre honrado nunca es importuno; además de que yo no quiero darte nada, solo quiero prestarte, porque estoy seguro de que tú serás con el tiempo mas rico que yo... y entonces... Pero entre tanto toma esto á cuenta de tu trabajo y dá de almorzar á tu prole.

Y diciendo esto, Chapolard deslizó en la mano de Gomire mas dinero del que este podia ganar en una semana.

Gomire estrechó de nuevo la mano del posadero, y en seguida salió á procurarse alimento. Pronto volvió á entrar con un magnífico pan de Gonesse y con los bolsillos llenos de nísperos, que eran para los pobres niños un suculento manjar.

Cuando hubo provisto de este modo al almuerzo de sus hijos, Gomire se puso á disposicion del posadero.

—Ahora, dijo, soy enteramente vuestro.

—Esta bien, toma tus herramientas y vamos.

—Pero no me habeis dicho para qué me necesitais.

—¡Ah! ¡pues es verdad! tu desgraciada posicion me habia

distraido, mi querido Gomire; pero ya estoy sereno. Vamos, toma lo que necesites para descerrajar un cofre primorosamente trabajado. Contiene sin duda alguna suma de mucha consideracion, y en los tiempos que corren, solo á una persona honrada como tú se pueden confiar semejantes encargos.

Dicho esto, el artesano tomó sus herramientas y siguió á Chapolard.

Al poco tiempo llegaron á la posada de los *Tres Reyes* y se hallaron en presencia del caballero Andrés.

VI.

¿Sabeis que es singular la conducta de mi hermano? señor Chapolard, exclamó Andrés viendo entrar al posadero. Son las nueve y desde ayer á las seis Julio no ha venido por aquí... Y eso que ya sabe que hoy por la mañana necesito unos papeles que están en este cofre de que él tiene la llave.

—¡Hum! ¡hum! contestó el posadero meneando la cabeza: esta larga ausencia del señor Julio es tanto mas sospechosa, cuanto que está enredado con esa...

—Vamos, buen hombre, prosigió Andrés dirigiéndose á Gomire, descerrajad ese cofre ya que á ello da lugar el aturdido de mi hermano.

En lugar de ponerse á trabajar al momento, Gomire miraba al extranjero con la mayor atencion. Escepto en la edad, Andrés se parecia tanto al jóven que habia visto el dia antes entrar en casa de su venino Cabard, que el cerrajero no pudo menos de decir:

—Perdonadme, señor extranjero, ¿vuestro hermano va como vos vestido á la española? ¿No es de vuestra estatura, vuestro aire, vuestros modales? ¿No se os parece en todo escepto en la edad?

—Efectivamente, así es mi hermano, dijo Andrés. ¿Habeis visto por ahí, casualmente á ese loco?

—Le he visto entrar en casa del barbero Cabard; pero no le he vuelto á ver salir.

Y el cerrajero contó el motivo que le habia inducido á esperar la salida del jóven extranjero, y cómo habia sido engañado en sus esperanzas.

—¡Oh! dijo Chapolard. ¡Ya habia yo previsto lo que iba á suceder! ese señor se habia enamorado de la hija de Bernabé Cabard... Sin duda ayer acogió las palabras del apasionado amante.... y como es una mujer maldita.... Satanás habrá cargado con él....

Gomire habia sido soldado y no creia en los maleficios del demonio. Ademas, recordó entonces haber oido alguna vez gemidos que parecian salir de la cueva de su vecino Cabard, y un presentimiento funesto cruzó por su imaginacion.

—¡Satanás, Satanás! murmuró respondiendo á la suposicion de Chapolard; yo no creo que el diablo tenga nada que ver en este asunto... Hay hombres peores que los diablos.

—¿Qué quereis decir con eso? preguntó Andrés.

Y no pudiendo menos de sonreirse al pensar en que su hermano habia pasado sin duda la noche en compañía de la hija del barbero, prosiguió:

—La casa del barbero no estará habitada por un antropófago, ¿no es cierto?

—Por un antropófago no, respondió Gomire, cuya fisonomía presentaba una sombría tristeza; ¡pero tal vez la hàbita.... un asesino!

Al oir estas palabras, que Gomire pronunció con un acento fúnebre, Chapolard estuvo á punto de desmayarse, en tanto que Andrés acercándose al cerrajero le decia:

—¿Qué decís? En nombre de Dios, explicaos. ¿Habrá caido mi hermano en una horrible emboscada?

Gomire dijo entonces que muchas personas jóvenes y ricas habian entrado en casa del barbero y que despues no se las habia vuelto á ver. Las supersticiones populares atribuian estas desapariciones al diablo. Pero para las gentes sensatas debia haber en todo ello alguna otra causa. Ademas, Bernabé Cabard, aun cuando hubiese tenido diez veces mas parroquianos de los que hubiese podido servir en toda su vida, no hubiera podido adquirir la fortuna que tenia y que habia hecho en muy pocos años.

—Os comprendo, dijo Andrés, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas al pensar en la desgraciada suerte que le habia tal vez cabido á su hermano. ¡Creis que todos esos ricos jóvenes que

han desaparecido, han sido asesinados y robados por ese miserable barbero!...

Gomire no respondió, y bajó la cabeza con un gesto que demostraba el mas profundo dolor.

—Buen hombre, exclamó Andrés, en cuyos ojos brillaba la cólera y la desesperacion, ayudadme á buscar á mi hermano y que yo le halle vivo ó muerto... Si ha muerto alevosamente, ¡desgraciados de los asesinos! Vais á venir conmigo á casa del preboste de París. Pero antes descerrajad ese cofre para que pueda hacer ver quien soy yo.

Gomire hizo lo que se le habia mandado, y en seguida el caballero y el artesano fueron á avisar á la policía y al preboste de París, á quien refirieron la desaparicion de Julio y las sospechas desgraciadamente demasiado bien fundadas de Gomire, sobre los crímenes de su vecino el barbero.

VII.

Así que el preboste y los jueces hubieron oido la deposicion de Andres y de Gomire, dirijiéronse á toda prisa hácia el monte San Hilario y se detuvieron delante de la casa de Bernabé Cabard, con asombro de los habitantes del barrio, que se preguntaban la causa de aquella visita.

La tienda del barbero fué invadida por el preboste, por los jueces y por la escolta.

—¡Eh! maestro Cabard, dijo el preboste retorciéndose el bigote, ayer á las seis de la tarde ha entrado aquí un noble aragonés y no ha salido aun de vuestra casa. Decidnos que habeis hecho de él, vos ó vuestra hija.

—Señor, tartamudeó Cabard pálido como la cera, yo no sé... no he visto....

—¡Diantre! exclamó el preboste con un tono brusco apropiado á las circunstancias. ¡Diantre! ¿creeis que los señores jueces y yo somos algunos imbéciles?.... Es menester que me presenteis á ese noble aragonés.... vivo ó muerto, y al momento, entendeis? si no os hago colgar por el cuello delante de la fachada de vuestra casa á manera de muestra. Con que, daos prisa, barbero del diablo!

—Os juro, señor, murmuró Cabard cuyas piernas apenas podian sostenerle, os juro.... que....

—No jureis, interrumpió el preboste.... Pero antes de todo dime donde está tu hija.

—Está en el campo.... hace seis dias, dijo Cabard que apenas podia hablar.

—¡Ola, te empeñas en no decir nada! exclamó el preboste. Está bien, nos pasaremos sin tu declaracion, maestro tunante.

Y volviéndose hácia los guardias de la escolta:

—Aquí, les dijo, dos de entre vosotros que guarden esta buena pieza de la que me responderán con su cabeza, los demás que me sigan.

Y dichas estas palabras, el preboste, seguido de los jueces y de una media docena de soldados, se puso á hacer un minucioso reconocimiento de la casa.

Despues de haber visitado la trastienda y el piso de la casa sin haber descubierto nada, volvió el preboste al lado de Cabard.

—Tunante, le dijo, supongo que habrá alguna cueva.

—No.... no.... señor, dijo Cabard con ahogada voz y palideciendo aun mas.

—¡Bueno! dijo el preboste con aire de triunfo. Indudablemente tiene una cueva y en ella encontraremos lo que buscamos.... Cuando estos barberos habladores dicen que no, es como si digeran, sí.

VIII.

Y diciendo estas palabras, el preboste dió un paso hácia una puerta de la trastienda; pero en el mismo instante dos guardias que se hallaban detrás de él se hundieron bajo tierra dando espantosos gritos.

—¡Ah! ¿qué es eso? dijo el preboste, bastante alarmado por aquella singular aventura.

—¡Una trampa!.... allí.... murmuró uno de los jueces apoyándonos en el pretil de una ventana, pues temia á su vez ser sepultado vivo.

—Muy bien, perfectamente, dijo el preboste, ya dí en el *item*.... ¡Diantre, maestro Cabard, estais bastante bien pertre-

chado!.... Y ahora comprendo perfectamente vuestra invencion: bajo pretesto de afeitar la barba, cortais muy bonitamente el cuello á vuestros parroquianos y despues ¡paf! apoyais el pié en el resorte de la trampa y el parroquiano se hunde en la cueva desde donde no pueden oirse sus quejidos! Oh, oh! está muy bien entendido! y si se os pudiera enrodar y descuartizar una docena de veces, no sería una cosa escesiva para premiar tan feliz idea.

El preboste habia hablado con acierto pues así ni mas ni menos era como procedia el barbero.

Sin embargo el preboste pensó que podia no haber descubierto todo aun, y despues de haberse provisto de luces fué á socorrer á los dos guardias que no cesaban de gritar desde el fondo del subterráneo. Solamente que juzgó prudente tomar otro camino y descendió á él por la escalera.

Así que hubo llegado un horrible espectáculo se ofreció á su vista.

Habia ocho ó diez cadáveres colgados de las paredes y el último de ellos era el de Julio, el jóven noble aragonés.

El preboste advirtió horrorizado que de aquellos cadáveres se habian cortado pedazos de carne, como se hubiera podido hacer con el cadáver de un carnero ó de una vaca...

Y es, que la cueva del barbero comunicaba con la del pastelero Miquelon, y éste bajaba á ella para tomar del cuerpo de las personas asesinadas, las carnes necesarias para la confeccion de los pasteles, cuya suculencia y agradable sabor atraian tal concurrencia á su casa.

IX.

Bernabé Cabard y Pedro Miquelon fueron inmediatamente encerrados en los calabozos del gran Chatelet. Su proceso no fué largo. Resultó de él que en cinco años que duró su abominable asociacion, *ciento cuarenta y tres* personas habian sucumbido bajo la navaja homicida de Cabard.

Ambos criminales fueron enrodados vivos en la plaza de Greve, y despues ahorcados en la cruz del Trahoir.

Y el pueblo aplaudia estrepitosamente en tanto que se llevaba á cabo la justicia de aquellos mónstruos de forma humana.

En cuanto á la hija de Bernabé Cabard, se llegó á probar plenamente que no tenia complicidad alguna en los asesinatos de su padre. El barbero se valia de ella como de un cebo para sus parroquianos, teniendo cuidado de alejarla cuando quería cometer algun asesinato.

Así pues, la jóven fué puesta en libertad y se retiró segun dicen á un convento. De cualquier modo que sea, y aun cuando los crímenes sean personales, la vida de aquella desgraciada no debió ser menos cruel que lo habia sido la muerte de su padre.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Despues de la ejecucion de los criminales, Andrés mandó llamar al cerrajero Gomire.

—A vos debo únicamente el haber podido vengar á mi pobre hermano, le dijo. Sois acreedor á una recompensa y la tendreis.

Y hablando así el noble aragonés presentó al artesano una bolsa llena de dinero.

—Tomad, prosiguió; este bolsillo contiene mil ducados; quiero que con ellos monteis un establecimiento que os haga honor y que os dé lo necesario para la educacion de vuestros hijos.

Gomire se negaba á aceptar tan crecida suma, diciendo que el servicio que le habia prestado no merecia tan gran recompensa y que por otra parte no habia hecho mas que obrar segun su conciencia y de ningun modo con el objeto de especular.

—Ya lo sé, honrado Gomire, dijo Andrés y por eso mismo quiero favoreceros. Así pues, tomad este dinero y despues os tengo que pedir una cosa.

—Hablad, replicó Gomire y os obedeceré. Desde este momento soy vuestro.

—Bien, dijo el español con lágrimas en los ojos; yo habia venido á París para completar mis estudios de leyes y de medicina y traia en mi compañia un compañero querido. Dios se ha servido privarme de él: acatemos su voluntad. Pero vos, honrado Gomire, podeis disminuir mi afliccion... Dejadme al mayor de vuestros hijos y él reemplazará al amigo, al hermano que acabo de perder.... ¿Lo hareis?

El cerrajero no respondia, ahogábale la alegría y el reconocimiento.

Con los mil ducados del noble aragonés, el cerrajero Gomire montó un establecimiento que fué el orígen de su reputacion y de su fortuna. No hace un siglo, se veia aun en muchas iglesias de París obras de cerrajería debidas á las inteligentes manos del honrado artesano.

Cuando se hizo rico, Gomire compró terrenos en el campo Manbert, y fué el primer vecino de París que edificó casas en este punto, que se conoció y se conoce aun hoy dia con el nombre de plaza de Manbert.

Todos sus hijos se educaron muy bien, y una de sus hijas casó con el conde de Lancastre, que fué á establecerse á Francia hácia el año 1436. Con motivo de este enlace, Gomire deseando dar á su noble yerno una muestra de sus talentos, hizo por sí solo un púlpito todo de hierro, destinado para la capilla del palacio de Lancastre. Esta obra de un gran trabajo y de un esquisito gusto, es aun hoy dia la admiracion de los inteligentes, y se la designa en el pais bajo el nombre del *buril francés*.

En cuanto al hijo mayor del cerrajero, Felipe Gomire, su noble protector le hizo dar una educacion brillantísima, de que él se aprovechó para hacerse abogado. Esperábanle grandes triunfos en su carrera, y ya tenia una inmensa reputacion, cuando tuvo noticia de que la fortuna de su bienhechor se hallaba en gran peligro.

Con efecto, Andrés habia llegado á ser conde de Pontarbo por muerte de su padre; pero los inmensos bienes del conde le eran disputados por la poderosa familia de los Medinas, y la causa iba á ser llevada ante el consejo del rey de Aragon.

Apenas supo la desgracia que amenazaba á aquel á quien debia todo lo que era, Felipe Gomire abandona á París y corre á Zaragoza. Allí, despues de haber tomado los informes necesarios de Andrés, se presenta en el consejo del rey y hace su defensa con tal acierto y con lógica tan poderosa, que obliga á los jueces penetrarse de la conviccion de que él mismo se hallaba penetrado. Andrés de Pontarbo gana el pleito, y los Medinas tienen que renunciar á sus injustas pretensiones.

De este modo Felipe Gomire pagó noblemente la deuda de

gratitud que su familia habia contraido con la familia de Pontarbo.

Despues de esta victoria, el jóven abogado, á pesar de las reiteradas y amistosas ofertas de su protector, salió de España y volvió á París.

Por espacio de veinte y seis años ejerció sus funciones de abogado, con tanto talento como integridad. Despues de haber obtenido el empleo de consejero en el parlamento, fué nombrado por el rey presidente del tribunal de pesquisas. Seis años hacia que ocupaba este puesto cuando pagó su tributo á la muerte: Felipe tenia entonces setenta y un años.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.